LA HORA DEL LOBO GRIS

MANUEL HURTADO

MANUEL HURTADO MARJALIZO

MANUEL HURTADO MARJALIZO

A Carmen, por su paciencia y ayuda. En memoria de mi hermano Antonio, cuyo vacío jamás desaparecerá, por haber despertado en mí el interés por la historia.

Primera edición: mayo, 2010

ISBN: 978-84-614-1206-8

Francesc Gonzalez idees gràfiques i digitals Depósito legal: B-00.000-2011

Impreso en España – Printed in Spain

1

Munich, 9 de enero de 1994

Aquella tarde, Helmuth Güttec se dispuso a disfrutar de la sobremesa del domingo.

Con su bata y sus zapatillas de estar por casa se acomodó junto a la chimenea, dispuesto a saborear un café y una copa de brandy mientras leía los últimos artículos publicados en el semanario científico *History of the people*, que había recibido el jueves anterior, como cada semana, desde Londres.

En esta ocasión, además, el asunto tenía un interés especial porque, sin duda, encontraría las últimas novedades del congreso que estaba a punto de celebrarse en Colonia y que tantas controversias había creado en los cenáculos científicos.

El café humeante perfumaba el salón. Inspiró profundamemte para sentir su olor y cerró los ojos para imaginarse por un instante que estaba en un país cafetero, allí donde lo tuestan para luego molerlo y extraer de su polvo su intenso sabor.

Estaba solo. Su mujer y sus dos hijos regresarían más tarde de la casa que tenían en el campo, cuando el día ya hubiese acabado.

Él lo prefería así, quedarse solo por unas horas antes del inicio de una nueva semana era el elixir de la felicidad y últimamente, más que nunca, necesitaba superar la amargura del presente. Para ello tenía que dejar su casa rural los domingos por la mañana, bien temprano y de ese modo aprovechar el día en la más deliciosa soledad, atareado entre las flores del jardín y sus libros.

La tarde languidecía. Miró a la purera que había en la estantería del salón y tomó un puro. No solía hacerlo, pero a veces le apetecía fumarse

uno de esos habanos. Únicamente estando solo podía disfrutar de su olor sin que nadie protestase.

Hizo girar el cigarro entre sus dedos para oír el suave chasquido de sus hojas curadas y se lo pasó por la nariz. Dio un sorbo al café y tomó la botella de brandy entre sus manos. Nunca había visto aquella marca, pero le pareció que era un buen licor. Hacía una semana que la había recibido en su despacho de la cátedra con una simple nota que decía: «Con nuestros mejores deseos. Comité Organizador del LXIII Congreso Internacional de Arqueología».

La abrió y se sirvió una copa. Entonces apuró el café y encendió el puro después de haber contorneado con una cerilla su borde.

La revista tenía un titular sugerente:

2

Todo listo para el Congreso.
A pesar de que habrá algunas ausencias, se cree que el certamen será un rotundo éxito de participación.

Helmuth esbozó una sonrisa invisible mientras pensaba cómo podía llegar a tergiversarse la realidad, aunque presentía que en pocos días todo habría acabado y que Heinrich regresaría de dondequiera que estuviese escondido.

El brandy olía a canela y a madera exótica, tal vez a madera de tamboti. Apuró un trago y esperó a percibir su sabor con toda su intensidad.

Entonces todo se desvaneció, instantáneamente todo terminó para siempre.

Cuando su mujer y sus dos hijos llegaron al filo de la medianoche encontraron su cadáver sentado en el sillón, con la colilla del puro sobre un cenicero y una copa derramada entre sus piernas.

El Cairo, 10 de agosto de 1938

La inquietud causada por la certeza de estar descifrando algo muy importante y el intenso bochorno del verano en Egipto habían afectado a la serenidad de Köerting.

Si bien al calor estaba acostumbrado, ya que era el tercer año que pasaba casi ininterrumpidamente en Oriente Medio, no podía disimular la ansiedad que le generaba el temor de haber descubierto más de lo debido, de saber más de lo necesario.

Frank Grauben ya lo había notado. Casi diez años junto al viejo profesor eran más que suficientes para llegar a conocer al detalle una personalidad tan metódica y parca en convencionalismos como la de Rudolf Köerting. Y sin embargo allí estaba, sentado en una tosca y calurosa silla de madera del vestíbulo, con la cabeza apoyada en los puños, esperando como el padre en la puerta del paritorio, con la mirada perdida en el pequeño rayo de luz procedente de la biblioteca donde el profesor, el gran profesor Köerting, parecía haber perdido la noción del tiempo y el ánimo de la comunicación.

Grauben sabía que no podía hacer nada para acabar con esa desagradable situación más que, como estaba haciendo desde hacía semanas, esperar. Mientras tanto no paraba de buscar alguna señal que le ayudase a comprender lo que estaba ocurriendo. Para ello, pasaba los días tratando de ordenar en su cabeza todo lo sucedido en los últimos tiempos. Apartado y solitario como un huérfano, rastreando la desaparecida senda de migas de pan con el propósito de descifrar qué pudo ser lo que provocó el desasosiego del viejo, su inagotable ansia de trabajo y el hermetismo sepulcral con todo su

entorno, incluido su más estrecho colaborador.

Frank Grauben era aún joven, apenas treinta años, sorprendentemente joven para la experiencia que ya había conseguido atesorar. Alto, rubio, con pómulos muy pronunciados y cuello y brazos fuertes, su expresión era algo desapacible, tal vez demasiado fría y seca, con esa peculiar brusquedad teutona que les caracteriza. El cabello muy corto y peinado hacia atrás dejaba paso a una ancha frente de la que ahora brotaban unas gotas de sudor. Su nariz, menuda, soportaba unas pequeñas gafas redondeadas que daban a sus ojos azules un tamaño mayor del que en realidad tenían. Parado y en silencio se mostraba pétreo, inanimado, insensible a lo que ocurría a su alrededor.

Apasionado y brillante estudiante de arqueología, cuando acabó sus estudios en la Universidad de Munich, hacía ocho años, no dudó ni un solo instante en embarcarse en la expedición que estaba preparando el prestigioso profesor Köerting, del que no se había separado desde entonces.

Su vida estaba junto al viejo maestro. Para ello había debido renunciar, aunque sin ningún esfuerzo, a una forma de vida estable y ordenada.

Nadie en su familia se había opuesto abiertamente a su deseo de seguir al veterano institutor por dondequiera que fuera, aunque hubiesen preferido verlo bien trajeado en las aulas de la universidad y disfrutando de los placeres de vivir en una gran ciudad. Pero él lo tuvo muy claro desde el momento en que sus pasos se cruzaron con los de su preceptor.

Fue en 1929, durante el penúltimo curso de la licenciatura, cuando halló su auténtica vocación, encontrando en la criptografía antigua un nuevo mundo hasta entonces desconocido, un universo apasionante y lleno de grandes misterios por desvelar.

En aquella época, Rudolf Köerting era el catedrático que impartía esta materia en la Universidad de Munich, y a sus casi sesenta años acababa de finalizar su primera gran expedición arqueológica al lago Titicaca de Perú, en la que había empleado cuatro largos veranos de trabajos infernales. Aún recordaba la primera imagen que tuvo de él. El primer día le pareció de salud quebradiza e incapaz de finalizar sano el curso, pero luego supo que en aquel campamento había tenido que hacer frente a enfermedades mortales de las que pudo escapar milagrosamente.

Con el paso de los días, el profesor fue recuperando poco a poco las fuerzas y comenzó a encandilar a los alumnos con su forma magistral de ejercer la docencia y esa mágica habilidad de interesar a quien le escuchaba por el lado oculto de culturas antiguas a través de sus rudimentarias escrituras.

—Mensaih, ya sabe que hoy nos gustaría irnos un poco antes —le dijo un soldado egipcio en un inglés deficiente. Hoy se celebra la fiesta de *Abu Haggag*.

—No se preocupe, cumpliré lo que le dije —respondió Grauben desganado.

El soldado se retiró entre incrédulo y agradecido y el alemán volvió la vista al catedrático, que seguía inquieto revolviendo los papeles.

Grauben seguía sin comprender qué estaba pasando. Herr Köerting era un reputado catedrático, y un veterano arqueólogo. Sus trabajos de campo adquirieron popularidad desde que en 1925 inició su primera misión en Perú, que fue financiada por la Universidad de Munich, y que tuvo como objetivo investigar los modos de vida del pueblo inca y muy especialmente su legado criptográfico.

La expedición, que estuvo castigada por las inclemencias del tiempo y la salubridad de las condiciones ambientales, pudo acabar con éxito gracias a la obstinación del catedrático. Fueron veranos de temperaturas extremas y calamidades de todo tipo. Para rematar, en los últimos meses hubo brotes de tifus y cólera que complicaron enormemente la empresa.

A pesar de todo, el trabajo fue un rotundo éxito científico, ya que Köerting afirmó averiguar, y hasta descifrar, una forma de escritura inca, diferente a los únicos jeroglíficos hasta entonces conocidos. Este hallazgo, después de más de un siglo de indagación, suponía un giro diametral en el conocimiento de las culturas precolombinas. Todas las teorías existentes hasta entonces habían tratado de justificar la falta de progreso de estos pueblos debido a la ausencia de herramientas capaces de transmitir el conocimiento de generación en generación. El hecho de que existiese una cultura escrita derrumbaba los tratados de algunos de los más prestigiosos arqueólogos de la época.

El descubrimiento levantó algunas ampollas. Especialmente vehemente fue la postura del profesor Karl Strueben, compatriota suyo y catedrático de la Universidad de Berlín, que había alcanzado una notable popularidad con una flamante teoría que venía a decir que los pueblos eran esclavos de sus propias limitaciones intelectuales y que, por tanto, el progreso sólo estaba al alcance de los pueblos elegidos. Por supuesto que el pueblo ario era para Strueben un pueblo escogido, y los pueblos indígenas de América eran, entre otros muchos, parte de esa subespecie humana nacida para servir y glorificar al gran pueblo teutón.

Años más tarde, las teorías de Strueben y las de tantos otros enloquecidos por la depresión en la que se encontraba sumida Alemania fueron el semen de la corriente nazi que tanto dolor dejó a su paso.

Köerting, por su parte, haciendo uso de su conocida testarudez, insistió en la consistencia de su teoría y desafió a cuantos le rodeaban.

Para ello, se empeñó en encontrar una enorme estatua de oro macizo de Huiracocha, héroe mitológico inca, de cuya existencia había sabido gracias a la transcripción de los textos descifrados. Lamentablemente para él, esta estatua no fue nunca encontrada y su hallazgo quedó siempre en entredicho.

Lo cierto es que este asunto suscitó el interés de algunos periódicos alemanes de la época, que llegaron a popularizarlo por su tesón y su tozudez.

En 1931, el profesor consiguió convencer a su universidad para que financiase una segunda expedición a Perú con la lejana esperanza de poder averiguar el significado de gran cantidad de marcas supuestamente caligráficas. Aquélla fue la primera experiencia profesional de Frank, que acababa de finalizar sus estudios de arqueología y estaba cautivado por la personalidad de Rudolf Köerting. El catedrático quería demostrar una vez más que el pueblo inca había conseguido plasmar sus ideas en una forma primitiva de escritura.

El resultado de esta segunda expedición fue, en realidad, un fracaso.

Cuando regresó de Perú, en febrero de 1934, se incorporó de nuevo a la docencia, aunque, de manera casi inmediata, advirtió que ya nada era igual. El país se había transformado por la política, el partido nacionalsocialista había tomado el poder hacía poco más de un año y Adolf Hitler era el nuevo canciller.

Köerting era judío y eso le convertía en estigmatizado, en intruso en su propia patria. Al principio únicamente notó falta de respeto y de entusiasmo, pero las hienas no querían esperar y empezaron a preparar la carroña. En un mundo desigual, la envidia se convierte fácilmente en desprecio y abuso y el profesor poseía una popularidad incómoda para algunos. Pronto empezaron a aparecer amenazas anónimas exigiéndole que dejara la docencia, ridiculizando sus teorías e invitándole a salir de su país.

Entonces vino la huida. Apenas tres meses después de su llegada, acosado por la intolerancia y tras ser agredido en plena calle, Köerting tuvo que abandonar Alemania para instalarse en Varsovia, donde la Universidad de Historia y Arte le había ofrecido la cátedra de Arqueología Aplicada. En esta ocasión, como en todas las anteriores, el joven Frank no dudó en seguirle.

Siendo catedrático en Polonia, el profesor judío tuvo una oportunidad que no quiso desaprovechar. Le ofrecieron dirigir una expedición en Turquía dentro del campo de investigación donde él era un erudito: las antiguas escrituras. Se trataba de un proyecto otorgado a la Universidad de Varsovia y financiado por la International Society of Archaeology que no dudó ni un instante en aceptar. Además de

permitirle cumplir el viejo sueño de estudiar al pueblo que inventó la magia de la comunicación escrita, podría alejarse por un tiempo de la densa atmósfera de enfrentamiento e intransigencia que se respiraba en la vieja Europa.
Desde mayo de 1935, Rudolf Köerting capitaneaba una numerosa expedición que quedó asentada en Boghazköy, a unos 120 kilómetros al este de Ankara, en pleno corazón del antiguo Imperio hitita, inventor de la escritura.
Hacía, pues, tres años que dirigía aquella gran aventura arqueológica en Oriente Medio, tres años de trabajos intensos entre la aridez del campamento en las mesetas de Anatolia y el Museo de Arte Hitita de Ankara, donde había obtenido un permiso especial del gobierno turco para la investigación de sus archivos.
Justo hacía dos meses cuando Köerting decidió repentinamente marcharse de Turquía, ordenando a su edecán que paralizase todos los trabajos de campo que se estaban desarrollando y organizase rápidamente el viaje a El Cairo.
Y eso era, sin duda, mucho más extraño de lo que pudiera parecer…
En sus largas tardes de soledad, Frank no paraba de darle vueltas a la cabeza intentando deducir qué les había llevado a El Cairo. ¿Por qué a El Cairo cuando el Imperio hitita jamás llegó a dominar aquellas tierras?

Abandonó su reflexión para secarse con un pañuelo el sudor de la frente. Se levantó de aquella incómoda silla y se acercó a la puerta entreabierta que comunicaba la sala con la biblioteca. Al andar, notó cómo se le pegaban los pantalones a las piernas, empapados por un sudor escurridizo. La atmósfera al otro lado de la puerta se le figuró tórrida e irrespirable.

Era la biblioteca del Archivo General de Historia Antigua de El Cairo. La entrada principal estaba flanqueada por dos policías armados que custodiaban los valiosos tesoros que allí se guardaban.

Frank se quedó mirándolos. Después de mucho tiempo de haber compartido con ellos largas sesiones de silencio y desprecio mutuo detectó en sus ojos de azabache una sonrisa lacónica de burla. Se imaginó lo extravagantes que debían parecerles a aquellos anónimos funcionarios dos extranjeros autistas que mataban los días infernales, uno en buscar y rebuscar sin abrir la boca y otro en atisbar al primero desde lejos y en silencio. Y encima en un día festivo.

Grauben deambulaba como un felino. Al fondo del gran salón de recepción, protegida por una robusta cámara de vidrio blindado, se encontraba la piedra de Rosetta, la extraordinaria roca grabada de inscripciones y descubierta por los soldados de Bonaparte cuando levantaban unas trincheras en el delta del Nilo para construir un baluarte defensivo durante la batalla de Abukir. Aquella losa,

constituida por catorce líneas de jeroglíficos egipcios, treinta y dos de signos demóticos y cincuenta y cuatro en lengua griega, sirvió para saber que, en realidad, se trataba de un solo e idéntico texto oficial redactado en tres lenguas. Este gran hallazgo constituyó la prueba necesaria de que los jeroglíficos egipcios eran un autentico alfabeto, hasta entonces indescifrable y fue, por tanto, la base que sirvió de inicio a todos los estudios que posteriormente crearon la egiptología científica.

A la derecha de la piedra, en un rincón, estaba el busto en bronce de Jean François Champollion, el padre de la egiptología, el sabio francés que desveló en 1822 el verdadero significado de la roca. Erguido, con el gesto henchido de satisfacción y ese austero placer que produce sentirse fuente de conocimiento, Champollion parecía estar más vivo que el propio Grauben. Para él, el científico francés había sido durante años un ídolo insustituible a partir del cual el mundo empezó a tomarse en serio el legado de nuestros antepasados y su forma de vida.

La biblioteca propiamente dicha era una suntuosa sala de techos altos, abovedados y magníficamente decorados con frescos de la época colonial inglesa, que evocaba el lugar de un antiguo museo o quizás la residencia de algún alto mandatario británico. Tres de las cuatro paredes estaban densamente repletas de estanterías de madera maciza finamente trabajada en sus remates con molduras talladas, florones y frisos o artesonados con aire barroco, dispuestas en tres pisos a los que se accedía a través de sendas escaleras de caracol situadas en los extremos y unidas por tres pasarelas de acceso. Dentro de ellas, una infinidad de rollos de papiros y tablillas de arcilla con grabados junto a humificadores especiales que limpiaban la atmósfera que les rodeaba para protegerlos del inexorable transcurrir de los tiempos y numerosos libros incunables, escritos por doctores de otra época, donde la paciencia y el buen hacer constituían la esencia misma de la vida. Finalmente, un inmenso plantel de materiales variados ocupaba los lugares más desprotegidos e inaccesibles, objetos misteriosos con modos de escritura complejos y a veces confusos, piedras cinceladas, trozos de armas ignotas, vestigios de origen incierto que, incluso, podían no ser de la época de la civilización del antiguo Egipto, enigmas y secretos celosamente guardados durante miles de años.

Una luz aterciopelada bañaba las estanterías reflejando rayos cobrizos que simulaban una máscara inexpugnable, un escudo vaporoso que protegía cuanto allí se guardaba.

La cuarta pared de la sala era, en realidad, una gran cristalera luminosa y transparente, fuente generosa de luz, que se asomaba dos plantas sobre el suelo a un patio interior plagado de palmeras altas y robustas.

En el centro, distribuidas a lo largo de la estancia, había algunas mesas de madera largas y viejas provistas de lámparas individuales para la lectura y, sentado junto a una de ellas, el profesor Köerting leía encorvado, aislado por un líquido amniótico del mundo exterior, como un feto que no quiere nacer y se mantiene voluntariamente unido a su cordón umbilical, ajeno al tremendo sopor del atardecer.

Grauben lo veía ahora más alejado que nunca. Por un instante creyó soñar que en realidad no lo conocía, que se trataba de un extraño al que jamás había visto y al que absolutamente nada le unía. Su imagen se difuminó fugazmente en sus retinas como una alucinación, como trazos pertenecientes a un mundo onírico e irreal.

Verdaderamente, más que defraudado por la actitud de su tutor lo estaba por la suya propia, por esa postura pasiva y conformista que había adoptado, por esa falta de garra para plantarse frente él y decirle que aquélla no podía ser la manera de trabajar con un fiel colaborador, por esa sensación de inutilidad que le hacía insoportable su existencia.

Qué era lo que estaba sucediendo constituía, sin duda, un enigma para Grauben. Por qué pasaba el viejo los días enteros inmerso en tablillas, papiros y óstrakas en aquella biblioteca, y alguna que otra tarde en solitaria meditación deambulando por los jardines del archivo no tenía para él una explicación evidente.

Nunca, ni una sola vez en los últimos ocho años, el profesor había adoptado una postura similar, nunca había prescindido de su inseparable mariscal de campo, nunca le había pedido, como lo hizo dos meses atrás, que durante un tiempo le dejara trabajar a solas.

Aquella tarde de agosto de 1938, Grauben seguía recapitulando la serie de hechos que le habían llevado hasta esa biblioteca. Algún enigma inesperado se había cruzado en sus vidas, algo que probablemente nada tendría que ver con la esencia misma de sus investigaciones.

Todo lo que rodeaba al Imperio heteo le resultaba ahora más raro; su misteriosa desaparición hacía más de treinta siglos, la incomprensible falta de vestigios de un pueblo cuya importancia era comparable a Egipto o Babilonia, el desconocimiento incluso de su propia existencia hasta que, a principios de siglo, fueron encontradas las primeras ruinas por arqueólogos también alemanes… Era como si una despiadada maldición hubiese aniquilado todo su esplendor.

Una sensación de cosquilleo en el estómago hizo que Grauben regresara a la cruda realidad. Köerting seguía allí sentado, lejano y movedizo, como si algo le inquietase. Haciendo un gesto con la mano y sin levantar la cabeza, había rechazado por segunda vez el té que le ofrecía un sirviente. Ante él tenía papiros y óstrakas de alguna antigua dinastía egipcia y un bloc de notas donde seguramente tenía

apuntadas sus propias transcripciones de la simbología egipcia.

Köerting era pequeño, enjuto, conservaba un destello en la mirada que alumbraba sus palabras y tenía una barba recortada y blanca que se atusaba continuamente de manera inconsciente. Su presencia infundía sosiego, tal vez por ese aspecto de fuente de cultura que poseía.

Mientras con una mano acariciaba suavemente su barba, con la otra sostenía una gran lupa que acercaba a los jeroglíficos.

Algo llamó su atención, algún detalle desactivó su estado de ansiedad, que petrificó sus músculos.

Transcurridos unos minutos de absoluta inmovilidad, el profesor levantó lentamente la vista, la clavó en un punto perdido y, con un movimiento irreflexivo, soltó la lupa sobre un ostracón.

Grauben se percató del insólito ademán, lo que le hizo acercarse hacia el viejo, sigiloso, conteniendo la respiración y hambriento de amistad. El profesor, sin mirarlo, lo había visto.

—Frank —dijo sin mover la cabeza, absorto en su pensamiento. —Sí, profesor.

—Frank ¿qué es para ti la luz?

—¿Cómo? —respondió el joven creyendo no haber entendido.

—Sí —insistió—. ¿Qué significado tiene la luz?, ¿a qué la asocias?, ¿con qué idea se te ocurre relacionarla?

El discípulo se tomó unos segundos para comprobar que la situación que estaba viviendo era real, y algunos más para intentar comprender la pregunta.

—Somos primates —replicó—. Es lo primero que se me ocurre —concluyó casi disculpándose.

—¿Somos primates?

Köerting abandonó su concentración para dirigir una mirada confusa hacia su colaborador, al tiempo que abría sensiblemente los ojos como si pudiese entender tanto más cuanto más abiertos los tuviese.

—¿Podrías explicar qué diablos significa que somos primates?

—Profesor, como todo el mundo sabe, el hombre desciende del mono, luego es un primate.

Tras esta aseveración tan simplista, Grauben hizo una pequeña pausa, seguro de que había despertado el interés del viejo, que asentía en silencio, alargando de este modo el instante de atención tan largamente añorado.

—En la naturaleza animal, cada ser vivo ha tenido que evolucionar para preservar su propia existencia. Algunos animales desarrollaron el olfato para cazar o no ser cazados, otros el oído por idénticas razones y otros, como los primates, desarrollaron fundamentalmente la vista.

El profesor, extrañado, se reclinó en su silla en un gesto de evidente interés.

—Un momento, querido Frank. ¿Acaso quieres llegar con este razonamiento a que el hombre se desarrolló gracias a su vista?
Frank frunció el ceño. Sobradamente sabían los dos que la respuesta era negativa, que la pregunta era en realidad una trampa, una técnica de descolocación que usaba el profesor para ganar los combates dialécticos a los puntos, que consistía en sacar a su adversario de su ruta de razonamiento, pero Frank, conocedor del paño, mantuvo el tipo y reaccionó rápido.
—No, no quiero decir que el hombre evolucionase por desarrollar su vista; seguramente fueron sus manos o su propia inteligencia las que le fueron abriendo el camino hacia su posición de «ser dominante» que ocupa desde hace millones de años, lo que quiero decir es que en los simios fue la vista el sentido que más prosperó, y por tanto, en el que basaban buena parte de su subsistencia.
Los ojos del profesor se iluminaron como luceros. Grauben irradiaba satisfacción, tenía junto a él a su maestro esperando que acabase el razonamiento.
—Pregúntele a un mono qué es para él la luz —prosiguió—, o mejor aún, pregúntele qué hace por las noches. El terror a la oscuridad es común hasta en el hombre de hoy y tanto más cuanto más vulnerable e indefenso es, como por ejemplo un niño. Cuando no puede ver, el primate se siente indefenso; cuando no hay luz, el hombre es vulnerable.
—Sin luz el hombre es vulnerable —repitió murmurando el profesor.
Durante un instante reinó un silencio sepulcral en la biblioteca. Hasta los dos policías egipcios, que no entendían nada de alemán, parecían estar interesados en el diálogo entre los arqueólogos.
Köerting cerró los ojos y se los frotó suavemente con las yemas de sus dedos. Cuando acabó, rastreó con la mirada las esquinas de la mesa en un gesto que parecía buscar algunas respuestas. Volvió a tomar la lente, aunque esta vez la dejó en su mano inmóvil sin ni siquiera intentar acercarla a ningún documento.
—Claro —dijo por fin—, ahora lo entiendo. La luz es el poder —concluyó alzando ostensiblemente la voz.
—Acércate, acércate aquí, Frank.
En la mesa había un trozo de papiro, compuesto de infinidad de gráficos en miniatura que no eran apreciables a simple vista. Parecía que se trataba de una larga descripción de una batalla o de un hecho importante, pero estaba incompleto, faltaba todo el borde inferior derecho.
—¿Ves este jeroglífico? —Köerting interpuso su gran lupa entre el papiro y la cabeza de Grauben.
Frank se colocó junto a su instructor y se inclinó para poder ver.
—¿Qué es esto? —preguntó el joven.

Köerting no era especialista en jeroglíficos egipcios, si bien los había estudiado lo suficiente como para transcribir sus símbolos. El trozo de papiro estaba muy deteriorado, sus pinturas policromadas languidecían como agotadas por el tiempo, aunque se intuía su calidad original y el cuidado con que lo fabricaron los antiguos maestros curtidores.

—La crónica de la conquista de Nuhassé contada por los vencidos, o al menos una parte de ella —repuso el anciano.

Frank entornó los ojos desconcertado. Nuhassé era una ciudad fantasma que nadie había conseguido ubicar ni descubrir, conocida únicamente por los relatos de la época. De ella sólo se sabía que estaba en Mitanni, en un lugar indeterminado entre las actuales Siria y Turquía, y que fue súbdita leal al imperio faraónico, lejos del área de influencia de los hititas.

Aun así, el ejército hitita la arrasó en tiempos de su máximo esplendor y Egipto no movió ni un dedo para evitarlo.

La lente permanecía firme apuntando una breve inscripción:



—Por suerte, podemos datar este trabajo con una exquisita precisión. Un hecho singular ocurrió durante el reinado de Amenofis IV, cuando aún era un niño. Influido por su madre, la reina Tiyi, el faraón decretó cambiar el mundo desterrando del panteón egipcio a su dios principal, el dios Amón, por el simple disco solar Atón. Una auténtica revolución ocurrida hacia el año 1363 a. C., en la que el faraón dispuso igualmente cambiar su nombre para siempre y llamarse desde entonces Akhenatón.[1] Este papiro

[1] Akhenatón, llamado igualmente el faraón hereje, es el nombre que adoptó Amenofis IV al introducir el culto monoteísta solar.

está sellado por el efímero Amenofis IV, luego fue grabado en sus primeros años de reinado, es decir unos 1.360 años antes de nuestra era.

El viejo tomó un puntero y señaló el límite inferior del gráfico, que

parecía disponerse en forma triangular.

—Éste de aquí es Teshub, dios de la tempestad hitita, protector del gran rey y director de las campañas militares, y el que aparece arriba es Subbiluliuma, el gran rey hitita, bajo cuyo reinado se tomó Nuhassé.

Tras tres años estudiando el imperio hitita, Grauben sabía sobradamente quién era Teshub y quién Subbiluliuma, aunque se sorprendió al verlos representados en un jeroglífico egipcio.

—Dime, Frank, ¿ves algo aquí que te llame la atención?

Grauben observó detenidamente el dibujo. La pintura de más de treinta siglos evocaba escenas lejanas y confusas. Distinguió el mítico batel que la leyenda egipcia representaba como el transbordador de las ondas infernales cuyo viaje representaba la muerte. Tras él, reconoció al dios Teshub, que había sido representado con todos los atributos que le otorgaba el pueblo hitita: el rayo, la maza y la espada. El vértice superior estaba ocupado por una figura humana en postura guerrera y autoritaria. Claramente, no se trataba de un dios egipcio, más bien se asimilaba a un guerrero o un rey hitita por su pelo largo y arrollado como en un moño a la espalda y el gorro alto y dividido por la mitad.

Del torso del guerrero salían rayos dirigidos a las figuras que le acompañaban y se perdían por el borde desaparecido del papiro.

—Subbiluliuma, señor, tiene fuego en su vientre.

—No exactamente, Frank; no es fuego lo que irradia del vientre del Gran Señor de la Escalera.[2] Quien dibujó este gráfico quería representar un haz de luz, que partiendo del vientre del gran rey abarcase el poder y la muerte. La luz, querido amigo, quiere significar su poder, tal vez su superioridad respecto al temible ejército egipcio.

[2] Título que se le otorgaba al emperador hitita.

3

París, 14 de enero de 1994

Por más vueltas que le daba no era capaz de comprender qué estaba pasando, si es que estaba pasando algo extraordinario. No podía creer que todo fuese fruto de la más funesta casualidad.

Jean Pierre Collatuzo salía de su despacho en la universidad pensando en acabar, de una santa vez, aquella maldita semana. En su cabeza sólo rondaba la sucesión de hechos que habían convertido a aquel viernes en uno de los días más desagradables de su vida.

El tiempo tampoco ayudaba; una molesta llovizna empapaba de tristeza cuanto había a su alrededor y tiznaba de gris un mundo que se le figuraba, ya de por sí, desalmado e inhumano.

No quedaba nadie en la facultad; además de viernes era muy tarde, las clases ya habían acabado y los bedeles habían terminado su trabajo.

Sus pasos resonaron como golpes de martillo en los pasillos solitarios y, por primera vez, notó que no estaba seguro en el lugar donde tantos años había exprimido el placer de la soledad entre sus papeles y sus libros.

La calle le devolvió la tranquilidad, aunque nada le resultaba más molesto que las briznas de agua aporreando su cara. Se subió el cuello de la gabardina y acurrucó su maletín bajo el brazo para cruzar el ancho patio donde tenía aparcado el coche.

—Maldita sea —se reprochó, pensando en lo que acababa de hacer, y por su mente pasó la imagen de su mujer y su hija, en quienes había pensado antes de dar el paso adelante. No seré tan testarudo como Helmuth o acabaré como él.

La noticia de la muerte repentina de Helmuth Güttec le sorprendió a primera hora del lunes, al final de su primera clase. Aunque todo el mundo decía que no fue más que un paro cardíaco, desde el primer momento él sospechó que no, que eso no era más que una cortina de humo para ocultar la realidad.

El tiempo se lo confirmó apenas un par de días después, cuando recibió la primera llamada telefónica.

—No insista o lo pasará mal —le había dicho una voz susurrante.

No mencionaron a Helmuth, tampoco era necesario, seguro que pensaron que a buen entendedor... Él sabía muy bien de qué se trataba, bastantes pistas habían ido dejando en las últimas semanas con la dichosa polémica del Congreso de Colonia. Pero él no había querido verlas, o mejor aún, había pensado que hacerles caso era de cobardes y que, como miembro del comité organizador, no podía dejarse intimidar por intereses espurios e irracionales.

Cuando arrancó el coche se sintió cansado, tal vez harto, y también solo, tremendamente solo. Recordó sus conversaciones de aquel miércoles con Kondrot y Hunter, los otros dos miembros del comité que habían amparado su idea de revisar los trabajos de Köerting en el congreso, recordó cómo se prometieron ayuda mutua, apoyo ante cualquier injerencia externa, aromas frescos de corporativismo que se diluyeron apenas unas horas después.
Bastó una segunda ronda de llamadas, las del jueves, para que todo diese un giro inesperado. Hunter no se ponía al teléfono y la persona que atendía las llamadas en su facultad parecía misteriosa o estúpida. Tan sólo se limitaba a decir que el profesor estaría ausente varios días, sin más detalles. Kondrot sí respondió. Dijo que, al igual que él, había recibido una segunda llamada mucho más desafiante y verosímil que la primera y que abandonaba el comité de un modo irrevocable. Fue una conversación fría, totalmente opuesta a la que habían tenido el día anterior. Aunque no consiguió tenerlo al teléfono más de dos minutos, habría jurado que su colega quería hablar más pero no podía, que se sentía atenazado por algún acontecimiento que él desconocía o simplemente vigilado.
El vehículo vagaba por la ciudad húmeda de una lluvia que cada vez más se parecía a miles de lágrimas derramadas, a llanto y desconsuelo.
—Aguanté hasta que pude —se consoló—. Tampoco soy un héroe.
La voz susurrante del teléfono, la misma que al oírla apenas le había conmovido el día anterior, ahora le parecía estremecedora.
—Profesor, ha tomado un camino equivocado, todavía no se ha dado cuenta de que podemos hacerle mucho daño.
El mensaje acababa con una frase enigmática.
—No olvide que usted no está solo en la Tierra.
En casa no dijo nada, de nada servía preocupar a su familia en los pocos minutos que tuvieron aquella noche del jueves para disfrutar juntos. Charlaron únicamente de temas triviales de Laurence y de los estudios de Aline. Después durmió mal, estuvo toda la noche deambulando sin poder conciliar el sueño, acosado por unos terribles demonios desconocidos.
Aun así, aquel viernes se había levantado con el firme propósito de mantener intactos sus principios de independencia y honestidad.
—¿Miedo a qué? —se había dicho—. Un hombre no puede doblegarse sin más.
Y así pasó el día, dedicado a sus clases y a sus quehaceres sin que nadie le llamase, ni tan siquiera Hunter, al que tantos mensajes le había dejado el día anterior.
Hasta que tuvo tiempo para revisar la correspondencia, fue como una bomba, una caída infinita a un precipicio sin fondo, un golpe certero de guadaña.

Una de las cartas no tenía remitente y en el frontal del sobre únicamente se leía «Prof. Collatuzo» con una letra temblorosa. Fue la primera que abrió, y la única. Tan sólo había una foto, una foto tétrica, que de inmediato supo que era muy reciente, tan reciente como que bien podía ser del día anterior.
Era Aline, su hija, a la salida del colegio caminando por una de esas calles por las que regresaba a casa. Se había tomado a cierta distancia; se la veía distraída, ajena a lo que llevaba detrás. Un hombre con alguno de sus rasgos difuminados artificialmente la seguía a pocos metros, un tipo que atisbaba a la cámara con una sonrisa afilada. Vestía de negro, con un abrigo largo que llevaba abierto, lo suficiente como para dejar ver una pistola en su cinturón. Habían estampado en la parte superior de la foto un escudo grabado, una especie de marca que parecía emular el perfil de un lobo.
Se desplomó en la silla, incapaz de soportar su propio peso; todo había llegado demasiado lejos, ni siquiera estaba seguro de que no fuese demasiado tarde para rectificar.
Cuando llamó a casa, supo que aún estaba a tiempo; su mujer y su hija descansaban plácidamente preparándose para el fin de semana.
Minutos más tarde presentó su dimisión irrevocable y se juró no ir al Congreso de Colonia.

4

Madrid, 24 de enero de 1994

Eran las siete menos cuarto cuando el ruidoso despertador empezó a sonar. Pablo no se inmutó hasta que hubieron transcurrido algunos segundos, luego extendió perezosamente el brazo y, sin abrir los ojos, consiguió apagar el aparato.

El invierno entraba por todos los rincones, un despiadado frente antártico se había apoderado de la ciudad postrándola a su voluntad. Días antes, los vecinos se reunieron de urgencia para aprobar la ampliación del horario de calefacción en el edificio.

—Cueste lo que cueste —había dicho el presidente de la comunidad—, lo primero, sobre todo, es la salud, y con este frío más de uno puede irse al otro barrio.

Pero la vieja caldera de carbón y los anticuados cierres de ventanas y puertas eran incapaces de vencer a la inclemencia. En su buhardilla de la calle San Andrés, el frío había empañado los vidrios y un gélido halo espectral envolvía todo, helando la existencia.

No había amanecido aún, si bien por la ventana entraban los rayos de neón, parpadeantes y coloridos, provenientes de la iluminación artificial de la calle. Años atrás, la junta de vecinos aceptó instalar un cartel con publicidad de un televisor, justo encima de su buhardilla. Como él nunca asistía a las reuniones se enteró cuando empezaron a instalarlo, y aunque quiso protestar, le dijeron que con el dinero que iban a recibir por publicidad podrían por fin arreglar la escalera que tanto lo necesitaba.

Apurando sus últimos segundos bajo las mantas, conectó la radio y se dejó llevar por la voz metálica que advertía incansablemente del frío en la ciudad.

«El metro ha abierto sus puertas toda la noche en atención a los indigentes que, lamentablemente, pululan por nuestras calles. En los barrios más humildes se han habilitado albergues con calefacción para los más necesitados», decía el locutor.

Despertaba cada mañana sin energía, como si de una pila usada se tratara. Cada día tenía que hacer acopio de todas sus fuerzas para levantarse, acudir al trabajo se había convertido últimamente en una pesada obligación.

Mucha gente se habría sentido privilegiada en su situación. Hacía dos meses que había cumplido veintiocho años y era, desde hacía más de tres, profesor adjunto de Metalurgia en la Universidad Politécnica de Madrid. Pero tampoco quería engañarse a sí mismo, hasta allí había llegado empujado por las circunstancias, por su espléndido expediente académico, por su idílica imagen de la investigación en la

universidad y por su padre, siempre tan ingeniero y tan práctico.

Afortunadamente, el trabajo no le ocupaba todo el tiempo, siempre había un hueco para la Historia Antigua, su auténtica pasión a la que dedicaba todo el tiempo libre y la mayor parte de sus vacaciones.

Visitas a lugares inhóspitos para colaborar en levantamientos arqueológicos o para palpar culturas antiguas eran sus destinos favoritos. El néctar de la felicidad estaba más cerca de un archivo catedralicio, un museo o una biblioteca que de la playa o de una gran ciudad

—¿Cuántas necrópolis ibéricas te quedan por conocer? —le había dicho sarcásticamente Rosa cuando le contó sus planes para el verano.

Hacía algunos años que se había animado a escribir sobre los pueblos de la Antigüedad. Casi sin darse cuenta comenzó con pequeños artículos e investigaciones que nunca pensó publicar, si bien un día, sin saber tampoco por qué, se los enseñó a Rosa y ella no paró hasta que le convenció de que debía enviarlos a la revista *Historia y Civilizaciones*. Cuando ya estaba a punto de hacerlo tuvo miedo de estar dando un paso equivocado y decidió utilizar un seudónimo. Puestos a añadir una dosis de misterio, optó por dar a la publicación como dirección de correspondencia la del apartamento abandonado de su tía en la calle del Limonero.

Rosa le recordó hacía poco que ya había pasado un año desde el día en que eligieron el sobrenombre.

Fue una tarde de noviembre, mientras caminaban por las sendas de hojarasca del Retiro; Pablo seguía buscando su nuevo nombre secreto.

—¡Ya lo tengo, Subbiluliuma!

Ella le miró extrañada, ese nombre no le decía nada y, además, le parecía muy difícil de pronunciar.

—A mí me gusta —alegó con firmeza— y francamente poco me importa que no sea comercial. A partir de ahora éste será mi nombre en clave.

Rosa encogió los hombros y continuó pataleando las hojas mientras caminaba.

—Tu sabrás —se resignó—. Conociéndote no tengo ninguna duda de que significará algo extraño, ¿qué es, un nombre o un acertijo?

—Significa fuente ruidosa.

En el rostro de ella se dibujó una mueca de asombro que hacía resaltar el color rojizo de sus mejillas.

—¿Fuente ruidosa? ¿En qué idioma?

—En indoeuropeo, aunque hasta hace poco se creía que era protokhatti.

—Estás loco, tremendamente loco diría yo.

El camino les llevó hasta el Palacio de Cristal y allí se detuvieron a mirar los patos y los cisnes.

—Mira —señaló Rosa el surgente del centro del embalse— un subbiluliuma de esos.
Entonces fue Pablo quien la observó desconcertado.
—¿No es acaso una fuente ruidosa? —preguntó socarronamente.
Los dos estallaron en risotadas por la ocurrencia.

Así fue como resolvió enviar su primer escrito a la revista. A las pocas semanas recibió una carta de felicitación y agradecimiento del director, en la que le anunciaba que lo publicarían y le pedía algún teléfono de contacto para concretar una entrevista personal. Con su prurito indeleble, Pablo se sintió atraído por el encanto del anonimato y respondió que con gusto les enviaría sus trabajos de un modo gratuito, pero que prefería mantener el contacto únicamente por vía epistolar.
Rosa, orgullosa, le recordaría en muchas ocasiones que gracias a ella el mundo había desenmascarado a un insigne científico.

—Además, soy la única persona de toda la Tierra que sé quien es realmente Subbiluliuma —le comentó un día tumbada sobre su cama.
—No es verdad —contestó él—. No hay mucha gente que lo sepa, pero Subbiluliuma fue un gran emperador hitita.
—¡Esto sí que es bueno! Todo el tiempo pensando que eras una fuente ruidosa y ahora me dices que eres un emperador. Ya no sé si creerte.
Sus mejillas se abultaron como montañas de algodón.
—Subbiluliuma fue el más grande de los emperadores hititas, su existencia es casi desconocida aunque su vida debió de ser realmente excitante.
—¿Y cómo sabes tu todo eso, listillo? —bromeó.
—Los hititas fueron los descubridores de la metalurgia del hierro, los libros de historia de esta ciencia empiezan siempre hablando de ellos. Bueno, los libros modernos porque antes ni se les conocía.
Ella abrió los ojos sorprendida.
—Además, Heinrich, el amigo del que tanto te he hablado, está haciendo un trabajo sobre Subbiluliuma y se le ve francamente entusiasmado por la figura del Gran Señor de la Escalera.
—¿De la escalera ruidosa?
—No tonta, el Gran Señor de la Escalera era el título que ostentaban los emperadores hititas.

A Rosa le apasionaban la armonía y el arte, por eso se había hecho profesora de música. Su mayor obsesión era comprarse un apartamento para dejar definitivamente la casa de sus padres, por lo que pasaba buena parte de las horas del día pegada a su violín, dando clases o tocando en alguna orquesta esporádicamente.

Con el paso del tiempo, Pablo empezó a recibir en el apartamento de la calle del Limonero cartas de la revista, y algunas de ellas contenían a su vez testimonios de lectores que el director le remitía

por expreso deseo de los mismos. Eran escritos gratificantes que leía imaginándose a sus autores, almas anónimas que dibujaban la silueta difuminada de sus lectores al otro lado del oscuro muro de los renglones. Su sola existencia le inyectaba una enorme fuerza moral y un compromiso inquebrantable con el rigor en su trabajo.

Cada semana se pasaba por el apartamento de su tía a recoger aquellas cartas mágicas. Como quiera que en alguna ocasión encontró algunas fuera del buzón, se animó a poner en su casillero con letras mayúsculas:

SUBBILULIUMA

Poco tiempo después se decidió a escribir su primer libro, una novela que tituló *El rey de Khazaria* y que narraba la misión que el legendario reino jázaro envió a Córdoba para encontrarse con Hasdai Bar Shaprut, el ministro judío del califa cordobés.

Para Pablo fueron meses intensos y formidables. Rosa fue su primera lectora y consejera.

—Es estupenda, tienes que publicarla —le dijo nada más leerla.

No hizo falta mucho más. Encontraron una editorial que les presupuestó una tirada reducida a un precio muy razonable y que se comprometía a hacer labores de promoción y distribución.

Hacía tres semanas que la novela había visto por fin la luz.

Caminó en penumbra hasta la cafetera y tras prepararla se fue al cuarto de baño como un sonámbulo.

En su guarida, casi todas las paredes estaban repletas de repisas con libros, con artilugios de adoración divina o de guerra, de astrología o de culto funerario; cada rincón contenía un testigo mudo de una antigua expresión artística humana, máscaras, sortijas cinceladas, vasos, cubiletes macizos, botones, estatuillas de dioses, diademas, corchetes, emblemas y amuletos parecían mirarle desde la oscuridad. Todos tenían su propia historia, algunos los consiguió a fuerza de tesón o regateando en mercados exóticos de los países de origen.

Con un esfuerzo superior al de cualquier otro día entró en la ducha y rápidamente cubrió su cuerpo de agua muy caliente. Permaneció varios minutos inmóvil ante aquel chorro humeante de felicidad hasta que tuvo la sensación de que empezaba a ser tarde.

Desde la ducha oyó el borboteo de la cafetera, así que finalizó rápidamente su aseo y, tras beberse la taza de un sorbo, se marchó.

La calle era una estepa siberiana; tan sólo unos cuantos viandantes corrían, enfundados en abrigos y bufandas, hacia un refugio seguro.

Recorrió la calle San Andrés y la plaza del Dos de Mayo hasta alcanzar la plaza de Santa Ana.

El día prometía ser duro. Una lengua polar cubría el manto gris del cielo y abajo los coches se apelotonaban ante los semáforos con sus tubos de escape vaporosos y sus pasajeros encapsulados con la

calefacción.
Habitualmente iba andando a su trabajo, mas aquel endemoniado frío y el sentido común le hicieron cambiar de opinión y dirigirse al metro. Mientras esperaba de pie en el andén, tuvo la convicción de que el día que ahora se desperezaba era diferente. El metro olía a solidaridad, a compañerismo, a desdicha compartida. El invierno, como enemigo de todos, había conseguido crear una coraza común, un vínculo invisible entre quienes tenían que resistirlo y combatirlo, un sentimiento de pertenencia, de camaradería ante las fatigas mundanas.
De pie desde un rincón del vagón, observó a su alrededor. Trabajadores, en su mayoría procedentes de los barrios humildes del sur, y algunos estudiantes madrugadores cargados de mochilas y carpetas; casi todos le resultaban familiares, pasajeros habituales de trenes del pasado, conocidos fugaces de la aurora de otros días, compañeros efímeros del obligado periplo cotidiano. A alguno de ellos ya le había examinado detenidamente tiempo atrás, ésa era su afición favorita en el metro, contemplar e imaginar tras cada persona su vida, su familia, su trabajo, sus inquietudes y preocupaciones, sus aspiraciones y sus sueños. Como por ensalmo, construía vidas sorprendentes, historias inauditas de madres que luchaban por la custodia de sus hijos o de padres que iban a su trabajo después de pasar la noche abrazados a una mujer que no era su esposa.
Las escaleras de salida del metro le llevaron hasta la calle de Ríos Rosas. Enfrente, la Escuela de Minas se alzaba blanquecina por una pátina de escarcha con sus torres dieciochescas y sus espléndidos murales de Zuloaga.
—Buenos días, Marcelo —saludó nada más llegar al patio central del edificio.
Marcelo era una institución en la Escuela de Minas; nadie recordaba cuándo empezó a ser bedel, pero en todo caso, se daba por seguro que había conocido a todos los catedráticos cuando eran jóvenes estudiantes. Algunos decían de broma que vino con la escuela hacía más de un siglo y que no envejecía porque tenía un pacto con un duende que habitaba en el laboratorio de química y le proporcionaba un brebaje mágico.
—Buenos días, Pablo, mal día para caminar, ¿eh? Hace más frío que pelando rábanos. Por cierto, un día estallará tu buzón. Desde que has escrito ese libro no paran de llegar cartas y vienen hasta del extranjero.
—No será para tanto.
—¿Que no? Tú mismo lo puedes ver. Cualquier día se enteran los jefes que recibes aquí toda esta correspondencia y verás como te llaman la atención.
—¿Qué culpa tengo yo de ser tan famoso? —bromeó.

—Lo que hace falta es que cuando salgas por esos países de Dios le digas a todo el mundo que aquí en España no somos todos como tú, que la mayoría somos gente corriente y moliente.

Los dos esbozaron una sonrisa de complicidad.

—Anda, anda, no refunfuñes tanto, que si no fuera por mí esta escuela sería el lugar más aburrido del Universo.

—No, si al final siempre termino dándote la razón —le respondió resignado.

Al llegar a su cátedra, pudo constatar que aún no había llegado nadie. Soltó el abrigo en un perchero y se acercó al radiador de calefacción para comprobar que estaba encendido. Antes de sentarse acercó la silla al calefactor y puso los pies en un pequeño taburete situado junto al mismo.

Entonces echó un vistazo a la correspondencia. Había, entre las cartas, un paquete de libros que esperaba para un trabajo de la cátedra, algunas felicitaciones muy diversas y afectivas por la reciente edición de *El rey de Khazaria*, una invitación de la International Society of Archaeology para el Congreso Internacional de Arqueología en Colonia, y un sobre de color sepia con un sello alemán y un timbre de tinta azul turquí con un texto incomprensible que giró mecánicamente para ver el remitente.

—Heinrich Mayer —leyó asombrado—. ¿Qué diablos …? —sacudió la cabeza.

La curiosidad le hizo abrirlo rápidamente.

Pablo:

Necesito hablar contigo urgentemente y en persona. Es importante.

No puedo contarte nada por carta. La amenaza está sobre mi cabeza. Te ruego que acudas al congreso que se celebrará el mes que viene
en Colonia. Sé que lo harás. Tráeme un ejemplar de tu novela, tal vez nos haga falta.

Por favor, confírmame tu asistencia con una carta enviada al apartado de correos número 3.824 de Munich, no a mi domicilio ni a la universidad.

No me llames por teléfono, ni intentes comunicarte conmigo más
que por esta vía. No digas nada a nadie de este asunto, a nadie. Si vas a venir, escríbeme poniendo únicamente: «En Madrid hace
muy buen tiempo. Esperamos verte pronto».

Sé que vendrás. Muchas gracias de antemano.

Tu amigo, Heinrich

Atónito, tomó el papel de nuevo y lo releyó detenidamente. Estaba manuscrito, podía reconocer la letra de Heinrich y parecía estar apuntado con prisas, tal vez con miedo a ser descubierto. Tenía el matasellos de Munich, nada raro porque allí era donde vivía su amigo.

Cerró los ojos y se los frotó mecánicamente.
Heinrich Mayer poseía la cátedra de Historia Antigua en la Facultad de Arqueología de la Universidad de Munich, y era también un reputado escritor de libros históricos entre los que estaba uno de sus favoritos: *La Mesopotamia mágica.*
A pesar de vivir lejos, Heinrich y Pablo se veían cada cierto tiempo. Se habían conocido años atrás en París, cuando coincidieron en el mismo hotel, un pequeño albergue del Boulevard Saint Michel en pleno corazón del barrio latino.
El doctor Mayer era sobradamente conocido en círculos especializados en Historia Antigua, sus trabajos sobre las civilizaciones indoeuropeas le habían proporcionado un merecido prestigio hasta el punto de que era reconocido como uno de los referentes en las culturas mesopotámicas. Además, tenía la extraña habilidad de dominar gran parte de las lenguas muertas de civilizaciones milenarias, como el sánscrito, del que era uno de sus mejores especialistas, o las lenguas mesopotámicas como el acadio, el hurrita o el hitita.
Desde que *La Mesopotamia mágica* cayó en sus manos, el profesor Mayer pasó a engrosar la nómina de sus ídolos.

En aquella ocasión, aprovechando la presencia del catedrático en la sala de lectura del hotel, le abordó descaradamente. Fue un acto compulsivo e irrefrenable de admiración espontánea. Mayer reaccionó con sorpresa; su nombre era mucho más conocido que su rostro, por lo que no estaba acostumbrado a ser identificado. Después se mostró halagado, cuando Pablo se reveló como un gran conocedor de todo cuanto había estudiado y escrito. Desde el primer momento se creó esa especie de magia que a veces surge entre personas al primer encuentro. En apenas unas horas empezó a funcionar esa química que está reservada exclusivamente para almas iguales o complementarias.

Y es que Pablo y Heinrich eran muy parecidos, habitantes de mundos lejanos, protagonistas de vidas diferentes, pero en el fondo, espíritus gemelos con sueños comunes y aspiraciones similares. Lobos solitarios, amantes de la discusión, rebeldes, originales y curiosos insaciables, se buscaron todos los anocheceres de aquella semana para hablarse y oírse, para disertar y rebatirse.
Cómplices de experiencias semejantes acabaron la semana prometiéndose continuidad, desearon mutuamente reencontrarse en cualquier lugar y en cualquier momento con la firme esperanza de mantener viva la amistad.

Tan absorto estaba en sus pensamientos que no se percató de la presencia de Bermudo. Éste permaneció en silencio durante unos segundos esperando ser visto.

Al levantar la cabeza tropezó con su figura y, al darse cuenta de haber sido sorprendido en tan irreverente postura, saltó como un

resorte para incorporarse rápidamente.
—Buenos días, Bermudo, ¿qué tal te encuentras?

—No tan alto como tú, pajarito —contestó el catedrático mientras se quitaba el abrigo.
—No es lo que te figuras, no hay nada como comenzar el día con un acto de concentración —improvisó—. Permite ordenar las ideas, priorizar lo importante y marcar los objetivos del día.
Bermudo le miró de reojo esbozando una sonrisa invisible y su fino bigote pareció extenderse bajo la nariz. Después se registró los bolsillos del abrigo buscando el paquete de tabaco Ideales y el mechero y lo dejó en la mesa.
No era necesario justificar nada, Bermudo habría aceptado cualquier excusa de la actitud de Pablo por inverosímil que pareciese y habría admitido que continuase con ella con tal de mantenerlo a su lado como profesor adjunto de su cátedra. Al fin y al cabo, Pablo había sido uno de sus más destacados alumnos, tan deslumbrante como desapasionado por las materias que se impartían en aquel departamento.
No había sido fácil ignorar a Pablo mientras fue estudiante, a pesar de que nunca intervenía o preguntaba en clase, jamás se sentaba en las primeras filas y apenas cruzaba unas palabras con quienes le rodeaban. Sin embargo, cuando llegaban los primeros resultados de los exámenes, su figura empezaba a descollar y adquiría una involuntaria popularidad.

Bermudo lo cazó por primera vez hacía muchos años en un pasillo al salir de clase. Llevaba varios meses tratando de hablar con él pero, al darse cuenta de lo escurridizo que se mostraba en el aula, lo esperó para abordarle a solas. Por aquella época estaba buscando a un becario que desarrollase un proyecto de investigación importante de Altos Hornos. Iban a ser tres meses de verano a tiempo completo con una más que atractiva retribución para un estudiante de diecinueve años.

Pablo se declaró muy halagado, pero se excusó diciendo que se había apuntado a un campamento arqueológico en Soria. Para su sorpresa, le explicó casi de carrerilla que era un campamento de voluntarios aunque él ya había confirmado su presencia, que por poco más que la comida y un hueco en una tienda de campaña para dormir, iban a pasar dos meses sin más horizonte que cavar y cavar durante todo el día en busca de vestigios de una necrópolis íbera, sin más herramientas que un puñado de martillos y rastrillos y sin más contacto con la civilización que un deteriorado coche que les traería a diario unas barras de pan y muchas latas de conservas. Bermudo no pudo contener la sonrisa, al principio de incredulidad, pero inmediatamente después de cierta admiración y envidia.

En los ojos chispeantes de aquel muchacho, el catedrático encontró desde el primer momento la magia de la juventud, de una juventud distinta a la suya, que había sido castigada por la infinita posguerra, y sin embargo, de una juventud diferente a la que parecía imponerse, desinteresada, cómoda e inculta.

No pudo atraparlo aquel verano, ni el siguiente, ni el siguiente. Por eso fue una gran sorpresa y una inesperada alegría cuando supo que Pablo, una vez acabados sus estudios, tenía intención de presentarse a las oposiciones a profesor adjunto que estaban a punto de convocarse en su cátedra.

Desde entonces, hacía ahora más de tres años, Bermudo le había mimado indisimuladamente, tratando de despertarle su entusiasmo por el trabajo. El viejo catedrático, ahora viudo y padre sólo de una hija a la que no veía desde hacía muchos años, reservaba los mejores trabajos de la cátedra para su discípulo en un esfuerzo permanente de motivación.

Pablo siempre se manifestaba amable y, a veces, empujado por el entusiasmo de su jefe, revelaba un piadoso interés por lo que hacía.

Cuando paseaban juntos por los pasillos de la escuela parecían de galaxias diferentes; Bermudo siempre impecable ceñido a un traje a medida, que en invierno casi siempre era de alpaca, todo planchado a conciencia, con su fino bigote recortado al estilo Errol Flynn y el pelo perfectamente peinado y engominado, tan arreglado que entre los alumnos se le conocía con el apodo de «el novio» a pesar de haber pasado los sesenta años. Pablo, delgado y desaliñado, pasaba los inviernos envuelto en jerséis de lana y pantalones de pana gorda.

A veces, cuando se paraba a pensar, tenía la sensación de estar viviendo una historia de pareja que sabe que no se aman pero que se han propuesto no hacerse daño. En el fondo, los dos sabían que algo no marchaba bien, algo que nada tenía que ver con su relación personal, que siempre fue muy cordial y sincera, algo que tenía que ver con su relación profesional, que el paso del tiempo no conseguía cuajar.

—Deberías venir a la clase que doy esta tarde —le dijo el catedrático escudriñando los pensamientos que le rondaban—. Vamos a discutir de superaleaciones.

—Lo haré —forzó la sonrisa—. Con mucho gusto.

Bermudo se retiró incrédulo y se dispuso a saborear el primer Ideales de la mañana sentado ante sus informes.

Pablo volvió al escrito de Heinrich. Al toparse con la invitación del congreso imaginó que aquella tarjeta tenía poderes premonitorios.

LXIII International Archaeological Congress (IAC). Archäologisches Institut

Universität zu Köln

Köln. February 20th-25th

Sabía de sobra que ese congreso estaba a punto de celebrarse, pero había renunciado a asistir pues, de hacerlo, liquidaba buena parte de sus vacaciones.

—¿Quién querría lastimar a Heinrich? —caviló—. ¿Quién le amenaza y con qué motivo?

La nota no podía responderle.

—¿Por qué me llama a mí? ¿No hay nadie en más de dos mil kilómetros a la redonda que pueda auxiliarle, ni tan siquiera la policía?

Algo no iba bien. Salvo que se tratase de una estúpida broma, no tenía elección.

—Necesito superar un último paso, conseguir unas pequeñas vacaciones.

El frío se había esfumado y, en su lugar, un extraño fuego le abrasaba la sangre.

—Alemania en enero, además, es uno de mis destinos preferidos.

Abrió el cajón de la mesa y sacó sobre, papel y bolígrafo.

Tomó el bolígrafo y escribió:

En Madrid hace un tiempo muy bueno. Esperamos verte pronto Pablo

Por lo demás, seguro que Bermudo lo entendería.

5

El viejo profesor pasó su brazo por encima del hombro de Frank Grauben mientras caminaba, tratando de crear un ambiente de intimidad y compañerismo poco habitual en las últimas semanas. Frank, que estaba profundamente complacido por haber recuperado la confianza y la atención de su jefe, caminaba encogiendo el hombro para ser alcanzado por su menor estatura.

Lentamente y sin mediar palabra cruzaron el arco que componía la puerta del gran jardín del Archivo, pasando de este modo a estar rodeados de una bella espesura iluminada de verdes y ocres. Pequeños canales de agua partían en todas direcciones desde una fuente central que la esparcía generosamente al tiempo que la repartía por el contorno. A su alrededor, y en forma de estrella cuyo centro era la fuente, frondosas palmeras datileras y algunas perseas constituían largas hileras a cuyos pies se trazaban los caminos de arenas rojizas.

Bajo la sombra de las palmas, el sofocante calor del verano parecía menguar; o tal vez fuera el verdor de aquel rincón el que produjese cierta sensación de frescura.

Una vez se encontraron suficientemente lejos de los centinelas y después de haber mirado repetidamente a ambos lados para asegurarse de que no iba a ser escuchado, el profesor susurró a su acompañante al oído.

—¿Sabes por qué estamos aquí?

—Es difícil saberlo cuando sólo valgo para llevarle de aquí al hotel y del hotel aquí —protestó.

El viejo encajó la sacudida sin inmutarse, pero Grauben tampoco quería perder la oportunidad de recuperar a su preceptor, de manera que se aventuró a conjeturar.

—¿Tal vez para estudiar alguna guerra entre Egipto y Hatti? Köerting se detuvo pensativo.

—La única gran batalla entre hititas y egipcios fue la de Kadesh, un duelo realmente sorprendente entre Muwatallis y Ramsés II ocurrido muchos años más tarde de la que ahora me intriga. La de Nuhassé no fue una batalla entre hititas y egipcios porque los segundos nunca acudieron a defender a sus súbditos atacados.

—¿Vinimos a estudiar la batalla de Nuhassé? —preguntó el joven.

—Querido Frank, la historia únicamente la escriben los vencedores, para los vencidos es demasiado dolorosa. Rememorar las derrotas contribuye a la desaparición de la entidad y del orgullo nacional. Pero una cosa es querer y otra es poder. Ningún pueblo puede ocultar los episodios deshonrosos de su pasado. Llegado el caso, todos intentan maquillarlo, despreciar su importancia, justificar por qué perdieron

aquella batalla, aquella guerra o los territorios que les pertenecieron. Sin embargo, la conquista de Nuhassé, capital de Mitanni, es uno de los mayores enigmas que aún nos guarda la historia.
Atravesaron un arbotante de setos guiados por barras de hierro. El profesor, cansado de la incómoda postura que mantenía, soltó a Frank.
—Los hititas, que resultaron vencedores, encubrieron descaradamente su victoria y poco después desaparecieron para siempre de la faz de la Tierra. Los habitantes de Nuhassé quedaron exterminados hasta el punto de que nadie hasta hoy ha sido capaz de encontrar aquella célebre ciudad-estado, y los únicos que podían relatar los hechos, los poderosos egipcios que en aquella época eran protectores de los mitanni, nos dejaron simplemente el testimonio del horror y del miedo.
Rudolf caminaba despacio, con las manos atrás y la cabeza baja.
—Eso me hizo pensar que tras la desaparición del Imperio hitita se escondía una maldición —el viejo acabó la frase casi susurrando para no ser oído.
—¿Una maldición?
—Una catástrofe, una enorme calamidad que les aniquiló a ellos, a sus ciudades, a sus palacios y a sus monumentos.
Hubo un momento de silencio mientras Köerting asentía muy a menudo aunque de un modo casi imperceptible.
—Lo que oyes —concluyó—, la maldición del Imperio hitita.
Grauben no quería hablar, no quería interrumpir, por lo que prosiguió mirando quedamente a su maestro, sin pestañear.
Obsesionado con el hecho de que le pudieran escuchar, el viejo se acercó aún más al discípulo.
—Hace treinta y cinco siglos —murmuró— el imperio de Hatti se hizo fuerte gracias a un poderoso rey. Con él llegó a ser la mayor potencia de Asia Menor. Hatti era un estado federal, bien organizado, que llegó a doblegar a todos los pueblos vecinos de Anatolia. Todos los reyezuelos de miles de kilómetros a la redonda rendían pleitesía y aportaban sumisos sus tributos al Gran Señor de la Escalera.
Köerting hablaba despacio, recreando en cada palabra su significado.
—Sabes que todo mi interés por los hititas se basaba en el hecho de que fueron los «inventores de la escritura». Estudiar el *Génesis* de la expresión escrita es, para un criptógrafo, una oportunidad que no hay que dejar pasar… pero la transcripción de los textos cuneiformes[3] me reveló un enigma en el que nunca había reparado. ¿Por qué se disiparon casi todos los vestigios de la cultura hitita? ¿Qué les pasó para quedar ferozmente eliminados de la faz de la Tierra? Si ellos fueron poderosos e importantes, mucho más que casi todos sus vecinos y que la mayoría de sus pueblos coetáneos, ¿por qué se evaporaron sin dejar ni rastro? Hace cuarenta y cinco años que la ciencia sabe que

existieron los hititas y ¿sabes por qué? Porque Chantre,[4] que había leído en la Biblia la existencia de un pueblo llamado heteo y, empeñado en ubicarlos en la historia, certificó que las ruinas que había encontrado Charles Texier en 1834 no eran otra que cosa que Hattusas.[5] Hoy resulta difícil admitir que nadie se hubiese fijado en ellos hasta que Chantre los descubrió. El hitita fue un pueblo poderoso, protagonista de grandes hitos en la historia del hombre —añadió en tono solemne—. Sabemos que inventaron el carro de guerra, la escritura, la metalurgia y que tenían un régimen de organización social que tardaría muchísimos años en ser común entre las poblaciones humanas. ¿Acaso no levantaron suntuosos monumentos? ¿Acaso no tenían palacios con tesoros? ¿Dónde quedaron los frutos de sus forjas de hierro? ¿Dónde están sus riquezas y sus joyas de oro y plata? ¿Acaso no construyeron templos y carreteras? Entonces, ¿por qué no quedó nada de nada?

El profesor sufría cuando formulaba las preguntas, su garganta parecía quebrarse arrastrada por un injustificable sentimiento de culpabilidad, una sensación de reproche interno que impregnaba cada palabra.

[3] Se llamaba cuneiforme porque estaba escrita con caña sobre barro.

[4] Ernest Chantre realizó las primeras excavaciones junto a Boghazköy entre 1892 y 1893.

[5] Antigua capital del reino de Hatti.

—No, no parece normal una exterminación sistemática y sangrienta no únicamente del pueblo, sino de todas sus ciudades y monumentos, de todo su legado cultural…

El gorjeo de los pájaros anunciaba la inminente caída de la tarde. Frank contenía la respiración tratando de pasar desapercibido, de mimetizarse con su entorno para dejar hablar sin cortapisas al renovado profesor. Apenas podía comprender el mensaje de su mentor, pero estaba feliz de volverle a oír.

—El profesor Youssef ha hecho un trabajo extraordinario recuperando los papiros de Tell-el Amarna.[6] Gracias a ellos, hoy podemos saber un hecho insólito y trascendental de la historia antigua.

Habían conocido al profesor Mahmout Youssef al arribar a El Cairo cuando era el director del Archivo. Fue entonces cuando supieron que había publicado un trabajo sobre unos papiros encontrados en Tell-el Amarna, años después del develamiento de las famosas tablillas.[7] Nadie había dado importancia a los papiros. Estaban cuarteados e incompletos y, además, sus caracteres eran difusos y ambiguos, por lo que el trabajo del profesor Youssef nunca fue tomado en serio.

—Tal vez podamos encontrar algo más en los suburbios de El Cairo. El profesor Youssef podría indicarnos por dónde empezar —sugirió Frank.

—Sería como buscar una aguja en un pajar —disintió el viejo—. Estoy seguro de que el papiro que te he enseñado es único y que estuvo durante mucho tiempo bien escondido. Fue grabado en un momento

de convulsión política y religiosa, con un faraón inexperto a punto de liderar una revolución que rompía con todo lo anterior. El autor, que probablemente estaría al servicio del aún influyente clero, sería un proscrito que se atrevió a mostrar al rey hitita como vencedor y poderoso. De haber caído este ejemplar en manos de la reina Tiyi, ella misma habría obligado a su autor a que se lo comiese con un poco de cianuro.

—¿Por representar a Subbiluliuma y no a su hijo?

—Por mostrar al proscrito de Subbiluliuma, el verdugo de su pueblo.

—¿Tiyi era mitanni? ¿Era de Nuhassé?

—No, Tiyi era hija de nobles de Akhmîm, una floreciente ciudad egipcia junto al Nilo que vivía del negocio del lino. Cuando Subbiluliuma cortó el paso de los mercaderes egipcios hacia Babilonia, la ciudad cayó en

[6] Ciudad asentada en la antigua Ajenatón («el horizonte de Atón»), que fue capital de Egipto durante el reinado de Akhenatón.

[7] Las trescientas tablillas fueron encontradas en 1887 por una campesina.

una profunda crisis de la que no se recuperó en siglos. Es más que posible que Tiyi odiase por eso a Subbiluliuma.

Cuando se percató de la presencia de los oficiales egipcios buscándolos a lo lejos, el viejo contempló su reloj.

—Tenemos que irnos, les prometimos que hoy terminaríamos a las cuatro y debemos cumplir. Continuaremos en el hotel. Dales una buena propina y diles que ya no volveremos mañana; nuestro trabajo en este Archivo, por ahora, ha finalizado.

Frank Grauben rezongó por la interrupción pero obedeció y se fue a avisar a los militares con el ceño fruncido. Después de tres años en aquella región, Frank hablaba correctamente árabe y lo entendía sin dificultad. Köerting, sin embargo, utilizaba un lenguaje de supervivencia que le permitía entender algunas frases y ser entendido.

A la salida, los arqueólogos fueron cacheados como cada día por los guardias de seguridad, una verificación rutinaria y falta de rigor que ejecutaban mecánicamente y con desgana. Una vez cumplidos los trámites reglamentarios, cruzaron la calle y tomaron su automóvil.

Grauben se puso al volante y salió lentamente. El viejo acarició su barba blanca en un gesto inequívoco de reiniciación de la charla.

—¿Dónde estábamos, Frank? —trató de memorizar y, sin apenas tiempo a que éste interviniera prosiguió—. Ah sí, la cuestión es la siguiente. ¿Por qué hemos venido a El Cairo?

Se tomó un instante para tragar saliva y ordenar sus ideas antes de retomar la palabra.

—Como te decía, lo sorprendente no es que la Confederación Hitita prosperara en Anatolia por encima de sus vecinos. ¿Por qué no podía hacerlo? La historia —arguyó— es un inmenso puzle donde todas las piezas tienen que dejar hueco a otras. Cuando todas encajan

convenientemente el conjunto tiene un sentido único, un significado común. Sin embargo, a veces el destino se empeña en deformar una pieza y por más que lo intentes resulta imposible encajarla en ningún sitio. No sé si me entiendes.
Grauben asintió sin abrir la boca, estaba dispuesto a no intervenir en un razonamiento que le resultaba cada vez más difícil.
—Cuando esto sucede, mi querido Frank, el arqueólogo pasa de «descubridor» a «investigador», o si quieres decirlo de otro modo, a «moldeador de piezas deformadas».
El joven estaba a punto de perder el hilo, pero empezaba a dudar si la razón de su despiste era su propia ignorancia o cierto desvarío de su jefe. —Hace dos meses —continuó el viejo— hallé en el puzle de la historia hitita dos piezas que de ningún modo encajaban en el resto. La sola aparición de esas dos verdaderas sombras me estremeció y me llenó de temor. En realidad aún tengo miedo. ¿Miedo a qué? podrías pensar. Miedo al final del túnel.
Un brusco frenazo enmudeció a Köerting. Un rebaño de cabras surgió de forma repentina en el centro de la calle obligando a Grauben a parar en el acto. Los tropeles de animales, las numerosas tiendas ambulantes y la multitud de viandantes hacían difícil la circulación por las calles de El Cairo. Los pocos vehículos que transitaban eran trastos molestos para los peatones y tenían que abrirse paso a toque de bocina. Al joven edecán empezaba a molestarle la falta de tranquilidad en un momento tan importante para él; sin embargo, se excusó por el frenazo.
—Conducir en esta ciudad resulta engorroso —arguyó—. Lo siento, continúe por favor.
Tras la repentina maniobra, el profesor se incorporó y apoyó sus manos en el salpicadero delantero del vehículo para evitar nuevos zarandeos.
—Dos pistas falsas, dos enigmas, dos secretos bien guardados; o bien, dos equivocaciones de la historia se habían producido en torno al imperio de Hattusas. La primera de ellas nos trajo aquí y, sinceramente, creo haberla resuelto gracias a tu colaboración, aunque de nada nos valdrá si no somos capaces de averiguar la segunda, para lo cual debemos volver al «lugar de los hechos».
Grauben se sentía como un niño, como un inocente y vulgar niño que había sido capaz de decirle al rey ante todos sus súbditos que realmente no llevaba ropa. Tal como en el cuento que recordaba de su infancia, todos se habían sentido aliviados de los comentarios de aquel pequeño menos él, que no había dado ninguna importancia a una cosa tan evidente. Mitad orgullo, mitad vergüenza, Grauben empezaba a sentirse incómodo con su propia inopia.
—Gracias, profesor, por sus felicitaciones, pero, ¿de qué me vale saber

la solución de un problema desconocido?
Köerting sonrió ante la ocurrencia de su discípulo, que ya no quería disimular más su impaciencia. Consciente de la situación, eludió retrasar más sus conclusiones.
—Poder y destrucción, Frank, recuerda esas dos palabras porque simbolizan los dos enigmas que tenemos delante. Poder y destrucción son las dos piezas deformadas. El poder, ese maléfico afán humano de dominar todo lo que nos rodea era, hasta hace unos minutos, una pieza desencajada de la civilización hitita. Vinimos a Egipto para entender qué pasó con el poder. El estado egipcio hace treinta y cinco siglos era el más poderoso de todo el planeta; sus faraones, descendientes directos de los dioses, dominaban todo el horizonte conocido de esta parte de la Tierra; sus ejércitos de mercenarios, bien alimentados y mejor aparejados, adiestrados durante años en las artes marciales, resultaban invencibles. Pero no sólo eran los más fuertes con las armas, también cultivaron sus mentes, y dominaron todas las ciencias: matemáticas, arquitectura, medicina, astrología... En aquellos tiempos de esplendor egipcio, los hurritas, los kashka, los libios, los hititas eran bazofia, escoria humana, que existían únicamente porque a ellos no les había interesado aniquilarlos o conquistarlos. En ese contexto, ¿cuál tendría que haber sido la verdadera relación entre Egipto y Hatti? ¿No es lógico que la relación estuviese basada en el desprecio de uno y la subordinación del otro, en la arrogancia de Tebas y la sumisión de Hattusas?
De sopetón, un señor con dos camellos se volvió a cruzar de forma inesperada en el camino. El frenazo de Frank no pilló por sorpresa en esta ocasión a su acompañante, que se mantenía asido al salpicadero del auto.
—En realidad, tampoco parecería descabellado que esta relación simplemente no existiese —miró a su ayudante con las cejas muy altas para esperar su asentimiento—. Tebas y Hattusas estaban tan lejos que alguien podría pensar que egipcios e hititas nunca se molestaron. Sus áreas de dominación pudieron no estar solapadas o, mejor dicho, los egipcios pudieron no tener nunca ningún interés en la Anatolia hitita.
El ritmo del profesor estaba bajando. Las palabras salían de sus labios ahora más lentamente, como si un halo de tristeza se hubiese apoderado de él.
—Pero en Turquía pude darme cuenta de que esto no fue así. En verdad hubo contactos y muy numerosos y, hasta un momento determinado, ciñéndose escrupulosamente a lo que se esperaba de ellos.
—Ése es el poder —añadió Frank sin saber muy bien qué decía, al recordar lo que le acababa de decir el viejo.
—En efecto, querido Frank. En un primer momento parece probado

que los reyes de Hatti respetaron siempre al poderoso vecino egipcio. Respeto y sumisión, todo lo necesario para no despertar su ira, para mantenerlo siempre contento. Los pueblos vecinos al imperio de los faraones vivían con terror: terror a ser invadidos, terror a ser capturados, despojados de sus tierras y bienes, esclavizados para sustentar la numerosa mano de obra necesaria para los grandiosos monumentos egipcios. Hasta en la época de Subbiluliuma, cuando el reino de Hatti estaba en su máximo esplendor, la diplomacia hitita se esmeró en mantener una exquisita relación con el faraón. Sin embargo, las pruebas que encontramos en Hattusas y en AlacaHuyuc representaban una extraordinaria «pieza deformada», algo que a nadie podía pasarle desapercibido. Cuando transcribí aquellas cartas lo primero que pensé es que Subbiluliuma estaba loco, que sus ansias de poder le habían trastornado. Me lo imaginé como a un dictador ególatra rodeado de adláteres incapaces de contradecirle.
Cuando el automóvil se detuvo ante el lujoso hotel Majestic, Grauben frunció una vez más el entrecejo por el nuevo paréntesis. Un mozo del hotel con uniforme se apresuró a abrirles las puertas mientras unos muchachillos a medio vestir se acercaron a ellos con la intención de venderles higos y dátiles que llevaban en unas canastas de mimbre. Como a todos los extranjeros una vez excusados de comprar esas mercancías, los vendedores ambulantes insistieron en pedirles cualquier cosa, unas monedas, un bolígrafo, un cigarrillo… Los chavales se arremolinaban en torno a los alemanes, que negaban continuamente con la cabeza.
—*Herr, Guten Abend!* —decían mecánicamente a sabiendas de que los arqueólogos eran alemanes—. *Geben sie etwas!*[8]
—*Leider* —respondieron amablemente— . *Auf Wiedersehen*.[9]
Era como si entre ellos hubiesen fijado un premio para el que consiguiese sacarles algo a los foráneos. A duras penas los germanos alcanzaron la puerta del hotel.
—Sube conmigo a mi habitación —dijo Köerting—. Quiero enseñarte algo muy interesante.
El hotel Majestic era un apacible rincón envuelto en todo tipo de lujos, un lugar donde concurrían científicos y buscadores de tesoros europeos. Entre sus huéspedes había aumentando de forma espectacular el número de investigadores y curiosos desde que, quince años antes, el multimillonario lord Carnarvon y Howard Carter culminaron tres largos años de excavaciones hasta dar con la tumba de Tutankhamón.[10] Este descubrimiento había atraído a gran número de turistas, aficionados y curiosos, fundamentalmente adinerados británicos y franceses que, fascinados por las maravillas de las que hablaba la prensa, venían a visitar el legendario Egipto y a comprar valiosos objetos antiguos. Entre los clientes habituales del Majestic

había igualmente numerosos reporteros, sedientos de noticias sensacionales, que entraban y salían continuamente con sus pesadas cámaras fotográficas. Tanto unos como otros, tomaban el Majestic como una base de operaciones en El Cairo para las visitas obligadas al Valle de los Reyes, a las pirámides, a sus tumbas y a todas las maravillas del antiguo imperio. El propio lord Carnarvon había sido, hasta su muerte el 5 de abril de 1923, huésped del Majestic. La habitación que habitualmente había ocupado el noble inglés era ahora un santuario, una especie de reliquia abierta al público como una pieza de un museo y que no se sabía a ciencia cierta, si por respeto o por temor, nunca más fue ocupada por nadie.

En torno a la muerte de lord Carnarvon se habían escrito toda una serie de fantásticos relatos. La suya fue la primera de una larga lista de enigmáticas muertes que muchos creyeron relacionadas con el aviso que aparecía a la entrada del sepulcro de Tutankhamón:
«La Muerte tocará con sus alas a quienes se atrevan a turbar el reposo del Faraón».

Lo cierto es que lord Carnarvon murió a los pocos días de entrar en la tumba y nunca pudo aclararse a ciencia cierta qué le causó la muerte. Algunos dijeron que fue debido a la picadura de un insecto o de un escorpión, otros hablaban de un veneno desconocido…

El aristócrata tuvo que abandonar urgentemente el Valle de los Reyes para trasladarse al hotel Majestic de El Cairo, y recibir allí un tratamiento médico, pero éste tampoco resultó eficaz y el proceso terminó convirtiéndose en una congestión pulmonar que provocó su fatal desenlace. Antes de morir en presencia de su hijo, el oficial del ejército británico lord Porchester, que había viajado ex profeso desde las Indias y, cuando ya no podía ni siquiera reconocerlo, se afirmaba que había murmurado: «Todo terminó… escuché la llamada… estoy preparado».

Quince años más tarde, la muerte de lord Carnarvon seguía siendo un tema recurrente de conversación y tertulia entre los clientes del hotel, sobre todo de algunos periodistas sensacionalistas, hasta el punto de que alguno de los más atrevidos llegó a manifestar haber visto deambular por los pasillos su ánima en pena.

[8] « Señor. Buenas tardes. ¡Déme algo!», traducción del alemán.
[9] «Lo siento. Adios», traducción del alemán.
[10] Tumba intacta descubierta en 1922 del faraón niño que murió a los 9 años de edad en 1342 a. C.

—Buenas tardes, *mensaih* —les saludó respetuosamente el empleado del mostrador de recepción—, aquí están sus llaves.

El recibidor del hotel era de un luminoso mármol blanco con una gruesa balaustrada de caoba. Dos escalinatas en forma de círculo arrancaban de ambos costados dejando un generoso hueco en el centro, que estaba adornado en su base por unas palmeras pequeñas.

En el techo, una cúpula semicircular de vidrieras con motivos egipcios dejaba pasar una luz abundante.

Una vez en la primera planta, Köerting y Grauben tomaron un largo pasillo situado enfrente de la escalera. Entre las puertas de madera de las habitaciones se disponían candelabros dorados de grandes dimensiones. El suelo, también de mármol níveo, reflejaba sus figuras gracias al caudal que entraba por el tragaluz acristalado del fondo de la galería. La altura de los techos y la geometría del corredor hacían retumbar los pasos de los arqueólogos, que atravesaron el pasillo sin articular ni una sola palabra. Al llegar a la puerta de su alcoba, el profesor hizo un gesto a su ayudante para que pasara.

Un golpe de calor les volvió a recordar el terrible verano que estaban soportando. La habitación del profesor, que estaba orientada al sur, recibía durante todo el día el castigo del sol y, como se mantenía cerrada las jornadas enteras, al atardecer era una cafetera. Grauben cruzó raudo y se apresuró a abrir la puerta del balcón, pero luego se detuvo pensando que tal vez esto no agradara a su mentor.

—Sí, sí, adelante, ábrela. No creo que nadie pueda oírnos.

Sentado ante la mesa de su escritorio, el viejo deshizo los nudos que mantenían cerrado un portafolios de cuero negro. En un primer momento tuvo la intención de abrirlo y mostrar lo que había en su interior pero, como si hubiera resuelto proseguir con su discurso, apoyó las manos sobre el tablero y se reclinó en el sillón. Grauben, que no parecía encontrar un hueco para él, permaneció de pie a su lado con los brazos cruzados sobre el pecho.

—En el año 1364 a. C. —arrancó nuevamente Köerting acariciándose la barba— falleció el faraón Amenofis III. Su muerte, tras una larga y penosa agonía, inundó de dolor a todos los habitantes de Tebas. La ciudad se vistió de luto cuando se supo que la reina Tiyi había mandado llamar al trepanador real para purificar, aún en vida, el cuerpo del moribundo reydios. Era el final de un reinado de treinta y ocho años del anciano monarca, de un hombre que en su juventud había sido un gran deportista, cazador de leones y toros salvajes. Cuentan los grabados de la época que una muchedumbre de pobres y ricos se agolpó junto a su casa de oro implorando piedad al dios Amón. Montones de barcos infestaron el gran río en un duelo nacional, los de los ricos hechos de madera y con remeros y de cañas embreadas los de los pobres.

La suave brisa procedente del balcón venía impregnada de un tímido aroma a nuez moscada y clavo.

—Se sabe que el faraón, cansado de su larga y dramática enfermedad, harto de los sacrificios y plegarias dedicadas a Amón, incluida la construcción del más majestuoso templo a la orilla oeste del río, mandó a un emisario a Mitanni implorando el auxilio de la milagrosa

diosa Ishtar de Nínive. Imagínate, un faraón egipcio pidiendo clemencia a una diosa mitanni. No dudo que eso debió enfurecer al poderoso clero tebano y, a buen seguro, que desde entonces ellos achacaron la muerte del faraón a la furia de Amón. El pueblo tampoco debió admitirlo de buen grado, nadie rechazaba que el rey hubiese aceptado a las princesas Gilukhepa y Tadukhepa, hijas de reyes mitanni, entre su harén. Eso era normal, representaba la prueba de fidelidad y sumisión de los pueblos vecinos y, además, estas dos princesas no estaban entre sus favoritas, ni fueron madres de futuros reyes. Sin embargo, adorar a una diosa extranjera despreciando de ese modo la omnipotencia del dios de todos los egipcios era una verdadera afrenta a la religión y al pueblo.

El cansancio parecía haberse apoderado del anciano profesor. Con exhausto ademán, se despojó de sus gafas y asomaron unos ojos astutos que, al ser frotados fuertemente con sus dedos, se enrojecieron y se apagaron.

—Aun así, las crónicas nos anuncian que la muerte del faraón fue llorada. Al fin y al cabo, él tenía una naturaleza divina y todos lo respetaban, o más bien lo temían. La reina-esposa debió tomar, una vez más, el protagonismo de la situación. No fue la primera; todo parece indicar que la sociedad egipcia era matriarcal y, contrariamente a muchas de las grandes civilizaciones que le siguieron, las mujeres tenían un importante papel en la corte. La reina Tiyi, cuya vida junto al faraón debió ser muy feliz, se encontró con un esposo muerto y un pequeño heredero incapaz de llevar las riendas del país más poderoso de la Tierra. Ella no estaba dispuesta a ceder el poder al sediento clero ni a la ambiciosa cúpula militar, de suerte que debió empezar a tomar medidas contundentes contra aquellos que se aproximaban peligrosamente al manejo de las cuestiones cortesanas. Entonces infligió severos castigos a quienes osaban interferir en las decisiones de palacio, y como prueba de poder mandó edificar en Sedeinga, al norte de Soleb, su propio Templo de Eternidad. Por si fuera poco —concluyó—, sus padres recibieron sepultura en el Valle de los Reyes, lo que significaba la máxima distinción que persona alguna pudiera recibir.

El viejo arqueólogo se levantó para servirse un vaso de agua. Antes de hacerlo preguntó con un gesto a su discípulo, a lo que éste le contestó afirmativamente con la cabeza. Volvió con los dos vasos a la mesa y, tras entregarle uno a Frank, se sentó de nuevo ante su portafolios.

—Fue tan grande el odio que acumuló en aquellos años la reina Tiyi hacia el clero que este sentimiento debió transmitírselo a su hijo, quien terminó, años más tarde, anulando el culto al dios Amón y revolucionando a la sociedad egipcia.

—Akhenatón —intervino Grauben para demostrar que no estaba

perdido.
—El hereje Akhenatón —subrayó el viejo— o Amenofis IV, hijo de Amenofis III y de Tiyi.
Frank empezó a dar vueltas lentas sobre la mesa donde permanecía sentado el profesor.
—Todo esto resulta muy interesante —apostilló—, pero nada de lo que me está contando ha sido descubierto en estos días, nada de esto nos une a nuestra investigación turca.
—Hasta aquí nos trajo una carta con un enigma que por sí solo no podía ser desvelado, necesitaba una ayuda. Debió ser a los pocos meses de la muerte del faraón Amenofis III cuando, como siempre desde hacía muchísimos años, todos los reyezuelos de los pueblos cercanos enviaron al nuevo rey sus presentes y deseos de salud y prosperidad. Hasta aquel momento, en todos los cambios sucesorios de faraones, los emperadores hititas habían enviado, junto a magníficos presentes de bienvenida, unas cartas de salutación escritas en alfabeto cuneiforme sobre arcilla. En estas misivas siempre se expresaban el respeto y el anhelo de paz entre ambos pueblos.
—Las cartas de Winckler —interrumpió Grauben refiriéndose a unas famosas cartas encontradas por este arqueólogo compatriota de ambos en el año 1910 en Boghazköy.
—Efectivamente, Frank, las cartas de Winckler. Estas cartas encontradas en suelo turco —prosiguió— eran en realidad copias exactas de las que se enviaban a los faraones recién entronados, sólo que los escribanos de la corte de Hatti tenían la precaución y la buena costumbre de redactar copias para el propio Archivo Real. Si se estudian con detalle estas cartas —los dedos del viejo mesaban su perilla blanca— uno puede darse cuenta de que durante generaciones y generaciones el texto escrito es prácticamente igual. Prác-ti-ca-men-te i-gual —repitió vocalizando sílaba por sílaba.
Hubo un silencio de algunos segundos, que a Grauben le debieron parecer horas, en el que los dos arqueólogos se miraban en silencio.
—Lo único que hacían los autores de las cartas era cambiar el nombre del faraón, el orden de algunas frases y alguna cosa sin importancia, hasta los presentes en esencia eran siempre los mismos. Los emperadores hititas debieron pensar que aquella fórmula les daba buen resultado y que, por tanto, no había que cambiarla por ninguna otra.
—Todo marchó según esos cánones hasta la muerte de Amenofis III. En aquel año de 1364 a. C., el gran emperador Subbiluliuma, que llevaba dieciséis años en el poder, fue informado de la muerte, largamente esperada, del faraón egipcio. Qué había cambiado en los últimos años es algo que todavía no conocemos, lo mismo que tampoco sabemos aún qué pasó por la mente del gran Subbiluliuma al

conocer la muerte de su poderoso vecino. Hoy nadie puede saber qué relación se había establecido entre los dos monarcas, lo verdaderamente cierto —dijo levantando la voz— es que la carta que Subbiluliuma mandó al joven Amenofis IV fue realmente sorprendente.
—¿Ésa es la tabla que encontramos en Alaca-Huyuc? —inquirió nervioso Grauben.
— Ésa es —afirmó el viejo con rotundidad.
Alaca-Huyuc[11] era una pequeña aldea turca situada a unos 30 kilómetros al nordeste de Boghazköy, la antigua Hattusas, en plena Anatolia turca. Los arqueólogos germanos habían pasado allí quince meses tras abandonar Boghazköy, en donde tuvieron instalado su campamento algo menos de dos años. Ambas ciudades estaban en un deshabitado rincón de la Capadocia septentrional, al este del río Halis.
La expedición arqueológica fue fulminantemente disuelta hacía algo menos de cuatro meses cuando, de forma repentina y compulsiva, el viejo profesor decidió marcharse a Ankara a continuar su investigación en el Museo de Arte Hitita, recientemente fundado por el presidente Kemal Atatürk. Tan sólo unas semanas más tarde, otro repentino cambio de planes les llevó a abandonar Ankara para trasladarse a El Cairo, donde habían pasado los últimos dos meses.
Tanto en Alaca-Huyuc como en Boghazköy, Grauben había participado activamente con el profesor en el levantamiento de restos hititas. En

[11] Las ruinas de Alaca-Huyuc fueron descubiertas por el geólogo británico Willian John Hamilton en 1836.

Alaca-Huyuc, la expedición halló una tablilla de arcilla con un texto escrito en cuneiforme que estaba junto al lugar donde Hamilton encontró casi cien años antes el intrigante monumento de Eflatunpinar.[12] La tablilla se conservaba en perfecto estado, estaba sola en un cofre de alabastro, envuelta en papiros como si de un tesoro se tratara. La inmensa alegría que había precedido a tan singular hallazgo se tornó decepción a los pocos días.

Desde que Köerting la tuvo en sus manos se encerró en su despacho de campaña para su transcripción. Fueron jornadas de mucha intensidad para el viejo, de trabajo frenético y sin respiro. Frank, que se había quedado encargado de la excavación, apenas lo vio en los días siguientes. Cada noche, antes de acostarse, se asomaba a su tienda para preguntarle si todo iba bien y el viejo le contestaba refunfuñando que no podía entretenerse mucho porque la tablilla le estaba obligando a reformular el alfabeto, pero él no tenía dudas de que lo conseguiría. No en vano, tras los tres años de trabajo en las mesetas de Anatolia, Köerting era uno de los mejores especialistas mundiales en este tipo de escritura.

Junto a aquel trozo de arcilla, grabado con la punta de una caña cuando aún estaba blanda y luego recocido al sol calcinante de

Anatolia, el profesor permaneció varios días sin apenas dormir y comiendo escasamente, como si aquellas malditas marcas triangulares escondiesen un terrible secreto en sus hendiduras milenarias.

Cuando todos esperaban ver aparecer al maestro con el texto transcrito, éste se presentó con un mal disimulado aspecto de cansado y con la decepcionante noticia de no haberlo conseguido.

Los argumentos que esgrimió en aquella ocasión fueron objeto de varias discusiones entre Grauben y Köerting. El joven lo recordaba muy bien, como también reconocía que, en aquella ocasión, como en todas las anteriores, su tutor le había convencido.

Según el profesor, la escritura encontrada respondía a los criterios generales de escritura cuneiforme hasta entonces conocida, es decir, símbolos similares a los que se habían empleado en las tablillas de Boghazköy,[13] de sonidos igualmente silábicos y cierta similitud fonética. Sin embargo, el profesor adujo que el problema que no le permitía descifrar la última carta era que estaba escrita en un dialecto desconocido hasta el

[12] Monumento de origen desconocido formado por sillares de piedra bien cortados donde por única vez en la cultura hitita se representan figuras humanas de frente.

[13] Estas tablillas, que se encontraron por miles hacía veinte años en la antigua capital de Hatti, habían sido descifradas por Hrozny y sirvieron para descubrir no sólo la lengua hitita, sino casi todo lo que se conocía de sus costumbres y de su vida social.

momento y que sin algún documento bilingüe resultaría imposible comprender el significado real.

Para Grauben esta explicación había sido tan incomprensible que había insistido una y otra vez en que la tablilla encontrada, que él apenas había visto, podía no ser hitita.

—Tal vez sea hurrita o kashka o mitanni —sugirió Frank. —Lo dudo —respondió Köerting inexpresivo.

—¡Sería un gran descubrimiento! ¡El primer texto cuneiforme hurrita o kashka!

—De ser así se trataría de un documento robado a un pueblo enemigo y eso no tiene sentido.

—También podría ser posterior a la invasión hurrita.

—No lo creo, los hurritas sólo vinieron a destruir. No tuvieron ningún interés en quedarse por aquí, igual que los kashkas.

—Pero, ¿cómo es posible que en tan sólo 30 kilómetros se desarrollasen dos dialectos tan diferentes, dos formas absolutamente distintas de representar los símbolos?

—Las lenguas, como hoy, eran símbolos de poder, de independencia, de diferenciación grupal. Cualquier reyezuelo habría empeñado su hacienda en crear un sistema de escritura y de expresión diferente al resto de sus convecinos. No hay que olvidar que los lenguajes por aquella época

estaban poco desarrollados y con apenas un centenar de vocablos diferentes, y
sobre todo en las artes de la guerra, que eran las que con más celo guardaba cada ejército, podían crear unas claves incomprensibles para todos
cuantos les rodeaban.
Para Grauben, la teoría del viejo era inverosímil pero, acostumbrado a su tozudez, se limitó a no insistir.
Desde entonces había olvidado por completo el hallazgo de la tablilla encontrada en Alaca-Huyuc, en ningún momento había relacionado su contenido con el inesperado cambio de talante de su jefe, nunca en los tres
últimos meses observó ni un solo gesto que le hiciese sospechar que aquello había sido la verdadera causa del hermetismo de Köerting. Ahora, por fin, lo comprendía todo.
—De manera que pudo descifrar la carta de Alaca-Huyuc —comentó Grauben sin poder ocultar cierta rabia contenida.
—Estaba escrita en el heteo más clásico y común. Algunos giros des conocidos, no por antojo de poder del escriba que lo grabó, sino porque la lengua, como casi todo, evoluciona en el tiempo y se transforma. La primera transcripción me dejó confuso. Cuanto más la leía, más aumentaba mi temor de hallarme ante un giro radical en la diplomacia entre Hattusas y Tebas. Empeñé tres días en buscar sin descanso otros significados al texto. Como sabes, a veces un mismo símbolo puede leerse de formas muy distintas, pero nada tenía sentido más que la primera traducción. Pensé que si se daba a conocer el contenido de la carta pondría en riesgo nuestra misión
y despertaría el interés de muchos sabuesos por levantar vestigios hititas. —¿Y qué me dice de mí? —inquirió con un reproche indisimulable—.
¿Acaso yo no le merezco confianza?
—Pensé que lo que pudo estar tres mil trescientos años guardado, podría
estarlo unas semanas más sin perjudicar ni a la ciencia, ni a la historia, ni a
la arqueología, pero me equivoqué al no contar contigo. Hoy me lo has
demostrado.
Nadie habló en los segundos siguientes. Grauben estaba entre molesto y agradecido.
—Además —arrancó finalmente el anciano—, lo que menos me interesa a mi edad es la popularidad y el ruido. Recuerda el espectáculo que se
montó hace unos años con el descubrimiento de la tumba de

Tutankhamón:
periódicos, revistas, ruedas de prensa y exclusivas. Todo eso, que valió para
que mucha gente se interese por la arqueología, terminó atrayendo a toda
suerte de aficionados, buscatesoros, oportunistas y cuentacuentos. Köerting se incorporó de su sillón y extrajo finalmente del maletín una carpeta de cartón repleta de papeles aparentemente desordenados. Volvió a
ponerse las gafas y comenzó a revisar entre todos ellos cuál era el que andaba buscando. Por fin encontró uno escrito a mano de su puño y letra, repleto de símbolos cuneiformes, y lo puso sobre la mesa. Instantes después
encontró otro papel que respondía a la traducción de la escritura triangular. —Ésta —dijo señalando a la primera— es la transcripción exacta de la
tablilla que hallamos en Alaca-Huyuc. Seguí las tablas de traducción silábica propuestas por Hrozny,[14] a las que, naturalmente, he tenido que añadir
la aportación de mis recientes averiguaciones. Con todo esto, la traducción
de la carta resulta ser ésta de aquí.
Cogió el documento de la mesa y se lo entregó a Grauben. Era un
papel escrito por el viejo, con letra clara y legible, sin ninguna tachadura ni
tinta corrida de pluma.

[14] Investigador checo nacido en Polonia en 1879, cuyos criterios de traducción fueron publicados en un libro del autor de 1915.

Grauben retrocedió unos pasos para aproximarse al foco de luz proveniente del balcón y comenzó a leer en voz alta:

Hermano Eknamon. Mi pueblo quiere saludar con alegría tu llegada al trono de tu padre. Oh rey de Egipto, mi hermano, deseo que las relaciones entre nosotros y nuestros pueblos se mantengan como se mantenían con tu padre …

—Hasta aquí —interrumpió el viejo— todo es igual a las anteriores, bla bla bla, para demostrar respeto y anhelos de paz. Sigue, sigue.

Tu padre fue un rey inteligente. También sé, hermano, que tú lo eres. Él y yo transmitimos recíprocamente presentes de amistad. A pesar de eso, nuestros enemigos quieren que nuestros pueblos se separen con la mentira y el odio. Los kashka, seres despreciables y ladrones, inventan terribles cosas. Sólo una cosa negué a tu padre y fue porque no la poseía. Hace die

ciséis años que asumí el trono de Hatti tras la muerte de mi padre, el Gran Señor de la Escalera Tutkhaliya. Desde entonces, mi amistad con tu pueblo ha sido inquebrantable. Por la larga enfermedad de mi padre me vi

obligado a defender mi pueblo desde muy joven. Ataqué y vencí a los kashka. Después, tuve que invadir el país de Khurri y vencí a todos sus pueblos. También fueron mis enemigos los países de Irrite y Shuta, así es que los invadí y los vencí hasta poner mis fronteras junto al gran río que corre hacia el sur.[15]

Tú sabes tan bien como lo sabía tu majestuoso padre que Nuhassé debe pertenecer a Hatti. Sus reyezuelos, en verdad te digo, no le tienen sumisión a tu país y, sin embargo, a nosotros nos son siempre hostiles, tratando de arrasar mis territorios. Recuerda a tu padre. Nunca olvides su memoria y lo que de él debiste aprender.

Yo sé, oh rey de Egipto, que tú comprenderás esto, y creo que tu país y el mío mantendrán siempre una relación de amistad y respeto.

Junto a esta carta de saludo te envío mis presentes: mi sobrina, hija de mi hermana, seis animales de plata y varios objetos del metal de Hatti.

Subbiluliuma, Gran Señor de la Escalera, rey de Hatti

[15] Se refiere al río Éufrates.

El joven alemán se quedó meditabundo apoyando la espalda en el marco de la puerta del balcón.

—Esto es sorprendente, profesor.

—¿Tú también lo crees? Francamente, el mejor calificativo es sorprendente.

Köerting se levantó y se asomó al balcón, quedando de espaldas a su alumno.

—La traducción de esta carta me dejó perplejo. Tuve que cerciorarme del significado que debía atribuirle a cada símbolo porque no acertaba a comprender su sentido. Aún hoy desconozco la exégesis del texto pero cuando la hube descifrado, empecé a imaginar cómo habrían recibido semejante carta el faraón Amenofis IV o su madre Tiyi.

Grauben asintió con la cabeza en silencio.

—Subbiluliuma se pone a la misma altura que el faraón; el tratamiento no denota ni sumisión, ni miedo, ni siquiera mucho respeto. La carta se asemeja a lo escrito en todas las anteriores a esta fecha y, sin embargo, en ésta se vislumbra una coacción encubierta. Además, el texto está repleto de comentarios sin explicación. ¿Qué le pidió Amenofis III a Subbiluliuma? Nosotros no lo sabemos, pero yo juraría que el nuevo faraón y su madre sí lo sabían, porque si no, ¿por qué no dice de qué se trata? ¿Quién le dijo al anterior monarca de Egipto de qué se trataba? ¿O acaso podía haberlo visto con sus propios ojos? ¿Qué debió aprender el nuevo faraón de su padre y que nunca debía olvidar? ¿Cuál fue la supuesta mentira que los temibles kashka le habían dicho al soberano? ¿Por qué termina pidiéndole territorios y no oro y presentes como todos los demás reyes vecinos y todos sus antecesores?

Las cuestiones formuladas correteaban como duendecillos por toda la

habitación, terminando en los oídos de Frank sin que éste dispusiera de ninguna respuesta que pudiera resultar mínimamente convincente y sólida; no obstante, se volvió y se dirigió a su maestro:

—Se diría que el poder había cambiado de manos. ¿Cómo podía si no ser tan hosco el veterano rey hitita?

Frank arrugó la frente pensativo.

—¿Qué pudo ser lo que los faraones de Egipto querían poseer del díscolo monarca heteo? —añadió confundido.

—Probablemente el arma del poder, la que había convertido en insolentes a sus vecinos del norte. Cabe preguntarse, mi querido Frank, ¿cómo actuó la corte egipcia ante tan desafiante mensaje? ¿Cómo reaccionaron la pérfida Tiyi, el joven Amenofis, los generales del ejército, los poderosos sacerdotes? No parece razonable que Egipto entero pudiese tolerar semejante desfachatez de un vecino aparentemente mucho más débil que él. ¿O es que no eran tan inofensivos? Me figuro la cantidad de improperios que salieron de la boca de la reina madre, tan orgullosa y prepotente, cuando le leyeron la tabla. Hasta me atrevo a apostar que mandó matar al mensajero para calmar su ira, y sin embargo…

—Y sin embargo no hicieron nada para vengar aquella afrenta —repuso Grauben, que ya era consciente de la importancia de lo que escondía el mensaje despechado del rey hitita.

—No sólo eso, sino que aquel mismo año o tal vez el siguiente, Subbiluliuma entró en Mitanni y tomó su capital, Nuhassé, sin que Egipto moviese un solo dedo para evitarlo. Si repasamos la historia deduciremos, con sorpresa, que ninguna de las inscripciones de Amenofis IV relata una campaña real en Asia. Ahí está el enigma: el gran faraón, cruel con sus vecinos del sur, a los que tomaba como esclavos por miles, jamás intentó atacar al descarado vecino asiático.

—¿Qué sabemos de esa batalla de Nuhassé, profesor?

El viejo se tomó unos segundos para responder.

—Algunas de las cartas que los reyes de *Nuhassé* enviaron al faraón, cuando se vieron realmente amenazados, fueron desenterradas en el yacimiento de Tel-el-Amarna en 1887. Al principio nadie podía comprender su significado; de hecho, nadie sabía por aquel entonces quiénes eran los hititas, hasta que muchos años más tarde Chantre encontró Hattusas. Después se creyó que el que escribía la carta relataba una de tantas batallas entre pueblos guerreros. Hoy, tú y yo sabemos, gracias al escrito de AlacaHuyuc, que detrás de estas cartas hay un extraño hecho, difícil de justificar, y que responde a reacciones incomprensibles de quienes actuaban en aquel tiempo.

El profesor se dirigió a la mesa de la habitación y rebuscó entre los papeles de la carpeta que había dejado abierta. Al fin, encontró un documento manuscrito, que extrajo de la resma del cartapacio.

—Esta carta, o más exactamente su original, está en el Archivo General de Historia Antigua de esta ciudad. Hace algunos días que la descifré personalmente renunciando voluntariamente a conocer la traducción propuesta por Hasenbach, es decir, la versión oficial, hasta, que no hubiese acabado mi propia interpretación del texto. No quería sentirme influido por nadie. Hoy creo que es una prueba irrefutable de un hecho hasta ahora desconocido. He aquí el resultado del mensaje que el rey Rib-Abdi de Gubla escribió en aquel entonces al todopoderoso faraón, al que reconocía su autoridad a cambio de protección, cuando vio con pavor que Subbiluliuma se acercaba a su ciudad.

Köerting levantó el papel hasta la altura de su barbilla y, con los brazos semiextendidos, comenzó a leer en voz alta:

He oído decir que las tropas de Hatti devastan países por un fuego arrasador, no dejando vida alguna a su paso.

He escrito varias veces sobre este asunto y no me has contestado.

¡Todos los países del rey, mi señor, son conquistados y mi señor no se preocupa por ello!

Ahora vienen las tropas del país de Hatti para conquistar Gubla.

¡Vela por tu ciudad!

—¿A qué se refería cuando dijo que había dos piezas que no encajaban en el puzle?

—Como te he dicho, ésta es la primera pieza, Frank; el poder hitita francamente no parece encajar en su sitio. La segunda, como también te adelanté, es la destrucción. Una nueva pieza traviesa que no quiere pertenecer al rompecabezas. Para ello debemos irnos al lugar de los hechos y buscar allí una nueva prueba que nos haga ver la luz.

—La luz otra vez —bromeó Grauben.

—La luz otra vez. Ella y el fuego parecen perseguirnos. Ahora ya es un poco tarde y mañana tendremos un día muy agitado. Preparemos nuestros equipajes y mañana, durante el viaje, hablaremos de esta segunda y definitiva pieza deformada.

—De modo que regresamos a Boghazköy, ¿no?

—No, Frank, nuestro próximo destino es Damasco; tenemos que encontrar Nuhassé.

Un prolongado silencio gobernó los instantes siguientes a la lectura. El joven se frotó los ojos por debajo de las gafas. De su frente brotaban diminutas gotas de sudor.

—Otra vez el fuego asociado al poder, profesor.

—Otra vez, Frank. El gráfico que te mostré esta mañana me hizo comprender el significado de estas cartas: poder es la palabra clave. Ahora vamos por el buen camino, pero todavía tenemos por delante muchas preguntas sin respuesta.

Los arqueólogos salieron al balcón de la alcoba a respirar el suave

aroma de la noche estival cairota. Apoyados en la barandilla, contemplaron el espectáculo del anochecer de aquella ciudad, mucho menos ruidosa que horas antes. El Cairo era una alfombra de lucecitas prendidas, de casas pequeñas y blancas con minúsculas ventanas y techos rectos, algunos minaretes donde se llamaba a orar junto a las mezquitas y un sinnúmero de calles tortuosas y menudas para protegerse del sol. En el firmamento titilaban miles de estrellas que parecían más grandes y radiantes que en cualquier otra parte del planeta, y su brillo las hacía parecer vivas como vigías de todo cuanto ocurría abajo.

Pasaron muchos minutos sin que ninguno de los dos dijese nada. Sin mirarse, abstraídos en sus propios pensamientos y saboreando, uno la ufanía personal del trabajo bien hecho y el otro la reconciliación y la vuelta a la vida cotidiana, los dos alemanes se olvidaron del tiempo y del cansancio. Al fin fue Grauben quien rompió el silencio.

6

Madrid, 20 de febrero de 1994

A las cinco y media de aquel domingo, el despertador aún no había sonado, aunque no era necesario, porque Pablo llevaba ya un buen rato despierto en la cama esperando inquieto a que las manecillas del reloj se acercasen algo más a las seis de la mañana.

Apenas había conseguido dormir en toda la noche y escasamente en las noches anteriores. En las últimas semanas, el tiempo había transcurrido lánguidamente. La ansiedad se había instalado en su vida, un desasosiego alimentado por la incertidumbre del futuro, la vaguedad de los hechos y el temor hacia lo que podría estar pasando con su amigo Heinrich.

Por un momento pensó en Rosa. Seguramente ella lo habría notado, sabría que algo pasaba aunque él, siguiendo las instrucciones de Heinrich, no le había dicho ni una sola palabra. En los últimos días se mostró huidizo y distante, contestando con evasivas a sus intentos de verle un rato, arguyendo siempre razones de trabajo. A veces tampoco cogía el teléfono aun estando en casa y ella le dejaba mensajes pidiéndole que le devolviese la llamada, pero él no quería, sabía que ante ella disimulaba muy mal y que le notaría al primer contacto que escondía algo. Debía esperar a su vuelta de Alemania para poderle contar toda la historia de cabo a rabo. Ella lo comprendería. Tal vez refunfuñase un poco por no haber sabido desde el primer momento de qué se trataba, pero terminaría con su sonrisa indeleble justificando su actitud.

De repente se estremeció recordando a Heinrich, al que imaginó en una mazmorra con pesados barrotes de hierro y el pensamiento de Rosa se esfumó. Lo había soñado, un sueño que parecía reposar aún en su almohada esperando que el día lo hiciese desvanecerse para siempre. Heinrich estaba en una inmensa jaula a la que sólo se podía acceder desde arriba, como si estuviese enterrada, y desde ella pedía clemencia desesperado a sus raptores. Pero no había nadie más, o al menos él no consiguió ver a nadie. Entonces, su amigo se transformaba en un ser monstruoso de temibles facciones y decía con voz de ultratumba: «bienvenido a la casa de Anubis».[16]

Como un resorte, abandonó el catre espantado y cansado de divagar en aquella noche interminable.

Quiso entonces reorganizar sus pensamientos de un modo positivo. Iba a ser el primer congreso del año y también el primero después de haber publicado su libro.

—Todo va a salir bien. Hasta puede que encuentre a alguien conocido —se animó.

Cuando comenzó con la rutina diaria, sólo dos cosas resultaban diferentes al resto de los días: la hora y una bolsa de viaje a medio cerrar sobre el sofá. El neón parpadeante se colaba por todos los rincones como un soplo de vida transformando los objetos en danzantes formas multicolores.
Habían sido tres intensas semanas de trabajo, pero ahora tendría una entera por delante para ayudar a su amigo y, de paso, asistir a la convención.
Con la incorporación de la bolsa de aseo pudo cerrar su equipaje. Fue entonces cuando empezó a ponerse nervioso mientras buscaba las invitaciones al congreso y algunos marcos que había cambiado y que no conseguía recordar dónde había guardado.
Encontró, eso sí, la nota de Heinrich junto a un ejemplar de *El rey de Khazaría* que, siguiendo las instrucciones de su amigo, iba a llevar consigo.
—Para qué diablos querrá mi novela, si ya le mandé una y, además, no entiende el castellano.
No quiso detenerse más a leer el escrito, ya lo había hecho cientos de veces. Durante los últimos días había estado esperando recibir alguna señal suya, alguna carta, algún telegrama… Había permanecido atento a los teléfonos de la cátedra y de casa sin haber recibido noticia alguna, de modo que había llegado a la conclusión de que la única explicación la iba a tener cuando pudiese verlo en Colonia.
Tuvo suerte con el taxi, encontró uno que dejaba en ese momento a su pasajero en la plaza del Dos de Mayo.
[16] Anubis es el dios de la Muerte y el guardián de los cementerios en la mitología egipcia.
—Vaya nochecita —le dijo el taxista—. Ya me iba a mi casa, harto de dar vueltas para cuatro perras carreras en toda la noche.
Lo único que consiguió arrancar de Pablo fue un sonido gutural, un mohín de complacencia insuficiente para dar paso a una conversación. Pero el conductor era de los que le gustaba hablar con sus clientes.
—Le digo una cosa —carraspeó mientras giraba hacia la calle de Luchana—, si yo me quejo de algo es de la seguridad.
Tras un rápido vistazo por el retrovisor, el hombre se convenció de que aquélla sería una carrera silenciosa. Pablo parecía estar en otro planeta.
El invierno se deshojaba en un mundo aletargado donde todo parecía estar reservándose para el futuro, para un momento mejor. Las calles muertas se abrían ante sus ojos como pasadizos hacia el fin del mundo.
Cuando cruzaron Santa Engracia empezaron a encontrar algo de animación, los últimos vividores de la noche se mezclaban con los más madrugadores en una extraña comunión.
Un reloj de la glorieta del Pintor Sorolla marcaba las seis y cuarto.

—Ahora da gusto circular —probó una vez más el chofer—. Ya podía ser así todos los días.
Pablo sonrió obnubilado. Tampoco sabía qué decir.
—No, si ahora lo peligroso no es el tráfico —continuó el taxista—, lo peligroso es que algún desalmado borracho se salte un semáforo y se estampe contra ti y, sin beberlo ni comerlo, te mande para el otro barrio.
Al bajarse del coche en el aeropuerto creyó estar en la estepa siberiana, el aire cortaba la piel como un cuchillo afilado.
Aún era de noche. La terminal parecía abandonada, la mayoría de los establecimientos estaban cerrados y apenas había gente por los pasillos, tan sólo un grupo de jóvenes recostados en las incómodas sillas esperando su vuelo de partida. Por eso todo fue muy rápido; en unos minutos tenía la tarjeta de embarque, pasó los controles y entró en el avión.
Fue un vuelo fugaz. Cuando aterrizó, Colonia le recibió pálida, con el termómetro debatiéndose alrededor del cero y una espesa niebla que difuminaba sus contornos hasta límites fantasmagóricos.
Nada le haría esperar; había conseguido condensar el equipaje en una maleta de mano que llevó en la cabina del aparato, por lo que no sería necesario aguardar en las cintas de recogida.
Con paso ligero se dirigió hacia el control de salida, donde un par de policías de aduanas charlaban sin mostrar ningún interés por lo que estaba pasando a su alrededor.
Una vez en el exterior, un encrespado viento seco le llevó a encoger los hombros de forma instintiva.
—*Der Bayer hotel, bite* —ordenó al conductor del taxi.
Eso fue suficiente, no hubo que mostrarle la nota que había preparado para indicarle la dirección en caso de necesidad, lo que le resultó sorprendente, ya que el Der Bayer era un hotel poco conocido.
Sin embargo, él ya lo había visitado en un par de ocasiones, la primera en unas conferencias que se celebraron hacía unos años y más tarde en un puente en el que coincidió con Heinrich. Aquel sitio reunía lo necesario para ser un buen hotel: confortable, limpio, familiar y, sobre todo, asequible.
Lo encontró tal como lo había dejado la última vez, escondido, huérfano de reclamos publicitarios, apenas conocido por una pequeña chapa en color azul añil junto a la puerta de acceso.
Tras la entrada, un pasillo angosto comunicaba a la derecha con un hall amueblado con algunos sillones y mesas donde los huéspedes se entretenían charlando u hojeando alguna de las revistas mientras esperaban. A la izquierda había una pared cubierta por un espejo mateado, desde donde partía la escalera. Algún que otro espejo, allí donde cabía, sin otra misión que la de dar un aspecto espacioso a

aquel lugar, en realidad minúsculo. Justo al fondo, un diminuto mostrador de madera con la superficie justa para un cartapacio, un buzón de llaves y una campana constituía la recepción, desde la que un señor alto y rubio sonrió al verlo.
—¿Qué tal, Mark? —preguntó Pablo en castellano.
—Bienvenido, señorr Luna; me alegro de volverr a verle por aquí.
Pablo le devolvió una sonrisa amable y, antes de que pudiera articular palabra, el recepcionista se la arrebató.
—Es usted tan conocido aquí que ya hasta llegan los mensajes antes que usted. Esta mañana alguien le ha dejado un recado.
—¿Para mí? Debe tratarse de un error, Mark. No creo que nadie supiese que venía ni a Colonia, ni a este hotel, ni ahora.
—Pues tendrá que perdonar que le contradiga, pero este sobre que nos han traído hace unas horas indica clarramente su nombrre.
Mark extrajo un sobre blanco de un cajón del bufete y se lo entregó. En él, escrito a mano con letras mayúsculas sobre el borde superior derecho ponía *VERTRAULICH*.[17] En el centro, y con una letra de menor tamaño estaba su nombre y apellido.
[17] Confidencial, traducido al castellano.

Pablo se quedó con la mirada clavada en su interlocutor esperando algún comentario que le ayudase a comprender lo que estaba pasando, pero el recepcionista se limitaba a levantar las cejas sin decir ni una palabra.

—Y dime —añadió al fin—, ¿recuerdas cómo era el señor que vino a traerlo?
—No fui yo quien lo recogió. Yo empecé mi serrvicio hace apenas una horra, pero mi compañerro me comentó que esta mañana vino un niño y únicamente dijo que era extrremadamente importante que usted recibiese hoy este sobrre.
—¿Un niño?
—Sí, un muchacho, no me dio muchas prrecisiones. Dijo que tendría unos catorce años o así. Ah, sí, recuerdo que me explicó que probablemente le habrían ofrecido alguna propina por hacer el encarrgo.
—¿Eso dijo?
—Claro que también puede ser imaginación de Sven, ya sabe, es del Este y por allí la gente tiene mucha fantasía.
Entonces guardó la carta en un bolsillo de su abrigo y firmó la ficha de entrada.
—Habitación númerro doscientos nueve, segunda planta y bienvenido de nuevo.
En el ascensor, al verse por fin solo, abrió apresuradamente el sobre y lo leyó.
Era la letra de Heinrich, una vez más a mano, una vez más en

mayúsculas y una vez más con ese perfume a precipitación y angustia que encontró impregnado en su último escrito:

En el descanso de las 14 horas sal disimuladamente al hall del salón de conferencias. Tráeme el ejemplar de tu novela y te contaré el secreto. Cada vez me siguen más de cerca. Ten cuidado,

Heinrich

7

El Cairo, 11 de agosto de 1938

El sol no había apuntado todavía por las apacibles aguas del Nilo cuando Köerting y Grauben se encontraban dispuestos a tomar su Ford repleto de equipaje camino del único aeropuerto militar de El Cairo.

A pesar de lo temprano que era, el calor pesaba como una espesa masa quieta y pegajosa. En aquel verano, las noches habían sido casi tan sofocantes como los días. El *Hamsin*, el viento caliente del desierto, había hostigado sin piedad durante semanas interminables. Como animales sedientos, los habitantes de la ciudad esperaban las corrientes de aire del norte, que en ocasiones refrescaban las noches, pero que últimamente se habían negado a aparecer. El aire hirviendo y quieto sobre el asfalto rezumante reflejaba un tórrido paisaje evanescente.

Grauben no había pegado ojo en toda la noche y ya no era sólo el bochorno el que se lo impedía, ahora formaba parte del equipo, el profesor lo necesitaba y él estaba dispuesto a estar a la altura de las circunstancias. Para empezar, volvió a ser su confidente, su ayudante de campo. Atrás quedaron semanas de apatía y sin sentido, de silencio y distancia. Ahora sabía lo que tenía que saber, lo estrictamente necesario, pero lo suficiente como para sentirse útil.

La salida tenía que ser tal como había decidido el profesor, silenciosa y sin rastro. Nadie debía saber adónde se dirigían, ni si sería por un período corto o para no volver nunca. A partir de entonces había que evitar a toda costa a la prensa amarilla, que andaba persiguiendo carnaza para sus crónicas de la alta sociedad en Europa. También debían evitar a los más profesionales y a los estudiosos: toda precaución que se tomara resultaría escasa.

—En adelante, nuestros pasos han de ser sigilosos y nuestro trabajo secreto —había dicho el anciano la noche anterior.

El escaso personal que se encontraba de servicio en el hotel Majestic se vio sorprendido por el tempranero trasiego de maletas y bultos. Amables y diligentes, como de costumbre, improvisaron una cariñosa despedida obsequiando a los alemanes con dulces de higos y miel para el viaje. Los arqueólogos igualmente se mostraron agradecidos, pero parcos en palabras, siguiendo el plan convenido.

Ya en el coche, Köerting sacó una agenda para anotar alguna cosa.

—¿A qué hora has quedado con el piloto? —preguntó.

—A las cinco y media, profesor.

Las calles de El Cairo estaban desiertas, sólo perros callejeros y mendigos sin techo dormitaban por los rincones bajo la calima adormecida. El suelo pedía a gritos algo de lluvia para apagar el fuego

del aire.
Mientras conducía, Grauben trató de imaginarse la ciudad sin la torridez del verano. Pensó en cómo serían aquellos barrios cuando caminar al atardecer no fuese un martirio y pudieran visitarse los zocos y las plazuelas infestadas de gente y de productos exóticos. Por momentos sintió deseos de volver algún día sin prisas, sin objetivos ni plazos, tan sólo para rastrear sus calles, conversar con sus gentes y tratar de entender los orígenes de la civilización que allí creó uno de los más extraordinarios imperios de la Antigüedad.
Cuando el automóvil dejó la ciudad por las colinas del sur, un universo de débiles lucecillas titilaba sobre la pradera donde se asentaba la inmensa capital. Köerting seguía ausente, enfrascado en sus anotaciones, sin advertir que apuraban las últimas vistas de la vieja urbe. Grauben, sin embargo, hinchió el pecho y respiró el último aliento cairota.
Al llegar al aeropuerto, el coche fue detenido en el control de acceso por soldados ingleses, pues el ejército de la corona británica seguía manteniendo el control de todas las instalaciones estratégicas del país. Frank se ocupó de toda la tramitación mientras su jefe se quedó en el interior del vehículo como un pasmarote.
Un cabo tomó los pasaportes. Se introdujo en la caseta del puesto de vigilancia, y segundos más tarde, vino acompañado de otro militar de más graduación que ordenó que registrasen todo el equipaje que llevaba el automóvil.
Todo parecía indicar que no era una operación rutinaria; en la delicada situación internacional la procedencia germana llevaba implícita un marchamo de desconfianza y ni el hecho de ser científicos les salvaba de ser sospechosos de espionaje.
Había una manifiesta animadversión por todo lo alemán. Era tal vez el resultado del miedo al régimen nazi, que presumía de su rearme y de su creciente militarización, un gobierno odiado y temido que desobedecía sistemáticamente los tratados internacionales, que se había retirado de la Sociedad de Naciones, que había denunciado el pacto de Locarno para ocupar la zona desmilitarizada del Rhin...
La palabra guerra, todavía dolorosa para los que apenas veinte años antes sufrieron la más grande jamás habida, empezaba a sonar a hurtadillas por todos los rincones del viejo continente mientras una Alemania impertinente amenazaba con hacer añicos el orden internacional, violando el tratado de Versalles al volver a ocupar Renania y despreciando a los aliados al anexionar Austria hacía apenas cinco meses.
Los alemanes se vieron forzados a abandonar el auto mientras los soldados sacaban todo el equipaje para su inspección.
Köerting, que ya había sufrido en persona el papel de víctima,

rememoró con aquel registro momentos vividos antes de su huida de Alemania.

Fue a su llegada de Perú tras la segunda expedición cuando pudo constatar los profundos cambios que estaban transformando a su país.

El incendio del Reichstag unos días antes de las elecciones del año anterior valió al gobierno para acusar a los partidos de izquierda, que fueron suspendidos junto con sus actividades políticas y de prensa. Tras las elecciones de 1933, Hitler disolvió el parlamento y luego los Länders, anuló el poder legislativo, expulsó a todos los funcionarios que no eran partidarios del régimen o sencillamente no eran arios y detuvo a una enorme cantidad de miembros de las organizaciones socialdemócratas y comunistas.

La ideología nazi había prendido como una llama azuzada por el viento. Se acababa de crear la Gestapo, la policía secreta del Reich, con tribunales especiales «del pueblo», que según las nuevas leyes no tenían por qué atenerse a reglas democráticas.

Fue también entonces cuando el profesor comprobó que los individuos en Alemania habían perdido todas las garantías legales y que el derecho sólo se basaba en la voluntad del Führer y en la ideología nacionalsocialista.

Pudo constatar con terror que el entusiasmo y el miedo compartían ciudades, calles y aulas. En aquel invierno gris, el ambiente se fue enrareciendo y las palabras, cada vez más laceradas, se fueron convirtiendo en intimidaciones. Una parte del pueblo se fue radicalizando y volviéndose más y más agresiva mientras la otra, desconfiada y temerosa, se fue arrinconando en sí misma. En la calle se respiraba al mismo tiempo la prepotencia y la desconfianza. Fue un lluvioso invierno, de tardes cortas y siniestras, que parecía anunciar el fin del mundo.

Su origen judío le situó pronto del lado de los perdedores. Fue entonces cuando empezó a recibir amenazas anónimas:

«Los judíos sois el origen del mono, vete a la selva a buscar tu futuro.» «Muy pronto los arqueólogos buscarán una raza extinguida: los judíos.» «A ver si reconoces esta escritura, lárgate.»

Para colmo, su colega Strueben, con quien había mantenido una ardua discusión científica, volvió a avivar la llama y, vapuleado por sus acólitos, publicó un artículo donde tachaba a Köerting de desertor de la patria y de los principios nacionales.

Fueron días duros para el viejo pero a pesar de todo se mantuvo en su sitio, trataba de no exteriorizar sus sentimientos y se consolaba en silencio pensando que en breve pasaría el temporal y amainaría la tormenta. Buscó apoyo en sus antiguos colegas, pero todos le dieron de lado, excepto el fiel Grauben y su viejo amigo Rolf Schuemann, profesor de Historia Antigua de su misma universidad. Pero ninguno

de los dos podía hacer casi nada por ayudarle, ya nada era igual.

Con el paso de los días, la situación empeoró y una mañana fue agredido por unos jóvenes con camisas negras y pelo engominado en la puerta de la facultad ante la pasividad de un grupo de personas ajenas y distantes que nada hicieron por evitarlo. Los batacazos recibidos le rompieron el labio y le destrozaron la moral de un modo irreparable.

Aquel hecho marcó para siempre al profesor, que ya nunca fue el mismo. Aunque no lo reconociera, de hecho, jamás volvió a hablar de este incidente, su carácter se volvió más huraño, su mirada más temerosa y su mundo más solitario.

Semanas más tarde, abandonó Alemania.

La cosa fue bien mientras miraban los bultos mayores, pero el profesor estuvo a punto de perder los nervios cuando comenzaron a hurgar en sus carpetas. Guardaba las notas de su trabajo; había tantos garabatos indescifrables, retahílas de trazos fríos y extraños dibujos jeroglíficos que los soldados ingleses debieron temer que podría tratarse de material de espionaje.

—¿Qué diablos es esto? —le preguntó el suboficial señalándole un papel escrito por Köerting repleto de rayajos.

Grauben se ocupó de explicarles que se trataba de transcripciones de textos y jeroglíficos de la Antigüedad, enseñándoles algunos ejemplos para convencerles de que eran legajos científicos.

Así pasó más de una hora para desesperación de los alemanes.

—Está bien, está bien —terminaron diciéndoles de mala gana—, pueden seguir —y les dejaron gran parte del equipaje manga por hombro.

A pesar de la temprana hora y del intenso calor, el aeropuerto estaba muy activo. Había varias cisternas que proporcionaban combustible a aparatos dispuestos para despegar, y un enjambre de soldados llevaba bultos a los aviones de carga con destino desconocido. Pese al bullicio, todo parecía secreto y de suma importancia. Una batería antiaérea y numerosos carros de combate flanqueaban el perímetro de la instalación.

Sin duda, aquel aeródromo era un enclave importante para la corona británica, como lo eran todos los lugares estratégicos como puertos y carreteras. No en vano, el gobierno de Londres había convencido al rey Faruk para que aceptase un retraso en el cumplimiento del tratado de agosto de 1936 que obligaba a Gran Bretaña a abandonar la zona del canal. Muchos decían que en aquella negociación salió a relucir la advertencia de guerra y la ayuda que el Imperio británico podía proporcionar a Egipto en caso de contienda.

Todo estaba preparado. El automóvil se detuvo junto a una avioneta, donde un piloto civil les esperaba con los motores ya en marcha.

—Ya era hora. Pensaba que ya no vendrían —les dijo.
El sol apuntaba ya avieso en la lejanía mientras procedían a la carga de maletas, bultos y cajas.
—Es un castigo divino —anunció el aviador señalando la débil silueta del astro cortada por el horizonte.
—¿Cómo? —preguntó Frank.
—El dios Atón —continuó señalando al astro— debe de estar furioso. No me pregunte por qué pero nunca le vi atacar con esta furia a su pueblo. Les está castigando por algo que han debido hacer en contra de su voluntad.
Tenía acento inglés, sus ojos eran de un azul lejano y extranjero, pero su piel era dorada como la de un egipcio. Mirándole a los ojos no podía saberse si estaba hablando en serio o no.
—Tenemos que irnos cuanto antes o el sol nos freirá como sardinas antes de llegar a Damasco. Los controladores me han dicho que el desierto será hoy un hervidero y este cacharro no está para pasar por lugares peligrosos.
Cuando todo el equipaje estuvo a bordo, los investigadores se acomodaron en las dos únicas butacas que tenía el aparato y éste empezó a rodar por la pista. Un ruido ensordecedor se apoderó de la cabina cuando las hélices pidieron despegar.
En el aire tuvieron que sobrevolar la ciudad ya clareada por la luz del nuevo día. Un ocre cobrizo de adobe y tierra cubría el suelo y lo teñía de sequedad y desolación.
Köerting esbozó finalmente una sonrisa; estaba satisfecho, como cuando se cierra con éxito una etapa de la vida.
—Mi querido Frank —dijo con la mirada perdida en el incipiente desierto que se disponían a atravesar—, ahora tenemos que enfrentarnos a una difícil tarea. Necesitaremos fuerza y tesón para salir adelante.
—¿Pasaremos mucho tiempo en Damasco, profesor?
—Sólo el tiempo justo para obtener los permisos necesarios.
—¿Permisos?, ¿qué permisos?
—Los permisos para abrir un nuevo campamento en un lugar en el que nunca nadie ha investigado hasta hoy, querido, un sitio virgen que nos está esperando con todos sus misterios incólumes.
—¿En Siria? —gritó—. ¿Por qué en Siria?
Frank era incapaz de situar Nuhassé, aunque siempre sospechó que se encontraba más al norte, dentro de lo que ahora era territorio turco.
—Nuhassé —vociferó finalmente el viejo— está al norte de este país.
Grauben recordó la tablilla que ellos mismos encontraron en AlacaHuyuc y que el profesor le leyó la noche anterior. Podía recordarla palabra por palabra.

Tu sabes tan bien como lo sabía tu majestuoso padre, que Nuhassé debe

pertenecer a Hatti —le escribió Subbiluliuma al faraón Amenofis IV, que más tarde sería Akhenatón—. Sus reyezuelos, en verdad te digo, no le tienen sumisión a tu país y, sin embargo, a nosotros nos son siempre hostiles, tratando de arrasar mis territorios. Recuerda a tu padre. Nunca olvides su memoria y lo que de él debiste aprender.

La advertencia de Subbiluliuma se convirtió después en realidad y un tiempo más tarde tomó por la fuerza aquella ciudad-estado leal al monarca de Egipto, sin que éste hiciese nada para defenderla, a pesar de las súplicas de su rey. Tampoco hubo después ninguna represalia del gran vecino del sur ni exhortación conocida al osado rey hitita.

—Pero profesor, Mitanni era muy grande. Ni siquiera sabemos dónde estaba la ciudad de Nuhassé ¿Cómo vamos a establecer por dónde empezar?

El viejo sonrió una vez más; ahora parecía más infantil, como envuelto en un juego de adivinanzas.

—Ciertamente, Nuhassé es una ciudad fantasma; los hititas, a pesar de su interés por conquistarla, jamás hicieron mención a su localización, como si temieran que al desvelar su ubicación fuera a ser codiciada por otros. Con todos los testimonios hititas conocidos hasta hoy, lo único que podemos saber es que estaba más allá del «otro río».

—¿Del otro río?

—Así es como describen los hititas al Éufrates; para ellos «el río» era el Halis.

—Eso no es mucho decir —chilló.

—Sin embargo, tenemos otra pista muy valiosa. Está escrito en una de las cartas que se encontraron en Tell-el-Amarna y es también la única mención escrita no hitita del emplazamiento de Nuhassé.

Frank permaneció en silencio.

—Cuenta el periplo de un mercader egipcio que se marchó al Lejano Oriente en busca de sedas y especias. La travesía le debió parecer tan apasionante que se animó a redactar un diario de viaje. En su escrito relata que pasó por Nuhassé tres jornadas antes de encontrar albergue en Emar. El mercader dejó escrito que la distancia entre las dos ciudades era de catorce Iteru.[18] Después siguió su camino hasta Nínive, donde llegó seis jornadas más tarde tras detenerse en varias ciudades del reino casita como Uruk o Girsu que no sabemos situar. Pero sumando las distancias anotadas en su diario se puede concluir que entre Nuhassé y Nínive recorrió treinta y dos Iteru. Podemos localizar tanto Emar, a pocos kilómetros de Alepo, como la mítica Nínive del reino asirio. Si trazas dos círculos respetando las distancias que estimó el comerciante se cruzarán en dos puntos. Uno de ellos, además, está muy cerca del río, lo que me hace sospechar que la ciudad fantasma estuvo por allí.

Un halo de satisfacción recorrió el espinazo de Frank mientras

pensaba que estar junto a su preceptor le deparaba momentos impagables de felicidad.

[18] Medida de longitud del antiguo Egipto que equivale, aproximadamente, a 10,5 kilómetros. El nombre significa igualmente «río», de donde viene su origen.

El avión cruzó el lago amargo de Murrad al Kubra al sur del canal de Suez y se adentró en el desierto del Sinaí buscando la costa. El paisaje se pobló de dunas infinitas espoleadas por el viento ardiente. La arena cubría todo el horizonte de tierra sin vida.

—Lo que yo les decía —rezongó furioso el piloto—, un castigo divino. Ahora sólo nos falta este maldito viento racheado que nos viene en contra para que nos caliente el fuselaje y los motores más de lo necesario.

—No me asuste —se inquietó el profesor.

—Espero no asustarle ni asustarme yo mismo. Cuando alcancemos el mar todo cambiará. Dios aprieta pero no ahoga.

Y así fue; apenas se acercaron a la costa, el Mediterráneo suavizó como un bálsamo la furia del sol, dejando paso a una brisa húmeda procedente del mar.

—Es el virazón —adujo el aviador para explicar el cambio térmico—, una bendición de frescura que se produce por la diferencia térmica entre la tierra y el mar.

El aparato sobrevoló la costa por inmensas y solitarias playas donde las olas lamían dulcemente la arena. Una frágil y serpenteante banda de espuma separaba el azul del mar de la arena blanquecina y brillante.

El piloto, feliz, se puso a emitir estruendosos ruidos con un lejano parecido a canciones o himnos.

—Son cantos populares escoceses —aclaró—. Yo soy de allí como habrán conjeturado —y continuó con sus sonidos guturales y bramando a viva voz.

Cuando avistaron Damasco, el sol reinaba de lleno en el cielo.

Alejados de nuevo de la costa, el cielo se volvió un infierno y la brisa aire hirviente. El aparato se zarandeó como buscando un hueco entre un mar de lava, hasta el punto de hacer perjurar de nuevo al aviador, que se esforzaba por no perder el control. Maldiciendo su suerte y renegando de Dios, consiguió enfilarlo.

El aeródromo apareció en el fondo como una mancha flotante en un espejismo. Al aproximarse, comprobaron que el perímetro del mismo estaba flanqueado por cañones de defensa antiaérea, y un tropel de vehículos militares pululaban por todas partes.

—Malditos franceses colonialistas —en boca de un británico la frase sonó a sarcasmo, máxime viniendo de El Cairo—. ¿No es Siria un país independiente? ¿No veis que nadie os quiere aquí? —gritaba desde el aire a sabiendas de que nadie, salvo sus clientes alemanes, podía oírle.

Siria pasaba por una situación delicada. El gobierno francés se había

negado a ratificar el último tratado de independencia por considerar la zona de especial importancia estratégica, lo que había despertado una vez más la hostilidad del pueblo hacia ellos. El ejército galo aún conservaba muchos derechos económicos y militares en el país, y eso no dejaba de alimentar protestas populares como las que habían sido sofocadas entre los años 1925 y 1927. La enemistad había ido en aumento desde que, en 1916, británicos y franceses llegaran al pacto secreto de Sykes-Picot para repartirse las áreas de influencia de sus dos países en territorios árabes, incumpliendo de este modo la promesa hecha a Huseín Ibn Alí, Gran Jerife de La Meca. La negativa del gobierno francés a ratificar su independencia fue, para una mayoría de sirios, la gota que colmó el vaso.

Al aterrizar, el piloto les extendió la mano a modo de saludo.

—Espero que hayan disfrutado del vuelo —les dijo, mascando un palo con rabia—. No duden en buscarme si me necesitan. No tienen más que preguntar por John McGregors en la torre de control y les dirán dónde estoy.

Un jeep atiborrado de soldados con metralletas acudió a recibirles a la escalerilla del aeroplano. Pronto se dieron cuenta de que la cosa no estaba mejor que en El Cairo, los rostros de los militares reflejaban tensión. Damasco se antojaba imbuida del aire de desconfianza que envolvía el planeta.

Nadie más fue a recibirlos, nadie les esperaba, sólo la furgoneta del ejército que les llevó junto con sus equipajes hasta el área de control, un barracón en mal estado con algunos ventiladores que apenas conseguían aplacar el calor pegajoso. Allí encontraron a algunos militares franceses; sin embargo, una buena parte de los funcionarios encargados de la inspección de pasaportes, equipajes y mercancías eran sirios.

Los trámites de aduana se hicieron interminables. A los pesados formularios donde debían hacer constar todas sus pertenencias con una meticulosidad testamentaria, se añadía una entrevista personal con empleados de inmigración, que no parecían tener ninguna prisa en otorgar los visados necesarios para entrar en el país.

—¿Arqueólogos? —les dijo el individuo que les interrogaba en un inglés incomprensible—. ¿Y qué buscan en Siria? ¿Tesoros?

Entonces asomó un joven con un turbante blanco impoluto y un impecable acento inglés.

—¡Arqueólogos! Yo puedo ocuparme, Amín —adujo, invitando a su compañero a que le dejase libre la mesa.

Desde que el joven retomó el expediente, las cosas marcharon más rápidas. Se movía como pez en el agua para obtener sellos o firmas de las autoridades, iba y venía entrando en los despachos del fondo, sin dejar de sonreír. Tenía una sonrisa torcida y contagiosa que dejaba

asomar un colmillo blanco como el resto de sus dientes; viéndolo parecía que toda la vida había ejercido de intermediario, de conseguidor de favores.
—¿Necesitan un hotel? —preguntó mientras les entregaba el visado autorizado.
No esperó la respuesta, le valió la mirada extraviada que se cruzaron los alemanes para saber que podía serles útil.
—Aquí no hay taxis, es un aeropuerto militar. Si lo desean puedo llevarles a Damasco y mostrarles varios hoteles internacionales.
Era un torbellino, un caballo desbocado con tez de nácar y la sangre hirviendo como la lava de un volcán.
Sin saber cómo, se vieron en su coche camino de la ciudad. El muchacho les hablaba sin descanso de todo lo que era importante saber en Damasco para no tener problemas: dónde ir, cómo cambiar dinero, qué lugares eran peligrosos o poco recomendables, qué comidas no probar bajo ningún concepto…
—Y sobre todo no se fíen de los que les ofrezcan objetos de oro en plena calle, son unos estafadores, no es más que quincalla para extranjeros ingenuos.
—Deberías dedicarte a guía turístico —le comentó entonces Köerting tratando de ser amable.
—Tampoco tendría mucho trabajo, por aquí no viene casi nadie por placer, este país es un calvario. Bien pensado, ¿quién va a interesarse por este rincón perdido del planeta? Los sirios no tienen monumentos importantes, ni un pasado glorioso como Constantinopla o Tebas, ni ciudades cargadas de historia, casi siempre fue lugar de paso de señores poderosos de otros reinos.
—¿Te gusta la historia?
—Me encanta, sobre todo la de mi país.
—¿De tu país?
—Sí, soy turco —balbució—. Estoy aquí... provisionalmente.
El chaval cambió el rictus. Köerting lo observó de reojo y tuvo la sensación de que algo había perturbado su ánimo. También Grauben, que estaba sentado atrás, advirtió cierto resquemor. De repente, se produjo un silencio incómodo.
—Nosotros también estudiamos la historia —apostilló finalmente el profesor para romper el hielo.
El comentario debió causarle gracia, ya que súbitamente apareció su sonrisa ladeada.
—Ya lo sé, les recuerdo que me he pasado varias horas con su expediente de inmigración.
—¿Cómo te llamas?
—Mustafá Saygun.
—Mustafá, hablas muy bien inglés, ¿Dónde lo aprendiste?

—En Turquía, hace años.
Resultaba enigmático, como si una fuerza interior le impidiese hablar con soltura cuando se trataba de su pasado. Al final fue él mismo quien cambió de tema.
—¿Y qué dijeron que les trae por aquí?
—De momento un permiso para investigar.
—¿Un permiso? Están ustedes de suerte. Seguro que yo les puedo ayudar, me conozco todas las triquiñuelas de este país y, además, tengo un montón de amigos que podrían sernos útiles.
El profesor miró a su ayudante entre divertido y perplejo.
Mustafá era muy joven, apenas unos veinte años, pero tenía la soltura de un veterano. Fue él quien decidió el hotel donde alojar a los alemanes y también quien se dirigió a los empleados de la recepción para facilitarles los trámites de registro.
En la puerta del hotel, Köerting le ofreció el trabajo y él respondió con entusiasmo que tendría para ellos todo el tiempo que no ocupase en la inspección de aduanas del aeropuerto. Luego les aseguró que volvería la tarde del día siguiente con la dirección de la persona que podría darles las autorizaciones necesarias para empezar sus excavaciones y se marchó.

Aquella noche, en la mesa del restaurante del hotel donde se alojaban, fue la primera vez en todo el día que los alemanes se quedaron solos frente a frente.

Frank aún no había saciado completamente su sed de meses de silencio y frustración, tenía además un agrio malestar, una impresión de no tener la situación bajo control, de no conocer el terreno que pisaba. El hecho de estar en Damasco le resultaba aún difícilmente comprensible. El profesor se había limitado a darle unas pizcas de información de cuanto maquinaba su mente, una idea de lo inmediato, del siguiente peldaño en una escalera infinita de la que no podía vislumbrar hasta dónde llegaba y eso, en su esquema cerebral, era un elemento desequilibrante.

—Profesor, ¿qué vamos a encontrar en Nuhassé?
Köerting se tomó su tiempo.
—Espero que una vez allí podamos desvelar la razón por la que fue destruida o tal vez cómo lo hicieron, el enigma de la destrucción, la segunda oscura sombra que enterró la historia.

—¿La razón? ¿Por qué atacó Napoleón a Egipto? ¿O por qué Atila se empeñó en recorrer toda Asia hasta Constantinopla arrasando cuanto había en su camino? Los dos, como tantos otros, obedecían a un sueño expansionista, a una ambición desmedida. ¿Acaso necesitan razones los generales guerreros y sanguinarios? No creo que Subbiluliuma se atuviese a razones; todo lo que no era suyo y, por tanto no le tributaba riquezas, debía serlo y se acabó.

—Todo emperador tiene ambición de grandeza, pero Subbiluliuma tenía cientos de oportunidades mejores, más fáciles, más cercanas y menos arriesgadas que la invasión de Nuhassé. El norte era rico y salvaje, y sus habitantes miembros de las desordenadas tribus kashkas; el este era tierra de mercaderes de seda adinerados y en sus opulentas ciudades se encerraban los más grandes tesoros del mundo, sin que grandes ejércitos los custodiasen; el oeste se abría al mar Mediterráneo, huérfano de amos y multiplicador de oportunidades de un mundo por desenmascarar... sólo el sur era peligroso y arriesgado. Adentrarse en dominios protegidos por el Imperio egipcio era como despertar a un león hambriento con el que compartes la jaula.

—Nuhassé también estaba demasiado lejos para Tebas, seguramente tampoco lo tenían como una pieza vital de su estado.

—Te equivocas, Nuhassé tenía un valor extraordinario porque era paso natural y único entre Egipto y los reinos orientales del Éufrates. Su emplazamiento era tremendamente importante para garantizar el comercio de especias y seda procedentes de Mesopotamia y también para asegurar la fuente de ingresos provenientes de la venta de nácar y lino egipcios en aquellas lejanas tierras. Al perder Nuhassé, tal como ocurrió, se quebraba el puente de aquel próspero comercio.

—Si Egipto no reaccionó es porque no le resultaría importante mantener la capital mitanni —se obcecó Frank.

—Le importaba mucho más de lo que imaginas, no sólo por estas razones económicas, también por las sentimentales.

—¿Sentimentales?

—La abuela del faraón, la madre de Amenofis III, fue mitanni. Para Akhenatón, el rey hitita quería destruir la tierra de su abuela. Además, al frente de Mitanni estaba el rey Dushratta, quien había fomentado una extraordinaria amistad con Egipto hasta el punto de que su hermana Giluhepa y su hija Taduhepa formaban parte del harén de Amenofis III.

—Y, entonces, ¿por qué no reaccionó Akhenatón?

—Por miedo.

—¿Miedo? ¿Se refiere a las intimidaciones de las cartas que me leyó ayer?

—No tengo otra explicación. No sirvieron de nada las súplicas del rey mitanni. Subbiluliuma tenía que hacerlo y lo hizo a sabiendas de que el faraón no se interpondría en su camino.

—¿Y no pudo ser algo personal, alguna rencilla con el rey Dushratta, un asunto de venganza o traición?

—De ninguna manera; para llegar a *Nuhassé*, el rey hitita tuvo que someter al reino de Isuwa, luego atravesar todo el territorio que hoy ocupa el Líbano y entrar en Mitanni. Cuando el rey Dushratta vio que Subbiluliuma se acercaba a su capital, escapó a un sitio donde nunca

nadie lo encontró.
—¿Cómo?
—Lo que oyes.
—¿Dushratta no cayó en manos de Subbiluliuma?
—No. Dushratta huyó como un cobarde y Subbiluliuma no lo persiguió por otros reinos, lo que demuestra que no había nada personal en su persecución. Lo único que le interesaba a Subbiluliuma lo consiguió al saquear Nuhassé… pero fue su perdición.
—¿Perdición? El faraón no se atrevió a plantarle cara y Subbiluliuma se salió con la suya.
—Querido Frank, la razón por la que el monarca no atacó a Subbiluliuma fue por temor a un poder desconocido de los hititas; tu me ayudaste a verlo, pero la suerte de Subbiluliuma y la de sus descendientes cambió bruscamente a partir de aquella batalla.
—¿Qué tiene eso de especial? La suerte no es eterna, cualquier jugador lo sabe. Además, no sabemos qué hubo alrededor del general hitita, una enfermedad, una pandemia, algún problema familiar o personal o simplemente mala suerte .¿Es eso tan extraño?
El profesor reflejaba en su rostro el cansancio de un largo día.

—Frank —concluyó musitando para no ser escuchado—, un país temido y respetado hasta por el más poderoso rey de la Tierra no desaparece en pocos años. Los hititas se esfumaron sin dejar ni rastro de su existencia, sin que nadie reivindicase lo que debería haber sido un notable éxito militar o sin que nadie que lo presenciase quisiera contarlo a los demás. Sólo un pueblo maldito se desvanece de este modo, sólo Nuhassé puede desvelarnos lo que la historia nos ha robado durante treinta y cinco siglos.

8

Hacía muchos minutos que había perdido la noción del tiempo, tal vez una hora o más. Era como si se hubiese atrancado algo en uno de los complejos caminos del pensamiento dejándole completamente bloqueado.

Heinrich no podía saber de ninguna forma el hotel que tenía reservado, en todo caso pudo haberlo sospechado porque no era la primera vez que se hospedaba en el Der Bayer, y su amigo lo sabía, pero si ciertamente hubiera estado buscando un método infalible de transmisión de un mensaje, arriesgarse a enviar una carta al hotel sin la certeza absoluta de que iba a ser leída parecía poco sensato.

La hipótesis que más le cuadraba era la de que su amigo habría telefoneado a la cátedra y alguien le habría confirmado el sitio donde se hospedaría. ¿Quién? Tal vez algún becario que pasaba junto a su teléfono y luego olvidó dejar el aviso de la llamada. Pablo había escrito en un post-it en su mesa de trabajo el teléfono de contacto del hotel para ser localizado en caso de emergencia. Sin embargo, si había estado hablando con Madrid, ya que allí era el único sitio donde sabían el hotel donde se alojaría, ¿por qué no contactó directamente con él?

Tumbado en el catre, con el abrigo y los zapatos puestos, se había quedado pegado al trozo de papel macilento que sostenía con los dedos rígidos y la mirada vidriosa clavada en él.

De pronto supo que su tiempo se había agotado. Echó un vistazo a su reloj para asegurarse y notó que el segundero avanzaba inclemente zahondando su moral.

—Te contaré el secreto —murmuró con los ojos perdidos en el más allá— ¿Y el libro? ¿Cómo puede pensar ahora en que le lleve otro ejemplar? ¿Existe alguna relación entre mi novela y todo este escabroso asunto?

Eran las doce y media, demasiado tarde para entretenerse aún más divagando, de modo que recompuso su figura y salió a toda prisa.

El día se desgranaba lentamente, la atmósfera gris dejaba paso a un débil y tímido sol. Tomó uno de los numerosos autobuses que iban hacia el campus universitario, y sentado en uno de sus asientos pudo percibir el aroma de las mañanas soleadas de febrero y el tenue calor metálico de un sol vencido por el invierno sobre un cielo indeciso.

En su camino hacia el sur, antes de bordear el casco antiguo, el autobús cruzó el Rhin y, desde el puente, surgió la catedral más hermosa y señorial que nunca, con sus cúpulas hincándose en el firmamento.

Se bajó en Albertus Magnus Platz, junto a una inmensa pradera

desierta que aún plateaba por la escarcha.
Una pancarta de tela colgada de dos árboles se bamboleaba con el viento:
LXIII International Archaeological Congress (IAC)

Bajo cuyo texto una flecha indicaba la dirección que había que seguir. Caminó por un pasillo empedrado entre los jardines y adivinó un edificio a lo lejos que parecía tener más movimiento que el resto. Tampoco esperaba ver mucho bullicio porque el congreso había empezado hacía más de dos horas y la gran mayoría de asistentes podría haber llegado la noche anterior para registrarse y asistir al acto de inauguración.
La senda le condujo a un pabellón con un letrero en la entrada que rezaba:

Univerität zu Köln Philosophische Fakultät Archäologisches Institut

—Es aquí —se dijo, mientras miraba la hora para cerciorarse de que había llegado con tiempo—. La una en punto.
Había algunos corros de gente hablando, lo que le hizo pensar que estaban en un descanso.
Tras el mostrador, unas azafatas de amplia sonrisa canjeaban las invitaciones de los recién llegados por formularios de inscripción. Pablo rellenó uno y recibió a cambio una tarjeta plastificada junto a un programa que incluía todas las sesiones.
Como en otras ocasiones, a las conferencias oficiales se añadía un programa lúdico-científico de excursiones organizadas para llenar los pocos huecos disponibles. Entre todas, la que más le atrajo, fue la visita a la antigua Tréveris. Estaba prevista para el jueves por la tarde, apenas unos días más tarde, aunque en aquel momento se le figurase una eternidad.
Junto a la escalera se anunciaba el lugar de las sesiones.

LXIII International Archaeological Congress (IAC) Held by the German Archaeology Society 20-25 de February.
1st floor

Mientras subía, volvió la vista atrás de un modo inconsciente y tuvo una perspectiva diferente del aspecto del salón de recepciones, que entonces le pareció más desangelado, con menos gente que en otras ocasiones. Pero no sólo eso. El ambiente resultaba frío, no se percibía la cordialidad con la que solían arrancar otras reuniones ni la calidez del reencuentro de viejos conocidos. Pablo lo achacó a lo desapacible del tiempo y también, por qué no, al carácter alemán, que inoculaba como un virus a quien pasaba por allí.

Fue entonces cuando advirtió algo que le pareció extraño. Hasta ese momento no había pensado que podía estar siendo observado, que alguien podría estar vigilando sus movimientos. En su esquema mental sólo figuraba la posibilidad de encontrar a su amigo y poder

preguntarle personalmente qué diablos estaba ocurriendo, no había reparado en ningún otro escenario; sin embargo, todo aquel misterioso encuentro con Heinrich podía involucrar a alguien más, tal vez a sus perseguidores.
Un escalofrío recorrió su espalda. Acababa de percatarse de la presencia de un personaje siniestro y escuálido que estaba al fondo del salón. No era uno más, claramente no se trababa de un asistente al congreso; se trataba de un vigía, de un fisgón sospechoso de albergar fines malignos. En su expresión había un fulgor lacerante, sus ojos se clavaban como cuchillos en quienes le rodeaban en un casi insolente paso de revista militar.
Al volver de nuevo la vista hacia adelante intentó, sin éxito, evitar el choque con otra pareja de señores que bajaban hacia el hall. Pidió disculpas por el atropello y se maldijo por su ingenuidad casi infantil. Algo importante estaba a punto de pasar, algo por lo que había vidas en peligro, por lo que había alguien dispuesto a matar y él no tenía la más mínima idea de cómo actuar, de qué peligros evitar, de cuáles eran las cosas importantes en las que tenía que centrar su atención. No, no se trataba de un juego, era una batalla real a la que llegaba desarmado y sin conocer al enemigo.
Se sintió como un barco a la deriva, navegando al garete a merced de la mar y el viento, a pantocazos con las olas y sin cornamusa en la que hacerse firme. Estaba a punto de finalizar las escaleras y no se atrevía a girar la vista, pero no tenía la más mínima duda de que allí seguiría aquel tipo avieso con su mirada de acero oteando a su alrededor.
Con paso ligero buscó refugio entre las gentes que se agolpaban en el primer piso junto a la puerta de acceso a una de las salas de conferencias y allí trató de camuflarse para pasar desapercibido. Se arremolinó en el rincón más concurrido y fijó la visual en el último tramo de escalera para ver quién subía.
Así pasaron unos minutos.
—Tal vez me busque a mí, tal vez sepa quién soy y haya preferido quedarse al acecho en la puerta de salida.
Un temor desangelado le estremeció el alma.
Era la una y cinco, aún faltaba casi una hora para la cita con Heinrich, una eternidad a tenor de su estado de ánimo. Decidió buscar motivos para apaciguarse durante el tiempo que durase la espera.
—Es posible que esté obsesionado.
Se acercó a la mesa donde encontró algunos resúmenes de la conferencia que estaba a punto de empezar, que además era la última antes del descanso para la comida y en ese instante sintió un golpe seco en su hombro.
Fue como si una bomba nuclear explotase en sus entrañas, el corazón se le disparó y fue tal el sobresalto que respingó como un caballo

asustado.
—Pero hombre, ¿qué te pasa? Te encuentro muy excitado, joder, una cosa es que no esperes a nadie y otra muy distinta es que creas que ha llegado tu verdugo —protestó el tipo que acababa de abodarle en castellano.
Estaba bloqueado, el sudor frío se había apoderado de su cuerpo.
—Hombre, Julio, qué susto me has dado —respondió al fin.
—¿Te ocurre algo? Te veo pálido. Chico, si sé que me vas a recibir así te hubiese mandado una paloma mensajera. A mí, por lo menos, me da alegría cuando encuentro un compatriota lejos de España y al verte aquí tan perdido y solitario...
Pablo no encontró respuesta alguna, su corazón seguía galopando como un potro enloquecido y su rostro, colmado de adrenalina, tenía el rictus del terror personificado.
Julio Vergara nunca cambiaría. Él era definitivamente así, un hombre de acción, un investigador lúcido, pero al mismo tiempo, un catedrático petulante que transpiraba aires de superioridad por todos sus poros.
Julio dirigía el Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid. Su pasión por el trabajo de campo le había llevado a capitanear numerosos campamentos arqueológicos en Egipto y en Sudán, desde el Valle de los Reyes hasta la primera catarata. En el pequeño mundo de la egiptología era reconocido como un verdadero especialista, había publicado más de media docena de libros que se habían traducido a varias lenguas; a menudo daba conferencias sobre el antiguo Egipto en algunas de las más reconocidas universidades del mundo y, por si fuera poco, colaboraba con el Departamento de Protohistoria del Museo Arqueológico Nacional, todo un portento que él mismo se ocupaba de recordar a cuantos le rodeaban.
—No, nada —articuló tras reponerse—. Es que no esperaba encontrar a nadie conocido.
—Te veo algo tenso. ¿Han dejado de pagarte en la «Universidad de los metales»?
Ni siquiera sonó a sarcasmo, más bien a compasión. Pablo intentó corresponder con una mueca de complacencia, que quedó oculta por la rigidez de sus músculos.
—Lo cierto es que sabía que iba a encontrarte. Ayer en el avión pensé: quién diablos de todos los chalados hispanos estará mañana en el congreso y de repente me dije: ya está, Pablito seguro que consigue escaparse de su monótona cátedra. ¿Cuándo has llegado?
—Hoy mismo, hace un rato.
—¿Y en qué hotel estás alojado?
—Estoy en el Der Bayer…

—Ni idea —interrumpió—. Bueno, hombre, bueno, pues me alegro de verte. Yo ahora tengo que irme porque no quiero perderme la siguiente conferencia, espero que luego podamos charlar un rato, ¿te parece?

Julio era menudo, de nariz y ojos pequeños y una perilla recortada que le daba cierto aspecto de intelectualidad; tenía la voz aguda y dominante como el resto de su personalidad y una tremenda inclinación a hablar siempre de sí mismo.

—Cómo no; tal vez mañana, hoy tengo una cita y no puedo faltar.

—Eso, y si quieres comemos juntos, pero pagas tú —dijo palmeándole fuertemente la espalda.

El catedrático se perdió entre la concurrencia con pasos cortos y rápidos, dejándole pegado al suelo como atornillado por los pies y con un insoportable sudor frío.

El rumor de fondo le devolvió a la realidad; la cosa parecía mucho más animada ahora, algunos asistentes formaban corros y otros, los más despistados, deambulaban solitarios, dubitativos, tal vez buscando a algún conocido o la documentación de alguna ponencia. No había vuelto a ver al furtivo de abajo.

Fue entonces cuando reparó que en una de las paredes había una gran fotografía de la clausura de la convención anterior, una instantánea donde casi un centenar de congresistas posaban ante la cámara en un jardín junto a un árbol centenario.

Se acercó para curiosear en ella, y al primer golpe de vista, encontró a Heinrich sonriente, relajado, con una mirada prendida de ilusión. En ese instante comprendió que apenas sabía nada de su amigo, de su vida, de sus amistades, de sus enemigos…

Fijó su atención en aquel retrato intentando reconocer a los que le rodeaban; nada de nada, ninguno le resultaba familiar; además, ninguno aparentaba estar realmente unido a él, se diría más bien que estaban a su lado por haber coincidido de ese modo a la hora de plasmar el recuerdo de la finalización del congreso.

El inicio de la siguiente conferencia fue dejando vacío el recinto. En unos segundos se quedó completamente solo en una estancia que parecía ahora más grande y vulnerable.

Aunque no tenía el ánimo para charlas, el miedo a la soledad de aquel vestíbulo y el temor a ser descubierto lo empujaron hasta la sala.

La oscuridad le hizo entornar los ojos. Un tipo encaramado en la tribuna de oradores marcaba con un puntero algún dato reflejado en la pared por un proyector de transparencias.

Buscando un lugar donde sentarse, chocó con una mesita donde una azafata ofrecía auriculares. Aunque era incapaz de entender lo que se estaba diciendo, despreció amablemente el aparato, al fin y al cabo el asunto no le interesaba. El fondo de la sala estaba casi vacío, de suerte

que se dirigió hasta allí y ocupó un lugar junto al pasillo central.
¿En qué idioma hablaba aquel hombre? El texto de la presentación estaba en inglés (o al menos eso le pareció, ya que apenas alcanzaba a ver algún título) pero hablaba otra lengua. Por la forma de vestir del orador juzgó que podía ser árabe, aunque también podría no serlo; quizás se tratase de un ciudadano de alguna ex república rusa, traje austero y anticuado, corbata en tonos rojos demasiado ancha para ser de un país occidental...
El conferenciante no estaba consiguiendo entusiasmar al público. Desde el final de la sala se podía ver cómo el auditorio se manifestaba en general desinteresado, algunos se levantaban y salían fuera, otros se removían constantemente en su butaca, algún maleducado hablaba con su compañero distrayendo de ese modo a los que estaban cerca.
Se detuvo a observar a los asistentes. A pesar de que desde su perspectiva casi todos estaban de espaldas, una vez más empezó a imaginar cuál podía ser la historia particular de cada uno de ellos. Aquello resultaba divertido, no podía evitarlo; tan pronto como se veía rodeado de seres anónimos, silenciosos y distantes, envueltos en un mundo interior desconocido, su mente empezaba a crear vidas ficticias con historias inventadas.
El gordote trajeado de las últimas filas se antojaba profundamente cansado, se diría incluso que estaba dormitando. Todo indicaba que le interesaba mucho más el programa nocturno particular que el propio del congreso y que, por tal motivo, ahora era incapaz de mantener los ojos abiertos.
Reparó en unos jóvenes que ocupaban toda una fila y se devanaban los sesos tratando de anotar en sus cuadernos cuanto allí se exponía.
Un rumor de fondo le hizo girar mecánicamente la cabeza. El tipo infame estaba apostado en la puerta del salón husmeando a su alrededor, lo tenía tan cerca que casi sentía su aliento en el cogote.
Se quedó petrificado, apenas podía encoger los hombros y agachar la cabeza pero el resto de sus músculos eran trapos inanimados. Hubiese dado cualquier cosa por no estar allí o incluso por tener las fuerzas suficientes como para volver la cara disimuladamente y saber qué estaba pasando a su espalda.
Ahora más que nunca sabía que aquel sujeto no era trigo limpio, que andaba buscando algo y que indudablemente tendría que ver con el asunto que tanto preocupaba a Heinrich.
Pasaron así los minutos. Pablo comprendió que el único modo de pasar desapercibido era permanecer confundido en la masa, no separarse nunca de ella y no llamar la atención de su depredador. No sabía de qué iba la conferencia, tampoco le importaba, pero permanecería allí hasta que todos saliesen en bandada y hasta entonces se mezclaría entre los asistentes y no volvería la vista atrás

para no levantar sospechas.
La disertación terminó casi a las dos. Hubo un aplauso desapasionado y corto con el que el orador apenas se identificó; de hecho, al mirarlo, Pablo tuvo la impresión de que con la finalización de su exposición se había quitado un gran peso de encima.
Cuando el auditorio empezó a levantarse, él hizo lo propio, embutiéndose en el caudal de personas que salían por el pasillo central. Al mirar de nuevo a la puerta comprobó que aquel hombre no estaba, al menos en el lugar donde lo había visto la última vez.
Salió hasta el vestíbulo en medio del gentío. Corros de Babel volvieron a rellenar el espacio, que de nuevo volvió a parecer pequeño, pero la mayoría de los que allí estaban no se le figuraron más que rígidas estatuas de sal inanimadas.
Quedaban pocos minutos para la hora en la que Heinrich le había anunciado su encuentro en la sala de abajo, luego tenía que salir del redil y atravesar solo la escalinata de bajada. Afortunadamente, en el hall de entrada había también mucha gente, incluso más que en la salida de la última conferencia, lo que le permitiría camuflarse de nuevo.
No había ni rastro del infausto husmeador, tampoco hizo nada por encontrarlo. Cuando entró en el hall sintió de nuevo el calor de la muchedumbre, de una multitud que aunque le era desconocida le ofrecía protección y arrullo.
Así estuvo hasta que fueron las dos.
Echó entonces un vistazo al corredor que comunicaba con la entrada y se percató de que allí, en el fondo, alguien entraba de forma apresurada. Era Heinrich; al verlo notó cómo se le disparaba la adrenalina.
Avanzó torpemente hacia él empujando a algunos presentes. El profesor tenía mal aspecto, estaba demacrado. A pesar de la distancia, Pablo reparó en lo desaliñado de su indumentaria y en su palidez. Su rostro parecía devorado por el cansancio.
Traía algo en sus manos, quizá un libro. Por fin podría aclarar con él tantos días de misterio e incertidumbre.
Cuando lo tuvo enfrente, adelantó la mano para saludarlo pero el germano le interrumpió bruscamente.
—Köerting descubrió el secreto —dijo con los ojos muy abiertos—, pero tuvo miedo por la guerra y lo escondió en un lugar seguro. Hay dos claves encriptadas —continuó levantando las cejas para destacar lo que quería decir—. Tienes que buscar la otra. Todo está en peligro, están por todas partes. No te fíes de nadie, si se enteran que estás en esto te matarán.
Pablo se quedó tan sorprendido de la actitud de su buen amigo y de su retahíla de mensajes que apenas se dio cuenta de que el alemán le

cambió disimuladamente el libro que llevaba por el que él había traído desde España.
—Calma, tranquilo —respondió—, vayamos a un lugar donde…
Un ruido procedente del pasillo se oyó en el vestíbulo. El profesor lo advirtió, pero Pablo apenas era consciente de la situación. Heinrich se separó voluntariamente unos metros como queriendo disimular el contacto y se arrimó a un grupo que conversaba animadamente.
Dos hombres fornidos y con trajes oscuros se acercaron sin vacilación al profesor y le agarraron fuertemente de sendos brazos. Heinrich Mayer no opuso resistencia, pero el movimiento no pasó desapercibido a algunos de los presentes. Pablo asistía gélido a la escena sin poder mover ni un músculo. Los empujones hacia el exterior fueron tan bruscos que terminaron atrayendo la atención de toda la concurrencia. El profesor seguía sin forcejear, aunque el paso de sus raptores era tan rápido que caminaba arrastrando los pies.
Alguien hizo un comentario desaprobatorio y algunas voces anónimas entre la concurrencia se unieron a la protesta a lo que un secuestrador reaccionó, sin mencionar una sola palabra, esgrimiendo una pistola con la que recorrió el ángulo de la sala apuntando en torno a él. La totalidad de los asistentes retrocedió ante el temor de que aquel tipo disparase, momento que aprovecharon los raptores para llevarse violentamente a empellones al profesor, que seguía callado.
Entonces se esfumaron los tres por la puerta dejando tras de sí la confusión. Pablo les siguió con la mirada, impotente y atónito, y pudo ver cómo se introducían en un coche y salían aceleradamente.
Nadie se movía, aunque todos mascullaban expresiones de repulsa.
—Llamen a la policía —clamó alguien al fin y entonces se deshizo el silencio.
Segundos más tarde, Pablo se despojó del aturdimiento inicial y salió corriendo hacia fuera. Para entonces no quedaba ni rastro de su amigo, ni siquiera la matrícula o la marca del auto que se lo llevó. En el exterior, nada parecía haber pasado, nadie había advertido el incidente, ni transeúntes, ni congresistas, ni alumnos; no había huellas, ni siquiera testigos que pudiesen certificar lo que acababa de pasar.
El cielo abigarrado se hundía como una losa sobre su cabeza y el aire helado le sacudió bruscamente en el rostro. Por momentos se sintió solo en el Universo, tremendamente solo y desvalido.
—¿Qué está ocurriendo aquí? ¿Qué lío es éste? Joder.
Estaba bloqueado, rígido, vacío, perdido en un entramado incomprensible. Además, una intensa y punzante sacudida de miedo se volvía a apoderar de él, una insoportable sensación de desconcierto, de desconocimiento de los peligros o del camino que debía seguir.
Recorrió unos metros con la vaga esperanza de encontrar algo que le

llamase la atención. Una vez más había perdido el hilo, debía reconstruir los hechos, suponer las causas y disponer hacia dónde dirigir sus pasos.

Trató de memorizar el aspecto de los secuestradores, algún detalle que hubiese podido quedarse en el subconsciente o que le permitiese conocer algo más sobre ellos. Sus rostros estaban aún calientes en su memoria. Tenía la vaga impresión de haberlos visto antes. Eran, sin duda, profesionales, matones a sueldo o guardaespaldas de pesas y gimnasio.

Supuso que Heinrich les había estado eludiendo durante mucho tiempo, elucubró que ellos habrían averiguado que, por alguna razón, su amigo aparecería tarde o temprano por la convención y, sin embargo, el rapto se había tenido que hacer en unas condiciones muy extremas y con un numeroso grupo de testigos. Por si fuera poco, en la sala se blandió una pistola, lo que a buen seguro no habían previsto. Ahora, medio centenar de personas podrían aportar a la policía toda la información necesaria para capturar a los malhechores, alguien podía haber visto el coche, alguien la matrícula, tal vez incluso algún testigo pudiese identificarlos.

Nada mejor que volver al lugar de los hechos.

Cuando entró en la sala sólo una idea rondaba en su cabeza: colaborar con la policía para dar cuanto antes con los forajidos. Pero de aquel tumulto de gente de hacía unos instantes apenas quedaba una docena de testigos.

Pablo apretó los dientes para contener la rabia, acababan de presenciar el secuestro de un compañero, conocido de muchos de ellos, con violencia, por la fuerza, con armas, y en vez de quedarse a colaborar con quienes podían resolver el caso, habían preferido marcharse de puntillas, en silencio, para no verse envueltos en un turbio asunto que pudiese resultarles peligroso o simplemente embarazoso o molesto, huyendo hasta de las conferencias programadas para el resto de la jornada.

—¡Gallinas! —gritó sin importarle ser escuchado.

Encolerizado, se acercó a una azafata y le preguntó si alguien había llamado a la policía.

—Sí, llegarán en cinco minutos —le respondió, mientras terminaba de escribir un cartel que anunciaba que las siguientes sesiones quedaban temporalmente suspendidas.

De repente pasó por su mente la imagen del perverso observador que había estado husmeando antes del incidente. Aunque ya no estaba allí, no le cabía ninguna duda de que su presencia estaba relacionada con la captura.

«Están por todas partes», le acababa de decir Heinrich.

Alguien le tocó la espalda.

—No se preocupe, lo encontrarán —le dijo un tipo con la cabeza hundida entre los hombros.
—¿Conoce usted a Heinrich? —Pablo tenía los ojos vidriosos como perlas.
—Sí, soy compañero suyo desde hace muchos años.
—¿Compañero? —fue como un salvavidas en medio de una tormenta oceánica.
—Soy catedrático de la Facultad de Arqueología de Munich.
—En ese caso, seguro que sabe qué está pasando aquí y quiénes son esos tipos que se lo han llevado.
—Dígame, ¿usted conoce también al profesor Mayer?
—Sí, hemos coincidido varias veces en diferentes congresos y en seminarios —minimizó por precaución su relación—. En alguna ocasión he tenido la oportunidad de conversar con él y creo que, además de ser el mejor especialista en Mesopotamia, es un tipo honesto y legal.
—No hay duda de que es una autoridad en su profesión, pero...
—¿Pero…?
—No se puede vivir continuamente atormentado, la capacidad de soportar desgracias y la resistencia al dolor tienen un límite y con Heinrich la vida se está ensañando.
Aquello sonó a nuevo en sus oídos. Una vez más, volvió a reconocer que su amistad con Heinrich no había traspasado apenas la barrera de la privacidad. Como un mutuo acuerdo, como un pacto no escrito y sin premeditación, sus vidas sólo se rozaban cuando había de por medio pueblos antiguos, civilizaciones perdidas o restos arqueológicos.
—¿Se refiere a Ingrid? —Pablo tiró del único hilo ajeno a su trabajo que le había dejado Heinrich, una única referencia en su último encuentro del verano anterior, cuando arguyó que no podría visitarle en los próximos meses porque tenía que ocuparse de su única hija.
—Por supuesto. Parece ser que hace unos meses tuvo una discusión brutal con ella y que a partir de entonces se marchó jurándole que no volvería a verlo nunca más.
Por descabellada que le pareciese la teoría de su interlocutor, Pablo quería escucharla. Al fin y al cabo era su única fuente de información y renunciar a ella le pareció un desperdicio inútil.
—Ya se puede imaginar —continuó el viejo—, una persona como Mayer soportando otro calvario parecido al que padeció hace muchos años cuando enfermó su esposa. En aquella ocasión, la muerte de su mujer quebró literalmente su vida, la partió en dos; cambió de casa, de coche, de camas, de muebles, de forma de vestir, regaló sus dos gatos, sus discos, nada, absolutamente nada de lo que había pertenecido al mundo de su esposa se mantuvo a su lado una vez que

ella se fue. Por supuesto que le quedaba Ingrid, su única hija, aunque ya apenas le visitaba.
Cuando Heinrich le habló de Ingrid le explicó que vivía en Munich y que la veía muy a menudo. También sabía que era viudo aunque nunca le oyó hablar de su esposa, tal vez se lo había dicho alguien o lo había leído en algún lugar. Sin embargo, de algo no tenía ninguna duda, ni una cosa ni otra estaban relacionadas con su secuestro, no tenía sentido, él le había hecho ir a Colonia por algo diferente, por una amenaza que nada tenía que ver con su vida privada o la de su familia. Aun así quiso exprimir hasta el máximo a su informante.
—¿Qué pasó con Ingrid?
—Heinrich hablaba raramente de su vida particular, pero era igualmente incapaz de disimular su dolor. En el claustro de profesores, todos sabíamos que su hija se había largado hacía meses y que, desde entonces, él no había vuelto a saber nada de ella; los que le conocíamos sabíamos que sin Ingrid su vida no tenía sentido, pero él no permitía que nadie le ayudase.
—¿Qué decía Heinrich? ¿Por qué se suponía que se había marchado?
—Él le quitaba hierro al asunto, decía que le había llegado el momento de defenderse por sí sola y que debió salir para poder estudiar una carrera especial que nunca nos mencionó. Sin embargo, descubrimos que su hija continuaba en Munich, probablemente cursando algunos estudios universitarios, lo que no le impedía vivir con su padre.
—¿Quiere usted decirme que fue eso lo que le desequilibró?
—Hace dos meses, Heinrich desapareció repentinamente. Una mañana le ví, como cada día, en la sala de profesores y al día siguiente ya no apareció. Días más tarde su ausencia se hacía notar. Él no solía faltar más que en ocasiones muy señaladas como cuando tenía congresos o alguna que otra conferencia. Que yo recuerde, nunca había caído enfermo desde que superó la depresión por la muerte de su mujer, de modo que quise saber qué le pasaba y de los allí presentes nadie sabía nada.
El colega de Heinrich hablaba lentamente y en voz baja. Sus ojos iban de un rincón a otro como evitando mirar a Pablo y mientras lo hacía acompasaba cada palabra con un subir y bajar de cejas.
—Preocupado —continuó—, me fui a ver al director como la persona que tenía que haber recibido alguna justificación de aquella ausencia y fue él quien me aclaró…
—Por favor, que nadie se mueva —un coche celular de la *Polizei* acababa de aparcar en la puerta con su sirena centelleando y una pareja de agentes uniformados habían salido de él.
La orden sonaba extemporánea, ni los secuestradores estaban ya allí ni la mayor parte de los testigos.

—¿Qué le aclaró? —Pablo ansiaba oír el final de la historia por inverosímil que le pareciese.
—Heinrich no podía permitir perder a su hija, antes daría su propia vida.
—No entiendo…
—Escuchen, por favor —dijo a voces en inglés uno de los policías recién llegados—, en unos minutos estarán aquí los inspectores, les ruego que no toquen nada y que permanezcan en esta sala hasta entonces. Entretanto lo único urgente es saber en qué coche han huido los raptores para tratar de localizarlo, ¿alguno de ustedes vio el vehículo en el que salían?
—Era negro —se oyó.
—Nada de eso —respondió otro—. Era gris, un Opel gris.
Hubo una ratificación espontánea de los escasos testigos, aunque parecía más un intento de ayudar que una declaración veraz. De la matrícula ni el más mínimo rastro.
—Eran extranjeros, soviéticos presuntamente —apuntó uno de los presentes.
—Está bien, está bien, no se precipiten, en breve tendremos aquí a los investigadores, mientras tanto pueden sentarse en aquellos bancos.
En la puerta de entrada el otro policía vociferaba al walkie-talkie.
—Acaban de secuestrar a punta de pistola a un individuo en el campus universitario. Tres individuos en un Opel gris, más posiblemente un conductor. No tenemos la matrícula… Tengan cuidado, portan armas de fuego…
Pablo y el viejo se sentaron en la banqueta. —No entiendo lo que me decía —repitió retomando la conversación—. ¿Qué fue lo que le dijo el director de Heinrich?
—Heinrich le pidió un anticipo. Cuando él quiso saber cuál era la causa, le respondió con evasivas. Estaba claro que no quería dar muchos detalles, pero en nuestro régimen de funcionamiento interno un anticipo es algo muy excepcional y sólo se otorga si hay una causa que lo justifique, por lo que el director insistió en las razones de tal petición. Entonces Heinrich arguyó que tenía algunas reparaciones pendientes en su casa de campo.
—¿Y qué tiene eso que ver con Ingrid? —Pablo estaba cada vez más perdido.
—Heinrich no tiene ninguna obra pendiente, ni siquiera tiene una casa en el campo. No hay duda de que se trataba de un modo de saldar las deudas de su propia hija, que ése fue el motivo de la ruptura entre los dos. A saber si se trataba de algo relacionado con las drogas o el juego. Apuesto a que Heinrich trataba de ayudar a su desesperada hija, para lo que necesitaba dinero.
Unos hombres de paisano irrumpieron en la sala junto a otro grupo de

agentes uniformados. El mayor rondaría los sesenta años, un tipo bajo y con pelo cano, al que los demás llamaban *kapitän*. Utilizaba frases cortas y muy expeditivas que Pablo apenas acertaba a entender, pero que surtían un efecto inmediato. Se veía que era experto en ese tipo de situaciones.

—Mi nombre es Roeder —arrancó finalmente en inglés para que los congresistas pudiesen entenderle— y estoy a cargo de esta investigación. Vamos a establecer un turno de declaraciones en el que necesitaremos toda su colaboración. ¿Quién de ustedes dio aviso?

—He sido yo —respondió el viejo que estaba junto a Pablo adelantándose hacia el inspector.

—¿Cuál es su nombre?

—Robert Heintz —respondió.

—¿Conocía al desaparecido?

—Sí, soy compañero suyo en la Universidad de Munich.

—Pase a esta sala —ordenó señalando un aula que acababan de habilitar junto al hall—, queremos hacerle algunas preguntas.

Pablo volvió a quedarse solo y más perplejo aún que antes de conocer a Robert Heintz.

De repente reparó en algo que, con tantas emociones, le había pasado totalmente desapercibido. Él era el único testigo que había hablado, o al menos escuchado, al secuestrado. Quién sabe si incluso no era el único que había podido oír su voz desde su desaparición hacía casi dos meses. Además, le transmitió un recado.

—El mensaje. ¡Dios! El mensaje es la explicación de todo este lío. Indudablemente no ha sido improvisado, no pudo ser fruto de la tensión del momento. Heinrich había cumplido su misión, había conseguido transmitirlo. Durante días habría despistado a sus perseguidores, habría jugado al ratón y al gato sin que hubiesen podido echarle el guante, pero al final, consiguió su objetivo.

El recado de Heinrich debía ser, además, secreto. De no ser así no habría tomado tantas precauciones.

—Secreto incluso para la policía —susurró aterrado.

Abrió su novela por la última página, sacó un bolígrafo y se dispuso a anotar todo lo que fuese capaz de recordar. Instintivamente se retiró hasta un extremo del salón y se apoyó en el mostrador que hacía un rato había servido para repartir la documentación del congreso. Nada más cerrar los ojos, las frases fueron fluyendo como el agua cuando se destapona una bañera.

—«Köerting encontró un secreto.» ¿Quién es Köerting? ¿De qué me suena tanto ese nombre? ¿Dónde diablos lo habré escuchado antes?

A cuentagotas seguía recordando mientras escribía:

—«Atemorizado por la guerra, Köerting se llevó el secreto a un lugar seguro.» Esto no tiene sentido, tengo la impresión de estar recorriendo

una espiral sin salida.
Levantó lentamente la cabeza y mordió con rabia el bolígrafo. Había algo más…
—«Hay dos claves encriptadas.» «Tengo que buscar la otra.» No debo fiarme de nadie. Sea lo que sea, debo pasar desapercibido porque alguien intenta matarme...
Cerró bruscamente el libro como quien da por concluida su obra y respiró profundamente.
Al notar su ritmo cardíaco acelerado recordó que Bermudo le había enseñado el truco de la relajación y una imagen suya brotó fugazmente en su mente.
—Seguro que en este instante está fumándose uno de sus Ideales liados a mano.
Entonces, el profesor Robert Heintz salió de la sala de declaraciones estrechando fuertemente la mano del joven detective, que lo acompañó hasta la puerta.
—Profesor —le abordó de nuevo Pablo—. ¿Ha podido averiguar algo? ¿Le han dado alguna explicación de lo que pasa?
El viejo recorrió con su mirada toda la sala.
—Escuche, por favor, no es que no confíe en usted, pero la policía acaba de recomendarme que no hable de esto con nadie, que les deje trabajar a ellos.
—Eso es ridículo, usted sabe como yo que los que se llevaron al profesor están ahora muy lejos de aquí.
—Desconozco los motivos por los que tiene tanto interés en conocer mi testimonio —espetó—. No parece que sea la curiosidad la causa de su insistencia.
Desconcertado por la insolencia, Pablo balbució.
—Soy su amigo. Soy su amigo y quiero ayudar.
—En ese caso, dígale todo lo que sepa a la policía y deje que sean ellos los que le busquen. Confíe en nuestra policía, joven, y no se meta en más líos.
El profesor se alejó con pasos cortos y rápidos dejando a Pablo desconcertado.
La situación no resultaba sencilla; si se interesaba y preguntaba, debía tener una buena coartada, un motivo que no alumbrase la más mínima sospecha y que sirviese para no desvelar de ningún modo el contacto que sólo él conocía. En caso contrario terminaría siendo acusado por su curiosidad.
Un nuevo declarante salió de la estancia donde se estaban sucediendo los testimonios. Pablo se anticipó a los presentes y, adelantando la mano, saludó al detective que aguardaba en la puerta.
—Soy Pablo Luna, amigo personal del profesor Heinrich Mayer —espetó al entrar en aquella improvisada comisaría.

Allí se encontró al capitán sentado en una mesa apurando la colilla de un cigarrillo y emborronando una libreta con notas que supuso sacadas de las pesquisas de otros testigos.
El oficial permaneció sentado sin estrecharle la mano. Tenía un bolígrafo entre sus manos con el que estaba jugueteando mientras le escrutaba con la vista.
Pablo, un poco atosigado, se sentó sin pedir permiso.
—Pablo Luna —escribió el capitán—. ¿Cuál es su profesión? —preguntó en un inglés deficiente.
—Soy profesor de Metalurgia en Madrid y escritor aficionado a la historia antigua.
El capitán levantó la cabeza y mordió el bolígrafo. De cerca parecía judío, nariz grande, pómulos pronunciados, tez cetrina, ojos oscuros y sagaces…
—No se preocupe —trató de relajar la situación con una mueca socarrona—, yo tengo un amigo que es dentista de lunes a viernes y payaso los fines de semana. Dice que todo el daño que hace durante la semana tiene que devolverlo en forma de sonrisas los fines de semana…
El policía quedó riéndose de la historia que ni él mismo pretendía hacer creer. Sin embargo, Pablo, muy poco acostumbrado a esas situaciones, no se inmutó.
—Veamos, en el campo de la historia, ¿tiene alguna especialización señor Luna?
—Me interesa toda la historia antigua aunque, como le dije al principio, soy un simple aficionado; leo todo lo que cae en mis manos y a veces me animo a escribir algunas cosas.
—Ya, ya. ¿Cuándo fue la última vez que habló con el señor Mayer?
Pablo se quedó dubitativo. Su vista no pudo sostener la de su interlocutor, delatando una palpable falta de seguridad. El detective notó este cambio de actitud.
—La última vez fue hace unos seis meses, hacia finales de verano. No recuerdo si fui yo quien llamé a Heinrich o él me llamó a mí pero estuvimos hablando telefónicamente —mintió.
El policía le pulverizó con la mirada. Era como si sus ojos pretendiesen extraer del interior todo cuanto su mente escondía.
—¿Quiere eso decir que no ha visto hoy a Heinrich Mayer cuando entró en el vestíbulo? —preguntó levantando la voz.
—No —respondió vacilante.
Roeder se levantó y comenzó a caminar por la sala mientras mordía compulsivamente el bolígrafo con el que había estado tomando notas. Pablo le seguía con la vista, tenía la impresión de que algo no andaba bien. Durante unos segundos hubo un silencio molesto. Después, el interrogador cogió la silla por el respaldo y se sentó al revés en ella

frente a él.
—¿Qué sabe usted del Imperio hitita? —preguntó entornando los ojos.
—¿Del Imperio hitita?
—Sí, ha oído bien, ¿o acaso nunca oyó hablar de esa civilización?
—Por supuesto que sí, sólo que me ha dejado fuera de lugar. Conozco algo del pueblo hitita, podría incluso hablarle de algunos de sus reyes, de sus ciudades o de sus costumbres pero...
—¿Pero qué?
—Pero, francamente, no veo ninguna relación entre el secuestro de Heinrich Mayer y el Imperio hitita.
—Le diré una cosa, señor Luna —añadió en tono enfadado—: los únicos que estamos aquí para ver relaciones entre las cosas somos nosotros. Usted debe limitarse a contestar a nuestras preguntas.
Pablo reculó ante la actitud de su interlocutor.
—En su opinión —retomó el inspector el interrogatorio—, ¿Heinrich Mayer era un especialista en el imperio hitita o no?
—Ahora era en eso… en lo que estaba trabajando —susurró.
—¿Ahora? ¿No acaba de decirme que hacía meses que no sabía nada del profesor?
Un escalofrío atravesó su espinazo como un látigo asesino. Le pareció que el suelo se volvía inestable como si hubiera entrado en un lago de arenas movedizas en el que iba a hundirse sin nada a lo que asirse.
—Creo… es decir… me parece que… Eso es lo que he leído.
En el juego de los interrogatorios, el inspector sabía sacar ventaja, tenía al enemigo herido y estaba dispuesto a estrujarle hasta conseguir su objetivo.
—¿Ha oído usted hablar de Helmuth Güttec?
El español negó con un movimiento nervioso de cabeza, pero su falta de seguridad le hacía perder toda credibilidad.
—Escuche, llevamos casi dos meses buscando al profesor. Estábamos muy cerca de él, pero nunca pudimos presumir que se fuese a atrever a aparecer ante tanto público en un congreso internacional. Sólo hay una razón que justifique su presencia hoy aquí: su misión consistía en contactar con alguien, en recibir o entregar algo a alguien. No me diga por qué, pero tengo la impresión de que fue precisamente con usted con quien Mayer tenía esa cita.
Pablo tragó saliva tratando de deshacer el nudo que se le estaba formando en la garganta. A la policía no le resultaría difícil averiguar que ésa era precisamente la razón por la que él estaba en Alemania, los billetes de avión, la nota en el Baviera, era incluso posible que algún testigo asegurase que Heinrich se le acercó un instante antes de ser raptado. Insistir en la falsedad le convertiría en sospechoso, en entorpecedor de la justicia, incluso en culpable de un delito...
—*Kapitän* —se atrevió a llamarle—, desconozco de dónde ha podido

sacar esas conclusiones. Todo lo que puedo decirle es que yo estoy libre de toda culpa. Tengo la escama de que me están utilizando para no sé qué fines. Estoy confuso. Por ahora no puedo decirles nada más. Me gustaría marcharme.
—No puedo negárselo. De momento no ha sido acusado de nada, pero recuerde que la obstrucción a la justicia es también un delito penado. Piense que usted podría estar en peligro, nosotros podemos protegerle. Piense también que Heinrich Mayer está en peligro.
—Estoy cansado, hoy ha sido un día muy agitado, debo descansar un poco.
—No hable con nadie de este tema. Si llegase a «recordar» algo —incidió en el verbo de forma irónica—, no dude en llamarnos. Aquí tiene nuestro teléfono.
Salió de aquella sala como si hubiese estado en una cámara de tortura, abochornado, con el estigma de la sospecha sobre él y con la acusación de mentir a la policía.
Como casi todos los días de invierno llovía en Colonia. Era un invierno desapacible y frío, un invierno perturbador que empujaba a la desolación y al desconsuelo. Como un autómata caminó por largas calles hacia el hotel sin importarle el agua, que calaba su ropa, ni evitar los charcos que inundaban el paso.
El hotel estaba lejos, muy lejos, probablemente tardaría horas en llegar hasta él, pero, ¿qué importaba?, ¿qué prisa tenía?, ¿qué podía esperar de aquel día gris sino que en algún momento, felizmente, terminase y naciese uno nuevo?
Con las esperanzas desvanecidas y la moral estoqueada, sintió que todo era un sinsentido. El congreso duraría toda la semana y ahora no sabía qué hacer; el hecho de que Heinrich le pidiese ir era todavía algo inexplicable.
Sin duda, algún poderoso motivo debía haber, ya que el método que empleó para contactar con él había sido, francamente, el más complicado imaginable. Más fácil hubiese resultado escribir el mismo mensaje en la nota que se encontró en el hotel o, más sencillo aún, en la nota que le envió a Madrid. Y, sin embargo, Heinrich se empeñó en hacerlo en persona arriesgándose a ser cazado por sus perseguidores.
Supuso que el método elegido habría que interpretarlo como que era preciso estar en Colonia y que el hecho de no haberlo escrito en la nota que se encontró en el hotel significaba que era necesario estar presente en el congreso, tal vez en su inauguración. Todas las pistas le retenían en Colo

nia y tampoco había otro sitio adonde ir. Estaba claro que, por ahora, permanecería en la ciudad.

Al cabo de unas horas de deambular y elucubrar cosas sin orden ni

concierto llegó al Der Bayer. Había otro recepcionista, uno desconocido, tal vez nuevo. Ante él agotó la última esperanza de sacarle algo provechoso a aquel aciago día.

—¿Tiene algún mensaje para mí? Habitación doscientos nueve. Tras mirar en su casillero, el muchacho le respondió:

—Nada señor Luna.

—Llámeme a las siete por favor.

—Cómo no, señor.

Defraudado, tomó la llave y se marchó a la habitación. La caminata le había cansado hasta el punto de que al tumbarse en la cama se quedó dormido.

9

Damasco, 12 de agosto de 1938

El calor no se había esfumado, pero la ciudad emanaba aromas de frescura, un vago olor a rosas y lluvia fina se escondía tras las esquinas. Damasco era perezosa y jovial, nada recordaba a El Cairo.

La mañana transcurrió entre casas de cambio y compras de artículos de uso cotidiano. La comunicación no resultaba difícil, porque Frank podía hablar árabe sin dificultad, pero se echaba de menos la presencia de Mustafá para conseguir los mejores precios o las calidades más exquisitas.

Hubo tiempo también para visitar la ciudad y alguno de sus monumentos de la época de esplendor de los califas omeyas.

—La capital más antigua del mundo —apuntó Köerting— y una de las más influyentes del planeta hace mil doscientos años.

Tal como había prometido, el joven turco se presentó a primera hora de la tarde. Parecía inyectado de adrenalina, con una fuerza y ganas de comerse el mundo muy diferente de la mayoría de los que le rodeaban. Como un vendaval, les envolvió y apenas les dejó saborear el té sirio y las *baklavas* de miel y pistacho que estaban tomando en el vestíbulo del hotel.

Llegó ataviado con un impecable turbante blanco. Éste no era el tocado típico de los turcos desde el derrocamiento del último sultán de Constantinopla, por lo que Frank intuyó que lo hacía para parecer más árabe ante las autoridades sirias y así conseguir más fácilmente todos sus favores.

—Conozco a nuestro hombre.

—¿Quién es nuestro hombre? —repuso el profesor.

—Nuestro hombre, el que nos dará los permisos para el campamento. Se llama Husni Bitar y es el director del Patrimonio Nacional. Tenemos una cita con él en media hora.

—¿Patrimonio Nacional? —dijo Grauben apurando el paso—. ¿Tienen ministerios civiles?

—Es un funcionario del Ministerio del Ejército. En este país es el único ministerio que tiene poder y sólo cuando le dejan los franceses —sonrió mostrando el colmillo.

Resultaba divertido, caminaba, en primer lugar, hacia donde tenía estacionado el vehículo, y sin mirar atrás, dando por sentado que le estaban siguiendo.

—Sólo tenemos dos pequeños problemas.

—¿Ah sí? ¿Cuáles?

—Número uno, hay que decir dónde quieren explorar, y número dos, indudablemente, tendremos que facilitar el trámite obsequiando a este

señor con un puñado de dólares, nada del otro mundo, lo suficiente como para que se sienta importante.
Tomaron su desvencijado coche camino del ministerio recorriendo el casco antiguo a paso de tortuga. En algunas esquinas les asaltaban los aguadores con sus garrafas de agua y té fresco, en otras los controles de militares franceses entorpecían la marcha.
—Le valdrá la región, supongo —inquirió el viejo—, ¿o querrá que le digamos el paraje?
—Fuera de la capital, la única autoridad es el ejército. Lo que debe hacer este señor es hablar con el responsable del destacamento donde ustedes quieren ir para que no le pongan problemas cuando lleguen. Si está avisado por alguien del ministerio de Damasco, podrán sentirse protegidos. Este país, al igual que el mío, es tremendamente hospitalario, pero si encima tienen una recomendación proveniente de la capital, el representante de la autoridad en la zona se sentirá en la obligación de agasajarles como si fueran sus hermanos.
—¿Cuál es el problema entonces? —continuó Köerting.
—Que deben elegir el territorio gobernado por uno de estos militares, lo que aquí se llama una comandancia según el modelo de organización territorial heredado de los franceses. Si el territorio que van a explorar es más grande, la cosa se complica, ya sabe, varios gobernadores, rencillas...
El coche paró frente a un edificio custodiado por soldados. Mustafá les hizo un gesto entre saludo militar y líder político que sólo contribuyó a confundirles. Entraron en el inmueble sin ninguna dificultad. Aunque no se trataba de un organismo de seguridad, el joven turco se antojaba henchido de gozo, convencido de no sólo ser útil, sino completamente eficaz.
—Comandancia del Patrimonio Nacional. Ministerio de Defensa —Mustafá leyó el cartel en árabe que coronaba la entrada.
Un señor obeso se apostaba en una mesa desvencijada al final del vestíbulo de entrada. Usaba una carpeta a modo de abanico y se había desabrochado el cuello de la camisa para aliviar la asfixia que le producía el calor. Mustafá se dirigió a él y el señor le contestó señalándole las escaleras.
—Hablas muy bien el árabe —Köerting trataba de seguir el ritmo subiendo peldaños.
—Llegué a este país con cinco años.
—Hablarás también el turco, supongo.
El joven se detuvo en seco, la pregunta parecía haber despertado demonios escondidos en el más recóndito rincón de su alma. Antes de responderles balbuceó una respuesta entre dientes que no llegaron a entender.
—Llevo a mi país en el corazón —continuó midiendo

escrupulosamente sus palabras—. Mi padre me enseñó a hablar y a escribir mi lengua, pero la auténtica, la que ha habido siempre, hasta que los traidores antipatriotas de ahora la abolieran.

Los alemanes se miraron de soslayo, sabían que se refería a la campaña emprendida por el presidente Atatürk,[19] tremendamente criticada por los sectores más conservadores del país, los más aferrados al culto musulmán.

Mirándolo ahora no cabía ninguna duda de en qué bando estaba. Con su turbante islámico y la lengua afilada contra quienes anteponían la raíz otomana de su país a sus lazos religiosos, podía colegirse definitivamente que el tocado de su cabeza no pretendía agradar a los sirios, sino reivindicar sus propias convicciones religiosas.

Caminaron en silencio hasta la segunda planta, donde recorrieron un pasillo sin adornos y llegaron a una sala donde se sentaron a esperar.

Al profesor le molestaba ver de esa guisa al joven que tanto les había ayudado para llegar hasta allí, de manera que buscó un modo de distraer sus pensamientos.

—¿Tabaqah es una comandancia? —preguntó.

Mustafá levantó las cejas escondiéndolas debajo del turbante.

—¿Tabaqah? No tengo ni idea ¿Dónde está eso?

—En el norte, junto al desierto.

[19] Fue una campaña de purificación de la lengua iniciada en 1924 para sustituir todos los barbarismos árabes y persas por vocablos autóctonos.

—¿Es que es allí donde quieren ir?

—Más o menos.

—No sé, no tendremos más remedio que preguntarlo ahora. Por cierto, deme unos diez dólares para «suavizar» la conversación.

Minutos más tarde se presentó un oficial de mediana edad, un señor espigado y con un fuerte olor a perfume. No portaba arma alguna y vestía un uniforme austero, con galones de comandante en los hombros de su chaqueta.

—Así es que ustedes son los alemanes que quieren ayudarnos a descubrir nuestro glorioso pasado —les dijo en un inglés intachable y en un tono exquisitamente amable.

—Comandante —intervino Grauben—, el profesor Köerting... —Conozco al profesor Köerting —interrumpió el militar sirio ofreciéndole la mano al viejo. Debo confesarles que siento gran inclinación hacia la arqueología y, aunque no puedo considerarme ni mucho menos un profesional, me interesa enormemente su estudio. Pueden imaginar que esta pasión personal ha influido decisivamente en que yo esté precisamente aquí, como director del Patrimonio Nacional.

El profesor no pudo ocultar su sorpresa. La sonrisa le estiró la barba y le empequeñeció los ojos ya de por sí menudos.

—Sin embargo —continuó—, les hacía en Turquía. Si no me equivoco,

ustedes han estado allí hace muy poco tiempo.
Mustafá, que ni siquiera había sido saludado por el militar, estuvo a punto de intervenir pero le interrumpió Frank.
—Efectivamente, estuvimos en Turquía hace unos meses, pero ahora venimos de Egipto. En nuestras misiones sabemos dónde empezamos, pero nunca dónde acabaremos.
—Vaya, vaya, qué interesante. Apuesto a que eso significa que han encontrado indicios imprevistos o restos inquietantes. Pero, por favor, acompáñenme a mi despacho, allí podremos charlar sosegadamente.
El joven turco, contrariado por su escaso protagonismo, se coló entre los arqueólogos para hacerse visible al comandante hasta que éste se percató de su presencia.
—Ah, disculpe, usted debe ser la persona que contactó conmigo esta mañana, el funcionario de aduanas.
—Efectivamente —respondió Mustafá atusándose el turbante—. Estos señores me pidieron que les ayudase y por eso me permití llamarle.
—Claro, claro, hizo usted muy bien.
Sonó a frase hecha, a fórmula de buena educación, tan amable como poco convincente. Una vez entraron en el despacho, el anfitrión les ofreció té y *arak*[20] muy diluido con hielos. Un soldado joven de uniforme asomó con una bandeja de *mezzes*[21] de berenjena y de pepino, que los alemanes rechazaron educadamente. El comandante Bitar resultó ser un hombre de profundas inclinaciones culturales y ansioso por compartir unos minutos con los arqueólogos, por conocerles y saber de sus últimos trabajos.
—¿Conocen Mari?
—No, hemos oído hablar de los últimos descubrimientos de nuestros colegas del Louvre, pero nunca hemos estado allí. De hecho, es la primera vez que venimos a Siria.
—Es fantástico, los franceses han encontrado más de veinticinco mil tablillas con escritura cuneiforme y un templo que atribuyen a Isthar.
Hablaron del reino de Akkad y de la leyenda del rey Sargón, el rey semita que creó el imperio acadio.
—¡Aún tenemos ciudades enteras por descubrir —les objetó el comandante —como la mítica Eninmar![22]
—Nosotros buscamos otra importante ciudad enterrada, queremos encontrar Nuhassé.
—¿ Nuhassé?, ¿la ciudad Mitanni? Hubiese jurado que el reino mitanni estuvo siempre más al norte, al sur de Turquía.
—Es posible, pero también podría estar cerca de Tabaqah; es allí donde queremos rastrear sus vestigios. Obviamente, no sabemos su localización exacta, ni siquiera estamos seguros de que podamos hallar algo, pero hemos encontrado algunas referencias históricas que podrían situar Nuhassé entre Alepo y Palmira.

—Tabaqah, jamás he estado allí, y confieso que nada me habría hecho interesarme por esa región.
—Tal vez sea ésa la única razón por la que nadie ha encontrado *Nuhassé* —sugirió Köerting.
—Desde luego, si alguien hubiese pensado en esconder algo en este país lo hubiese hecho en esa zona, lejos de la vía de comunicación litoral con Turquía y a las puertas del desierto.
No hubo más que facilidades, el oficial les indicó que les emitiría un visado para que no fuesen molestados por el ejército si los veían merodeando por el campo en la fase de rastreo que se disponían a iniciar y que hablaría personalmente con el comandante del puesto para que les ayudase a buscar hospedaje y, eventualmente, los recursos necesarios para levantar un campamento.
Todos estaban encantados con aquel encuentro, todos menos Mustafá, cuya colaboración resultó innecesaria, al igual que su idea de remunerar la colaboración del militar.
Al salir del despacho con la promesa de que tendrían al día siguiente el visado necesario, el oficial les recomendó que, antes de partir hacia el norte, se presentasen ante el cónsul alemán para que tuviese constancia de que estaban en el país.
—De ese modo evitarán sorpresas desagradables; en estos tiempos que corren, mejor que estén bien localizados, máxime cuando… —¿Somos alemanes? —preguntó Frank.
—No he querido decir eso —el funcionario sabía que había metido la pata.
—No se preocupe, estamos acostumbrados —repuso Köerting— y en el fondo tiene razón, basta que seamos alemanes como para que alguien quiera meternos en un lío.
Regresaron al hotel pletóricos por la rapidez con la que podrían iniciar la exploración y por el trato recibido, todo lo contrario que el malhadado Mustafá, incapaz de disimular su metedura de pata.
—Debemos agradecerte tu ayuda —Frank trataba de animar. El joven ladeó la cabeza.
—Yo no he hecho nada, hasta me equivoqué al decirles que nos pedirían dinero.
—No seas modesto —añadió palmeando la espalda del joven en señal de agradecimiento—, tú nos pusiste en contacto con la persona idónea, que además es un buen aficionado a la arqueología.
—Así es que ustedes han estado ya en Turquía.
—Más de dos años.
—¿Y en qué parte estuvieron?
—Fundamentalmente en una pequeña ciudad llamada Boghazköy, pero también en la capital y…
—¿Han estado en Constantinopla?

La pregunta les pilló por sorpresa. Constantinopla había dejado de ser capital de Turquía hacía dieciséis años, cuando el presidente Mustafá Kemal derrocó al último emperador otomano Mahomet VI y abolió el califato. Por perder, la ciudad había perdido hasta el nombre, pasando a llamarse Estambul.
—Sí, también, pero me refería a Ankara —indicó el profesor.
Mustafá frunció el ceño.
—Ankara es la capital de Kemal y durará lo que él dure. Constantinopla es la capital de los turcos —sonó a frase aprendida de memoria.
—Joven —intervino el profesor—, nosotros no entramos en temas políticos. Ya puedes figurarte que siendo alemanes esto es bastante difícil, así que procuramos hacer nuestro trabajo sin más.
—No estoy hablando de política, me refiero a la esencia de la vida, al sentido de nuestra existencia. Kemal traiciona a los turcos.
—Nosotros, sin embargo, hemos advertido en estos dos años que el Presidente es respetado y admirado por la inmensa mayoría del pueblo —dijo Frank—. ¿Por qué si no ha cambiado su nombre por Mustafá Atatürk?[23]
—Sin religión, la vida no tiene sentido, lo he aprendido de mi padre. Kemal se ha empeñado en acabar con la religión, ha abolido el califato, ha suprimido los establecimientos de enseñanza religiosa y los tribunales musulmanes porque considera que el poder de la religión en el estado es la causa de la decadencia turca.
La sonrisa torcida desapareció del rostro de Mustafá. Sus ojos refulgían como luceros y sus labios se contrajeron para contener la rabia.
—Por su culpa —añadió—, nosotros no podemos vivir en nuestro país. Mi padre era visir en Constantinopla hasta que el golpe militar de Kemal nos obligó a huir como perros.
Cuando hablaba de su patria, no hablaba por su boca; sus frases eran mecánicas, como aprendidas a fuerza de repetirlas hasta la saciedad.
El coche paró junto al hotel, no hubo despedida ni más palabras, no podría ser de otra manera porque el joven no podía articular ningún sonido que no fuese un sollozo. Por razones que los alemanes no acertaban a desentrañar, el chaval estaba bajoneado y sólo pensaba en alejarse cuanto antes y así lo hizo.

[20] Bebida alcohólica destilada similar al anís que se suele tomar diluida en agua.
[21] Aperitivos muy variados típicos de esta zona.
[22] Ciudad desaparecida en el antiguo reino de Ur, que fue devastada por Argón.
[23] Atatürk significa en castellano «Padre de los turcos».

10

El teléfono repiqueteó en la habitación del hotel. Pablo, sobresaltado, respingó bruscamente al despertarse. Por un instante no supo dónde estaba, el timbre del aparato le pareció una sirena de guerra que anunciaba el peligro de un bombardeo. Cuando se percató de la realidad recordó que estaba en la habitación del Der Bayer. Casi a tientas buscó el auricular y consiguió descolgarlo, no sin antes tirar todo cuanto había en la mesita de noche.

—Diga.

—Hombre, estás ahí. ¿No estarás estudiando, eh?

—¿Quién eres? —inquirió desorientado.

—¿Que quién soy? No me puedo creer que no me reconozcas. Soy

Julio, Julio Vergara, y te llamo porque me acaban de decir algo que no me puedo creer.

Pablo se incorporó de la cama tratando de despejarse del sopor.

—¿A qué te refieres? —bostezó mientras miraba el reloj.

—A que has escrito un libro y no me lo habías dicho ni, por supuesto, te has dignado a mandarme un ejemplar.

No había agresividad en sus palabras, ni siquiera reproche, se diría que era más bien la forma burlona de recordar un olvido a quien siempre se olvida de todo.

—Verdaderamente —continuó—, creo que has sido mal chico.

Pero esta vez no fue un olvido. Cuando consiguió publicar su novela, Pablo hizo una lista de amigos con la intención de enviarles un tomo de regalo y entre ellos no estaba Julio y eso que el catedrático siempre le enviaba ejemplares de sus libros. Claro que Julio estaba en otro nivel, en una especie de limbo al que sólo acceden unos pocos agraciados y desde el que podía mirar al resto del mundo de soslayo… o al menos eso era precisamente lo que el catedrático creía. Probablemente fue eso lo que le convenció para no incluirlo en su lista.

Se tomó unos segundos para buscar una excusa que resultase convincente y le permitiese salir del compromiso de forma airosa sin tener la necesidad de rectificar, pero su estado de somnolencia no le dejaba pensar con rapidez.

De súbito, tuvo una idea que le hizo cambiar de opinión, por una vez el catedrático podía ser fuente de información y no de problemas. —Perdona, Julio, ¿tu sabes quién es Köerting?

—¿Quién, Rudolf Köerting?

—Sí, sí, ése, ¿quién es?

—Querrás decir quién era. Pero, ¿es que no has estado tú en la conferencia de esta mañana? Hoy, precisamente, se ha hablado en el

congreso de sus trabajos antes de ser apresado. Espera que piense, sí hombre, fue justo antes de encontrarte cuando ha habido una conferencia sobre sus descubrimientos en Boghazköy.
—¿Dónde?
—En Boghazköy, en el centro de Anatolia, en el levantamiento de la antigua capital del reino hitita.
La palabra hitita estalló como una bomba en sus oídos. El fantasma del capitán Roeder se le apareció con una nitidez sobrecogedora. —Ahora entiendo, ¡Dios, cómo pude no darme cuenta! —¿Cómo?
—Nada, nada. Así es que ese tal Köerting ya está muerto ¿no? —Igual que mi abuela y desde hace un montón de años. Precisamente se supone que en este congreso se conmemora el cincuenta aniversario de su muerte. Pero, a pesar de que la información «oficial» habla del cincuentenario de su desaparición, la verdad es que, por lo que yo he podido averiguar, no se sabe exactamente cuándo murió.
—¿Qué no se sabe? ¡Eso sí que es raro!
—Köerting era un judío alemán; ya te puedes imaginar lo que tuvo que soportar en su país en la época del nacionalsocialismo hitleriano, tanto es así que optó por marcharse de su patria y trasladarse a Polonia, donde le reconocieron su cátedra.
—¿A Polonia? Tampoco resultó demasiado acertada la elección, ¿no?
—Hoy sabemos que no, que salió de Guatemala y se metió en Guatepeor, pero cómo podía presagiar el pobre Köerting que Polonia iba a ser la primera presa del régimen nazi.
—Ya, ya, de modo que fue apresado en Polonia.
—No, en verdad, aunque dirigía una cátedra en la Universidad de Varsovia, en la época previa a su trágico final estaba afincado en Turquía.
—¿En Turquía? ¿Daba clases también en Turquía?
—Ay, chico, de veras que te noto muy interesado por el tema. ¿No estarás intentando cambiarme la conversación para eludir regalarme tu libro?
No hubo ninguna respuesta al otro lado del auricular, sólo unos segundos de silencio que finalmente fueron interrumpidos una vez más por Pablo.
—En Turquía supongo que estaría más seguro que en Alemania. Turquía no entró en la guerra y tampoco fue ocupada por los nazis...
—Ya, pero Köerting confió en el destino y el destino le traicionó. Por razones desconocidas regresó a su patria y ya no salió nunca más. Algunos afirman que fue a tratar de sacar de su país un tesoro extraordinario, el más valioso que jamás se haya conocido, que él mismo había guardado años antes.
—¿A sacar un tesoro? Se supone que se trataría de algo que él mismo hubiese encontrado en un yacimiento arqueológico.

—Se supone, pero yo no lo creo. Imagínate en 1944, un judío conocido por mucha gente, entrando en el país donde el Holocausto ya no era un secreto. Además, en ese año, la guerra empezaba a decantarse claramente hacia los aliados, de hecho, apenas quedaba un año para que se derrotase definitivamente al gobierno nazi, ¿qué interés podía tener en internarse en Alemania cuando todos daban por hecho que el sistema se iba a desintegrar en pocos meses?
—Luego tú crees que no entró voluntariamente.
—No sé, chico, pero si lo hizo o era un imprudente o tenía una extremada urgencia por recuperar algo.
—¿Y qué fue de él?
—Hoy han hablado unos instantes de este tema, pero de puntillas, casi a hurtadillas. ¡Como para hablar del asunto después del lío que había montado! Total, para decir únicamente que los trabajos en Anatolia quedaron inconclusos y que no se ha avanzado apenas nada desde su muerte, chico como si se hubiese llevado a la tumba todo cuanto encontró o descubrió.
—Sí, pero, ¿qué fue de él? —insistió, sin poder camuflar su impaciencia.
—Ya te lo puedes imaginar, hombre, apresamiento bajo acusación de espionaje, encarcelamiento, incomunicación y... Surgieron pruebas, pruebas supuestamente incontestables que demostraban que Köerting era un espía y que su libertad era peligrosa para la integridad de la nación alemana. A partir de ahí no hay nada más, absolutamente nada, pero es más que posible que acabara en un campo de concentración.
—De modo que hoy, precisamente hoy antes de las dos, se ha hablado de sus investigaciones. Debo ser idiota.
—¿Cómo dices?
—No, nada, nada. Oye, ¿qué te parece si cenamos juntos y así puedo entregarte un ejemplar? Juraría que te puse en la lista, pero parece ser que no.
—Buen chico, un olvido lo tiene cualquiera y en ti no sólo es normal sino que lo contrario te dejaría sin la presidencia del gremio de los despistados. Lo importante es que al final te des cuenta y aceptes, en compensación, pagarme una cena.
—Eh, ¿quién ha hablado de pagar?
—Faltaría más, ¿cómo quieres si no enjugar tu deuda? —Sin dar tiempo a ser rebatido continuó—. ¿Conoces el restaurante Hartzenbush? Está cerca de la Teho Burauen Platz, en el casco antiguo...
—Sí, sí, creo que sé cuál es. ¿Nos vemos allí en cuarenta minutos? —De acuerdo, llévate el libro y la Visa.
Al colgar el auricular, volvió a recostarse sobre la cama con las manos

debajo de la nuca. Por su cabeza pasaban ideas confusas e inconexas y, sin embargo, ya podía atar nuevos cabos... En primer lugar, Köerting existía, fue un arqueólogo y desapareció repentinamente y de un modo oscuro. En segundo lugar, Heinrich había descubierto algo relacionado con las últimas investigaciones de Köerting, algo valioso o peligroso, algo relacionado con el Imperio hitita. Sea lo que fuere, se trataba de un objeto del deseo de quienes le perseguían.

Finalmente, el motivo de que su amigo le hubiese citado concretamente en aquel congreso y a aquella hora tenía que ver con lo que estaba pasando allí en ese momento, porque en ese preciso instante, en aquella misma conferencia, se estaba rememorando la obra del arqueólogo judío. Tal vez en aquel foro podría haber escuchado o visto detalles interesantes, revelaciones que le pudieran haber ayudado a comprender mejor el fondo de la cuestión.

—¡Qué estúpido soy! —se reprochó recordando su lamentable desidia.

Trató de rescatar las imágenes que guardaba en su mente acerca de aquella charla, pero emergían borrosas, como extraídas de un sueño. El aspecto del conferenciante, la extraña lengua que empleaba, la variopinta concurrencia, un gordote dormitando, una señora inquieta, estudiantes afanados en tomar nota de todo, gestos, miradas, detalles aparentemente sin importancia podrían ser útiles para él y, sin embargo, parecían estar dormidos en el subconsciente.

—¡El gandul de la puerta, el espía con cara de malo también estaba allí presente!

Había muchos eslabones sueltos, todos formaban parte de una misma cadena pero se veía incapaz de enlazarlos.

De un salto se levantó y se metió directamente en la ducha. No le sobraba tiempo para acudir a la cena, tal vez tampoco para rescatar a Heinrich, si es que era eso lo que su amigo esperaba de él.

El Hartzenbush se le figuraba un restaurante serio, más bien lujoso, acorde a los gustos sibaritas de Julio, que no había dudado en elegirlo. Sería elegante y probablemente caro, pero todo estaba justificado, incluso el hecho de invitarle, si por fin conseguía encontrar el camino para ayudar a Heinrich.

Había traído una chaqueta y una corbata; casi siempre lo hacía por si acaso, aunque casi nunca terminase usándolas, pero en esta ocasión le pareció lo más adecuado.

—Suerte que he traído un ejemplar de *El rey de Khazaria* —pensó mientras salía del hotel.

La noche había caído como una losa, la lluvia había cesado y ahora se respiraba un aire húmedo y perfumado. Como iba apurado de tiempo, evitó andar buscando el autobús que más cerca le dejase y determinó coger nuevamente un taxi. En su interior pudo evidenciar cómo la ciudad recuperaba la vida, gentes regresando a sus hogares, paseantes

y curiosos frente a los escaparates y los primeros noctámbulos en la puerta de los bares. Luces y letreros de colores, llamativos y refulgentes, fijos o intermitentes, pululaban como en una procesión carnavalesca.

Pablo jugaba con su novela entre las manos, al tiempo que se divertía observando el movimiento de las sombras que rótulos y farolas producían en el interior del taxi.

Al parar en un semáforo de la calle por donde circulaban las siluetas se pararon y una luz procedente del exterior iluminó tenuemente la cabina del automóvil. De un modo inconsciente aprovechó para abrir el libro y hojear su contenido y, al hacerlo, un papel cayó de entre sus piernas al suelo del vehículo.

Extrañado, alargó el brazo hasta alcanzarlo en el momento, en que el coche arrancó de nuevo. Era un trozo de papel amarillento.

—Pero... —ideas imprecisas atravesaron su mente como una flecha prendida en fuego.

—Pero si... —volvió a interrumpirse atónito—. ¡Qué estúpido he sido una vez más! ¿Cómo no me he dado cuenta hasta ahora? Éste es su ejemplar, el libro de Heinrich, él me lo cambió sin darme cuenta, nadie pudo percatarse de que él me lo había reemplazado. ¡Fue todo tan rápido!

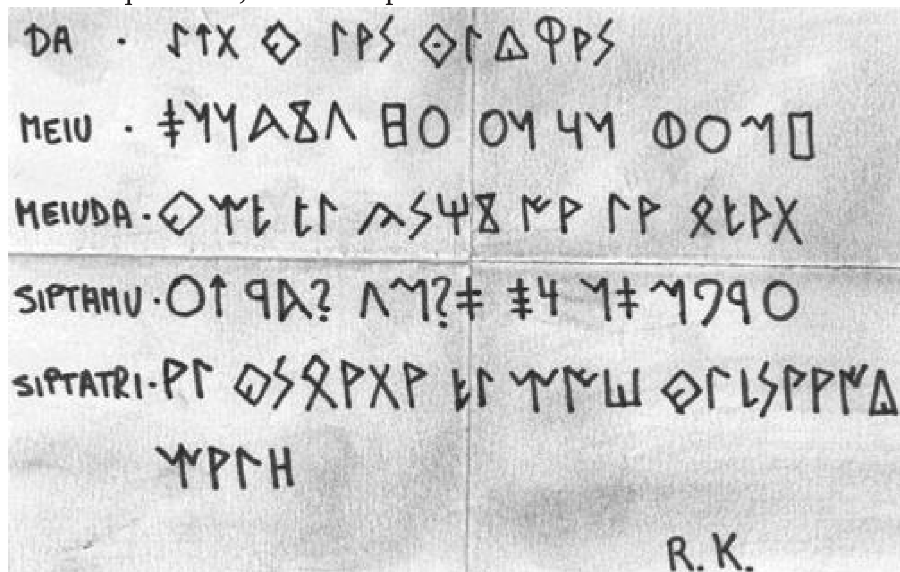
El taxi seguía atravesando calles mojadas, seguro de su destino y ajeno a su desconcierto. La emisora chapurreaba consignas monótonas con una incomprensible voz metálica, supuestamente en busca de coches libres para clientes anónimos.

—Por eso me pidió que trajera un ejemplar de *El rey de Khazaria,* por eso y sólo por eso quería que nos viésemos. Desde hace muchos días, desde que me escribió la carta que envió a Madrid, tenía previsto que éste iba a ser el modo de transmitirme la información. ¡Mierda!

Una corriente eléctrica le recorrió el cuerpo dejándole el puño rígidamente cerrado y con el papel atrapado en él. Estaba excitado y tembloroso, incapaz de ordenar correctamente sus ideas. La escasa luz del interior del vehículo tampoco le permitía ver claramente.

El automóvil giró a la izquierda iniciando el recorrido en una avenida mejor iluminada. Las centelleantes farolas zigzagueaban intermitentes en sus manos sudorosas. Tuvo que concentrar todas sus fuerzas para romper la rigidez de sus manos y acercar aquel pliego hasta donde pudiese comprobar de qué se trataba. Era un papel grueso, de una calidad desconocida para él; parecía antiguo, muy antiguo, pero al mismo tiempo muy bien conservado, como si de una reliquia se tratase. Estaba doblado, simplemente doblado, y no lacrado, y en su parte exterior sólo podía verse un sello grabado a tinta del que no podía distinguirse qué simbolizaba, ni tan siquiera podía afirmarse que simbolizase algo, pues parecía más bien un montón de rayajos

cruzados sin ningún sentido.
Deshizo con cuidado los dos dobleces y quedó la cuartilla abierta con una marcada cruz que señalaba las líneas por donde había sido curvada anteriormente. Se trataba de un mensaje manuscrito a plumilla con tinta negra y gruesa. La escritura estaba algo deteriorada, aunque era de una cuidada caligrafía y renglones perfectamente rectos y paralelos entre ellos. El contenido era, sin embargo, ininteligible; fuese lo que fuese, era incomprensible:



—R.K. Esto fue escrito por el mismísimo Rudolf Köerting. No hay duda de que se trata de un documento original, manuscrito por el arqueólogo judío.
Pasaron segundos eternos, la mente de Pablo empezó a ascender como un globo lleno de gas; tan sólo el ruido del motor y la voz acerada de la emisora rompían el gélido silencio que había. Por un momento sintió la necesidad de tener a alguien a su lado, alguien a quien pudiese confiar todo lo que hasta entonces había oído o leído y con quien pudiese descargar su angustia, sus temores, sus dudas... Pero estaba solo, desde hacía mucho tiempo estaba irremisiblemente solo, sin ninguna oportunidad de buscar ayuda.
Pensó en Rosa; ahora estaría en su casa, tal vez leyendo o tocando el violín, ajena a cuanto estaba ocurriendo en su vida, y sintió un deseo irrefrenable de llamarla y contarle todo.
Heinrich había confiado en él, inexplicablemente, porque el mundo estaba lleno de gente y seguro que habría muchas otras personas más cercanas o más útiles para ayudarle, pero había decidido que fuese. Además, para complicarlo más, le había pedido que actuara en solitario, que no dijese nada a nadie, que fuese desconfiado.
—El secreto. Heinrich dijo que Köerting descubrió un secreto y le

habló de mensajes encriptados. Este manuscrito es la pista del secreto, el corazón de todo el misterio, el tesoro que unos buscan con ahínco y otros ocultan.

Se quedó mirando el papel con la vista fija entre sus trazos de tinta. Heinrich no había querido enviárselo junto a la nota que recibió en Madrid, aunque podía haberlo hecho y, ya puestos, podía haber añadido una extensa apostilla explicando cuál era su significado, si es que él había conseguido descifrarlo. Eso hubiera evitado el viaje a Alemania, la angustia de las últimas semanas y, posiblemente, hasta su secuestro. Y, sin embargo, no fue así.

Volvió a observar el papel que ahora acariciaba para no deteriorarlo. Recorrió con la mirada las líneas firmes de su texto. Todos aquellos símbolos tenían un significado desconocido, no eran símbolos demóticos ni tampoco jeroglíficos, más bien parecían caracteres de algún alfabeto antiguo.

Köerting había estado investigando en Oriente Medio, podría tratarse de alguna de las lenguas antiguas mesopotámicas. No podía estar seguro, pero creía que no era la lengua de Hatti porque además de la escritura de caña, que estaba basada en símbolos rectos y angulosos marcados sobre barro, no conocía ninguna otra escritura hitita. No obstante, podría tratarse de alfabetos acadios o persas.

De repente recordó que el último libro de Heinrich, *La escritura mágica*, trataba el tema de los alfabetos anatolios y que eso fue objeto de alguna de sus últimas discusiones. Una idea le llevó a otra y fue entonces cuando reparó en que el seudónimo que había usado en sus artículos y ensayos de la revista *Historia y Civilizaciones* lo había tomado de una de esas peroratas de Heinrich. Subbiluliuma había surgido de una de las conversaciones con él y nadie salvo Rosa y el propio Heinrich sabían quién se escondía bajo ese nombre.

Todo era una maldita coincidencia, no era posible ninguna relación entre el nombre falso con el que escribía sus artículos y el secuestro de su amigo.

Sin embargo, ahora recordaba muy bien que Heinrich se había interesado por la escritura cuneiforme mesopotámica y es posible que su estudio pudiese haberle llevado a algún hallazgo.

Sus ojos seguían rastreando como un perro de presa entre las líneas de aquel mensaje. Algo más llamó su atención. Todas las frases estaban precedidas de una palabra en mayúsculas, eran las únicas palabras que podía leer, aunque tampoco comprendía su significado. *Da, Meiu, Meiuda, Siptamu, Siptatri*… Parecían seguir una regla mnemotécnica, un orden predeterminado. Trató de leerlas al revés para ver si tenían algún sentido pero no halló nada, ni siquiera algo que le recordase a otros idiomas modernos. Se percató de que a medida que pasaba una línea, la palabra que precedía a los símbolos era más larga y más

compleja.

También recordó el otro recado que le trasmitió Heinrich desesperado en el hall de la convención: «Tienes que buscar la otra clave». Fue una frase agónica, atropellada por las circunstancias. Pablo trató de cortarla, de darle su tiempo, pero el alemán estaba extenuado y agobiado por sus perseguidores y no podía esperar para soltarla. Fue una frase vomitada, con sabor a esperanza, a revocación de condena en el corredor de la muerte, pero también con sabor a despedida. Podía recordar perfectamente el ímpetu con que su amigo la pronunció, el terror de su rostro y sus cejas levantadas tratando de clavar el mensaje en su cerebro.

—Dos mensajes encriptados —murmuró—. Falta la otra mitad.

Una vez más había descubierto algo con sentido, él tenía uno de los dos mensajes. Guardar los dos juntos podía ser lo suficientemente peligroso como para acordar separarlos, había que buscarles un lugar más seguro.

—Eso fue lo que dijo Heinrich —se sorprendió de usar sus mismas expresiones—. Köerting tuvo miedo y las escondió en un lugar seguro.

Por su mente desfilaron las palabras de Julio. El supuesto tesoro que el judío habría guardado en Alemania podría no ser tal tesoro, sino otro mensaje cifrado. De ser así, su contenido oculto debía ser de un extraordinario valor como para hacer volver al arqueólogo al país donde nadie dudaba que se perseguían y asesinaban a los judíos.

—Fue por eso por lo que Heinrich buscó un socio, alguien que pudiese al mismo tiempo guardar hermetismo en el arcano y desencriptar sus claves.

Cuando el taxi se detuvo ante el Hartzenbush él seguía ausente, con su mente atrapada en un laberinto inexpugnable. Sólo recuperó el pulso de la realidad cuando el taxista le pidió por segunda vez el importe de la carrera.

Pagó mecánicamente sin fijarse en la vuelta, y salió a la calle dispuesto a no entrar inmediatamente en el restaurante. Antes debía pensar y ordenar sus ideas; nunca había sido un buen encubridor, guardar secretos le costaba horrores, no por chismoso, sino porque no se daba cuenta, porque para él hablar era un acto irrefrenable de primeras impresiones, de ideas sin doblez. Por eso tenía que ser cauto, debía esforzarse en distinguir lo que tenía que permanecer en secreto de lo que podía contar; sólo haciendo un cerco invisible a lo prohibido podría estar seguro de que no saldría por su boca nada inoportuno.

Caminó calle abajo con el libro agazapado bajo un brazo y fuertemente agarrado por la otra mano con un porte casi burlesco. El mundo le era de nuevo hostil y sospechoso. Sin saber por qué tuvo afán de salir corriendo y sólo el convencimiento de lo ridículo que eso resultaría le hizo desistir de esa idea.

Poco a poco, su juicio se fue haciendo más preciso, a cuentagotas fue recuperando su capacidad de análisis.
—Veamos, ¿de qué puedo estar seguro? Primero, Heinrich ha sido secuestrado. ¿Por quién? Buena pregunta —se respondió a sí mismo—. Ésa es ahora la principal cosa que debo averiguar y de la que menos sé hasta el momento.
—¿Por qué ha sido secuestrado? La segunda cuestión está, a buen seguro, contestada. Creo que lo que físicamente buscaban los raptores era el legajo que ahora poseo. Este códice puede ser la mitad de una guía para encontrar algo.
—Tercera incógnita, ¿quién fue Köerting?, ¿qué descubrió? En esto es en lo que tiene que ayudarme Julio; necesito obtener toda la información posible sobre su vida, sus investigaciones, sus logros, sus enemigos…
Hablaba solo y en voz alta, el vaho del aliento salía a borbotones por su boca ante la mirada hilarante de cuantos se cruzaban en su camino.
—Y, finalmente, cuarta cuestión, ¿qué debo hacer para ayudar a Heinrich?, ¿dónde estará en estos momentos y qué estará esperando de mí? Para contestar a esta pregunta debo conocer la respuesta de las otras tres y mucho me temo que no tengo todo el tiempo del mundo para hacerlo, así es que voy a ver a Julio *ipso facto*.
Dio un giro mecánico y vertiginoso y enfiló la dirección contraria con la velocidad del que apura su último hilo de vida.
El Hartzenbush era un restaurante pequeño, de ambiente recogido y tranquilo y con una decoración agradable y coqueta.
A la puerta donde, por única vez, podía leerse el nombre del local con letras pequeñas impresas en madera, le seguía un corto y estrecho pasillo con techo arqueado. Al final, una cortina daba paso a la sala cuadrada dividida en su mitad por un par de escalones y una barandilla de madera recta, que dejaba medio comedor ligeramente más alto que el otro medio.
La pared de la izquierda estaba ocupada por cientos de botellas de vino apiladas en un inmenso botellero de ladrillo.
Había pocas mesas en el local, tal vez quince o veinte en total, todas cuadradas y cubiertas por manteles en tonos rojizos. Sobre los manteles, unas velas en sus candelabros se mantenían encendidas allá donde había algún comensal.
El cambio repentino de planes obligaba a Pablo a esconder su novela y alegar a su acompañante que la había olvidado. Luego pediría excusas y le juraría que se la iba a entregar otro día. El libro ya no era un simple tomo sino que era el ejemplar de Heinrich, el que su amigo le había dado *in extremis* antes de su captura. En él podría encontrar alguna otra pista; ni siquiera había tenido tiempo para hojearlo, para comprobar si había escrito alguna otra nota entre sus párrafos, o si

algún enigmático texto se escondía tras la portada o la contraportada, o si se habían subrayado algunas frases comprometedoras o esclarecedoras. No, ahora no podía entregarlo porque en él estaba escondido como en un cofre secreto el tesoro que Heinrich tanto ocultaba.
Un camarero se le acercó y le preguntó algo en alemán. Sin contestar, Pablo buscó con la mirada a Julio y lo halló sentado en una mesa gesticulando para hacerse ver.
—Mi querido amigo, cada día te veo más perdido.
Parecía exultante, su perilla afilada le daba un aspecto de califa poderoso. Le recordó a Abderramán III o a Alhakén II en *El rey de Khazaria*. En ese momento pensó que tal vez se había inspirado en él cuando describió a alguno de ellos en su novela.
—¿Qué tal, Julio? ¿Llevas mucho tiempo esperando?
—No tanto como para haber empezado a cenar, aunque sí tanto como para haberme tomado ya una cerveza a tu salud. Y conste que no me gusta beber solo, pero aún menos me gusta esperar. Por cierto, ¿me has traído mi librito?
Librito era una de esas palabras que, a buen seguro, había preparado antes de decirla. Era como empezar la faena tras haber puesto un par de banderillas, con el enemigo castrado de bravura.
Pero Pablo no estaba dispuesto a entrar al trapo y, mucho menos ahora; muy al contrario, lo que tenía que hacer era inventar un pretexto convincente, una mentira al fin y al cabo y concentrarse en el asunto de Köerting.
—No te lo creerás —arguyó arrellanándose en la silla—, pero he salido con tanta prisa del hotel por no llegar tarde a nuestra cita que lo olvidé encima de la cama de la habitación.
El catedrático resopló pero no tuvo tiempo de articular palabra, ya que rápidamente continuó su compañero.
—No te preocupes —le dijo agarrándole el antebrazo—, no te preocupes, te prometo que la semana que viene tendrás uno en tu cátedra de Madrid.
—Pero hombre, si hemos quedado tan sólo para eso, ¿cómo se te ocurre venir sin el libro?
—No, hombre, no. Hemos quedado para cenar entre amigos, lejos de nuestro país, en un lugar donde apenas conocemos a nadie, ¿o acaso no te apetece pasar un rato hablando español?
—Claro, hombre, pero eres el colmo. Además, ¡si hasta has llegado tarde! Mira por dónde —añadió socarronamente— iba a invitarte y ahora vas a tener que invitarme tú a mí. En fin, supongo que este tipo de despistes en ti será lo más normal del mundo.
Pablo asumió con resignación el rol de estúpido y se consoló pensando que ése era mejor que el de listo sin libro.

—Muy bien —Julio tomó la palabra anticipándose— no hablaremos de tu novela hasta que no la haya leído ¿te parece?
—Bueno —respondió modestamente—, para mí esto es una aventura, un experimento nuevo.
—¿Un experimento? ¿Y qué es para ti la vida sino un experimento químico? —bromeó—. Una pizca de metalurgia, unos granitos de técnicas matemáticas y bien aderezado de investigaciones arqueológicas. Francamente eres un tipo curioso.
Julio apuró la cerveza asintiendo suavemente con la cabeza.
Un camarero rubio se acercó con la carta y preguntó, primero en alemán y luego en inglés, que si tomarían algún otro aperitivo.
—*Ja, a bier!* —contestaron los dos.
El primer silencio sirvió para que Pablo abordase frontalmente a su acompañante.
—Oye, ¿qué me podrías contar de ese arqueólogo judío del que te hablé antes por teléfono? Tengo muchísimo interés en conocer su biografía.
—¿Muchísimo interés? ¿Qué es lo que tanto te interesa de ese asunto?
Había metido la pata, la ansiedad le hizo precipitarse. Se dio cuenta del error, pero tampoco quería tapar una quimera con otra más grande, por lo que eludió responder.
—¿Por qué se ha hablado hoy de Rudolf Köerting en el congreso?
—Parece ser que esta semana se conmemoraba el cincuentenario de su muerte o, mejor dicho, de su desaparición porque nadie sabe a ciencia cierta cuándo murió y ni siquiera si llegó a morir en aquella época.
—Parece poco claro —agregó procurando facilitar la palabra.
—Mira tú por dónde que hoy, después de todo el escándalo que se ha organizado en el congreso, he estado comiendo con Doffner y… —¿Escándalo? ¿Qué escándalo? —interrumpió con brusquedad.
—Pero, bueno, Pablo, ¿en qué mundo vives? ¿Dónde has estado esta mañana poco después de que nos viésemos?
Pablo desvió la vista hacia el techo simulando que intentaba recordar. No había visto a Julio en el tumulto del mediodía, por lo que le pareció más que probable que él tampoco lo hubiese hecho.
—Unos individuos han irrumpido en los pasillos del congreso justo después de la conferencia en la que se habló de Köerting, aunque parece ser que nada ha tenido que ver una cosa con la otra.
Empeñado en permanecer impasible, aunque se derrumbase el techo del Hartzenbush sobre su cabeza, no pudo evitar arquear suavemente las cejas.
—¿Y qué ha pasado? —disimuló.
—Por lo que he podido escuchar, se trataba de unos gángsters a sueldo. Al principio se creyó que habían actuado por error, que lo que en realidad pretendían los secuestradores era llevarse al profesor

Namik Hikmet con no sé qué oculta pretensión.
—¿Namik Hikmet? ¿Quién es ése?
—El señor que pronunció la conferencia en la que se habló de Köerting. Por cierto, vaya mierda de charla, yo no había visto nunca en mi vida nada igual.
—No sé, a lo mejor es que el tema no era muy interesante —trató de buscar una justificación.
—La disertación de hoy ha sido sencillamente lamentable. ¡Con todo el revuelo que se había levantado! Al principio pensé que Hikmet estaba siendo presa del miedo escénico, se le veía bloqueado, le temblaba la voz al hablar, casi parecía estar lloriqueando.
—¿Y por eso le iban a secuestrar?
—No, hombre, no. De hecho, si no podía expresarse bien era por algo más que por ponerse delante del estrado ante un público. Namik Hikmet es un veterano profesor de la Universidad de Ankara, por lo que está acostumbrado a hablar en público y, además, dio la conferencia en turco. Lo que le pasaba es que tenía miedo.
—¿Miedo? ¿Miedo a qué?
—Miedo a hablar. No era miedo a equivocarse, ni a hacer el ridículo, era temor a decir algo prohibido.
—¿Algo prohibido? —Pablo sentía en su estómago el mecanismo de una bomba de relojería a punto de explotar.
—Algo prohibido. Todo lo que rodea a ese tal Köerting es prohibido, tabú, secreto de estado, ¿comprendes?
—Supongo que te estás imaginando todo esto, que te has montado tú mismo una película a raíz del incidente de...
—¿Una película? ¿Cómo explicas entonces la reacción de Namik Hikmet? Nada más enterarse de que acababa de producirse un secuestro con pistolas ha entrado en crisis nerviosa y ha sufrido una especie de espasmo cardíaco en la misma sala de conferencias. Suerte que allí cerca había algún médico que le ha atendido y se lo ha llevado a un centro hospitalario.
Pablo no recordaba nada de eso, lo que le resultaba bastante extraño, ya que él fue uno de los pocos que se quedaron hasta el final. Claro que él había estado en el hall, donde se produjo el secuestro, y esto debía haber pasado en la primera planta, en la misma sala de conferencias.
Seguro de que le ayudaría a encontrar nuevas pistas no quería perder la oportunidad de desentrañar su versión por inverosímil que pudiera parecer.
—¿Y qué es entonces lo que ha pasado?
—Pues que esos mercenarios entraron a punta de pistola en el vestíbulo y se llevaron a un investigador alemán que andaba por allí. No sé si conocerás a Heinrich Mayer, un viejo profesor de la

Universidad de Munich.
Pablo había comprendido que permanecer en silencio, sin pestañear, sin afirmar ni negar, sin gesticular y contemplando fijamente a su compañero era el único modo de no mentir y estaba dispuesto a explotarlo hasta el final.
Por otro lado, tampoco tenía muchas oportunidades de responder, ya que Julio era de los que les gusta escucharse a sí mismos.
—¡Menudo revuelo se ha organizado! La policía, que apareció inmediatamente, ya ha tomado cartas en el asunto. Yo tuve que salir porque estaba invitado a una mesa redonda con alumnos de arqueología, pero esta tarde hablé con Doffner, ya sabes, este amigo mío del comité organizador, y me contó todo. Afortunadamente, allí estaba un viejo conocido suyo, un tal Robert Heintz, que pudo deshacer el entuerto.
—El entuerto... —afirmó expectante.
—Gracias a este señor, se pudo saber que Mayer tenía un grave problema, un viejo vicio oculto: el juego. Era un ludópata empedernido dominado por un imparable deseo de apostar. ¿Quién podía figurárselo? Tan mayor, tan aparentemente serio y dominador de la situación, tan responsable, y mira tu por dónde, tan vicioso.
«¿Vicio? —pensó con repugnancia—. No hay nada más viciado que las falsedades que se están amontonando en torno a Heinrich.»
Heintz le dijo a él otra cosa, lo del asunto del dinero que necesitaba su hija Ingrid. No pudo decir dos cosas tan diferentes al mismo tiempo. La que oyó en boca del alemán le parecía más creíble o, en todo caso, menos increíble, pero ésta...
Alguien estaba contaminando la comunicación: Heintz, la policía, Doffner que había informado a Julio, o el mismo Julio en su afán de decir cosas extraordinarias. Tal vez alguien quería que todos mirasen para otro lado en este asunto.
—Lo que oyes, colega, el profesor llevaba por lo visto más de un mes en paradero desconocido, justo el tiempo que hace que se jugó lo que tenía y lo perdió. La naturaleza humana es realmente sorprendente, amigo, no puedes llegar a conjeturar lo que una persona puede llevar dentro hasta que te das de bruces con una cosa así.
¡Más de un mes en paradero desconocido! Heinrich pidió el anticipo para subsistir en la clandestinidad, para encerrarse en algún escondite, un hotel o un balneario, y pasar desapercibido...
El camarero vino y se dispuso a tomar nota de la comida. Ojearon unos segundos la carta y los dos se decantaron finalmente por un suculento plato bávaro de nombre interminable e irrepetible que no era otra cosa que un codillo de cerdo con salchichas y repollo.
Cuando el mozo se retiró, volvieron a quedarse solos frente a frente.
—De modo que el motivo por el que han hablado hoy de Köerting es

la conmemoración del cincuentenario de su muerte, ¿no?
—Así es —respondió Julio mordisqueando un trozo de pan untado en mantequilla—, pero, como te decía, no ha podido ser más conflictivo.
—¿Conflictivo? ¿Por qué?
—Köerting debió ser un arqueólogo capaz de enardecer pasiones y de sentidos muy diferentes, ¡vive Dios! Para algunos, el judío fue un magnífico investigador; tenaz y perseverante, trabajador infatigable en pésimas condiciones ambientales, brillante, intuitivo, inteligente. Para sus defensores, gracias a él conocemos mejor algunos de los pueblos más remotos y especialmente alguna de las lenguas más enrevesadas e ignotas. Su vida fue un ejemplo de abnegación ante el bienestar, nunca buscó su lucro personal y jamás sacó provecho de las ventajas ocultas de su trabajo.
Agitó la jarra de cerveza asiéndola por el asa y la espuma subió rápidamente hasta el borde.
—Para otros, sin embargo, era un ser intratable y vanidoso, un hombre despreciable y sin escrúpulos al que nada ni nadie le importaba más que su propio interés. Éstos dicen que Köerting puso en peligro a muchas personas, llevando hasta la muerte a los que no pudieron resistir las extremas condiciones de trabajo a las que les hacía someterse hasta conseguir sus propósitos, y lo peor es que su objetivo principal no era otro que su enriquecimiento personal, para lo que no dudaba en la expoliación y el saqueo de los tesoros del pasado que se cruzaban por su camino. En otras palabras, Köerting era un vulgar ladrón, un sinvergüenza que se aprovechaba de su situación privilegiada para esconder y luego traficar con parte de los botines que encontraba.
—Pero si traficó con restos arqueológicos se haría muy rico, ¿no?
—Yo qué sé si se hizo rico. Lo cierto es que en aquella época en Europa había muchos coleccionistas adinerados dispuestos a pagar fortunas por sus caprichos.
El ambiente en el Hartzenbush empezaba a caldearse, las mesas estaban ahora más animadas, con nuevos comensales y algunas risotadas estridentes que habían elevado el nivel de ruido.
El vino y los primeros platos llegaron al mismo tiempo.
—Doffner me ha dicho que hace unos seis meses recibieron una propuesta en la que un profesor francés, miembro del antiguo comité organizador, llamado Collatuzo, sugería dedicar un apartado especial de este congreso a la vida y obra del arqueólogo judío, aprovechando que se cumplían cincuenta años de su muerte. A nadie le pareció mal en un primer momento, por lo que apareció en el borrador del programa que se emitió en septiembre. Y ahí empezó la polémica. Como te he dicho antes, el asunto tiene dos escuelas claramente diferentes. Un tal Mustafá Talú, un viejo profesor emérito de la

Universidad de Ankara, mandó una carta durísima al comité organizador arguyendo que ningún ladrón estafador debía ser recordado y mucho menos admirado en un congreso internacional. El fondo y, sobre todo, el tono de esta carta hizo levantar las espadas de guerra, ya que alguien del mismísimo comité la filtró a una publicación científica que la presentó como exclusiva. La figura de Köerting fue defendida por un compatriota suyo llamado Güttec, que lo puso como ejemplo de investigador abnegado y eficiente, por lo que proponía, no sólo rememorar su obra en alguna conferencia del congreso, sino también editar un libro con una colección de colaboraciones de otros arqueólogos actuales encandilando las proezas y logros del malogrado judío.

—¡Jesús, qué pasiones! ¿No te parece todo esto un poco sospechoso?

—Por supuesto que sí. Sabes tan bien como yo que en nuestra profesión no es normal que este tipo de polémicas trascienda de esta manera y menos aún que se defiendan posturas radicales en algo que, al fin y al cabo, nada tiene que ver con el estado de la ciencia. Más parece de prensa amarilla o rosa o qué sé yo.

La rabia que encerraba su última frase la transmitió al bocado que acababa de meterse en la boca.

—Lo peor vino después. Talú estaba furioso por tanto bombo y platillo y por tanto defensor de Köerting, de suerte que decidió publicar un artículo en la International Society of Archeology. Doffner me lo enseñó esta mañana, lo lleva entre sus papeles para este congreso. ¡Imagínate la importancia que él le da a este tema! El artículo se publicó justo antes de Navidad, hacia mitad de diciembre. ¿Qué quieres que te diga, chico? No tiene desperdicio.

—¿Ah no? Ya me imagino a ese tal Talú diciendo tropelías del alemán y del francés...

—Nada de tropelías; bajo el sugestivo título de «¿Dónde está el valioso pasado hitita?», el artículo del catedrático Talú iba indagando en el legado que con buena lógica se debería haber encontrado junto a los vestigios hititas. Ya sabes tú que los hititas no construían pirámides funerarias con laberintos inexpugnables para soterrar sus tesoros, pero tampoco han sido histórica y sistemáticamente saqueados por buscadores de fortunas. En resumen, algo debía de existir en el glorioso pasado hitita y, de no haber existido expoliación, algo debería haberse conservado hasta ahora, luego cabe preguntarse: ¿dónde está todo lo que hubo?

Julio se sentía orgulloso, no había más que mirarlo para darse cuenta.

—Y claro, supongo que ahí empezó a apuntar a Köerting —apostilló Pablo.

—Efectivamente, ¿quién si no había tenido la oportunidad de desvalijar esos tesoros? Talú describe en su artículo lo que él llama

«evidencias objetivas» de desapariciones. Los hititas acostumbraban a escribir en las piedras, ya sabes, los petroglifos. Talú dice que alguna de las inscripciones encontradas recientemente detallan con precisión la ubicación de tumbas reales y que hacen mención a las riquezas que acompañaban a los emperadores en su «último viaje». Lo cierto es que Köerting fue el mayor especialista de su tiempo en la lengua hitita y en escrituras cuneiformes, por lo que bien podía haber encontrado algo extraordinario y decidir apropiárselo.

—Eso tiene bastante lógica, pero la inscripción seguiría estando en la pesada piedra que descubrió Köerting. Sabiendo que el alemán estuvo investigando por aquel lugar ese grabado sería una prueba casi irrefutable.

—Por eso Köerting, según Talú, destruyó algunas inscripciones y se llevó de Turquía alguna de esas preciosas y descomunales piedras.

—No debía ser tan inmensa cuando nadie la ha encontrado.

—Talú asegura que una importante inscripción fue expoliada dentro de una enorme arca a mediados de 1943 por Köerting y su ayudante, un tal Frank Grauben, con destino desconocido. Es muy probable que la reliquia acabase en el mercado coleccionista de Europa aprovechándose de esa moda de aristócratas y nuevos ricos del viejo continente por poseer piezas auténticas de la Antigüedad. Al igual que esto, para el catedrático turco hay una extensa lista de cosas que se esfumaron misteriosamente: figuras talladas, armas, utensilios de guerra, alhajas, joyas reales, adornos… de hecho, hoy no se conserva casi nada de este pueblo.

—¿Y se pudo probar la veracidad de las acusaciones de Talú?

—La gente las creyó. Date cuenta de que el final de Köerting es, aún hoy, oscuro y confuso. Él escribió muy poco en los últimos años de su vida y no se sabe qué es lo que hizo ni dónde estuvo desde que empezó la guerra hasta que lo detuvieron en Alemania casi cinco años después. Hubo quien trató de continuar sus investigaciones, pero en muchos casos los datos que se aportaron eran inexactos y otras veces, directamente falsos.

—O sea que el comité reconsideró su decisión y finalmente se optó por obviar la memoria de Köerting, ¿no?

—Nada de eso; aunque la discusión interna debió ser muy dura, Güttec consiguió convencer a los otros de que la mejor manera de esclarecer el pasado era haciéndolo salir a la superficie, es decir, estudiándolo sin pasión y analizando los hechos. Eso sí, las fuertes desavenencias provocaron la dimisión de tres miembros del comité, uno de ellos el profesor Collatuzo, el que había iniciado la polémica proponiendo esta iniciativa.

—¿Ése? ¿Por qué si, al fin y al cabo, se había salido con la suya?

—Doffner no lo sabía, ni tampoco se lo explicaba. Tras su dimisión se

desentendió del congreso y no quiso ni siquiera hablar por teléfono con ninguno de los integrantes del comité organizador, como si se hubiese sentido herido o molesto por algo, pero nadie lo sabe. Aun así, la reacción más radical, como te puedes imaginar, la tuvo Talú, que por esta época ya tenía escuela de seguidores. En un duro comunicado anunció, a finales de enero, su ausencia en el congreso, que consideraba adulterado por cuestiones políticas y concluyó lanzando amenazas ocultas contra quienes apoyaran la figura del que consideraba «el mayor expoliador de Turquía de todos los tiempos».

—Y obviamente no ha venido.

—No sólo no ha venido, sino que, curiosamente, a partir de su anuncio, un numeroso grupo de investigadores comunicó su ausencia. Tantos que llegó a preocupar a la organización, que estaba un poco desconcertada y desbordada por la situación.

—Presiento que uno de los que tienen una posición más embarazosa es ese tal Güttec.

—Lamentablemente para él no, ya que murió de forma repentina una semana antes de la dimisión en bloque de los miembros del comité.

—¿Murió? —gritó sobresaltado.

—Como lo oyes, en su casa, con bata y zapatillas, una tarde de domingo. Leyendo junto a su chimenea le sobrevino un ataque al corazón y en unos minutos expiró. De la forma más natural que puedas imaginar.

—Nada de lo que me estás contando me parece muy natural.

—Ni a mí tampoco. Quién sabe si no habría algo detrás de todo esto. Para empezar, no me parece lógico que se creara todo este revuelo pasional a santo de los trabajos de un simple arqueólogo. Además, todo esto ha estado en el olvido durante cincuenta años y ahora, de golpe y porrazo, pasa a transformarse en el tema estrella de este congreso, vamos no me jodas.

—Pero el caso es que Güttec está muerto, Collatuzo ha dimitido, Talú está encolerizado y un montón de ponentes y asistentes en casa. No me extraña que Namik Hikmet no tuviese muchas ganas de hacer una charla magistral y mucho menos polémica.

—Querido amigo, pon los pies en la Tierra, ¿de qué estamos hablando? Del Imperio hitita. Está bien, te reconoceré que ha sido un pueblo que tuvo su importancia en el pasado y que no ha sido suficientemente estudiado, pero no hay que sacar las cosas de quicio. ¿Qué podría haber expoliado Köerting, unas vasijas de oro, unas joyas? ¿Acaso algo similar a los tesoros encontrados en las cámaras funerarias egipcias? ¿De qué se le acusa a Köerting, de llevarse una inmensa piedra con inscripciones? Y en el peor de los casos, ¿qué tiene de malo que hable de su vida, de sus errores y de sus aciertos? ¿Es esto causa suficiente para provocar tal cantidad de

posicionamientos radicales, con un tono que no corresponde a la altura de unos investigadores y con unas consecuencias tan graves? ¡Casi se tiene que anular este congreso por esa memez! ¿Te parece lógico que por esta causa se produzcan ausencias notables, dimisiones del comité organizador y coacciones?

—Menudo cisco, es evidente que detrás de todo esto hay algo escondido o alguien que quiere desviar la atención… —apuntó provocativo.

—Pues claro, hombre, te diré lo que ha pasado. Köerting fue apresado por los nazis, él sabía que su vida no valía un céntimo y entonces ideó ser poseedor de un tesoro extraordinario que tenía escondido en un lugar secreto y que entregaría a quien pudiese liberarle de su reclusión. El viejo tenía fama de científico serio, por lo que es posible que en un primer momento le creyeran, pero los nazis no tenían mucha paciencia y, después de hacer alguna mínima comprobación, le acusaron de mentir y lo mandaron a un campo de concentración. No me digas cómo, pero ahora alguien ha vuelto a caer en la trampa de Köerting y se ha creído lo del gran tesoro. Podría ser ese tal Talú, que tanto interés tiene en que no se hable del judío, para que nadie empiece a preocuparse por lo que dijo que tenía escondido.

Ante el derroche de fantasía de su amigo, Pablo esbozó una sonrisa indeleble tras la que se escondía un gesto de cansancio.

El Harzenburg se había convertido en un hervidero de animación. El efluvio de la sobremesa, tras dosis generosas de alcohol y estómagos complacientes, había aumentado los decibelios y la temperatura del local. Pablo sintió calor y estuvo a punto, por un momento, de quitarse la chaqueta, cuando recordó que en uno de sus bolsillos tenía la novela con el mensaje secreto de Heinrich, lo que le hizo desistir.

Cuando el camarero les preguntó por los postres, los dos declinaron la carta y solicitaron únicamente café.

La velada continuó por otros derroteros. Julio, tan hablador como de costumbre, le estuvo explicando una vez más qué precauciones había que tomar para que un levantamiento arqueológico fuese un éxito, desde la selección del personal hasta los más mínimos detalles. No era la primera vez que escuchaba esa perorata, por lo que supuso que estaba entre los discursos favoritos de su acompañante. Después, empezaron a hablar de cosas intrascendentes y banales y rieron recordando anécdotas comunes hasta que se dieron cuenta de que el restaurante se estaba quedando vacío, por lo que Pablo pidió la cuenta y pagó sin que el catedrático hubiese hecho el más mínimo ademán de intentar evitarlo.

De vuelta hacia el hotel, tomó un autobús nocturno que se internó por el laberinto de calles del casco antiguo.

—Estoy hecho un guiñapo —susurró al verse reflejado en un vidrio.

Despeinado, con la barba azuleando en sus mejillas, el nudo de la corbata cayendo fláccido sobre la horquilla de su esternón y la camisa más arrugada que un trapo, parecía más un mendigo que un profesor de universidad, pero qué importaba eso ahora.
La noche era gélida, el cielo se desparramaba como un manto negro sobre la catedral de Colonia. Entonces se palpó instintivamente el bolsillo para cerciorarse de que *El rey de Khazaria* permanecía allí y lo sacó para releer la nota de Heinrich.
El día llegaba a su fin, un día largo y lleno de sobresaltos. El bus avanzaba flotando por un túnel interminable, oscuro y anodino. Se apretó las manos contra el pecho con el libro fuertemente asido y cerró los ojos por un momento.
No sabía por dónde seguir, hacia qué dirección dirigir sus pasos.
Estaba sumido en pensamientos inescrutables, y a punto de llegar a su destino, cuando una extraña luz iluminó su rostro. Por fin una idea que explorar, algo con sentido a lo que asirse restalló en su mente. Bajó del autobús y salió a toda velocidad hasta detenerse junto al mostrador de recepción.
—Oiga, necesito una guía telefónica.

11

Oeste de la cordillera del Cáucaso (Turquía), 20 de febrero de 1994 El suave silbar del viento era el único sonido en la montaña. El Lobo Gris estaba acostumbrado a escucharlo en silencio mientras meditaba y a sentirlo en su piel cuando caminaba por los gélidos senderos de la cordillera. El aire límpido le purificaba el alma, en lo más alto de las montañas se sentía cerca de Alá.

No pensaba, sin embargo, vivir allí para siempre; la vida era muy dura en aquellas cimas del oeste de Capadocia. Algún día cercano bajaría por fin a la meseta con su ejército de jenízaros[24] a cumplir su misión, a repetir la hazaña de Asena, la loba que salvó a los cautivos turcos y los condujo en los orígenes de los tiempos hacia la libertad. En sus manos estaba, como hijo predilecto de Asena, restaurar el orgullo de todos los pueblos turcos injustamente separados por gobernantes miserables.

A preparar ese momento había dedicado los últimos años de su vida. Atrás quedaron los días de arengas y disturbios en las ciudades proclamando la abolición de las leyes herejes y la exaltación del Imperio otomano. Él había nacido para ser sultán y nadie podría arrebatarle su grandeza, sultán destinado a emular al gran Solimán El Magnífico,[25] ejemplo de esplendor otomano, *Kanunî*[26] de todos los hombres. La persecución de los gobiernos hostiles había sido cada vez mayor y, al final, acosado por quienes lo querían apresado o muerto, no tuvo más remedio que alejarse al monte, con sus incondicionales al más recóndito rincón del país, al único lugar desde donde podía preparar con la precisión de un reloj suizo la batalla final.

[24] Cuerpo militar turco creado en el siglo XIV por el sultán Orjan Gazi.
[25] Sultán otomano del siglo XVI bajo cuyo reinado el Imperio alcanzó la cúspide de su poder.
[26] *Kanunî* significa «El Legislador».

Desde entonces todo había marchado muy bien, la situación mundial le había beneficiado enormemente. Asqueados por la actitud irrespetuosa y vergonzante de sus gobernantes, a su causa acudían miles de fieles de todos los rincones del Turá,[27] de Iraq, de Yemen, de Irán, del Kurdistán, de Siria, de Egipto... todos deseosos de cambiar el mundo, de ser protagonistas del resurgimiento de sus pueblos, dispuestos a derramar su sangre por su credo.

El final estaba cerca, todo el mundo lo runruneaba, desde el más apartado lugar de la cordillera hasta los barrios más humildes de las grandes ciudades oprimidas, se aproximaba la hora del Lobo Gris.

No hacía ni dos meses que había reunido a su diván, quería palpar con sus propios dedos la realidad de su pueblo. Acudieron las máximas autoridades religiosas y militares y los *Beglerbegs*[28] de casi todas las regiones. Las noticias no pudieron ser más esperanzadoras, el

pueblo estaba ansioso de que llegase el gran día, sólo necesitaban la señal... y los medios.

Sabía que no tenía mucho tiempo. Tanto el campamento central como los numerosos cuarteles de montaña estaban cada vez más expuestos y tarde o temprano las fuerzas aéreas o los cuerpos de élite del ejército turco les encontrarían y no podrían evitar el choque cuerpo a cuerpo.

Además, estaban atestados; aunque quisieran no podían admitir a más fieles y por más que quisieran detenerlo no paraban de llegar nuevos devotos. El problema al que se enfrentaban más a menudo era el de aceptar entre sus filas a hombres que deambulaban por los montes buscándoles para unirse a su causa. Y eso que para entrar en el grupo de elegidos había que superar varias pruebas de valentía y fidelidad, pruebas difíciles y a veces desagradables, pero cuyo premio justificaba todo. Entrar a formar parte de los jenízaros era, sin duda, un privilegio indescriptible, una distinción que alguno de entre ellos podía llevar hasta lo más sublime; ser trasladado al campo central, un lugar desconocido de la alta montaña donde habitaba el Lobo Gris con apenas un centenar de selectos jenízaros y *Sipahîs*[29] y sus más directos colaboradores.

Sólo unos pocos, muy esporádicos, habían tratado de desertar. Eran casos muy raros, pero cuando esto ocurría no les quedaba más remedio que perseguirlos y eliminarlos. Era necesario que todos comprendiesen que la semilla que había germinado en su interior sólo brotaría si permanecían juntos. Al mismo tiempo, al mostrar las cabezas cortadas de quienes habían

[27] Nombre con el que los persas preislámicos llamaban a las estepas de Asia central.
[28] Nombre que usaban las autoridades regionales en el Imperio otomano.
[29] Caballeros u oficiales del antiguo ejército otomano.

intentado abandonarles, sus fieles ratificaban su firme convicción en el inmenso poder del Lobo Gris y en sus grandes posibilidades de cambiar el mundo.

En ocasiones, había tenido que dar la orden de ajusticiamiento de personas muy lejanas y poderosas, como ese díscolo pseudocientífico alemán llamado Helmuth Güttec, que había tratado de impedir que las cosas siguiesen su curso, o como el caso de Tashin Balkan, el *Beglerbeg* de Alemania, que tres años atrás colmó el vaso de su paciencia por ineficaz en el reclutamiento de turcos a su causa entre la populosa colonia de compatriotas suyos en el país germano y tuvo que mandar envenenarlo junto a su grupo de disidentes.

El Lobo Gris sabía que ése no era el camino, sabía que las muertes en Occidente acarreaban procesos de investigación que podían terminar poniendo en alerta a los gobiernos poderosos y complicar de ese modo su Lucha Final, pero en ocasiones no le quedaba más remedio que ordenarlas. Otras veces, sin embargo, había sido

suficiente un aviso a quienes se empeñaban en torcer los designios de Dios, como en el caso de Hunter, Konrod y al final Collatuzo, a quien estuvo a punto de ajusticiar.

El Lobo Gris conocía la historia, sabía cuál fue la clave del éxito de alguno de los grandes sultanes otomanos del pasado: su capacidad de tomar decisiones y llevarlas a cabo y su capacidad de administrar justicia con serenidad y mano dura, y estaba dispuesto a llegar hasta el final con esos sabios preceptos.

—Tenemos un contacto, mi sultán[30] —dijo con brío un oficial armado a sus espaldas—. Llaman desde Alemania.

El Lobo Gris entornó los ojos en un gesto de cansancio infinito y, segundos más tarde, se giró y se marchó con el emisario.

Atravesaron unas calles empedradas y entraron en una cabina metálica que se asemejaba al remolque de un gran camión. En el interior, unos operadores con auriculares estaban sentados frente a un armatoste repleto de clavijas del que salían varios cables y micrófonos.

—El sonido no es muy bueno —le comentó el militar a modo de excusa—. Ya sabe que hay días que las comunicaciones por satélite son muy malas.

El Lobo Gris tomó el auricular con resignación.

—¿Diga?

[30] Dignidad o título empleado por los musulmanes para designar a los soberanos independientes.

Un ruido de interferencia sonó como un chasquido.

—Sultán, la operación ha sido ejecutada con éxito; tenemos al profesor Mayer, repito, tenemos al profesor Mayer.

El Lobo Gris sonrió ladinamente y respiró hondo antes de contestar.

—Alabado sea el nombre de Alá. Ahora sigan el plan tal como hemos acordado, consigan los códigos encriptados como sea.

—De acuerdo, mi sultán, si hay algún cambio ya saben cómo contactar con nosotros.

Al colgar el auricular, el Lobo Gris empezó a acariciarse la barbilla y esbozó una sonrisa casi humana.

—La vida nos sonríe —le dijo a los operadores y al militar que le había acompañado—. Se acerca el Día de la Consagración y vosotros estaréis entre los afortunados.

Después se volvió al militar y le ordenó:

—Conéctese con el profesor Talú y dígale que todo sigue según lo previsto.

12

Damasco, 13 de agosto de 1938

Mientras desayunaban se les acercó un camarero con una nota que ponía «de M. Saygun». Era de Mustafá, que se disculpaba por la despedida del día anterior y les deseaba mucha suerte en su nueva misión siria. El mensaje era seco y sincero, una despedida indolora y sin pasión.

Los alemanes no habían comentado la escena de la tarde anterior, tal vez porque podrían acabar hablando de política y eso les llevaba siempre a Alemania y a su régimen político, algo que formaba parte de los temas proscritos que, de un modo no premeditado, trataban de evitar. La salida apresurada de Köerting de su país le había dejado una herida cuya cicatriz aún estaba fresca y sobre la que no convenía hurgar.

Pero todo apuntaba a que aquella mañana el profesor no quería dejar encerrados sus sentimientos; al fin y al cabo estaban a punto de visitar al cónsul alemán y a buen seguro terminarían hablando de su patria.

—¿Qué piensas de la reacción del joven Mustafá? —le dijo a Frank.

—Creo que es un chico con grandes conflictos internos. Por un lado, quiere ser fiel a la tradición familiar siguiendo los dictámenes de su padre, pero, por otro, estoy seguro de que querría volver a Turquía y hacer su vida allí por más que le repugne el régimen laico actual.

—Es una pena porque parece un buen elemento.

—Es un buen elemento, pero su conciencia no está tranquila. Que su colaboración había sido útil y eficaz no era objeto de discusión, y que su singular personalidad les había impedido agradecérselo debidamente tampoco.

—¿Por qué no le pedimos que nos sirva de guía en Tabaqah? —alumbró de pronto el profesor—. Para él será un buen trabajo, estará mucho más cerca de su país por si quisiera entrar sin que su familia lo sepa y, además, si algún día tenemos que volver a Turquía a acabar la labor que empezamos hace un par de años, podría venirse con nosotros.

—Si le interesase sería un buen fichaje: habla árabe, es listo, tiene buena mano para conseguir cosas y, además, le debemos un favor.

—Mándale una nota al Servicio de Aduanas pidiéndole que venga esta tarde al hotel y le hablaremos de este particular.

Las calles de Damasco rebosaban bullicio aquella mañana. El consulado estaba camuflado en un edificio de una calle sin apenas tránsito. No había banderas que lo identificasen, ni escudos, ni símbolos, ni esvásticas, todos los emblemas nazis eran mal recibidos

en países como Siria, que estaba claramente alineado con Francia. Sólo una chapa pequeña casi invisible advertía, a quien la buscase a conciencia, que la cancillería estaba en la segunda planta.
La legación diplomática no era otra cosa que la vivienda habitual del cónsul, que la había dotado de una salita de espera con una secretaria alemana que atendía las visitas.
La señorita se mostró muy amable y sorprendida desde el primer momento. Les pidió que esperaran en el recibidor, y como no sabía cómo y dónde reflejar sus datos para registro, se adentró en la vivienda para consultar, acaso al cónsul.
Aunque se oían ruidos de conversaciones en el interior de la vivienda, pasaron más de treinta minutos de espera sin que nadie asomase y cuando la espera empezaba a transformarse en impaciencia apareció el diplomático.
—Buenos días, mi nombre es Thomas Moler. Disculpen las molestias —comentó estirando el brazo—. ¿En qué podemos ayudarles?
No resultaba amable, ni cordial. Trataba de disimular con cortesía diplomática cierta incomodidad por la visita. Los arqueólogos lo notaron enseguida y quisieron colaborar haciendo el trámite con la mayor celeridad posible.
—Pretendemos pasar un tiempo en el norte de este país, somos arqueólogos y estamos en una misión de investigación científica. Sólo queríamos dejar constancia de nuestra presencia.
—Sé quienes son y también sé que salieron de Alemania hace más de cuatro años y que ahora trabajan para una universidad extranjera.
Sonó a algo que acababa de conocer.
—Es un proyecto otorgado por la International Society of Archaelogy a la Universidad de Varsovia, pero somos alemanes —repuso Frank. —Y, sin embargo, reniegan de nuestra patria.
El comentario les sorprendió, resultaba difícil creer que el cónsul estuviese al tanto de la expatriación voluntaria de Köerting y de su ayudante.
—Dígame, señor Köerting, ¿no se ha planteado regresar a Alemania?
—Soy alemán, nada me gustaría más, pero tendré que esperar a que la situación se apacigüe antes de poner un pie en mi tierra.
—No sé a qué se refiere profesor, no se crea lo que dicen por ahí los enemigos de nuestra patria. Alemania sólo quiere hacer valer sus derechos, pisoteados por quienes creen que nos puede humillar la derrota de la guerra[31] en la que todos lucharon contra nosotros.
—Yo he vivido en mis carnes otra humillación que sólo tenía que ver con la xenofobia de una parte de nuestro pueblo, un rencor que, lejos de estar perseguido, se alienta desde el poder.
—¿Por qué no prueba usted mismo si eso ha cambiado? —dijo en tono pausado—. Estamos dispuestos a pagarle un pasaje a Alemania.

Nuestro régimen no quiere tener enemigos entre sus propios compatriotas.
Las palabras del responsable de la legación olían a trampa, a deportación forzada.
—¿Qué me dice? ¿Acepta nuestra oferta?
—Oiga, en primer lugar he venido a Siria a finalizar nuestro trabajo de investigación y no saldré de aquí hasta que no lo haya acabado. En segundo lugar, debo confesarle que me sorprende su interés en que vuelva a pisar mi propia patria. Le seré franco, tengo la impresión de que no se trata realmente de una invitación.
—¿Significa eso que no acepta? —El tono de Moler no era amable.
—No, no acepto.
—Escuche —añadió entonces—, no estoy en contra de la ciencia. El pueblo ario ha sido y es un ejemplo de aportaciones a la humanidad, a la cultura y al progreso. A ustedes, los judíos, les puede la avaricia —sus ojos nacarados estaban inyectados de ira— y, además, se enorgullecen de pertenecer a un pueblo elegido. Suena repugnante su desprecio hacia nuestra nación cuando al mismo tiempo vienen a sacarnos la sangre sin renunciar siquiera a sus propios guetos.
—Bien pensado, creo que no necesito dejar aquí ningún registro de dónde vamos a estar. Es más, creo que resultará más peligroso para mí si me pueden encontrar.
[31] Se refiere a la primera guerra mundial.
Enfadado, apartó de un empellón a su interlocutor, que estaba jalonando la puerta de salida y se largó. Grauben le siguió sin mediar palabra.
Una vez en el exterior anduvo deprisa delante de su discípulo, meneando la cabeza y lanzando exabruptos. Lo hacía sin rumbo, ni siquiera se daba cuenta de que podía perderse en uno de los bulliciosos arrabales de Damasco. La conversación del consulado había resucitado monstruos del pasado, escenas dolorosas escondidas en un rincón oscuro de su corazón, recuerdos de palabras hirientes grabadas en los muros de la facultad, de agresiones a plena luz del día de camisas negras con el pelo engominado, de intimidaciones, de soledad e hipocresía.
Junto a las viejas pesadillas aparecían otras nuevas, tan terribles como aquéllas: la sombra de la deportación forzosa empezó a alargarse y desafiaba con engullirlo, el cónsul no hablaba por su boca cuando le pidió volver a Alemania, su ofrecimiento estaba cargado de engaño, escondía un fin oculto que pudo notar en su sonrisa ladina y en su mirada torva.
—Invitarme a volver ahora, ¿para qué? ¿Para confinarme en un gueto? ¿Quién puede salir ahora de allí? ¿Qué pretenden con toda esta falsedad?

Mientras caminaba no paraba de gesticular con los brazos hasta que se topó con una tapia infranqueable que marcaba el fin de un callejón sin salida.
Entonces se volvió y miró azarado a Frank como si acabara de despertarse.
—¿Queda muy lejos de aquí el hotel? Tenemos que ir cuanto antes, y si ya ha llegado el salvoconducto del oficial de Defensa, nos iremos inmediatamente a Tabaqah.
La tarde fue vertiginosa. A primera hora se presentó Mustafá con un talante muy diferente al del día anterior. Tras leer el mensaje que le enviaron, había reflexionado acerca de su futuro; su trabajo no le entusiasmaba y estaba dispuesto a cambiar de aires. No se veía como funcionario de aduanas toda su vida y un trabajo de investigación y en plena naturaleza le resultaba mucho más interesante.
—Además —concluyó diciendo—, para construir mi país no sólo se necesitan arquitectos e ingenieros, sino también personas que sepan descubrir y comprender nuestro pasado histórico, hace falta gente que pueda enseñar al pueblo su legado y que le ayude a crear la conciencia nacional.
A los alemanes les pareció bien que el chaval hubiese dado tanta trascendencia a sus nuevas responsabilidades que, por el momento, no pasaban de convencer a autoridades y propietarios privados a hacer excavaciones o negociar con ellos para conseguir permisos. También sería útil reclutando hombres para los trabajos de campo y sirviéndoles de intérprete en cuantas gestiones fuesen necesarias. No se trataba realmente de un trabajo muy cualificado; sin embargo, estimaron lógico que un chico, que apenas llegaba a los veinte años, se ilusionase ante el cambio de rumbo que esto significaba en su vida.
Hubo tiempo para hablar del modo de desplazamiento. Tarde o temprano necesitarían una camioneta, así es que preguntaron a Mustafá si podría conseguir una en buen estado capaz de andar por el desierto.
El presupuesto no era todavía un problema para los alemanes; aún contaban con una buena parte de las reservas que la Universidad de Varsovia había dedicado al proyecto hitita, pues, aunque circulaban rumores de futuras restricciones por la convulsa situación mundial, la universidad les hacía llegar regularmente los fondos convenidos para la misión.
El joven se marchó anunciándoles que necesitaría un día y medio para despedirse del trabajo y de su familia y conseguir el vehículo, para el que Köerting le anticipó un buen puñado de dólares.
Más tarde, los arqueólogos se marcharon a la oficina del Patrimonio Nacional a recoger la autorización, que no sólo estaba preparada en la mesa de entrada del edificio, sino que le acompañaba un sobre donde

venía el nombre y dirección del comandante de puesto con el que ya había hablado telefónicamente Husni Bitar para informarle sobre la misión.
Emplearon el resto de la tarde en hacer algunas compras necesarias y que difícilmente podrían encontrar en la región de Tabaqah, como mapas, ropa de campo, maletas, cantimploras, martillos, cinceles y brújulas, además de algunos víveres.
Lentamente, una vez más, la moral de Köerting se fue reponiendo y su dignidad, tantas veces herida, se fue restituyendo cual Ave Fénix.
De vez en cuando, su discípulo fijaba en él disimuladamente sus pequeños ojos. Él también estaba incómodo cuando los demonios surgían en forma de cruz gamada. Su tez albina, su cabello dorado, su sangre aira, en definitiva, su origen teutón, le hacían sentirse sospechoso de estar en el otro bando, un sentimiento de culpabilidad que mitigaba volcándose hacia el profesor, acercándose a él con cariño y sin compasión.
El último día en Damasco antes de partir hacia el norte fue un día de trabajo y confidencias. El profesor pidió en el hotel una sala de estudio a la que bajó desde primera hora de la mañana con todas sus carpetas, cuadernos y mapas.
Tras unos meses de abandono, Frank tuvo oportunidad de leer las notas que el viejo había transcrito durante sus últimas semanas en Boghazköy, con lo que pudo acreditar que su maestro había llegado a conocer al pueblo hitita más que nadie en el mundo. Al leer aquellos apuntes supo que su mera publicación supondría un enorme avance en el conocimiento de aquel pueblo tan extrañamente olvidado por la historia.
Todo estaba por llegar, pero Frank tenía gran confianza en que los resultados de aquella misión fuesen extraordinariamente exitosos. Nuhassé, la ciudad fantasma, se había convertido en el centro de todas las intrigas, en el corazón de las preguntas sin respuesta.
El profesor, por su parte, se levantó lleno de luz. La resaca del dolor del día anterior había dejado filtrar cierta ternura hacia todo lo que le rodeaba y, en especial, hacia Frank, al que acogió como a un hijo largo tiempo alejado y por fin a su lado.
Aquel día le reveló su admiración por Subbiluliuma, el gran Señor de la Escalera, que se vio abocado a tomar el poder a los quince años, cuando su padre, Tutkhaliya III, murió en sus brazos, víctima de una enfermedad desconocida.
—El Estado estaba destrozado. Cuando el rey murió, su único hijo era un niño, lo que desató las intrigas palaciegas para tomar el poder. La situación exterior era aún peor ; los kashkas, los bárbaros vecinos del este, atacaban sus tierras sin piedad. El día que Subbiluliuma heredó el trono, el reino estaba a punto de derrumbarse.

—Alguien le ayudaría, ¿no?
—Como siempre había un grupo de leales que pensaban que aquel niño, hijo de Tutkhaliya III, era el dueño de la corona, mas eso no parece suficiente como para que la historia diese un giro tan radical como el que hoy podemos constatar.
—¿Se refiere a la victoria ante los kashkas?
—¿Victoria? Los kashkas fueron aniquilados, las crónicas no los nombran nunca más cuando sabemos que habían sido durante siglos tan eficaces como sanguinarios. Aquel hecho histórico es casi desconocido, tan sólo nos ha llegado alguna escueta reseña en los *Anales* de Murshili II.[32]
El viejo buscó en sus carpetas y encontró una que rezaba: «Tablillas de Khattusha». Eran las traducciones de las tablillas de arcilla que ellos mis

[32] Murshili II fue hijo de Subbiluliuma y, por tanto, nieto de Tutkhaliya III. Su inclinación hacia la cultura le llevó a escribir unos *Anales* donde recogió una vastísima información sobre su pueblo y su historia.

mos habían encontrado en la antigua capital de Hatti, cerca de Boghazköy, en las honduras de un palacio destruido hace miles de años, probablemente por los mismísimos kashkas.

—Nunca tendremos bastantes palabras para agradecer a Murshili II su extraordinario trabajo —repuso lentamente—. Además de ser un hombre preocupado por la cultura y por la sabiduría, fue un verdadero notario de su tiempo, un cronista que nos legó cientos de tablillas en escritura cuneiforme. Por suerte, quedaron sepultadas en la última invasión kashka de Hattusas, poco después de ser redactadas, y permanecieron casi intactas durante decenas de siglos.

Deshizo el nudo que cerraba el pliego y extrajo de él un documento. Era, una vez más, un papel escrito de su puño y letra con el texto traducido de una de las tablillas encontradas en el palacio derruido. Ajustó sus lentes y leyó:

Como mi abuelo aún estaba enfermo, mi abuelo preguntó: «¿quién quiere ir a la guerra?». Entonces dijo mi padre: «Yo iré». De este modo mi abuelo envió a mi padre a la guerra. Pero cuando mi padre llegó a campo abierto, el enemigo kashka, que había penetrado en el país de Khatti, había destrozado el país. Y el enemigo que mi padre halló en medio del país constaba de doce tribus. La batalla fue larga y sangrienta, por lo que mi padre tuvo que volver a Hattusas a tomar nuevas fuerzas. Allí encontró a mi abuelo moribundo y la muerte se había ensañado con todo el pueblo, por lo que mi padre hizo juramento de lealtad eterna ante Arinna. A partir de entonces, los dioses ayudaron a mi padre y así pudo vencer siempre a sus enemigos.

Frank se quedó pensativo mirando el papel, mientras Köerting se entretuvo en buscar entre sus documentos un libreto pequeño envuelto en un paño fino para protegerlo.

—No veo nada de raro en este escrito, salvo que Murshili, que ciertamente adoraba a su padre, lo idealiza como a un héroe.

—Hay algo que no cuadra, querido Frank, y que habría sorprendido al mismísimo Friedich Bedrich Hrozny.[33]

Köerting desenvolvió cuidadosamente el libro, en cuya portada de papel grueso y marrón podría leerse:

[33] Investigador checo ya mencionado anteriormente.

La solución del problema hitita. Informe preliminar Comunicaciones de la Sociedad Oriental Alemana Friedrich Hrozny

Diciembre 1915

Frank conocía el documento y lo había leído hacía algunos años sin darle demasiada importancia. Lo recordaba como muy técnico y centrado exclusivamente en las claves para descifrar el lenguaje heteo, demasiado espeso como para atraer la atención del lector, incluso de aquellos versados en la materia. Lo que sí le vino a la memoria del estudio es que una de las conclusiones del autor era que el hitita era un idioma indoeuropeo y probablemente el tronco de la mayoría de las lenguas que se hablan en el mundo, cuestión que le sorprendió enormemente.

En manos del profesor, la carpeta parecía de porcelana, frágil y delicada. Con ella sobre la mesa, el viejo hablaba más dulcemente, como tratando de no perturbarla.

—A la muerte de Winckler, la Sociedad Oriental Alemana confió a un grupo de asiriólogos el estudio y la transcripción de todos los documentos epigráficos hititas procedentes de Boghazköy.

Con su mano se atusaba dulcemente la barba mientras Grauben escuchaba en silencio.

—El grupo se dividió desde el primer momento en dos clanes: uno se agrupó alrededor de Ernst Weidner, un viejo profesor alemán que falleció hace más de veinte años y que tenía una merecida fama de sabio y concienzudo, pero demasiado rígido, y el otro grupo en torno al joven y brillante Hrozny.

Aunque Frank no lo conociese personalmente, la trayectoria de Hrozny le era familiar. Sabía que en el pasado, antes incluso de que él fuese estudiante de arqueología, había tenido varios encuentros con Köerting en campamentos y congresos, aunque hacía mucho tiempo que habían interrumpido sus contactos. También sabía que ahora era profesor de la Universidad de Praga y, a sus casi sesenta años, hacía mucho tiempo que había colgado definitivamente sus botas de campo y las había cambiado por tizas de aulas universitarias.

—Al estallar la gran guerra[34] —retomó el profesor—, nuestro querido gobierno movilizó inmediatamente a todos los filólogos porque los consi

[34] Se refiere a la primera guerra mundial.

deraba personajes inútiles. Los dos grupos de investigadores

corrieron suertes bien diferentes: Weidner, que ya era una verdadera eminencia, fue destinado a la artillería pesada y rápidamente alcanzó el grado de suboficial, mientras que Hrozny ingresó en el ejército austrohúngaro, en donde pasó a depender de un teniente llamado Kammergruber.

Köerting miró a Grauben para asegurarse de que le estaba siguiendo. —El teniente Kammergruber tenía fuertes inclinaciones culturales, lo que le llevó a tomar simpatía por el joven Hrozny, hasta el punto de dispensarle todo cuanto le fue posible de sus obligaciones militares para que pudiera consagrarse a sus investigaciones científicas.

El profesor levantó las cejas y señaló con el pulgar el cuaderno que tenía en la otra mano.

—Así fue como pudo escribir este tratado.

Grauben lo tomó con interés renovado y lo abrió por la primera página.

Me han inducido a publicar desde ahora la introducción en forma abreviada de mi artículo en las Comunicaciones de la Sociedad Oriental Alemana, de una parte la guerra actual, que posiblemente retrasará la conclusión y la publicación de mis trabajos, y de la otra el hecho de que tal vez otros estén pendientes de publicar algún libro sobre el mismo problema hitita.

Este fascículo ha tomado forma definitiva mientras su autor estaba movilizado.

Con la misma delicadeza con la que el profesor trataba al folleto, empezó a pasar sus hojas y comprobó que se trataba, tal como lo recordaba, de un trabajo minucioso y detallado, repleto de signos y traducciones y difícil de leer para los no iniciados en la materia.

Köerting cogió de nuevo su traducción de la tablilla de Hattusas.

—A buen seguro —concluyó— que Hrozny no tradujo personalmente este escrito de Murshili.

Su dedo se posó sobre la última línea y volvió a leer: «Los dioses ayudaron a mi padre…»

Frank no podía entender de qué se trataba; en apariencia no había nada especial en aquella frase, pero el silencio del viejo resultaba ahora pesado e indigesto.

—Pero profesor, Hrozny no conoce este escrito, salvo que usted se lo haya mandado por correo. Fue usted quien lo tradujo. Además, no creo que le sorprendiese mucho lo que se dice, todas las culturas, y no digamos las antiguas, necesitan confiar en seres superiores que les proteja y que les ayude a vencer a sus enemigos. Los hititas también tenían sus propios dioses a los que agradecer sus victorias.

—Los hititas tenían mil dioses; se cree que hasta los afamados dioses griegos provenían de las creencias heteas, pero tan sólo tenían un dios

de la guerra, el dios supremo, ya que ellos eran fundamentalmente guerreros.

Köerting se levantó para tomar un poco de aire del gran ventanal que tenían tras ellos. El mediodía acababa de pasar y el calor empezaba a apretar un día más.

—Teshub siempre fue representado como «el dios» en singular, bien con la iconografía de la palabra dios, bien con el jeroglífico donde estaba acompañado de todos los atributos que le otorgaba el pueblo hitita: el rayo, la maza, la espada, el toro y las montañas… pero tratándose de una guerra jamás se hablaba de «dioses» en plural.

Rebuscó en sus documentos hasta encontrar una resma de papeles garabateados, repletos de símbolos extraños. Seleccionó uno y se lo enseñó a su ayudante.

Ante Frank aparecieron unos dibujos completamente incomprensibles.

para siempre», había algo en las palabras del viejo que se escapaba al entendimiento de Grauben. En su opinión no había pasado nada durante el reinado de Subbiluliuma que no pudiese explicarse de un modo convencional, nada que no estuviese relacionado con un buen estratega o con un guerrero con fortuna. No obstante, estaba satisfecho, las cosas avanzaban en el buen sentido y estaba seguro de que pronto llegaría a comprender lo que parecía esconderse tras las palabras de su preceptor.

La mañana llegaba a su fin, Frank respiró hondo y sus pulmones se hincharon de la nueva brisa, de una brisa con extraño olor a mar. Su imaginación voló hasta un lejano puerto del que estaba a punto de partir hacia lugares desconocidos. Era un viaje hacia el pasado, hacia un mundo lleno de luces y sombras en el que ahora, por fin, amanecía.

Por la tarde hablaron de Nuhassé, de la ciudad lejana y amiga del reino egipcio hasta donde llegó el joven rey hitita y la arrasó expulsando a su rey a la vergüenza y a la deshonra.

Ante la insistencia de Frank por indagar lo que sabía su maestro de la ciudad desaparecida, éste le dijo que había documentos que testificaban que la ciudad estuvo rodeada de inmensos bosques inexpugnables.

—¿Bosques? —comentó muy sorprendido—. Espero que eso no tenga nada que ver con lo que andaba buscando el rey hitita porque nos costará trabajo encontrar el rastro. ¡En aquella zona ahora sólo hay desierto y arena!

El profesor le relató los hechos con detalles que nunca hubiera imaginado. Escuchó de su boca cómo las huestes hititas avanzaron penosamente por terrenos indomables sometidos a las penurias de la naturaleza y alentados por su joven general de apenas veinte años, hasta llegar a las puertas de una ciudad infranqueable, la capital del reino Mitanni. Allí esperaban encontrar al rey Dushratta, amigo del divino faraón, pero a su llegada, el rey ya había huido despavorido. Aun así, la invasión no fue fácil, los habitantes de Nuhassé defendieron la ciudad con uñas y dientes y es más que probable que sólo el cerco continuado de las murallas y el hambre de quienes estaban encerrados dentro consiguieran doblegar a los mitanni.

Antes de aquella misteriosa batalla, por lejana y falta de sentido, los guerreros de Hattusas habían vencido en batallas desiguales a todos los que se habían interpuesto en su camino.

—¿Desiguales? —repuso Grauben.

—Durante el reinado de Subbiluliuma, los hititas siempre lucharon en desventaja numérica. Hatti era un país pequeño, a pesar de que todo varón de más de doce años era reclutado para ayudar a su rey y estaba al servicio de su país hasta cumplidos los cuarenta años. Los hititas venían de sufrir una gran calamidad nacional, un desastre que, según

sabemos por los Anales de Murshili II, debió dejarles al borde de la exterminación.
—¿Una calamidad? ¿Algo así como la peste o el cólera?
—No podemos saberlo, lo único que constató el rey en sus Anales es que sesgó la vida de una parte importante de la población. Estoy seguro de que la muerte de Tutkhaliya III, el padre de Subbiluliuma, estuvo relacionada con esta pandemia.
El aroma del té humeante escapándose por la tetera recién traída perfumó la sala. Frank se sirvió después de llenar la taza del profesor sin ni siquiera preguntarle. Köerting, que hizo una señal de agradecimiento, habló en voz baja con la taza caliente en las manos.
—Es por eso que tenemos que buscar la cuarta razón —aseveró entonces el viejo.
Grauben se limitó a mirarlo dando por sentado que iba a explicar lo que acababa de decir sin que él se lo pidiera.
—Los hititas tenían al menos tres grandes ventajas respecto a sus enemigos —arrancó finalmente—. En primer lugar, inventaron el carro de guerra y lo usaban como cuadriga, por lo que sus ataques eran fulminantes; ningún rival podía escapar o replegarse ante un arma tan sorprendente y veloz. En segundo lugar, habían desarrollado la metalurgia del hierro, lo que hizo que sus espadas fuesen mucho más fuertes y resistentes que las de sus adversarios, hechas con cobre, y, en tercer lugar tenían la fuerza de sentirse liderados por un hombre invencible, un joven emperador de veinte años de personalidad tan arrasadora como su ejército, el Señor de la Escalera, que les hacía considerarse el pueblo escogido para la gloria.
Köerting paró para tomar oxígeno a sabiendas de que lo que había dicho no aportaba nada nuevo a lo que ya sabían de los hititas y de su emblemático rey.
—Sin embargo, a pesar de todo eso, no sabemos explicar cómo unos pocos hombres, mermados por alguna infección mortal, estuvieron a punto de cambiar el mundo, de dinamitar sus cimientos, conquistando cuantas tierras pisaban hasta límites que ni siquiera podían abarcar y sin ninguna derrota conocida. Es evidente que aún nos queda por saber cuál era la cuarta razón de su innegable éxito.
A pesar de todo, a pesar del reencuentro y de un incontestable resurgimiento de los sentimientos de amistad y aprecio, aquel día olía a tristeza y a despedida. El profesor rezumaba un aire de senectud testamentaria, como si algo estuviese a punto de acabar para siempre y hubiese llegado el momento de transmitir su legado.
Aquel extraño día de verano, Frank llegó a sentir frío en su cuerpo, cuando, al finalizar la jornada, sostuvo la mirada de su profesor que, sin mediar palabra alguna y por un tiempo que le pareció una eternidad, le miró como al notario al que se le dictan las últimas

voluntades, como al cura del que se acaba de recibir la extremaunción.

13

Colonia, 21 de febrero de 1994

La luz del alba le recibió en la estación de tren. La noche había sido corta y turbulenta; a pesar de que trató de dormir, había demasiados duendes en su cabeza. Fue una vigilia molesta, de incordio permanente, de temor a perder la conciencia con el sueño y no volver a recuperarla nunca más.

Cuando el cielo era aún un manto de tinieblas y silencio, y dos días antes de lo previsto, se marchó del hotel como alma que lleva el diablo camino del primer tren que lo llevase a Munich, con su bolso de viaje y su novela con el manuscrito entre sus hojas como único equipaje. En el teléfono de información al que llamó desde el hotel el día anterior le dijeron que había tantos trenes entre Colonia y Munich que lo mejor era llegar a la estación y coger el primero que partiese, de forma que dio por concluido el congreso, anuló el resto de la semana y se fue.

En aquel andén, con el día tratando de desperezarse en una ciudad atacada por el invierno, Pablo se repetía una y otra vez las mismas frases. Eran frases cortas e imprecisas que había oído el día anterior de boca de unos u otros; eran frases deshilvanadas con cara de inspector de policía, de viejo asustado o de amigo raptado que sonaban con un eco lapidario en su propia mente.

Estaba sin afeitar y las ojeras le pesaban como bolsas de plomo.

El tren se detuvo apenas unos minutos y partió sorteando túneles y puentes hacia las tinieblas del sur.

Pasó los primeros minutos del trayecto apostado en la ventanilla de una plataforma, mirando hacia atrás como si hubiese dejado algo olvidado o estuviese alejándose para siempre de un pasado que ya no le pertenecía. Se percató de que esta vez, lo que sentía era pena y no miedo, pena y vacío.

Cuando se sentó, se colocó la maleta entre las piernas, no quería separarse de ella por miedo a perderla. La abrió con cuidado y sacó de ella su novela para volver a ver el escrito de Heinrich.

Oteó a su alrededor para cerciorarse de que nadie en el vagón le estaba observando. Sólo un matrimonio de ancianos parecía estar vivo, otras personas dormían plácidamente y el resto del compartimento estaba vacío.

En el libro no encontró nada, ninguna inscripción, ninguna marca, nada subrayado.

Tomó el papel y entonces descubrió algo nuevo, había una leyenda en su reverso, parecía un sello o una inscripción que por la forma de

doblar el papel quedaba en la parte externa. Estaba muy borrosa, como si alguien hubiese querido eliminarla o tal vez por haber estado apoyada durante muchos años sobre una superficie fría o húmeda, aunque también podía haberse desgastado por el roce porque estaba en el sitio natural por donde se cogía el documento.

Era ininteligible. En el interior del sello más que símbolos se adivinaban algunas letras.

Se esforzó por seguir los trazos y creyó leer:

I J S

En una segunda línea parecía poner:

C rti or 12 TlED

Tomó una libreta y escribió el texto para verlo más claro. Lo leyó varias veces en silencio, pero no podía presumir ni remotamente su significado. Pensó que podría ser latín, aunque también podía estar incompleto a falta de algunas letras.

La tenue luz hacía al papel acaso más amarillento que el día anterior. Por su tacto áspero y rugoso parecía sacado de la caña de un papiro; a buen seguro era un papel especial, de una alta calidad para aguantar el paso del tiempo. No había más que mirarlo para darse cuenta de que era un documento antiguo, doblado a conciencia y guardado como oro en paño en algún lugar seguro.

Cuando lo abrió, pudo percibir que la tinta usada para escribir el mensaje era diferente a la del sello del reverso. La primera era gruesa y azulada, propia de una pluma, mientras que la segunda era más fina y negra, más débil, como procedente de un tampón.

Con el pliego abierto, volvió a llamar su atención la cruz nítida que marcaba sus dobleces. Cuanto más lo miraba, mayor era su desconcierto: Letras legibles en palabras desconocidas precedían cada línea y, a continuación, algo completamente incomprensible que parecía un alfabeto antiguo o tal vez símbolos jeroglíficos.

—«Dos mensajes encriptados» —recordó que le había dicho Heinrich.

Lo poco que sabía aún de Köerting bastaba como para pensar que aquellas grafías sólo podían transcribirse con los códigos que él mismo había descubierto de cualquiera de las lenguas que había estudiado. Podía entonces tratarse de un texto hitita, egipcio, arameo, acadio, mitanni, persa, o incluso sánscrito o araucano.

Mientras contemplaba aquel mar de trazos rectos y circulares se convenció de que él solo jamás conseguiría descifrarlo… y, sin embargo, debía continuar solo siguiendo las instrucciones de Heinrich.

Cuando volvió a guardar el papel y *El rey de Khazaria* en la maleta le invadió una vez más la tristeza. Desde la ventana del tren avistó la ciudad violeta y una raya de luz en el horizonte queriendo iluminarla y, sin saber por qué, sus ojos se llenaron de lágrimas.

Buscó un lugar en otro vagón más vacío y se sentó acurrucado, abrazando fuertemente su bolso. Quería dormir, empezar de nuevo, pero su conciencia le mantuvo todo el tiempo en duermevela.

El trayecto hasta Munich fue tormentoso e interminable. Estaba embarullado, abandonaba Colonia donde había visto por última vez a su amigo y se marchaba buscando su rastro a la capital bávara. Nadie le había dicho que debía hacerlo así, fueron sólo su intuición y la desesperación quienes le empujaron a salir, si bien no sabía si ése era el camino correcto o el contrario, y tampoco podía preguntárselo a nadie.

Aún no era mediodía cuando se bajó del tren. Era la primera vez que estaba en Munich, pero Heinrich le había hablado tanto de su ciudad que no se sintió extraño en ningún momento.

Al salir de la Münche Hbf le saludó una brisa de aire fresco. Se detuvo en un quiosco de periódicos de la plaza Elisenhof para buscar una guía de la ciudad. Cuando la señora que atendía el negocio, envuelta en una gruesa bufanda, se dio cuenta de que era extranjero, le preguntó en un inglés muy germano si podía ayudarle.

Pablo compró una guía con un plano de la ciudad y lo abrió para preguntar dónde estaba el castillo. La quiosquera sonreía y negaba mientras señalaba con su dedo el centro histórico donde estaba la catedral y todos los monumentos importantes.

—*No, castle very ugly* —le dijo.

Era difícil hacerse entender. Pablo sabía que el castillo no estaba entre los monumentos más recomendables, sabía que en gran parte era una construcción nueva porque había sido destruido durante la segunda guerra mundial, como la mayoría de los vestigios muniqueses, por las tropas aliadas y que si existía era porque los alemanes lo reconstruyeron tras la guerra, en un intento de personalizar un poco sus ciudades devastadas y unirlas sentimentalmente a su pasado, pero la señora seguía haciendo aspavientos.

—*Castle, castle* —insistió perseverante con una sonrisa agradecida.

Con resignación, la vendedora empezó a buscar en el plano abierto y marcó con su grueso dedo un punto en el norte de la ciudad donde aparecía un símbolo similar a un castillo.

—*Moosach, Moosach* —dijo con la boca muy abierta—. *Go to the North on the bus number 68. Take it just here. Stop in the Nymphenburg Gardens. There is das Schloss.*

—*Ok, ok. Thanke sheen.*

La quiosquera desplegó una enorme sonrisa poniendo en evidencia su claroscura dentadura destartalada.

El autobús 68, que llegaba hasta el barrio de Moosach, apareció en un instante. Se subió y permaneció de pie en el pasillo, agarrado a la barra, mientras repasaba su única pista, el apartamento de Heinrich, o

al menos la dirección a la que le enviaba las cartas:
12, Aiblinger Strabe.

Se agarró a su rastro como un náufrago a un trozo de madera a sabiendas de que, a buen seguro, a él no lo encontraría. Después de todo lo ocurrido, y de lo que le contó el profesor Heintz, era más que probable que la casa de Heinrich estuviese abandonada, pero tampoco tenía nada que perder.

Sabía por qué zona encontrarla porque en una ocasión él le escribió que solía dar paseos cortos hasta el castillo de Munich y que a veces se sentaba junto a su deteriorada muralla en las tardes de verano.

El autobús paró junto a unos grandes jardines y conjeturó que eran los jardines de Nyphenburg que le había indicado la vendedora de periódicos, aunque también podrían haber sido los que rodeaban el antiguo Estadio Olímpico. Eran, en todo caso, unos jardines modernos desde los que se avistaba a lo lejos un palacio. Había un cartel con una flecha que lo anunciaba como el palacio de Amalienburg, y debía de ser uno de los pocos supervivientes del bombardeo porque tras su nombre rezaba: «Siglo XVIII. François de Cuvilliés».

Guiado por su plano, tomó la Auffahrtsallee en dirección al castillo y en pocos minutos lo encontró, triste y desangelado, demasiado artificial para ser una fortaleza medieval. Al girar hacia la Prinzenstrabe cambió bruscamente el paisaje y las grandes avenidas dejaron paso a callejuelas recoletas y rancias. Una de las calles que cruzó alejándose del parque era la calle Aiblinger Strabe, la cogió y se detuvo frente al número doce. Era un edificio de pocas plantas, muy bien cuidado y con aspecto de guardar cierto lujo en su interior.

Había una señora oronda, que podía ser la portera, jalonando la puerta. Pablo dudó un momento, no contaba con encontrar a nadie, pero también sabía que no podría descubrir nada interesante si no preguntaba a cualquiera que viviese por allí cerca.

No era el mejor día para hacer nuevos amigos, llevaba dos días sin afeitarse y la noche en vela le había marcado unas ojeras negruzcas que amenazaban con devorar sus ojos hundidos y perdidos en sus órbitas. Pensó en su aspecto, que más parecía el de un mendigo que el de un profesor de universidad, pero no tenía elección, de suerte que cruzó la calle y se enfrentó a la guardiana de la finca.

— *Gutten morgen* —agotó de un plumazo casi todo su conocimiento del alemán.

—*Morgen* —respondió sonriendo la señora.

—*My friend Heinrich Mayer lives here*.

Aunque le sobrasen algunas palabras, la bedela entendió perfectamente el nombre de Heinrich. Como si le hubieran hablado del mismísimo diablo, cambió radicalmente su expresión y empezó a

elevar el tono de voz en un alemán ininteligible.
Pablo quiso calmarla repitiendo la palabra *friend* varias veces pero la señora no paraba de bramar gesticulando con el índice hacia fuera. Entre sus gruñidos quiso entender que decía «policía», lo que le hizo suponer que le exhortaba a marcharse con prontitud.
Los transeúntes pasaban de largo mirando; de soslayo; la situación empezaba a ser muy embarazosa para él que, parado frente a aquella mole vociferante, con su aspecto de pedigüeño o, aún peor, de delincuente, tenía todas las papeletas para salir de allí mal parado o incluso agredido por alguien.
Estaba a punto de largarse, mas se resistía a abandonar su única pista. Para llegar hasta allí había hecho un largo viaje y, al fin y al cabo, sólo quería alguna indicación sobre su amigo, algún indicio de dónde encontrarlo y como única recompensa tenía a aquella energúmena que no paraba de gritar.
—¿Se puede saber qué diablos le pasa? —increpó entonces con los ojos inyectados de ira.
De repente se hizo el silencio, la portera se quedó petrificada con las retinas clavadas en los labios de Pablo.
—¿Entiende el español? —apuntó él finalmente.
—Sí —fue su única respuesta.
—¿Es usted española?
—No, pero eso ahorra no imporrta. Dígame cuál es su nombrre.
—¡Esto si que es bueno! Hace un momento me estaba echando como a los perros y ahora se preocupa por mi nombre. ¿Puedo saber qué pasa?
—Escúcheme bien, o me dice su nombrre o llamo ahorra mismo a la policía, usted elige.
La respuesta no se hizo esperar.
—Me llamo Pablo Luna.
Los ojos de aquella mujer se abrieron estrepitosamente y su enorme cuerpo empezó a temblar como un flan. Igual que un animal receloso, oteó de reojo a un lado y a otro, y cogiendo del brazo al joven, lo introdujo en el portal.
—Sígame —le dijo tomando la delantera.
Pablo la siguió sin rechistar por un pasillo oscuro. Del bolsillo de su bata sacó un manojo de llaves y con una de ellas abrió una puerta por la que pasaron entrando en una lúgubre habitación que Pablo supuso que sería la portería.
—¿Qué sabe usted de Herr Mayer? —preguntó en voz baja pero tan alterada que no podía frenar los tics que movían su cabeza.
—Últimamente nada, simplemente soy su amigo y le estoy buscando.
—Escuche, jovencito, Herr Mayer es buena persona que nunca hace daño a nadie. Hace dos meses que no le veo por aquí y eso me

inquieta mucho.
Pablo permanecía callado.
—Me dijo que quizá tenía que trabajar por un tiempo fuera y que podría estar ausente. Lo primero que pensé es que quería ir con Ingrid, pero inmediatamente me dio una llave de su casa y me dijo que era posible que viniesen buscándola algunas personas. Insistió varias veces en que no podía entregársela a nadie más que a un amigo especial español que se llamaba Pablo Luna.
Pablo enclavijó la mandíbula, jamás hubiese imaginado lo que acababa de oír.
—¿Ha entrado usted ya en su casa? —preguntó.
—Oiga, ¿por quién me toma? —respondió ella indignada.
—Disculpe, disculpe —reaccionó—. Sólo quería descartar que el profesor estuviese dentro.
—El profesor no está dentro. Aquí la tiene —añadió dándosela—. De todas formas ya no la necesitará.
—¿Ah, no? ¿Por qué?
—Porque esta noche ya han entrrado por la fuerza otros señores y han destrozado la puerta. He llamado a la policía y ya han venido por la mañana pero me han dicho que no toque nada y se han vuelto a marchar.
—¿Han entrado? ¿Los pudo ver? ¿Cómo eran? ¿Cuántos?
—Los vi pero no podría reconocerlos. Debían ser las tres de la madrugada cuando oí ruidos y pensé que por fin había regresado Herr Mayer. Me puse la bata y subiendo por esas escaleras me crucé con cuatro hombres que bajaban como locos. Uno de ellos me atropelló y me tirró al suelo. Casi me mata el muy bestia.
Con la llave en la mano, subió apresuradamente los escalones seguido de la portera, que no paraba de refunfuñar. Cuando estuvieron frente al apartamento se encontraron con la puerta forzada y abierta.
—Señor, yo creo que no debería entrar. Si la policía vuelve va a pensar que usted es un ladrón.
Pablo no lo dudó, con un pañuelo empujó el pomo y se adentró en la vivienda. En el interior parecía haber pasado un tornado; el suelo estaba repleto de trozos de cristal, porcelana, ropa y libros... habían revuelto todo de una manera salvaje, no era de extrañar que se hubiese despertado la portera, pues el apartamento estaba completamente desvalijado y, por la brutalidad con que parecía estar hecho, el jaleo debió ser atronador.
Los asaltantes habían buscado en todos los recovecos, en todos los cajones, dentro de todos los libros... No se atrevió a tocar nada por temor a dejar huellas. En cualquier caso, pensó que no quedaría nada en aquel amasijo de papeles, vidrios y metales que ya no hubiesen visto y requisado los que entraron antes.

Al salir, la señora le escrutó turbada, sedienta de alguna explicación.
—Han revuelto todo —le dijo él aturdido—. No sé que buscaban pero seguro que lo que sea ya no está en el apartamento. ¿Qué cree que le ha pasado al profesor?
—No lo sé —la mujer lloriqueaba desconsolada—. Él es un hombrre bueno, nunca molestó a nadie, no recibía visitas, se mostraba amable con los vecinos, siempre sonriendo, no puedo entenderlo.
Sacó un pañuelo del bolsillo de su bata y se lo restregó por la nariz, se la veía con ganas de hablar tras su largo silencio.
—Aquí vino con su pequeña Ingrid cuando acababa de enviudar. Dicen que quería olvidar todo su pasado para aliviar su dolor por la muerrte de su esposa. Al principio se le veía bastante afectado pero entrre los dos se ayudaban y estaban saliendo hacia adelante.
Caminaba torpemente hacia el rellano de la escalera junto a la portería. Su tez pecosa y blanca se le había enrojecido por el acaloramiento.
—Hace un año que su hija se fue de aquí —continuó—, pero de una manerra muy normal, sin peleas, ni broncas ni nada. Crreo que se fue a estudiar a una universidad de no sé dónde. Venía cada poco tiempo con la maleta llena de ropa sucia (lo sé porque pasaban varios días con los tendederos de ropa a tope) y en esos momentos se les veía muy felices.
Se sonó otra vez la nariz y se frotó con el pañuelo los ojos para secarse las lágrimas que los empañaban.
—Aunque si quiere que le diga la verdad, algo raro debió pasar últimamente. Hacía por lo menos trres meses que Ingrid no venía por aquí, de manera que una tarde que me encontré al profesor bajando las escaleras le dije: «¡Cuánto tiempo sin ver a Ingrid! Ya estará a punto de venir ¿no?». Recuerdo que se paró un instante y me respondió: «¿Quién sabe lo que nos deparará el futuro, Bárbara? Un padre sólo quiere el bien para sus hijos, aunque eso a veces signifique dolor y sufrimiento. Se lo dice un viejo».
—No me gustó —continuó—. Sabía que todo aquello sonaba a final y no me gustó nada.
Las razones que llevaron a Ingrid a salir de casa resultaban una vez más confusas, aunque el retrato que hacía aquella mujer de la situación dibujaba a un Heinrich resignado y convencido al mismo tiempo.
—¿Le dijo algo Herr Mayer cuando le dio la llave para mí? —Nada. Tal como le dije, lo único que mencionó es que no podía darle esa llave a nadie más que usted.
De repente, a Pablo se le iluminó la cara.
—Dios mío, no será que...
—¿Cómo dice? —preguntó desorientada.

Se dio la vuelta y salió corriendo hacia el piso de Heinrich.
—¿Qué hace? ¿Se ha vuelto loco? —le regañaba la mujer.
Subió los escalones de tres en tres como si se acercase el fin del mundo y se paró junto a la puerta del apartamento con la llave.
—¡Eureka! ¡Claro! ¡Claro! ¡Claro!
La portera, que había remontado las escaleras trabajosamente, estaba desconcertada por la reacción del joven.
—Esta llave no es de esta puerta —gritó rebosante de felicidad.
—¿Ah, no? No entiendo nada entonces.
—¿Sabe dónde está la oficina de correos?
—¿Qué?
—La oficina de correos, *die Deutsche Post* —improvisó—. ¿Dónde está?
La guardiana tomó distancia, por momentos creyó estar frente a un loco.
—En Arnulf Strabe, junto a la estación de trenes —musitó asustada.
—Escuche, ahora tengo que marcharme, muchas gracias por su ayuda, de verdad que no tengo palabras para agradecerle lo que ha hecho por mí.
—No tiene por qué hacerlo, pero no deje de avisarme si sabe algo del prrofesor, yo no puedo vivir con esta angustia.
—No se preocupe, así lo haré. Tenga, le dejo mi teléfono de Madrid —dijo apuntando su número en un trozo de papel—. No dude en llamarme si lo cree oportuno. Por cierto, ¿dónde aprendió tan bien el español?
—Mi marrido es de Badajoz. Lleva cuarenta años viviendo aquí pero nunca consintió aprrender alemán, de modo que me tocó a mí aprrender su idioma. —Y sus palabras sonaron a enojo y resignación.
Tenía prisa, salió del edificio sin poder parar de correr, presentía que llegaba tarde, que había perdido demasiado tiempo.
El cielo estaba encapotado, una negra cubierta de nubes oscurecía el día hasta casi convertirlo en tenebroso.
Cuando tomó el autobús para dirigirse al centro de la ciudad se desató una tormenta. Le había pedido al chofer que le indicara la parada más próxima a la oficina central de correos y se quedó de pie junto a él para que no se le olvidase aunque si, tal como le habían indicado, estaba junto a la estación de tren, seguro que sería la misma que había tomado en el camino de ida.
El autobús avanzaba trabajosamente bajo la repentina tempestad, mientras Pablo se balanceaba agarrado a la barra con su bolso en bandolera.
En la misiva que Heinrich le había enviado a Madrid le decía que tenía que enviar la respuesta a un apartado de correos, nada de teléfono, nada de dirección particular; para él, ése era el sitio más seguro en Munich, el único en el que dejaría cualquier cosa que

quisiera entregarle.
Podía notar un nudo en la boca del estómago, una sensación de vértigo, de estar en el vórtice de un huracán, lo que, unido a la falta de sueño, se había trocado en una feroz angustia. Miró la llave una vez más y trató de augurar qué se guardaba tras ella sin que se le viniese nada a la cabeza, sólo imágenes descabaladas, objetos desordenados e ideas sin sentido.
El autobús se detuvo en una nueva parada y el chofer le hizo una señal inequívoca de que ésa era la suya.
El firmamento parecía estar cayéndose, caía una tromba de agua como si el mar se hubiese abierto en canal sobre sus cabezas. La visibilidad era muy escasa, apenas unos metros, la suficiente como para darse cuenta de que habían desaparecido los viandantes y que el suelo era un mar de charcos y regueros de agua como torrentes. Las alcantarillas rebosaban, incapaces de tragar todo lo que les llegaba y para caminar había que sumergir los zapatos en el agua.
Al bajar del autobús tardó en encontrar un portal donde protegerse, tanto que se empapó hasta la médula; allí permaneció unos segundos sin saber muy bien qué hacer, no había nadie a quien preguntar, tan sólo se veía el regato que el temporal descargaba con furia.
Tenía que seguir, algo le decía que el edificio que buscaba lo tenía enfrente y que llegaba tarde, así es que se armó de valor y corrió a la intemperie para alcanzarlo.
Las gotas chocaban contra su cuerpo por miles como puñales mientras sus pies buceaban bajo los charcos. Galopó cuanto pudo pero al llegar comprobó que lo que tenía delante no era el edificio de correos. Desesperado, miró a su alrededor y vio a lo lejos una fachada de piedra de la que pendía una bandera.
—¡Allí es!
Advirtió sus ropas empapadas y el contacto de la lluvia fría en todos los poros de su piel. Mientras corría envuelto en agua y viento echó un vistazo a su bolso, que estaba totalmente calado. No le importaba su ropa pero temía que se mojase el libro y con él el mensaje de Köerting, de manera que lo protegió contra el cuerpo. Se apresuró hasta el edificio, que resultó ser el que buscaba, lo delataban sus dos buzones en forma de cabezas de león con la boca abierta para permitir la entrada de envíos postales. Al entrar se detuvo para darse un respiro, buscó algo para secarse al menos la cara y el cuello, pero no halló nada. Resuelto a dilucidar cuanto antes si la que tenía era la llave del buzón, se adentró en el inmueble dejando tras de sí un reguero de agua.
El edificio era alto y luminoso, con muchas ventanillas donde se arremolinaba la gente esperando su turno, aunque una buena parte de los presentes simplemente esperaban a que cesase el chaparrón para

marcharse. Como todos los carteles estaban en alemán le costó trabajo orientarse. Su aspecto era lamentable, asido a su maleta harapienta, ojeroso y sin afeitar y ahora empapado como una sopa; los que pasaban por su lado le miraban con recelo, quizás con temor de que se tratase de un degenerado o un terrorista, y se alejaban discretamente de él.

Fue tal vez eso lo que le hizo pensar que podía estar siendo observado, que el asunto del apartado de correos podía haber sido desvelado y que, a falta de la llave, alguien le podría estar esperando como el cazador a su presa.

Por fin vio un sinfín de buzones orientados en filas y columnas que ocupaban una larga pared del edificio, de tal altura que para acceder a los de arriba había que utilizar una escalerilla móvil que había a disposición del público.

No sabía cómo proceder, por lo que prefirió ser cauto y observar un buen rato antes de actuar. Se apostó junto a una columna y se puso a inspeccionar discretamente todos los movimientos como una lechuza desde su atalaya.

Algunos personajes llamaron su atención: un señor con gabardina sentado en un banco solitario, dos jóvenes que no estaban en ninguna cola y que se susurraban cosas al oído, una mujer con la cara tapada por el gorro de un chubasquero... demasiados individuos sospechosos merodeando por allí, alguno de ellos podía estar esperándole.

Así estuvo un buen rato, tal vez una hora o más, hasta disipar todas sus dudas, demasiado como para que el aguacero no empezase a hacer efecto en su cuerpo. El frío y la humedad se habían apoderado de sus huesos, el líquido había penetrado como un ejército destructor de soldados diminutos inundando todos sus músculos. El sueño y la tensión acumulados no hacían sino contribuir a un estado de profunda debilidad. De repente, percibió que en su interior algo se derrumbaba estrepitosamente, un temblor incontrolable se adueñó de su organismo, la vista empezó a emborronársele y el suelo se tambaleaba a sus pies. Tuvo la extraña sensación de perder la energía, de sucumbir de un modo fulminante, de estar a punto de caerse para no levantarse jamás, de encararse al fin de su existencia.

Todo sucedió muy rápidamente.

Quiso salir de allí, pero antes de perder la conciencia tenía que ver el contenido del buzón, si es que había algo.

Se acercó torpemente a la batería de cajas metálicas sin importarle ya si estaba siendo observado y buscó entre todas la 3.824.

Todo a su alrededor se deformaba, se acercaba y se alejaba de un modo desordenado sin guardar una forma fija. Una voz interna le alertó del desastre, por momentos se vio desvanecer, un ruido agudo y metálico como el de una bocina repiqueteaba en sus oídos.

Por fin encontró el casillero; estaba en la fila de arriba, lo que obligaba a utilizar la escalerilla para acceder a él. Ni siquiera estaba seguro de que aquella llave era la que podía abrirlo, pero ya no era hora de dudas o marcha atrás.

Hizo acopio de todas sus fuerzas para acercar la escalera y subir sus peldaños. Desde arriba se agarró a la barandilla para no desfallecer y, cuando introdujo la llave, ésta entró suavemente. Sin oponer tampoco ninguna resistencia giró hacia la izquierda. Abrió la portezuela del casillero, palpó en su interior y encontró un libro. Lo extrajo y volvió a meter la mano para cerciorarse de que no había nada más, el compartimiento estaba vacío.

Aún tuvo tiempo de mirar el título:

The Land of the Hitites by John Garstang London, 1910

Estaba abatido, enfermo, casi inconsciente. Bajó lentamente los escalones y puso toda su voluntad en salir de aquel sitio hacia algún refugio, hacia algún lugar donde recuperar la vida que sentía escapar. El libro era pesado, se veía antiguo, pero ahora no era el momento de pararse a hojearlo, sólo se preocupó de guardarlo en su bolsa y de asegurarse de que no había perdido nada de su interior.

La calle lo recibió con el mismo cielo violento que había visto a su llegada; la cellisca seguía desatando toda su furia y el cielo, negro como el corazón de un asesino, parecía anunciar el fin del mundo.

Encontró un taxi apostado junto a la acera.

«Un regalo divino» —pensó.

Cuando se introdujo en él, el chófer lo miró extrañado y molesto por la cantidad de agua que estaba metiendo en su vehículo y esperó unos segundos a que atinase a decirle algo.

— *Königsplatz* —fue lo único que se le ocurrió, una plaza céntrica en la que podría encontrar refugio y amparo.

El auto se deslizó ignorante en un mar de lluvia por calles intransitables hacia su destino, mientras él se debatía por mantener la consciencia, atenazado por el temblor y con la vista nublada. Un golpe de tos soliviantó al conductor, que debía pensar que su cliente estaba drogado o borracho y a punto de perder el conocimiento.

Poco después, el chófer aparcó junto a una acera y le dirigió la palabra lo que hizo colegir que habían llegado. Extrajo unos billetes de su bolsillo y pagó sin comprobar si la vuelta era o no correcta.

Al salir del vehículo se topó con una cabina telefónica vacía y entró en ella. Fue un acto reflejo, sin premeditación, acaso buscando el resguardo del aguacero que comenzaba a amainar, y el calor del corazón que notaba desangelado. Aún tuvo fuerzas para marcar el teléfono de Rosa antes de tambalearse con el auricular pegado a su oído.

Tras unos segundos oyó su voz y le pareció que era lo más dulce que

jamás hubo escuchado.
—Diga, diga —dijo ella desde el otro lado. ¿Quién es? ¿Oiga?
—Rosa —respondió al fin simulando encontrarse bien.
—¿Pablo? ¿Eres tú?
—Rosa, necesitaba oírte.
—¿Qué ocurre, Pablo? ¿Te encuentras bien?
Las respuestas tardaban en llegar porque su cabeza trabajaba a ralentí y porque se esforzaba en mostrarse ordenado y con la situación controlada.
—Perfectamente —mintió—. Pero quiero que sepas que te echo mucho de menos.
—Y yo a ti, tonto. ¿Cuándo acaba ese dichoso congreso? ¿Cuándo vas a volver?
Los ojos se le humedecieron y un nudo se cruzó en su garganta amenazándole con explotar en llanto, por lo que trató de abreviar.
—Pronto, ahora tengo que dejarte. Te llamaré dentro de unos días. Cuídate.
—Tú también, llámame por favor si te encuentras aburrido.
Al colgar no pudo sino romper a llorar, por él, por Heinrich, por Rosa, por la sinrazón y el sinsentido. En la más despiadada soledad, permaneció un tiempo dentro de aquella cabina buscando el rumbo de su vida y acopiando fuerzas para seguir haciéndole frente, tanto tiempo, que cuando quiso darse cuenta ya no llovía, aunque nada hacía presagiar que no hubiese más tempestades.
Salió renqueante a cielo abierto y navegó vacilante por las calles deshojadas de vida hasta que por fin encontró un hostal, un lugar donde, sin saber por qué, preguntó por albergue y cobijo y, como lo halló, lo usó como refugio de presa herida.
Después vinieron horas de vacío y soledad. En la habitación, que estaba lo suficientemente caldeada como para recuperar a un tísico, cayó rendido. Cuando abrió los ojos tuvo la sensación de tener clavadas agujas en sus retinas y pesadas cargas atadas a pies y brazos.
Se encontró desnudo y acurrucado bajo sábanas de franela y mantas. Olía a humedad requemada, había calcetines empapados, pantalones húmedos y zapatos hinchados de agua esparcidos por el suelo. Su pequeña valija y el libro antiguo estaban sobre una solitaria silla. Necesitó algunos minutos para recomponer la situación, su mente trabajaba despacio, como falta de energía. Poco a poco fueron llegando las imágenes del pasado, de la estafeta de correos, del diluvio, del taxi, del hostal…
Contempló el reloj y vio que eran las cuatro, pero no podía saber si de la madrugada o de la tarde, porque la única ventana al exterior estaba cerrada a cal y canto.
Estaba vivo y eso era lo único importante, débil, con un martilleante

sonido en la cabeza, pero vivo al fin y al cabo.
La falta de fuerzas le mantenía en un estado de semiinconsciencia, postrado en el jergón y dormitando en un letargo involuntario. La siguiente vez que se despertó estaba empapado en sudor y con la boca seca.
Esta vez tuvo fuerzas para levantarse. El suelo era una superficie voluble y tornadiza y las paredes esquivas, la cabeza le bamboleaba mientras avanzaba buscando un punto de apoyo.
Tuvo que sortear las ropas resecas esparcidas por el suelo hasta llegar a la silla donde se encontraba el libro, lo tomó y se sentó con él en el borde de la cama.
Era una obra vieja de gruesas pastas de cuero marrón y letras bordadas en oro.

The Land of the Hitites by John Garstang London, 1910

Pasó suavemente las yemas de los dedos por las letras de la portada y percibió el dulce tacto del cordobán grabado en la piel.
Cuando lo abrió le pareció estar ante una obra de arte, una reliquia guardada con celo durante años y perfectamente conservada.
La encuadernación era antigua, a la veneciana, y las hojas estaban cortadas con precisión y cosidas cuidadosamente al lomo con un tupido hilo blanco que formaba una gasa. La primera página era una reproducción exacta de la portada, a la que sólo se le añadía la editorial londinense llamada Burthon. Después, una hermosa tipografía sobre papel grueso y varios grabados hechos a tinta con una paciencia de santo.
El índice no dejaba lugar a dudas; al más puro estilo enciclopedista del siglo XIX el autor repasaba todo lo relativo a la vida del pueblo hitita. A los clásicos capítulos de reyes, ciudades y batallas, se unían otros de dimensión más humana y seguramente más fantasiosa, como las costumbres, los rasgos de sus hombres y mujeres, sus rituales, sus vestimentas y los adornos que decoraban sus casas.
La edición era muy limitada, tan sólo mil ejemplares, lo que significaba que muy pocas personas habían podido apreciar el esfuerzo hecho por Garstang y el mérito de poner en un solo tratado todos los detalles conocidos, deducidos o imaginables de un pueblo hasta entonces casi ignorado.
Al correr las hojas pellizcándoles el borde apareció una nota de papel en el interior del libro. Tragó saliva para aliviar la sequedad de su boca. Una vez más, era una hoja manuscrita con la inconfundible letra de Heinrich, lo que corroboraba que estaba siguiendo los pasos que su amigo había planeado.

Querido Pablo:

Hoy he decidido escribirte esta nota por si las cosas no marchan tal como yo quisiera. Confieso que la desaparición de Güttec ha trastocado mis

planes. Debo empezar pidiéndote perdón por meterte en este asunto pero, después de pensarlo mucho, creo que de todas las personas que conozco tú eres quien mejor puede ayudarme y al mismo tiempo resultar menos sospechoso para ellos. Tu profesión, sin duda, te ayudará y, además, el hecho de ser español debe facilitar las cosas. En todo caso te ruego que me sepas perdonar. No podré ser muy explícito porque si no eres tú quien encuentra este libro puede ser otro quien lo haga y pondría en peligro a muchos inocentes. Si has llegado hasta aquí, si estás leyendo esto ahora, sólo puede ser porque no hemos podido vernos o contactar o, si lo hemos hecho, no he tenido la oportunidad de hablarte de algo que descubrí hace algunos meses, de un secreto guardado durante años. Yo aún no sé de qué se trata exactamente y tampoco estoy seguro de tener la oportunidad de descifrarlo, pero de lo que estoy seguro es de que hay algo importante dentro del arca. Ellos lo saben, no me preguntes cómo y, además, saben que Helmuth y yo encontramos los escritos de Köerting.

Si, por las razones que sean, no puedes hablar conmigo, consigue la carta de Köerting; la tenía Helmuth Güttec, al que pedí que se desprendiese de ella, que la escondiese en un lugar seguro que yo le indiqué con unas claves que sólo tú podrás adivinar. Espero que lo haya hecho. También le pedí que te la entregase si te presentabas por el seudónimo que me dijiste que estabas usando en los artículos que estás publicando (y créeme, no ha podido ser más oportuno), pero eso ya no es posible.

Con la carta podrás saber el camino que debes seguir para recomponer el mensaje encriptado.

Hacen falta las dos partes para desvelar la incógnita. Así fue como lo dispuso Köerting. Esa carta te ayudará a seguir a partir de donde yo lo he dejado. Nadie sabe por mí que tú estás en esto.

Si te ves incapaz de encontrar el secreto, destruye esta nota y, sobre todo, la que te di en Colonia.

Espero que te guste esta obra que es, francamente, una joya. Cuídate, tu amigo

Heinrich

Las notas escritas dentro de libros se estaban convirtiendo en la forma favorita de comunicación de su amigo. Buscó un grifo donde saciar su sed y, al levantarse, se notó todavía débil y trastornado.

Estaba seguro de haber oído el nombre de Güttec, aunque no podía recordar dónde; tampoco tenía el cuerpo para acertijos, los tímpanos estaban a punto de estallarle y aún notaba la humedad del agua de lluvia fría pegada a sus pulmones.

Sólo había tres cosas que podían reconfortarle: el descanso, una taza de caldo caliente o la presencia de Rosa, pero sólo tenía acceso a la primera de ellas, así es que volvió a recostarse en la cama acurrucado bajo las gruesas mantas y las sábanas de franela.

Así pasaron las horas, tal vez un día completo o quizás incluso

más. Lo que le despertó finalmente fue el hambre, un hambre perruna de pobre desahuciado que le mordía el estómago sin consuelo.

Se levantó desorientado y se enfundó las ropas acartonadas por el diluvio con el ánimo de regresar al mundo. Dudó un momento sobre si llevarse su equipaje consigo y marcharse o esperar a estar un poco más recuperado antes de desaparecer. Se decantó por lo segundo y solamente se limitó a guardar el libro de pastas de cuero marrón dentro de un cajón del armario.

En el mostrador de la recepción del hostal había un hombre dormitando que le miró con sorpresa y curiosidad. Pablo le saludó y le preguntó que donde podría comer algo en un inglés que pareció entender. Entonces supo que eran las cuatro y media de la madrugada.

Salió con las indicaciones recibidas y caminó por unas calles solitarias y estrechas. Al caminar comprobó que sus músculos estaban aún rígidos y desentrenados, como salidos de una larga agonía. Cerca de la Königsplatz había varios locales que no cerraban en toda la noche y donde se podía comer a cualquier hora hamburguesas y salchichas, además de bebidas calientes y copas.

Entró en uno que estaba muy animado con una barra larga llena de crápulas que apuraban sus últimas copas y carcajeaban ruidosamente Apuró hasta tres hamburguesas, a pesar de que éstas no estaban entre sus platos favoritos, con una taza de café caliente. El chico que le servía, que ya lo había comentado con alguno de sus compañeros, le hizo una broma con la cuarta y Pablo rehusó azarado.

Fue entonces cuando recordó dónde había oído hablar de Güttec, lo percibió como si su cerebro empezase a recibir un reguero de sangre nueva y se desperezase lentamente de un letargo. La imagen de Julio hablándole de él durante la cena en el restaurante Hartzenbush de Colonia apareció limpia como una patena. Güttec había estado envuelto en la polémica sobre si se debía o no celebrar el cincuentenario de la muerte de Köerting y creía recordar que estaba a favor de hacerlo.

El cálido y estimulante café en el estómago y la brisa de la madrugada en el camino de vuelta al hostal le reconfortaron el cuerpo y le abrieron la mente hasta rescatar los recuerdos de aquella cena. Ahora lo recordaba nítidamente: Güttec estaba muerto, había muerto en su casa, plácidamente, mientras leía el periódico junto a la chimenea.

Los fragmentos de la trama se seguían acoplando mágicamente. Heinrich había escrito la misiva después de la muerte de Güttec, él mismo reconocía que sus planes «se habían trastocado» tras su desaparición y que ya no era posible hablar con él. Exasperado por haber perdido el único amigo que podía ayudarle, optó por involucrarle a él y por eso le escribió a Madrid pidiéndole que viniese.

Eso significaba que Heinrich había redactado la carta hacía poco; de

hecho, debió ser él mismo quien recogiese la confirmación de que vendría al congreso que había enviado al apartado de correos hacía tres semanas.
No quiso desanimarse, no estaba en condiciones de poner su cuerpo a prueba de dificultades, de manera que se dispuso a distraerse caminando sin rumbo. Eso le permitiría también respirar un poco de aire fresco y fortalecer un poco sus músculos entumecidos.
Las callejuelas del barrio antiguo de Munich se revelaron desnudas, y sus pasos, esquivos de los charcos de la reciente lluvia, resonaban con ecos roncos en las aceras enlosadas. Mirando el enjambre de caminos de su alrededor, volvió a recordar a Heinrich y las historias de su ciudad que tantas veces había oído o leído.
No pudo evitar volver a recordar la nota del libro que le dejó su amigo en la estafeta. Sin Güttec, el futuro se le antojó más complicado, la suerte, caprichosa, cambiaba de dirección y se le ponía una vez más en contra.
Un golpe seco de tos le recordó que aún estaba convaleciente.
Enfrascado en sus pensamientos, y con el sabor amargo de la desesperanza, se volvió al hostal sin saber qué sería de él.
La universidad le pareció el único lugar de la ciudad donde encontrar el rastro perdido.
Pagó y salió.
Aquel lunes de invierno, el recinto de la Universidad de Munich amaneció bañado de tonos marrones de árboles desnudos y repleto de estudiantes forrados en ropa. Una ligera niebla difuminaba todo, dando al entorno un aspecto de imágenes espectrales.
Pablo, envuelto entre una muchedumbre que se movía de un modo decidido y apresurado, dudó un momento antes de entrar en el edificio de la Facultad de Arqueología. Cuando traspasó la puerta se encontró un gran vestíbulo que, en realidad, era el patio central del pabellón y desde donde subían escalinatas por doquier a la mayoría de las aulas que se ubicaban en plantas superiores. Se entretuvo curioseando los tablones de anuncios apostados en los extremos de la nave, donde encontró una multitud de escritos desordenados, pegados con chinchetas y que seguramente respondían a notas de exámenes y advertencias del profesorado respecto a determinadas asignaturas.
En una esquina vio un pasillo por donde entraban de vez en cuando hombres con trazas de profesores. Junto al corredor, y adosado a una gran pared, había un enorme clasificador de correspondencia de madera, compuesto por numerosos compartimentos donde observó que se apilaban cartas y paquetes.
Al acercarse comprobó que se trataba del lugar donde los profesores recibían la correspondencia; estaba ordenado alfabéticamente, de manera que no pudo evitar dirigir su mirada a la M, donde encontró

un apartado que rezaba: Mayer, Heinrich.
Se hallaba vacío, a diferencia del resto, que tenía papeles dentro. La estafeta de Heinrich estaba vacía como si nadie le hubiese mandado correo en los últimos meses o como si alguien estuviese sistemáticamente recogiéndolo...
Un escalofrío le recorrió el alma cuando presintió que una siniestra mano se ocupaba de retirar secretamente todo lo que se recibiese en aquel casillero.
Con el pulso acelerado continuó mirando el nombre de los profesores y se le ocurrió buscar el de Güttec. El casillero aparecía con un cartel donde el nombre había sido borrado a mano y se había escrito encima otro nombre: Dietzler, Klaus. La corrección había obligado a transgredir el orden alfabético.
Había algunos documentos por recoger pero no tuvo el suficiente arrojo como para acercarse y constatar a quién iban dirigidos.
De repente, cruzó delante de él Robert Heintz, el profesor que conoció en el interrogatorio del incidente del Congreso de Colonia, y sintió un impulso irreprimible de abordarle.
—Profesor —le gritó, viendo que se le escapaba.
Heintz se volvió y le miró ofuscado.
—Profesor, es posible que usted no se acuerde de mí, nos conocimos hace unos días en Colonia.
—Por supuesto que me acuerdo de usted, joven, yo nunca olvido una cara; sin embargo, usted sí que parece olvidar los consejos de sus mayores.
Agachó la cabeza un instante pero acto seguido arremetió de nuevo.
—Profesor, es preciso que usted me ayude y sé que sólo usted puede hacerlo ahora.
—Escuche, hijo, este asunto se está poniendo feo. Como usted bien sabe, la policía ya está interviniendo y eso nos deja a nosotros fuera del circuito. Debe usted confiar en nuestros cuerpos de seguridad, que indudablemente darán en poco tiempo con esa banda de delincuentes comunes y estafadores que embaucaron al profesor Mayer y le limpiaron todos sus ahorros y mucho más.
—Señor —se atrevió a decir—, lo que le pasa a Heinrich nada tiene que ver con eso. Tengo pruebas irrefutables de lo que le estoy diciendo. Nuestro amigo está secuestrado por alguna cosa que investigó en su trabajo y es posible que los raptores estén dispuestos a hacerle daño.
Robert Heintz reaccionó con espanto avistando repetidamente a un lado y a otro para asegurarse de que nadie les escuchaba. Después asió a Pablo del brazo y le llevó tras de sí por el pasillo de entrada de profesores.
—Venga conmigo —fueron sus únicas palabras.

Atravesaron varias puertas y una sala de reuniones de profesores, probablemente el aula donde se celebraban los claustros y, tras otro largo corredor, encontraron una puerta al fondo con un cartel donde podía leerse claramente:
Profesor Robert Heintz.

El viejo sacó una llave de su bolsillo, abrió el despacho y entró junto a su acompañante.

Era una oficina de trabajo, un lugar modesto en el que apenas había espacio para una mesa, varias sillas y una estantería que ocupaba toda la pared y que estaba atiborrada hasta los topes de papeles y libros.

—Empecemos de nuevo —comentó el profesor estirando la mano para estrecharla—, mi nombre es Robert Heintz.

—Pablo Luna —contestó el joven, pasmado mientras tendía su brazo.

—Bien, Pablo —se sentó en su sillón invitando a su acompañante a hacer lo propio en la silla de enfrente—, ¿qué quiere contarme?

Pablo se tomó unos segundos para calibrar hasta dónde podía decir y qué debía mantener oculto por prudencia.

—Conozco a Heinrich desde hace varios años. Desde entonces somos buenos amigos, solemos vernos en congresos arqueológicos e incluso hemos pasado juntos varios días, hablando, discutiendo, compartiendo las cosas que nos interesan. También hace tiempo que nos cruzamos cartas, los dos tenemos la misma pasión, aunque yo lo considero uno de los mejores y yo tan sólo soy un aficionado.

El rostro de Heintz se fue suavizando a medida que el relato le resultaba más creíble.

—Él me pidió que viniera a Colonia porque quería hablar conmigo de algo, habíamos quedado en hacerlo en el congreso, pero finalmente esos señores se lo impidieron.

—¿Y cómo sabe que lo que quería decirle tenía que ver con alguna investigación suya y no directamente con su acuciante necesidad de disponer de dinero para pagar sus deudas?

—Estaba nervioso, dijo que tenía que verme en persona.

—¿Y qué tiene de raro? Estaba nervioso porque le perseguían sus acreedores y quiso que viniese porque ésa era la única forma de que le diese el dinero que necesitaba. ¿No le pediría por casualidad que trajese dinero, no?

—Que va, sólo me pidió que trajese un ejemplar de mi novela.

—Amigo, estoy seguro de que usted quiere ayudar a Heinrich, al igual que yo y que todos los que le conocemos, pero no quiera crear argumentos inexistentes. Heinrich tiene un problema, ha pedido dinero, mucho dinero, seguramente para ayudar a su hija, y ahora no puede devolverlo. No le dé más vueltas, ése es todo el asunto.

Pablo estaba perdiendo la partida. De pronto se vio encerrado en un callejón sin salida, sin Heinrich, sin Güttec, sin Rosa, sin nadie. Heintz

se estaba replegando, la última puerta se cerraba ante sus narices; salvo que pudiese dar un cambio brusco, todo quedaría reducido a una falsa deuda de Heinrich y el resto sería olvidado, el tren de la esperanza estaba a punto de partir, sólo un golpe de efecto podía salvarle.

Entonces decidió tirarse al vacío.

—Heinrich ha descubierto el secreto que encontró Köerting sobre el Imperio hitita.

Heintz se descompuso una vez más. Su tez pasó en un instante del color rojizo y saludable a un alarmante pálido de morgue.

Transcurrieron varios segundos hasta que la voz retornó a su garganta.

—Dígame lo que sepa —dijo marcando lentamente todas las sílabas y mirando fijamente a su interlocutor.

Pablo tuvo miedo, por momentos sintió pánico de haberse equivocado, de haber echado por la borda toda la confianza que Heinrich había depositado en él. Fue el nerviosismo o acaso la consecuencia del enfriamiento de los días anteriores, el caso es que una vez más le sobrevino un ataque de tos ronca, salida de lo más profundo de su pecho.

—Es todo, no sé más, por eso no sé dónde buscarle.

Heintz se levantó con violencia de su sillón, tenía el rostro encolerizado.

—Escuche, joven, si se cree que va a venir aquí incordiándome va usted listo. No sé quién es usted ni qué pretende, pero hay algo que tengo claro, está usted jugando con fuego y el que juega con fuego se quema. Espero que ya tenga establecido adónde acudir cuando prenda la llama porque después de haberle ocultado a la policía lo que quiera que sepa y tratar de embaucarme a mí para que le diga lo que quiera oír es posible que no le quede nadie que le pueda ayudar. Más vale que me diga qué anda buscando si no quiere que le mande a paseo para siempre.

Pablo reculó ante la perorata, su estado convaleciente y la inseguridad del terreno que pisaba le habían suscitado una sensación de enorme amargura. Heintz se percató de su estado de ánimo y le dejó unos segundos en silencio para que recapacitase.

—Heinrich acertó a hablar conmigo unos segundos en el hall de la sala de congresos de Colonia el día que lo secuestraron.

La frase apaciguó de nuevo al germano, que volvió a sentarse en su sillón con las manos cruzadas.

—Me dijo algo de Köerting y de un secreto que había descubierto pero no tuvo tiempo de explicarme nada más porque fue salvajemente apresado por dos tipos que andaban persiguiéndole.

Heintz esperaba algo más, su miraba estaba clavada en la de su interlocutor, pero éste se tomaba su tiempo para reponerse.

—¿Le dijo esto a la policía?
—No, Heinrich también tuvo tiempo de decirme que debía guardar el secreto y no hablarlo con nadie.
—Y por eso viene usted ahora a contármelo a mí —añadió el profesor en tono sarcástico—. Creo que me he perdido algo, ¿no le parece?
—No soy un delator, pero el tiempo va pasando sin que tenga ninguna noticia de él y ya no me queda nadie a quién acudir.
Pablo agachó la cabeza.
—Además, la única persona que según Heinrich podía ayudarme ya no va a hacerlo.
— ¿Ah sí? ¿Y quién es esa persona tan poco colaboradora? —Helmuth Güttec.
Heintz recibió las palabras de Pablo como si se tratara de un golpe de crochet en el hígado. Se quedó inmóvil, como apresado por una cuerda invisible que le impedía todo movimiento.
El teléfono que había sobre la mesa empezó a sonar sin que el catedrático hiciese lo más mínimo para descolgarlo. El repiqueteo continuo resultaba, no obstante, molesto para Pablo, que hubiese preferido que su interlocutor atendiese la llamada.
El gesto del germano permaneció inalterable, sus ojos ausentes y fijos en los de su acompañante y la boca rígida.
—¿Qué sabe usted del profesor Güttec? —terminó preguntando.
—Si no me equivoco, me dijeron que había muerto hace poco.
—Seis semanas exactamente hará mañana —repuso entre dientes. ¿Alguien le dijo cómo murió?
—Un amigo que me habló de la dichosa discusión acerca de la inclusión de la conmemoración del cincuentenario de la muerte de Köerting en el congreso, me dijo que este señor murió poco antes de que se celebrase, un fin de semana en su casa.
Heintz volvió a levantarse y empezó a merodear como lobo hambriento en torno al joven. Parecía estar calibrando cómo actuar. El teléfono ya había dejado de sonar definitivamente.
—¿Le dijeron cómo murió Helmuth? —insistió el profesor.
—Creo que murió plácidamente, junto a la chimenea de su casa.
—Escuche, joven, de todo lo que me ha contado la única cosa que me hace confiar en usted es que haya mencionado a Helmuth Güttec. No sé cómo diablos Heinrich ha podido pedirle que hable con él cuando Helmuth lleva un mes enterrado, es decir, si hay algo que le escribió a usted debió hacerlo hace más de un mes, pero si hubo una persona con la que Heinrich compartió los últimos días antes de desaparecer fue con su amigo Güttec. Cada mañana, cuando me imagino que regresa Heinrich demacrado y harapiento, tiemblo al pensar que debemos decirle que Helmuth ha muerto y que ha sido asesinado.
—¿Asesinado? No es eso lo que me contaron.

—Casi nadie lo sabe, su familia puso mucho empeño en que todo el mundo pensase que había sido una muerte natural, y la policía, que no quería tener muchos moscones alrededor, aceptó de buen grado mientras realizaba la investigación.
Pablo recibió la noticia en silencio, después se levantó de la silla y se colocó frente al profesor. Hasta entonces no había reparado en la figura del profesor Güttec, pero el hecho de que su muerte no hubiese sido natural y que alguien lo hubiese asesinado cambiaba mucho la perspectiva del asunto.
—¿Quién lo mató? —se atrevió a preguntar sin rodeos.
—No se sabe aún, o por lo menos a mí no me lo han dicho, aunque estoy seguro de que tiene algo que ver con la desaparición de Heinrich.
El joven trató de contener la rabia que sentía, si bien no pudo evitar levantar la voz.
—Luego usted sabía que su desaparición nada tenía que ver con ese dichoso rollo del juego que me acaba de volver a repetir.
—Pues claro que lo sabía, de la misma forma que no sé por qué diantre no está entre nosotros; aunque como mucho me temo que el asunto puede ser muy peligroso para él, con la excusa de la deuda pensé que podía espantar a todos los curiosos.
La primera intención de Pablo fue la de coger al profesor por la pechera y zarandearlo como a un sonajero, pero la debilidad que aún arrastraba y lo poco que arreglaría haciéndolo le contuvo. Al fin y al cabo, de nada servía más que para liberar toda la tensión acumulada durante días y quebrar el único vínculo que todavía le unía a su amigo secuestrado.
—Léame los mensajes de Heinrich, tal vez yo pueda ayudarle a encontrarlo —dijo entonces Heintz.
Pablo no le escuchó porque estaba absorto en sus pensamientos.
—¿Cómo fue asesinado Güttec? —preguntó.
—Fue envenenado, al parecer, por lo que he podido saber, con un veneno hasta ahora desconocido para el Departamento de Criminología de la policía, una ponzoña con efectos devastadores en el cuerpo.
—¿Y dónde le pusieron el veneno?
—En el brandy, una botella de brandy que no se sabe dónde compró o quien se la regaló. El caso es que cuando le hicieron la autopsia fue cuando se dieron cuenta de que su muerte no se debió a un infarto; su estómago estaba reventado, el intestino a punto de estallar y el hígado infectado de arsénico. Para entonces ya había corrido el rumor de que se trataba de un paro cardíaco y tanto la familia como la policía acordaron no decir nada en contra.
La escena de su fugaz encuentro con Heinrich brotó de algún oscuro

rincón de su pensamiento hasta acaparar toda su atención. «Si se enteran de que estás en esto te matarán», le había dicho. Ahora ya tenía un muerto, un asesinato que bien podía tener algo que ver con el secreto que Heinrich había encontrado.

—Necesito un poco de aire fresco —repuso Pablo.

—¿Le importa que le acompañe? No tengo clase hasta mediodía y hay una cosa que creo que debo contarle.

El joven asintió, aunque en el fondo de su alma hubiese preferido caminar solo para ordenar sus ideas.

Salieron juntos por la puerta principal del edificio universitario, que continuaba abarrotado de estudiantes que iban de un lado a otro.

El profesor se ajustó la bufanda al cuello para protegerse del frío y se adelantó ligeramente para indicar a su acompañante el camino más seguro para hablar sosegadamente.

Juntos se adentraron en un parque ajardinado con sendas pedestres jalonadas por grandes sauces llorones y salpicado de bancos de piedra que a esa hora estaban ocupados en su mayoría por grupos de alumnos.

Cuando se hubieron alejado del bullicio, Heintz rompió el mutismo.

—¿Qué sabe de Rudolf Köerting?

—Apenas nada —dijo defraudado—, que debió morir hace unos cincuenta años y que se llevó con él a la tumba un secreto que interesa a mucha gente.

—No debe hablar así de Herr Köerting —recriminó Robert Heintz—, él fue un adelantado a su tiempo y uno de los más sobresalientes investigadores de escrituras antiguas que jamás haya existido.

Pablo guardó silencio, estaba irritado pero supo reconocer que el catedrático tenía razón, sus sentimientos hacia Köerting estaban condicionados por el lío en el que estaba metido y, sin darse cuenta, le hacía responsable de todos sus males.

—Además —continuó el alemán—, puedo asegurarle que nada más lejos de su voluntad que levantar este revuelo en torno a su obra. El profesor Köerting era un hombre austero y enemigo de la popularidad, en su tiempo quiso vivir apartado de toda fama, a pesar de que no le faltaron oportunidades de ser popular.

Heintz hablaba seguro, como si la historia del judío la hubiese vivido en primera persona.

—No lo dudo, pero lo cierto es que hoy es más conocido por lo que ocultó que por lo que descubrió —coligió Pablo.

Heintz estaba en desacuerdo, pero no quería discutir sobre temas que tenían más que ver con los sentimientos que con los hechos.

Caminaban deprisa, como si se dirigiesen a algún sitio en concreto y lo hicieran tarde o estuviesen huyendo. Caminaban en silencio,

como novios que acabaran de discutir, sin mirarse a la cara y con el gesto contrariado. A medida que se iban adentrando en el bosquecillo de sauces llorones, la presencia de paseantes era más escasa.

—¿Qué sabe usted de Rudolf Köerting? —preguntó entonces Pablo —. Parece muy familiarizado con su biografía.

Robert Heintz frunció el ceño, al fin y al cabo, no habían tenido tiempo de presentarse adecuadamente, por lo que esa pregunta parecía normal.

—Como puede suponer, yo no conocí a Herr Köerting personalmente. De hecho, yo nací el 10 de junio de 1934, curiosamente el mismo día que él abandonó el país voluntariamente para exiliarse en Polonia.

El joven escrutó al profesor desconcertado.

—Pura carambola, pero es así. Aunque después de veinticinco años sentado en su mismo sillón, rodeado de sus propios libros y ocupando su misma mesa, creo conocerle como si fuese mi propio hijo.

Pablo paró su marcha en seco y le observó incrédulo.

—¿Qué me quiere decir?

—Simplemente que yo ocupo el puesto que él dejó hace sesenta años.

—¿Arqueología Aplicada?

—Concretamente Criptografía Antigua.

—¿Köerting era criptógrafo? —inquirió turbado por la sorpresa.

—El mejor que nunca haya existido —repuso el viejo—. Hace sesenta años ocupaba la cátedra que ahora ocupo yo, pero no me duele en prenda reconocer que con él, nuestro departamento alcanzó el más alto nivel que jamás haya tenido. Köerting era el talento en persona.

La voz de Heintz temblaba de emoción. A juzgar por las bocanadas de vaho que salían por su boca se diría que estaba también tenso.

Pablo comenzó a andar lentamente mientras rastreaba con la vista el suelo pedregoso en busca de respuestas. De un modo inconsciente se llevó la mano a la barbilla y se percató de que llevaba varios días sin afeitarse.

—¿Era eso lo que quería contarme? —dijo finalmente.

—No, en realidad pensaba que todo esto ya lo sabía.

—¿Entonces?

—Quería contarle por qué han raptado a Heinrich.

14

Damasco, 14 de agosto de 1938

La expedición hasta Tabaqah fue de todo menos divertida. Atravesar un país dominado por fuerzas militares extranjeras en estado de alerta y controles policiales locales en cada cruce de caminos hacía de cualquier desplazamiento por Siria un verdadero martirio.

Además, las carreteras eran penosas, en ocasiones de asfalto y otras veces de tierra polvorienta. Ni siquiera la útil presencia de Mustafá, dominador del terreno y avispado interlocutor, evitó las molestias del viaje. El turco se había tomado tan en serio su trabajo que no dejaba que los alemanes hiciesen nada que no fuera estar dentro del coche esperando a que él resolviese los problemas.

Habían salido de madrugada con tal cargamento de combustible, útiles de trabajo y víveres que no necesitaban buscar sitios para repostar o comer que, por otra parte, eran escasos.

Cuando el primer rayo de sol asomó por el horizonte, Mustafá paró por sorpresa el coche y, apenas disculpándose, salió con una alfombrilla a rezar de rodillas mirando hacia el sur. Los alemanes se quedaron perplejos, pero evitaron hacer ningún comentario.

La carretera hacia el norte serpenteaba por las faldas de la cordillera de Jabal ash Shargi, dejando las montañas siempre a la izquierda y el desierto a la derecha. Pronto cruzaron el río Jordán y su fértil valle y el paisaje se cubrió de verde en un instante.

Mustafá, al volante, portaba su turbante y su sonrisa ladeada y no paraba de contar historias de lo que veían, del nombre de las montañas y de los ríos, de leyendas de los poblados y de sus costumbres, como único conocedor del país se sentía obligado a ejercer, al mismo tiempo, de guía turístico. —Quédense bien con lo que están viendo porque dentro de poco desaparecerá —apuntó Mustafá señalando la espesura boscosa de su izquierda.

A Frank le picó la curiosidad.

—¿Por qué? ¿Van a utilizar su madera? —preguntó.

—Nada de eso, hay una empresa americana que ya tiene varias minas

de hierro y cobre al norte y que está haciendo prospecciones por aquí. En caso de que encuentren mineral, no tendrán ningún empacho en despoblar el bosque y sacarle a la Tierra sus entrañas.

Grauben observó una vez más el denso follaje y se le antojó ahora desvalido y desprotegido, como un anciano que ha sido desahuciado por la medicina y espera resignado su muerte. Imaginó cómo sería aquel país en tiempos hititas, con bosques, aún más salvajes, escondiendo bajo sus ramas todos los tesoros de su vida interior, con caminos tortuosos tras el tupido manto vegetal y ciudades fortificadas

con muros de piedra y paja.

—Y créanme —prosiguió Mustafá—, los americanos encontrarán lo que buscan porque a esta tierra le faltarán algunas cosas, pero lo que son minerales parecen brotar como hongos del fondo del suelo.

—De hecho —señaló el profesor—, un poco más al norte, en Alepo, es donde se explotaron las primeras minas de hierro de los hititas.

—¿En Alepo? ¿No había hierro en Hatti? —quiso saber Frank.

—El descubrimiento del hierro, como tantos otros en la historia, se produjo de un modo casual. Los hititas eran expertos en la metalurgia del cobre, cuyas minas eran muy abundantes en su país; sabían cómo fundirlo para hacer sus adornos y, principalmente, sus instrumentos de guerra, tan necesarios en aquellos tiempos, pero, en los yacimientos de la altiplanicie turca, el mineral estaba asociado a vetas de hierro así es que, en ocasiones, veían que junto al metal que ellos conocían, sus crisoles fundían otro diferente, más resistente a la temperatura, mucho más brillante y bello y, sobre todo, mucho más duro. No tardaron en darse cuenta de que ese mineral, infinitamente más escaso que el cobre, era mejor tanto para sus adornos como para sus armas y que aprendiendo a trabajarlo adecuadamente se convertirían en invencibles.

La carretera se empinaba y empezaba a caracolear por los cerros y la camioneta resoplaba atravesando la serranía.

—Maravillados por sus propiedades —continuó el profesor—, buscaron en sus minas vetas del nuevo mineral y allí donde lo hallaron trataron de fundirlo en sus hornos. Pero el hierro en Anatolia no estaba en superficie, y aunque estaba asociado al cobre, solía estar mucho más profundo y, por tanto, no podían extraerlo con sus medios de explotación. El hierro para los hititas se convirtió entonces en el mineral más preciado de todos, incluso más que el oro, y su valor subió tanto que sólo los reyes podían poseerlo. La búsqueda del hierro se convirtió en una cuestión de estado; no sabían mucho sobre cómo identificarlo, porque apenas lo habían visto aislado, pero confiaban en que en algún lugar sería abundante y fácil de extraer. Numerosos buscadores partieron de Hattusas en todas direcciones a la búsqueda del preciado metal y fue así como los reyes hititas se enteraron, dieciocho siglos antes de Cristo, de que en la ciudad sureña de Alepo, donde por entonces sólo había unas cuantas tribus de recolectores y mercaderes, había unas inmensas bolsas de mineral rojo que los lugareños, desconocedores del arte de la metalurgia, utilizaban exclusivamente para colorear los muros.

El coche seguía apurando los kilómetros hacia el norte dejando atrás la bulliciosa ciudad de Hamâá, a la que acudían marchantes en lenta procesión.

Cuando el sol apuntaba rendido en el oeste, divisaron en la lejanía la

ciudad de Alepo, de casas cuadradas de color adobe, dominada por su majestuosa fortaleza en la montaña.
Köerting sugirió parar unos minutos junto a la carretera para estirar las piernas entumecidas y Mustafá aprovechó para orar una vez más, para lo que se alejó discretamente con su alfombra y se arrodilló de espaldas a Alepo, mirando hacia la Ciudad Santa de La Meca.
Frank le observó en la distancia, sus genuflexiones le resultaban extrañas, y hasta un punto grotescas, pero en realidad sentía un profundo respeto por él, por ser creyente y por tener un Dios que no era en nada excluyente, como el «dios» nazi que se había apoderado de su pueblo.
Aún estuvieron unos minutos más junto al coche, al pie de las murallas de Alepo, contemplándolas en silencio.
La fortaleza evocaba un pasado glorioso y de abundante riqueza, un lugar donde habrían concurrido marchantes de todos los rincones, del lejano sur con finos tallados y del norte con sedas delicadas y hermosas.
—Así es que Alepo fue hitita —quiso saber Mustafá.
El profesor agradeció el interés del chaval.
—Alepo fue fundada por Hattusil I, hijo del primer gran rey hitita llamado Labarna. La abundancia de hierro la convirtió en una especie de «El Dorado» de la Antigüedad, y los hititas querían protegerla a toda costa, de manera que decidieron hacer de esta plaza una fortaleza de su reino. Nacionalizaron los recursos. El mineral pertenecía al rey que, de ese modo, se aseguraba el control. El escaso hierro ya fundido que se vendía para adornos tenía un precio muy superior al del oro y era tan importante para los monarcas hititas que siempre pusieron al mando de la ciudad a personas de su más entera confianza, como hermanos o primos carnales. —¿Puede que eso justifique también la conquista de Nuhassé? —objetó Frank.
—¿El qué?
—La búsqueda del hierro.
—La batalla de Nuhassé sucedió quinientos años después de la fundación de Alepo y trescientos más tarde de su decadencia. Cuando Subbiluliuma tomó Nuhassé, Alepo ya no era una ciudad importante para los hititas. Una vez expoliada de sus minerales, empezaron a olvidarse de ella y a considerarla un auténtico desecho, una bazofia. Además, los hititas debieron comprender que estaba demasiado al sur como para ser defendida eternamente. Con el paso del tiempo desarrollaron nuevas técnicas de explotación, lo que les permitió acceder a yacimientos más profundos, pero más próximos al corazón de su reino. Unos doscientos años más tarde de fundar Alepo se iniciaron las explotaciones de las minas de hierro turcas, lo que debió suponer el inicio de su declive.

—Sí, pero el mineral en Turquía tampoco sería inagotable —repuso Frank—. Quizás empezaron a traerlo de Nuhassé cuando se agotaron los yacimientos de Anatolia.
—La razón por la que los hititas destruyeron Nuhassé es un enigma para nosotros y sólo podremos desvelarlo si encontramos sus vestigios.
La parada en Alepo fue corta, pues debían proseguir y llegar antes de medianoche a Tabaqah, pero no por ello dejaron de hablar de su pasado el resto del camino. Frank no comprendía cómo siendo la hitita una civilización desconocida hasta la modernidad, nadie se hubiera percatado de que la fundación de una ciudad tan importante como Alepo o su misma fortaleza tuviese su origen en el pueblo de Hatti.
El profesor tenía la teoría de que nada de eso era casual y que la ausencia de datos históricos conocidos y la práctica desaparición de vestigios de los hititas hasta casi su extinción física eran importantes misterios por desvelar.
El camino giró hacia el oeste en busca de la ciudad de Tabaqah bordeando continuamente el curso del río Éufrates. La brisa fluvial refrescaba y humedecía el ambiente hasta hacerlo placentero; sin embargo, a medida que se alejaban de Alepo, la carretera era mucho más pedregosa e intransitable.
Las riberas del río estaban colmadas de enjambres de cañaverales, donde Mustafá decía que habitaban los cocodrilos más feroces de la Tierra. Había tal cantidad de vegetación que casi nunca se adivinaba a ver el cauce, si bien no era necesario verlo para saber que estaba ahí detrás, ya que el olor a humedad, y a veces a ciénaga, era inconfundible.
Al filo de la medianoche divisaron en el horizonte unas lucecillas que titilaban anunciando el final del camino.
Tabaqah no era diferente a lo que se habían figurado, pero tal vez la realidad de tenerlo delante de sus narices les impresionó más de lo esperado. Una calle polvorienta llena de perros famélicos y un puñado de casas de adobe eran los primeros emisarios en recibir a sus visitantes.
Los ladridos de unos perros alertaban a los lugareños de la presencia de extraños. Después, la aldea se abría en una gran plaza, donde aparecían algunos edificios más sólidos y altos entre los que destacaba la Comandancia Militar, con una gran puerta cerrada a cal y canto y dos garitas de guardia, donde dormitaban unos soldados.
Había otro edificio abalconado que debía ser el de la autoridad civil, del que colgaba una bandera siria y un emblema nacional grabado sobre madera y amarrado a los barrotes del balcón.
Entre ambos estaba el único lugar que podía alojar a viajeros, por lo general mercaderes de paso hacia otras tierras. Los alemanes habían

previsto pasar allí algunas noches mientras organizaban el campamento. Después se asentarían allá donde encontraran los primeros indicios de restos arqueológicos.
Aunque era tarde, les esperaban porque Mustafá se había puesto en contacto telefónico con ellos durante el trayecto para advertirles de su llegada tardía.
Aparcaron el coche junto a la puerta del edificio militar y, desde una de las garitas, se oyó una especie de refunfuño a modo de queja.
Tras golpear el aldabón de la fonda, apareció un señor mayor con turbante y desarrapado que les invitó a entrar.
—*Salaam Aleikhum* —saludó Mustafá.
—*Salaam Aleikhum*.
Era el dueño, susurraba al hablar para no despertar al resto de huéspedes aunque, lejos de parecer contrariado por la hora intempestiva, se manifestaba amable y servicial. Les entregó unos baldes por si querían asearse

y les ofreció unas canastas de higos y pan con miel para saciar el hambre que tenían.

El hostal era la imagen de la escasez, ni un solo adorno, ni un solo mueble, en aquel recibidor sólo había un cartel colgado de la pared escrito en árabe y donde ponía: Casa de la Alegría.

«Y de la austeridad» pensó Frank, y se sorprendió al comprobar que aquella sobriedad conservaba cierta alegría.
Como venía siendo habitual, Mustafá se ocupó de todos los trámites. Las leyes sirias obligaban a rellenar unos formularios de la Comandancia Militar que no tenían otro objeto que tener controlados los movimientos de las personas.
El posadero recibió el salvoconducto de Damasco y los dos pasaportes de los alemanes, pero entonces hubo algo que le disgustó.
Frank asistía a la discusión mientras esperaba sus llaves y, aunque hablaban árabe, entendió perfectamente que el joven turco le decía que no tenía su documentación y que tampoco era necesaria por estar junto a sus compañeros.
Cuando el casero desistió de ver alguna identificación suya le pidió su nombre para apuntarlo en el libro de registro.
Y Mustafá le dio un apellido falso.

15

Pablo creyó haber encontrado al hombre que andaba buscando. El profesor Heintz era amigo personal de Heinrich y catedrático de Criptografía Antigua, cargo que ejerció en su día Rudolf Köerting, por lo que reunía en una sola persona el empeño en encontrar a su amigo y el conocimiento necesario para seguir sus pistas. Además, conocía detalles de la muerte de Güttec y del turbio asunto que habían tenido entre manos él y Heinrich.

Tampoco tenía mucho donde optar, era la única fruta del árbol, el único resquicio al que agarrarse.

—¿Por qué han raptado a Heinrich? —le inquirió.

El alemán no terminaba de acostumbrarse al estilo tan directo e impetuoso de su nuevo compañero, su actitud le resultaba algo incómoda.

—Todo empezó con el final de Rudolf Köerting.

—¿Qué sabe usted de aquella muerte? —continuó perseverante.

Caminaba con su inseparable bolso colgado en bandolera. Desde fuera palpó disimuladamente su interior y se tranquilizó al identificar los dos libros como bultos duros entre la ropa.

Heintz marchaba un poco regazado, sus piernas eran más cortas que las de Pablo y por su edad resollaba un poco más fatigado. El español redujo la velocidad para permitirle tomar un poco de aire.

—Al poco tiempo de regresar Rudolf Köerting de Perú notó que su país se le había vuelto hostil con el triunfo de las ideas del nacionalsocialismo y del antisemitismo que imperaban en Alemania. Por aquel tiempo, un colega suyo polaco le ofreció una cátedra en Varsovia, donde acababa de crearse una nueva Facultad de Arqueología, y él la aceptó. Aquel amigo, llamado Laszlo Ladocha, pensó acertadamente que con la llegada de una eminencia como Rudolf Köerting su universidad quedaría reforzada. Al llegar a un cruce de caminos, Pablo se detuvo.

—Sigamos por este de la izquierda —repuso Robert Heintz—, le enseñaré el sitio favorito de Köerting cuando trabajaba aquí.

Un camino empedrado bordeado de geranios remontaba una suave colina.

—Hubo algunos académicos alemanes que trataron de convencer al profesor para que permaneciera en Alemania, pero aquí su existencia era cada vez más insoportable; había sido ultrajado y humillado, no paraba de recibir coacciones anónimas y hasta le dieron una paliza en la puerta por donde usted ha entrado esta mañana, sin que nadie tratase de ayudarle ni le asistiese por sus heridas.

Unos matorrales de hortensias trepaban por la tapia de un viejo

caserón junto al camino, cubriendo la fachada de hojas blancas y azules.
—De manera —continuó— que decidió marcharse al puesto que le ofrecía el profesor Ladocha en Varsovia, se autoexilió.
—No me extraña —exclamó Pablo—. Póngase en su lugar.
—Me hago cargo; de hecho, no hay nada que recriminar al profesor Köerting, su salida de Munich fue sin ruido ni rencor. Él era todo un caballero y no tenía ningún interés en hacer leña del árbol caído, incluso a alguno de sus colegas extranjeros les dijo que se marchaba a Varsovia para ayudar a su amigo Laszlo a implantar aquella universidad. ¡Fíjese qué categoría!
Al terminar el repecho llegaron a un pequeño lago en la cima de la colina. Era un estanque coqueto con forma de riñón y con un surgente en el centro que bombeaba un potente caño de agua hacia el cielo haciéndolo caer en forma de paraguas acuoso. Dentro tenía algunos cisnes blancos de cuellos infinitos y un salpicón de nenúfares que flotaban plácidamente en el agua. Alrededor estaba colmado de bancos de piedra.
—Sígame —dijo Heintz tomando la vera del lago—. De entre todas las amistades, de entre todos los que agasajaban a Herr Köerting cuando su fama científica empezó a descollar en nuestra facultad, sólo quedó uno: Rolf Schuemann. Teniendo en cuenta que Köerting no tenía familia, ni esposa, ni hijos, y que su ayudante se trasladó con él a Varsovia, a partir de ese momento el único contacto que tenía con alguien que viviese en Alemania era su colega Rolf.
Al cruzarse sus miradas los dos sonrieron con un punto de emoción.
—Como en todas las buenas amistades, el cariño era mutuo y ambos se esforzaron por mantener siempre la relación.
Llegaron a un pasillo flanqueado por bancos en un lado y una barandilla metálica en el otro; desde la balaustrada había una hermosa vista, donde el parque quedaba justo abajo con su arboleda frondosa y, más atrás, los campanarios y las torres de la ciudad destacaban junto a un sinfín de tejados anónimos.
—Éste era el lugar favorito de Köerting y donde venía a meditar siempre que tenía tiempo.
Pablo se quedó un rato ensimismado, era un lugar realmente bello y lo suficientemente alejado como para abstraerse del mundo y pensar en soledad.
Algo especial flotaba en el ambiente.
«El espíritu de Köerting», —pensó.
Agarró la barandilla de metal para otear el panorama y la percibió cálida, como si unas manos la hubiesen calentado.
—¿Cómo puede saber estos detalles tan personales? —preguntó con la visual perdida en el horizonte.

—Como le dije, Rudolf y Rolf se esforzaron por mantener la amistad y lo hicieron escribiéndose largas cartas donde se contaban hasta los más íntimos detalles. De ese modo sus vidas estaban siempre juntas.
—¿Usted tiene esas cartas?
—No, pero he podido ver algunas. Rolf era profesor de Historia Antigua de nuestra Facultad de Arqueología, es decir, que ocupaba el puesto que ahora tiene Heinrich Mayer.
El español permaneció inmóvil.
—¿Quiere eso decir que fue Heinrich quien encontró esas cartas?
—Exactamente —afirmó Heintz satisfecho—. Hace unos seis meses, Heinrich estaba recatalogando libros de la biblioteca de su cátedra. Llevaba varios años diciendo que había encontrado algunos errores importantes y que era necesario hacer un trabajo a conciencia para que toda la bibliografía existente fuese útil. Parece ser que entre los libros y cuadernos de un cajón olvidado encontró un fajo de cartas que, al principio, estuvo a punto de tirar a la basura, pero que al leer, se dio cuenta de que eran de Rudolf Köerting.
Hubo un corto silencio que Heintz aprovechó para acompasar su respiración algo alterada por el ejercicio.
—Heinrich no es criptógrafo —continuó—, pero conoce muy bien a Köerting porque siempre ha estado muy interesado en la cultura hitita. Rudolf Köerting pasó los cuatro últimos años de su vida profesional en Anatolia, concretamente entre Turquía, Egipto y Siria, investigando la civilización hitita, lo que le convirtió en el mejor especialista del mundo en su época.
Pablo notó cómo todo encajaba en su cabeza.
—Regresemos, empieza a hacerse tarde para mí —repuso el viejo.
—Espere, espere —suplicó—. ¿Puede decirme qué encontró Heinrich en esas cartas?
—No lo sé. Heinrich fue muy reservado con su contenido. Dijo que quería estudiarlas concienzudamente para luego publicar las conclusiones. Yo tuve alguna noticia de ellas, incluso alguna en mi poder, porque al fin y al cabo soy, como lo era Köerting, el profesor de Criptografía Antigua y Heinrich tuvo interés en que le ayudase a interpretar algunas cosas.
Los símbolos del escrito de Köerting se cruzaron por la mente de Pablo, que estuvo a punto de revelarle que los tenía, pero se contuvo, convencido de que ahora lo importante era seguir recabando información.
—¿Y aún las conserva?
Heintz sonrió.
—Qué va. Heinrich ha sido muy cauteloso y hasta un poco maniático con esas cartas. Me pidió leerlas en su propio despacho con la excusa de que quería tener mis reacciones más inmediatas sin el filtro de la

reflexión y para provocar una discusión con él pero, entre nosotros, yo estaba seguro de que lo hacía para evitar que hiciese copias.
—¿Cómo eran esos escritos? ¿Qué aspecto tenían?
—Imagínese, esos documentos tienen más de cincuenta años y están escritos por Rudolf Köerting de su puño y letra. ¿Qué quiere que le diga? Köerting era un criptógrafo, le gustaban los acertijos, los mensajes encerrados entre palabras y símbolos, los jeroglíficos. Además, supongo que en aquella época no era muy recomendable en este país escribir sin pensar en las consecuencias que eso podría tener.
—¿Encontró alguna referencia al secreto que descubrió?— La tensión se le disparaba por momentos, su corazón parecía explotar en su pecho.
—Nada de nada, ya le digo que tan sólo pude ver dos o tres cartas. Ahora, si no le importa, tenemos que volver, tal vez podamos continuar después de mi clase.
A pesar de su reticencia, comenzaron el camino de vuelta bordeando de nuevo el camino del lago.
Pablo trataba de ordenar sus ideas en silencio mientras apretujaba con fuerza su mochila. Al palpar los libros en su interior volvió a pensar en contarle al alemán toda la historia; tarde o temprano sería el propio Heintz quien se interesase por todo lo que él sabía y no tendría más remedio que narrársela.
«Quid pro quo», pensó.
El trayecto de retorno era cuesta abajo, el sendero que zigzagueaba por la ladera de la colina descendía bruscamente.
Cuando entraron de nuevo en la senda de los sauces, Pablo deshizo el silencio.
—Profesor, ¿sabe si hubo alguien más que tuviera también acceso a esas cartas?
—Hubo otra persona. Heinrich confió en él más que en mí —no había reproche en sus palabras—, posiblemente porque era el mejor especialista en el pueblo hitita de nuestra facultad.
—¿Güttec?
—Helmuth Güttec.
La figura sin rostro de Güttec se cruzó fugazmente por su mente. Envenenado en su propia casa en circunstancias poco claras, se llevó al otro mundo los secretos que Heinrich o aquellas cartas de Köerting pudieran haberle revelado.
—Las dos últimas semanas antes de desaparecer Heinrich pasó la mayor parte de su tiempo libre con Helmuth. Estoy seguro de que a él sí llegó a darle alguna de las cartas y que le llegó a mostrar el resto. Cuando semanas más tarde desapareció Heinrich, el profesor Güttec tuvo un ataque de ansiedad, que todos creyeron que era el preludio del falso infarto con el que certificaron su muerte, pero yo comprendí

que todo aquello tenía relación con las dichosas cartas. Quise hablar con él, pero se mostró muy reticente, por lo que decidí dejarlo algunas semanas. Días más tarde, apareció muerto en su casa. —Heintz escupía con rabia cada palabra que salía de su boca.

—Eso complica las cosas, ¿verdad, profesor?

—Claro que sí, pero, por favor, llámeme Robert.

16

Kirbat Isriyah, 5 de noviembre de 1938

Casi tres meses después de su llegada a Tabaqah por fin se encontraban ante el día más esperado. El otoño estaba siendo penoso y triste, con días lánguidos y temperaturas glaciares. Por momentos, Nuhassé se había convertido en un verdadero suplicio, en un espejismo de contornos fantasmagóricos, en un enclave inexistente o cuanto menos ilocalizable.

A los pocos días de su llegada habían asentado el campamento en una vaguada junto al Éufrates, a unos 15 kilómetros de Tabaqah.

En las primeras semanas, tras reclutar a un reducido equipo de zapadores, rastrearon las orillas del río, convencidos de que ninguna ciudad cercana renunciaría al regalo de la naturaleza que suponía enclavarse junto a un curso fluvial tan rico. Entre los macizos rocosos de las orillas buscaron restos de grandes murallas porque conocían la defensa que el rey Dushratta hizo de su plaza, pero no encontraron absolutamente nada.

Mustafá se manifestaba excitado e impaciente, su juventud y su falta de experiencia en levantamientos arqueológicos le empujaban a querer ir más deprisa, como cerrando capítulos de un libro o expedientes en la aduana.

Frank no había vuelto a comentar al profesor nada respecto al incidente del primer día en la hostería de Tabaqah, pero la imagen que conservaba de Mustafá no había mejorado mucho. Desde aquel día lo observaba en silencio, receloso de su presencia y, aunque nunca vio nada que le resultase extraño, su comportamiento le parecía sospechoso.

Pudo también colaborar el cambio de actitud que el joven turco mostró frente a él. Fue a los pocos días de aquel suceso, tal vez coincidiendo con el momento en que se dio cuenta de que Frank entendía y hablaba perfectamente el árabe.

—¿Hablas mi idioma? —le dijo casi ofendido cuando le vio interrogar a unos pastores cerca de Tabaqah.

Para Frank, esa reacción tenía que ver con el hecho de sentirse descubierto por lo que pasó el primer día en la fonda. Este cambio de talante también había sido detectado por Köerting, aunque él lo achacaba a que su carácter se agriaba cuando no se sentía necesario y a que el hecho de que Frank hablase correctamente el árabe le restaba protagonismo.

Lo cierto es que, con el paso de los días, los dos ratificaron que el muchacho simpático de sonrisa ladeada que conocieron en Damasco era muy temperamental y de carácter quebradizo e inestable, sus

cambios de humor eran tan imprevisibles como vertiginosos, lo mismo se mostraba parlanchín y dicharachero que se encerraba en sí mismo y se pasaba el día refunfuñando entre dientes. Sin embargo, seguía siendo un útil negociador y un incansable trabajador.
Entre otras cosas, consiguió hablar con todos los ancianos del lugar, uno por uno, preguntando por pistas para ubicar el asentamiento, piedras singulares, inscripciones, restos de caminos; quería saber todo lo que los viejos quisieran contarle. A veces los traía hasta donde trabajaban los alemanes y los ponía frente a ellos para que contasen sus historias, mezcla de leyendas y de cuentos ancestrales.
De ese modo transcurrieron las primeras semanas entre los últimos calores del verano y la inexistencia de pistas donde agarrarse. Nuhassé se mostraba díscola y etérea.
Una mañana de septiembre, Köerting ordenó dirigirse hacia el sur adentrándose en el desierto. Eso parecía no tener sentido, alejarse del río era contrario a la lógica, pero el profesor llegó a la conclusión de que los reyes de Nuhassé no sólo querían defender la ciudad, sino que había algo más y que su posición exacta estaría allá donde pudiese defenderse de ese otro algo de un modo más eficaz.
—¿Algo más? — preguntó Frank una mañana.
—No sé, un santuario, un monumento mágico o religioso, pronto lo sabremos —fue su única respuesta.
Frank no estaba seguro de entenderle pero eso no le impidió acatar sus órdenes a rajatabla.
Al principio pensaron que les sonreía la fortuna porque se disponían a trabajar en el desierto después del verano, aunque a los pocos días maldijeron su suerte. Con el otoño vinieron los vientos del sur; cada atardecer las tormentas de arena convertían aquel lugar en un martirio insufrible. Si les sorprendía fuera del campamento no había nada que pudiera protegerlos; por más ropa que llevasen, los diminutos granos de arena les abrasaban la piel, clavándoseles como alfileres en sus torsos.
Tampoco estaban a salvo si la tempestad les pillaba en las tiendas de campaña. El azote del viento cargado de minúsculos proyectiles bamboleaba las gruesas lonas perforándolas y soltando sus vientos hasta dejarlas a su voluntad.
Las siguientes semanas transcurrieron con cada vez menos efectivos para las tareas de zapa y rastreo y con la moral en pleno declive por la ausencia de resultados. Pero Köerting, fiel a su propia fama, no estaba dispuesto a claudicar e insistió en que había que seguir bajando hacia el sur, buscando unas estribaciones montañosas junto a Kirbat Isriyah, la única población en muchos kilómetros a la redonda.
Así fue como llegaron a esa aldea hacía unos quince días. Gracias a Mustafá y a la ayuda inestimable de unos pastores nómadas, supieron

de la existencia de una *yazilikaya*[35] en un promontorio natural de difícil acceso, a unos 50 kilómetros al oeste. La noticia fue recibida con mucho júbilo; el convencimiento de los pastores y la ausencia de buenas nuevas bastaron para prender la llama de la esperanza. De ser cierto, estaban ante una prueba irrefutable de la presencia de un antiguo asentamiento humano.

El profesor, junto a Frank, Mustafá y dos guías, caminaron media jornada por senderos de arena y roca, atravesando caminos intransitados durante siglos, hasta llegar a un collado inhóspito. Allí encontraron una inmensa esfinge tumbada y semienterrada con algunos símbolos deteriorados escritos en sus paredes y, junto a ella, una mole rocosa, aparentemente desprendida y tirada en el suelo, que simulaba la enorme cabeza de un animal, tal vez un león.

— ¡Nuhassé, al fin! —gritó el profesor extenuado y abrazó primero a Frank y luego a Mustafá.

Mustafá, también eufórico, se acercó a Frank y le abrazó. Estaban entusiasmados y desfallecidos, el calor y la falta de oxígeno se encargaron de envolver aquel momento de un halo mágico y onírico; ante ellos había un trozo de muralla así como restos de bloques ciclópeos corroídos y casi sepultados. Al fondo se adivinaba una construcción de grandes dimensiones también semienterrada y una gran galería.

[35] Nombre del paraje donde Charles Texier descubrió las «Rocas escritas» junto a Hattusas y, por extensión, grabados sobre piedra o petroglifos mesopotámicos.

—Bajo nuestros pies está la ciudad que en su día no supo defender Dushratta —afirmó el profesor con los brazos abiertos—. La ciudad olvidada y enterrada durante decenas de siglos regresa por fin hoy al mundo real.

Aquel día no hubo tiempo para más porque había que volver antes de que anocheciese. El profesor se habría quedado allí recogiendo los restos esparcidos por el suelo o descifrando jeroglíficos, pero los guías insistieron en que la noche era peligrosa, y no por los chacales que, aunque eran abundantes, raramente atacaban a los hombres, sino por las tormentas del desierto, ya que con los medios que llevaban difícilmente podrían sobrevivir a una noche de viento y arena.

Dos semanas más tarde, por fin, aquel tibio sábado de noviembre, había llegado el ansiado día, el día que se iniciaría el levantamiento de Nuhassé.

Habían montado el campamento en un pequeño valle, junto a la ladera norte del cerro, allá donde el golpe de viento del desierto era menor. Aun así, hubo que proteger con gruesas lonas de esparto todo su perímetro. Hasta allí llegaron los porteadores con los equipos de campaña y un grupo de zapadores contratados en condiciones especiales por la dureza del entorno.

Así fue como se empezaron los trabajos de prospección. Los

primeros días fueron excitantes y agotadores, los arqueólogos no llegaban a procesar toda la información de los restos que iban descubriendo, grabados, petroglifos, trozos de muros, pequeños útiles...

—Frank —preguntó el profesor eufórico el segundo día—, ¿has leído el diario de Texier?[36]

— Por supuesto, nosotros deberíamos escribir ahora uno igual.

— ¡Y eso que nosotros sabemos dónde estamos desde el principio![37] —exclamó Frank.

La primera gran noticia fue que el sistema de escritura era realmente semejante a la simbología hitita a pesar de la enemistad del pueblo Mitanni con Hatti. Sólo alguna influencia de los jeroglíficos egipcios, con símbolos propios, atestiguaba el tributo que Nuhassé rindió durante siglos al imperio de los faraones. Eso facilitaba enormemente las traducciones.

[36] Charles Felix Texier descubrió en el verano de 1834 las imponentes ruinas de Hattusas, la antigua capital hitita junto a la actual Boghazköy. En aquella época, este arqueólogo francés escribió un diario donde describía con todo detalle sus sensaciones ante tan importante hallazgo.

[37] Se refiere a que cuando Texier encontró aquellas ruinas, a las orillas del río Halys, creyó haber hallado la ciudad de Tavium que realmente andaba buscando. Sólo mucho tiempo después se supo que se trataba de la capital de Hatti.

—Era una amistad artificial —señaló el profesor—. Ellos no tenían nada que ver con Egipto, pero siempre supieron que era mucho más seguro ser aliados del vecino del sur, que no era belicoso y que su único interés era el de preservar el paso de mercaderes hacia Mesopotamia, que del aguerrido vecino del norte, que aunque fuesen sus parientes, eran más rudos y ambiciosos.

La esfinge caída estaba junto a uno de los dos pilares de la puerta principal de la ciudad. Su altura original debía ser de unos 15 metros, mucho mayor que cualquiera de las conocidas hasta aquel momento. El profesor resoplaba como un sabueso inquieto, sabedor de que tras esa descomunal entrada se soterraría probablemente una gran urbe. En sus grabados podía distinguirse claramente el toro-ídolo, símbolo que ya había sido encontrado en otros lugares del Asia Menor y que reforzaba la teoría del origen mesopotámico de aquel pueblo. Más arriba aparecía una figura humana, posiblemente un varón, que estaba vestido con una especie de túnica o *kaunakes*[38].

Junto al toro, unas letras uniformes, de igual trazo y grosor, con unos mensajes de bienvenida similares a los encontrados en otras ciudades, bendecían a quienes flanqueasen aquel acceso.

Sobre un papel y con la meticulosidad de un cirujano, el profesor empezó a copiar la glíptica, al tiempo que ordenaba rastrear los alrededores en busca del otro pilar del pórtico de entrada.

La excavación permitió encontrar sin demora la segunda esfinge junto a la primera. Era similar a la anterior, pero estaba mucho mejor

conservada. La tierra que la cubría la protegió del paso del tiempo durante decenas de siglos, una capa de arena que la salvó de la furia del viento y del agua preservando casi intactos sus caracteres pétreos.

Los signos cincelados recordaban a los misteriosos relieves de Yazilikaya que Texier halló en 1834 y que plasmó en su libro *Description de l'Asie Mineure*.[39] En la parte superior podían identificarse dos divinidades cuyas identidades no resultaban muy familiares al profesor y un carro de guerra tirado por un caballo y con dos soldados, uno que lo conducía y otro armado con un arco de guerra.

—Este carro fue grabado después de la toma de la ciudad y tal vez más tarde que los dos dioses que aparecen arriba —aseguró el viejo—. Quizá fue el propio Subbiluliuma quien mandó inscribirlo para realzar su superioridad.

[38] Indumentaria típica mesopotámica similar a un manto confeccionado, normalmente, con piel de oveja. [39] Publicado por el Ministerio de Instrucción Pública de Francia en 1849.

—¿Cómo puede estar tan seguro? —quiso saber Mustafá que raramente se separaba del profesor.

—Porque los mitanni no conocían el carro de guerra. Ésa era, junto con sus espadas de hierro, la gran ventaja de los hititas, un instrumento imbatible, más que rápido vertiginoso, resistente y ligero, un auténtico terror para sus enemigos si se enfrentaban a campo abierto.

Bajo el carro había un larguísimo mensaje escrito en renglones rectos que ocupaba la mitad inferior del pilar. El profesor y Frank se ocuparon de limpiar con pequeñas brochas las hendiduras de la glíptica, dejándolas al descubierto. Después, Köerting fue tomando nota lentamente de todos los símbolos sin dejar pasar ni una sola marca por ridícula que pareciese.

Mustafá estaba fascinado al ver el orden con el que el viejo leía la escritura de la piedra.

—Profesor, ¿los hititas escribían de izquierda a derecha o de derecha a izquierda?

El viejo sonrió mientras continuaba con su tarea.

—Las dos cosas, joven, esto es lo que se llama escritura en *boustrófedon,* es decir, cuando se acaba un renglón a la derecha, se continúa el siguiente de derecha a izquierda.

—Eran algo raros estos antepasados míos —sonrió enseñando el colmillo.

—Si te fijas es la forma más lógica de escribir cuando se usan símbolos y no letras, con ello se pretende dar la sensación de continuidad de la idea, como si se tratara de una larga serpiente enrollada. Cortar el mensaje escrito sólo tiene sentido si se tiene que leer letra a letra.

Nunca hubiese imaginado el joven turco que la arqueología encerraba cosas tan interesantes y a la vez tan simples, asuntos que, de no estar junto a los alemanes, jamás habría aprendido.

La traducción del texto de la roca llevaría al profesor algunos días, tal vez semanas. Aunque la raíz simbológica de la escritura mitanni fuese común a la hitita, la distancia entre Hattusas y Nuhassé era más que suficiente como para que los habitantes de Mitanni hubiesen desarrollado un dialecto propio con ideogramas diferentes.

Entre tanto, los zapadores iniciaron el levantamiento de la ciudad a partir del trozo de muralla destapado. Pronto supieron que se trataba de una ciudad de dimensiones mucho mayores de las que hubieran podido presumir.

La defensa amurallada respondía al más puro estilo mesopotámico, grandes bloques de piedra y gruesas maderas se compactaban con una argamasa de barro cocido, todo en buen estado de conservación. El recinto parecía dibujar un enorme pentágono de una superficie gigantesca, posiblemente de más de 50 hectáreas, lo que convertiría a Nuhassé en una de las más grandes del mundo en su época.

En el interior de la ciudad, numerosos ortostatos se erigían semienterrados por doquier, dañados por la erosión y el tiempo. Esparcidos por el suelo, podían encontrarse trozos de recipientes policromados, ánforas ahusadas y jarrones con asas, lo que demostraba una intensa actividad alfarera en la urbe.

Los alemanes no salían de su asombro, no llegaban a explicarse cómo había podido borrarse de la faz de la Tierra una de las ciudades-estado mejor fortificadas y más importantes del planeta en el segundo milenio antes de nuestra era.

Al terminar la segunda semana ya habían fijado los límites del asentamiento y, efectivamente, su forma correspondía casi exactamente a un pentágono equilátero de unos 200 metros de lado.

—Es pronto para saberlo —dijo el viejo cuando Frank quiso saber por qué el perímetro representaba de ese modo tan preciso una figura geométrica—, pero espero que pronto tengamos la respuesta.

Desde el primer momento trataron de guardar en secreto su hallazgo, pensaron que era la mejor manera de investigar sin injerencias externas, sin la presión de curiosos o investigadores, de forma que ni tan siquiera informaron a sus patrocinadores polacos.

—Lo haremos tan pronto como tengamos los primeros resultados y estemos seguros de que las autoridades sirias impedirán el expolio —le dijo un día el profesor.

El único que tenía cierta información era el jefe de la comandancia de Tabaqah, del que dependía administrativamente aquel paraje, y al que debieron llegar rumores de quiénes iban y venían del asentamiento. De hecho, una mañana se presentó sin avisar; venía en un lujoso coche, inapropiado para aquellos caminos pedregosos y escoltado por un todo-terreno lleno de soldados.

Los arqueólogos le recibieron cordialmente y le ofrecieron té e higos.

Quería saber qué habían encontrado, pero cuando vio tantas piedras diseminadas y medio destruidas perdió todo su interés y no volvió nunca más.
Pasaban los días y Köerting comprendió que con el equipo que tenían de treinta personas, el levantamiento completo les llevaría años.
—Así no llegaremos nunca —le dijo taciturno a Frank.
—Siempre podríamos acelerar los trabajos reclutando a más gente, es cuestión de ampliar el círculo de búsqueda hasta alguna ciudad importante como Alepo y estoy seguro de que localizaremos tantos batidores como queramos.
El viejo agitó la cabeza.
—No lo creo, aparte de que esas personas nos costarían una fortuna, sólo estamos tú y yo para dirigir los trabajos y procesar toda la información.
Él estaba seguro de que sus posibilidades de explorar todo el yacimiento eran muy escasas, por lo que resolvió concentrarse en los puntos más importantes. Una mañana se sentó ante un plano mastodóntico garabateado donde había dibujado la muralla pentagonal y todos los indicios localizados hasta aquel momento. Sobre la carta había centenares de marcas con la ubicación de piedras singulares o de restos de pilares y trazos punteados de calles y caminos. Muchos de los rayajos eran simples aspas o señales de interrogación con comentarios al margen.
El profesor trazó tres círculos en el interior del recinto. En el primero, que situó junto a la puerta principal de la ciudad, escribió la palabra *Kârum.* El segundo lo marcó en el centro, bordeando una gruesa línea en forma de rectángulo incompleto y anotó *Palacio*. El tercero era un círculo más grande. Köerting había tardado más tiempo en ubicarlo, como si no estuviera seguro de dónde ponerlo. Finalmente apuntó en su interior *¿Templo Principal?*
Una ciudad de aquellas dimensiones debía estar dotada de estas tres construcciones singulares y si no le fallaban todos los estudios comparativos que tenía de ciudades contemporáneas conocidas, la situación marcada sería la correcta.
—Por lo que veo apuesta por que Nuhassé tenía un mercado y que su ubicación responde a los criterios de distribución urbana de los hititas — comentó Frank.
—El *Kârum* tiene origen asirio y, por tanto, su existencia traspasa el ámbito hitita. Su misión en los primeros tiempos fue la de defender los intereses de los ciudadanos asirios frente a la población indígena pero, con el paso de los años, se convirtió en el verdadero centro mercantil de las ciudades. En la época de esplendor de esta ciudad, los *Kârum* ya eran el edificio del Tribunal y de la Cámara de Comercio, una de las más importantes edificaciones, porque era allí donde se decidían los

precios de todas las mercaderías y donde se hacían todas las transacciones, y no únicamente eso, se sabe de algunos que disponían hasta de un tribunal que dirimía los litigios entre negociantes.
Köerting sabía que dentro podría encontrar información sustancial de la vida comercial de la metrópoli, porque era en aquel lugar donde se redactaba y archivaba la mayor parte de las operaciones entre comerciantes.
El *Kârum* más grande conocido, y probablemente el más poderoso del imperio, era el de Kanes, al sur de Hattusas, pero estaba probada la existencia de esta fundación en ciudades como Nahria, Ursu, Kakkum, Turhumit y Waksasana. A la luz de la categoría que parecía haber tenido Nuhassé, era más que lógico que hubiese contado con uno importante.
Frank observó de nuevo el plano y se fijó en la posición del palacio.
—Puede que ahí hallemos datos interesantes de los reyes que lo moraron, de su forma de vida y de las pertenencias que les hicieron poderosos —justificó el viejo.
Tal vez la clave de la invasión de Subbiluliuma estuviese oculta tras los muros palaciegos, tras la envidia y la codicia de poseer alguno de los tesoros reales. Además, de todas las ruinas enterradas, el palacio era el edificio notable más fácil de reconocer, ya que aún quedaba en pie alguno de sus pilares y su perímetro se adivinaba majestuoso.
—Está claro que el templo debía de ser importante —ratificó Grauben al ver el tercer círculo.
—El templo era el reflejo de los temores del pueblo y de sus símbolos de sumisión y respeto. Raramente unos dioses ofendían a otros pero las divinidades que encontremos en Nuhassé podrían revelar alguna afrenta a cualquiera de los numerosos dioses hititas. El templo era la máxima expresión de la religión, y el fervor religioso siempre ha sido una de las principales causas de guerras, de manera que su estudio podría revelar las razones recónditas de la invasión de Subbiluliuma.
Empezaron por buscar el *Kârum* junto a la entrada principal de la ciudad, el punto más cómodo para los comerciantes, que normalmente habitaban en los suburbios del arrabal o simplemente venían de otras ciudades con mercancías.
En aquellos largos meses de invierno estuvieron prácticamente aislados del exterior; tan sólo una vez a la semana Mustafá iba hasta Tabaqah a comprar víveres y agua y traía algunos periódicos, bastante retrasados que contaban lo que estaba pasando en el mundo. Las noticias sobre Alemania seguían siendo preocupantes. La conferencia de Munich acababa de acor

dar ceder al Führer el territorio de los Sudetes en un intento desesperado de aplacar sus aspiraciones expansionistas, pero éste, que

ya se había anexionado Austria, despreció a toda la comunidad internacional creando el OKW, el mando supremo de las fuerzas armadas, cuyos oscuros y temibles fines resultaban más que evidentes. Europa caminaba inexorablemente hacia una guerra sin que nadie pudiese evitarlo.

En el sur, la guerra de España parecía cambiar de rumbo. Las victorias republicanas en el frente del Ebro abrían una nueva esperanza para el bando gubernamental, muy castigado por las tropas de Franco. El resto de Europa estaba convulsa, Francia sentía el azote de una huelga general y los fascistas de Italia amenazaban con ocupar Albania por la fuerza.

Las noticias no se comentaban, Mustafá las leía en inglés de un periódico árabe mientras los alemanes las escuchaban sentados, sin hablar, y así permanecían largo rato en silencio, como si de un ritual se tratara.

En las idas y venidas a Tabaqah, el joven turco también aprovechaba para llevar y traer la correspondencia.

El profesor solía escribir pocas cartas, casi todas a Polonia o Inglaterra, pero de vez en cuando las mandaba a Alemania. Éstas particularmente eran cartas especiales, Mustafá no sabía por qué pero cada vez que tenía que enviar una, el profesor le miraba fijamente y le decía: «Pon toda tu atención en que esta carta llegue a su destino».

El que más cartas recibía era también el profesor, que casi todas las semanas tenía misivas de la Universidad de Varsovia y de otras partes del mundo. Fue una de esas cartas recibidas la que le anunció que venían tiempos peores y que la sombra de la guerra obligaba a recortar todas las subvenciones arqueológicas en Polonia. «Debe usted comprender que nuestro pueblo debe reservar fondos para su defensa», le había escrito amablemente el Presidente del Consejo de Universidades de Varsovia.

A pesar de todo, nada podía desanimarles. Ante sus ojos se abría, como un mar infinito, la mayor ciudad mesopotámica jamás encontrada, una fortaleza de unas dimensiones inimaginables, un mundo soterrado tras una capa de tierra esperando desvelar sus misterios.

Nada podía detenerlos; si la subvención se acababa, harían cualquier cosa para continuar con sus trabajos, aunque no tenían ni la más remota idea de qué.

17

Con la timidez de quien no conoce el lugar, Pablo empujó la puerta de la biblioteca de la Facultad de Arqueología.

Hacía días que no le abandonaba la sensación de ser observado, pero en aquel momento, con su aspecto desarrapado y famélico y su maleta cruzada en el pecho, pensó que lo raro era pasar desapercibido.

Le sorprendió la talla de aquella sala de lectura y estudio plagada de estanterías sempiternas. Al entrar suspiró y notó que un placer reconfortante y protector le cubría el espíritu.

Había llegado allí mecánicamente, casi sin proponérselo. Cuando se despidió de Robert Heintz hasta después de su clase, vagabundeó por la facultad sin rumbo fijo, como un alma en pena.

Buscaba en cada recodo el rastro de quienes habían ocupado un lugar destacado en aquella institución: Köerting y Schuemann en el pasado, y ahora Heinrich y Güttec, todos desaparecidos o muertos, todos unidos en siniestra procesión, funesta como la Santa Compaña.

Discretamente, se dirigió hacia las vitrinas y se dedicó a husmear los lomos de los ejemplares sin ningún propósito concreto. Desde el fondo, un tipo que debía ser el bibliotecario le miró de reojo mientras seguía escribiendo algo en su ordenador.

Decidido a no llamar la atención, buscó un lugar donde sentarse y encontró un rincón solitario junto a la ventana que daba al exterior.

Entre tanto libro recordó que aún no había tenido tiempo de leer el que Heinrich le dejó en la estafeta, entonces rastreó entre las ropas acartonadas de su maleta y lo sacó.

Una vez más, tuvo la sensación de estar ante una reliquia del pasado, una pieza de coleccionista. Acarició los grabados de su piel y percibió la dócil textura del cordobán. Aquello le evocó a su infancia, cuando en el regazo de su padre escuchaba los cuentos traídos de Uruguay, que compraba para él cada vez que iba por trabajo a aquel país y que luego le leía parsimoniosamente. Poco a poco fue haciendo una colección de libros mágicos, grandes, de lomos gruesos, de historias increíbles y llenos de dibujos, cuyo tacto vaporoso le producía un placer infinito del que disfrutaba en silencio cuando se quedaba solo en su dormitorio en las largas tardes de verano.

Abrió el tomo por la primera página sin saber qué buscaba. Pasó las hojas lentamente con la vaga esperanza de encontrar algo que le llamase la atención, pero no halló nada.

—Debe haber alguna razón por la que Heinrich me haya entregado precisamente este libro, podría haberme dejado sólo la carta —masculló mientras chasqueaba sus pliegos.

—¡La nota!

Apenas la recordaba porque la leyó cuando estaba aún trastornado en el hostal. La rebuscó entre las hojas y la encontró al final.

seudónimo. Al leer esto se le escapó una sonrisa, él debía presentarse a Güttec como Subbiluliuma. No pudo evitar pensar que ese nombre se le ocurrió porque Heinrich se lo había enseñado.

A su mente acudió la escena en la que escuchó por primera vez aquel nombre.

—Es el nombre más líquido que jamás haya oído —fue su primera reacción entonces.

—De hecho, Subbiluliuma significa «fuente ruidosa» en proto-hatti, y esta lengua, como todas las lenguas arcaicas, tiene una fuerte carga onomatopéyica en sus palabras.

Siguió leyendo la misiva y encontró un detalle que le había pasado desapercibido hasta entonces, una frase sin sentido y desconcertante que estaba ahí:

Tu profesión sin duda te ayudará y, además, el hecho de ser español debe facilitar las cosas.

Querido Pablo:

Hoy he decidido escribirte esta nota por si las cosas no marchan tal como yo quisiera. Confieso que la desaparición de Güttec ha trastocado mis planes. Debo empezar pidiéndote perdón por meterte en este asunto pero...

La leyó conteniendo la respiración, como si entre sus letras ahogadas aún quedase un hilo de vida y sólo el silencio pudiese conservarlo.

Ahora todo parecía mucho más claro. Heinrich sabía que estaba en peligro y buscó una forma segura de mantener a salvo sus pistas. Para ello pensó en su amigo Güttec, que era un especialista en la cultura hitita. Éste se quedó con una carta de Köerting (cuya existencia acababa de conocer gracias a Heintz) donde habría datos suficientes como para reconstruir las pistas perdidas.

Güttec tenía la misión de hacerle llegar a él esa carta si es que Heinrich desaparecía, pero el que había desaparecido era precisamente Güttec que había sido envenenado.

«La desaparición de Güttec ha trastocado mis planes…»

Sin embargo, no todo estaba perdido. Heinrich había pedido a Güttec que dejase la carta a buen recaudo y que él pudiese encontrarla usando su Se frotó los ojos esperando ver algo distinto y volvió a releer incrédulo. Pensó en un error, en un desliz de Heinrich al escribir la nota atenazado por los nervios. Por más que pensaba no acertaba a saber qué diablos querría decir, cualquier conexión entre su profesión, su nacionalidad y el asunto de Köerting le parecía disparatada.

Entonces miró distraídamente por la ventana y sus retinas se quedaron clavadas en una silueta humana. Entornó un poco los ojos para enfocar mejor en la distancia, porque sus sentidos se obstinaban en creer lo que estaban viendo. Al otro lado, apostado en la puerta de entrada del edificio, pudo distinguir nítidamente a uno de los dos hombres que se llevaron por la fuerza a Heinrich en Colonia. Sintió un latigazo en todas las terminaciones nerviosas, una descarga eléctrica, y un torrente de sudor escurridizo y frío se apoderó de su cuerpo.
No tenía ninguna duda, habían sido unos segundos, pero jamás olvidaría la cara de aquellos esbirros, de aquellos mercenarios de gesto impasible. Ahora no llevaba traje (tal vez hubiese sido demasiado llamativo en una Facultad llena de estudiantes), sino que vestía completamente de negro con jersey de cuello de cisne y una cazadora de cuero.
Tenía el cuerpo petrificado, agarrotado, igual que si se le hubiesen atado con fuertes grilletes. Preso del miedo, se veía incapaz de razonar ordenadamente; durante unos instantes sólo pudo observarlo desde su silla. No parecía buscar a nadie, no se detenía a observar a quien saliese o entrase, estaba simplemente esperando, pero, ¿esperando a qué?
Una idea se cruzó por su cabeza.
—El otro, debe estar dentro —concluyó.
Guardó rápidamente el libro en su mochila y oteó a su alrededor.
«¿Qué andarán buscando? —pensó—. ¿A mí?», masculló sin aliento.
El hombre de negro sacó una de las manos de su cazadora. Tenía algo. Pablo dio un respingo pensando que podía blandir de nuevo su pistola. No era una pistola lo que tenía, era… no podía verlo bien.
Se llevó la mano al oído y luego a la boca, era un walkie-talkie.
Era preciso romper la tenaza de sus músculos, tenía que huir, alejarse sin demora. Se levantó pávido y comenzó a caminar hacia la puerta de la biblioteca.
Ahora estaba claro que los dos matones acechaban y que el otro debía de estar cerca buscándole. O tal vez no. Le resultaba difícil creer que ellos supieran que se encontraba allí, salvo que le hubiesen seguido, pero de ser así ya habían tenido tiempo más que de sobra para apresarlo.
De repente tuvo una intuición.
—Robert Heintz, van a por él.
Empezó a correr entre grupos de estudiantes que andorreaban por los pasillos con la mochila colgada al hombro y pegada al pecho.
No sabía cuál era el aula donde Heintz impartía su clase, pero debía ser cerca de donde se despidieron apenas quince minutos antes.
Mientras corría iba mirando a uno y otro lado buscando al otro esbirro, sabía que corriendo llamaba más la atención que caminando

y, sin embargo, algo en su interior le impedía ir más lento.
Cuando llegó al lugar donde se despidió del profesor, abordó al primer corro de alumnos que encontró y les preguntó que dónde se impartía la clase de Criptografía. Les habló en un inglés atropellado por la carrera, con los ojos tan abiertos que parecían pedir permiso para abandonar sus cuencas, lo que espantó a alguno de ellos. Aun así, alguien le señaló la penúltima puerta de la derecha al final del pasillo.
Pablo corrió a grandes zancadas hasta la puerta del aula, se armó de valor y entró.
Cuando entró Pablo con su mochila a cuestas y completamente excitado, Heintz estaba escribiendo en la pizarra unos símbolos raros. Se quedó estupefacto, al igual que la totalidad de los alumnos que asistían a la clase.
—Robert, debemos irnos —gritó el español—. Han venido a por nosotros.
Algunos estudiantes se levantaron atemorizados y se alejaron hacia el fondo de la clase creyendo que se trataba de un excéntrico con propósitos siniestros.
—¿Quién? —preguntó atónito el profesor.
—Ellos, vamos —agitó la mano y se le acercó para que los asistentes no le oyeran—. Los secuestradotes de Heinrich —le susurró.
El rostro de Robert Heintz palideció de súbito. Por entonces, el murmullo de la sala era más que audible, a nadie se le escapaba que algo grave estaba pasando aunque no pudiesen inferir qué.
—Sintiéndolo mucho debemos dar por terminada la clase de hoy —dijo solemnemente el alemán al auditorio—. Les pido disculpas.
Recogió sus papeles atropelladamente, los apelotonó en una carpeta y sin más demora se marcharon. Tomaron el pasillo de la derecha y se dirigieron a la nave central del edificio.
—Espero que no esté bromeando, joven.
—Uno de los dos está en la puerta; tiene un walkie-talkie, por lo que supongo que está en comunicación con el otro.
—¿Y qué le hace pensar que vienen buscándome a mí?
—No sé, tal vez hayan torturado a Heinrich para saber quién puede conocer la existencia de las cartas que usted me mencionó antes. Está claro que no vienen buscando ni a Heinrich ni a Güttec. Si damos por sentado que es imposible que sepan que yo estoy aquí, sólo se me ocurre que le quieren a usted.
—¿Ah sí? Y si es así, ¿por qué está usted huyendo también?
Pablo se tomó unos segundos.
—Por si acaso lo que le digo no es del todo así. Es indudable que si ellos me identifican también querrán mi cabeza.
Al llegar a la nave central, Heintz dudó un instante.
—Necesito ir a mi despacho, es allí donde tengo las llaves de mi

coche.
Al enfilar el área de profesores, Pablo le agarró del brazo y lo detuvo bruscamente.
—¡Es él! —gimoteó con voz ahogada.
Un hombre enlutado se acercaba a lo lejos del fondo del pasillo. Estaba a unos 20 metros y en medio había suficiente gente como para que no les hubiese visto. Pablo arrastró al profesor en dirección contraria. —Tomemos un taxi —le dijo.
Esta zona es de estudiantes, los taxis no pasan por aquí, habría que salir andado algunas manzanas. Francamente, no creo que sea la mejor idea, si hay alguien en la puerta es por algo.
Había que pensar algo rápido.
—Es más seguro salir desde el aparcamiento interior. ¿No puede pedirle un coche a alguien?
—No lo he hecho nunca, pero supongo que si es una emergencia… Ya sé —continuó—, espéreme un minuto.
Casi de inmediato regresó jadeando con su maletín del brazo y unas llaves en la otra mano.
—Un Volswagen escarabajo —dijo mostrándolas y casi disculpándose —. Es el coche de mi secretaria.
—No importa, nos servirá.
Corrieron hasta el garaje y entraron en el automóvil. Heintz, que estaba al volante, tardó unos segundos en familiarizarse con él.
—Un momento —gritó Pablo como si una idea acabase de explotar en su cabeza—. ¿No querrán desvalijar el despacho de Heinrich?
—No hay nada que merezca la pena, la policía incautó gran cantidad de libros y papeles de allí y, créame, lo que dejaron vale un ardite.
El vehículo arrancó chirriando las ruedas por la falta de costumbre de su accidental piloto.
—¿Está seguro de que no están las cartas de Köerting?
El profesor sonrió negando con la cabeza.
—¿Cree que no las habría encontrado yo mismo si aún estuvieran allí?
Se dirigieron a la puerta de salida del estacionamiento, que estaba situada justo detrás de la entrada principal de la facultad y, al pasar por ella, vieron de espaldas al hombre que estaba apostado junto a la verja. Parecía más nervioso que antes. Desde donde estaban también pudieron advertir que a su lado había un coche sin conductor que echaba humo por su tubo de escape.
—Aquél es el otro —señaló Pablo—. Tienen un coche preparado para huir. Vayámonos cuanto antes.
El escarabajo tomó la primera calle hacia la derecha en la dirección contraria al parque donde habían caminado por la mañana, en busca de arterias de mayor tráfico.
Heintz miraba por el espejo retrovisor para ver si le perseguían, y no

dejó de hacerlo hasta que estuvo seguro de que nadie andaba tras ellos. —¿Dónde vamos? —preguntó Pablo.
—Buena pregunta. ¿Qué le parece a la policía a denunciar a esos maleantes?
—¿Denunciarles? ¿Con qué pruebas?
—Vamos, hombre, han secuestrado a Heinrich. Éstos son los que han asesinado a Güttec y ahora andan husmeando por la facultad en busca de más carne. ¿Quiere más pruebas?
—La policía no le hará caso, y si se lo hace, no tendrá nada para retenerlos, con lo que acabarían sabiendo que hay un señor en la Facultad de Arqueología que les ha reconocido y tendrán mucho interés en saber quién es.
—Pediré protección, yo no puedo vivir con esta angustia.
El auto giró a gran velocidad por la avenida Ludwinstrabe en dirección hacia el norte.
—Heinrich no quiere que nadie intervenga en este asunto. Además, poner en alerta ahora a los gendarmes sólo precipitaría la decisión de los secuestradores de acabar con su vida.
Heintz estaba aterrorizado.
—¿Qué podemos hacer? —preguntó entonces—. Nosotros no podemos resolver esto, las fuerzas de seguridad deben tener métodos para preservar nuestra identidad y muchos más medios que nosotros para buscar a esos malhechores y a Heinrich.
—Escuche, Robert, Heinrich tan sólo tuvo unos segundos para hablar conmigo en el hall del congreso. Es posible que llevase semanas tratando de encontrar las palabras precisas para transmitirme el recado más necesario y, ¿sabe lo que me dijo? Tan sólo dos cosas, que no me fíe de nadie porque estos malditos asesinos están por todas partes y que no tendrían escrúpulos en matar a quien descubriesen que estaba al tanto.
El vehículo circulaba a toda velocidad hacia los barrios residenciales del este de la ciudad.
—¿Dónde vamos entonces?
—Yo no tengo dónde ir, es decir, no tengo dónde ir esta noche. Mañana a primera hora tomaré el tren a Colonia. Es allí donde debo coger mi vuelo de regreso a Madrid.
—Tal vez no le importe dormir en mi casa. Tengo un pequeño apartamento al otro lado de Englischer Garten con alguna habitación libre. Ahora más que nunca creo que debo enseñarle algo que guardo desde hace años y que nadie conoce excepto yo.
Pablo lo miró ahíto y sintió una punzada en el interior de sus ojos. Aunque tenía el gesto desencajado por el cansancio y el miedo, se mostró agradecido por la hospitalidad del alemán. En otras circunstancias tal vez hubiese declinado la invitación, no en vano

apenas se conocían. Sin embargo, ahora no tenía el cuerpo para aventuras en solitario, sus músculos seguían convalecientes y su corazón desangelado.
Robert, claramente excitado, alternaba visuales nerviosas al espejo retrovisor con giros de cabeza, mecánicos y fugaces, hacia su compañero.
—No sé si tendrán alguna importancia, pero a mí siempre me han parecido alucinantes y misteriosos —añadió casi justificándose.
—¿Misteriosos? ¿De qué se trata?
El auto enfiló la avenida Ungerstrabe hacia Schwabing Freimann.
—¿Ha oído hablar de Frank Grauben? —Sonó a pregunta de interrogatorio policial.
Pablo no recordada ese nombre, tal vez ya lo hubiese oído o leído en algún lugar pero no se sentía con fuerzas para rebuscar en su mente.
—No estoy seguro, creo que no.
—Fue durante muchos años el ayudante de Rudolf Köerting...
Unos segundos bastaron para rememorar dónde lo había escuchado. Fue Julio en la cena del restaurante Hartzenbush quien le dijo algo de Grauben, lo mencionó para decir que el profesor Talú, el que se había opuesto a la conmemoración de la obra de Köerting, le acusaba, como a su maestro, de quedarse con una valiosa piedra con una inscripción de Turquía.
—... joven íntegro y de honor que nunca renegó de su preceptor —continuó—, lo que en su caso particular tuvo un valor inconmensurable.
—¿Qué quiere decir?
—Frank Grauben llegó mucho más allá de lo que cabría esperar por su amistad y por el respeto a la figura de su preceptor. Durante muchos años le siguió por todo el mundo, renunciando a su casa y a su familia. Cuando Rudolf Köerting decidió marcharse a Polonia, el joven Frank se fue con él, abandonando su país. Luego vinieron tiempos mucho más difíciles, sobre todo para el viejo, que era judío, pero Grauben nunca lo traicionó, ni después de que tuviesen que separarse por las circunstancias.
—Ahora que lo dice, creo que alguien me habló de Grauben —Pablo necesitaba relacionar lo que sabía por Julio con lo que pudiese aprender de Robert Heintz—. Creo recordar que fue también criticado por un profesor turco que se oponía a incluir en el certamen de Colonia la memoria de Köerting.
—¿Conoce usted los informes de Talú?
—No personalmente, pero alguien me dijo que fueron los detonantes de la polémica sobre la inclusión o no de los trabajos de Köerting en el congreso.
—Créame, ese Talú está loco. No es la primera vez que ataca

duramente a Köerting, es como si estuviera obsesionado con humillarlo.
—¿Ya le había criticado anteriormente?
—Ya le digo que es como una obsesión, incluso se atrevió hace años a intentar desvalijar el legado personal de Grauben de la universidad con la burda excusa de que quería reeditar los avances del ayudante de Köerting en la cultura hitita.
—¿El legado de Grauben? ¿Sería el de Köerting?
—Sabía que recogiendo el de Frank tendría todo lo que había investigado su tutor.
—Pero, ¿es que Frank Grauben volvió a trabajar en esta facultad? —preguntó Pablo con las cejas estampadas en la frente.
—Claro, ¿no lo sabía?
—No tenía ni idea —balbució el joven.
Por su cabeza pasaron las disparatadas ideas que le había contado Julio sobre la vuelta de Köerting a Alemania en plena guerra para recuperar no se sabe qué extraño tesoro, pero se disiparon rápidamente cuando continuó hablando Robert.
—Frank Grauben ocupó, nada más acabar la guerra, el puesto que hoy desempeño yo.
—Así es que él también fue catedrático de Criptografía Antigua de esta universidad.
—¿Y quién mejor que él, en aquella época de posguerra y reconstrucción, con el viejo profesor muerto, podía dar cuerpo a la ciencia de descifrar el pasado? Él había sido el edecán y a su vez el perro fiel del más genial de los criptógrafos de la historia, junto a él había pasado casi diez años a pie de yacimiento, aprendiendo sobre el terreno…
—¿Por qué dice que ese tal Talú quiso apropiarse de la obra de Köerting?
—Porque fue a mí a quien le pidió toda esa información.
—¿Talú?
—Sí. Me escribió hace unos siete u ocho años y me dijo que estaba trabajando en los mismos yacimientos que Rudolf Köerting al final de los años treinta. Al principio le creí y colaboré activamente con él, la escasa información del estado hitita que tenía de los dos arqueólogos se la fotocopié y se la mandé a Turquía. No había gran cosa, tan sólo encontré un par de estudios previos a sus excavaciones, ya que Köerting no regresó jamás y Grauben nunca volvió a estudiar la civilización mesopotámica. Me respondió que le parecía que lo enviado era muy escaso e insistió en que deberían haber más cosas. Me insinuó que posiblemente fuesen cosas personales y se ofreció a venir a ayudarme él mismo en la búsqueda. No me gustó nada su respuesta, así es que le dije que aquello era todo lo que podía ofrecerle

y zanjé de un plumazo nuestra relación.
El auto cruzó la arboleda por Förhringer Ring y giró a la derecha por la avenida Effnerstrabe. Pronto tomó una callejuela junto a los jardines y aparcó en un lugar tranquilo junto a unas viviendas espaciosas y de poca altura.
—Fue entonces cuando me escribió la última carta en la me hablaba de una piedra muy valiosa con grabados del Imperio hitita que afirmaba que debía estar en la facultad y que si no cooperaba podía llegar a tener problemas con la justicia. No llegué nunca a contestarle, ni él tampoco me volvió a insistir; para mí el tema había quedado zanjado, hasta que el profesor Collatuzo, organizador del Congreso de Colonia pidió incorporar el homenaje a Köerting en el certamen y el cenutrio de Talú se opuso.
Pablo, que no se había desprendido de su bolsa de viaje, cruzó la calle y palpó instintivamente su interior para comprobar que todo lo importante estaba aún dentro. Mirando al profesor Heintz, comprendió que debía propalar lo que guardaba. Oyéndolo supo que no encontraría a nadie que le mereciera más confianza. Por momentos creyó ver en el rostro de Heintz las facciones de Heinrich, como si las dos personas quisiesen fundirse en una sola en un sueño imaginario. Entonces sintió una enorme ternura por quienquiera que fuese el que tenía enfrente.
Cuando el profesor abrió la puerta de su vivienda y le invitó a pasar notó el aroma de un hogar convertido en refugio.
—Éste es mi apartamento. Ya le dije que no era muy grande pero hay espacio suficiente para pasar algunos días, siéntase como en su casa.
—Es usted muy amable y no tengo cómo agradecérselo. Como le dije, sólo estaré esta noche. Mañana partiré a Colonia.
Sonó el teléfono y el profesor acudió a atender la llamada. Tras unos segundos, su rostro se transfiguró de súbito. Los gritos del otro lado del aparato hicieron que el catedrático alejase ligeramente el auricular del teléfono.

— *Wie?*

—*Also so was!*

—*Wer ist die person?*[40]

Al colgar, Robert se dejó caer en el sofá aturdido.
—Era mi secretaria. Está muy nerviosa. Han desvalijado la biblioteca de mi departamento y mi despacho.
Pablo se sentó frente al profesor.
—¿Han hecho daño a alguien? ¿Se han llevado algo?
—No, no lo creo. No había nada que les interesase, o al menos eso creo yo. —El alemán estaba pálido.
—Estarían buscando las cartas de Köerting —repuso el joven. —¿Y quién les ha dicho que podrían estar en mi despacho? El único

que les puede hablar de mí es Heinrich y, francamente, no creo que él lo haya hecho.

Guardaron unos instantes de silencio mientras pensaban en las conexiones que podían haber llevado a los secuestradores hasta Robert Heintz.

El español rompió el silencio.

—Heinrich no pudo delatarle porque él sabe dónde están las cartas, o al menos dónde estaba una de ellas cuando desapareció —dijo pensando en la misiva de la estafeta de correos.

—No le entiendo, ¿qué quiere decir?

—Heinrich sabe que las cartas las tenía Güttec. Salvo que el finado se las diese a usted antes de morir, usted no podía tenerlas.

—¿Cómo sabe que las cartas estaban en posesión de Helmuth?

Pablo dudó un momento antes de responder.

—Me lo ha dicho Heinrich en una carta reciente —respondió sin dar muchas explicaciones.

—Ya le dije que Güttec estuvo muy al tanto de esos dichosos escritos. Heinrich se los enseñó para que le ayudase a comprender algo que había escrito en ellos, pero igualmente pudo recuperarlos y esconderlos en algún lugar, cualquiera sabe. Puede que Heinrich los haya preservado guardándolos en su casa —pronosticó Heintz.

A Pablo se le heló la sangre cuando recordó la imagen de la casa de Heinrich desvalijada. El secuestro era insuficiente para sus captores, ellos necesitaban encontrar algo para lo que habían allanado propiedades ajenas, primero la casa de su amigo y ahora el despacho de Heintz.

40 ¿Qué? ¡No es posible! ¿Quién ha sido?, traducido al castellano.

—Si las cartas hubiesen estado en casa de Heinrich, probablemente ya no estén allí —aseveró Pablo.

—¿Qué quiere decir?

—Que también han entrado en su casa forzando la puerta, que registraron todo y la dejaron manga por hombro.

—¿Cómo sabe usted eso?

—Lo vi con mis propios ojos porque fui a su casa a buscarle.

—¡Que horror, Dios mío! ¿Hasta dónde quieren llegar estos desalmados?

Permanecieron en el salón sentados frente a frente y mirándose desarmados y exhaustos.

—Un momento —apuntó Heintz despertándose de su letargo—. Si tal como acabamos de deducir, Heinrich no ha podido ser quien dijo a esos malhechores que era yo quien tenía las cartas, no pudo ser nadie más que alguien de la policía quien les sugirió que husmeasen en mi despacho. Yo no he hablado con nadie más que con ellos de mi amistad con Heinrich.

—Claro, usted declaró en Colonia y eso le convierte en sospechoso de poseer lo que ellos buscan.
El semblante de Robert Heintz adquirió un tono lechoso junto a un gesto de pánico mal disimulado.
—Yo también me iré mañana, éste ya no es un lugar seguro ni siquiera para mí —añadió finalmente y luego se levantó a bajar las persianas y a poner el cerrojo en la puerta de entrada.
Se dirigió con sigilo a algún lugar del interior del apartamento y volvió con un gran cartapacio de pastas azules duras y desgastadas.
—Es curioso —dijo mientras se sentaba—, pero después de una vida dedicada a la investigación arqueológica, el único legado que nos dejó Frank Grauben son estos extraños grabados, que más se parecen a la herencia de un pintor expresionista que a la de un científico.
Abrió la carpeta y sacó unos dibujos hechos con plumilla en diferentes formatos y dimensiones y que a primera vista parecían creados por un pintor experimentado. Cuando los tuvo entre sus manos los observó boquiabierto. Eran dibujos firmados por F. Grauben y estaban fechados entre 1940 y 1944.
Los trabajos tenían un significado confuso y evocador, figuras al más puro estilo realista de expresiones vivas y profundas se mezclaban con estrambóticos detalles impresionistas, a veces descabalados y de un sentido desconocido.
—Yo les llamo las pinturas mágicas de Frank Grauben —afirmó satisfecho como un niño que puede desvelar un secreto largamente guardado.
Pablo repasó una y otra vez los grabados; habría una treintena y estaban ordenados por fechas.
—Al principio se obsesionó con los triángulos; en los trabajos de los dos primeros años se pueden encontrar formas triangulares en todos los grabados.
Efectivamente, en la mayoría de los formatos podían adivinarse, o directamente verse, triángulos alrededor de los cuales se desarrollaba toda la acción. Eran formas geométricas con la fuerza de un imán que atraía la vista y la fijaba en su interior. Dentro, la luz era tan intensa y blanca que electrizaba cuanto había en torno a ella.
—¿Qué le parece? —preguntó finalmente el alemán.
—Realmente, no sé qué decir. Para empezar, ni siquiera sabía que Grauben fuera pintor.
—Fue pintor por obligación, una vocación a la que le empujó la necesidad de ganarse la vida en un mundo que se empeñaba en perseguirle.
Pablo levantó la cabeza absorto.
—Grauben tenía muy claro que la guerra que estaba a punto de estallar no era su guerra. Cuando se vieron obligados a abandonar

Turquía, el profesor Köerting buscó refugio en casa de unos amigos ingleses que vivían en Londres, pero él no tenía adónde ir. No podía ir a su país porque con toda seguridad le reclutarían como soldado o como oficial, tampoco conocía a nadie en Londres, así es que, por primera vez en muchos años, tuvo que separarse de su mentor. El joven Frank era muy orgulloso y no estaba dispuesto a reconocer delante de él que no tenía adónde encaminarse; entonces debió de inventarse una amistad en Estados Unidos, que supuestamente le había pedido ir allí para trabajar en nuevos proyectos arqueológicos. Es más que probable que ese país le resultase mucho más seguro que cualquier otro, que lo considerase un buen refugio contra el terror de la ambición nazi.

El profesor se levantó y sugirió preparar café.

—Es lo único que puedo ofrecerle. Si quiere cenar alguna cosa, le propongo que llamemos a cualquiera de esos lugares de comida rápida que tanto abundan ahora.

Pablo asintió indiferente y abstraído.

—Pero nuestro amigo no tuvo suerte —se oyó desde la cocina—. Imagínese un joven alemán, con pinta de espía nazi, pidiendo trabajo en un país donde nadie le conocía. Como no encontraba nada, empezó a plantearse explotar una virtud que siempre había tenido pero que nunca utilizó: la pintura.

Salió de la cocina con un plato lleno de galletas y dos tazas vacías, que dejó en la mesa.

—No puedo estar seguro de cuándo llegó a Estados Unidos, ni siquiera adónde, lo que es seguro es que en 1940 estaba en Nueva York pasando más hambre que un perro abandonado. No sé cómo, pero allí tuvo la suerte de encontrar a alguien que le salvó la vida, un galerista de tres al cuarto de origen austríaco que tenía un local en Broodway en un lugar poco conocido al que de vez en cuando acudían compradores adinerados. Parece ser que este señor se quedó impresionado por los dibujos que Grauben llevaba meses enseñando por todas partes y se animó a darle una oportunidad.

Pablo permaneció callado.

—Grauben —continuó— se hizo un planteamiento muy sencillo: vendiendo un cuadro por mes podría pagar la modesta habitación que ocupaba, y vendiendo dos podría incluso comer. Al mismo tiempo, seguía llamando a las puertas de las universidades y centros de investigación para pedirles una oportunidad como arqueólogo.

Un borboteo procedente de la cocina anunció que el café ya estaba listo. Cuando su aroma cálido y estimulante se apoderó del apartamento, el profesor acudió raudo a servirlo.

—Y entonces —se oyó de nuevo desde la cocina— ocurrió algo extraordinario.

—¿Algo extraordinario?
—A las dos semanas escasas de tener sus grabados colgados en la pared de aquella galería pasó por allí el excéntrico Salvador Dalí, que llevaba algunos meses viviendo en Nueva York.
Heintz se calló, seguro de que lo que acababa de decir resultaba inesperado e increíble. Después asomó la cabeza desde la cocina y le miró con las cejas levantadas.
—¡Y le compró varios de sus lienzos! —remató.
—¿Salvador Dalí?
—El mismo, para Frank fue la salvación instantánea y la oportunidad para salir de la indigencia.
Afectado por la incredulidad, Pablo repasó los grabados que tenía delante sin saber qué decir. Al profesor se le había soltado la lengua y no quería parar de hablar.
—La exigua popularidad conseguida le permitió vivir más de un año en aquella ciudad devoradora de sueños. En ese tiempo siguió llamando sin éxito a puertas de universidades y fundaciones privadas en busca de algo que le permitiese trabajar como arqueólogo. Años más tarde, cuando ya era catedrático de Criptografía Antigua en esta universidad, escribió un artículo que tituló «El triángulo iluminado», que no era otra cosa que la crónica de aquellos años rocambolescos que estuvieron a punto de cambiar su vida para siempre pero, sobre todo, era la reafirmación de su modestia como artista, ya que el galerista de Nueva York, que se quedó finalmente con una cuarentena de cuadros suyos a un precio ridículo, se esforzó en confundir a todo el mundo en un intento de hacer popular a su pupilo y aumentar la cotización de sus cuadros diciendo que Grauben y Dalí habían trabajado juntos clandestinamente y que los cuadros del alemán inspiraban al español. Sin embargo, «El triángulo iluminado», escrito de su puño y letra, dejaba muy a las claras que todo aquello era falso, y que su única relación con Dalí se limitó a que el genio español le compró algunos cuadros. Y fue tal el desprecio que manifestó hacia su obra que la guardó envuelta en sábanas en un oscuro rincón de la universidad donde trabajaba.
La cafetera hirviente apareció de la mano del profesor venteando tras de sí un cordón de aroma. La figura de Frank Grauben, de contornos difusos y espectrales, parecía salir de la oscuridad, alimentada por la nitidez de su obra y por el recuerdo de Heintz.
Las pinturas desfilaban una vez más ante los ojos de Pablo, gestos con crudo realismo fotográfico junto a objetos maleables, fondos rocosos para vírgenes y cristos petrificados, todos envueltos en formas triangulares con singulares puntos de luz en su interior, todos ellos cargados de un simbolismo especial y mágico.
—¡El Cristo de San Juan! —gritó Pablo con voz ahogada deteniéndose

en uno de los dibujos.
—¿Cómo?
—Lo que oye —aseguró contemplando una cruz blanca dentro de un triángulo equilátero en el centro de un lienzo—. Éste trabajo es muy parecido al famoso *Cristo de San Juan* de Dalí, sólo que está fechado en 1940 y el catalán lo pintó después de 1950.
Robert sirvió el café desconcertado, por instantes creyó ver al galerista neoyorquino denunciando indignado el plagio y a Frank en la sombra, guardando un silencio cómplice y misterioso.
—Conozco bien el cuadro de Dalí; de hecho, es uno de mis favoritos. Recuerdo haber leído que cuando le preguntaron de dónde le vino la inspiración dijo que se sintió atraído por un cuadro del propio san Juan de la Cruz donde se representaba un Cristo dentro de un triángulo y que su intención fue crear una visión de la crucifixión desde una perspectiva original.
Pablo inspiraba profundamente, tenía el pulso acelerado por la emoción.
—De ese modo consiguió darle una fuerza extraordinaria, un don especial, que hizo que pronto se convirtiera en un cuadro famoso. Muchos críticos de arte trataron de escarbar en la mente del autor y alguno llegó a afirmar que el lienzo escondía códigos en clave. Alguna de las declaraciones del excéntrico Dalí no hicieron más que disparar esas sospechas. Cuando se le preguntó por qué se había decantado por la forma del delta, respondió que con ellos trataba de emular la tradición platónica del pensamiento europeo, según la cual, las formas básicas como los triángulos estaban cargadas de poderes metafísicos porque son constantes universales.
—¿Y qué fue del cuadro? —quiso saber Robert.
—Hacia mediados de los años cincuenta, se vendió en una subasta a un precio extraordinario.
Pablo también tuvo la íntima sospecha, al igual que cuando vio por primera vez el cuadro del catalán, de que detrás de tanta figura había un significado, un sentido escondido tras las formas geométricas, con poderes metafísicos que se escapaban a la imaginación.
—La tríada egipcia —murmuró.
—¿Cómo? ¿Qué es eso?
—Algo parecido al pensamiento platónico. En el fondo puede que esté relacionada con la tradición egipcia que agrupaba a sus dioses por tríadas, la tríada osiríaca, la tríada tebana, la tríada menfita... Para los faraones el delta también tenía un valor de fuerza y poder y en la conjunción de cuatro triángulos en una pirámide se escondía el símbolo divino por excelencia.
Hubo unos segundos de un silencio irrespirable, de un vacío asfixiante, donde ambos rebuscaban en sus pensamientos.

—Robert, ¿por qué me cuenta esto? —preguntó a bocajarro sin disimular un tinte de insolencia.
—Frank Grauben regresó a Alemania una vez acabó la desastrosa guerra mundial a finales de 1945. Venía con la maleta llena de ilusiones; quería rehacer su maltrecha vida, después de cinco años de deambular por el mundo. Había que partir desde cero en una nación destrozada, ya no tenía ni siquiera la ayuda de su admirado maestro, que había sido asesinado un año antes por los propios alemanes.
No había rencor en sus palabras, aunque sí nostalgia y pena.
—Naturalmente, le ofrecieron la cátedra de Criptografía Antigua de la que había sido profesor bajo la tutela de Köerting hasta su huida a Polonia justo antes de la guerra. La primera cosa que hizo fue publicar un libro póstumo del profesor que tuvo poco éxito porque el país no estaba para comprar libros y porque, fuera de aquí, lo alemán era aún objeto de suspicacia. Además, por razones que desconozco, Köerting había creado una escuela de detractores que no querían descansar ni siquiera una vez muerto el maestro, y trataron de acosar a Grauben acusándole de expoliador de riquezas, particularmente en Turquía. Fueron tan sólo cuatro años los que el joven Frank pudo ejercer la profesión en el lugar que le había visto nacer y que daba sentido a su vida.
—¿Cuatro años? ¿Qué fue lo que pasó?
—En 1949 se produjo un incendio en la cátedra, fue en una noche de invierno cuando ya no quedaba casi nadie en la universidad. Casi nadie menos Frank Grauben, que pasaba horas y horas en su despacho trabajando. No se sabe la razón del incendio pero sabemos que sólo afectó a la cátedra de Criptografía, al despacho de Frank, que es el que ahora yo ocupo, y a la biblioteca del departamento.
Heintz sacó una caja de cigarrillos y ofreció uno a Pablo, éste lo rechazó y el profesor se encendió el suyo.
—Las dos piezas de la cátedra fueron pasto del fuego, las llamas destruyeron todos los documentos escritos y sus muebles. Frank tuvo igualmente dificultades para huir de las llamas y sufrió quemaduras graves en todo su cuerpo.
Para disolver el azúcar que acababa de poner, Heintz agitó fuertemente la cucharilla del café. Había en su mano una rabia contenida imposible de disimular.
—La vida de Frank nunca volvió a ser igual —continuó—. Es como si aquel incendio le hubiese quemado su propia alma y hubiese destrozado todo cuanto tenía. Debió pasar unos meses hospitalizado, se temió incluso por su vida, máxime cuando era él mismo el que no ponía ningún interés en seguir viviendo, pero no murió. Tampoco volvió nunca a la cátedra, simplemente desapareció para siempre.
—¿Nunca volvió a ejercer?

—Nunca volvió a pisar esta facultad.
—Pero, ¿por qué? ¿Nunca explicó por qué?
—Hace mucho tiempo y, ya sabe, los rumores se convierten en leyendas, aunque yo siempre he pensado que pudo ser un cúmulo de cosas juntas: la falta de ilusión y de fuerzas para empezar de nuevo, las marcas imborrables del fuego en su rostro, que debió quedar desfigurado y, por qué no, el temor de que se hubiese tratado de un ataque más a su trabajo y a la memoria de su maestro. El caso es que, a pesar de que las autoridades académicas y muchos amigos le pidieron que volviera a su despacho, él nunca cambió de opinión y abandonó la docencia y la investigación.
—Seguro que fue un atentado —apostilló Pablo.
—Cada día estoy más convencido. ¡Después de todo lo que estamos viendo!
—Y, ¿quién podía tener ese empeño en hacerle daño?
El profesor chupó su cigarrillo con parsimonia, como si estuviese viviendo el único momento de placer del día. El humo caracoleó por la sala, desapareciendo mientras subía.
—Francamente, no lo sé. No me parece que Grauben fuese un tipo que iba haciendo el mal por ahí, más bien creo que jamás hizo daño a nadie, pero por lo que sea podía tener algún enemigo dispuesto a destruirlo.
Concentrado en sus pensamientos, Pablo apuró el café.
—No sólo se quemó Frank —continuó Heintz—, una buena parte de sus trabajos y los de sus predecesores como Köerting se convirtieron en humo para siempre, sus cartas, su diario, sus notas y un sinfín de libros, algunos incunables, ardieron devorados por el fuego.
—Todo menos estos lienzos —apuntó el joven sonriendo.
—Efectivamente, pero es que estos cuadros no estaban en la cátedra. Se encontraban en un cobertizo junto a otros cachivaches en el hueco de una escalera, lejos del despacho de Grauben. Él nunca los reclamó, pasaron treinta y cinco años en un rincón oscuro, rodeados de trastos que nadie se había atrevido a tirar a la basura en su día. Fue hace unos once años cuando decidí sacar toda la cochambre de aquel escondrijo para darle otra utilidad y entonces encontré este tesoro.
Los dibujos temblaban en las manos de Heintz, emocionado al hablar.
—Nunca se los he enseñado a nadie hasta hoy, ni a nadie le he comentado su existencia, porque aunque sé que no son míos, no quiero desprenderme de ellos.
—Estas pinturas eran algo personal de Frank. No tiene por qué devolverlas a la facultad. Porque, ¿sabe si vive algún familiar suyo? —No lo sé, él murió soltero, es decir, cuando desapareció estaba soltero y creo que era hijo único. El caso es que nunca nadie ha venido a reclamar nada suyo, al menos desde hace quince años que estoy yo

ocupando su lugar.
Con las pinturas entre sus piernas, Pablo las volvió a repasar lentamente. No había nada que le hiciera pensar que aquello tenía algo que ver con el enigma que rodeaba a su autor y, sobre todo, a su tutor, pero tenía el presentimiento de que todo tenía relación.
Había un indudable simbolismo en los trabajos, un simbolismo escurridizo y velado. Claro que eran el reflejo de la mente de un criptógrafo, un hombre acostumbrado a leer lo ilegible, a transformar un montón de garabatos escritos sobre una piedra en la idea de quien los plasmó en ella.
Fue pasando uno a uno los dibujos y se entretuvo en los rostros; parecían semblantes desconsolados, asustados, sin ningún motivo de alegría en las expresiones. Imaginó si alguno de aquellos rostros pertenecería a alguien, tal vez al profesor Köerting, del que nunca había visto una foto o un retrato. Pensó que alguna de aquellas pinturas pudo ser el resultado de bosquejos hechos con anterioridad en su etapa de arqueólogo de campo, tal vez asesorado por su tutor.
Una vez más llamó su atención la geometría de las figuras. En la mayor parte de los bocetos se podían adivinar objetos principales situados en vértices de triángulos o formas más o menos complejas, cuyos ángulos parecían estar inmiscuidos en formas triangulares con el interior más claro que el exterior.
Robert Heintz, sentado frente a él, le escudriñaba tratando de buscar un significado a cada uno de sus gestos. Pablo levantó la vista y lo sorprendió observándole, estaba agazapado como un animal herido esperando ayuda. Mirándole a los ojos se percató de que le había contado toda la verdad, la verdad sobre Güttec, la verdad sobre las cartas de Köerting, la verdad sobre la vida de Grauben... Además, le abrió las puertas de su casa, le había dado hospedaje y le había mostrado el secreto de sus viejas pinturas escondidas y jamás mostradas, mientras que él ni siquiera le había dicho lo que Heinrich le contó en el Congreso de Colonia, ni nada de lo que ocurrió después.
Ahora ya no tenía dudas, tras aquellos ojos inquietos, tras esa frente despejada y surcada por largas arrugas, había un hombre bueno, un hombre inocente y aturdido, sobrepasado por los acontecimientos y por los secretos largamente guardados.
Se levantó y cogió su maltrecha bolsa de viaje mientras el profesor le seguía con la mirada. Estaba persuadido a desoír el consejo de Heinrich de no desvelar aquel dichoso asunto.
—Lo que le voy a contar —arrancó sin un atisbo de arrepentimiento— me pidieron que no se lo dijese nunca a nadie.
El profesor se arremolinó en el sofá temeroso e intrigado.
—Heinrich Mayer me envió un escrito hace unas semanas a Madrid, pidiéndome imperativamente que viniese al Congreso de Colonia...

Las palabras salían ausentes de la boca de Pablo, su tono de voz era plano e impersonal, como si fuese una máquina la que contase la historia.
Pasó con todo detalle por su encuentro fugaz en Colonia con Heinrich, por el escrito que le entregó junto a su libro, por la visita a su casa desvalijada y las cosas que le contó la portera, por la llave del buzón, por el libro allí escondido y por el nuevo mensaje que había dentro de aquel libro.
Robert Heintz estaba boquiabierto, no articuló una sola palabra hasta que Pablo llegó al final de su relato con el momento en que se vieron en la facultad. Sobre la mesita que flanqueaba el sofá donde estaban sentados se amontonaron el mensaje de Köerting, la nota de Heinrich y el libro que le dejó en la estafeta de correos con la otra carta de su amigo.
El profesor cogió el mensaje cifrado como si de un tesoro arqueológico se tratara; a pesar de las gafas que acababa de ponerse, sus ojos relumbraban como faros en alta mar.
Pasaron unos minutos eternos con el profesor reconcentrado en el papel añejo, incomprensible para la mayoría de los humanos.
—Decididamente, Köerting fue genial —Heintz sentía emociones a raudales.
—¿Qué quiere decir? ¿Es usted capaz de transcribir el texto? —Pablo estaba seguro de que nadie mejor que un catedrático de criptografía para hacerlo.
—El viejo maestro no quería que fuese fácil entenderle y, vive Dios, creó un engendro de difícil transcripción.
—No entiendo. ¿No es posible saber qué quería decirnos?
—Sí es posible, aunque no fácil. Para empezar, utilizó al menos tres lenguas diferentes, con tres alfabetos distintos.
—¿Tres alfabetos?
—Las palabras que preceden a cada frase están escritas en, digámoslo así, una especie de lengua hitita adaptada a una regla mnemotécnica que posiblemente se inventase el propio Rudolf Köerting.
Heintz sonreía mientras apuraba un nuevo cigarrillo pleno de complacencia por haber descubierto una de las trampas de la glíptica.
—*Da, Meiu Sipta* se corresponden a la numeración hitita, aunque hasta el día de hoy sólo se conocen cinco números de su complejo lenguaje. Köerting lo sabía, y para describir el resto, se inclinó por crear combinaciones con los números conocidos.
Pablo recordó que él mismo tuvo la impresión de que aquellas únicas palabras legibles seguían cierto orden, como si se fuesen complicando a medida que se avanzaba en el texto.
—Estamos seguros de que *Da* significa «dos» en hitita, y que *Meiu* significa «cuatro», si bien no sabemos cómo expresaban, por ejemplo,

el número «seis».

Heintz estaba pletórico y Pablo impaciente.

—Claro —continuó—, que cualquiera podría pensar que si dices *Meiuda*, un habitante de Hatti entendería «seis».

—¿Köerting se inventó el nombre de esos números?

—Ya le digo que no todos. *Sipta* es el número «siete» en hitita, pero *Siptamu* debe significar «ocho», ya que *Mu* es «uno», lo que sumado a *Sipta* da «ocho».

—Luego las palabras de cada frase representan los números pares —aseveró Pablo con voz temblorosa.

—Los números pares de una numeración inventada —dijo Heintz.

—Esto coincide con lo que me dijo Heinrich de los dos mensajes encriptados, el otro debe tener otros tantos símbolos que corresponden a los números impares.

—Está claro, uno y otro deben ser complementarios y deben ir completando un texto que por separado no tiene sentido.

—¿Un texto? ¿Acaso puede entender lo que viene después?

—Lamentablemente no. Hay cientos de alfabetos antiguos, además de los que el propio Köerting pudiese haberse inventado. Sin mis tablas de transcripción no podría saber de qué lenguas se trata.

—¿No tiene a mano esas tablas?

—No, están en la cátedra. Aun así me llevaría tiempo. Compréndalo, es la primera vez en mi vida que me enfrento a una inscripción sin la más mínima referencia de su procedencia geográfica ni temporal.

Pablo rezongó con un punto de contrariedad.

—Sin embargo —continuó el viejo—, hay cosas que ya podemos saber. En primer lugar, Köerting intercaló símbolos de dos alfabetos y lo hizo de un modo alternativo. En la primera línea utiliza caracteres morfológicos idénticos a la tercera y a la quinta, mientras que los caracteres de la segunda línea están emparentados con los de la cuarta.

—¿Y por qué hizo eso?

—Probablemente para despistar, quería estar seguro de que sólo un especialista pudiese desenmarañar el misterio.

—Y para conocer el origen de esos alfabetos necesita la ayuda de sus tablas.

—Sí, pero hay algunas cosas de las que ya estoy seguro.

—¿Como cuáles?

—En primer lugar y, aunque esto no sea mucho decir, son morfológicamente de origen indoeuropeo, es decir, del tronco de la mayoría de las lenguas conocidas. Para que se haga una idea, incluso el hitita hablado hace cuarenta siglos era indoeuropeo. En segundo lugar, ambas son lenguas prerrománicas, luego anteriores al latín, lo que ya nos limita mucho la búsqueda. Finalmente estoy seguro,

aunque esto no es más que una intuición de viejo zorro, de que los dos alfabetos que alternan cada línea corresponden a dialectos hablados en dos territorios contiguos o en dos momentos seguidos de un mismo territorio.
—¿Cómo puede sospechar eso?
—Es fácil. Los símbolos evolucionan con el tiempo y en el espacio. Hace treinta siglos esa evolución era lenta y traumática. La similitud de los signos sugiere proximidad, aunque no afinidad. Lo más natural es que aunque se tratase de pueblos vecinos fuesen enemigos acérrimos.
—¿Y no es capaz de sospechar de qué civilización se trata?
—No me atrevo. Estoy seguro de que estamos ante dos lenguas que no evolucionaron y que fueron engullidas por el latín, pero hay centenares: el teutón, el bávaro, el celta, el bretón... hasta podría ser una mezcla de ellas ideada por Köerting para la ocasión. Sería muy arriesgado que me decantase por alguna.
Para Pablo, quizá más que para Heintz, finalizaba su travesía solitaria por el desierto y la dolorosa sensación de no tener a nadie con quien hablar.
—Hagamos una cosa —añadió finalmente Robert—, tomaré nota del escrito y déjeme una forma de localizarle en Madrid. Tan pronto como averigüe de qué se trata le llamaré para decírselo.
El español apuntó su teléfono en un papel que sacó de su cartera y se lo alargó al profesor, que se afanaba en repetir los símbolos en un cuaderno.
Cuando acabaron, Heintz se fijó en el libro de Garstang. Lo tomó con cierta solemnidad y lo hojeó como si de un objeto delicado y frágil se tratara.
—Si existen libros incunables en arqueología, posiblemente éste sea uno de ellos.
—¿Lo conoce?
—No lo había tenido nunca en mis manos; de hecho, no sabía que Heinrich lo poseyese. El hecho de que estuviese en su poder me deja un poco confuso. Es muy poco probable que lo haya conseguido por la vía académica y dudo mucho que lo hubiese comprado en el mercado de libros antiguos.
—¿Tan rara es esta edición?
—Es rarísima. Este libro se editó en 1910, cuando apenas se sabía nada de los hititas, luego no tiene gran valor científico, pero su edición fue muy limitada y pronto desapareció del mercado. Además, sucedieron algunas cosas que alimentaron la leyenda.
—Francamente, no puedo creerme que todo esto esté pasando. ¿Un libro con leyenda?
—No es un libro de criptografía, luego no es de mi especialidad, pero

sé que John Garstang murió al poco tiempo de escribirlo. Pasaron muchos años hasta que salió la segunda edición.
—Segunda edición que, lógicamente, no fue escrita por Garstang.
—Obviamente no, fue otro inglés llamado Paul Stambrigde. Es un libro muy común que podría encontrarlo en nuestra biblioteca, yo lo leí hace años.
—¿Y qué hay de diferente entre este ejemplar y el que usted leyó? —preguntó Pablo.
—No lo sé, hace mucho tiempo que lo leí. Salvo esta extraordinaria encuadernación y la calidad del papel, me parece que son iguales. Lógicamente, de existir alguna diferencia en el contenido, debe ser mínima.
—No lo creo —añadió el joven frotándose los ojos—. Creo que el hecho de que Heinrich me dejase este libro es porque precisamente puede contener alguna pista de lo que andamos buscando. Es posible que esta impresión tenga algunas cosas que no fueron publicadas en la siguiente. No tienen por qué ser secretos o misterios ocultados adrede, pero puede haber detalles o diferencias que sólo puedan conocer los que han leído la edición original. Tal vez alguno de esos elementos sea importante para localizar a Heinrich o quién sabe si las cartas de Köerting o qué sé yo.
—Eso tiene sentido —añadió Heintz—. La leyenda dice que el autor de la segunda edición había ocultado intencionadamente detalles que conocía peligrosos e incluso malditos y que, por tanto, sólo el que leía la primera y original publicación escrita por el propio John Garstang podía conocer la verdad sobre la tierra de los hititas. La muerte repentina de Garstang sirvió para aumentar el mito, mientras que el autor de la segunda edición de 1950 vivió una larga y plácida vida, hasta morir octogenario hace unos pocos años. Según los amantes de este tipo de bulos, la larga vida de este autor tenía que ver con la reconciliación que su edición corregida suponía a la afrenta publicada por Garstang.
Heintz se expresaba casi disculpándose por la falta de base científica de cuanto decía.
—Debo hacerme con un ejemplar de la segunda edición, la escrita por ese tal Stambrigde —concluyó tajante.
—Pero, ¿qué diablos buscamos?
—Un arca
—¿Un arca?
Pablo le extendió el papel que halló dentro del libro de Garstang, el que estaba en la estafeta, y el profesor devoró sus líneas.

…Yo aún no sé de qué se trata exactamente y tampoco estoy seguro de tener la oportunidad de descifrarlo, pero estoy seguro de que hay algo importante dentro del arca. Ellos lo saben, no me preguntes cómo, y

además saben que Helmuth y yo encontramos los escritos de Köerting...
—¿Un arca? ¿Y qué hay dentro de ella?

—Algo valioso y codiciado. —La respuesta no aclaraba nada, pero tampoco podía ser más precisa.

Robert se rascó la barbilla, su imaginación no llevaba a vislumbrar lo que escondía el enigmático cajón.

—¿Y dónde puede estar escondida?

Pablo negó con la cabeza.

—Podríamos saberlo si tuviésemos las pistas impares, aunque no sé a quién las confió Köerting. Si no, la única clave es su carta, la que encontró Heinrich y entregó a Güttec —dijo mientras guardaba todo de nuevo en su maleta—. Creo que necesitaré un afeitado y una ducha.

Aquella noche cenaron unas pizzas. Pablo llamó a la compañía aérea para consultar cuál era la forma más adecuada de regresar a Madrid y supo que debía hacerlo desde Colonia, tal como había sido la ida. Preguntó por los vuelos disponibles y cerró uno de regreso por la tarde, lo que le permitía, saliendo bien temprano en tren desde Munich, llegar con tiempo a Colonia.

Durante la cena volvieron a hablar de las pinturas de Grauben y del libro de Garstang. También comentaron la mención que Heinrich hacía en su último escrito a la carta de Köerting, el escrito que había dejado en manos de Güttec para que éste se lo entregase a Pablo con tan sólo mencionar la contraseña de Subbiluliuma.

—Es raro —comentó Robert Heintz—. Heinrich sólo habla de una carta de Köerting, cuando yo estoy seguro de que encontró varias.

Pablo se sorprendió al darse cuenta de que no había pensado en ese detalle.

—Lo que significa que únicamente le entregó una a Güttec —remató el alemán—. ¿Y el resto?

El profesor le miró esperando una respuesta

—Quizás ésta sea la única importante —sugirió Pablo.

Ninguno de los dos podía presagiar de qué trataba esa misiva. Tampoco eran capaces de saber qué podía haber hecho con ella Güttec antes de morir, si es que finalmente hizo algo o, en todo caso, dónde podían encontrarla, ahora que el profesor alemán estaba muerto.

Esa carta era ahora la pieza más importante del rompecabezas, pero su escondrijo permanecía tan oscuro como su contenido.

El día había sido agotador y vertiginoso. Al filo de la medianoche, el cansancio se apoderó de sus cuerpos macilentos. Vacíos, reconfortados por la amistad, derrotados por el cansancio y la emoción, se despidieron aquella noche buscando el consuelo del sueño.

18

Kirbat Isriyah, 20 de noviembre de 1938

El profesor había repartido minuciosamente el trabajo de todos sus colaboradores para poder dedicarse en cuerpo y alma a su gran pasión: la traducción de viejas inscripciones. Hasta aquel momento, la mayoría de los zapadores habían trabajado junto a la gran puerta de entrada de Nuhassé, donde habían hallado evidencias de la existencia del *Kârum*. Grauben se quedó encargado en solitario de averiguar la ubicación exacta del gran templo y los límites del deteriorado palacio, del que sólo se habían salvado algunas columnas, y Mustafá se multiplicaba dando órdenes a todos y llevando y trayendo cosas desde el campamento hasta territorio civilizado junto al río Éufrates.

Hacía tres días que el profesor había dado un repentino e inesperado golpe de timón. Aquella mañana recorrió las lindes del recién hallado *Kârum*, donde hasta entonces habían concentrado sus denodados esfuerzos y, sin más justificación, ordenó pasar a todos los operarios al levantamiento del palacio.

Mustafá fue el único que refunfuñó, estaba impaciente por encontrar objetos valiosos, al menos para él, y los continuos cambios de prioridades no hacían sino retrasar la aparición de lo que imaginaba como tesoros de la antigua ciudad.

El *Kârum* quedó únicamente marcado por sus vértices, cuyas columnas se llegaron a vislumbrar con muchísima dificultad. Tal como había pronosticado el profesor, aquel mercado de trueque se ubicaba junto a la puerta principal de entrada a la ciudad y, por sus enormes dimensiones, sugería haber sido albergue de gran número de mercaderes y comerciantes de la época.

Entre los objetos que afloraban en superficie hallaron restos de vasijas, escudillas y tinajas de cerámica y un sistro de bronce que supusieron que servía para subastar mercaderías.

Sin embargo, algo inesperado hizo que el profesor determinase abandonar aquel enorme mercado para concentrarse en la morada real.

Cuando ese día Köerting se encerró en su tienda de campaña con la transcripción del mensaje encontrado en la esfinge gigante de la entrada, Grauben se temió lo peor. A su mente acudieron los fantasmas del pasado reciente en El Cairo, donde el viejo se aisló del mundo exterior durante semanas, condenándole a una existencia vacía y solitaria.

En las últimas semanas, el joven Frank había observado en silencio a su maestro, cada vez que se ausentaba de la plaza central donde se desarrollaban los trabajos de campo; especulaba que estaba a punto de

iniciar su traducción, pero al final todas eran falsas alarmas, porque al instante aparecía de nuevo atusándose la barba y dando órdenes a diestro y siniestro. En realidad, lo que más le sorprendió fue la falta de prisa que mostró el maestro en indagar lo que decía aquel largo texto en *boustrófedon*[41] que engalanaba la entrada principal de la ciudad para mostrarse mucho más interesado en colaborar personalmente con los levantamientos de la gran plaza.

Pero ahora ya estaba claro, Köerting se levantó aquella mañana señalando que no quería ser molestado, que necesitaba sosiego y tranquilidad para descifrar el pétreo grabado que saludaba a quienes entraban en la ciudad.

A la hora de comer, el profesor no apareció en la tienda de vituallas donde los alemanes y Mustafá solían almorzar, ni tampoco dijo a nadie por qué no fue, por lo que Frank se sintió doblemente molesto, en primer lugar por no verle y en segundo por quedarse a solas con Mustafá, con quien no había llegado a establecer una verdadera relación de amistad tras el incidente de Tabaqah. A ello había contribuido igualmente la actitud del joven turco. Su carácter variable e inmaduro le enervaba, su sola presencia le incomodaba, le hacía ponerse a la defensiva, mirándole creía ver en él a un hombre que en cualquier momento les podría traicionar.

De la misma manera, tampoco se apreciaba cómodo a Mustafá cuando estaban cara a cara; estaba tenso y evasivo, siempre percibía marcas invisibles de superioridad y retazos de desprecio en las palabras del ale

[41] Como ha quedado dicho anteriormente, tipo de escritura que consiste en redactar alternativamente renglones de izquierda a derecha y de derecha a izquierda.

mán. Era un sentimiento recíproco, tan sutil como imperceptible, porque Frank nunca se mostró petulante, ni tan siquiera maleducado, pero en sus modales veía un descrédito oculto, una humillación clandestina.

Aquella tarde se pasaron la comida mirándose sin apenas cruzar una palabra, los dos sabían que el contacto sólo servía para abrir la herida, para complicar la convivencia y ninguno de los dos quería renunciar a estar junto al profesor, uno porque con él podía ejercer la profesión con la que siempre soñó y con el mejor maestro imaginable y el otro, tal vez, porque era el único camino que le permitía alejarse de una vida que odiaba.

Al terminar el almuerzo, Frank se marchó para continuar con los trabajos de desescombro en el desvencijado palacio y Mustafá inventó un nuevo viaje a Tabaqah para recoger víveres y correspondencias.

El joven alemán se concentró en su trabajo, tanto que aquella tarde se remangó para mover personalmente bloques de piedras. Su hiperactividad no era más que una muestra de su excitación, de un deseo incontrolable de ocupar su mente en celo por la ausencia de su

institutor, de quemar energía y aplacar su tormento.

El palacio se advertía borroso y esquivo pero se adivinaba imponente por sus dimensiones. Todo estaba oculto, salvo un par de columnas con nuevos grabados que aparentaban no ser las de la entrada principal y ciertos fragmentos de mortero mural. Frank miró hacia el cielo buscando el tibio sol de otoño. Sabía que fuera cual fuera la topografía de aquel endemoniado suelo, el soberano que hubiese mandado construirlo habría ordenado orientarlo hacia el sur, allá donde el invierno resultase más cálido y luminoso.

Cuatro promontorios situados en forma de cuadrado casi perfecto en el centro del palacio apuntaban la presencia de un antiguo *megaron.*[42] Cada cosa que descubrían les acercaba más a la cultura hitita que, supuestamente, había sido enemiga de Nuhassé.

Grauben sabía que las estancias reales estaban siempre junto al *megaron*, no en vano era el lugar más privilegiado de toda la construcción, el más caluroso en invierno y el más templado en verano.

Tras marcar con cintas el trazado de la pieza, rastreó los salones reales. A medida que destapaban los ripios que cubrían el terreno se iban descobijando los muros en toda su grandiosidad. Las paredes externas se le

[42] Invento arquitectónico hitita que consistía en un gran salón con un hogar central sostenido por cuatro columnas.

figuraron otrora infranqueables, indestructibles; de hecho, habían permanecido soterradas, huérfanas de techo, pero casi intactas, como si sus miles de años de existencia no hubiesen sido capaces de doblegarlas.

Eran paredes gruesas, de ladrillos crudos y cascotes de piedra, reforzados por una armadura de madera. La madera, casi petrificada, se presentaba en grandes troncos barnizados en el corazón de la muralla.

Sólo había un argumento que explicase cómo pudieron traer hasta aquel promontorio tamaños troncos. En aquella época, la única forma posible era usando los carros de caballos, como los utilizados por sus vecinos del reino de Hatti.

—Una vez más los hititas —dijo Grauben, seguro de que las conexiones entre los dos pueblos debieron ser mucho más intensas de lo que nunca nadie hasta entonces había imaginado.

De hecho, la mayor dificultad del momento era despojar las gruesas rocas, tierra arcillosa y ripios del recinto donde en su día se erigió la majestuosa casa real. A mano sería un trabajo arduo y lento, y tampoco tenían ni medios mecánicos ni caminos por los que hacerlos llegar. El punto más próximo al que podían llegar palas excavadoras o camiones era el lugar hasta donde Mustafá hacía entrar la furgoneta que le llevaba al pueblo, que estaba bien lejos del

levantamiento.

La tarde advertía lluvia, el frío llamaba a la puerta y la noche pedía paso. Frank se sentó en una piedra mirando a su equipo, un reducido número de paisanos con serones, espuertas, capachos y palas de mano. Frente a ellos, un edificio de más de 2.000 metros cuadrados completamente enterrado, una inmensidad para tan pocos brazos.

Entonces apareció el maestro. Köerting estaba contento, no había más que mirar el brillo de su rostro y la extraña mueca que se escapaba por la comisura de sus labios. Se sentó junto a él en otra piedra y respiró hondo avistando el horizonte; no había hecho ni el más mínimo intento de hablar, como si estuviese aún en medio de un sueño o simplemente disfrutando del aroma del monte en un atardecer de otoño.

Frank evitó también hacerlo, prefería que fuese su maestro quien tomase la iniciativa si es que lo creía conveniente.

—Hemos de darnos prisa —apuntó finalmente el viejo profesor sin girar la cabeza—. Estamos cada vez más cerca, pero el tiempo también apremia.

—Necesitaremos caballos y bueyes —respondió Frank.

El comentario pasó desapercibido para el profesor, que continuaba distraído.

—Necesitaremos bestias o estaremos aquí toda la vida para desenterrar la ciudad —repitió ante el poco caso de su anterior observación.

La explanada de la plaza se erigía inhóspita e inaccesible, un mar de ripio la cubría como un pesado manto inamovible.

—Estoy de acuerdo —apuntó el viejo—. Hemos de hablar con Mustafá, tiene que conseguirnos algo y hacerlo urgentemente, tengo la impresión de que en pocos días nos visitará la nieve.

Aquella noche fue especial, el profesor pidió vino para la cena, como si de una celebración se tratara. Frank bebió con él, aunque Mustafá, fiel a sus creencias, se conformó con el agua.

Köerting estaba radiante, hablaba sin parar de anécdotas del pasado e incluso de su infancia feliz en Alemania. Ni Frank ni Mustafá sabían si el estado del profesor era por la marcha de las investigaciones o simplemente por los efluvios del vino que tan escasamente bebía.

La noche cubría de negro el exterior de la tienda de vituallas y afuera se adivinaba un aire desapacible y glaciar. La sobremesa fue larga y entrañable.

Cuando Frank ya pensaba que la velada acabaría sin noticias de los trabajos que habían recluido al profesor, éste se levantó e hizo un brindis.

—Debo agradeceros vuestro apoyo y vuestra ayuda —señaló con voz trémula.

Los dos permanecieron en silencio, obnubilados y halagados.
—Gracias a vosotros hoy estamos a punto de poner en conocimiento de la ciencia el descubrimiento de Nuhassé, una ciudad maldita que, a pesar de su esplendor y su grandeza, fue eliminada brutalmente y olvidada durante miles de años. Nos esperan su pasado y sus espíritus, sobre todo el espíritu de Istanu, al que debemos respetar y no incomodar.
Frank reparó en Mustafá, que se ofrecía orgulloso de sentirse artífice de tanto progreso y digno de aquellos elogios.
El profesor se levantó y empezó a rodear la mesa.
—No, no estoy borracho, ni tan siquiera ligeramente mareado, estoy sencillamente eufórico por tener tan cerca la recompensa que esperamos desde hace años.
De su bolsillo sacó un papel y lo leyó en voz alta:

Dichoso aquel que a esta ciudad se acerque como amigo y para rendir culto a nuestros dioses y en particular para respetar a Istanu, nuestro gran protector.

Maldito sea el que nos visite para romper nuestra tranquilidad o para incordiar a Istanu.

Frank tragó saliva, sabía que se trataba de la traducción de la inscripción en *boustrófedon* del monolito de entrada a la ciudad.
Su interpretación no resultaba enigmática, salvo el nombre del dios Istanu que jamás había escuchado hasta entonces.
—¿Quién es Istanu? —preguntó Mustafá con su sonrisa ladeada.
—No estoy seguro —respondió el profesor—. Puede que por primera vez estemos ante una singularidad del reino Mitanni y que se trate de un dios local diferente a todos los dioses hititas, puede que se refiera al dios hurrita del Sol o puede que estemos ante algo diferente.
—¿Diferente?
—Un dios al que se le puede incordiar es un dios diferente.
—Tal vez se trate de la adaptación fonética de algún dios hitita —sugirió Grauben.
—Entre los mil dioses hititas podemos encontrar nombres muy parecidos como Estanyu o Izteandu, pero éstos eran dioses de segundo orden en el oráculo de Hatti —respondió el viejo—. Aquí, sin embargo, está reflejado en el mismísimo acceso a la ciudad.
Hubo un silencio en torno a la mesa.
—Como un protector y como un verdugo —apostilló Köerting.
Frank cogió el papel manuscrito y volvió a leerlo.
—Me pregunto si Subbiluliuma incordió a Istanu cuando se apoderó de la ciudad.
—Sin duda, y eso pudo ser su perdición y la maldición de su estirpe.
Los acompañantes se quedaron esperando a que el viejo dijese que estaba hablando en broma, pero éste no lo hizo.

—Vamos, profesor —apuntó Mustafá—, no irá a decirnos que usted cree que un dios hitita o mitanni pudo lanzar realmente una maldición sobre el pueblo y destruirlo.
—No, francamente no lo creo —acabó diciendo—, lo que no quiere decir que no fuese visto así por todos los hombres de aquella época.
—No entiendo —apuntó Frank embrollado.
—¿Acaso no es eso lo que hizo el Dios de Abraham?
—El Dios de Abraham es Dios, el único Dios verdadero y Mahoma su Profeta —repuso Mustafá, pero el profesor no le escuchaba—. Está escrito en El Libro.
—¿Acaso no envió a la Tierra plagas y desgracias y hasta un diluvio para castigar a sus díscolos siervos?
Continuó sin esperar a que contestasen.
—Eso es, al menos, lo que creyeron los hombres de muchas generaciones. Fuese o no verdadero, casi toda la humanidad creyó durante siglos que Dios había castigado a los pecadores. Hoy hemos aprendido que mucho antes de que la furia del Dios del Antiguo Testamento se desatase sobre los pueblos perversos, y quién sabe si no fue esto lo que realmente inspiró a los profetas judíos, otro dios desconocido, de un pueblo desconocido, estaba dispuesto a utilizar el mismo rasero contra el hereje pueblo hitita.
Köerting se sentó y endulzó su voz.
—Fuese o no verdadero, el mundo creyó que los hititas habían obtenido la gracia divina y que eso les hacía invencibles. Esto explicaría el temor y el respeto del pueblo egipcio y de sus faraones. Fuese o no verdadero, el mundo creyó que por sus pecados, por sus excesos o por su falta de respeto, después cayó sobre ellos la ira de Istanu. El pueblo egipcio fue el único testigo culto de su desaparición, lo que le convirtió en el único notario del acontecimiento hasta hoy, pero ahora hemos encontrado el cabo suelto que la historia olvidó en este monte perdido hace más de tres mil años; ahora sabemos que bajo estas piedras, el Gran Señor de la Escalera buscó un pacto divino, buscó la luz de un poder que, años más tarde, se volvió contra él de forma virulenta y cruel, o al menos eso es lo que llegó a pensar Subbiluliuma y eso es lo que creyeron a pies juntillas los egipcios.
El profesor abrió los brazos hasta apoyarlos en los hombros de sus dos ayudantes.
—Tenemos que encontrar a Istanu —concluyó.
La noche era limpia y fresca como la mente de Rudolf Köerting. A lo lejos se oían débiles ruidos de fondo, tal vez perros o chacales del desierto. Frank, pensativo, se rascaba la frente y Mustafá permanecía atónito y extraviado.
El mundo aparecía postrado a los pies del profesor. Vencido en su dura batalla milenaria, abiertas sus carnes y hallados sus más oscuros

secretos, ahora se exponía desnudo y sumiso, dispuesto a ser desgranado para enseñar sus entrañas.
Frank anheló que aquella noche no acabase nunca, que el aire fresco del rocío les envolviese bajo el manto de estrellas y les transportase al mundo ancestral de la alborada de los tiempos. El profesor perdió la prisa, únicamente se marchó Mustafá cuando comprendió que lo que para los alemanes deparaba un placer fabuloso, para él no era más que una rara excentricidad.
Y así pasaron las horas, en el más delicioso silencio, contemplando el espectáculo del firmamento titilando, embebidos del néctar de la felicidad, sentados en pleno monte hasta que los primeros rayos de sol apuntaron en el horizonte.
La mañana siguiente fue ajetreada. Mustafá, que tenía una sorprendente facilidad para autoanimarse, madrugó más de lo común para buscar las bestias necesarias para vaciar las piedras sepultadas.
Cuando Frank llegó al levantamiento, el viejo ya estaba dando órdenes junto al *megaron*.
El cielo tenía un azul intenso y brillante, como un cristal helado, lo que Mustafá interpretaba como un claro anuncio de un temporal cercano. El profesor le hizo caso y mandó poner toldos y faldones para proteger de la lluvia y la nieve todos aquellos lugares donde sabía que tendrían que trabajar intensamente los días venideros.
A media mañana, Mustafá apareció con media docena de burros y con muchas ganas de excusarse por no haber conseguido ni bueyes ni caballos, tal como le habían pedido.
—Esto es lo único que hay y no saben el trabajo que me ha costado comprar estos borricos a los paisanos del pueblo. Estoy seguro de que ellos pensaban que tenían coches de lujo en vez de malas bestias.
Los alemanes rieron sin disimulo ante la cómica escena del turco empujando a los desobedientes rucios hacia la explanada de excavaciones.
Pronto quedó organizado el trabajo con los recién incorporados animales; el gran tamaño de sus serones incrementó de manera notable la velocidad con la que se iba descubriendo el palacio de Nuhassé.
Durante el vaciado del local afloraron vestigios bellos y valiosos, objetos que probablemente pertenecieron a la familia real, en su mayoría delicados trabajos de orfebrería, como colgantes de oro y joyas.
Entre todos, a Frank le sorprendió una hermosísima gema roja tallada.
—Profesor, mire qué hemos encontrado.
—Es una cornalina, un jaspe rojo, la piedra más valiosa para los hititas porque la consideraban un amuleto protector.
—¿Un amuleto?, ¿para protegerles de enfermedades o de espíritus?

—Para protegerles de todo. Los habitantes de Hatti creían que esta piedra preciosa escondía fuerzas mágicas poderosas y enigmáticas. Por eso era la más preciada de todas. La guardaré en un lugar seguro o pronto desaparecerá.

En pocos días quedaron despojadas de escombros las paredes de la residencia real, en cuyo interior encontraron bajorrelieves esculpidos. En general, los grabados estaban deteriorados pero hallaron un trozo de unos cuantos metros cuadrados en perfecto estado. Se trataba de un trabajo de una calidad y de una dificultad extraordinarias. El cincel del autor había dibujado una escena de la vida familiar de la época en una piedra granítica desnuda: un padre y una madre en una posición distendida y alegre vigilaban a un niño que jugaba con algo entre las manos.

Los contornos del dibujo pétreo estaban marcados con una pintura negra que los hacía aflorar y algunas de las figuras humanas presentaban tonos ocres y amarillos que demostraban que los murales, en su origen, estaban completamente coloreados.

Frank dibujó en su cuaderno las figuras que podían adivinarse en las paredes, donde también de vez en cuando se escribían frases cortas que parecían ser algo así como refranes o consejos prácticos. Las reproducciones del joven alemán eran realmente magníficas, certeros trazos de plumilla que hacían de los dibujos auténticas fotografías.

Tardaron unos días más en encontrar los cimientos. Cuando llegaron hasta ellos comprobaron que eran igualmente de piedra, de un grueso y tosco pedrusco que los hacía casi indestructibles. En la base toparon rocas pulidas que servían de enlosado. Pronto se percataron de que ese adoquinado pétreo también lo usaban en las aceras de las calles que rodeaban al palacio y en algunas de las travesías colindantes.

La piedra no sorprendió a Grauben, que sabía que en países tan lluviosos como la antigua Hatti o Mitanni era la mejor forma de conservar las construcciones, pero se quedó pasmado al ver el fino acabado de su pulimento y su color casi níveo. A juzgar por aquellos restos, las calles de la ciudad debían haber sido relucientes como el mármol.

Las siguientes semanas fueron trepidantes, casi cada día aparecían nuevos objetos en el interior del palacio que estaban desenterrando, vasijas ceremoniales con forma de toro, estatuillas de dioses en marfil, escudillas de plata y oro, amuletos de bronce...

Köerting dispuso un método de clasificación de vestigios. Si eran trasladables, los llevaban a unas cajas de madera donde se guardaban junto a una ficha con la descripción detallada y el lugar de localización. De alguno de ellos, de los más importantes, hacían fotos que archivaban.

Para Mustafá, la mayoría no tenía ningún valor, aunque se contagiaba

fácilmente del entusiasmo de los arqueólogos.
En los primeros días casi todo el material encontrado era de piedra o de metales de escasa valía, como cobre, bronce o hierro: vasijas, platos, sortijas, cuentas de pedrería, puntas de lanza... Uno de los objetos que más gustó a los alemanes fue un casco de guerra hecho en hierro que pesaba como una losa y que Mustafá no podía figurarse en la cabeza de nadie.
Más tarde aparecieron otros objetos singulares e importantes junto a lo que suponían que eran los salones reales, como brazaletes de oro, cofres de hermosas maderas talladas que guardaban cuchillos de marfil o dientes, a buen seguro de familiares muertos.
Al descobijar una de las grandes salas, encontraron relieves con figuras de tamaño natural, dibujados sobre los muros con una variedad de colores y profusión de formas sorprendentes. Ninguna otra civilización hasta diez siglos más tarde había sido capaz de conseguir aquellas ornamentaciones tan armoniosas y detallistas.
En un extremo de aquella estancia apareció una estatua de basalto negro y lo más asombroso es que parecía ser de un emperador hitita, tal vez Subbiluliuma. Llevaba el pelo largo y arrollado como un moño a la espalda, se cubría la cabeza con un gorro alto y dividido por la mitad, calzaba zapatos puntiagudos y lucía un ancho cinturón y un corto delantal.
Era una estatua adelantada a su tiempo. La capa describía unos pliegues perfectamente marcados en un derroche artístico del cincel de su autor, el rostro reflejaba un gesto circunspecto y solemne nunca conseguido hasta entonces en un trabajo en piedra, y todo había sido rematado con un cuidado pulimento de la roca, lo que le transfería un brillo negruzco inimaginable mil años antes del apogeo de la Grecia clásica.
La altura también era un desafío para su época, casi un metro y veinte centímetros en una sola pieza.
Tras limpiarla concienzudamente, los alemanes no paraban de pasar sus dedos por las rugosidades de la piedra tallada, maravillados por la perfección del trabajo.
Aquel descubrimiento precipitó el curso de los acontecimientos. El profesor Köerting estaba muy excitado y se empeñaba en avanzar más rápido, como si algo importante estuviese a punto de suceder. Con su conocida perseverancia, convenció a la mayor parte de los zapadores de doblar los turnos para acelerar los levantamientos. Casi todos refunfuñaron, aunque finalmente aceptaron, ya que el aliciente económico no era desdeñable.
Una vez limpia la figura, y antes de guardarla en una caja protectora de madera, Grauben la dibujó con plumilla en varios grabados que guardó, como hacía habitualmente, en una gran carpeta con

ilustraciones magistrales de todo cuanto consideraban interesante en sus investigaciones arqueológicas.
Estaban en su tienda admirando la obra de arte bañada por los rayos violetas de un atardecer encapotado.
—Jamás imaginé que encontraríamos algo así. —Frank lucía radiante —. Esta talla revolucionará la historia del arte como lo ha hecho el busto de Nefertiti.[43]
—La ascendencia de Nefertiti ha sido hasta ahora incierta. Hay quien cree que fue hija del divino Ay de Egipto y otros piensan que era hija de Dushratta, el propietario de este palacio. Yo ahora estoy seguro de esto último y de que su padre la envió a Egipto como dote para el faraón Akhenatón.
—¿Nefertiti era mitanni?
—La favorita del faraón pudo haber nacido aquí.
—Pero entonces es posible que el autor de su estatua también lo fuera.
—Estoy seguro de que lo era; esta talla nos demuestra que el arte hitita estaba más avanzado que el egipcio. No hay duda de que esta escultura es anterior a la de Nefertiti, posiblemente muy pocos años, ya que, aunque fueron coetáneos, la princesa mitanni era apenas una niña cuando Subbiluliuma ejercía de emperador, pero Nefertiti debió llevarse con ella a Egipto a algunos de los escultores más prestigiosos de la corte mitanni y ellos debieron ser los que desarrollaron el arte escultórico egipcio.
—¿La revolución cultural de Akhenatón fue fruto de escultores de estas tierras?
—¿Por qué no? Hasta ahora nadie había podido explicar cómo de la noche a la mañana los egipcios aprendieron a labrar la piedra con esa precisión. En escultura, ellos siempre habían preferido los grandes bloques ciclópeos, pero de repente hubo un incuestionable cambio de estética con las colosales estatuas que Akhenatón hizo poner en el santuario solar del templo de Karnaak. Poco después se esculpió la estatua de Nefertiti, que fue encontrada en aquel mismo palacio, y apenas unos años más tarde los egipcios ya dominaban las pequeñas esculturas en materiales hasta entonces nunca trabajados por ellos, como la madera de cedro, el ébano, el alabastro, la cuarcita o el mismísimo oro.

43 La estatua de Nefertiti fue encontrada en las excavaciones de Tell-el-Amarna en 1912. Actualmente se halla en el Museo de Berlín.

—La tumba de Tutankhamón[44] —aseveró Grauben que sabía que ésa era exactamente la relación de materiales encontrados en la misma.
—Efectivamente, Howard Carter lo describió con un detalle exquisito. Querido Frank, esto significa que los hititas participaron en el panteón del faraón más conocido de la Antigüedad.
—¿Los hititas —Grauben estaba ansioso— participaron en la

construcción del mausoleo de Tutankhamón?
—Hasta ahora nadie ha sabido explicar la gran variedad de objetos extraños encontrados en esa tumba, pero el hecho de que los artistas hititas fuesen verdaderos maestros explica la presencia de vestigios que en nada se relacionaban con los ritos funerarios egipcios y que, además, estaban hechos de materiales completamente nuevos para ellos. Además, Carter encontró objetos de hierro en una de las cajas. Los egipcios sólo utilizaban el cobre, el bronce y el oro para la fabricación de sus utensilios y armas. Aparte de lo inesperado de encontrar en la mismísima tumba del faraón una colección de minúsculos instrumentos de hierro, cabía preguntarse cómo consiguieron forjarlos si todas sus herramientas eran de metales más blandos que el propio hierro. No hay duda de que allí estaban los hititas.
Mustafá permanecía sentado frente a los alemanes sin entender nada de lo que allí se estaba hablando.
—Frank, sin pretenderlo hemos desvelado el primero de los tres misterios de la tumba de Tutankhamón.
¿De qué tres misterios me habla?
El viejo sonrió.
—Mi amigo Rolf Schuemann dice que la tumba de Tutankhamón es el panteón de los tres misterios. El primero se basa en los extraños materiales que hallaron dentro, nunca antes trabajados por manos egipcias. Éste queda explicado ahora.
—Nunca había oído hablar de eso, ¿y cuáles son los otros dos?
—La inhumación del joven Tutankhamón fue demasiado precipitada. Fue tanta la prisa de sus enterradores que su sarcófago no cabía en la cripta y hubo que cepillarlo en la misma cámara para embutirlo dentro. Carter encontró los restos de aquel trabajo apresurado y poco normal en un hecho tan importante como el enterramiento de un faraón.
La sombra del faraón niño más famoso y enigmático de todos cuantos existieron planeó sobre sus cabezas como un alma en pena a la espera de la

[44] Tutankhamón fue hijo de Akhenatón y nieto de Tiyi.

paz eterna, esa paz que sólo se alcanza cuando la verdad es desvelada y de este modo la memoria queda honrada.
El profesor no se hizo esperar.
—Tampoco sabemos a quiénes pertenecían los dos féretros negros de unos 50 centímetros que contenían momias minúsculas de menos de treinta centímetros recubiertas por máscaras de oro que les venían muy grandes.
No había parado de llover en toda la tarde y el barro empezaba a adueñarse del campamento, pero aquella tarde fue luminosa y mágica

para Grauben, uno de esos días en los que sentía estar contribuyendo a algo grande, a tender puentes con el pasado, puentes que permitían enlazar a sus protagonistas y a los hechos que forjaron la historia, puentes que ayudaban a tejer un entramado por el cual se colaba la luz del conocimiento para toda la humanidad. Ésa era la verdadera misión del arqueólogo y, además, su verdadera pasión.

A la mañana siguiente se reanudaron los trabajos de desescombro del palacio con una renovada fuerza.

A la euforia de los alemanes se unió la de Mustafá, que volvió de su rutinario viaje a la aldea gritando y saltando de alegría. Traía la noticia de la muerte del presidente de Turquía, Atatürk, o, como él prefería decir, Kemal, que era su verdadero nombre.

Para el joven Mustafá Saygun, este hombre era el origen de su principal desgracia, el exilio, al que le habían llevado entre su padre de culto árabe inflexible y la política liberal de su presidente. Cuando encontraba la más mínima oportunidad, repetía las consignas sobre los males de su patria, probablemente coreadas en el seno de su familia: «Mi país va camino del caos y la destrucción», «Kemal está empeñado en borrar el culto religioso y por eso ha suprimido la enseñanza religiosa». «Es un hereje que tan sólo quiere llevar a mi patria por el camino del laicismo».

La noticia de aquel día, la muerte de Atatürk, le abría por fin las puertas de su tierra, a la que soñaba volver desde que era un niño.

Mientras tanto y a pesar de las inclemencias del tiempo, en tan sólo seis semanas se finalizaron las labores de levantamiento del *megaron* y de todas sus estancias aledañas. Los alemanes daban por seguro que aquella superficie era el lugar donde la familia real pasaba la mayor parte del tiempo.

El estado del edificio les impedía inferir si alguna de aquellas habitaciones, salvo el *megaron*, que era un patio diáfano, carecía en su origen de techo, o dicho de otro modo, si en Nuhassé se adoraba al dios Sol. Esta cuestión era tremendamente importante para Köerting, que estaba obsesionado con las relaciones entre los egipcios y los hititas o sus hermanos los mitanni y, por tanto, buscaba afanosamente similitudes entre este palacio y el que perteneció al faraón hereje Akhenatón, que había sido descubierto años atrás en Tel-el-Amarna.

—Techos, techos, quiero saber si había techos —gruñía el viejo.

Frank no podía comprender la ofuscación de su maestro. En realidad, pensaba que avanzaba por un camino equivocado. El hecho de que los egipcios hubiesen traído a sus palacios artistas de Hatti o Mitanni no les restaba ni un ápice de sus posibles diferencias religiosas. Los dioses eran algo mucho más importante, más sagrado, con arraigo en cada una de las culturas aunque a veces se transfiriesen, siempre con nombres nuevos, con nuevos atributos o con alguna particularidad que

los singularizaba. En todo caso, y si así fuera, no había por qué pensar que aquello era tan trascendental. Parecía como si el encuentro de la estatua de basalto negro hubiese trastornado al viejo.
Habían pasado varios días cuando Frank no pudo evitar sacar a relucir el asunto en su encuentro matutino con el profesor.
—¿Acaso es tan sustancial que aquí se adorase al Sol? —Por primera vez en mucho tiempo dejó traslucir cierta disconformidad con el camino trazado por su preceptor.
—Tenemos que averiguar quién fue antes, el huevo o la gallina y créeme, eso tiene mucha más importancia de lo que parece —refunfuñó.
La respuesta le descolocó una vez más, pero esta vez no pudo encubrir difusos trazos de insolencia.
—¿Gallina, huevo? ¿De qué me habla?
—Querido Frank, como sabes, Akhenatón y Subbiluliuma fueron coetáneos. El primero fue el hombre más poderoso de la Tierra y, además, tal vez influido por su madre Tiyi, fue un déspota que quiso romper con todos los poderes establecidos anulando al clero y desdeñando las tradiciones. Del segundo, la historia no nos enseñó absolutamente nada porque hasta hace bien poco era un perfecto desconocido, aunque hoy sabemos que fue temido y respetado por todos sus vecinos, incluso por los faraones. Dos prohombres que vivieron los mismos días y que además tuvieron algo muy importante en común, algo singular nunca visto hasta entonces en sus ancestros y algo que después de sus muertes tampoco fue reclamado por ningún otro soberano: el Sol.
—¿El Sol? Si quiere volverme loco, sepa que lo está consiguiendo.
—Nada más lejos de mi intención. Sabes de sobra que Akhenatón nació llamándose Amenofis IV y que su firme voluntad de adorar al Sol como hasta entonces nadie lo había hecho fue lo que le llevó hasta a cambiarse su propio nombre.[45] Pero no sólo se cambió el nombre; cambió su país, sus instituciones, sus tradiciones, sus cultos, sus círculos de poder, todo por una creencia religiosa hacia el Divino Sol. Es curioso pero Subbiluliuma hizo lo mismo; a partir de un momento empezó a llamarse a sí mismo «El Sol». No podemos saber si fue antes o después que Akhenatón; de hecho, sabemos muy poco del emperador hitita, sin embargo, hoy podemos asegurar que hay al menos dos hechos que unieron al Gran Señor de la Escalera con el Sol. El primero es, una vez más, el testimonio de su hijo Murshili II que, en sus *Anales* encontrados en Hattusas, nos dijo que su padre, a medida que cumplía años, se iba autoproclamando con más frecuencia con el título de «El Sol». En segundo lugar, sabemos que en un momento de su vida decretó cambiar su propio sello real. El sello era algo importante para un rey hitita, ya que con él se certificaban

documentos y se avalaban tratos o acuerdos de estado. Cambiarlo sólo podía llevar a confusión a los que le rodeaban, pero de un día para otro resolvió añadir a su sello un misterioso círculo que tiene todo el aspecto de ser un disco solar.

—No estoy de acuerdo —manifestó Grauben contrariado—. La traducción simbólica del lenguaje es altamente imperfecta; el Sol, la mañana, el día, la luz e incluso el cielo pueden contenerse dentro del mismo grafismo.

—No son sólo las glípticas, es también su hijo Murshili quien lo menciona en sus *Anales*. Además, el sello…

—Dudo que el círculo del sello sea el disco solar —adujo destilando solemnidad—. Subbiluliuma empezó a obsesionarse con la geometría, mandó construir palacios pentagonales, templos triangulares, torres circulares. Cuando hizo cambios en su sello no sólo introdujo un círculo en su parte superior, también añadió varios triángulos en el lado opuesto. Nada nos hace pensar que el círculo no fuese uno más de los caprichos geométricos del emperador hitita.

—Es cierto, el Sol y los triángulos han sido hasta ahora para la mayoría de los entendidos dos símbolos inequívocamente egipcios, pero hoy sabemos que en su tiempo los tomaron prestados de sus vecinos del norte.

[45] Akhenatón significa «Agradable al Sol».

Los hititas utilizaban el triángulo de un modo casi mágico, los símbolos con los que marcaban las tablas de barro eran triangulares, algunos sellos reales no son más que un montón de triángulos dentro de un círculo, los ideogramas de las palabras ciudad, país, rey y gran rey son todos triángulos. El significado del triángulo varía dependiendo de lo que contenga, tanto más poderosos cuanta más luz contengan en su interior, hasta llegar al triángulo que contiene el disco solar que representa el poder absoluto. Tanto es así que podríamos llamar a la civilización hitita como el imperio del triángulo iluminado.

—Triángulos iluminados.

—Como símbolos de poder sublime e invencible.

Aquella tarde, los arqueólogos alemanes pasaron largas horas sentados bajo los toldos que cubrían el hueco del antiguo palacio. Las gotas del aguacero repiqueteaban en los improvisados techos y las rachas de viento les envolvían de vez en cuando en agua sin que nada de eso les importase demasiado.

El suelo reflejaba un destello malva, muros derruidos, testigos silentes de un pasado glorioso. Grauben miraba a su alrededor buscando respuestas, pero las respuestas estaban escondidas tras los restos pétreos. Por momentos creyó ver nuevas formas geométricas: cuadrados, pentágonos y triángulos desfilaban en procesión,

encadenados como presos inseparables.

Un nuevo golpe de viento le trajo un olor desconocido, tal vez a cenizas de incienso.

«El alma de Dushratta», pensó y lo imaginó paseando por un palacio sin techo para honrar al dios Sol.

Estaba satisfecho, los objetos encontrados allí superaban ampliamente sus mejores pronósticos. Habían hallado incluso prendas personales y todo tipo de útiles cotidianos de los habitantes de aquel palacio: trozos de madera tallada provenientes de restos de muebles, algunos fácilmente identificables como sillas o mesas; restos de ropas de cuero y lana; ajuares; amuletos atados a cuerdas… Sin embargo, no encontraron ningún resto humano, nada de los hombres que habitaron aquellos lares, si es que hubo alguien antes de que los hititas destruyeran la ciudad.

—Esta ciudad fue abandonada precipitadamente antes de la llegada de Subbiluliuma —dedujo Frank.

—De ser así, el palacio habría sido saqueado. Todos estos objetos demuestran que alguien custodiaba las pertenencias o que los hititas no tenían ningún interés en el expolio.

—¿No le parece raro que no hayamos encontrado ni el más mínimo resto humano, ni animal? —preguntó Frank—. En toda la ciudad no hay ni un solo hueso.

—Nuhassé terminó siendo una ciudad fantasma —apuntó el profesor, y sus palabras retumbaron bajo los toldos empapados—, aunque no puedo ni sospechar qué fue lo que hizo huir a todos sus habitantes.

Grauben se fijó en la estancia principal donde suponían que estaba la alcoba real.

—Profesor, ¿cree que Nefertiti pudo vivir entre estas cuatro paredes?

—Es posible. Su padre debió enviarla como dote a la corte del faraón siendo casi una niña, pero es más que probable que su infancia transcurriese justo en este lugar.

El día acababa, y también una etapa, la del descubrimiento del Palacio de Dushratta en Nuhassé. Las palabras del viejo Köerting se habían clavado en la mente de Frank; jamás había imaginado estar tan cerca de la reina Nefertiti, de su salida con destino al poderoso país del sur siendo sólo una niña. Recordó la famosa estatua que inmortalizó a la que fue la favorita de Amenofis IV, con su gesto solemne y su cuello de cisne, y creyó verla correteando por las alcobas soleadas de aquel esperpéntico pedregal, otrora palacio, en donde nadie, en al menos treinta siglos, había vuelto a poner un pie.

Por un momento creyó tocar la historia con sus propios dedos.

19

Munich, 24 de febrero de 1994

Lo mejor era no pararse mucho a pensar. La decisión de regresar a Madrid ya estaba tomada, por lo que toda conjetura o reconsideración sólo le complicaría la vida. Pero lo cierto es que no estaba convencido, no sabía si marchándose se llevaba con él la única esperanza de que alguien rescatase a su amigo Heinrich y eso le quemaba las tripas.

Lo mejor era no pararse mucho a pensar, pero eso era lo mejor, no lo correcto, así que su cabeza no paraba de atosigarle con que si ésa era o no la buena elección. Por otro lado, su trabajo le esperaba, no podía permanecer allí eternamente y menos aún sentado esperando alguna señal de Heinrich.

Junto a Heintz había podido aprender cosas interesantes, como que el libro de Garstang era una auténtica reliquia de la que se había editado una segunda edición por otro autor llamado Stambrigde mucho tiempo después. La búsqueda de un volumen de la segunda edición le parecía importante porque estaba seguro de que encontraría modificaciones sustanciales respecto a lo escrito en el original; sólo eso podía justificar el hecho de que Heinrich le proporcionase el raro ejemplar de 1910.

Supo también que las palabras que precedían a cada línea del mensaje correspondían a números pares de un lenguaje a mitad de camino entre el que se hablaba en Hatti hace treinta y cinco siglos y el que había inventado Köerting para no ser descifrado.

Gracias al profesor había podido conocer al viejo profesor judío y, aún mejor, a su ayudante Frank Grauben, cuya figura le había impresionado. Una vida, como tantas otras, frustrada por la guerra, un talento perdido, un destino marcado por la crueldad y el sinsentido.

Cuando salió de su habitación, Heintz le esperaba en el salón con una taza de café y el equipaje preparado. Él también se marchaba y, por su aspecto demacrado y pálido, se diría que no había conseguido pegar ojo en toda la noche.

Pablo, por el contrario. había dormido a pierna suelta. Tras los últimos días de tensión y convalecencia, aquella noche se reconcilió con el descanso. Ahora se sentía como nuevo, limpio, afeitado y con todos sus músculos tonificados por el sueño.

Apenas hubo conversación. Robert Heintz parecía tener prisa por salir hacia un lugar que no mencionó, en busca de una seguridad que creía haber perdido. Llevaba con él, además de su maleta, los dibujos de Frank Grauben envueltos en una tosca carpeta de pastas grandes y duras y, por la forma en la que la agarraba, más bien se diría que la utilizaba como amuleto protector.

El alemán se movía con circunspección, como si las confidencias le hubiesen desnudado precipitadamente y le hubiesen convertido en blanco de los asesinos. Pablo le notó distante y reservado, casi arrepentido, con una sombra gris bajo sus ojos que parecía haberla dibujado su propia conciencia. No quiso entretenerse con el café y arguyó tener premura para coger el autobús hacia Colonia con la idea de despedirse de inmediato.

Ya en la calle se miraron unos segundos y, sin saber por qué, se fundieron en un fuerte abrazo. Estaban tan ofuscados que no sabían qué decirse, todo había sido tan rápido y tan pavoroso que aún no habían podido asimilarlo como una verdadera amistad, pero de lo que estaban seguros era de que aquella compañía les había resultado reconfortante. Fueron unos momentos de emoción contenida y de cariño sincero. Robert le miró con los ojos vidriosos y Pablo sintió un deseo irrefrenable de estrujarle.

El profesor cogió el coche de su secretaria con destino desconocido y Pablo caminó con su bolso de viaje a la búsqueda de un autobús que lo llevara hasta la estación.

La ciudad estaba viva a pesar de que su aire gélido, de caricia lacerante, invitaba al recogimiento. Quiso avanzar sin pensar, sabía que en aquella ciudad había una cárcel sentimental que lo quería retener a cualquier precio y sin ningún sentido, pero él ya estaba convencido.

Tenía que ir hasta Colonia en tren y de allí regresaría a Madrid en avión. Allí le esperaría Rosa con su entrañable sonrisa, hecha de pétalos de flor, y sus ojos de color canela. Volver a verla sería como un baño de rocío fresco en medio del desierto, un oasis de vida ante tanta angustia y sufrimiento. Le diría todo, se lo contaría desde el principio hasta el final sin pasar por alto ningún detalle. Haberle ocultado lo que estaba pasando había sido un error, Rosa era una parte de su propio ser y su sola presencia, su mirada limpia y cariñosa, le servirían de bálsamo y estímulo para encontrar a Heinrich.

Sin darse cuenta alivió el paso, una fuerza invisible le empujaba a ir más rápido, una voz interior le animaba a acortar el tiempo de regreso. Se dio cuenta de que era la imagen de Rosa la que le aceleraba el pulso y también la marcha, una imagen evanescente salida de algún rincón de su mente para tomarle la mano y hacerle volar por las frías calles de Munich. También vería pronto a Bermudo; tendría que soportar su regañina, a mitad de camino entre enfado y charla paternal, por haber faltado algunos días.

El autobús le dejó en la Estación Central de Ferrocarriles, justo en el lugar donde unos días antes había llegado con la esperanza de encontrar a Heinrich. Ahora, sin embargo, se marchaba con las manos vacías.

Se detuvo ante el quiosco de periódicos, donde compró a su llegada la guía y vio a la misma vendedora oronda envuelta en su grueso jersey y unos guantes de lana cortados a mitad de los dedos para que no se le escurriese el género. Se le ocurrió buscar un periódico en español para entretenerse, cualquier excusa para mantener la mente ocupada le ayudaría a liberarse de su particular calvario, de ese estado de consternación provocado por su huida que, en el fondo, sabía que era irracional o como mínimo no meditada.

Pero lo que vio le heló la sangre.

Una foto de Heinrich Mayer asomaba tímida por un rincón de la portada del *Der Spiegel*. Aquello no podía estar pasando, el periódico le atrajo como un potente imán capaz de tragarse todo lo que a él se acercase.

No había duda, era Heinrich por increíble que pareciese. Del titular apenas podía entender las palabras *polizei, gestern* y *kadaver*, suficiente para comprender que la policía había encontrado su cadáver.

Por un momento creyó desmayarse, las piernas apenas podían soportar su cuerpo y sintió como si una flecha se le clavase en lo más profundo de su corazón desgarrando a su paso todas sus entrañas. Un dolor punzante y cruel le atizó con la fuerza de un vendaval encolerizado. Fue como una caída al vacío, a un abismo sin fondo.

Estaba agarrotado, inmovilizado, atrapado por poderosas lianas; no podía ni siquiera coger el periódico, por más que era lo único que le importaba en ese momento.

La vendedora lo notó y se le acercó para interesarse por él, seguramente le ofreció ayuda.

—*Mir ist schlecht!*[46] —balbució utilizando casi todo su alemán.

Fue la señora quien le acercó finalmente el diario y se lo ofreció. Él lo tomó y lo pagó como un autómata.

—*Danke* —añadió con voz opaca antes de dirigirse como un sonámbulo a un banco de madera cercano.

El mundo se detuvo a sus pies, la vida perdió su perfume y se convirtió por momentos en una bestia capaz de destruir todo a su paso.

Aún con las manos temblorosas se quedó contemplando la foto de archivo de su amigo, sonriente, ajeno a la tragedia que la vida le deparaba. Las ideas se apelotonaban sin orden ni destino en su mente lacerada.

Buscó entre las palabras en alemán algo que le ayudase a comprender. Su mirada se detenía en vocablos inescrutables:

Gefunden, der gestrige Tag, Selbstmord, Hinscheiden, mysteriös, Munchen.

Se repetía el nombre de Heinrich en varias ocasiones, pero no era capaz de entender ni una sola de las frases. Seguía una letra menuda, apenas diez renglones con palabras interminables e incomprensibles.

Heinrich había muerto y había muerto en Munich. Los sicarios le habían llevado por la fuerza desde Colonia, donde lo secuestraron. Eso significaba que lo que buscaban estaba en Munich. Quién sabe si cuando aquellos esbirros aparecieron por la universidad ya lo habían asesinado. Los ojos se le inundaron de lágrimas enrabietadas, los planes de regreso desaparecieron como si nunca hubiesen existido, allí perdió, sin que le importase lo más mínimo, el tren que le llevaba a Colonia.

Entonces se instaló en su mente una sola idea, tenía que ver a su amigo, tenía que despedirlo, darle el último abrazo a su cuerpo inerte, tenía que velarlo y llorarlo como a un hermano.

Siguió rebuscando en el amasijo de palabras del artículo y consiguió entender «morgue municipal».

Cuando se levantó, la vendedora del quiosco le observaba; se diría que no había hecho otra cosa desde que cayó desplomado en aquel banco.

Como el primer día, se acercó a ella para preguntar, pero esta vez fue más fácil saber qué estaba demandando porque señaló la foto de su amigo fallecido y tenía su rostro descompuesto.

[46] «Me encuentro mal», traducido al castellano.

La señora le indicó una vez más qué autobús tomar, esta vez para dirigirse a la morgue.

Con el periódico agarrado fuertemente en una mano y su bolsa de viaje en la otra se montó en aquel bus. Al otro lado del camino le esperaba la parca, no la suya, aunque la sentía como propia.

Por su cabeza se cruzó la imagen de la portera de Heinrich, aquella buena mujer guardiana de la plaza perdida, de impulsos primarios y corazón desbordante. El nudo de su garganta amenazaba con ahogarle.

El autobús avanzaba como en el transbordador de las ondas infernales de la leyenda egipcia. Quería sentir rabia pero sólo sentía pena, una pena honda, afilada y doliente.

No tuvo que preguntar más, el edificio de depósito de cadáveres era, a la vez, singular y tétrico. Además, estaba junto a un tanatorio como si el que los hubiese diseñado hubiese querido recrear en aquel lugar el rincón de la muerte. Familias desconsoladas, rotas de dolor y abrazadas salían del tanatorio o esperaban en la puerta.

Un guardia custodiaba el acceso por el que debían entrar los vehículos fúnebres. Dudó un instante cómo explicar su interés en pasar adentro pero en aquel momento otras dos personas entraron sin que el funcionario opusiera ninguna resistencia ni les hiciese tampoco ninguna pregunta. Tras ellos traspasó una puerta de vidrio mateado que preservaba de intimidad el interior.

A lo lejos vio una cara conocida, aunque en un primer momento no acertaba a reconocerla. Era un tipo de gabardina rodeado de otros tres

hombres que le escuchaban atentamente. Observándolo parecía estar en su medio, como si aquella fuese su casa; hablaba con autoridad y transmitía la sensación de estar enojado con todo y con todos.
De repente, sus miradas se cruzaron y entonces recordó quién era. Era el capitán Roeder, el oficial de policía que le interrogó en Colonia tras la desaparición de Heinrich del hall del congreso.
Su gesto pétreo le congeló la sangre. Recordó que aquel policía le había tratado como a un sospechoso y que los minutos que pasó a su lado le hizo sentirse como un ser despreciable.
Trató instintivamente de darse la vuelta, pero ya era demasiado tarde. Como un rayo, el inspector se apartó del grupo que le rodeaba y se dirigió hacia él.
—Es un placer verle de nuevo —dijo, con una sonrisa ladina y ofreciendo su mano para apretarla.
Pablo le correspondió dándole la suya y, al hacerlo, sintió la tibieza de su piel y la rigidez de sus músculos. Aquella mano le evocó el abrazo de la serpiente fría, calculadora, asesina...
—He venido en cuanto lo he sabido. Es lo menos que podría hacer por Heinrich.
—Claro, claro, cómo no. ¿Y cómo lo ha sabido si puede saberse?
—Lo he leído esta mañana en el periódico.
—Interesante —apuntó llevándose un cigarrillo a la boca—. Estos periodistas son cada día más rápidos. Cualquier día darán las noticias antes de que sucedan.
Una vez más, notó cómo le resultaba embarazoso mantener la mirada del policía.
—Y, dígame, señor Luna, ¿hay alguna razón confesable por la que usted haya venido a Munich? Si no me equivoco el congreso aún no ha finalizado.
Negó sin articular palabra y únicamente cuando se convenció de que Roeder no hablaría hasta escucharle intervino.
—Heinrich vivía aquí. Lo más lógico es que cuando apareciera lo hiciera en esta ciudad.
—De modo que también anda usted metido a detective. Por cierto, ¿ha conseguido recordar algo desde nuestro encuentro en Colonia o es que ha perdido nuestro teléfono?
—¿Qué puedo decirles ahora salvo que mi amigo ha sido asesinado?
—¿Asesinado? ¿Quién dijo asesinado? Supongo que lo que usted ha leído es que se suicidó.
—No entiendo el alemán, lo único que he comprendido es que estaba muerto. Además, ¿por qué iba a suicidarse? ¿No fue usted, acaso, quien me comentó que Heinrich había sido secuestrado? ¿Quiere decirme que se mató después de haberlo liberado?
El capitán era un tipo acostumbrado a la brega, a tratar con

indeseables a los que nada ni nadie les amedrentaba, pero la actitud de su interlocutor le hizo encajar la mandíbula. De repente decidió cambiar de estrategia. Pasando el brazo por el lomo de Pablo en un gesto de amistad fingida, le alejó del pasillo, donde continuamente entraban y salían personas, y en un rincón le habló suavemente.

—Está bien, creo que ha llegado el momento de que desembuchemos. Yo estoy dispuesto a contarle todo lo que sabemos del asesinato de Heinrich…

Sus palabras eran lentas y medidas, como si se tratase de una declaración ante el juez.

—… y a cambio usted me dice por qué vino a ver a su amigo a Colonia.

Esperó unos segundos escudriñando la mente de su acompañante. Era un buen detective, conocía perfectamente su trabajo, acechaba y acechaba a la presa como un lobo hambriento hasta que ésta cometía un error, hasta que tuviese un descuido, para entonces clavarle el diente.

Pablo se sentía observado, sabía que los ojos afilados del veterano policía estaban entrando en su mente para escrutarla, que querían adivinar el significado de sus gestos, de su expresión, del temblor de sus manos…

—Antes quiero verlo —respondió escapando del acoso.

—Está bien, pero debo recordarle que suele ser duro.

—Necesito verlo, quiero tocarlo y hablarle. Siento que aún tenemos cosas pendientes.

Roeder llamó a uno de sus ayudantes y le dijo que sacaran el cadáver de la cámara. Éste se apresuró a obedecer la orden y, en unos segundos, los dos se dirigieron adentro.

La sala forense era un habitáculo tétrico repleto de compartimentos metálicos para guardar los cuerpos sin vida en todas sus paredes. La luz era pálida y un frío penetrante se calaba hasta los huesos.

En el centro, el cuerpo yerto de Heinrich estaba envuelto en una bolsa de plástico sobre una tosca camilla. Al verlo, Pablo se desplomó hacia él y le abrazó con las rodillas clavadas en el suelo.

—Heinrich, Heinrich —le susurró al oído—, perdóname.

El capitán hizo un gesto a su ayudante para que abandonaran disimuladamente la sala y dejasen solo al doliente.

El cuerpo del profesor, apenas destapada su cara azulada, guardaba la rigidez del cuerpo sin vida; sus ojos estaban cerrados pero su boca entreabierta parecía que aún tenía algo que decir.

Pablo le acarició suavemente la mejilla y comprobó que sus músculos se habían petrificado. La frialdad de su piel, aún tersa, le evocaron sus últimas palabras. Se lo imaginó tratando de escapar de un crimen injusto y cruel, derramando sobre sus captores asesinos todo su poder

de convicción para huir del corredor mortal en el que lo había metido el sucio destino.
Compungido, escudriñó su gesto sin vida y supo que no le pudo el pavor de la parca, que cuando llegó el momento sublime, miró a la muerte sin miedo y se entregó, resignado, al sueño eterno.
Pasaron muchos minutos hasta que apareció de nuevo el capitán Roeder con su gesto inescrutable. Pablo seguía arrodillado con los ojos rojos y los labios resecos.
—¿Cómo murió? —preguntó finalmente.
—Fue envenenado.
Una ráfaga de adrenalina recorrió su cuerpo. El veneno le recordó a Güttec, el amigo al que Heinrich confió la carta de Köerting que también murió del mismo modo. La ponzoña que habían usado en los dos asesinatos era sin duda la misma. Hasta aquel momento no había reparado en la causa de la defunción, pero de manera casi instintiva albergaba la idea de que se debió a un arma asesina con forma de hoja afilada o de bala mortal.
—¿Sufrió?
—Por la forma que lo encontramos pensamos que no, aunque tendremos que esperar el informe pericial para conocer con exactitud el principio activo del narcótico.
—¿Cómo lo encontraron? ¿Dónde estaba?
—Lo abandonaron anoche en un parque. Creemos que ya estaba muerto cuando lo dejaron allí.
Pablo permaneció cabizbajo, absorto en pensamientos macabros.
—¿Va a contarme ya lo que sabe? —le preguntó sin rodeos Roeder mascando algo—. Si de lo que se trataba era de proteger a su amigo, ahora ya no tiene sentido que nos oculte nada.
El razonamiento parecía lógico, tanto que no encontró argumentos para eludirlo, pero el detective no le merecía ninguna confianza. Tuvo miedo de perder el control de la situación y prefirió retirarse discretamente. Roeder le persiguió en silencio como el torero sigue al toro moribundo camino de las tablas. La presencia pegajosa de su acompañante le hacía sentirse acosado.
—¿Qué saben ustedes? —preguntó tratando de desembarazarse.
El policía le lanzó una mirada torva mientras continuaba masticando de un modo casi compulsivo.
—Su amigo descubrió algo que interesa a mucha gente. Es posible que usted me diga de qué se trata.
—Las únicas cosas que descubría mi amigo eran cosas que habían pasado hace miles de años, asuntos científicos que lamentablemente no interesan a casi nadie.
El detective hacía verdaderos esfuerzos por no mostrar su carácter arisco, forjado a lo largo de los años en los interrogatorios policiales.

Un nuevo agente entró a informar al capitán de algo; parecían todos cortados por el mismo rasero, mismo gesto, mismo aspecto, tan sólo mirándolos podría adivinarse que eran policías, o tal vez no, quizás le pareciese policía porque no era la primera vez que lo veía.
El hombre había bajado el tono de voz, temeroso de que oyese lo que le estaba diciendo a su jefe, que se había apartado ligeramente para recibir la información.
—De acuerdo, Markus —le susurró Roeder mientras se alejaba—, pero hagámoslo tal como yo le he dicho.
Al observarlo de nuevo se dio cuenta de quién era. No había duda, era el avieso fisgón del Congreso de Colonia, el tipo que estaba apostado en la recepción de la convención antes de la inauguración, espiando todo cuanto ocurría allí.
¡Era un policía! ¡Y un policía de Roeder! Luego Roeder sabía que Heinrich podría aparecer por allí y le estaba esperando.
Su mente se fue derrumbando como un castillo de naipes, notó cómo se tambaleaba el mundo afectado por un cataclismo, sintió que no estaba seguro de nada.
Recordó que Heintz también le había dicho que pensaba que en la policía había infiltrados malhechores, porque si no no podía explicarse que hubiesen registrado su despacho.
Roeder le había mentido en el interrogatorio de Colonia, le dijo que llevaban meses buscando a Heinrich y que no podían sospechar que fuese a aparecer en un congreso internacional y, sin embargo, allí había uno de sus hombres al acecho...
«No te fíes de nadie», rememoró la frase agónica de Heinrich.
Tenía el pulso acelerado, quería salir corriendo y no parar hasta encontrarse en algún lugar remoto donde poder ordenar sus ideas, y lo hubiera hecho de no ser porque el capitán, que acababa de terminar con su ayudante, le agarró del brazo.
—Vayamos a tomar un café —le dijo, escupiendo lo que estaba mascando—. Creo que usted y yo estamos obligados a ser amigos.
Buscaron un café discreto para hablar en una callejuela cerca del tanatorio y allí se sentaron en una mesa diminuta y apartada. Pablo colocó su destartalado bolso en una silla junto a él. Se diría que después de tantos días de inseparable existencia estaba cansado de soportarlo.
Con una taza de café entre las manos, el capitán se encendió un nuevo cigarrillo mientras que él, incapaz de contener su tensión, se pidió una tila.
—Y bien —retomó Roeder la conversación—, ¿qué fue lo que le trajo a Colonia? ¿Tuvo que traerle algo al profesor Mayer o fue él el que le dio alguna cosa?
Por primera vez, el inspector parecía impaciente; sus preguntas no

dejaban lugar a dudas de que no estaba dispuesto a continuar así por mucho tiempo. Sin embargo, Pablo sabía, ahora mejor que nunca, que tenía que andar con pies de plomo, que existían conexiones desconocidas que no era capaz de imaginar entre el secuestro de Heinrich y la policía y que al menos uno de los hombres de Roeder estaba esperando el contacto en Colonia antes de que se produjese. Claro, que eso no inculpaba necesariamente al propio Roeder, él podía estar también engañado por alguno de sus superiores o por alguno de sus colaboradores.

—Lo único que traje fue un ejemplar de mi novela, pero no tuve oportunidad de dársela.

—¿Su novela? ¿Seguro que Heinrich Mayer no le pidió que trajese algo más de España?

El capitán se esforzó en enfatizar la palabra España como si detrás de ella hubiese algún código cifrado.

—¿Qué tiene todo esto que ver con España? —la pregunta era brutalmente directa y exhortativa; parecía que sin su respuesta no seguiría el trato.

Roeder resopló disconforme, estaba haciendo justamente lo contrario de lo que se le pediría a un buen investigador, esto es, preguntar y escuchar. Estaba apostando fuerte por el rebelde que tenía enfrente con tal de indagar algo sin que hubiese obtenido nada a cambio. Había, además, otra cosa que le desquiciaba, su inglés no era muy fluido y eso le hacía perder el control de la situación.

—¿No le dice nada el nombre de Rudolf Köerting?

—Sí, el arqueólogo judío que estudiaba el imperio hitita, pero insisto, ¿qué tiene esto que ver con España?

—¿Cómo quiere que lo sepa si usted no me ayuda a averiguarlo? —gritó.

—¿A averiguar qué?

El tono apuntaba a acabar en una bronca, así es que el policía, astuto, rebajó el volumen.

—¿Qué fue lo que dejó Köerting en su país?

Con la nariz arrugada, Pablo se acercó a Roeder.

—¿Köerting en mi país? —susurró.

—Köerting vivió en España —un nuevo cigarrillo apareció mágicamente entre sus dedos.

Pablo no reaccionó, tenía la taza de tila en una mano y los ojos tan pétreos que podían habérselos pinchado sin perturbarse.

A su mente acudió la frase de la última carta de Heinrich que hablaba de las ventajas de ser español y supo que eso tendría algo que ver con la estancia de Köerting en España.

Con el paso del tiempo, Roeder tenía más dificultades para disimular su nerviosismo, chupaba el cigarro compulsivamente, revolviéndose

en su silla como un condenado.
—Escuche, amigo —exclamó al borde de la desesperación—, ahora sabe mucho más de lo que hubiera soñado. Créame, me cae bien y pienso francamente que usted no está metido en este cochambroso asunto, pero sabemos que usted vino a Colonia a ver a Mayer. Debo creerle si me dice que usted no trajo nada especial para el señor Mayer, luego...
—Luego, ¿qué?
—Se lo diré sin rodeos. Dígame qué le entregó su amigo en aquel dichoso vestíbulo de la convención.
El inspector husmeaba el semblante de Pablo, sabía leer entre líneas, conocía las técnicas de la interpretación del lenguaje corporal y lo explotaba tanto como podía.
Por su parte, Pablo sabía que su prórroga había acabado, sólo tenía que determinar hasta dónde debía contar.
—Heinrich me pidió que viniese al Congreso de Colonia; no quiso darme muchas explicaciones, ni siquiera quería que contactase con él, pero me rogó que hiciese lo posible por venir.
Roeder apretó la taza de café entre sus manos. Su mirada continuaba siendo molesta, incluso hiriente para el que la recibía.
—Cuando llegué a Colonia me encontré una nueva nota en el hotel pidiéndome que fuese hacia las dos al hall del congreso para encontrarme finalmente con él.
Entonces abrió cuidadosamente su valija y extrajo los sobres que guardaba en uno de sus bolsillos. Se refería a las dos primeras notas de Heinrich. Entregó los dos papeles a Roeder y volvió a cerrar el bolso.
Como si no quisiera añadir huellas a documentos periciales, el detective los tomó con las puntas de las yemas.
—¿Usted contestó a su primera carta?
—Así es.
—¿Lo hizo a este apartado de correos?
De repente, sonó un extraño timbre; era un equipo de radio escucha que el capitán tenía en el bolsillo de su abrigo. Pidió disculpas para atender la llamada y se retiró unos metros.
A los pocos segundos, su rictus se transfiguró, estuvo un instante callado y luego gritó enérgicamente algunas órdenes en alemán. Parecía muy enfadado.
—Ha aparecido Ingrid —apuntó totalmente contrariado—. Seguro que ahora descubrimos que quería a su padre, después de haberlo abandonado en vida. La raza humana apesta a intereses materiales —escupió.
Pablo recordó que Ingrid era la hija de Heinrich, no había llegado a conocerla pero Robert Heintz le habló de ella en su primer encuentro en el congreso, justo antes del interrogatorio, y también Julio en la

cena de aquel mismo día. Ambos parecían coincidir en que el hecho de que ella abandonase a su padre había afectado claramente a Heinrich y que eso lo había empujado hacia su trágico final. También recordó que la portera le dijo que hacía meses que no aparecía por la casa de su padre.
—Tenemos poco tiempo, quiero estar junto a esa mujer cuando se ponga delante del cadáver de su padre.
Roeder inspeccionó las dos notas para constatar que no había nada en ellas que pudiese interesarle.
—Dígame qué fue lo que le entregó Mayer en el Congreso de Colonia —estaba fatigado, tal vez harto.
—Nada —mintió—. No me entregó nada.
—¿Cree que puede jugar con nosotros? —su tono era firme pero sereno, como si tan sólo quisiera asomar el ultimátum de refilón.
—Solamente me habló, me habló de Köerting, de un secreto, de un peligro traído de la mano de unos individuos que estaban dispuestos a matar.
—¿Sin dar más pistas? ¿Piensa que voy a creerle?
—Simplemente me dijo que leyese *The Land of the Hitites* de John Gardstand en su versión de 1910 —improvisó.
Observando a Roeder no podía saber si había picado el anzuelo o tan sólo se había cansado de esperar testimonios verdaderos y útiles. Sea como fuese, había preservado el secreto, algo le decía que eso era justamente lo que debía hacer. No sería él el que diera el primer paso, al menos de momento, cuando sus ideas estaban tan dispersas y confusas. Roeder se levantó enérgicamente, abandonando su anterior compostura y, de un plumazo, se transformó en el rudo policía que llevaba dentro, ajeno a todo sentimiento. Pablo, que ni siquiera se había despedido de él, le siguió. Regresaron a la morgue, donde un funcionario hacía esperar a Ingrid en el vestíbulo. El capitán había dado orden expresa de no sacar el cadáver del profesor Mayer del frigorífico hasta que él estuviese delante. Ésa era su forma de trabajar; donde no había pruebas contundentes se apoyaba tanto como podía en su intuición, en la sagacidad de viejo sabueso, por eso quería analizar personalmente la reacción de la hija pródiga al ver a su padre sin vida. Desde un discreto segundo plano, Pablo se limitó a esperar en la calle a que el detective hiciese su trabajo de psicoanalista. Desde allí vio en la lejanía a la joven Ingrid. Su imagen era difusa, si bien parecía elegante y hermosa.
Estaba aturdido tras la conversación con el alemán. La imagen de Köerting en España le resultaba fantasmagórica, aunque, a decir verdad, Roeder, en cierta medida, también era fantasmagórico.
Pocos minutos después le vio salir encolerizado y perseguido por sus dos esbirros. Caminaba rápidamente hacia un vehículo aparcado al

otro lado de la calle, un coche sin marcas ni identificación oficial. Al cruzarse con el infausto observador del congreso, el tal Markus que había resultado ser un ayudante de Roeder, agachó bruscamente la cabeza para no ser reconocido, a pesar de que él pasó por su lado sin hacerle el más mínimo caso. Aunque le hubiese gustado preguntar algo más sobre Köerting y su estancia en España, Pablo no se atrevió a acercarse, prefirió no arriesgarse a tener que seguir siendo interrogado. Tampoco parecía un buen momento para abordar al capitán, que seguía perjurando en un idioma indescifrable. El otro de los adjuntos ni siquiera se subió al coche, escuchó alguna consigna de su jefe y se quedó oteando cautelosamente desde un lugar alejado de la puerta. Su figura resultaba cómica, con los cuellos de la gabardina subidos y gafas de sol. Cualquiera podría sospechar, aunque no supiese nada de lo que sucedía alrededor, que estaba espiando a alguien. Un coche fúnebre aparcó junto a la puerta y dos operarios sacaron indolentes un ataúd que llevaron hasta la sala de difuntos.
Pablo se debatía entre entrar a conocer a Ingrid o esperar calladamente fuera. Se decantó por lo primero, así es que se acercó comedido al edificio y entró en el vestíbulo donde se oían algunas voces rudas y un llanto fino de mujer. Su corazón se aceleró pensando que tal vez le tocase consolar a la hija de su amigo.
De súbito, se abrió la puerta empujada por uno de los dos hombres que traían el féretro, quien le preguntó algo en alemán que no entendió, por lo que se encogió de hombros y los tipos continuaron su camino refunfuñando y dejando tras de sí un aroma de madera y barniz. El silencio se quebró una vez más con el llanto de la joven, que permanecía sola en la lúgubre sala. Era un quejido íntimo y profundo, ajeno a oídos indiscretos y exento de farsa.
En la soledad de aquel rellano, Pablo notó cómo se le estremecían las carnes; la imagen que se había creado de la hija de su amigo era la de una persona díscola e impasible, pero ahora aparecía ante él como una mujer herida y débil, probablemente solitaria y desvalida.
Quiso entrar y presentarse y le fallaron las fuerzas; al fin y al cabo se consideraba un intruso, un desconocido que había irrumpido bruscamente en la vida privada de un difunto al que sólo le unía cierta amistad profesional.
Se sentó exhausto en el único taburete de madera que había en el vestíbulo. Estaba dispuesto a dejarse llevar por el destino, del que ya no esperaba más castigo.
Muchos minutos más tarde Ingrid salió cabizbaja . Sus miradas buscaron un punto de unión, pero pronto se apartaron, desconocidas y tímidas.
La joven tenía unos ojos serenos y azules, enrojecidos por el llanto y hundidos por el dolor. Estaba despeinada y mal vestida. Parecía que

recibió la noticia en la cama y se apresuró a venir sin reparar en arreglarse. Aun así estaba hermosa. No guardaba los rasgos de su padre, aunque había algo en ella que lo evocaba.
Pablo se incorporó y la encaró de frente. Sus miradas volvieron a toparse pero esta vez no renunciaron a encontrarse.
—Soy Pablo, amigo de su padre —dijo en inglés.
Ingrid no se sorprendió, pero sus ojos reflejaban el acoso de los demonios.
—Váyase, salga cuanto antes de la ciudad o acabará como mi padre.
Estaba segura de lo que decía; su tono de voz era firme y sereno, sin sobresaltos ni histerismos.
El comentario le desconcertó, él estaba preparado para darle el pésame, para tratar de justificar su presencia allí y su relación con Heinrich y se topó con una mujer que parecía saber con quién estaba hablando y cuál era el camino que debía seguir. No se atrevió a continuar por esa ruta; la joven, parada frente a él, le infundía a la vez respeto y confianza.
—¿Quién ha matado a su padre? —Era una pregunta ahogada, temerosa de ser indiscreta, pronunciada a hurtadillas, tan dolorosa como necesaria.
Ni un solo mohín se vislumbró en la muchacha.
—Váyase. Lo que queda de mi padre no le ayudará en nada y los que acabaron con él ahora le buscan a usted.
El silencio se volvió tenso, los segundos asomaban a Pablo de nuevo al abismo desconocido de la amenaza.
—Pero, ¿por qué a mí? ¿Qué buscan?
—Ni lo sé ni me importa. Conociendo a mi padre estoy convencida de que lo ocultó hasta su muerte. Él era un hombre de ideas fijas.
—Dígame lo que sepa, tal vez pueda ayudarme a mí.
Un hilo de ternura se reflejó en su rostro. Las comisuras de sus labios se elevaron levemente, apuntando una sonrisa invisible, y su expresión se tornó compasiva.
—Mi padre era muy reservado, y mucho más si presentía algún daño a quienes le rodeaban. No me hubiese dicho nada ni aunque se lo hubiese preguntado.
—Miente, usted sabe cosas que no quiere decirme. Sabe que su padre fue perseguido, que tenía algo que encubrir y que yo también estoy en peligro.
—Los últimos meses con mi padre fueron distintos, pasaron cosas que nos obligaron a vivir separados, estuve algo alejada de él.
Sus ojos se enrojecieron súbitamente.
—Creo que su padre sintió su ausencia —alegó tratando de conocer algo más de la separación.
Ingrid frunció el ceño.

—Fue él quien me obligó a salir de casa. Me dijo que su vida corría peligro y que debía marcharme sin rechistar.
Pablo decidió no seguir por ahí.
—¿Qué fue, pues, lo que le contó?
Tragó saliva y continuó con su tono metálico e impersonal.
—Desde que... salí de casa hablé por teléfono con él muy a menudo. Eran conversaciones largas donde charlábamos sobre cosas de las que nunca antes habíamos conversado. Yo lo percibía como un poco testamentario, su voz resonaba como un sermón, a veces misterioso, a veces doctrinario y no paraba de hacer circunloquios, de usar paradojas. Fue uno de esos días cuando me habló de usted. Al principio sólo dijo que vendrían a ayudarnos del sur, que todos estábamos en peligro y que él estaba buscando la salvación en España.
Sacó un pañuelo de su bolso para sonarse la nariz, actuaba como si estuviese sola, sin importarle en absoluto sus modales.
—Sólo después de un tiempo, poco antes de desaparecer, me dijo que quería pasar una tarde entera conmigo, que quería recordar los viejos tiempos, cuando me mimaba entre sus brazos. Le noté tan preocupado que le pregunté sin rodeos qué estaba pasando y volvió a hablarme de usted, esta vez ya con nombre y apellido; lo seguía viendo como la persona necesaria para cambiar el rumbo de las cosas.
El mundo se derrumbaba de nuevo, notó cómo el suelo se agrietaba a sus pies con movimientos vertiginosos e incontrolables, dejando a su paso abismos insondables. Una vez más se supo protagonista de una historia que aún no conocía y que le había caído bruscamente del cielo sin comerlo ni beberlo.
—De ser así, su padre había perdido toda esperanza de salir con vida de ésta. A mí sólo me pidió venir para asegurarse de que alguien podría continuar algo que él había empezado en el caso de que él desapareciese.
—Es posible, ya le digo que lo noté muy testamentario en sus últimas semanas.
—¿Qué le dijo de mí?
—No estoy segura, pero me pareció que lo sentía en su mismo bando por difíciles que fuesen las circunstancias y que estaba seguro de que podría llegar hasta el final.
—¿Le dijo algo sobre lo que había que hacer, cómo habría que hacerlo?
—Fue muy impreciso, tal vez no quería que yo misma estuviese involucrada, hablaba en claves que yo no podía entender.
—¿Claves?
—Sí, me habló de las cinco pistas pares, de la ciudad de las tres culturas, de triángulos iluminados, de que Güttec lo había previsto todo para el encuentro de las tres fuentes ruidosas en el paraje más

entrañable de esta ciudad, de un tal Mustafá Talú al que llamaba víbora venenosa y cosas por el estilo.
—¿Qué? ¿En qué contexto le decía todas esas cosas?
—Ya le digo que todo era extraño e inconexo. Se diría que necesitaba escupir lo que llevaba dentro sin hacerme partícipe de su destino.
—Necesito un poco de aire.
—Le recomiendo que se marche cuanto antes. Le he dicho a ese comisario arrogante que abra los ojos porque los asesinos de mi padre no han terminado su tarea. No creo que sean tan estúpidos para venir hasta aquí, pero no tengo dudas de que andan merodeando, buscando lo que les negó mi padre o a quienes puedan dárselo.
Dudó unos segundos, pero la hija de su amigo tenía razón. La miró de nuevo y la vio pálida y segura, erguida por orgullo a pesar de su dolor.
—Dígame una cosa, ¿con quién más hablaba su padre en los últimos días?
—No lo sé.
Pablo ladeó el gesto contrariado.
—En la facultad sólo saben que su padre pidió un anticipo y que dijo que era para arreglar su casa de campo.
—No tenemos casa de campo.
—Por eso... —Se calló para oír la versión de Ingrid.
—Quería el dinero para esconderse. Imagínese lo que cuesta estar tanto tiempo en paradero desconocido.
—Sólo una última pregunta, ¿sabe quién inventó el bulo de los problemas de su padre con el juego?
Ingrid apretó la boca. Su tono de voz se elevó por primera vez.
—Algún miserable.
No hubo más palabras. Estaba claro que no quería continuar por ese camino. Su rostro reflejó un gesto de hastío que hizo a Pablo sentirse un entrometido.
—Está bien, le agradezco lo que me ha dicho.
—No tiene por qué hacerlo —fue su única respuesta.
Pablo cogió su mochila y le ofreció la mano a modo de despedida.
—¿Puede darme algún teléfono donde localizarla?
—Donde vivo no hay teléfono —dijo con una tímida sonrisa al tiempo que le largaba la mano—. Pero no se preocupe, que si algún día me necesita me encontrará.
—Ahora es usted la misteriosa.
—Deben ser los genes.
Salió de aquel lúgubre lugar con la sensación de haber perdido todas las batallas de su vida. Acosado por su sino, se maldijo por su mala suerte, por su soledad, por su desgracia y la de los que le rodeaban.
Vagabundeó como un sonámbulo por las calles del viejo Munich sin rumbo ni destino, mientras las ideas iban y venían, como las personas

que se cruzaban en su camino. Guardaba un amargo sabor de su encuentro con Ingrid, un regusto de culpabilidad, de usurpador de vidas cercanas, de perturbador de paces interiores.
En el reparto de papeles de la funesta obra que nunca pidió representar, alguien le otorgó el de héroe vencido, el de pájaro de mal agüero, el de hermano de la muerte.
Las palabras de la joven retumbaban como epitafios leídos ante la tumba: los triángulos iluminados, la ciudad de las tres culturas, las tres fuentes ruidosas, Talú...
Casi nada le era ajeno. Nadie como él sabía a qué se refería Heinrich cuando mencionaba las cinco pistas pares. Instintivamente, palpó una vez más el contenido de su bolso para cerciorarse de que en su interior seguían sus dos libros.
Seguro que los triángulos iluminados tenían algo que ver con los dibujos que le enseñó Robert Heintz, aquellos trazos del discípulo de Köerting, olvidados en un desván de la facultad durante años. Su imagen le había impresionado, encerraban una simbología que Frank Grauben repetía machaconamente en casi todos sus trabajos, y cuyo significado, probablemente, también se llevó a la tumba. Por su imaginación discurrieron aquellas luces dobladas, como de plastilina, iluminando triángulos austeros y esotéricos.
Heinrich conocía esos cuadros, si no cómo iba a haberlos mencionado a Ingrid, pero eso no coincidía con lo que le dijo Robert Heintz, que aseguró que jamás había mostrado aquel trabajo de Grauben a nadie.
Tal vez no, tal vez Heinrich sólo conocía su existencia y su importancia pero nunca los había visto, ni sabía dónde podían encontrarse, si es que aún existían. El testimonio de Heintz le resultó sincero, no dudaba de su honestidad y de su sinceridad.
Se le ocurrió una tercera posibilidad. Heinrich ni siquiera sabía que Grauben había pintado lienzos cuajados de triángulos iluminados, pero sabía su significado, al igual que Frank, que los dibujó para ponerlo de manifiesto. En ese caso, el significado de las misteriosas formas geométricas tendría que ver con algo que sucedió en tiempos de Köerting.
Seguía a la deriva por las calles de Munich con la imagen de Ingrid clavada en el corazón. Como un lobo estepario deambuló una vez más por la masa inerte de personas y asfalto.
Se acordó de lo que Julio le contó acerca de la organización del congreso. Fue allí donde oyó hablar por primera vez de Talú como un profesor emérito turco que se había opuesto abiertamente a conmemorar el cincuentenario de la muerte de Köerting, alegando que el arqueólogo alemán había sido un ladrón de riquezas antiguas y un hombre sin escrúpulos. Al final se salió con la suya y la rememoración del trabajo del viejo arqueólogo judío en el congreso no fue más que

una pantomima sin ningún interés. También Heintz le habló de Talú. Le dijo que era un viejo loco obsesionado con Köerting hasta el punto de que trató de desvalijar toda la información que tenían de él tanto Frank Grauben como él mismo. Indudablemente, Heinrich hubiera sido igualmente partidario de que se rememorase en la Convención de Colonia la obra de Rudolf Köerting, lo que le hacía potencial enemigo de ese cascarrabias de Talú.
Lo de «las tres fuentes ruidosas» tampoco le sonaba extraño. Bueno, quizá no llegaba a entender por qué tres ni por qué se encontraban en aquella ciudad. Puede que Ingrid no lo entendiese bien o quizás el número tres fuese simplemente insustancial. La fuente ruidosa era Subbiluliuma, el emperador hitita y la segunda podía ser él mismo, que había usado ese nombre en sus artículos anónimos.
Tres fuentes ruidosas en esta ciudad —masculló, incapaz de entender a qué podía referirse.
La frase tenía un nuevo significado, acaso alguna conexión entre él y el emperador de Hatti pero, sin embargo, no acertaba a ver qué se escondía tras la hipotética tercera fuente.
—En el paraje más entrañable —le había dicho Ingrid.
De repente apareció en su mente una nueva fuente ruidosa; se cruzó como un meteoro, como una estrella fugaz. El manantial del parque junto a la facultad, aquella que tenía el gran surtidor de agua apuntando al cielo y sobre la que caía un torrente estridente y burbujeante.
—¡Tres fuentes ruidosas en esta ciudad! —gritó—. Está claro, el parque, un escrito relacionado con Subbiluliuma y yo.
Robert Heintz le dijo que aquél era el lugar preferido de Köerting, el lugar donde encontraba la tranquilidad deseada de tanto ajetreo diario, sin duda, el paraje más entrañable de la ciudad. Imaginó al judío sentado en alguno de aquellos bancos de piedra una tarde de invierno con la ciudad difusa y gris al fondo y el chapurreo bullicioso del chorro de agua al caer sobre la balsa repleta de patos y cisnes.
Fue como una puerta que, al abrirse, descubre una intensa luz en su interior. Sin darse cuenta, en algún recóndito escondrijo de su mente había guardada la imagen de una fuente ruidosa, un lugar que había visitado de casualidad pero que, a nada que hubiese investigado, lo habría relacionado fácilmente con el pasado de Köerting. Había estado aletargada, esperando su momento para desperezarse y ahora aparecía nítida y rodeada de destellos. Su idea era improbable e inconexa, pero no imposible.
Comenzó a correr como un poseso, como si le persiguiese la muerte. La bolsa andrajosa le rebotaba en el costado a cada zancada, clavándole los bordes de los libros en las costillas.
¡Había estado tan cerca...! La carta de Köerting, aquella que Heinrich

confió a Helmuth Güttec y que éste había escondido siguiendo sus instrucciones, no podía estar en otro lugar que junto a aquella fuente ruidosa. Lo había escrito Heinrich en su última misiva, en la que encontró en la estafeta de correos: «Le pedí que la dejase en un lugar seguro», «Sólo tú podrás adivinar».

Ingrid había oído decir a su padre que Güttec lo había hecho así, que sería el lugar de encuentro en la ciudad.

Le faltaba el aliento para continuar corriendo, pero no podía detenerse, era como si le empujase el propio Heinrich, una vez desvelado su secreto. Extenuado, se adentró por el mismo camino que recorrió el día anterior con Robert Heintz.

El parque olía a bergamota y cilantro. A aquella hora casi nadie caminaba por sus recoletos pasillos. Subió el repecho que guiaba hasta lago del potente surgente con su corazón latiendo con fuerza y su respiración tan agitada que parecía sucumbir ante el resuello. Miró a un lado y a otro desorientado, el geiser artificial continuaba escupiendo el surtidor de agua hasta el infinito en un caño recio que se perdía en el cielo gris. Abajo regresaba en forma de gruesa y sonora lluvia sobre el propio manantial salpicando a todo su alrededor. Algunos patos, los más atrevidos, se paseaban más al centro de la alberca, donde el agua se desataba a placer, mientras que la mayoría de ellos y los pocos cisnes que había preferían deambular por la periferia lejos del mundanal ruido.

Al otro lado del lago, el camino que lo bordeaba pasaba por un minúsculo túnel de piedras calcáreas que formaban la falda de un montículo rocoso.

«Las tres fuentes ruidosas. Sé que lo tengo delante de mis narices» maldijo.

Recorrió el sendero que rodeaba la charca en busca de alguna pista. En el punto de partida reconoció el lugar donde se paró con Heintz a mirar la ciudad, la barandilla verde metálica y en parte oxidada, desde donde se divisaba un paisaje de techos oscuros e inclinados y algunas cúpulas de iglesias menores de la ciudad. Ése debía ser, según le dijo Robert, el rincón favorito de Köerting. Nada le sugería cómo continuar.

Se alejó un metro y al detenerse de nuevo en la baranda encontró una inscripción a la altura de la rodilla. No era la única, ya que el remate superior estaba lleno de leyendas improvisadas de amores declarados y testimonios de visitantes que habían llegado hasta allí, pero ésa era diferente. Se trataba de una palabra singular, nítidamente escrita y con bordes perfectos.

«MU»

Palpó el impávido metal buscando alguna oquedad escondida, rastreó el suelo bajo la enseña por si acaso hallaba alguna hendidura,

pensó incluso en excavar allí mismo la tierra en busca de algo sepultado.

Estaba seguro de estar sobre la pista, tan cerca que podía olerla. También tenía la certeza de haber visto antes aquella palabra escrita. Sólo tenía que razonar del mismo modo que quien decidió ocultar el documento.

Bordeó una vez más el estanque impaciente y excitado, en busca de un lugar seguro, disimulado, recóndito, inexpugnable...

Al pasar junto a una de las farolas del camino le llamó la atención otra marca. Se acercó y pudo comprobar que era idéntica a la encontrada en la barandilla, el mismo tipo de letra, el mismo tamaño y un texto que rezaba:

«DA»

No había duda, ambos emblemas eran del mismo origen, escritos por la misma mano, tapaderas de un mismo jeroglífico.

Acarició emocionado el nuevo símbolo escudriñando una respuesta velada y tras el grabado ocre adivinó la mano de Güttec dibujándolo una tarde oscura. No había nada alrededor que sugiriese el lugar del escondite.

Una pareja de jóvenes irrumpió en el sendero del mirador. Caminaban sin apremio, cuchicheando entre sonrisas palabras inaudibles, aunque inconfundiblemente cariñosas.

Pablo se incorporó para disimular. Se percató de que estaba ridículamente inclinado junto a una farola abandonada, en un lugar solitario y se ruborizó.

Desde donde estaba observó el mirador al otro lado del lago. A esa distancia no le era posible ver la inscripción grabada en la barandilla, aunque él sabía exactamente dónde se encontraba. Pensó en la relación que ambas podían tener pero no se le ocurría nada. Entonces calculó mentalmente la distancia entre las dos.

«Cincuenta metros», barruntó.

En medio casi todo era agua, salvo los dos pequeños senderos que rodeaban el estanque.

A su izquierda, la piedra remontaba en una montaña árida e infranqueable; a la derecha el camino bajaba por el lado opuesto al que había entrado, en un sendero que zigzagueaba hasta perderse entre los árboles.

—¡Son números! ¡Números hititas formando un triángulo!

Corrió por el camino de la izquierda, seguro de que encontraría una nueva marca. Aunque se propuso no llamar la atención, nada podía detenerle en su carrera. Afortunadamente para él, los únicos visitantes de aquel paraje eran la pareja de jóvenes que acababa de ver en el lago.

Por fin se detuvo. Había una esbelta farola azul turquesa que acababa

de encenderse con las primeras tinieblas del día. A unos cuarenta centímetros del suelo halló la inscripción.

«TRI»

Estaba cansado y excitado pero no pudo contener la risa. Volviendo la vista atrás pudo comprobar que las tres marcas formaban un triángulo, seguramente equilátero, de unos 50 metros de lado.

Robert Heintz le había dicho que «Da» significaba «dos» en heteo y que «Mu» era el número «uno», por lo que supuso que «Tri» sería el «tres».

—Heinrich, eres un bribón —gritó—. Sabías que no podrías conmigo, aunque me lo pusieses muy difícil —añadió apuntando al cielo.

Oteó el interior del triángulo imaginario y suspiró. Entre la maleza halló un pequeño edificio. Buscó el camino que lo llevase hasta allí acelerando el paso. Era una casa de madera, probablemente un merendero, incrustado en el corazón del parque. Junto a ella había también unos faroles que lucían con sus lámparas encendidas.

—El triángulo iluminado. ¡Qué bribón! —sonrió.

Se paró junto a la puerta y observó que era, efectivamente, un quiosco de parque hecho con troncos de madera a modo de pilares transversales en cuya terraza había media docena de mesas cuadradas vacías, sucias de hojas secas, y unas sillas desvencijadas junto a unas farolas titilando.

Miró de soslayo a las luminarias con miedo de ser visto por alguien del interior del bar. No sabía lo que buscaba, tal vez alguna nueva marca en alguno de aquellos faroles o alguna señal en el suelo. Dio varias vueltas a los mástiles espigados sin hallar nada que le llamase la atención; no había ningún signo que le indicase que estaba en el buen camino.

Se asomó tímidamente al albergue y comprobó que no había nadie dentro, salvo el señor que atendía el negocio. Sonaba una melodía melancólica, probablemente de un aparato de radio conectado en el interior, tan melancólica como la luz de la barra, que era amarilla y triste.

Finalmente se animó a entrar. Era un bar sencillo con una barra que cruzaba la caseta de lado a lado y el espacio suficiente para un par de mesas en un rincón y algunos taburetes al otro lado.

El encargado no hizo ningún gesto especial al verle entrar; estaba limpiando el mostrador con un trapo como si eso fuese lo único que hacía en los largos días de trabajo en solitario.

Pablo se sentó en uno de los taburetes junto a la barra, enfrente del señor que la atendía. No sabía qué hacer, ni siquiera si tenía que hacer algo. Durante unos segundos se miraron sin cruzar una palabra. El encargado era un viejo calvo, extremadamente delgado y con una

nariz aguileña que le otorgaba cierto aspecto de enterrador.
La música envolvía a aquel lugar en un halo de tristeza y olvido.
—*Ein kaffee* —se animó por fin a decir.
El hombre se dio la vuelta lentamente y se dispuso a prepararlo en su máquina automática. Con él de espaldas, aprovechó para observar todo a su alrededor. Salvo la barra, que estaba impecable, todo el bar resultaba descuidado: una radio antigua, botellas inmemoriales de licores ignotos y un cartel que anunciaba Pepsi-Cola que parecía estar hecho en el mismísimo año de su invención...
El escuálido camarero se giró con la taza de café, momento en que aprovechó para abordarle.
—*I find the letter of Köerting* —le dijo.
El caballero le miró con los ojos apagados, como si no tuviese ni idea de qué le estaban hablando.
Pasaron unos segundos de vacío hasta que se dio cuenta de que su interlocutor no estaba al tanto de aquel asunto. Cuando no le quedó más remedio que aceptarlo, le sonrió en señal de agradecimiento y disculpa y el hombre, un tanto desconcertado por la excentricidad de su único cliente, continuó limpiando cansinamente el mostrador.
Entonces apuró la taza mientras sonaba una melodía dulce, presumiblemente de amor, con aires de bolero pero interpretada en alemán. El camarero acompasaba sus movimientos de enlucido al son de la música, aunque la barra estuviese limpia como una patena.
Antes de marcharse de vacío decidió quemar su último cartucho.
—*I am Subbiluliuma. The noisy fount* —arguyó con la mano en el pecho y utilizando su mejor pronunciación inglesa para hacerse entender.
El señor esbozó una sonrisa abierta que dejó al descubierto una sarta de dientes podridos y desordenados. Al sonreír apareció una sombra oscura en la punta de su enorme nariz que parecía hacerla girar hacia abajo amenazando con tocarle la barbilla.
Pablo le correspondió en su alegría, seguro de haber dado con la tecla exacta.
Sin mediar palabra, el siniestro encargado se agachó frente a la barra y, abriendo un cajón, extrajo de él un paquete que le entregó a Pablo.
Fue una descarga de adrenalina en estado puro, una fiera desbocada galopando en su pecho; sintió ganas de abrazar a aquel hombre desgarbado, de besarle como a un hermano largamente perdido, pero pronto notó que él no esperaba nada a cambio, que ni siquiera sabía qué importancia podía tener el contenido del paquete. Por no tener, tampoco aparentaba el alivio del que se deshace de un encargo mucho tiempo esperado.
Aún no había soltado el trapo de limpiar de su mano y se disponía a comenzar de nuevo con su rutinaria tarea cuando Pablo se atrevió a indagar cómo había recibido el paquete.

—*Who gave this to you?*
Sonrió como el que no entiende la pregunta y volvió a aparecer su ejército desarmado de dientes destartalados.
Pablo señaló el paquete inquiriendo repetidamente «Who» hasta que al final oyó una respuesta.
—*Profesor Güttec* —fue la única contestación.
Aquel diálogo era imposible, no sólo por el escaso inglés del encargado, sino por su falta de interés.
Pagó el café y salió al aire fresco del exterior ante la indiferencia del único habitante del bar, que continuaba lustrando el mostrador.
La noche se había arrojado sobre la maleza tiñendo de sombras todos los rincones. La iluminación de las tres farolas de la terraza y una serie de balizas que señalaban los senderos eran los únicos referentes en el corazón del parque.
Bajo una de aquellas farolas se detuvo con el paquete entre sus manos. Estaba envuelto con un recio papel acartonado de color ocre y unas finas cuerdas anudadas. Lo abrió con ansiedad y encontró un sobre apaisado y amarillento que parecía haber salido del albor de los tiempos. El envoltorio estaba abierto y en su interior había algunas hojas cuidadosamente dobladas. En la parte frontal podía leerse el destinatario:

Prof. Rolf Schuemann Abteilung der Alten Geschichte[47] *Fakultät der Archäologie*[48] *Mannenstrassen, 14 Munchen Alemania*

Las letras eran bellas, de trazo cuidado, escritas con una fina pluma de tinta azul en renglones perfectos, como hechos con plantilla.
En la parte trasera se leía el remite con igual letra y pluma:

Prof. Rudolf Köerting Curtidores, 6 Toledo (Espanien)

Pablo contuvo la respiración. La figura del inspector Roeder se cruzó fugazmente para recordarle que Köerting había vivido en España. Todo encajaba como un guante en la mano. Las pistas apuntaban al sur, a su patria, y eso le convertía una vez más en el actor principal de aquella endemoniada trama. Notó que las manos se le tornaban temblorosas e inseguras y que el corazón latía con brío.

Recordó de nuevo que Heinrich había escrito en su última carta: «Además, el hecho de ser español debe facilitar las cosas».
—Toledo —repitió con rabia.
Las ideas se iban amontonando en su cabeza. Percibió el sabor del tormento, de la culpabilidad del que llega tarde a una cita importante.
La imagen de Toledo le era familiar. Perderse por las callejuelas de su casco antiguo o sentarse en algún mirador para observar en silencio el majestuoso fluir del Tajo, encajado entre las rocas, eran aficiones de las que solía disfrutar de cuando en cuando.

[47] Departamento de Historia Antigua.
[48] Facultad de Arqueología.

—La ciudad de las tres culturas —exclamó emocionado al atar un nuevo cabo de su enrevesado puzle—, donde convivieron pacíficamente durante siglos los moros, los judíos y los cristianos.

Un sonido de pasos se oyó en la lejanía. Tragó saliva al pensar que podía tratarse de alguien que le estaba persiguiendo, pero no pudo evitar asomarse al contenido de los papeles que tanto tiempo habían esperado y de los que Heintz le habló como auténticas joyas.

Por su tamaño, apenas tres hojas, le pareció que se trataba de una única carta, quizás la más importante, la que permitía seguir la pista del descubrimiento de Köerting.

Como cabía esperar estaba escrita en alemán, con letras impolutas y endiabladas, en una lengua de la que apenas podía entender algunas palabras, pero nada que diese sentido a las frases.

Los pasos se aproximaban lentos y sigilosos, el chasquido de algunas hojas secas y el silencio de la noche amplificaban su soniquete y la ausencia de voces humanas los hacían más tenebrosos.

De pronto tuvo prisa, tal vez igualmente miedo. Introdujo el paquete con la carta en su destartalada bolsa y aligeró el paso por el camino más corto que llevaba a la salida.

A medida que avanzaba, el pánico se apoderaba de su cuerpo. Arrancó a correr despavorido por los senderos penumbrosos que marcaban los arriates, seguro de que tenía a alguien detrás, o quizá delante.

«Los que mataron a mi padre ahora le buscan a usted», resonó la voz de Ingrid como salida de ultratumba.

Las calles de la ciudad le recibieron como un refugio seguro. Ahora sabía que tenía que volver a casa y que tenía que hacerlo urgentemente.

Tenía aún un largo camino de regreso: un tren hasta Colonia y un avión de vuelta a Madrid, muchas horas para pensar, para ordenar ideas y para leer todo lo que pudiese del libro *The Land of the Hitites* de John Garstand que Heinrich le había dejado en la estafeta de correos, cuya lectura le había recomendado encarecidamente.

Mientras buscaba desesperadamente un taxi, pensó en Rosa y la imaginó dulce y cálida, con sus ojos color canela, ajena a todo lo que le estaba pasando, esperando pacientemente su regreso. Por fin, pronto estaría con ella, pronto estaría de nuevo en casa.

Detuvo al primer taxi que se cruzó por su camino. Estaba exhausto cuando por fin se sentó en él.

—A la estación de tren.

20

Kirbat Isriyah, 8 de marzo de 1939

Las buenas noticias científicas no podían atenuar las nefastas noticias económicas. El gobierno polaco había confirmado su ya anunciada amenaza de cortar todas las subvenciones para las investigaciones arqueológicas; de hecho, en los últimos meses la ayuda había llegado con cuentagotas y tarde.

Köerting recibió la mala nueva con resignación y entereza. Estaba sentado en su mesa de trabajo cuando Mustafá le trajo la última carta de la Universidad de Varsovia donde se anunciaba la medida inmediata y de duración indefinida.

En las últimas semanas, el profesor había escrito una inusual cantidad de cartas. A las habituales de Rolf Schuemann había añadido otras que enviaba a Inglaterra, a España, a Polonia, a Francia...

Mustafá pensaba que el viejo estaba buscando ayuda económica, pero en realidad nunca le oyó hablar del motivo de su imperiosa necesidad de comunicarse con el exterior.

Aquella mañana le preguntó a Grauben cuánto les quedaba y cuánto tiempo podrían aguantar el campamento, aunque fuese en condiciones precarias.

—La mayoría de los porteadores nos abandonarán en las dos próximas semanas —respondió apesadumbrado—, ya no tanto porque no nos quede dinero, sino porque acaba de empezar la temporada de recogida de frutas en la vega del Éufrates y allí se pagan estipendios muy superiores a los que nosotros podemos ofrecer.

La única forma de mantener algunos zapadores era gastando cantidades imposibles para sus caudales.

Por otro lado, acababan de acordar la venta de los burros que tanto les habían ayudado en el desescombro de la ciudad. Se los llevarían antes de final de mes. Con los fondos obtenidos por la venta saldarían algunas deudas y, sobre todo, cubrirían el coste de llevar todos los objetos encontrados a Damasco, desde donde podrían expatriarlos una vez hallasen el lugar apropiado.

—En un mes como mucho tendremos que marcharnos —aseveró taciturno Frank, que dedicaba cada vez más tiempo a administrar los escasos recursos.

—No hay que martirizarse, todas las piezas valiosas que hemos hallado estarán a salvo. Aún tengo esperanzas de recibir en los próximos días buenas noticias de Europa confirmando ayudas para continuar pero, en caso de que no lleguen, estaremos aquí hasta que se nos acabe el dinero y entonces regresaremos en busca de financiación.

—¿En serio cree que habrá alguien dispuesto a ayudarnos? —No tengo dudas, pero ciertamente tendremos que presentarnos allí y formalizar un nuevo proyecto. Todo esto por carta es francamente difícil, es más que probable que el que suelte el dinero quiera vernos las caras.

—Y, ¿quién puede estar interesado en sufragar nuestros gastos? ¿Otra universidad? Desde luego no polaca ni tampoco alemana.

El profesor se mantuvo en silencio. Frank sabía que estaba escribiendo numerosas cartas a destinos extraños, pero el viejo nunca le habló del tema. Ahora tampoco parecía estar dispuesto a hacerlo.

—Aunque el mundo se esté volviendo loco, aún queda gente dispuesta a contribuir con la ciencia y con el conocimiento humano.

—¿A cambio de qué? —Frank discrepó—. Si no es una universidad ¿quién necesita saber lo que pasó aquí hace treinta y cuatro siglos?

Una vez más, el profesor no contestó, se limitó a sonreír levemente aunque su sonrisa escondía un apreciable gesto de tristeza.

El levantamiento del *Kârum* estaba muy avanzado. En él habían trabajado sin descanso las últimas semanas. No habían parado de encontrar restos de actividad en aquella antigua cámara de comercio, pero nada de lo hallado hasta entonces se correspondía con su presunta actividad. Aparecieron nuevos trozos de madera, algunos de origen incierto, como un marco biselado de roble clavado a una fina chapa también de madera y unos gruesos hilos de cobre cruzados.

—Es un tablero de *Senet* —dijo el joven Mustafá Saygun cuando lo vio—, un viejo juego turco en el que se usan piedras de dos colores. —Dudo que esto sea un juego —le dijo Köerting—. Por el lugar donde estaba más debía tratarse de una suerte de tabla de cálculo, un artilugio capaz de llevar las cuentas de las operaciones mercantiles.

Mustafá lo miró con curiosidad e incapaz de imaginarlo de otro modo que como tablero de juego.

—En este lugar se compraban todas las mercancías, se cerraban los tratos más importantes e incluso se dilucidaban los pleitos y se juzgaban los delitos —aclaró el judío al incrédulo turco.

—¿Pleitos, delitos?

—El lugar donde más conflictos se creaban era donde se intercambiaban los bienes, donde se efectuaba el trueque, por eso era normal que los *Kârum* tuviesen su propio Tribunal de Comercio, formado por los ancianos del lugar que eran considerados los más sabios.

—¿Y eran ellos los que impartían justicia?

—Antes apenas había leyes escritas, a pesar de que para eso los hititas también fueron adelantados a su época. En realidad, más que sabiduría lo que aplicaban era el sentido común que, como sabes, es el menos común de los sentidos.

El joven turco sonrió ladeando la boca.
—Fíjate si llegaron a perfeccionarse que hasta se constituyeron en torno a los *Kârum* auténticas Cámaras de Comercio formadas por comerciantes del mismo gremio para defender sus intereses ante terceros.
Mustafá no perdía detalle de lo que le decían de aquel lejano pueblo, del que se sentía legítimo descendiente. A veces incluso llamaba «mis tatarabuelos» a los hititas, por los que empezaba a sentir verdadera devoción.
Por lo demás, aquéllos fueron días de prisas y desenlaces, las horas pasaban volando, el tiempo se les derretía entre las manos. Los alemanes estaban tensos, trabajaban presionados por el reloj, sabían que se les acercaba un final irremediable y que muy pronto tendrían que dar por concluidos los trabajos de campo. A tenor de su impaciencia se diría que no tenían claro si algún día volverían.
Mustafá empezó a sentirse mal, muy mal. Junto a los alemanes su vida había tomado un nuevo rumbo, sin ellos sólo le quedaba regresar al hogar paterno de Damasco, donde le aguardaba una vida gris y asfixiante. Además, aquellos meses despertaron en él la afición por la arqueología, que tendría necesariamente que abandonar en cuanto los alemanes se marcharan.
Tan sólo faltaban por levantar algunos metros del viejo mercado cuando sucedió algo extraordinario.
Köerting ya estaba a punto de desistir para poder dedicarle al menos unos días al templo, cuyo levantamiento aún no habían iniciado, pero aquella mañana uno de los porteadores advirtió que el lugar donde estaba trabajando estaba plagado de trozos de arcilla. Hasta entonces no habían visto semejante material en Nuhassé por lo que le llamó la atención. Cuando mostró al profesor el hallazgo éste dijo que era arcilla cocida.
—¡Tablillas! —apuntó rápidamente Frank.
—Sin duda. A partir de ahora debemos zahondar con un cuidado exquisito o destruiremos lo que tenemos debajo.
Köerting ordenó sacar a las bestias y continuar únicamente con espuertas y medios manuales. Sabía que eso ralentizaría tremendamente los trabajos, pero no quería arriesgarse a perder lo que pudiese haber bajo los escombros.
El esfuerzo mereció la pena. En tan sólo dos días habían encontrado el más importante alijo de tablillas cuneiformes jamás descubierto hasta entonces. En aquel rincón del *Kârum* estaban por todos lados y de todas las formas: envueltas en hojas de palmeras, en espuertas de esparto, en cofres de madera, atadas simplemente con gruesas cuerdas o sueltas y esparcidas por doquier.
—Hemos dado con el archivo del antiguo mercado de Nuhassé —

aseveró el viejo.
—Pero no están escritas en cuneiforme —advirtió rápidamente Frank al ver que las marcas grabadas en el barro no eran iguales a las que hasta entonces había visto.
—Efectivamente —confirmó el profesor—. Están escritas en acadio.
—¿En acadio? ¿Por qué?
—Porque era la lengua usada para la diplomacia y para los negocios internacionales, eso confirma la importancia de este lugar. Los mitanni tenían amplios horizontes; su capital era un poderoso enclave geográfico, una ciudad situada en un paso natural de caravanas llenas de mercancías.
—Pero el asentamiento de Nuhassé está en un paraje casi inaccesible —repuso Saygun—. No puedo imaginarme esto como lugar de paso de caravanas.
—Los mercaderes iban allí donde había riquezas, donde sabían que podían vender sus preciados géneros y Nuhassé debía ser una de las ciudades más prósperas de la Tierra.
—Pues a mí me parece una ciudad fantasma. Ni siquiera hemos topado con un solo resto humano.
—No creas que no he pensado en eso —añadió el viejo atusándose la barba—. Después de tantos días y tantas toneladas levantadas aún no hemos encontrado ni un solo cuerpo humano o animal, ni un solo esqueleto, ni tan siquiera un solo hueso. Estoy seguro de que hay una razón que lo explica. Una ciudad de este tamaño no se abandona así porque sí, y si por algún poderoso motivo debe desalojarse precipitadamente, se deja un largo rastro de cadáveres postrados en la huida.
El aire olía a canela y el cielo anunciaba agua. Los dos investigadores alemanes y el aprendiz turco permanecieron sentados en rudas sillas de anea.
El tiempo apremiaba, en pocos días tendrían que dejar la excavación y aún había dos cosas que obsesionaban a Köerting: el significado de las tablillas y el levantamiento del templo, el tercer gran edificio que había decidido investigar en Nuhassé y sobre el que tenía muchas esperanzas de encontrar nuevos indicios de la vieja civilización. Sabía con certeza que ninguna de las dos tareas podrían concluirse en el corto espacio de tiempo que les restaba, pero igualmente intuía que aún podría recibir de ambas grandes satisfacciones.
A la mañana siguiente, cuando aún restaban cinco días para acabar el mes de marzo, el profesor se encerró con multitud de tablas de arcilla en su despacho de campo. Así pasaron cuatro largos días con sus noches. A veces, Grauben se despertaba a medianoche y veía encendidas las luces de los candiles de su estancia. Köerting se abstraía del mundo cuando tenía delante criptogramas que interpretar,

se diría que podía sobrevivir aletargado en permanente vigilia y sin necesidad de alimentos, nutriéndose del néctar de los símbolos ocultos y del embrujo de su recóndito significado.
Mientras tanto, mandó dedicar sus extintos recursos al levantamiento del templo. En ese empeño se entregaron tanto Grauben como Mustafá, como si de su resultado dependiesen sus propias vidas. Era una forma de llenar el vacío que les dejaba el final de la misión. Aunque su relación no había sido nunca buena, ambos llegaron a comprender que, a pesar de sus enormes diferencias, en realidad los dos tenían muchas cosas en común: el desarraigo familiar, la ausencia de pareja o incluso amigos a quienes recurrir, un proyecto de vida junto al viejo Köerting que les llenaba y les liberaba de otra vida peor, en definitiva, un mundo construido en torno a aquel descampado de Anatolia que estaba a punto de desvanecerse para siempre.
Los días de la semana fueron pasando con inquietud por la ausencia del maestro, que continuaba reconcentrado en sus aposentos de trabajo.
El domingo fue un día de luces y de sombras, uno de esos días que nunca se olvidan. Era el segundo día de abril, y tras varias jornadas de lluvia y vientos, aquella mañana amaneció soleada. Fue, además, el día en que asomó el profesor. Venía con un gesto que dejaba lugar a la esperanza, como si un duende sonriente quisiera asomarse por la comisura de sus labios.
Al igual que todos los domingos, fue el día de pago a los escasos zapadores del campamento. Más de la mitad de la veintena que aún quedaban se marcharon esa misma fecha, al igual que la media docena de burros que habían venido a recoger en unas desvencijadas camionetas.
Grauben anunció al reducido número de personas que aún quedaba que no tenía suficiente dinero para pagarles la semana completa, de modo que acordaron que, si no llegaban antes los fondos necesarios, estarían tan sólo hasta el miércoles y luego disolverían el campamento.
Cuando llegó Mustafá del pueblo dijo haber oído en la radio que el ejército franquista había anunciado el fin de la guerra en España y que tanto Alemania como Italia se habían congratulado por la hazaña del general Franco «frente a las hordas marxistas que amenazaban a Europa».
A pesar de que el nuevo escenario europeo favorecía las ansias expansionistas del Führer, el judío parecía no perder la moral. Nada más terminar la mañana, junto a los pocos hombres que le quedaban en el ya desvencijado campamento, arremetió la conquista del templo enterrado. Los lindes estaban claramente establecidos y también sus piezas principales: la entrada, el patio, la sala de culto, el santuario y

el departamento privado de la divinidad a la que estaba dedicado.
Esa misma tarde, tras meses de trabajos, por fin afloraron los primeros restos humanos. Fue un momento mágico, un instante largamente esperado que podía aportar datos relevantes acerca de los últimos días de Nuhassé. En una esquina del santuario encontraron huesos de jóvenes, casi niños. Todos ellos correspondían a extremidades, húmeros, tibias y peronés y estaban bastante deteriorados.
Entonces ocurrió un hecho extraordinario y sorprendente. En una de las esquinas de perímetro del santo lugar, al levantar una de las piedras que dificultaban el paso, apareció un hueco en el suelo del tamaño de un hombre que comunicaba con un pasadizo. Pronto supieron que se trataba de un acceso al santuario, cuya techumbre pedregosa había conseguido aguantar el paso del tiempo. El profesor y Grauben entraron inmediatamente con unas antorchas y pudieron atestiguar que se encontraban en una de las cámaras secundarias, pero el acceso al vestíbulo principal era fácil y la mayor parte de la construcción parecía estar en perfecto estado.
Desde el primer momento, les sorprendió la gran cantidad de huesos humanos que había, esqueletos desperdigados, aunque mucho mejor conservados que los que hallaron en el exterior. Las cosas se precipitaron en pocas horas. Junto al muro de urdimbre de madera de la nave principal, al levantar otra gran piedra encajada, apareció un nuevo pasadizo en cuya bocana encontraron tumbado en posición fetal el esqueleto de una mujer, abrazada a un niño de corta edad. A pesar de los años transcurridos podían apreciarse algunos detalles espeluznantes, como los dedos del crío clavados en la espalda de su madre, que permanecía cabizbaja, en una actitud que emulaba la rendición ante la muerte.
El profesor pidió que no se tocasen las calaveras y ordenó a Frank dibujar el hallazgo en su cuaderno de trabajo, pero antes de que hubiese empezado a hacerlo, otro de los obreros irrumpió con unos cráneos encontrados en las proximidades.
Del suelo sobresalían algunas marcas blancas que, al ser desenmascaradas, resultaron ser más huesos.
Una nueva sala cuadrada y de techo bajo situada a la izquierda les mostró unos esqueletos sentados formando un círculo y unidos por las manos.
—Parecen miembros de una misma familia. —Grauben estaba emocionado.
—Es impresionante —añadió su tutor— De no conocer a los pueblos mesopotámicos pensaría que se trata de un rito mortuorio.
—¿Piensa que murieron en esta posición? ¿No pudieron ser colocados así tras expirar?
—No hay duda de que fallecieron así, estaban esperando su final,

postrados ante la parca, formando un macabro círculo.
—Pero esta escena parece demasiado… preparada.
—Porque sabían a lo que se enfrentaban, conocían el peligro y decidieron afrontarlo juntos. Los hititas no creían en la vida después de la muerte; para ellos, como para tantos otros pueblos, con la muerte se acababa todo. No tiene sentido pensar que estamos ante un ritual preparado tras la muerte porque para ellos los cadáveres no eran más que un amasijo de carne y huesos.
Al caer la tarde, cuando accedieron al edificio principal, ya no tenían ninguna duda de que se encontraban ante una enorme necrópolis, una representación macabra de una muerte masiva y sin distinción de edad o sexo, un genocidio de muchos de los habitantes de aquella ciudad, hacinados en su propio templo, tal vez clamando misericordia a sus propios dioses.
—Hades pasó por aquí sin pasión ni clemencia —dijo el profesor con el rictus desencajado por el espectáculo dantesco.
—Ahora ya podemos explicar por qué no hemos hallado ni rastro de vida en toda la ciudad —aseveró Grauben—; estaban todos aquí, congregados bajo el manto protector de sus deidades.
Los cadáveres identificados se contaban por centenares, protegidos por la losa pétrea que los resguardó durante miles de años. Algunos conservaban un realismo aterrador; restos de ropajes milenarios, sortijas, collares de cuentas, brazaletes de hierro, hilos de vidas lejanas pero de un realismo brutal.
El trabajo se hacía sin descanso, el ímpetu del viejo había arrancado a los escasos ayudantes la fuerza y la moral para trabajar denodadamente en los últimos estertores de aquella expedición. Eso y una especie de embrujo que cautivó a todos ante tanta autenticidad y crudeza.
El templo era incluso mayor que el ubicado en Hattusas; había pesados monolitos en los umbrales, formados por piedras de sillería de dos metros por uno, y enormes losas de arenisca como pavimentación. Junto al cuerpo principal hallaron almacenes y cámaras en forma de laberinto, casi todo era accesible, bien a pie o tumbado. En una de las cámaras, todas repletas de restos humanos, localizaron la biblioteca, que aún conservaba algunas tablillas en un estado muy deteriorado.
En la entrada identificaron un vestíbulo flanqueado por dos pequeños cuerpos de guardia que daban paso a un habitáculo más grande, que estaba cerrado por unas puertas de madera atacadas por la carcoma y rodeado de piezas secundarias. Desde allí se accedía a un patio, infestado de esqueletos, seguido de una sala de culto y un santuario que era el departamento privado de la divinidad.
Para llegar a la *cella* del dios, había que atravesar un pasadizo anguloso a través de una serie de vestíbulos. Grauben pidió a Mustafá

que accediese a ella, ya que su constitución era menos corpulenta para pasar por el estrecho pasillo. El joven turco, tan dispuesto en otras ocasiones, dudó un momento antes de asentir. Había que entrar sin antorcha y luego, si las dimensiones lo permitían, reclamarla a los alemanes, que se quedarían en la bocana de entrada. En caso de que la cámara fuese muy pequeña era recomendable no usar el fuego por temor de morir asfixiado. Mustafá entró a tientas soportando un penetrante olor a humedad y el lacerante dolor de los cantos de las piedras, que se clavaban en su cuerpo al reptar. El túnel era largo y parecía ser más angosto a medida que se avanzaba por él. Su propio cuerpo embutido en la oquedad de la piedra impedía que pasara la escasa luz proveniente de las teas que sostenían los alemanes a sus espaldas.

—Ánimo —gritó el viejo desde la bocana—. Ya debes estar cerca.

—Hay una abertura aquí —se oyó resonar la voz del turco—. El túnel tiene unos 4 metros.

Sonaron nuevos chasquidos provenientes del agujero y luego un silencio sepulcral.

—Estoy en la *cella* —dijo al fin—. Hace frío aquí dentro. Creo que tiene una gran superficie, pero necesitaré la candela para iluminarla.

Los alemanes le entregaron una antorcha y él la acercó a las paredes.

—Las piedras expelen una humedad intensa y penetrante. El suelo está plagado... de osamentas.

—¿Huesos? ¿De seres humanos? —preguntó el viejo.

—Niños —respondió al acercar el mástil de la tea. Niños de tierna edad, tal vez bebés. Hay docenas.

—¿Ves algo más?

Mustafá paseó la lámpara en derredor.

—Dos estatuas. Son enormes, de tamaño natural. Creo que son dioses o algo así.

¿Podrías sacarlas?

Hubo un silencio.

—Mucho me temo que no. Son pesadísimas, creo que son de oro. Además, dudo que quepan por el hueco por el que he entrado yo.

—Está bien, dejaremos eso para otro momento. ¿Ves alguna otra cosa que puedas sacar?

—Hay unas canastas de metal. Están cubiertas de polvo y una de ellas tiene una pequeña vasija, parece algo así como ámbar petrificado.

—Son alimentos, alimentos descompuestos —aseguró desde fuera el profesor—. Sácalas.

—También hay vasos y objetos pequeños de madera y de piedra.

—Tómalos con cuidado, sin volcarlos ni destruirlos y trata también de sacarlos.

El fuego sólo le permitía tener una visión reducida de la cámara; para

inspeccionar los rincones palpó con sus manos las paredes exudantes. En tan sólo unos minutos el aire se volvió más espeso y el humo peligraba con hacer de aquella sala una cámara de gas, por lo que recogió todos los objetos que pudo y se dirigió a la salida apagando la tea.
Los arqueólogos le recibieron impacientes al otro lado del hueco. Mustafá estaba aturdido y ciego por el reflejo de la llama, pero consiguió salir aferrado a un montón de bártulos.
Frank le arropó con una manta mientras se desprendía de todos los cachivaches.
—Un auténtico bibru[49] —exclamó el profesor, blandiendo el vaso de metal.
—¿Cree que ésta es la sala donde los sacerdotes ofrecían las libaciones a los dioses?
—Sin duda, ésta es la cámara de los dioses, el corazón del templo
—Pero este vaso… no parece de oro —apuntó dubitativo Mustafá.
—Es de hierro, un mineral aún más preciado que el oro en aquella época.
La luz de la candela iluminaba los ojos del judío, que ahora centelleaban como no lo habían hecho en los últimos meses.
—¿Qué son estas canastas con cenizas? —dijo el turco—. Ésa tiene una vasija con ámbar o algo así.
—Es miel petrificada, son testigos de las ofrendas divinas. Los servidores del templo preparaban alimentos para los dioses, principalmente pan, y lo ofrecían junto al vino de la libación.
—Pan y vino, pensé que eran símbolos cristianos —conjeturó Mustafá.
—Pues no —respondió el viejo—. Su simbología es muy anterior a la Santa Cena. El pan era un alimento sagrado en las religiones mesopotámicas y para ofrecerlo a los dioses debían cumplirse unos estrictos códigos de limpieza.
—Los que preparaban el pan de los dioses —abundó Frank— debían hacerlo perfectamente lavados y con las uñas y los vestidos limpios. Además, estaba escrito que tenían que evitar a toda costa que un cerdo o un perro entrase en el lugar donde se estaba fabricando.
—¿Todo eso para un trozo de pan? — protestó el chaval.

[49] Nombre acadio de un vaso sagrado.

—Todo eso para estar seguros de que el alimento permanecía purificado; algo semejante a lo que conmemora la santa misa de los cristianos al santificar el pan y el vino como símbolos del cuerpo y la sangre de Cristo.

Al revisar el resto de las piezas, repararon en un arca de madera en forma de trono.
—Esto debe ser el trono de una *Istanana*, la procesión que utilizaban los hititas para sacar a sus dioses a pasear. Lo hacían muy a menudo y

con gran pompa y boato, como corresponde a un ser divino. Los sacerdotes eran los únicos autorizados a sacarlos en estos púlpitos.
—¿Hacían procesiones con sus dioses? —Mustafá parecía haber aprendido algo nuevo—. Hubiese jurado que ésa era también una tradición cristiana.
—Pues no, los hititas la practicaban hace varios miles de años, mucho antes de que naciera la religión de Cristo. Era algo similar a lo que se hace en la actualidad en algunos países del sur de Europa, como España o Portugal, una especie de petitoria divina para rogar clemencia ante los desastres naturales o buenas cosechas.
—Representar a Dios es impropio de un buen creyente —arguyó el turco—. Él no tiene rostro ni cuerpo que pueda representarlo sin restarle Dignidad, y pasearlo como si fuera un amuleto está en contra de la Ley Divina.
—Para ti y para los que profesáis tu religión —replicó el viejo—, pero no para otros creyentes; siendo tan joven deberías aprender a no ser tan excluyente.
Mustafá frunció el ceño y agachó la cabeza.
Entre los armatostes sueltos, el profesor reconoció rápidamente uno.
—Mirad esto, ¡son *Huwasis*! —exclamó.
—¿*Huwasis*?
—Objetos purificados mediante unciones y lavatorios para el agrado de los dioses. Éstos eran los objetos más preciados por los hititas, tenían que pasar largos procesos de ablución para alcanzar el honor de ser ofrendas divinas.
—Mucha ofrenda de objetos, pero lo que hay ahí dentro son restos de un montón de niños —protestó el turco—. Estos mitanni eran unos bestias que ofrecían a sus hijos como sacrificio divino.
—No sabemos lo que pasó aquí dentro, pero es más que posible que los padres de estos niños pensasen que la única forma de salvarlos de la masacre fuese estando junto a sus dioses.
—De ser así —arguyó Mustafá—, de estar la salvación junto a los dioses, también habrían estado ellos.
—No, porque sólo los sacerdotes y los niños podían acercarse a sus seres divinos, por cuanto eran los únicos humanos puros y limpios.
—Desgraciadamente no sirvió asolutamente de nada estar en la cámara divina —apuntó Frank.
—Debió de ser durísimo despedirse de sus hijos a sabiendas de que jamás los volverían a ver —imaginó Mustafá.
El viejo se atusó la barba absorto.
—Ahora sabemos mucho más de esta ciudad maldita. Este templo fue testigo de la muerte del pueblo de Nuhassé.
—Pero, ¿por qué? ¿Por qué se inmolaron colectivamente?
—No lo sé, pero la muerte no les pilló desprevenidos y no murieron a

espada.
—Morirían asfixiados —sugirió el joven alemán.
—Lo dudo, más parece una masacre protagonizada por el ejército de Subbiluliuma, una acción de guerra dirigida a destruir la ciudad y a matar a todos sus habitantes. Estamos ante la evidencia de lo relatado en las cartas de Winckler, en la tablilla que nosotros mismos desenterramos en Huyuc, en el jeroglífico del Archivo General de Historia Antigua de El Cairo… todo lo que hasta ahora hemos aprendido nos habla del poder de los hititas. Ante lo que estamos viendo aquí debemos concluir que este poder era real, que no fue un artificio para hacerse respetar, que el faraón hereje, Akhenatón, no estaba equivocado cuando pidió a Subbiluliuma el secreto de su arma invencible y que él mintió cuando le respondió que esa tal arma no existía.
—Pero, ¿cuál era el arma? —inquirió Frank—. Además, ¿qué vino a buscar aquí Subbiluliuma? ¿Acaso no era algo que necesitaba para seguir siendo poderoso?
El judío contuvo la respiración, el silencio sólo era interrumpido por el leve chasquido de las antorchas, mientras que su ayudante soportaba su mirada penetrante e inmóvil por un tiempo que le pareció una eternidad.
—*¡Inki Ttanni!* —gritó finalmente el viejo eufórico—. Creo que lo tengo. *Inki Ttanni.* ¡Claro! Salgamos, quiero enseñarte algo.
Caminaron deprisa hacia la bocana del santuario. Köerting iba primero, exaltado, mientras su discípulo lo perseguía.
—¿Qué tengo que hacer con lo que hemos encontrado? —preguntó en la lejanía Mustafá, que se había quedado rezagado.
—Recógelo y mételo en los baúles, salvo los restos humanos, y luego cierra la entrada con la misma roca.
El exterior les recibió con un tiempo desapacible y lluvioso. En el campamento apenas quedaba nada en pie. La mayoría de las personas ya se habían largado y casi todos los vestigios encontrados habían salido en cofres a un lugar seguro de Damasco.
Llegaron hasta la tienda de campaña donde solía trabajar el profesor y se sentaron junto a una resma de papeles garabateados.
—Puede que tengas razón, Subbiluliuma vino para robar a Istanu.
—¿Istanu? Me pareció entender que Istanu era un dios. Usted mismo me dijo que se le mencionaba en la inscripción en *boustrófedon* del pilar de entrada de la ciudad.
—Eso pensaba yo hasta hace un instante. ¿Cómo no me he dado cuenta antes? —se reprochó el viejo—. Los mitanni conocerían a Istanu por los hurritas, para quienes era uno de los dioses más importantes, el dios del Sol. Istanu era a su vez una derivación del dios Anu, el dios sumerio del Cielo, es decir, una divinidad de una

enorme tradición en esta región, pero ninguno de ellos tenía que ver con el Istanu mitanni.
—Lo siento pero no le entiendo.
—Los mitanni habían oído hablar a los heteos de *Inki Ttanni* como algo temible y poderoso y ellos lo tradujeron como Istanu, o sea simplemente adaptaron una expresión parecida que usaban los hititas al nombre que ya usaban los hurritas.
Grauben trataba de enlazar ideas pero el profesor iba como un bólido.
—La fortuna que dio el *Inki Ttanni* a los hititas hizo creer a todo el mundo que se trataba de un dios poderoso. Tal fue su fama que llegó a oídos del joven faraón Amenofis IV y casi cambia el curso de la historia. Amenofis comprobó espeluznado que Istanu, el mismo que para los hurritas se representaba como el Sol, hacía todopoderosos a los hititas, de forma que creyó que el disco solar era la Divinidad Suprema, la que daría a su pueblo la hegemonía absoluta…
El profesor resollaba agitadamente.
—…por lo que decidió renegar de su propia religión y convertirse en Akhenatón, el faraón hereje.
—Pero eso es… increíble —balbució el joven—. Eso significaría que toda la revolución de Akhenatón no fue sino una terrible equivocación.
—Una confusión, un error de un faraón maniático y poderoso que, cegado por las temibles historias que oía acerca de Istanu, se empeñó en cambiarlo todo, en enterrar todas sus tradiciones y en someter a su pueblo a la creencia de un nuevo y único dios.
—¿Y pasó entonces toda su vida equivocado?
—Es posible que no, es posible que con el paso del tiempo se percatara de que las cosas no eran como las había imaginado, que Istanu no era un dios, sino algo físico, algo que hacía invencibles a los díscolos hititas, que no paraban de ampliar sus fronteras, pero entonces ya era demasiado tarde, rectificar hubiera significado reconocer ante todos su error, lo que para un supuesto descendiente divino como él era tanto como decirle a su pueblo que no merecía el puesto que ostentaba. Probablemente en aquel momento decidió cambiar la estrategia concentrando toda su energía en obtener el Istanu: escribió cartas a Subbiluliuma reclamándoselo e incluso aceptó casarse con una súbdita de Nuhassé, seguro de que de ese modo estaría más cerca de conseguirlo.
—¿Conseguir el Istanu? —Frank estaba desconcertado.
—Recuerda la transcripción del texto de la puerta principal de la ciudad:

Dichoso aquel que a esta ciudad se acerque como amigo y para rendir culto a nuestros dioses y en particular para respetar a Istanu, nuestro gran protector. Maldito sea el que nos visita para romper nuestra tranquilidad o

para incordiar a Istanu.

—¿Te das cuenta? —continuó el viejo—. A los dioses se les rinde culto, pero a Istanu se le respeta, no se le incordia, se le deja tranquilo reposando en la tierra.

—Pero, ¿qué es el Istanu?

—Es la acepción mitanni de la expresión hetea *Inki Ttanni*,es decir, «El soldado del fondo de la Tierra». El Istanu procede de la Tierra; posiblemente se trate de un potente mineral que, tratado de un modo especial, resulte mortífero. Los hititas, que eran expertos en metalurgia, lo habrían conseguido y fue eso lo que les convirtió en poderosos.

—¿Un mineral? —Grauben no daba crédito a lo que oía—. ¿Qué mineral puede convertir a un ejército en indestructible?

—No lo sé. No sé nada de minerales, pero alguno habrá que sea capaz de arrasar campos y ciudades, de aniquilar enemigos sin piedad.

—En ese caso sería conocido ahora.

—Tal vez sea muy escaso, extraordinariamente escaso.

Grauben negó incrédulo.

—¿Cómo explicas entonces que Subbiluliuma alcanzase el éxito que alcanzó —continuó el viejo—, que no conociese la derrota en toda su vida, que todos le temiesen y le respetasen?

La imaginación de Köerting se había desatado.

—Todo esto parece muy extraño —opinó Frank—. Además, no veo relación entre el *Inki Ttanni* y Nuhassé.

—Era de aquí de donde sacaban este extraordinario mineral. Los hititas buscaban mineral de hierro, pero descubrieron que junto a él había otro enormemente poderoso que sólo se hallaba aquí. Entonces mostraron su interés a Dushratta. Es posible que el rey advirtiese que podía beneficiarse del comercio de aquellos terruños que sus vecinos del norte le reclamaban, aunque no podía imaginar con qué fin, ya que ellos no dominaban el arte de la fusión de metales. Aun así, seguramente el monarca les ofreció astutamente su canje por algo de más valor para ellos y de ese modo se inició la prosperidad en Nuhassé.

El profesor deambulaba de un lado a otro con las manos atrás mientras Frank lo miraba sin pestañear.

—Transcurrido un tiempo, los hititas empezaron a venir regularmente a por sus cargamentos de *Inki Ttani* o *Istanu* dependiendo de quien lo mencionase. Durante años, carros hititas tirados por bueyes venían al *Kârum* de esta ciudad desde su capital Hattusas en busca de «soldados de la tierra».

Köerting se paró frente a su ayudante y le agarró por los hombros para enfatizar lo que le decía.

—Un día, Dushratta oyó hablar de un ingenio hitita que les hacía

invencibles, que destruía cuanto tocaba y sospechó que el mineral que con tanto afán se llevaban sus vecinos del norte tendría algo que ver con el misterioso artilugio… y entonces decidió chantajearles. Tal vez incluso les amenazó con interrumpir su venta si no le daban lo que él quería.
El judío se sentó y empezó a rastrear entre los papeles mientras continuaba con su disertación.
—La actitud del ambicioso Dushratta enojó al Gran Señor de la Escalera, que vio peligrar su hegemonía por la falta de su preciado material, de suerte que decidió atacar Nuhassé. Dushratta lo supo con el tiempo justo para escapar y dejar a su pueblo abandonado.
Levantó la cabeza y respiró hondo.
—El ejército mitanni sin su rey, sabedor de que Subbiluliuma se acercaba a Nuhassé, decidió no esperar agazapado sino batallarlos a campo abierto. Ésa es la razón por la que no encontramos ningún rastro de batalla aquí. Las huestes hititas aniquilaron a los soldados mitanni cuando éstos se interpusieron en su camino. Pero Subbiluliuma llegó al fin a las puertas de Nuhassé con su última dosis de guerra y la aplicó a su inocente pueblo, huérfano de ejército, recluido en su templo, encomendado a sus dioses y desheredado de su rey.
—De manera que el Istanu pudo haber sido la razón de la prosperidad de los mitanni y también la de su desaparición.
—Sin duda, durante un tiempo, el Istanu fue adorado como un dios; sin embargo, entre tanta gente contenta y agradecida por las riquezas que este comercio les estaba proporcionando, hubo alguien que pudo imaginar las desgracias que les acarrearía. No fueron ni los comerciantes, ni la nobleza, que se beneficiaban de tan promisorio negocio, fue el clero quien dio la voz de alarma.
Sacó por fin un pergamino amarillento que le mostró a su ayudante. Era un papel de trabajo, lleno de rayajos, bajo los cuales podía leerse:
MALDITO ISTANU, TU NOS DISTE LA VIDA Y NOS LA QUITARÁS. MALDITO SEA POR TODOS LOS TIEMPOS QUIEN DE TI SE APROVECHE PARA EL MAL.

—¿Es la transcripción de alguna tablilla del *Kârum*? —preguntó Frank. —No, quien escribió esto quería que todo el pueblo tuviese presente su funesto mensaje, que todos se sintieran amenazados por su contenido y lo hizo grabar en la piedra de las paredes del gran templo.

—¿Esto está escrito en el muro del templo?
—Junto a la puerta principal.
—¿Cómo puede ser que ni yo mismo lo haya visto?
—Querido Frank, hay dos motivos por los que nadie ha reparado en

este grabado. El primero es que, después de tres mil quinientos años de silencio y desprecio, hasta las piedras parecen querer guardar

sus secretos y tienes que mirarlas de un modo especial para desenmascararlos, y en segundo lugar, porque hubo alguien, alguno de los verdugos del último reducto de hombres, mujeres y niños de Nuhassé que, tal vez por superstición, quiso borrar con su espada la maldición y casi destruyó el mensaje.

—No puedo creer que algo así me haya pasado desapercibido delante de mis propias narices —se reprochó— y, ¿quién cree que pudo ser el autor de tan funesta profecía?

—Pudo ser el sacerdote principal de este templo; es posible que una simple tablilla de barro con escritura cuneiforme no le pareciese suficiente advertencia ni tampoco asaz duradera. Los monjes eran por lo general abnegados, célibes servidores de la divinidad y despegados de los placeres terrenales. Ante la abundancia de sus conciudadanos ricos pudo intuir el terrible final de la ciudad.

—De modo que el temible Istanu no es más que un mineral. —Un fruto de la Tierra.

Mustafá entró con la cabeza descubierta y el pelo desordenado. Había

anochecido y ya habían encastrado la piedra de entrada al santuario, encajonado los objetos encontrados y guardado en sacos los azadones, cuchillos, cepillos y pinceles junto a todas las herramientas de trabajo.

Los últimos operarios esperaban ansiosos su estipendio final antes de marcharse definitivamente.

—Ten el dinero, es lo último que tenemos —le dijo el maestro—, así es que trata de repartirlo de forma que nadie quede descontento.

Mustafá lo tomó con los ojos refulgentes como perlas, su rostro no ocultaba la tensión de la despedida.

—¿Cuándo salimos para Damasco? —preguntó antes de salir.

—Tan pronto como echemos el último vistazo a la explanada. Tenemos un largo camino y vamos a intentar tomar a la mayor brevedad el barco de regreso en Beirut.

—Siento una vez más no poderles alojar en Damasco.

—No tienes por qué hacerlo; además, tampoco valdría de nada quedarse en Damasco. Nosotros estaremos el tiempo justo para contratar a alguien que nos lleve junto con todos estos cajones a Beirut y desde allí partiremos lo antes posible hacia Europa.

Cuando se quedaron otra vez solos, Frank tomó de nuevo el papel con la transcripción y se quedó pensando en su significado.

—Yo no soy especialista, pero juraría que no se conoce ningún mineral que pueda actuar como artefacto poderoso en una guerra.

—Es posible que sea un mineral extremadamente raro y escaso. Los hititas tenían conocimientos de metalurgia muy avanzados, sabían calcinar metales en crisoles para obtener sus armas o sus adornos, manejaban el cobre y el hierro e incluso forjaban grandes piezas de

metal para sus carros de guerra.
—De acuerdo, pero por aquí cerca no se explota ninguna mina que yo sepa.
— Pero las hubo. Sabemos que Alepo fue famosa por sus minas de hierro en la Antigüedad, en los textos hititas hay muchas referencias a yacimientos de mineral o incluso explotaciones mineras por esta región como Haburata, Washamia o Tismurna, que no somos capaces de situar en el plano, ni tampoco aseverar cuál era el mineral que explotaban. No olvides que estamos en una región minera, recuerda lo que nos contó Mustafá de las multinacionales que pretenden empezar a explotar yacimientos al sur de Alepo. Este país tiene su terruño preñado de minerales.
—Busquemos esas minas antes de partir; no necesitamos a nadie, sólo nosotros dos. Podemos aguantar varias semanas durmiendo en la tienda y comiendo algunos víveres.
—No se trata de localizarlas. Para empezar, no sabemos nada de minería y difícilmente sepamos cómo indagar y, en segundo lugar, me temo que quedarán pocos vestigios visibles de las explotaciones. Si tanto daño hicieron es más que posible que alguien se ocupase de destruirlas u ocultarlas para siempre.
—Habrá rastros en algún sitio, restos de actividades metalúrgicas. — Estoy seguro de que no era aquí donde trataban las materias primas. En aquella época, la industria de la metalurgia era una actividad considerada como alto secreto de estado. Como los maestros vidrieros en la Edad Media o los especialistas en armamento en la actualidad, se obligaba a los verdaderos expertos, en este caso a los peritos fundidores, a vivir confinados en sus lugares de trabajo, sin más contacto con el exterior que los esclavos que utilizaban para desplazar las piedras y la leña hasta los crisoles. Se trataba de una industria completamente confidencial y estratégicamente situada. Estoy seguro de que toda la transformación del mineral en metal se hacía cerca de la capital, Hattusas.
—¿Significa eso que deberíamos volver allí?
—Será nuestro próximo destino.
Era el 4 de abril de 1939. Frank recorrió por última vez las ruinas de la ciudad escondida a la humanidad por docenas de siglos. Nuhassé era como el cadáver al que el médico no había podido salvar, el cuerpo yerto de su derrota. Sus piedras frías habían perdido su palidez y se mostraban desconfiadas a su paso. Nada le hacía pensar que volvería algún día. Sin apenas recursos, con unas perspectivas de ayudas casi nulas, con un mundo que anunciaba guerra y destrucción y con un maestro que creía haber llegado a exprimir todo lo necesario de aquel lugar inhóspito, lo más seguro es que aquéllos fuesen sus últimos minutos en el antiguo reino de Dushratta.

Sus ojos se detuvieron en la piedra que volvía a tapar la entrada al gran templo. Recordó lo que vio dentro y su mente se disparó a reproducir cómo sucedieron los hechos. Imaginó al pueblo aterrorizado en el interior y a los ejércitos de un sanguinario Subbiluliuma segando todo indicio de vida. Por su mente desfilaron niños desvalidos, madres horrorizadas, reyes cobardes, sacerdotes impotentes y soldados desalmados. La crudeza del fragor de los hechos y la naturalidad irrespetuosa con la que se habían conservado las escenas de aquellos días le estremecieron el alma.

Junto a la gran puerta monolítica, a pocos metros del entonces bullicioso *Kârum*, encontró a Mustafá absolutamente compungido y abrazado al profesor. Lloraba azarado como un niño y no paraba de maldecir su suerte por la fatalidad de separarse del viejo. Köerting, poco acostumbrado a este tipo de escenas, aguantaba el tipo serio y un poco incómodo. De vez en cuando le palmeaba la espalda y le decía en voz baja que aún quedaba un día de estar juntos y que, además, seguro que la vida les uniría en el futuro.

El sol ensangrentado rayaba el horizonte entre un amasijo de nubes rojas de formas voluptuosas. La tierra rezumaba sed de vida, justo cuando sus únicos ocupantes estaban a punto de marcharse. Partirían los tres para Damasco en el auto que les trajo cinco meses antes, con apenas los últimos restos encontrados y sus propias maletas de viaje.

21

Oeste de la cordillera del Cáucaso (Turquía), 23 de febrero de 1994 —No permitiré ningún error más —aseveró el Lobo Gris clavando su mirada perversa en su interlocutor—. Habéis hecho demasiado ruido y, ¿qué tenemos? Absolutamente nada.

—No había más remedio, mi sultán —respondió el *Sipahî*[50]—. El alemán nunca habría colaborado y, además, sabía demasiado, soltarlo hubiese sido una temeridad.

—Dos muertos en menos de dos meses —gritó— y los dos envenenados, los dos profesores de arqueología de la Universidad de Munich, ¿no crees que estamos dando demasiados motivos a nuestros enemigos para que intervengan? ¿Crees que son tan estúpidos que van a cruzarse de brazos a esperar que se cumplan nuestros planes?

No hubo respuesta, el oficial sabía lo que se jugaba. El Lobo Gris estaba furioso, tan furioso como cuando mandó matar a tres familias completas porque sospechaba que alguna de ellas había robado un cajón de fruta del camión que traía los víveres al campamento.

—Vosotros no comprendéis nada, el trabajo que nos ha costado llegar hasta aquí, la cantidad de gente que está esperando a que actuemos...

—Sabemos dónde buscar, mi sultán, nuestro enlace nos ha ratificado que Heinrich Mayer consiguió contactar con un hombre, un español, al que entregó las claves —repuso el *Sipahî*.

—¿Hace una semana era otro profesor alemán y ahora es un español? ¿Estáis seguros de que sabéis el suelo que pisáis? —interrogó con enfado el Lobo Gris.

[50] Como se ha dicho, nombre que usaban los oficiales en el antiguo Imperio otomano.

—Ese tal Heintz resultó ser una pista falsa. Su predisposición a declarar ante la policía nos confundió, pero registramos su despacho y allí no hay nada que nos interese. Además, Markus ha obtenido la información de la fuente más fidedigna.

—¿Markus?

—Markus Alkaç, el agente infiltrado en la Brigada Antiterrorista. —¿No fue ése acaso el que estuvo al acecho el día de la Convención

por si había algún contacto?

—Sí, pero aquel día no vio nada. La información que tiene ahora es clasificada. El director de la Brigada Antiterrorista, un tal Roeder, hizo poner un micrófono en la morgue para ver si la hija de Mayer hablaba y

vaya si lo hizo. Se encontró con el español y estuvieron hablando un buen

rato. Tenemos la transcripción de la conversación completa. —¿La

Brigada Antiterrorista está tras este asunto? —gritó—. ¿Sabéis lo que eso significa?

El Lobo otomano salió del complejo refugio a respirar aire fresco y sus oficiales salieron tras él. Desde fuera se quedó avistando las sofisticadas defensas antimisiles del campamento y los sistemas de barrido de ondas para permanecer ajenos a todo sistema de rastreo por radar o GPS. El cielo era un manto gris denso e inmóvil, todo cuanto había en la superficie había sido cuidadosamente construido para permanecer camuflado a satélites y fuerzas armadas, hasta las lanzaderas de misiles para defensa se asimilaban a simples ramas de árboles caídos. Pero bajo aquel desolado paisaje había todo un mundo subterráneo, un complejo entramado construido durante años por los fieles a la causa del panturquismo[51] y del resurgimiento del glorioso Imperio otomano, entre los que no faltaban arquitectos e ingenieros. Con ese único objetivo se había construido. —Estamos en la recta final. Esta vez no podemos fallar, necesitamos a Istanu.

Los *Sipahîs* escuchaban en silencio y en posición de firmes. Cansado, se frotó los ojos y a su mente llegaron recuerdos de sus años de juventud en Irán, del impacto de la pobreza junto a la opulencia, de su lucha en el Frente Nacional hasta conseguir la ley de nacionalización del petróleo, de su huída cuando el Sha impuso su régimen autoritario…

[51] El panturquismo consiste en la reivindicación de un estado turco situado entre el mar Negro y los desiertos de China. Es, pues, un anhelo imperial de unión de los antiguos pueblos otomanos. En su origen fue impulsado por el tártaro crimeano Ismail Bey Gaspir, pero luego derivó en una variante del nacionalismo integrista.

Ahora todo era mejor, al menos en Irán, donde la revolución había triunfado hacía quince años. Lamentablemente, su país seguía siendo un lugar hostil, sometido a la voluntad de las malditas fuerzas occidentales, empeñadas en mantener el control sobre todos los pueblos, en impedir la gloriosa unión de todos los turcos, en imponer su fuerza en países con una larga historia, desdeñando sus tradiciones y sus costumbres, tratando de remodelarlos a su propio albedrío.

Pero él había jugado bien sus cartas, sabía que para mantener la Organización, para preparar la lucha y para ganar la batalla, no sólo era necesaria una marea humana dispuesta a darlo todo, también necesitaban dinero, dinero para alimentos, dinero para armas, dinero para investigación.

—Alá, en su inmensa justicia, nos ha dado el más preciado tesoro —decía—, el fruto del terruño más rico de toda la Tierra, el petróleo iraní, armenio, kurdo, yemení…

El oro negro, tan abundante bajo el subsuelo otomano, había sido la salvación de muchos de sus pueblos, y algunos de sus hombres poderosos, sabedores de la importancia de apoyar al sultán, hacían lo imposible para desviar una parte de sus pingües beneficios a sostener su justa causa.

Ésa era precisamente la principal misión de sus *Berlerbegs*, embajadores en la sombra, personas que se relacionaban con hombres de gran influencia en sus países y que participaban efusivamente del ideario del Lobo Gris, el gran sultán destinado a rememorar las hazañas de Solimán el Magnífico.

Más tarde surgió el asunto de cómo preparar la batalla final. —Necesitamos armas, armas vigorosas y efectivas que puedan destruir los órganos de poder corrupto, los puntos estratégicos, los medios de comunicación, las carreteras de escape… —le dijo hacía tiempo el gran *Sipahî*, comandante en jefe de sus ejércitos.

El Lobo Gris sabía que era así, sabía que aunque muchos de sus acólitos eran policías o soldados en diversos países, que aunque podía comprar tanta artillería y munición como quisiera en los mercados negros, esas armas no eran suficientes, necesitaban algo más.

Sergei Kurchov, el director de su gabinete científico, le propuso entonces una idea.

—Produzcamos combustible nuclear.

—¿Y eso para qué vale?

—Ésa es la base del mayor y más mortífero ingenio jamás conocido, la bomba atómica.

El sultán entornó los ojos complacido.

—Una cantidad de uranio 235 del tamaño de una pelota de béisbol, adecuadamente concentrada, producirá una explosión equivalente a veinte mil toneladas de TNT —aseveró Sergei Kurchov.

Se inició en aquel momento un gran proyecto, un proyecto vencedor con el firme objetivo de conseguir la masa supercrítica, pensado para cambiar el mundo y para relegar el control de las potencias opresoras.

Los primeros pasos se contaron por éxitos; habían conseguido fabricar agua pesada, tenían todos los medios y la tecnología para construir un reactor nuclear que les permitiese lograr un residuo de plutonio, pero en poco tiempo las cosas empezaron a complicarse.

Por un lado, la complejidad de las siguientes fases del proceso requería la intervención de multitud de equipos, el enriquecimiento del mineral radiactivo necesitaba especialistas de alto nivel provenientes, en gran parte, de la antigua Unión Soviética, científicos sin escrúpulos, mercenarios del dinero que podían terminar

vendiéndose al mejor postor y que, por tanto, podrían desvelar tarde o temprano el paradero de la planta y los planes urdidos por el Lobo Gris.

Aun así, la principal dificultad era obtener suficiente uranio en un mercado absolutamente controlado por las grandes potencias. Con los métodos de enriquecimiento que tenían a su alcance, incluida la construcción de un reactor nuclear propio, tardarían años y años en conseguir la masa crítica, la cantidad mínima capaz de producir la reacción en cadena necesaria.

—Demasiado tiempo —aseveró en su día el Lobo Gris cuando decidió desistir del proyecto.

Tras varios años de esfuerzos denodados y de grandes dispendios abandonaron la idea nuclear.

Sin embargo, en aquel tiempo se abrió una nueva puerta a la esperanza. El profesor Talú le habló del Istanu, un arma formidable capaz de destruir todo lo que tocaba, cuyo poder era infinitamente superior al del uranio y que con él conseguirían más fácilmente su objetivo.

El catedrático emérito lo convenció para dirigir un potente laboratorio dedicado exclusivamente al estudio del arsénico, del que sabía que provenía el poderoso tóxico. Estaba obsesionado con reproducir en el laboratorio lo que sus ojos habían visto en la realidad: «Debe tratarse de una rara variedad de arsénico inorgánico —le había dicho al Lobo Gris en una ocasión—, una singular mezcla de arsénico con otros elementos que lo convierten en el destructor más voraz jamás conocido.»

Los primeros experimentos tuvieron un discreto éxito. Lo aplicaron en un país tan alejado y fuera de sospecha como Bangla Desh, donde consiguieron introducir una buena dosis de ponzoña en algunos manantiales, provocando cientos de víctimas.

A pesar del alto grado de sofisticación que iban obteniendo en la preparación de potentes venenos, estaban muy lejos de obtener el Istanu, del que no conocían ni su fuente ni su elaboración.

Entonces supieron que un científico occidental llamado Heinrich Mayer estaba tras la pista del verdadero Istanu, el que halló Köerting dentro de un arca cincuenta años antes. Sólo había un problema, parecía confirmarse que el viejo judío lo había guardado tras estúpidos mensajes cifrados.

Hacía meses que habían enviado a dos de sus mejores hombres a recuperar el extraño jeroglífico que permitía encontrarlo, al tiempo que habían movilizado a todos sus enlaces en Europa, pero las cosas se estaban complicando más de lo esperado.

—¿Un español? —preguntó mostrando un asco incontenible.

—Un profesor o algo así que conocía al alemán, mi sultán. Aunque

conocemos su nombre aún no tenemos su rostro. Vamos a contactar con algún colaborador en España para...

—Un mosquito comparado con sus predecesores —interrumpió indignado—. Atrapadlo y procurad que su muerte sea tan lenta que no tenga más remedio que entregarnos lo que nos pertenece.

22

Madrid, 25 de febrero de 1994

Aquel viernes debía haber ido al trabajo, pero una fuerza sobrehumana le pegó a la cama, como una lapa se adhiere a la roca. Cuando los primeros rayos del día penetraron en su buhardilla trató de abrir los ojos y activar su cuerpo transido, pero no le quedaban suficientes energías. Había descansado plácidamente, había dormido sin interrupción durante bastantes horas. Fue un sueño profundo y pesado, tanto que se despertó con la sensación de haber atravesado las más oscuras e inhóspitas fosas marinas. Había sido un larguísimo viaje de vuelta, una prolongada travesía hacia el lugar del que nunca debió salir, un encuentro con sus papeles secretos, rescatados de la clandestinidad y la ignorancia, entregados a hurtadillas con el temor de ser desvelados y la consigna de no ser revelados absolutamente a nadie, destinados a salvar a no se sabe quién, llenos de guiños, de advertencias y amenazas ocultas.

En el avión de regreso devoró *The Land of the Hitites* de John Garstang, buscando en cada recodo una pista que le permitiese relacionar aquel libro con el endiablado asunto que traía entre manos.

Desde Alemania aún tuvo tiempo de llamar a Rosa para decirle que regresaría al día siguiente y también de avisar a Bermudo de que acudiría el viernes a su trabajo y éste, como siempre, se mostró como el padre que espera ansioso el regreso de un hijo extraviado. Al hablar con Bermudo, supo que Heinrich le había llamado al trabajo el mismo día que salió para Alemania y que, ante su insistencia, le dio el nombre del hotel donde se alojaba en Colonia.

—No sé si habré hecho mal, pero es que fue muy pesado —le dijo Bermudo.

—Está bien, no te preocupes —respondió Pablo con un nudo en la garganta y sin querer entrar en más detalles.

Llegó a su casa entrada la madrugada, una noche de gatos pardos. Tan sólo el reflejo constante y monótono del luminoso colocado en la azotea aportaba algo de vida a su estudio.

Pasaron algunas horas antes de que tuviera conciencia de la situación y fue entonces cuando pudo percatarse de que sus fuerzas estaban extintas. Todavía en duermevela notaba sus piernas y sus brazos como pesados lingotes de acero y los párpados se rendían a la fatiga.

Cuando sonó el timbre habían pasado ya algunas horas de letargo y el día se encontraba en su cenit. Nada más abrir los ojos tuvo un presentimiento, hasta pudo percibir un perfume familiar que inundaba su pituitaria dándole la bienvenida.

«Rosa», caviló.

Saltó del catre antes de que volviese a oír la llamada, seguro de encontrarla en el descansillo de la escalera, con su sonrisa ingenua y su mirada cariñosa.
Sin embargo... al abrir la puerta, un puño de acero le impactó en la cara como un obús. Cayó al suelo de bruces perdiendo el conocimiento, igual que un saco de patatas.
Lo siguiente que podía recordar era un terrible dolor de cabeza y el tacto gélido de una bolsa de hielo apoyada sobre su párpado amoratado y reventón. Con el otro ojo apenas pudo ver a Rosa que, sentada en su propia cama, le arrullaba con dulzura mientras le cambiaba la bolsa fría.
—¿Qué ha pasado? —le preguntó con voz entrecortada.
—No lo sé —respondió ella con un halo en la sonrisa que no podía ocultar el reencuentro—. ¿Le debías dinero a alguien?
Pablo negó con la cabeza y notó como si el cerebro se le hubiera descolgado del cráneo y rozase dolorosamente con él.
—¿En qué líos estás metido? —susurró mientras le acariciaba suavemente la frente.
—¿Cuándo has llegado? ¿Qué me han hecho?
—Eres un chico con suerte, ya te he dicho muchas veces que yo soy tu ángel de la guarda, a mi lado siempre estarás protegido.
Tragó saliva y hasta eso le resultaba molesto.
—Creo que he llegado apenas un minuto después que esos dos ladrones. Pensaba que hoy irías a trabajar, pero como no estaba segura, decidí pasarme por aquí antes de mi siguiente clase de violín. Al llegar al rellano te vi tumbado junto a la puerta abierta y oí ruidos dentro, así es que empecé a gritar como una histérica. No tardaron ni diez segundos en salir, como alma que lleva el diablo, sin reparar ni en ti, ni en mí, que me había escondido en el descansillo de la azotea por miedo a que me viesen y me atacasen.
—Eres un cielo.
—¿Qué buscaban esos hombres? —preguntó con sus ojos color canela ligeramente enrojecidos por un llanto contenido.
—Es una historia muy larga que te contaré con pelos y señales tan pronto como me recupere, pero ya puedo asegurarte que me has salvado la vida.
Rosa levantó la bolsa de hielo para examinar las secuelas del golpe.
—Salvarás el ojo, aunque es posible que pases unos días con una gran inflamación.
A duras penas consiguió incorporarse para comprobar el estado de su apartamento. Los intrusos no habían tenido apenas tiempo para saquearlo, pero aun así, habían actuado de un modo salvaje. Los libros y adornos que llenaban las estanterías estaban ahora en el suelo y algunos hechos añicos, unos cuantos cajones abiertos, su ropa

desparramada por el piso y las puertas de los armarios abiertas.
—¿Se llevaron lo que buscaban? —Rosa enfatizó el final de la pregunta dando a entender que esperaba que le explicase de qué se trataba.
—Creo que no —respondió levantándose con el refrigerativo en su frente—. Al menos no todo; para empezar, me buscaban a mí y de momento no me tienen.
Se dirigió tambaleante al cuarto de baño y salió de él con la bolsa de viaje de la que apenas se había separado en los últimos días.
—Lo que buscaban, aparte de a mí, está aquí dentro. Esta madrugada llegué que no podía aguantarme, y como entré en el baño con la bolsa, allí se quedó.
Abrió la cremallera y comprobó que todo estaba intacto, incluida la ropa zarrapastrosa y arrugada.
— ¿Conoces este libro? —preguntó mostrando el ejemplar de *The Land of the Hitites*.
—No lo había visto en mi vida. Pero, ¿tan importante es que hay alguien dispuesto a agredirte y allanar tu vivienda para conseguirlo?
El joven sonrió sin que su gesto pudiese enmascarar una inmensa pena.
—Lo he leído y te juro que no he visto nada que me llame la atención. En todo caso, debemos buscar un ejemplar con este mismo título de una segunda edición publicada en 1950. Tenemos que encontrarlo, aunque para ello haya que rastrear bibliotecas y coleccionistas privados.
—Y si hay que buscar otra edición ¿por qué querían quitarte ésta?
—Es una historia muy larga, que prometo contarte, pero buscaban algo más, unos papeles importantes que me entregaron, digamos que, en custodia. Lo más importante ahora es desaparecer de aquí, ya que no sé cómo se han enterado de dónde vivo. Tengo que irme. Creo que me iré unos días al apartamento de mi tía hasta que esto se tranquilice un poco.
—¿Al apartamento? Allí no tienes ni muebles.
—Ya me apañaré. Sobre todo debemos ser muy cautos y asegurarnos de que nadie nos persiga.
—Sólo dime una cosa, ¿has hecho algo malo?
Pablo esbozó una sonrisa efímera y abrazó fuertemente a Rosa, que se acurrucó entre sus brazos.
Las horas siguientes fueron frenéticas. Pablo, convaleciente de su ojo, telefoneó a Bermudo para inventarse otra excusa y así dejar su incorporación hasta el lunes siguiente. La conversación fue fría y distante; se diría que ambos estaban un poco cansados de la situación, de las quimeras y de las ausencias, que el final había dejado de ser un presagio para convertirse en una realidad palpable y cercana, que la

herida había estado demasiado tiempo abierta sin que cicatriz alguna hubiese evitado la hemorragia. Al colgar, tuvo la sensación de que ya no tenía empleo sin saber si lo había perdido o lo había dejado.

Rosa se había marchado a su clase de violín. Habían quedado en verse en una cafetería de la calle San Bernardo hacia las once.

Pablo salió de su apartamento con una maleta y una mochila y entró en la estación de metro, pero temiendo que podía ser perseguido, lo tomó en dirección contraria hasta Tirso de Molina, y una vez allí aprovechó el último segundo de la parada para apearse.

Entonces, salió a la calle corriendo y cogió un autobús en dirección a Cuatro Caminos, no sin antes asegurarse de que nadie extraño había entrado tras de él.

«No me siguen», pensó.

En la calle Guipúzcoa conocía un sitio donde hacían traducciones a precios muy asequibles. Era un negocio modesto que atendía una señora entrada en años, que desde su silla giratoria miraba a los clientes por encima de sus estrechas gafas de cerca, un lugar que él había utilizado algunas veces para traducir asuntos profesionales relacionados con la metalurgia. Sacó de su mochila unos papeles y se los enseñó.

—Quisiera traducir esto del alemán —le dijo.

Eran hojas manuscritas por él, donde había reproducido con la mayor precisión lo expresado en la carta original que Güttec había dejado escondida en el merendero del parque de Munich. El documento auténtico lo conservaba en su morral.

La señora ojeó el trabajo y sacó del cajón una hoja que presumiblemente contenía las tarifas. En unos segundos evaluó el coste y, como de costumbre, no hubo discusión, aunque Pablo siempre tenía la impresión de que la cantidad estaba abierta a la negociación.

—¿Cuándo podré tenerlo? —fue su única objeción.

—Hoy es viernes. Ven el miércoles —contestó la señora dándose importancia.

—Es demasiado tarde. Hágame el favor de tenerlo para antes, al fin y al cabo son un par folios y es un trabajo muy urgente.

La dependienta volvió a mirar los papeles como si entendiese algo de lo que en ellos había escrito y antes de que pudiera pronunciarse se le anticipó su interlocutor.

—Si el traductor pudiese tenerlo hoy, tal vez podría hacer el trabajo en el fin de semana —dijo con el gesto más tierno que pudo componer, a lo que contribuía notablemente su ojo morado.

Hubo unos segundos donde ambos se quedaron mirando sin mediar palabra. La dependienta debió apiadarse de su patética imagen, con una sonrisa ingenua y el ojo maltrecho.

—Porque eres un cliente habitual —refunfuñó—, pero esto no lo hago

con nadie —añadió, mientras descolgaba el teléfono—. Ven el lunes al mediodía y lo tendrás.
Salió de aquel garito brincando sin importarle el dolor que se resistía a abandonar su cabeza, y recorrió la calle de los Artistas poseído por un inexplicable conjuro de felicidad y armonía.
Eran las diez y media. Tenía el tiempo justo para dejar su equipaje en el apartamento deshabitado de su tía y acudir a su cita con Rosa. El día se presentaba ventoso bajo un cielo nacarado. En Bravo Murillo, un bullicio escurridizo se afanaba en salir y entrar de tiendas de saldos y oportunidades. Entre tanta gente se sentía inseguro, incapaz de librarse del presentimiento de no estar solo, de estar siendo observado por alguien.
Anduvo deprisa y sin detenerse hasta la calle del Limonero y al entrar en el portal se topó con el buzón. Llevaba semanas sin recoger su correspondencia; de hecho, hacía varios meses que no había escrito ningún artículo nuevo, de esos que firmaba como «Subbiluliuma» y, aun así, encontró algunas cartas. No podía entretenerse, así que las cogió y las subió al apartamento junto a la mochila y la maleta.
Cuando abrió la puerta, un fuerte olor le atizó el rostro. Era el hedor de la clausura y el olvido, olía a tristeza y a abandono. Abrió la ventana para ventilar un poco y la luz irrumpió tímida y desconfiada.
Recorrió con la vista el panorama desolador, una mesa con su flexo, una silla, un colchón y una cocina destartalada .
—Mi nuevo hogar —coligió—. Es perfecto.
Sin tiempo que perder, bajó a la calle y tomó un autobús en dirección a la calle San Bernardo, donde había quedado con Rosa.
Llegó tarde, o al menos eso fue lo primero que le recordó ella, pero lo hizo de un modo que más que una reprimenda parecía un descargo, e inmediatamente después pasó suavemente sus dedos por la hinchazón amoratada del ojo con una dulzura infinita.
—Bueno, ¿me vas a contar todo lo que te pasa o no?
—Claro, pero ahora tenemos que hacer algo importante. ¿Podrás disponer de tu coche?
Rosa tenía un utilitario desvencijado que compartía con su único hermano.
—¿Ahora? ¿Dónde se supone que quieres ir?
—A Toledo, es muy importante. Dime que puedes coger el coche.
—Me estás volviendo loca. Se supone que tendremos que tener un rato para que me expliques de qué va todo este lío.
—Te lo explicaré durante el trayecto. Es perfecto, así cuando lleguemos a Toledo estarás al tanto de todo. ¿Puedes usar el coche?
—Sí —refunfuñó—. Mi hermano no tiene hoy clase en la universidad, así es que debe estar aparcado en mi calle. Al menos pagarás tú la gasolina —bromeó.

—Por supuesto, y hasta un menú del día en la mejor tasca de Toledo — sonrió y notó cómo le tiraba la piel en el párpado.
Cuando cogieron el auto, ella estaba disgustada, no tanto por la sensación de sentirse un títere, como por la necesidad de tener que conducir en un momento en el que empezaba a llover y asomaba un viento incesante y molesto.
Obsesionado con que podían estar acechándoles, Pablo no paraba de mirar para atrás.
—¿Y bien? —dijo ella a modo de ultimátum.
El trayecto fue un monólogo de Pablo, desde la primera nota de Heinrich por la que tuvo que ir al Congreso de Colonia hasta la carta escrita de puño y letra por Köerting y escondida por Güttec en el quiosco del parque en Munich, pasando por el libro de la estafeta de correos y la nota que contenía la muerte de su amigo, la visita a la Universidad en Munich con los matones siguiéndoles y a la casa de Heintz con los lienzos de Grauben, la misteriosa muerte de Güttec, la entrevista con el capitán Roeder en la morgue...
Rosa no había abierto la boca. Al principio respondía con una sonrisa imperceptible de niña traviesa, pero a medida que iba conociendo los hechos, sus músculos se iban tensando; cada nueva noticia la encajaba como un trastazo, rígida e insegura al volante, a lo que contribuía la copiosa lluvia que empezaba a caer.
—¿De modo que los señores que entraron en tu apartamento esta mañana venían con la intención de secuestrarte y luego matarte?
—No tuve tiempo de verles la cara, pero si son los que yo me imagino, son los mismos que secuestraron y mataron a Heinrich.
—Pero, ¿es que te estás volviendo loco?, ¿Qué tienes tú que ver con toda esta historia? Lo que tenemos que hacer es hablar con la policía.
—Escucha, ya lo he pensado en varias ocasiones y hasta he estado a punto de decirles todo cuanto sabía, pero hay dos razones que me han impedido hacerlo. La primera es que así me lo pidió explícitamente Heinrich. Él sabía igualmente que se estaba jugando su propia vida y también podría haber acudido a la policía, pero por alguna razón que yo todavía desconozco no lo hizo. En segundo lugar, no me fío de ellos.
—¿No te fías? ¿Es que crees que ellos tienen algo que ver con la muerte de Heinrich? Francamente, has perdido la cabeza.
—Cuando encontré a Roeder en Munich no estaba solo, le acompañaban algunos de sus ayudantes. Uno de ellos me llamó la atención, sabía que no era la primera vez que lo veía, hasta que caí en la cuenta de que vi a aquel hombre en el vestíbulo del Congreso de Colonia minutos antes de que llegase Heinrich con su recado agónico y su rapto. La policía estaba al tanto de todo.
—Pues yo sigo pensando que estás mal de la cabeza. No sé si será la

medio pulmonía que cogiste en Alemania o el golpe de esta mañana, pero algo ha debido trastornarte la mente.
—Hazme caso, no hay nada que temer. Vamos a hacer un último intento de sacar adelante el encargo de Heinrich.
—Está bien, ¿adónde vamos? Espero que mi hermano no haya sacado el paraguas del maletero, porque si no, vamos a ponernos como una sopa.
El coche estaba entrando en Toledo bajo un manto de agua y viento. La lluvia chocaba con fuerza contra la cabina, tanta que el limpiaparabrisas apenas podía apartar el aguacero que le caía.
—Aparca donde puedas, tenemos que buscar la calle Curtidores.
Así fue como hicieron. Rosa estacionó en una plaza pequeña y solitaria del barrio antiguo. Por suerte encontraron un paraguas en el maletero y bajo su amparo corrieron hasta el primer bar que vieron abierto.
Para los presentes, allí fue como si estuviesen viendo a unos descerebrados: mojados, exaltados por la carrera y preguntando por una calle inexistente.
—¿Están seguros? —insistió Pablo.
—Hombre, Toledo ha crecido mucho en los últimos años, a lo mejor es una de esas calles de los barrios nuevos.
—No, no puede ser, tiene que ser una calle de las de siempre.
Los clientes se miraban unos a otros sin saber qué decir. Al final había una mesa cuadrada con un viejo que apuraba un vaso de vino.
—La calle Curtidores hace por lo menos cuarenta años que no existe —dijo con voz trémula—. Algún alcalde falangista le cambió el nombre y luego con la democracia se lo volvieron a cambiar.
Pablo se adentró hasta el lugar donde estaba aquel hombre.
—Pregúntale, pregúntale a Federico —apuntó sonriendo el camarero tras la barra—. Dicen que llegó a Toledo antes que el Tajo.
—Ahora se llama calle Martín de Lara —continuó el viejo.
—La del palacete —dijo alguien de entre los contertulios.
—La misma —remató el experto.
—¿Está muy lejos de aquí?
—¿A qué número vas?
—Al número seis.
El viejo se quedó pensando como si tuviese en la mente la posición exacta de los números de todas las calles de la ciudad.
—Eso debe ser el antiguo palacete —aseveró.
—¿Palacete?
—Sí, es una gran mansión abandonada —volvió a apuntar el mismo cliente de la barra.
—Nada de eso —protestó otro—. Ésa casa tiene dueño, lo que pasa es que nunca está aquí. Yo he oído que hay un hombre que viene algunas

veces y pasa uno o dos días encerrado en ella. No se deja conocer, pero lo ven entrar y salir cuando viene.
—¿Cómo va a ser eso? —repuso el primero—. ¿Alguien le conocerá, no? ¿O es acaso un fantasma?
Los demás rieron la ocurrencia.
—Yo te digo lo que he oído, y, además, a su vecino, el de la imprenta José Segura, que en alguna ocasión lo ha visto y dice que es un tío raro.
—¿Y quién vivía allí, me refiero antes, cuando no estaba semiabandonada?
—Huy, ni se sabe, eso está así puede que desde hace más de cincuenta años —aseguró el hombre que estaba tras la barra—. Dicen que era un ricachón, pero claro con esa casa es fácil imaginar que tenía dinero.
—Allí vivía un masón —intervino el viejo del fondo, que parecía el más informado—. Por lo que dicen tuvieron que salir por piernas cuando el Gobernador se enteró.
Tomaron buena nota de cómo llegar a la vivienda y se armaron de valor para enfrentarse una vez más al chaparrón ante la incredulidad de cuantos había en el bar.
—Esperad, hombre, que os vais a chorrear —oyeron que les decían antes de abandonar el local.
Recorrieron bajo el paraguas las calles solitarias sorteando los charcos y evitando los salpicones de los coches que transitaban, el casco antiguo.
En unos minutos encontraron la calle Martín de Lara, una calle estrecha y sin aceras, colmada de ajimeces y por la que apenas podía pasar un vehículo. La recorrieron casi entera hasta encontrarse con un caserón de paredes sobrias de piedra desnuda y color ocre. Acurrucados bajo el paraguas se detuvieron junto a la entrada principal, donde una vetusta puerta de dos hojas flanqueaba el acceso al interior. Eran dos moles de madera maciza con forma de arco de medio punto. A pesar de su sencillez, estaban adornadas con molduras de curvas austeras y tenían sendos aldabones de acero que representaban dos cabezas de león. Los dos pomos estaban irremisiblemente unidos por una cadena de gruesos eslabones y un candado, tan grande, que parecía desafiar al más perseverante de los cerrajeros.
Todo lo metálico estaba oxidado, despreciado por las reformas y herido por el paso del tiempo, mientras que la madera, aunque descuidada, lucía más señorial, más ajena a la carcoma y al bufido del agua.
Bajo el estallido ruidoso de las gotas en la lona esbozaron una sonrisa cómplice.
—Hay un emblema, un blasón ahí —advirtió Rosa señalando la

coronación de la puerta.
—Está semidestruido y lleno de hiedra, cualquiera sabe lo que había en su interior.
Justo encima del escudo había un balcón, también de piedra, que seguramente correspondería a la estancia principal de la mansión. Se acercaron al portón y miraron a través de su inmenso cerrojo. Tras un zaguán, se veía un patio agreste lleno de matojos y malas hierbas.
Pablo oteó a su alrededor buscando un punto de acceso, pero todas las ventanas y puertas estaban cerradas a cal y canto con tablas apuntilladas a los marcos. Todas menos una, justamente la que pertenecía al balcón principal, que tenía una de sus tablas desvencijada y bamboleándose al viento.
—No estarás pensando… —arguyó ella incrédula—. ¡Estás completamente loco! Si te quieres jugar la vida o acabar en un calabozo, no cuentes conmigo.
—Escucha —respondió agarrándole la mano—, he pasado mucho para llegar hasta aquí. No puedo parar ahora, no sé si encontraré algo o no, pero en esta casa pasaron cosas que más tarde quedaron ocultas para siempre.
—Todo esto me está superando —se quejó Rosa—. Tengo la impresión de que estoy en medio de un río salvaje agarrada a un tronco sin poder controlar mis propios movimientos.
—Sabes que no lo haría si no fuese muy importante para mí.
La retina del ojo sano de Pablo brillaba intensamente. La calle estaba vacía y envuelta en agua y nadie los vigilaba.
—Está bien, siempre ganas. Ve tú primero para que puedas ayudarme.
No hubo más palabras, sólo un beso de los que Pablo solía esconder, al igual que sus sentimientos, por alguna razón que nunca supo explicarse. Fue un beso corto pero espontáneo, de los que se escapan sin control, y tan intenso que Rosa lo notó explotar en sus labios.
Tal como habían previsto, él fue primero. Trepó por los barrotes de la ventana de la planta baja, apoyándose en sus nudos, hasta agarrar la base del balcón principal. Al descubierto, y lejos de algo con qué tapar su cuerpo, se empapó en unos segundos.
Cuando hubo alcanzado el primer piso miró hacia abajo y vio a su amiga bajo el paraguas, que lo observaba estupefacta y nerviosa. Sólo hizo falta un envite para desmontar la tabla desencajada. No había cristal ni rastro de él. Detrás, el postigo del balcón tenía una holgura por la que Pablo metió una llave y levantó la presilla.
—Ya está. Vamos, sube, que te ayudo.
Rosa hizo una señal como si se hubiese persignado y cerró el paraguas para iniciar la escalada.
—Ahora que no viene nadie —animó desde arriba Pablo alargando la mano.

Ella estiró la suya hasta alcanzar la de su compañero y trepó con su ayuda hasta arriba.

En pocos segundos estaban los dos dentro del caserón abandonado, empapados y excitados de emoción.

Al entrar, lo primero que notaron fue un fuerte olor. Olía a soledad secular y a muebles bufados de humedad.

El suelo era de baldosas pequeñas y cuadradas de color crema, aunque pudieron haber sido blancas en su origen. La escasa luz procedía del tablón que ellos mismos habían arrancado en la ventana. Pablo se adelantó a abrir la puerta que comunicaba con el resto de la casa, pero estaba atascada. La humedad la había hinchado y resultaba muy difícil moverla. —Vamos, ayúdame. Hay que tirar y levantar al mismo tiempo. Entre los dos agarraron el pomo y, al empujar juntos, consiguieron abrirla. Un chorro de luz procedente del patio interior inundó la estancia. Al entornar los ojos, Pablo recordó que tenía uno de ellos magullado por el golpe.

Tenían el pelo chorreando y la cara empapada.

—A ese ojo lo que menos le conviene es la humedad —opinó Rosa y sacó un pañuelo de su bolso para secarlo.

Un lecho grande cubierto de mantas, un armario vetusto y un espejo plateado delataban que se hallaban en un dormitorio, quizás en el principal. Bajaron la escalinata y se toparon con una amplia estancia donde todos los bultos estaban cubiertos de sábanas amarillentas y raídas por el tiempo. —Esto es el salón —aseguró Pablo.

—Me pregunto cuánto tiempo hace que salió de aquí el amigo del profesor Köerting.

—Aquí no ha entrado nadie en mil años.

—Ya oíste al viejo del bar. El dueño aún vuelve de vez en cuando —apostilló ella.

Daba la impresión de que la casa se encontraba tal y como estaba mientras vivían en ella sus últimos moradores.

—Todo está intacto, es como si el propietario hubiese salido con la intención de volver y nunca lo hizo.

El bulto que parecía la mesa principal tenía unos extraños salientes sobre su tablero. Rosa levantó un poco la sábana y comprobó que se trataba de unos candelabros.

—¡Mantienen hasta las velas! —exclamó.

—Son *menorás* —apuntó Pablo—, candelabros hebreos de ocho brazos. Están relacionados con la leyenda del Talmud.

—La... leyenda —señaló ella pusilánime.

—Según la tradición judía, cuando se construyó de nuevo el Templo, sólo quedaba aceite para un día, pero un milagro hizo que durase ocho días. Desde entonces, se celebra una fiesta que dura ocho días y en la que se enciende cada día una de las ocho velas del *menorá*.

—¿Eran judíos?
—Köerting era judío y parece que el propietario de esta casa también.
—El viejo nos dijo que aquí vivía un masón.
—No creo que fuesen masones. En la época de Franco se relacionaba a los judíos con los masones e incluso se les confundía, pero los que vivían aquí eran simplemente judíos.
—¿Judíos? No sabía que aún hubiese judíos en España.
Pablo no prestaba atención a lo que oía.
—Veamos qué hay en esos cuadros.
Descorrió la sábana del que se encontraba junto a la chimenea y encontró una fotografía añeja con una escena familiar. Había un señor con barba larga sentado en una áspera silla y arrellanado en sus pies un niño de corta edad con cara de asustado. A la derecha aparecía una señora de pie con un vestido hasta los tobillos y el pelo recogido en un moño.
—Apuesto a que el niño es el que fue amigo de Köerting —dijo Pablo observando la fotografía.
—¿Cómo se llamaba?
—¿Quién?
—El amigo de Köerting.
—No lo sé, lo único que sé es que Rudolf Köerting se refugió aquí durante un tiempo huyendo de los nazis. Tampoco sé cuánto tiempo, pero, por lo que me contó Julio Vergara, no le valió de mucho, porque al final fue apresado y asesinado por los alemanes durante la guerra.
Al fondo había dos sillones orejeros, junto a otra ventana y delante de ellos un reposapiés y otro bulto que parecía un púlpito. Rosa lo destapó creyendo que era una estatua y encontró una peana de madera que soportaba un rollo de papel escrito con caracteres hebreos.
—¿Qué es esto? —preguntó sin salir de su asombro.
—Es un rollo de la Torá, el evangelio judío. Para ellos ésta es la doctrina que fue entregada a Moisés en el monte Sinaí. Ahora no hay duda de que el morador de esta casa era un judío practicante.
—Todo esto me da miedo —repuso ella—. Es como si... estuviesen esperando a alguien.
—¿A quién van a esperar? —inquirió él.
—No sé, a miembros de una secta o algo así.
Pablo sonrió y la cogió de la mano. Avanzaron por un pasillo hasta toparse con otra puerta cerrada y, al traspasarla, encontraron una habitación con una mesa en el centro cubierta por una sábana y un sillón de madera. El aire olía a desprecio y olvido.
—Esto debió ser el despacho del dueño.
Cuando levantaron la funda, hallaron un secreter de piel, un retrato de un señor con bata blanca y una pluma con su tintero.

En el primer cajón había unas tarjetas de visita pajizas que decían:

Dr. Serafín Caro Medicina General Curtidores, 6 Toledo

—Serafín Caro, doctor Caro, éste es el nombre del amigo de Köerting.

—Si era un médico, aún debe haber personas en Toledo que le recuerden —dedujo ella—. ¿Sabemos en que año salieron de aquí?

—Más tarde de 1943, no sé nada más.

Había una libreta emborronada con notas del doctor; parecían diagnósticos de enfermos, aunque la letra era muy difícil de entender. Las anotaciones estaban escritas cronológicamente y todas estaban encabezadas por la fecha.

Se fue directamente al final y comprobó que la última era de 1951.

—Apuesto a que ésta es la fecha en la que el doctor Caro salió de aquí, hace más de cuarenta y tres años.

—Desde luego todo esto no estaría así si en cuarenta y tres años no hubiese entrado alguien. Tal como decían los del bar, alguien está cuidando esta casa.

—¿Cuidando? ¿No te das cuenta de que todo está podrido, raído por el abandono?

—Pero ordenado —protestó ella—. Si no hubiera nadie, las ratas habrían devorado todo, o quizás los gatos. Después de más de cuarenta años habrían roído las sábanas, habrían devorado las maderas, se habrían caído los cuadros y se habrían desvencijado las lámparas. Si quieres que te diga la verdad, creo que en cualquier momento va a aparecer alguien y nos va a pillar aquí dentro. Te juro que me muero.

Pablo seguía el rastro de los objetos encontrados sin reparar en la angustia de su compañera.

—¡Qué letra más extraña! Solamente puedo entender palabras sueltas —apuntó.

— Ya sabes, los médicos tienen una letra endiablada.

En el fondo del cajón había unos folios escritos a máquina. Pablo los sostuvo en las manos.

—¿Qué rayos es esto? —inquirió ella.

—No lo sé.

—Pero, ¿en qué idioma está escrito?

—No tengo ni idea. Podría ser ladino, un antiguo dialecto de los judíos españoles, aunque nunca había visto un texto escrito en esta lengua.

—Seguro que escribía en ese idioma. ¡Por eso no entendíamos los diagnósticos!

No había nada más en la planta baja, sólo un recibidor minúsculo y exento de muebles, el patio agreste lleno de matojos y una cocina de fogones enorme repleta de cacerolas y sartenes colgadas junto a la lumbre.

Tomaron de nuevo las escaleras y atravesaron el pasillo del primer piso. El hueco abierto en una ventana dejaba pasar una ráfaga de viento helado que balanceaba lentamente alguna puerta y hacía que chirriaran sus goznes con un sonido doloroso y tétrico.
Se toparon con una puerta grande y oscura al final del pasillo, donde había un grabado que decía *Bet Hamidras*.[52] Al abrirla descubrieron una sala oscura y sin ventanas.
Vacilante, Pablo se atrevió a entrar. La estancia estaba sensiblemente más fría que el resto, seguramente estaría orientada hacia el norte. Buscaron un interruptor con la lejana esperanza de poder iluminarla y, al accionarlo, se prendió una lámpara de infinitas lágrimas de cristal, repleta de

[52] «Casa de estudio» en hebreo.

bombillas amarillentas y parpadeantes que parecían desperezarse de un largo sueño.

—¡Ni siquiera han cortado la luz! —exclamó Rosa con voz ahogada —. ¿Qué más pruebas quieres? Aquí vive alguien.

Al mirar a su alrededor quedaron sobrecogidos por el panorama que tenían ante sus ojos. En las paredes, legiones de libros atiborraban las estanterías hasta perderse en las alturas; eran tantos que muchos se apilaban en el suelo o acostados en los huecos que dejaban otros en repisas y gavetas.
La mayoría eran obras antiguas, de pastas duras y grabadas, sobrios diseños sin fotografías ni dibujos. Desordenados, o tal vez ordenados, según un criterio desconocido, se entrelazaban tratados de astronomía con otros de geografía, textos de historia con manuales de ciencia e inventos.
En un lateral de la sala había una vitrina con unas portezuelas de vidrio cubiertas por visillos para proteger su interior. Las puertas tenían cerradura pero la llave estaba puesta.
Pablo se acercó y abrió el postigo. Había más libros, éstos más ordenados.
—Deben ser los más apreciados —sugirió ella.
—Son, sobre todo, los más prohibidos. Mira, todos son libros de culto judío y de ciencias ocultas.
Entonces los revisó detenidamente.
—*El libro de los esplendores*, *el Zohar* —exclamó ante el primer ejemplar que se topó ante sus narices.
—¿Lo conoces? —preguntó ella.
—Nunca lo había visto, ni por supuesto lo he leído, pero sé de qué trata. Es la obra cabalística más famosa de todos los tiempos.
—¿La cábala? ¿Has visto como se trata de alguna secta?
—La cábala es la tradición judía, las enseñanzas místicas para conocer y profesar la religión hebrea; no tiene nada que ver con una secta.

Rosa lo sacó de la estantería desconfiada y lo acarició con sus dedos. Estaba escrito en una especie de castellano antiguo, pero se veía que el tomo no era muy viejo.
—El Pentateuco —exclamó él alucinado.
—Eso me suena a Biblia.
—No es el mismo, aunque tenga el mismo nombre que el libro de la Sagrada Escritura. Éste está escrito en el siglo XIII por un cabalista hebraico español. Aquí lo ves, escrito por Moisés de León —leyó. —Desde luego, lo que tú no sepas...
—Ya sabes que me gusta la historia. Este libro tuvo un fin sublime, un objetivo prácticamente inalcanzable para la mayoría de los mortales. En la Edad Media, muchos creían que averiguando el nombre secreto de Dios podrían adquirir poderes sobrenaturales...
De repente sus ojos se iluminaron.
—¡Dios mío! —suspiró.
—¿Qué pasa?
—*The Land of the Hitites* de John Gardstang en edición renovada por Paul Stambridge. ¡No puedo creerlo!
—¿Es el libro del que me hablaste?
—Efectivamente —dijo nada más verlo. Sin duda, mira: London, 1950.
Pablo se secó las manos con los pantalones y lo hojeó con una delicadeza propia de una obra de arte.
—Parece igual que el que tengo en casa.
—Normalmente las ediciones de los libros no cambian su contenido —repuso ella.
—Estoy seguro de que en este caso sí. Aunque conserve el mismo título, aparece con un autor diferente y siempre que haya un nuevo nombre debe haber algo nuevo, alguna aportación al texto original.
— ¿Y cómo puedes averiguarlo si no tienes aquí el ejemplar de la primera edición?
—Llevándome éste.
—¿No estarás pensando en robarlo?
—No tengo más remedio, este libro nos estaba esperando —dijo buscando algo para envolverlo.
—No pienso auxiliarte cuando estés ante el juez —rezongó Rosa enrabietada y cínica.
—Escucha, este tratado no está aquí por casualidad, es una pieza importante del rompecabezas, algo que necesitamos para saber qué fue lo que pasó con Köerting y qué secretos escondió.
—Pero para averiguarlo estamos traspasando claramente la línea de la legalidad; no sólo hemos allanado una casa, sino que ahora también robamos lo que hay dentro.
Pablo le pellizcó la mejilla y en un segundo su rostro se sonrojó.
—Lo devolveré, te lo prometo, confía en mí.

Al salir de la biblioteca encontraron una diminuta escalinata de madera que subía hasta la buhardilla.
—Vamos. —Pablo estaba muy excitado, como un niño al que le dan un juguete querido largamente deseado.
Ella le siguió entre un tenebroso rechinar de las traviesas. Al final había una puerta que rezaba *Bet Hakênésset*.[53]
—Otro cartel. Cada cuarto tiene uno.
—¿Sabes lo que significan? —inquirió Rosa.
—No lo sé, es posible que sea algo en hebreo; empiezo a pensar que poner nombre a las habitaciones es una costumbre semita.
—Reconozcamos que este doctor Caro era un poco raro —protestó ella.
La puerta parecía cerrada con llave, pero un fuerte empellón valió para comprobar que era la humedad quien había atascado sus bisagras.
Era un dormitorio. Un jergón sencillo y sobrio estaba incrustado en un rincón, y junto al cabecero de barrotes metálicos, había colgado un cuadro de figuras evanescentes.
—¡Un cuadro de Frank Grauben! —exclamó él.
Rosa se acercó y enarcó las cejas.
—¿Cómo puedes saberlo? No está firmado.
—Las pinturas de Grauben son inconfundibles, las vi en casa de Robert Heintz y no me cabe ninguna duda de que ésta es una de ellas.
Rosa se quedó mirándola y permaneció unos instantes hechizada por su magia. Un paisaje ecléctico de colores lúgubres rodeaba a un gran triángulo radiante donde se fundían figuras humanas de trazos etéreos y tenues.
—Es genial, tiene... una fuerza extraña que te atrae. ¿Tienes idea de lo que significa?
—Ni idea, pero coincido en que tienen un atractivo especial, como un potente imán que te sumerge en un océano misterioso. Heintz las llamaba las pinturas mágicas de Frank Grauben.
—No me extraña. Sin embargo, me resultan algo familiares, es como si este estilo me sonase a...
—¿Dalí?
—Exacto, es el mismo estilo que el de Salvador Dalí. ¿Hay alguna relación?
—Es una larga historia, te la contaré cuando salgamos de aquí.
Rosa frunció el ceño contrariada.
Junto al cabecero había una mesita de noche con un flexo. Una fotografía apoyada en la base del punto de luz palidecía por los años. Era una foto en blanco y negro, en la que un señor de barba blanca estaba flanqueado por otros dos que posaban sonrientes ante la cámara.

—Éste debe ser Köerting —dijo Pablo señalando al anciano del centro. Sus ojos diminutos parecían testigos mudos de los más insondables misterios del planeta.
—No sé por qué, pero me lo imaginaba exactamente así —susurró al percatarse de que nunca antes había visto su rostro.
—Entonces, éste debe ser el doctor Caro —apuntó Rosa al ver a un señor de aspecto más envejecido que sonreía tras unas gafas gruesas.
Al otro lado, un joven rubio de pelo corto y cepillado hacia atrás parecía el hombre más feliz del mundo.
—Frank Grauben —adivinó con sofoco—. ¡Estuvo aquí!
—¿El de las pinturas?
—El ayudante de Köerting, su fiel escudero.
Con la foto entre las manos permaneció hipnotizado unos instantes, fascinado por sus personajes, la felicidad de sus expresiones y el mundo mágico que les envolvía. El latido de su corazón era tan fuerte que su compañera podía oírlo como un tambor.
—Éste debe ser entonces el dormitorio de Köerting —añadió ella, pero nadie la escuchaba.
Pablo dio la vuelta al retrato y vio que en el reverso alguien había escrito:

53 «Casa o refugio de viajeros» en hebreo.

Toledo, 17 de febrero de 1943

—Grauben estuvo aquí —susurró tratando de recordar la azarosa vida que soportó el ayudante de Köerting tras la deflagración de la guerra mundial.

Rosa andaba husmeando en la estantería que se alzaba junto a la mesa de estudio.
—¿Qué es gematría? —preguntó a sabiendas de que hablaba a las paredes.
—¿Cómo? —respondió Pablo transcurridos unos segundos.
—¿Qué es gematría?
—Una ciencia que pretende atribuir valores numéricos a las letras —respondió saliendo de su letargo —, ¿por qué lo dices?
—Hay muchos libros de gematría en esta estantería. ¿Para qué se quiere relacionar números con palabras? —insistió.
—Para crear uniones entre las palabras y las ideas. Los hebreos la usaban a menudo. Cada concepto podía representarse por un número y eso lo hacía objetivo, científico e inconfundible. De ese modo pretendían eliminar la carga de arbitrariedad que existe en nombrar una cosa.
—No entiendo nada; de hecho, si no fuera porque te veo muy serio pensaría que te estás quedando conmigo.
—Nada de eso. A ver, déjame ver.

Pablo tomó uno de los libros y lo observó en silencio.
—No hay duda de que esta ciencia le encantaba a Köerting. Él era un criptógrafo, un desenmarañador de secretos ocultos tras los trazos de símbolos y jeroglíficos.
Sobre la mesa había un cuaderno de papel tamaño cuartilla. En la pasta de cartón piedra podía leerse: «Prf. R. Köerting».
—Dios Santo, el libro de notas de Köerting.
Las hojas estaban garabateadas. Todas tenían abajo un grabado que decía I J S.
—¿A qué me recuerda esto? Estas iniciales las he visto antes.
De pronto dio un respingo, cogió su billetera y sacó de ella un papel donde tenía una nota escrita.
—¡Eso es!
—¿Qué pasa? ¿Qué has visto?
—¿Recuerdas que te dije que Heinrich me metió una nota de Köerting en mi libro? ¿La nota de las pistas pares?
Ella asintió sin pronunciar palabra.
—El reverso de la nota tenía esta inscripción:
I J S
C rti or 12 TlED
O al menos eso fue lo que yo entendí.
—¿Y qué quiere decir eso?
—Está claro: Imprenta José Segura, Curtidores 12, Toledo. La imprenta de la que nos hablaron en el bar, la del señor Segura, es el lugar donde Köerting conseguía las hojas para sus trabajos o sus cartas.
La tormenta estaba amainando, lo que aumentaba el riesgo de que alguien les viese salir de la casa. Además, las ropas mojadas y frías empezaban a convertirse en una pesada y molesta carga, lo que trajo a la memoria de Pablo el episodio de Alemania.

—Vámonos, lo que necesitábamos saber ya lo sabemos.
—Cualquiera que venga por aquí sabrá que hemos estado husmeando, mira cómo hemos puesto todo de agua.
—No creo que venga nadie en mucho tiempo, y cuando eso pase, ya tendremos resuelto este asunto, con lo que podremos explicar a todos por qué hemos entrado, y de paso, devolver el libro.
Antes de partir, Pablo abrazó a Rosa y volvió a besarla en silencio. Después, cogió el libro de Stambrigde y salió al balcón por el que habían entrado. Un coche arribaba penosamente por la calle, lo que le hizo retroceder unos instantes. Cuando estuvo seguro de que no venía nadie arrancó y, enganchándose a los barrotes por el exterior, se dejó caer hasta el suelo.
Aterrizó en un charco, que le salpicó las piernas. Rosa aún estaba

arriba esperando.
—Rápido, ahora.
—Creo que no voy a poder, está muy alto.
—No te preocupes. Yo te cogeré, no va a pasarte nada.
Entonces atravesó la barandilla y se quedó paralizada antes de saltar.
—Rápido, tienes que hacerlo ahora o nos pillarán —le gritó él desde el suelo.
Hubo unos segundos de tensa espera. Finalmente cerró los ojos y se dejó caer desde el balcón. Pablo hizo lo que pudo para agarrarla, pero no pudo evitar desequilibrarse y, al final, terminaron los dos tumbados en el suelo.
—Lo que nos faltaba —protestó la muchacha.
Un viandante asomó por la plaza del fondo bajo un paraguas. Se incorporaron y Pablo la cogió entre sus brazos y la besó para disimular.
—No, si al final voy a cogerle cariño a esta casa —dijo Rosa entre beso y beso con su ternura natural.

23

Boghazköy, 20 de agosto de 1939

Aquella mañana, el sol brillaba con más intensidad que nunca en la planicie del centro de Turquía. Habían pasado cuatro meses de tensas discusiones para conseguir nuevas subvenciones de la Universidad de Varsovia, meses en los que el profesor pudo percibir una vez más el temor del pueblo ante una guerra inminente y el cambio drástico de la escala de valores de sus científicos y de sus políticos, a los que nada les importaba más que defender su propia patria y, de paso, su vida.

Pero Köerting era terco como una mula y no estaba dispuesto a perder la oportunidad de terminar el trabajo inacabado, la labor de desvelar lo que él sabía que era el mayor enigma de la Historia Antigua: las razones ocultas de la desaparición brutal de la faz de la Tierra de un pueblo ilustrado y poderoso como el hitita.

Los últimos descubrimientos le habían llevado de nuevo a Boghazköy, el lugar donde inició su investigación hacía tres años. Atrás quedaron ocho meses de trabajos en Nuhassé, la ciudad fantasma enclavada en un lugar inhóspito del norte de Siria. Nunca jamás se había encontrado una ciudad de la Antigüedad tan intacta, tan llena de vestigios, de registros escritos y de armas, de utensilios y amuletos, hasta sus propios habitantes habían permanecido miles de años impasibles cubiertos aún de raídas vestiduras.

El tiempo apremiaba, el futuro de su misión en Anatolia era incierto, tan incierto como el futuro del planeta; había que elegir por dónde seguir y había que hacerlo rápido.

El enclave de Nuhassé no se había desvelado. Salvo para un reducido grupo de funcionarios sirios, que tenían muy poco interés en el asunto, el tema seguía siendo estrictamente confidencial. Köerting tenía el presentimiento de que si informaba a la comunidad científica serían los arqueólogos alemanes, adeptos al régimen nazi, los que finalmente se beneficiasen del hallazgo con fines espurios.

Aún quedaba mucho por hacer en Nuhassé, sin embargo, para encontrar la razón escondida, la incógnita silenciada, el origen de la maldición debía buscar en Hattusas, en el corazón del reino, allí donde los hititas habrían decidido enclavar la fábrica de la guerra.

Las subvenciones obtenidas fueron muy escasas, casi simbólicas. Para costear el viaje tuvo que vender su modesta vivienda de las afueras de Varsovia, pero no le importó porque algo en su interior le decía que jamás volvería a Polonia.

El cargamento con los objetos que pudieron sacar de Nuhassé llegó al puerto polaco de Gdansk en un contenedor desde Beirut un mes más tarde que ellos.

El profesor se pasó semanas examinando de nuevo todas las piezas y después las seleccionó cuidadosamente.
Los petroglifos los almacenó en un sótano de la Facultad de Historia de Varsovia. No tenía ningún miedo de que fuesen expoliados porque a simple vista no eran más que piedras con inscripciones borrosas e ininteligibles de poco valor material y escaso atractivo.
Por otro lado, agrupó las piezas más valiosas, aquellas que podían ser objeto del deseo de usurpadores y ladrones, y las envió para su análisis y custodia a su colega inglés Paul Stambridge.
Paul era, tras la repentina muerte de John Gardstang, el mejor especialista en la cultura hitita. Köerting le envió a su casa de Londres dos cajones de madera con joyas, pulseras, sortijas, collares de cuentas hechas con oro, amuletos, los vasos de las libaciones, el trono de la Istanana y todos los pequeños objetos de madera, metal y piedra que componían los cultos mitanni.
Con aquellos objetos que necesitaban análisis químicos y bacteriológicos hizo un tercer grupo. Restos humanos, ropajes, las cenizas encontradas en las canastas metálicas de las ofrendas divinas y objetos de libaciones fueron enviados en un cajón a Stephen Reeves, un renombrado químico londinense que se había especializado en la exhumación de momias egipcias, con el encargo de que los datase y los analizase para tratar de averiguar qué había causado la muerte de los habitantes de Nuhassé.
Desgraciadamente, este cajón se extravió en la travesía hacia Londres y estuvo varias semanas perdido. Tras numerosas reclamaciones fue finalmente encontrado en un hangar portuario y reenviado a casa del doctor Reeves pocos días antes de la partida de Köerting a Turquía. Cuando Reeves notificó la recepción de la mercancía, Rudolf Köerting le dijo que tan pronto como tuviese una dirección en Ankara se la comunicaría para que le mandase los resultados por correo o telégrafo.
Aquella mañana, por fin, ya estaban de nuevo en Anatolia. El profesor estaba impaciente y deseoso de empezar y Frank, a su lado como siempre, se ocupaba de la descarga de los equipos y de organizar la acampada.
Fue un día de grandes emociones, hacía unas horas que habían encontrado a un viejo conocido, el joven Mustafá, que tras la finalización del campamento de Nuhassé, había decidido volver a su patria. No le dijo nada a su familia, su padre no le hubiese permitido regresar a su país, más laico que nunca, pero el hecho de que el presidente Atatürk hubiese muerto hacía desaparecer de su mente lo que consideraba el mayor obstáculo para su retorno, el símbolo del antipatriotismo y del desprecio por la religión. Sin embargo, Turquía le recibió mucho mejor de lo que él hubiese esperado. En Ankara estaban buscando personas que pudiesen crear una universidad

moderna, y entre las docencias que necesitaban figuraba la arqueología, de forma que él se presentó con el único bagaje de haber estado unos meses en un campamento sirio colaborando con Rudolf Köerting, uno de los arqueólogos más importantes del momento.

No fue difícil, tampoco había mucha competencia, y el perfil que buscaban era más bien el de un joven emprendedor que, a las órdenes de un reputado profesor de Historia Antigua, dedicase una buena parte de su tiempo a levantar restos de viejas civilizaciones, ordenar sus investigaciones, y enseñar a jóvenes estudiantes los principios de la doctrina. Mustafá estaba radiante, desde el primer momento se mostró como el buen cicerone que habían conocido en Siria, y ahora, además, en su propio país. Pero no era el mismo, había señales claramente perceptibles que le hacían diferente al que dejaron llorando cuatro meses antes en Damasco. Para empezar había cambiado sus hábitos de indumentaria, había abandonado el turbante cambiándolo por un *fez*[54] magenta y vestía una elegante chaqueta que le daba un aspecto más occidental, menos árabe. También supieron que había cambiado su apellido, tal vez para encubrir que era hijo de un viejo y conocido califa de Constantinopla, que había adoptado el apellido de su madre, de manera que dejó de ser Mustafá Saygun y empezó a llamarse Mustafá Talú.

Fue entonces cuando Frank se percató de que no era la primera vez que Mustafá utilizaba ese nombre. También lo hizo cuando tuvo que registrarse en la posada de Tabaqah, y que eso bastó para que perdiese la confianza en él.

Mustafá había venido con un grupo de chavales, jóvenes estudiantes, dispuestos a ayudar, a montar las tiendas de campaña y las barracas, a descargar los equipos de las camionetas y a rastrear el monte hasta donde fuese necesario. Eran una veintena de chicos voluntariosos de menos de veinte años que se dirigían a Mustafá como *Ög˘retmen* que, por lo que supieron más tarde, significaba «Profesor» en turco.

En pocas horas habían desencajado los bultos y habían instalado el cuartel de campaña. Köerting decidió hacerlo a unos cinco kilómetros al sur de Boghazköy, al lado opuesto de la anterior expedición que se situó hacia el noroeste de la ciudad y, por tanto, bastante alejados del levantamiento de la antigua capital Hattusas.

Nadie preguntó por qué exactamente allí, nadie sabía las razones, la única imaginable era que en el paraje escogido las tiendas estarían protegidas del sol por una frondosa alameda, lo que era de agradecer en el tórrido verano del corazón de Anatolia.

Desde el primer momento, los trabajos avanzaron a buen ritmo. Los ayudantes reclutados por Mustafá resultaron ser muy trabajadores y disciplinados, lo que permitió progresar rápidamente en el asentamiento.

Köerting ordenó que peinasen el terreno palmo a palmo, removiendo la arena en las dunas, cortando los matorrales en el monte y buscando hendiduras en las rocas. Debían buscar una apertura oculta, un pasadizo secreto que les permitiese encontrar «la fábrica de la guerra».
Frank no podía disimular su inquietud.
—¿Una raja abierta en el suelo? ¿Qué le hace pensar que los hititas escondieron en semejante lugar su más importante industria? —se atrevió a inquirir.
El viejo se atusó la barba.
—No nos será fácil hallar lo que buscamos, no olvides que la metalurgia era una actividad de alto secreto, pero tenemos algunas pistas sobre el lugar donde supuestamente se descargaba el material procedente de Nuhassé.
—Las tablillas del *Kârum* —dedujo Frank.
—Efectivamente, es posible que algún cargamento quedara incompleto, por lo que hubo de firmarse un acuerdo para la entrega de la cantidad restante, acuerdo que se registró en una tablilla donde aparecía el destino del mineral.
—¿Como en una carta?
—Parecido, era la única manera de hacerlo llegar. No estoy seguro de que ésa sea la verdadera dirección, esta industria era tan confidencial que podrían haber dado una pista falsa, pero de lo que estoy seguro es de que la descarga se produjo muy cerca de la fábrica de la guerra.
— ¿Y qué decía la tablilla?
—Que la entrega se haría en un lugar situado a tres *Iteru*[55] al sur de Hattusas, es decir a unos treinta kilómetros de la antigua ciudad. No podemos estar lejos.
—Una fundición tan importante no puede pasar desapercibida. Lo más normal es que haya sido destruida hace siglos.
—La fundición de Istanu fue la más poderosa industria del Imperio hitita y del mundo entero. El éxito de sus emperadores se sustentaba en que ellos, y nada más que ellos, sabían fabricar tan letal armamento. Estoy seguro de que tomaron todas las precauciones habidas y por haber para que la «fábrica» no estuviese situada en un lugar fácilmente accesible ni fácilmente visible.
Así pasaron los primeros días. Los chavales, organizados en cuatro cuadrillas de a cinco se habían repartido el trabajo avanzando hacia los puntos cardinales.
Salían de expedición antes del amanecer y al atardecer aparecían por el campamento exhaustos y con ganas de divertirse pero sin más vestigios que miserables trozos de cerámica.
La mañana de la octava jornada, Mustafá entró en la tienda de los alemanes, rebosante de emoción.
— ¡Han encontrado la cueva!

— ¿La han encontrado? ¿Dónde?
— En la montaña de Talisnu, en un lugar recóndito del término de Huyuc, donde sólo se puede pasar si la vas buscando. Los chicos del equipo número tres la localizaron esta madrugada, pero no han querido despertarnos, de modo que acaban de informarme.
—¿Es que han entrado?
—¿Usted qué cree? Estos muchachos están ávidos de emociones y vaya que si han venido emocionados.
—No debieron hacerlo, es muy importante que nadie toque nada hasta que podamos analizarlo nosotros mismos.
—Ya se lo he dicho yo, y créame que me he enfadado mucho con ellos, aunque creo que no han tocado nada. Dicen que al destapar la piedra que cerraba el acceso desprendió un olor muy fuerte, como a ácido, y que una vez dentro, el olor era más intenso y molesto, por lo que decidieron salir.
—Está bien, subiremos a explorarla de inmediato. Diles, por favor, que no entre nadie más.
No había pasado ni media hora. El profesor y Frank estaban aún terminando de preparar sus útiles de trabajo, cuando Mustafá entró angustiado de nuevo en su carpa.
—Profesor, tenemos un problema —dijo, ignorando como de costumbre a Frank—. Dos de los cinco chicos que han entrado esta mañana en la caverna están indispuestos. Dicen que les duele la cabeza y no paran de vomitar.
Se dirigieron a la barraca donde se alojaban los chavales y los encontraron tumbados en rudimentarias literas y con la tez tan pálida como una sábana.
—¿Qué habéis tomado? —quiso saber el profesor.
—Nada, nada, es la caverna.
—Insisten en que el olor era muy fuerte. Tal vez hayan inhalado ácido —insinuó Mustafá.
—Manda buscar a un médico —le ordenó— y que nadie se acerque a la cueva.
Mustafá salió corriendo con la camioneta hacia Ankara. Sabía que en cualquier lugar más próximo no encontraría más que curanderos y aprendices, así que decidió no arriesgar.
Pero la situación en el campamento se complicó en pocos instantes. A los vómitos de los dos chavales siguieron unas tremendas diarreas. Frank ordenó hidratarles con pequeños sorbos de agua, pero no podían retener nada de lo que tomaban. Uno de ellos, entró en un estado catatónico con convulsiones incontroladas, lo que hizo que se vivieran escenas de histeria y aflicción en el resto de sus compañeros.
Los siguientes minutos fueron eternos, la fiebre se le disparó tanto que parecía que iba a hervir. Köerting le administró una dosis de morfina,

a la espera del doctor, que aún tardaría un par de horas.
Minutos más tarde se quedó sumido en un profundo sueño, pero entonces ya había otros dos compañeros vomitando.
Los alemanes se temieron lo peor. Cuando llegó el doctor, los cinco chicos estaban gravemente enfermos, dos de ellos inconscientes a causa de la morfina y los otros tres con enormes dolores abdominales y un salvaje estado febril.
Se les administraron unas lavativas y tranquilizantes a los que estaban aún conscientes y se avisaron a unas ambulancias para hospitalizarlos en Ankara; sin embargo, el que estaba peor, un chaval llamado Youssef, falleció hacia el mediodía, sin que el doctor pudiera hacer nada por salvarlo.
La noticia cayó como un mazazo en la expedición. El resto de los chicos, que no habían parado de rezar desde hacía horas, rompieron a llorar desconsoladamente y a abrazarse.
Cuando aparecieron las ambulancias, hacia las cuatro de la tarde, ya habían fallecido también Suleiman y Al-Abdallah en las mismas condiciones que su compañero y los otros dos estaban gravemente enfermos.
Un manto de luto cubrió el campamento como una lengua de fuego y muerte, una tormenta de dolor insolente hizo sonar las gargantas con roncos quejidos.
El profesor estaba también quebrado por la pena.
—¿Qué es lo que ha pasado? —preguntó al doctor con los ojos húmedos.
—Han sido intoxicados. Hay que hacer la autopsia, pero seguramente la caverna que visitaron contiene altas dosis de algún gas tóxico.
Köerting se desplomó en la silla, por su mente cruzaron escenas de la matanza de Nuhassé y sintió cómo una fina aguja se le clavaba en el pecho.
—No tiene por qué martirizarse profesor, ha sido una catástrofe imposible de prever — le consoló Frank, seguro de que el viejo tenía un amargo sentimiento de culpabilidad.
—Tengo la impresión de que lo que hemos vivido hoy se parece mucho a lo que pasó en Nuhassé hace más de tres mil años; debimos imaginar que podía pasar algo así.
—Nadie podía sospecharlo —respondió Frank—. Sea lo que sea lo que atacó a estos chicos llevaba más de tres mil años intacto. Además, tenían orden expresa de avisar en el mismo instante en que encontrasen cualquier cosa. Nunca debieron entrar sin nuestro permiso.
—Es algo parecido a lo que ocurrió con la tumba de Tutankhamón, ¿te das cuenta? «La muerte toca con sus alas a quien perturba la paz de los muertos»,[56] la muerte de Carnarvon fue similar a la de estos

chavales, el mismo cuadro clínico, sólo que, tal vez, un poco más lenta, lo que podría deberse a una dosis menor. Dios mío, me horroriza pensar lo que podemos tener ante nuestros ojos.
El profesor se volvió hacia el doctor, que estaba recogiendo sus cosas.
—¿Qué podemos hacer? —preguntó.
—Es posible que ese veneno se esté extendiendo ahora por toda esta zona. Yo les recomiendo que abandonen este lugar y que se hagan unos exámenes médicos.
El viejo asintió. Frank no lo había visto nunca tan apesadumbrado como en aquel momento.
Mustafá estaba deshecho, su sonrisa ladeada había desaparecido como el agua en la arena y su semblante era el reflejo de una inmensa pena. En un día pasó de ser el *Ögˇ retmen* de aquel grupo de jóvenes al responsable de sus muertes, en un día pasó de dirigir una aventura a protagonizar una tragedia.
La misión quedó suspendida en el mismo momento en que partieron las ambulancias con los cadáveres y los jóvenes moribundos. El autobús con Mustafá y el resto de los voluntarios partió igualmente hacia la capital.
El profesor y Frank recogieron lo más esencial y salieron al atardecer en dirección a Ankara en busca de algún cobijo.
Durmieron en el hotel Kirikkale, situado en la salida de esta misma ciudad, junto a la carretera que partía hacia el este, un lugar tan triste como sus corazones, la antípoda del calor de un hogar.
A la mañana siguiente madrugaron y se marcharon al Hospital Civil de Ankara, donde habían ingresado los supervivientes de la intoxicación. Fue entonces cuando supieron que uno de los dos que habían hospitalizado la noche anterior también había fallecido tras sufrir unos terribles dolores abdominales.
Unos guardias les invitaron a pasar a una sala donde familiares de otros enfermos del hospital sollozaban en tensa espera. Mustafá no estaba, no sabían si estaba dentro o simplemente no se había presentado todavía. Tampoco vieron a ninguno de los chicos del grupo ni a nadie que les pareciese familiar de los infortunados.
—Esto es muy raro —apuntó Frank.
—Tal vez estén en otro sitio.

54 Gorro de filtro típico de turquía.

55 Tal como se dijo anteriormente, esta medida de longitud egipcia equivalía a unos 10,5 kilómetros.

56 Nota encontrada en la tumba de Tutankhamón.

—Tengo la impresión de que alguien tiene interés en camuflar de un modo perverso lo que ocurrió ayer, que todo ha pasado desapercibido o que ya está olvidado.
—¿Cómo puedes decir eso?

Llevaban varios minutos aguardando, cuando un hombre con bata blanca entró y se acercó a saludarlos.
—Buenos días, soy el doctor Tarük, soy el jefe de toxicología de este hospital. ¿Pueden acompañarme?
Caminaron por unos pasillos penumbrosos que parecían la trastienda de un almacén y entraron en un despacho donde les esperaba un militar que, por su edad, imaginaron que era un oficial de alto grado. Estaba hablando por teléfono y gritaba en turco mientras apuraba un cigarrillo.
Cuando colgó, apagó la colilla y encendió un nuevo pitillo.
—Así es que ustedes son los alemanes rastreadores —hablaba un inglés muy deficiente, pero no tanto como para no notarse que el adjetivo lo decía con todo el desprecio del mundo.
—Somos arqueólogos. Tenemos licencia para explorar en Boghazköy.
—¿Licencia? Me meo yo en su licencia, ¿me oye? —espetó echando una bocanada de humo a la cara del viejo.
Los alemanes permanecieron en silencio, sorprendidos por la reacción del oficial.
—¿Saben lo único que pueden conseguir con su forma de trabajar? —gritó—. Arruinar a este país.
Los miró con los ojos inyectados en ira y los dientes apretados.
—Hemos esperado muchos años para abrir las puertas de nuestra patria al mundo —continuó— para hacer de él un país moderno y abierto a las inversiones extranjeras.
No hubo reacción de los arqueólogos; más que un gesto de incredulidad ante el torbellino que tenían delante, no fueron capaces de articular palabra.
—Hemos abandonado el fanatismo religioso, nos hemos acercado a Europa, les damos oportunidades a las grandes multinacionales para que vengan aquí a crear industria y empleo. ¿Saben qué es lo último que necesita ahora Turquía?, ¿no lo saben? Se lo diré yo: dos chalados desalmados que practican con jóvenes experimentos de búsquedas de tesoros y otras fantasías y terminan con envenenamientos masivos.
—Señor, lo de ayer fue un accidente difícil de prever —dijo Köerting en tono firme—. Aún ni siquiera sabemos qué fue lo que ocurrió.

El doctor, que había permanecido en silencio, por fin intervino. —Los muchachos tenían los pulmones inundados de arsina. —¿Arsina? ¿Qué es eso?
—Un potente veneno hemolítico. Es gas, un derivado inorgánico del arsénico. Algo similar al gas fosgeno que usaron sus ejércitos en la gran guerra[57] —adujo Tarük con cierto rencor.
—¿Y quién puso allí ese gas?
—Ustedes sabrán, como también sabrán lo que andaban buscando —

gritó de nuevo el oficial manifiestamente enfadado.
—No podemos saber si alguien puso allí ese gas —dijo el doctor—. Por lo que nos han contado, aquella zona está semideshabitada, no creo que se trate de ninguna industria clandestina.
—Lo que nos faltaba: «Industrias clandestinas provocan la muerte de cinco jóvenes en Turquía», ya me imagino los titulares de los rompehuevos de siempre. —El oficial hacía gestos ostentosos y grotescos.
—No creo que así sea —insistió el doctor—, pero por el momento no podemos indagarlo. Ayer di orden de que nadie se acerque por aquella zona, podría ser muy peligroso.
—Debemos volver allí y averiguar qué es lo que ha pasado —dijo Köerting.
— Escúchenme los tres. Este incidente simplemente no ha pasado, no ha ocurrido, no es real, ¿lo entienden? Tengo órdenes de muy arriba que no dejan lugar a dudas. Nadie debe saber lo que sucedió ayer en Huyuc.
—Pero nosotros sí debemos saberlo, para evitar que nunca más vuelva a ocurrir —esgrimió Frank.
El militar se quedó pensativo y miró de reojo al doctor, que asentía suavemente con la cabeza.
—Tienen una semana para abandonar el país. Pueden volver al lugar de la catástrofe pero totalmente solos, únicamente les podrá acompañar el doctor Tarük aquí presente. Nosotros nos ocuparemos de borrar este desagradable incidente de las mentes del resto de la expedición.

[57] Se refiere a la primera guerra mundial.

24

Ni el estado lamentable de sus ropas ni su ojo hinchado habían hecho desistir a Pablo de su empeño en visitar la imprenta Segura.

Tal como decía la nota, el negocio seguía estando en el número 12 de la misma calle; de hecho, al observar la casa daba la impresión de que la imprenta llevaba allí varios siglos. Estaba cerrada porque los viernes al mediodía echaban el cerrojo hasta el lunes, pero había una vivienda junto al taller que parecía ser la de los dueños.

Pablo llamó al timbre.

—Está cerrado —se oyó unos segundos más tarde—. No abrimos hasta el lunes.

La voz lejana transmitía desgana y molestia.

—Nos gustaría hablar con usted —insistió Pablo.

No hubo respuesta, sólo un lento repiqueteo de pasos. Entonces vieron girar una mirilla circular dorada que adornaba la puerta y tras ella unos ojos.

—¿Qué quieren?

Los intrusos se miraron sin saber qué decir.

—Conocimos al doctor Serafín Caro —mintió—. Hemos hecho muchos kilómetros para saber si en su casa vive algún familiar y nos hemos acordado de que él nos habló de usted.

Hubo una tensa espera. Desde fuera se podía observar que el ojo estaba entornado y fijo en los dos intrusos

—Nos hemos mojado —se excusó ella—. Hemos estado llamando hasta darnos cuenta de que no hay nadie en esa casa.

La puerta se abrió al fin y tras de ella apareció un hombre de unos cincuenta años.

—Sois demasiado jóvenes. Serafín conocía a mi padre, yo apenas tenía seis años cuando tuvo que irse —dijo seriamente—. ¿Quiénes sois?

—Estamos en un aprieto. Seguimos el rastro de un amigo de Serafín, el profesor Rüdolf Köerting. Sabemos que vivió aquí.

El propietario de la imprenta les miró de arriba abajo, estaban empapados y magullados. Su aspecto era deplorable, pero parecían sinceros.

—Soy José Segura —les dijo fríamente extendiendo la mano.

Pablo y Rosa se presentaron igualmente.

—Tal vez deseen hablar con mi padre —sugirió finalmente—. Síganme, por favor.

Atravesaron el taller de impresión, con todas las prensas paradas y en penumbra. Olía a tinta húmeda, a papel nuevo y a cola de pegar. Pablo y Rosa se esforzaban por no pisotear todo con los zapatos mojados, pero era imposible no dejar rastro.

La trastienda del negocio era una salita pequeña con un escritorio que comunicaba con la casa de los dueños. Tras un pasillo entraron en un patio que tenía un invernadero que a Rosa le pareció tan grande como un palacio y, desde luego, mucho mayor que el piso con el que soñaba.
Entre los parterres había un anciano con unos baldes tratando de recoger el agua de las goteras que había provocado el tremendo chubasco.
—Papá —gritó Segura.
El hombre se volvió y entornó los ojos para reconocer a los visitantes.
—Estos señores quieren hablar contigo.
Pablo se adelantó ofreciéndole la mano al viejo, que al momento soltó los baldes y le devolvió el saludo cohibido por la cautela.
—Soy Pablo Luna y ésta es mi novia Rosa Torres, querríamos hablar con usted de Rudolf Köerting.
Los ojos del señor observaron a uno y otra repetidamente sin decir nada.
—Nos hemos mojado —dijo Pablo a modo de disculpa— y yo, además, me he dado un golpe en el ojo.
—¿Sois policías? —dijo el señor Segura.
La pregunta les pilló desprevenidos.
—No, no —respondieron los dos a la vez.
—Somos arqueólogos —mintió de nuevo Pablo—. Creemos que la obra de Köerting quedó truncada por su dramático final. Hemos estudiado sus trabajos y queremos restaurar su figura, darle el prestigio y la memoria que se merece.
El viejo se hizo el distraído buscando nuevas goteras en el invernadero y se dirigió a una de ellas para colocar otro balde.
Pablo y Rosa se quedaron parados como pasmarotes esperando que el hombre dijese algo. Por momentos pensaron que se había olvidado de que estaban allí. El hijo, que había salido cuando les presentó a su padre, volvió a entrar y se los encontró callados junto a la puerta del cobertizo.
—¿Sabía usted que las rosas son las plantas más agradecidas del mundo? —dijo al fin mirando a Rosa.
—Pues no, no lo sabía —sonrió.
—Tuvo buen gusto quien eligió su nombre —susurró entre dientes mirándola.
Ella permaneció en silencio sin poder mantener su mirada y algo ruborizada.
—Las plantas tienen mucho que enseñarnos, sólo hay que aprender a escucharlas —y se acercó a la zona donde tenía plantadas las rosas.
Acarició suavemente una roja como si quisiera dormirla.
—Ellas saben perfectamente quién les cuida y quién les da de comer,

nunca se olvidan de la mano que mece su cuna.
José Segura hijo sonrió para justificar la excentricidad de su padre.
—Rudolf era amigo de Serafín —continuó el viejo—, muy buen amigo, hasta el punto de que casi dio su vida por él.
Hablaba lentamente, escudriñando la rosa y rozando su tacto aterciopelado.
—Y Serafín era mi amigo, de los que nada más hay uno en toda la vida, luego Rudolf era mi amigo.
Anduvo unos pasos y se adentró en una zona donde abundaban los tulipanes blancos, amarillos y rojos y los miró buscando alguna hoja seca o alguna mala hierba.
—Serafín era como una rosa —prosiguió— y Rodolfo, que así era como le llamábamos, como un tulipán negro.
No había nada que sanear, se diría que aquel hombre repasaba varias veces al día el estado de sus flores.
—Uno agradecido y fiel y el otro único.
Los jóvenes le habían seguido por el pasillo.
—¿Qué quieren saber?
—¿En qué tiempo vivió aquí... Rodolfo? —se atrevió Pablo.
—Desde julio de 1942 hasta noviembre de 1943; vino de Londres, donde le había acogido un amigo, pero alguien le acusó de ser un espía al servicio de los nazis, pobre hombre, los mismos que lo asesinaron. El caso es que consiguieron asustarle y se marchó de Inglaterra.
—Y se vino con Serafín a Toledo —apostilló Rosa.
El viejo la miró y le dedicó una sonrisa deliciosa.
—Serafín y Rodolfo —continuó— se conocían desde la infancia, sus padres habían estudiado juntos medicina en París, compartiendo durante cinco años la misma habitación en el internado, lo que les convirtió en amigos inseparables. Cuando se casaron, uno en Alemania y otro en España, mantuvieron su relación, y se veían todos los años. Los hijos terminaron siendo muy amigos.
José Segura tenía los ojos azules como el cielo, pero los años los habían apagado y empequeñecido.
—Ha dicho que Serafín casi dio la vida por Rodolfo.
—Rodolfo se encontró aquí como en su casa desde el primer día. Serafín ya estaba jubilado y viudo y no tenía hijos, por lo que pudo dedicarle todo el tiempo del mundo a su amigo. No fueron años fáciles para nadie. Eran tiempos de cartillas de racionamiento y estraperlo, pero Serafín era médico y nunca le faltaron los regalos de sus pacientes agradecidos.
En el rostro del impresor se reflejaban sentimientos lejanos, vivencias pretéritas que habían dejado una marca indeleble en su corazón.
—¿Y por qué se marchó Rodolfo de Toledo? —atajó Pablo.

José Segura reprobó con un gesto la pregunta. Era como si la historia no fuese la misma si no era contada con su ritmo.
—Rodolfo era judío, al igual que Serafín, pero Rodolfo, además, era alemán. Cuando dejaron de perseguirle los aliados por sospechar que era espía, empezaron a buscarle sus compatriotas por ser judío.
—¿Sólo por ser judío? ¿Fueron capaces de venir a por él a España?
—Por ser judío y famoso, algo incómodo para el régimen del Führer. Rodolfo tenía unas teorías que lo habían enfrentado a algún ideólogo alemán. Supongo que Hitler lo incluyó en la lista de peticiones al caudillo, entre las que figuraba su participación en la guerra, y como Franco se negó, pudo haberle compensado con otras cosas como la División Azul o el apresamiento de algunos disidentes políticos. Imagino que no sería el único; alguien me dijo por aquel entonces que había una lista con más de doscientos alemanes que el gobierno nazi había reclamado al de España.
Las palabras brotaban del viejo con impotencia y rabia, con la rabia de sentirse perdedor en una batalla desigual. Encontró un insecto junto a unas petunias y lo aplastó con el dedo, como si así enjugase una deuda pendiente.
—«Han venido esta madrugada a por él —me dijo Serafín con los ojos rojos como amapolas una mañana de noviembre de 1943—. Era una pareja de la Guardia Civil y decían que tenían que hacerle unas preguntas, pero yo creo que no volverá.» Pasaron los días y lo único que supimos es que Rodolfo había sido devuelto a Alemania, donde tenía «asuntos legales que resolver». En definitiva, que se le consideraba un delincuente.
—¿No pudieron hacer nada?
—Serafín lo intentó. No eran tiempos para llamar mucho la atención y menos aún Serafín, que profesaba en secreto su religión y con cualquier descuido podía dar con sus huesos en la cárcel, pero él era un hombre decidido y fiel a sus amigos. Aun así, todo fue imposible. Los primeros días nadie sabía dónde estaba Rodolfo, y cuando consiguió interesar a algún hombre influyente, ya era demasiado tarde y su buen amigo ya había sido deportado.
Segura cogió una escalera que estaba apoyada contra la pared y la abrió en medio de un pasillo. Se subió a ella y tensó un alambre que estaba sujetando una gardenia. Con un gesto, le pidió a Pablo unas tijeras que estaban frente a él y éste se las dio.
—¿Cómo habéis sabido que yo conocía a Rodolfo? —murmuró desde la escalera.
—Como le hemos dicho, estamos estudiando su obra. Hemos tenido acceso a muchos documentos originales de Rodolfo —inventó en lo que ya parecía un acto compulsivo— y hemos comprobado que algunos están escritos en papel de su imprenta.

—Rodolfo era un buen hombre —continuó explicando el impresor—. Yo apenas podía hablar con él porque mi inglés era bastante limitado y su español prácticamente nulo, pero yo diría que nos comunicábamos a la perfección. Él era muy maniático con la escritura, tenía una letra que parecía la de un monje cisterciense, y no soportaba escribir en cualquier tipo de papel; siempre quería uno especial, hecho sólo con pulpa de celulosa, grueso, rugoso, en fin, de los que no se encuentran en la actualidad. El único papel que yo tenía por aquel entonces era uno impreso que usaba para cierto tipo de publicidad o invitaciones oficiales, de manera que siempre que venía por aquí yo le daba una resma de esa calidad para que tuviese para un tiempo.
El impresor sonrió por primera vez.
—Pero debía de escribir mucho, porque cada poco venía de nuevo a por un nuevo lote.
—Yo... —dudó Pablo— no sé si querrá contárnoslo, porque, además no forma parte de nuestro trabajo, pero siento gran curiosidad por saber qué pasó con Serafín.
El viejo abandonó lo que estaba haciendo y permaneció en silencio un largo rato. A la vista de su expresión exangüe se diría que por su mente pasaban escenas dolorosas del pasado. Su mutismo era incómodo pero ajeno a quienes le rodeaban.
—Serafín no mereció el final que le deparó el destino. Él nunca hubiese hecho daño a nadie; al revés, como médico que era, hubiese dado lo que estuviese en sus manos para ayudar, para salvar vidas, para colaborar con quien lo necesitase. ¿Que llevaba una vida acomodada y vivía en una gran casa? Todo lo que tenía lo había conseguido con denuedo, no debía nada.
Paró para tragar saliva.
—La envidia es el peor mal puede acechar al hombre. La mayoría de nosotros nos manejábamos con cartillas de racionamiento, buscábamos entre estraperlistas el mendrugo de pan extra o el pollo raquítico para llevar a nuestras casas. Sin embargo, a Serafín nunca le faltó de nada. La razón era tan sencilla que muchos no quisieron entenderla. Serafín curaba a la gente, a los hijos de los hortelanos, a las esposas de los acaudalados, a los militares de rango, a las familias de alta alcurnia, a todos los que llamaban a su puerta. Lo mismo asistía a un parto que curaba una pulmonía o un tifus y la gente le pagaba como buenamente podía, unos con un cordero vivo, otros con una cesta de frutas...
De repente, Segura arrugó la frente y sus ojos empequeñecieron aún más.
—Hasta que en una ocasión cometió un error que pagaría muy caro. Aunque hubo algún rumor cuando desapareció Rodolfo, en Toledo nadie sabía que Serafín era judío y practicante, tan sólo sus más

allegados y, por supuesto, el pequeño grupo de sefardíes de la comarca. Cada cierto tiempo, ellos se reunían discretamente en una sinagoga clandestina de la ciudad. Serafín nunca quiso hablar de eso, tal vez para no crearnos problemas a sus escasos amigos. Imaginaos hasta qué nivel era una persona considerada en su comunidad que en una ocasión vino a verle un señor mayor, un tipo extraño que resultó ser uno de los tres *dayanim*[58] de España, con la intención de proponerle a él que ocupase el puesto de otro de estos tres altos cargos que había fallecido.

[58] Juez judío.

—Eso parece un alto honor para un judío.

—Imagino que fue propuesto porque era un perfecto conocedor de la ley hebraica, un hombre, además, recto y cabal y de una exquisita mesura, pero por las razones que sean, él no aceptó el ofrecimiento.

—¿Cuál fue entonces el fallo que cometió?

—A pesar de su discreción no estaba dispuesto a transgredir la «Ley de Dios». Serafín había curado de una terrible infección al coronel Padilla, el Gobernador Militar de Toledo, un señor poderoso e influyente. Por aquel entonces apenas se conocía la penicilina y conseguirla era muy difícil pero él la obtuvo, no se sabe cómo, y, además, consiguió atajar su enfermedad. Días más tarde, el coronel apareció inesperadamente por su casa. Él le recibió en la salita de entrada sin permitirle el paso, imagino que porque aquel día podría tener algo que encubrir de su culto hebreo, pero la gota que colmó el vaso fue que Serafín rechazó amablemente el presente que le traía.

—¿Lo rechazó? ¿Por qué? —exclamó Rosa.

—Porque era un animal prohibido, el regalo más grande que uno podía imaginarse en aquellos años de hambre y miseria, pero para un judío un pecado contra la ley de Dios: un lechón que no había sido sacrificado de acuerdo con el culto hebreo.

El hijo de Segura parecía estar oyendo la historia por primera vez en su vida; tal vez fuese así porque el viejo estaba sacando sentimientos olvidados de lo más profundo de su corazón. Sus labios temblaban como flanes, a punto de romper en un llanto rancio y cubierto de polvo.

—Y entonces, ¿qué hizo el coronel?

—Padilla era un hombre engreído. Primero se sintió agraviado y después encolerizado. Al principio pensó que era una chulería del médico. Salió todo indignado y sin ninguna explicación de por qué no le había aceptado el regalo aquel viejo raro, pero días más tarde alguien debió de decirle que no lo había hecho porque profesaba la religión hebraica.

Ya no llovía; en su lugar, el día ganaba claridad a pasos agigantados, como si tuviese prisa en desterrar la tormenta.

—No eran buenos tiempos para los judíos. En España casi nunca lo han sido, pero en aquellos años se les consideraba, junto a los masones, los enemigos de la patria.
—La conspiración judeo-masónica —apostilló Rosa.
—A nadie le molestaban los escasísimos sefardíes de nuestro país pero…
—Y claro, el coronel se sintió obligado a apresar al doctor —pronosticó Pablo.
—Serafín conocía a mucha gente. Es lo que tiene ser una persona de bien, por lo que tuvo el tiempo justo para huir apresuradamente, dejando todo tal como estaba, sin más bagaje que una maleta, sin abrazos ni despedidas.
Rosa tenía los ojos húmedos y un nudo en la garganta, la imagen del pobre Serafín perseguido injustamente le pellizcaba el alma.
—¿Nunca más volvió? —preguntó su propio hijo, que no podía evitar interesarse por una historia que nunca supo.
—Nunca. Jamás vino, ninguna vez escribió, nunca supe nada más de él, lo cual es muy raro conociendo a Serafín. —La voz de Segura se quebró como una rama seca.
Lentamente salieron al patio exterior buscando un poco de aire fresco; se respiraba un ambiente funesto, el ánimo de Segura se había transmitido como una pandemia.
—¿Nadie reclamó la propiedad de la casa? —quiso saber Pablo recordando lo que oyó en el bar.
—Pasaron al menos seis meses sin que nadie apareciese por la vivienda. Yo tenía la costumbre de asomarme cada día varias veces con la esperanza de encontrar a Serafín o, al menos, alguna ventana abierta, pero no había ninguna señal de mi amigo, ni de nadie. Por momentos pensé que confiscarían la propiedad, dando por desaparecido a su propietario, pero tampoco ocurrió eso.
José Segura sacó un pañuelo y se sonó antes de continuar. Su voz estaba más calmada y su pulso más sereno.
—Un día, me asomé al abrir la imprenta y vi que había una ventana abierta. Mi corazón se aceleró, no pude evitar ir corriendo hasta su puerta y llamar al aldabón con todas mis fuerzas. Estuve varios minutos preparando algunas frases para darle la bienvenida, nervioso como un adolescente que va a encontrarse con su primera novia, pero nadie abrió. Llamé y llamé, suponiendo que podía estar durmiendo, pero no hubo respuesta. Volví a mi imprenta cabizbajo pensando que tal vez algún postigo de la ventana se había abierto accidentalmente por el viento o qué sé yo.
—¿No había nadie realmente? —Rosa estaba devorada por la intriga.
—Sí, un día más tarde vi salir de la casa a un hombre cuando yo regresaba de entregar un pedido casi a medianoche. Sentí en aquel

momento un deseo irreprimible de abordarle. Cuando me acerqué a él me di cuenta de que no era la primera vez que lo veía, sabía que lo conocía aunque no podía acordarme de qué, quizás me despistó su aspecto; tenía unas marcas en su rostro como si se hubiese quemado en una hoguera. Le pregunté que quién era y que si sabía algo de Serafín. Me miró y no me respondió, tan sólo hizo un gesto como que no podía comprenderme. De repente me acordé de quién era. No era la primera vez que venía a aquella casa, era un alemán que ayudaba a Rodolfo en sus prospecciones arqueológicas.

—¿Frank Grauben? —exclamó Pablo sobresaltado.

—Efectivamente, se llamaba Frank.

25

Oeste de la cordillera del Cáucaso, 25 de febrero de 1994 Una actividad inusual anunciaba un suceso especial. Docenas de hombres se afanaban en despejar de obstáculos una vaguada mientras otros estaban apostados en las lanzaderas de misiles tierra-aire con las armas preparadas para actuar en caso de necesidad.

Un individuo con unos prismáticos en el cuello se acercó corriendo.

—Debe estar a punto de llegar, señor. No tenemos constancia de que le estén persiguiendo.

—Nadie va a perseguirlos.

En el horizonte se dibujó un punto oscuro que contrastaba con el plomizo del cielo. Un ligero susurro vino con el viento helado de la montaña.

—Allí vienen —gritó el oteador de los anteojos.

La figura volante se fue acercando lentamente y, con ella, el ruido se hizo más perceptible. Era un helicóptero militar que volaba tan bajo que amenazaba con tocar en cualquier momento las rocas.

Con la pericia de un especialista, el piloto se acercó al helipuerto improvisado en la vaguada y el aparato descendió lentamente haciendo que cuantos estaban cerca retrocediesen empujados por la ventisca y el ruido.

Al tomar tierra, los motores rugían estrepitosamente entre un vendaval atronador. Un anciano con gorro y abrigo se bajó ágilmente y el Lobo Gris se acercó a saludarlo. Al encontrarse se abrazaron y se besaron las mejillas.

—Me alegro de verte, Saygun, estás cada día más joven —dijo el Lobo Gris con la mirada de acero.

—No seas adulador y llámame Mustafá, sabes que hace mucho tiempo que perdí el apellido de mi padre —respondió su interlocutor con una sonrisa ladeada.

Junto al Lobo Gris había un hombre atlético de barba abundante y con una cartuchera en bandolera.

—Sea usted bienvenido, profesor Talú —le dijo juntando las manos.

—Que Alá te bendiga, visir[59] Ibrahim.

Segundos después, las máquinas se apagaron y la hélice quedó estática en medio del pedregal. Descendieron por un sendero hacia un refugio más seguro. El Lobo Gris iba primero, con paso decidido y sin dar importancia al portentoso despliegue de hombres armados que había a su alrededor, mientras que el anciano Talú se antojaba algo más asombrado. No era la primera vez que visitaba el campamento, pero tenía la convicción de que crecía de un modo imparable, como si estuviese alimentado por una mano oculta que lo hacía cada día más

grande y más invencible. A poca distancia les seguía el *visir* Ibrahim. Cuando entraron los tres en uno de los módulos de seguridad, el ruido y el bullicio desaparecieron; tan sólo un inapreciable murmullo proveniente de una escotilla abierta delataba la fuerza del viento en el exterior.

—Confieso que estoy impresionado —manifestó Talú—. Cada vez que vengo veo más actividad, más medios.

—Nuestra causa es justa y nuestros benefactores poderosos.

Dentro del refugio, el aire flotaba perfumado de autoridad. Una inmensa mesa repleta de artilugios extraños, similares a teléfonos, ocupaba el centro.

—Después de todo, de poco nos ha valido tu empeño en que no se hablase del judío en el Congreso de Alemania —censuró el Lobo Gris.

—No lo creas, si lo hubieran hecho, hoy tendríamos una docena de moscones tras el arca de Istanu.

—Sí, pero al final nosotros tampoco lo tenemos. Ese tal Mayer se negó a darnos las claves y los nuestros lo han eliminado. Lo peor es que la Brigada Antiterrorista alemana está investigando el asunto y quién sabe si el BND[60] también.

Talú torció la boca. Sabía que lo que acababa de oír era muy grave y que el tiempo empezaba a jugar en su contra.

—¿Dónde estamos entonces? —quiso saber el recién llegado con impaciencia.

El Lobo Gris se tomó unos segundos, también entendía que era un tema delicado y a la vez trascendental para sus planes, sobre el que hasta

[59] Cargo que en los antiguos países islámicos correspondía al Primer Ministro o valido del monarca. [60] Bundesnachrichtendiest. Servicio de espionaje alemán.

ese momento no habían tenido ningún éxito reseñable. Para Talú, el Istanu era aún más importante; no en vano había dedicado más de media vida a buscarlo sin hallar su rastro.

—Estamos muy cerca, pero aún no lo tenemos.

Los ojos de Talú se entornaron resignadamente y sus párpados se vieron arrugados por los años, como el resto de su rostro. En el fondo sabía que tras las palabras del Lobo Gris se escondía el amargo sabor del fracaso.

—¿Conocemos al poseedor de las claves?

—El pájaro se escapó, pero tiene las alas muy cortas. Conocemos su refugio.

—¿Y dónde está ese refugio? —Las palabras de Talú eran suaves; respetaba inmensamente a su interlocutor, que con los años había aprendido lo que podía pasarle si no lo hacía.

En cierta medida, el Lobo Gris también lo necesitaba; su intervención era crucial para cuando el arma estuviese en su poder, la deferencia en el trato era recíproca.

—En España —acabó diciendo con una repugnancia inconmensurable—. Todo apunta a que un español se llevó las dichosas pistas. La Brigada Antiterrorista alemana puso un micrófono en la morgue de Munich para espiar a la hija de Mayer. Uno de los nuestros ha tenido acceso a la conversación de la hija del alemán con ese insecto.
—¿Uno de los nuestros?
El sultán volvió la cabeza hacia su visir, que hasta entonces había permanecido en silencio.
—Markus Alkaç, un agente infiltrado —aclaró.
—Definitivamente eres el más poderoso sultán. ¿Y qué fue lo que escuchó?
—Algo referente a tres fuentes ruidosas —aclaró el visir—, a triángulos iluminados y a una ciudad de las tres culturas.
Talú se quedó cavilando, e instantes después se dibujó en su rostro una sonrisa ladeada que agrupaba desordenadamente las arrugas de su mejilla.
—Nos llevan ventaja. Nada es casual, quien esté tratando de encontrar a Istanu está dando los pasos en el sentido correcto.
El Lobo Gris no era amigo de adivinanzas, su paciencia era eterna en las cosas más importantes. Por esperar al Día de la Justicia Infinita estaba dispuesto a concatenar varias vidas, pero no soportaba que algo se hiciese esperar por el mero hecho de crear suspense o expectación. Talú lo sabía.
—El arca de Istanu está en España —se apresuró a afirmar—. Concretamente en Toledo.
—¿Qué es eso? —quiso saber el sultán.
—Una pequeña ciudad, rodeada de murallas antiguas donde creo que Köerting pasó algunos años, la ciudad de las tres culturas.
—Escucha, Talú, no quiero errores, si no estás seguro dímelo ahora.
—Estoy seguro. —Sus ojos eran profundos como una cueva iluminada.
—Estoy impaciente por saber por qué te resulta tan evidente.
—Es una larga historia.
—Tenemos tiempo.
—Nunca he sabido dónde estuvieron exactamente Köerting y su ayudante cuando vinieron la última vez a Turquía a robarnos nuestro preciado tesoro. Fue en el verano de 1943, y traían una importante suma de dinero que alguien les habría donado. Me vinieron a ver como dos corderitos, llenos de nostalgia por lo que ocurrió en su nefasto viaje del 39, pero yo no estaba dispuesto a dejar pasar ni un día más sin recuperar nuestro legado histórico.
—Ellos obviamente no sabían que tú andabas tras la pista de Istanu.
—Como te he dicho, yo les perdí de vista tras el accidente de la cueva cuatro años antes. Aquella feliz misión —añadió con sorna— me costó más de un año de suspensión de empleo y la reclusión durante meses

en un abominable centro de inteligencia militar, o algo así era como llamaban a aquella maldita cárcel. Me acusaron de imprudente por permitir que unos muchachos muriesen abrasados por el roce del Istanu, un ingenio que llevaba más de tres mil años dormido, y me amenazaron con acabar con mi incipiente carrera profesional, e incluso con mi vida si se me escapaba una sola palabra de aquel episodio.

Aquel suceso pasó desapercibido para todo el mundo, para todos menos para Talú, cuyas consecuencias le estigmatizaron para siempre.

—En mis carnes tuve que soportar el escarnio y la difamación de un régimen que ya de por sí odiaba —sentenció con asco— pero lo peor es que no pude estar presente el día en que el judío se llevó el arca. Mi actitud le puso a la defensiva y entonces decidió engañarme. Inventó una burda excusa para alejarme del campamento, y cuando volví ya no estaba, se había esfumado. Traté de evitarlo denunciándole por expoliador pero nadie me hizo caso. Nunca supe qué hizo aquel día, lo único que sé es que con él se llevó el arca de Istanu.

—Hasta aquí creo haberlo oído una docena de veces —arguyó el Lobo Gris con un descomunal cinismo.

—Siempre pensé que Köerting vivió únicamente en Londres. Allí tenía amigos que le escribían, Polonia había sido invadida y, desde luego, ir a Alemania parecía una auténtica locura.

—Sin embargo, sí fue.

—Yo estoy seguro de que no voluntariamente; de hecho, pisar su país le costó la vida.

El Lobo Gris guardó silencio.

—Pasé tres años investigando sus contactos en Londres...

—Hasta que supiste que el jovencito estaba instalado de nuevo en Alemania. ¿Cúal era su nombre?

—Frank Grauben.

—Eso, tu amigo Frank —repitió con una carcajada.

—Frank fue un ser despreciable.

—Por eso lo quemaste.

—Estaba dispuesto a perdonarle su petulancia, estaba dispuesto a olvidar todos los agravios que me hizo, sólo a cambio de la información sobre el arca. Hacía cuatro años que la guerra había acabado cuando aparecí por su sucio despacho de la Universidad de Munich. Estaba seguro de que me iba a recibir como lo hizo, con gestos hipócritas, con una amistad fingida, con un patético sentimiento de superioridad oculto tras su asquerosa cara aria.

—¿Qué esperabas? Eso no ha cambiado en cincuenta años. Todavía hay millones de personas que se creen superiores, sólo porque han nacido en el lado de los explotadores, porque han heredado el motín que sus abuelos nos expoliaron.

—Tuvo su merecido, con él ardieron todas sus fantasías.
—Pero tú te quedaste sin el Istanu.
—No quiso decirme nada. Sobre su pasado sólo supe que había pasado algunos años en Estados Unidos, un país demasiado grande como para buscar alguna pista.
—Viejo engreído, la paciencia es una virtud divina —repuso arrogante el Lobo Gris—. Sigo sin entender cómo has llegado a la conclusión de que nuestro juguete está escondido en España.
—Köerting era criptógrafo, le gustaban las adivinanzas. Además, era judío, una de las tres religiones. Yo fui siempre creyente y practicante, él sabía que conmigo no se podía bromear con el Islam. Grauben era cristiano, probablemente no practicante, como la mayoría de los occidentales, pero cristiano al fin y al cabo.
El Lobo Gris dejó en la mesa el artilugio que tenía en las manos, embaucado por lo que oía.
—¡Las tres culturas! —balbuceó atónito.
—Eso creí yo hasta ahora mismo, eso me hizo creer el sucio de Grauben, pero nunca me habló del triángulo iluminado.
—No entiendo nada.
—Nunca relacioné las tres culturas con un lugar, sino con una circunstancia, con un hecho. Tres religiones, tres culturas, los tres vértices de un triángulo. —Las palabras salían adormecidas de la boca de Talú—. Nunca hubo una ciudad de las tres culturas en mi mente.
Se levantó y se frotó los ojos como si acabase de despertar de un largo sueño.
—Grauben fue tan estúpido que me regaló un lienzo —continuó—. Sí, como lo oyes, además de arqueólogo era pintor, y como trataba de mostrarse amable me regaló uno de los lienzos que tenía en su despacho. Estuve a punto de meterlo en la pira junto con todas sus pertenencias para que se quemara con él, pero al final no lo hice.
—Un prodigio ese alemán —ironizó—. Tal vez poseas una obra de arte.
—No lo creo, más bien parece el trabajo de un esquizofrénico, un loco que se había empeñado en dibujar un paisaje horripilante en cuya parte central aparecía una especie de barra torcida de acero con forma de triángulo. ¡Otra vez el triángulo!, me dije antes de arrinconarlo en un desván. —Con alguna sorpresa, imagino.
—Con un código cifrado, un texto heteo de tres símbolos TO, LE y DO, y el centro del triángulo bañado de luz. Nunca le di importancia. Conocía la existencia de Toledo porque allí hubo una escuela de traductores hace más de mil años. Hasta la unificación de España bajo los perversos Reyes Católicos, Toledo disfrutó del privilegio especial de ser una ciudad de convivencia entre las tres religiones dominantes, la musulmana, la cristiana y la judía.

—La ciudad de las tres culturas.
—Así fue llamada.
—Es muy posible que Köerting viviese allí durante un tiempo, tal vez con Grauben. Desde allí podían haber organizado su último viaje a Turquía y hasta allí pudieron llevar su trofeo robado.
—Eso puede tener relación con el hecho de que tenga los códigos un español —dedujo el Lobo Gris.
—Sin duda nos llevan ventaja, la persona que tiene los códigos está a punto de desentrañar el secreto.
—Debemos actuar rápido entonces.
—No nos queda tiempo, debemos ejecutar pronto nuestro mandato divino.
El Lobo Gris se asomó a la ventana y oteó el horizonte. Había en su mirada un halo manifiesto de dominio y seguridad, como si aquellos montes perdidos le hiciesen sentirse el dueño de la Tierra.
Permaneció unos minutos pensativo, debatiéndose en reflexiones internas sin variar su gesto inescrutable, mientras el anciano Talú le miraba sin cautela.
—Esta vez lo haremos personalmente —dijo al final con una solemnidad que parecía una sentencia de muerte.
Talú contrajo el rictus, no estaba seguro de entender lo que estaba oyendo, pero le sonaba terrorífico.
—Seremos nosotros y nadie más que nosotros quienes acabemos esta dichosa farsa —remató.
—¿Nosotros? ¿Iremos a España? —Talú sabía que el Lobo Gris llevaba más de cinco años recluido en aquel castillo de cristal, sin tocar el mundo exterior.
El profesor se puso delante del Lobo Gris y le miró fijamente a los ojos.
—Había entendido que no saldrías de aquí hasta el día de la gran batalla.
—Justamente —sentenció, y de sus ojos salieron alfileres de luz que se clavaron en la faz del anciano—. Ha llegado el día de cambiar el mundo.

26

Madrid, 26 de febrero de 1994

A Tomás no le importaba trabajar los sábados. En sus primeros años como policía lo había hecho a menudo, lo que le molestaba era no tener ni la más remota idea de por qué le habían pedido que acudiera aquella mañana a la Dirección General de Seguridad del Ministerio del Interior. Además, no había sido su jefe quien se lo demandaba. La llamada que acababa de recibir venía del mismísimo ministerio y decía hablar en nombre del Secretario de estado.

En el camino fue barruntando el motivo por el que requerían su presencia y, sobre todo, la razón por la que le requerían que no hablase de este encuentro con nadie.

Un par de policías armados flanqueaban la entrada.

—Subcomisario Bueno —le dijo un hombre trajeado que parecía esperarlo—, acompáñeme por favor.

Tomaron un ascensor y subieron a la tercera planta. Tras un pasillo, giraron a la derecha y fueron a parar a un despacho situado en una esquina del edificio en cuya puerta podía leerse:

Excmo. Sr. Secretario de Estado para la Seguridad

Notó cómo se le aceleraba el pulso, igual que cuando se enfrentaba a un peligro desconocido, aunque ese día no llevaba encima la cosa que más serenidad le inspiraba, su valiosísima arma reglamentaria. Ni falta que le hacía.

—Adelante —se oyó decir cuando el acompañante llamó con los nudillos a la puerta.

—Acaba de llegar el subcomisario Bueno, señor —le dijo el hombre a quien le esperaba.

—De acuerdo, Elías. Ya le llamaré si le necesito.

El sujeto se marchó y cerró tras de sí la puerta.

—Buenos días, señor Bueno. —Se levantó el secretario de estado y le estrechó la mano—. No sé si es necesario que me presente.

— Todo el mundo le conoce, señor Acosta.

El alto funcionario sonrió con una pizca de orgullo.

—En ese caso, creo que lo que toca es que le explique por qué le he pedido que venga.

—Francamente, parece que no va a usar el conducto reglamentario.

Acosta volvió a sonreír, pero esta vez se le notaba algo molesto por el comentario.

—Así es, pero es que lo que tengo que decirle podría considerarse como Alto Secreto de Estado, así es que lo primero que debo pedirle es su promesa de que no relevará nada de lo que aquí hablemos a nadie bajo ningún concepto.

Tomás miró a un lado y a otro como si estuviese viviendo una situación irreal.
—¿Puedo saber por qué me ha elegido a mí?
—Escuche, señor Bueno, lo que tengo que decirle es algo que sólo conocemos un alto cargo del CNI[61] y yo, además, obviamente, del ministro. La razón por la que he decidido no informar a toda la cadena de mando es porque tenemos la certeza de que eso podría hacer peligrar la operación.
—¿La... operación? —preguntó tratando de sonsacar algo más.
—Tenemos informes de un servicio de inteligencia amigo que nos aconseja actuar con la máxima cautela, pues el peligro al que nos enfrentamos posee infiltrados a todos los niveles.
El Secretario de Estado se alejó hasta el fondo del despacho, abrió una mininevera con bebidas frías y sacó dos botellas de agua.
—Usted es el jefe del Departamento de Terrorismo Internacional de la Brigada Antiterrorista y una persona de nuestra más absoluta confianza, luego es el hombre idóneo para ocuparse del caso.
Acosta levantó las cejas esperando que Tomás dijese algo, pero éste señaló únicamente la botella para mitigar la sequedad de boca que le había sobrevenido.
[61] Centro Nacional de Inteligencia. Servicio de espionaje español.
—¿Le importaría, por favor, confirmarme su promesa?
Ante la insistencia, no tuvo más remedio que acceder, por más que todo aquello le resultase asombroso.
—Lo prometo —titubeó.
Sentado en la mesa ovalada de su despacho, Acosta invitó a su acompañante a que hiciera lo propio. Antes de empezar a hablar aclaró su voz con el agua y se frotó las manos pensativo.
—¿Ha oído hablar alguna vez de Kenan Tahir?
El subinspector negó con la cabeza.
—¿Tal vez del Lobo Gris?
—Sí —reaccionó—. Hace un año leí un informe que hablaba de él. Si no recuerdo mal, es un fanático turco.
—Es mucho más que eso, es un peligroso terrorista que hasta ahora ha permanecido, digamos en «estado de hibernación», pero que tiene medios suficientes como para realizar una masacre colosal.
—¿Una masacre colosal?
—Kenan Tahir lleva toda su vida creando problemas. Hace años eran pequeñas revueltas en ciudades como Teherán o Estambul. Fue expulsado de varios países, repudiado por varios gobiernos y al final se recluyó en un paraje desconocido de las montañas del Cáucaso. Desde entonces, hace algo más de cinco años, comenzó a formarse una leyenda en torno a él. Desde el principio cambió su nombre y empezó a llamarse el Lobo Gris en clara alusión a otro movimiento terrorista

que fue popular en Turquía hace años, conocido como los lobos grises.
Tomás hizo un gesto de estar al tanto.
—Creo recordar que el nombre tiene su origen en una leyenda que habla de una loba que salvó a los cautivos turcos, por lo que para ellos este animal representa el origen de su pueblo.
—Efectivamente, la loba Asena, es algo que aparece en el informe. El caso es que el movimiento que lidera Kenan Tahir, o el Lobo Gris, ha ido creciendo como la espuma, ramificándose en multitud de países, recogiendo acólitos y mercenarios dispuestos a darlo todo por su causa…
—Pero, ¿cuál es su causa?
—Ya sabe usted que la causa es lo de menos; de hecho, como en tantos otros movimientos terroristas, lo que se busca es el poder y la destrucción. Los ideales no son, en la mayoría de los casos, más que burdas tapaderas. Eso sí, el ideal que ha elegido este desalmado es algo que tiene mucho gancho entre determinados colectivos árabes: la unificación del antiguo Imperio otomano, la unidad de muchos de los pueblos árabes contra la opresión de las potencias occidentales.
—Ya, pero como ese loco hay miles por todo el mundo; unos se creen descendientes de Dios, otros destinados a cambiar el mundo… incluso algunos tienen miles de seguidores dispuestos a inmolarse el día elegido por su líder. Afortunadamente, la mayoría de estos desalmados no tienen ningún peligro más que para aquellos que caen en sus redes.
—Escuche, tal como le he dicho antes, se trata de una célula dormida, pero a punto de despertar. Si es verdad la mitad de lo que piensan los servicios de inteligencia, tenemos ante nosotros al movimiento terrorista más peligroso de toda la Tierra. Hace unos años estuvo intentando fabricar la bomba atómica. Parece ser que llegó a tener un reactor nuclear y agua pesada y que lo único que le faltó fue el uranio suficiente como para fabricarla.
Tomás se dio cuenta de que había infravalorado el potencial del Lobo Gris. La fabricación de la bomba atómica era de una complejidad tal que no estaba al alcance más que de un puñado de países en todo el planeta.
—Pero el asunto no queda ahí. Desde hace algún tiempo, el loco otomano anda buscando un arma destructora de origen mineral.
—No sé nada de minerales, ¿qué es, algo radiactivo?
—No lo sabemos y créame que eso es realmente inquietante. Sin embargo, debe estar muy seguro de su poder cuando tras varios años de preparación ha decidido por fin actuar.
—¿Qué ha hecho?
—Matar a dos profesores de Universidad de Munich. Eso y una serie de sospechas que podrían conectar a este chalado con algún genocidio en el tercer mundo.

—Escuche, o empieza por el principio o me voy a volver loco —dijo apurando la botella.

El Secretario de Estado se volvió a levantar y se acercó al gran ventanal de su despacho. Allí se entretuvo en admirar la hermosa vista de La Castellana que se desperezaba, con sus árboles pelados, aquel sábado de invierno.

—Hace cincuenta años, un arqueólogo alemán encontró algo alucinante… —El relato de Acosta repasó los datos que había leído en los informes de la Brigada Antiterrorista alemana desde Köerting hasta las muertes de Helmuth Güttec y Heinrich Mayer.

—No quisiera parecer desconsiderado, pero lo que me ha contado no me parece de un riesgo tan importante. Un loco que busca un tesoro, que ni siquiera sabemos lo que es, y que para ello mata a dos profesores en Alemania. Para esto no me llamaría usted a mí ni me pediría máxima discreción. ¿Por qué me cuenta todo esto? ¿Qué tiene esto que ver con mi trabajo?

—Lo que busca el Lobo Gris podría ser más letal que la mismísima bomba nuclear, podría ser la materia prima necesaria para desencadenar la temible reacción. Sabemos que esa materia prima, o lo que sea, está en España y también que su complejo entramado de confidentes y espías está persiguiendo a un español que podría tener las claves para hallarla.

El subinspector se quedó callado y con la quijada apretada. Acosta no quiso sacarlo de sus tribulaciones.

—¿Qué le hace pensar que debo actuar solo, sin ni siquiera comentar el tema con mis superiores?

—No tenemos ninguna duda de la integridad profesional de la inmensa mayoría de los efectivos de las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado, pero no queremos correr ningún riesgo. Está probado que la Organización de este fanático tiene ramificaciones en casi todos los países del mundo y que sus colaboradores no son, en ningún caso, personas de la calle o anónimas. Hay mucha gente que se vende por dinero y este desalmado maneja grandes capitales y también hay mucho loco que está esperando como agua de mayo a que cambie «el orden internacional», que los que ahora mandan se vayan a la mierda, que se acabe de una vez por todas con la predominancia de Occidente sobre el mundo árabe.

—¿Qué cree entonces que debo hacer?

—La persona que está llevando este caso en Alemania se llama Kaspar Roeder. Es el capitán de la Brigada Antiterrorista de ese país, que lleva varios meses tras la pista y que incluso ha conseguido grabar una conversación muy valiosa entre la hija del asesinado y un tal Pablo Luna, un joven profesor adjunto de Metalurgia de la Politécnica de Madrid. Es él el que nos ha avisado de la posibilidad de que el

artefacto mortífero esté escondido en España. Le he dado su teléfono particular para que le alerte en caso de necesidad y también le he pedido que venga a verle cuanto antes. Me ha confirmado que estará aquí el próximo jueves. Hable con él y trate de recuperar toda la información que haya sobre este movimiento terrorista.

Tomás Bueno asintió sin saber qué decir.

—Aquí tiene un visado de código rojo —continuó el Secretario de Estado— que, como sabe, le permitirá tomar el mando de cualquier expediente abierto que considere relacionado con esta operación. Entre tanto,

léase cuanto encuentre, que será casi nada, en los archivos de la Brigada Antiterrorista. Lo más importante es que sea absolutamente discreto. Tenemos que llegar antes que ellos hasta la guarida del dichoso artefacto.

27

Ankara, 30 de agosto de 1939

Ni siquiera habían podido contactar con Mustafá y daba la impresión de que él tampoco había hecho ningún intento de localizarlos. Era como si se lo hubiese tragado la tierra.

El doctor Tarük les recogió en el hotel a las seis de la mañana.

—He traído equipos antigás y analizadores aerostáticos, pero no he conseguido trajes especiales.

—¿Tan peligrosa cree que es la dichosa arsina? —Frank se encontraba incómodo en un asunto del que no sabía nada.

—Una dosis de 25 millonésimas es letal con menos de treinta minutos de exposición. Además, no sabemos si hay algún otro veneno asociado.

Cogieron el vehículo y se dirigieron, aún de noche, a Huyuc. Cuando faltaban escasos kilómetros se encontraron un control militar. Una valla impedía el paso con un cartel que ponía:

Paso interrumpido temporalmente Ejercicios militares

Tarük enseñó unas credenciales a los soldados y, tras unos instantes, se les permitió seguir.

Colocados en el suelo, vieron unos extraños objetos que el doctor identificó como detectores de gases tóxicos. Más adelante encontraron una patrulla merodeando con un jeep. Los soldados, aunque iban dentro del vehículo, llevaban unos rudimentarios trajes protectores y unas escafandras. Daba la impresión de que estaban rastreando en busca de más afectados por el escape de gas, personas o animales.

Cuando arribaron al campamento que desmantelaron a toda prisa, Tarük dejó varios medidores de toxicidad junto a las carpas.

—Vámonos —dijo—. No haremos nada más hasta mañana.

Frank arrugó la nariz. Sabía que no tenía mucho tiempo y eso suponía perder un día completo.

—Pero debemos estar a más de 10 kilómetros de la caverna —protestó.

—Toda prudencia es poca. Para estar completamente seguros, hemos de dejar que los analizadores estén en contacto con el aire al menos diez horas. Después, si los niveles de contaminación de aquí son bajos podremos acercarnos a la cueva con más tranquilidad.

Salieron por donde habían entrado y no se detuvieron hasta que llegaron de nuevo a la barrera militar.

Al pasar por allí les abordó un oficial que salía del único puesto de control.

—Buenas tardes. Ustedes deben ser los investigadores autorizados por Ankara.

Afirmaron sin mediar palabra. Ni siquiera Tarük parecía dispuesto a soportar los exabruptos que aguantaron el día anterior.
—Soy el capitán Nurko —les dijo ofreciéndoles la mano—. Estoy al mando de esta operación. ¿Les apetece un té?
El oficial tenía un talante atildado, muy diferente al que les mostró el gordote ceñudo del Hospital Civil de Ankara, de modo que aceptaron el ofrecimiento.
—No hemos encontrado a ningún otro afectado —anunció Nurko mientras les servía las bebidas—. Afortunadamente éste es un lugar deshabitado.
—Imagino que tendrán mapas, alguna cosa que les ayude a organizar la búsqueda —dijo Frank—. Nosotros no hemos sido capaces de hacernos con ninguna cartografía.
—Disponemos de mapas militares pero la escala es de 1:250.000. En realidad, nadie se ha preocupado nunca de cartografiar este lugar, no está cerca de ninguna frontera, no hay ningún movimiento de sublevación kurdo y apenas hay gente. Lo único que sabemos es que hay unas viejas minas abandonadas desde hace siglos.
—¿Minas? ¿Minas de qué? —quiso saber Köerting.
—De hierro o de cobre. ¡Yo qué sé! No debe quedar nada por extraer cuando las desmantelaron hace tanto.
Nurko extendió sobre la mesa un mapa donde había hecho algunas anotaciones.
—Estamos aquí —señaló un punto—. Por aquí deben estar esas explotaciones. Hasta ahora sólo hemos querido asegurarnos de que no hay nadie más afectado y de que no se trata de una actividad terrorista.
—¿Una actividad terrorista?
—Sí, una industria ilegal con fines terroristas o espurios.
—¿Y cuáles son sus conclusiones?
—Aún es demasiado pronto. Tenemos que encontrar el lugar de la fuga y hasta ahora lo único que hemos visto son unas tiendas de campaña que, si no me equivoco, deben ser su campamento.
—Efectivamente, ayer salimos a toda prisa y dejamos allí toda la mercancía pesada.
—En fin, habrá que seguir buscando. ¿Qué es lo que han visto ustedes?
—Nada. Sólo hemos ido a colocar unos medidores de nivel de arsénico —intervino Tarük—. Por cierto, ¿qué niveles de contaminación tienen aquí?
—Nada, absolutamente nada. Es posible que todo esto sea una falsa alarma. ¿Saben ustedes en qué punto se produjo la emanación?
—No estamos seguros, pero debe estar cerca de estos riscos —indicó Köerting, señalando un punto del mapa situado a unos 20 kilómetros

de donde se encontraban.
—Lo que temía —añadió Nurko—. No podremos acceder con el jeep.
—No se preocupe —repuso el doctor—. Nosotros lo haremos a primera hora de mañana, si los niveles de contaminación en el campamento nos lo permiten.
Nurko suspiró aliviado; en el fondo no le gustaba nada esa misión.
—Sin embargo, sería muy importante hacerlo con Mustafá —terció el profesor—. Él sabe la situación exacta de la cueva.
—¿Mustafá? —Nurko no sabía a quién se refería.
—Mustafá Saygun, es decir, Mustafá Talú, la persona que nos ayudó a conseguir los permisos y a reclutar a los voluntarios. Es un joven profesor de Ankara que también colaboró con nosotros en Siria hace algunos meses. Es muy extraño, pero no hemos sabido nada de él desde que salimos ayer del campamento.
—Escuche, profesor, le voy a dar un consejo con la mano en el corazón. De sobra sabe que este tema no es muy agradable para nuestros altos dirigentes. Más vale que traten de averiguar solos, y en el menor tiempo posible, qué es lo que ha pasado aquí, y luego se larguen antes de que alguien se ponga nervioso.
Cuando terminaron el té, el capitán les despidió con prisas y les dijo que no dejaran de informarle de cuanto hallasen en la zona.
A la mañana siguiente, los alemanes y el doctor Tarük volvieron a madrugar y llegaron al campamento cuando el sol aún no había salido; sin embargo, la madrugada apuntaba, sobre un cielo aún oscuro y sombrío, tenues evanescencias en el horizonte.
—¡4 miligramos por metro cúbico! —gritó Tarük al ver los niveles que marcaban los detectores que habían dejado la mañana anterior.
—¿Qué significa eso? ¿Es grave doctor?
—Es una barbaridad. Lo que quiera que sea la fuente de radiación contenía niveles de arsénico para matar a un regimiento. Imagínese, si a varios kilómetros del punto de emisión y casi dos días más tarde del brote, tenemos 4 miligramos de veneno cada metro cúbico...
—Significa que la fuente de emisión tenía el equivalente a cientos de toneladas de arsénico en su interior —aseveró el profesor.
—Entonces, ¿podemos acercarnos a la caverna? — inquirió Grauben.
—Sí, pero poco tiempo. El arsénico inorgánico se almacena fácilmente en el hígado, el riñón, el corazón y el pulmón, por lo que debemos evitar absolutamente trabajar sin la mascarilla y, por supuesto, beber cualquier tipo de líquido que no esté en un contenedor herméticamente cerrado. No será imprescindible usar escafandras porque este nivel de veneno no es peligroso para la piel. Aun así, no podremos permanecer aquí mucho tiempo. Cuando acabemos, debemos regresar rápidamente al hotel y limpiarnos el pelo y las uñas con estropajo.

Aquella mañana fue la única ocasión en la que el doctor les habló de la situación de los afectados en la expedición. Él había pasado la noche anterior en el hospital para estar al tanto y dictar órdenes sobre cómo actuar. Tras la muerte de los cinco chicos, otros tres que ni siquiera se habían acercado a la caverna habían ingresado ese mismo día con cefaleas, vértigos y vómitos, pero su estado, al parecer, no corría peligro. Nada se sabía de Mustafá, o al menos nada se les dijo.

Partieron a pie con las mascarillas hacia los riscos donde intuían que estaba la cueva. Grauben iba primero, cargado con una pesada mochila; tras él, el doctor, portando útiles de medición y distintos reactivos en frascos de vidrio, y el profesor el último, algo renqueante, ayudándose de una vara que usaba como bastón.

Tenían varios kilómetros de camino, casi todo en subida, por lo que tuvieron que parar a descansar en varias ocasiones para tomar oxígeno.

Cuando coronaron un cerro, Grauben dudó hacia dónde seguir. Él era el único que había estado al tanto de las zonas de rastreo de cada grupo de trabajo, su criterio era la única guía a seguir, pero sin Mustafá ni ningún chico, no tenía más remedio que intuir a la hora de definir.

—14 miligramos por metro cúbico —exclamó Tarük—. De seguir subiendo tendremos que retirarnos.

—¿No nos basta con las máscaras? —refutó el profesor jadeante.

—Estos artefactos no son infalibles y, además, a partir de 20 miligramos la cosa podría complicarse con afecciones de la piel.

—¡Es ahí! —gritó Frank—. ¡Hay un petroglifo!

A escasos diez metros había una roca vertical en forma de plancha de unos 2 metros de altura. Estaba removida y dejaba entrever una rendija que parecía ser la boca de una caverna. A ambos lados había dos piedras sin tallar con forma de agujas en cuya colocación no había lugar a dudas que había intervenido el hombre. Una de ellas tenía inscripciones muy borrosas.

—Muy bien, Frank, veo que vas aprendiendo. Ahora las ves antes que yo —bromeó el viejo.

Tarük puso el detector en la bocana de la gruta y esperó impaciente.

El profesor se acercó a la inscripción y se limpió las gafas para ver mejor. Frank transpiraba a raudales, las gotas de sudor le recorrían la frente como perlas.

—No hay duda —señaló el profesor—. Es hitita. Está escrito en *boustrófedon*.

—¿Cómo? —. El doctor no comprendía.

—*Boustrófedon* —recalcó Frank—, un tipo de escritura en el que escribían un renglón de izquierda a derecha y siguiente de derecha a izquierda. Es típico en el heteo, al igual que en el griego arcaico.

Köerting pasó el índice por las hendiduras de la roca, como si de un texto en braille se tratara.
—Te maldigo Istanu —un símbolo muy deteriorado le interrumpió unos instantes— por... matar a mi abuelo».
Grauben sacó la carpeta y empezó a anotar, Tarük estaba anonadado.
—Por cegar a mi padre —continuó el viejo— y por desatar... la cólera divina durante... treinta añosτ y ocho soles desde que fui coro

nado ω ρ.

Alguno de los grabados no se correspondía con ningún símbolo conocido, así es que el profesor se iba deteniendo en ellos para describírselos a su ayudante.

—¡Dios, qué fuerte! —exclamó Frank mientras escribía la cita y los códigos ignotos.

La segunda parte del grabado estaba aún más gastado, por lo que su transcripción era todavía más incierta. Aún así el profesor insistió.

«Yo no te usé, mi corazón está limpio. Cúmplase el mito divino del Espíritu Malo.

Murshili II Señor de la Escalera».

—Este asunto no me gusta —apuntó el doctor.

Sin embargo, Frank estaba eufórico.

—Es fantástico. El Istanu fue descubierto, entonces, en tiempos del

abuelo de Murshili, el rey Tutkhaliya III. Hasta ahora sabíamos que Tutkhaliya III había perecido en los brazos de su hijo Subbiluliuma cuando éste tenía quince años, e incluso sospechábamos que su defunción se relacionaba con una pandemia que azotó Hatti, pero nunca supusimos que tras su muerte estuviese el Istanu. Esto explica gran parte de los misterios de los *Anales* de Murshili II.

—Aclara que el pueblo hitita vivió al menos tres generaciones con la temible compaña del Istanu —manifestó el maestro—. No obstante, este texto está lleno de nuevos enigmas que pueden hacer tambalear todo lo que hemos construido hasta ahora en torno al conocimiento heteo: cóleras divinas, mitos de espíritus malos. Parece que a Murshili le gustan los arcanos.

—La cólera divina no es otra cosa que el poder mortífero del Istanu —repuso Frank —un invento revolucionario, un arma de destrucción masiva.

—Un invento que no controlaban —aclaró Köerting— que costó la vida hasta al mismísimo rey hitita que propició su uso. Seguramente también el propio Subbilulima fue pasto de sus llamas y, tal como dice el petroglifo, sus efectos duraron al menos veinte años durante el reinado de su hijo Murshili, que no hizo otra cosa que intentar desterrarlo para siempre. Son más de setenta años conviviendo con la bestia, una fiera abominable que no eran capaces de dominar; eso es la cólera divina.

Estaban agotados y recelosos, pero al mismo tiempo impacientes por averiguar qué se escondía tras la mole que les flanqueaba el paso.

—Deberíamos echar un vistazo ahí dentro —terminó sugiriendo el profesor—. ¿Qué dice el detector?

—Parece que se ha quedado en 16. En teoría podríamos pasar, pero no

deberíamos estar más de quince minutos porque resultaría peligroso.

—No esperemos más.

Frank se secó el sudor de la frente y pasó la mochila por la rendija. El agujero era tan pequeño que no cabía con ella puesta. Acto seguido irguió el cuerpo y pasó al interior.

—Adelante —se oyó retumbar su voz.

Al profesor le costó un poco más entrar porque estaba más grueso, pero al final, con la ayuda de Tarük, que le empujaba desde fuera, se introdujo en la caverna. El doctor pasó con el detector, que puso de nuevo a cero para medir en las entrañas de la tierra.

La luz era escasa y azul. Ante los tres se abrió una tremenda oquedad, tan grande que el fondo permanecía completamente en penumbra. Se oía un lejano ruido de movimiento de agua, como si por encima de ellos pasase el cauce de un río subterráneo o tuviesen cerca un manantial.

No era una cueva natural. Sus antiguos moradores habían labrado la roca hasta vaciar un hueco de un tamaño descomunal.

—Está realizada a cincel —apuntó maravillado el profesor. Con las herramientas de aquella época debieron tardar años y años en horadar esta piedra.

—Es como una catedral subterránea —añadió Frank.

Sobre las paredes aún se conservaban los soportes de las antorchas que debieron alumbrar a quienes trabajaban allí, unos herrumbrosos vástagos de hierro incrustados en los muros.

Dos espadas de hierro con empuñadura de cuero estaban apontocadas en una esquina de la entrada. Eran ejemplares magníficos, marcados por las batallas que libraron y por extraños símbolos que podrían ser sellos identificativos de sus dueños o el número de enemigos que doblegaron.

La vista no alcanzaba a más de un par de metros.

—¿Podemos encender fuego? —quiso saber Frank.

—Ni se les ocurra, no sabemos qué tipo de gas hay aquí. Si queremos ver mejor, tendremos que abrir un poco más la roca de la entrada. Eso, además, permitirá diluir mejor lo que quiera que haya aquí dentro.

Así hicieron. Ayudados de un tronco a modo de palanca consiguieron desplazar unos centímetros la mole pétrea y el resplandor del exterior iluminó parcialmente la cueva.

El fondo seguía sin verse, pero ya tenían una panorámica más completa del habitáculo. La estancia estaba presidida por un formidable recipiente ovalado.

—¡Qué maravilla, Dios Santo! —exclamó Grauben.

Sobre un lecho pétreo que servía seguramente para cargar la leña necesaria para la fusión, había un soberbio crisol, también en piedra,

cuyas paredes se levantaban verticales hasta 50 centímetros. El suelo de la vasija era inmaculadamente liso con una ligera caída a modo de desagüe hasta un lugar que estaba taponado por una piedra cilíndrica que se ajustaba a la perfección al agujero de salida . Debajo, unas pilastras con moldes en piedra de espadas y puntas de lanza y otros en madera con la forma de adornos y utensilios.
—¡La fábrica de la guerra! —exclamó el profesor—. He aquí la máquina de construir armas de hierro, aquí es donde calcinaban los minerales, donde les hacían perder el azufre hasta convertirlo en la materia más dura e indestructible hasta entonces conocida. Abajo ponían la leña para calentar y por el agujero obtenían el mineral en estado viscoso para su forja. Éste es el verdadero origen de la metalurgia del hierro, aquí se produjo su descubrimiento.
—Este artilugio diabólico hizo a los hititas invencibles en su tiempo —señaló Grauben al doctor, que permanecía abrumado.
Las paredes de la gruta acababan en una techumbre también pétrea, que se perdía en la altura penumbrosa.
—¿Qué mineral calcinarían aquí? —preguntó intrigado Grauben.
—La más común de las menas del hierro es la pirita —respondió Tarük—, en cuya calcinación se volatiza el anhídrido y se generaba ácido sulfúrico, que también es muy tóxico. Sin embargo, nada de eso tiene que ver con los gases encontrados en los pulmones de los chicos que entraron aquí. Sus niveles de sulfúrico eran inapreciables y, por el contrario, estaban intoxicados de arsénico.
—Luego no era la pirita el mineral que usaban de base.
—Hay un mineral llamado el mispíquel, que es en realidad una arsenopirita, pero su poder tóxico es extraordinariamente menor que el que se calcinó aquí
—Este lugar estaba destinado a calcinar pirita para fabricar hierro y ésa debió de ser su actividad casi exclusiva —intervino Köerting—. Es posible que en contadas ocasiones, y por razones de guerra, lo dedicasen a calcinar Istanu, lo que les resultaba extremadamente peligroso. La intoxicación de los chavales está relacionada con el Istanu, no con la metalurgia del hierro.
El lecho de fusión mantenía aún restos de ceniza apelmazada. El doctor cogió unas muestras y las metió en bolsas.
Continuaron avanzando hacia adentro entre las sombras. El suelo estaba repleto de utensilios de trabajo fabricados en metal: pinzas rudimentarias, canaletas, rascletas... todos herrumbrosos, esparcidos por la superficie, abandonados por sus antiguos usuarios. A medida que progresaban los soportes de las paredes eran más abundantes. Grauben se acercó a uno de ellos y se percató de que estaban hechos de hierro.
Un tibio haz de luz apuntaba hacia una esquina de la cueva. Procedía

de la bóveda, donde la roca parecía estar horadada.
—Debe ser la ventilación —apuntó el doctor—. No es posible que calcinasen minerales en una gruta sin tiro de aire.
Miró su cronómetro y advirtió que se les estaba acabando el tiempo.
—Salgamos fuera para inspeccionar los alrededores, aquí no podemos seguir.
Cuando llegaron al exterior, los analizadores no habían descendido. Las rocas que rodeaban la bocana se erigían majestuosas en vertical, infranqueables, empinadas hacia el cielo. Bordearon el pórtico y en la parte trasera encontraron una difuminada vía de acceso a la coronación. —Ahí detrás de esos matojos nace un camino —advirtió el viejo—. Debe ser la subida.
Accedieron a él retirando el follaje y encontraron lo que posiblemente habían sido en algún tiempo las escaleras de entrada al cenit del monte, pero estaban tan deterioradas que apenas se distinguían.
Subieron trabajosamente por el sendero empinado; las máscaras les impedían respirar correctamente, lo que dificultaba aún más sus movimientos. Al llegar arriba estaban los tres sin aliento y sudorosos. Se sentaron exhaustos y esperaron unos minutos para recuperarse. El lugar era inseguro, con una piedra que coronaba la montaña lisa y escurridiza y, tras ella, se abría un precipicio de una profundidad gigantesca.
Las cuatro esquinas de la roca tenían unos promontorios de formas similares.
—Son los puestos de los centinelas. Desde aquí podían ver si alguien se aproximaba a la fábrica de armamento y defenderla o avisar a los refuerzos, aunque estamos tan lejos de la frontera hitita que dudo que ningún intruso pudiese acercarse hasta aquí —señaló el viejo.
—Toda precaución era poca, tratándose del hierro.
Caminaron con cautela por la losa y se encontraron con unas hendiduras redondas de unos 20 centímetros de diámetro, una decena de agujeros que formaban un círculo. Rascando con un palo comprobaron que eran perforaciones, atoradas por el tiempo, que comunicaban la gruta con el exterior.
—El tiro de la cueva. Por aquí se debían expeler los gases de la combustión —vaticinó el doctor.
Frank golpeó fuertemente en uno de los orificios despejando el tapón que lo atascaba.
—Es verdad, es el respiradero —gritó.
Entonces, la alarma del detector de Tarük empezó a sonar estrepitosamente. La señal les pilló desprevenidos.
—Veinte, veinticinco, treinta —leyó el doctor—. Vámonos, rápido.
Bajaron los peldaños apresuradamente, tropezando con las ramas que se cruzaban en el camino mientras la bocina no paraba de repicar

presagiando la tragedia.
—Vamos, vamos, rápido —gritaba Tarük—. No se les ocurra quitarse las máscaras.
La trocha de bajada fue un calvario; atenazados por el aura del veneno letal, que les perseguía como un fantasma hambriento, tropezaron y se cayeron en varias ocasiones y se arañaron con ramas y piedras del sendero.
El descenso se hacía interminable, una carrera de obstáculos abominables acechados por una nube mortal.
Llegaron a la llanura desfallecidos y lastimados. Allí les esperaba el coche y nuevas mascarillas para desechar las que llevaban, seguramente colmatadas.
El doctor se sentó al volante y salieron sin perder tiempo.
—Ya podemos quitarnos las máscaras —afirmó al salir de la zona vigilada—, iremos al hospital. Estoy casi seguro de que no estamos intoxicados, pero debemos controlar inmediatamente nuestros niveles de arsénico. Respiren ahora profundamente para hiperventilar los pulmones.
Los alemanes obedecieron la orden. La camioneta abandonó los caminos de tierra para entrar en una carretera de asfalto.
—Busque alcohol en la bolsa que hay atrás —le dijo entonces a Frank. Deben ponérselo en todas las heridas y arañazos por superficiales que parezcan.
Tarük apuraba los kilómetros dominado por la inquietud.
—Me temo que esta zona va a quedar acordonada por mucho tiempo —continuó el galeno—. Se tendrá que abandonar toda actividad agrícola y ganadera y el agua de todos los pozos y manantiales que pasen por aquí cerca deberá ser clausurada
—¿También el agua? —Grauben parecía darse cuenta de la dimensión del problema que tenían delante.
—También. El arsénico orgánico tiene algunas formas solubles en agua que son tremendamente tóxicas y el inorgánico también.
—No puedo creer que ese veneno haya esperado pacientemente tres mil años para devorar a sus visitantes. Debemos estar ante un material sobrenatural —apuntó Grauben.
—Las emisiones incontroladas de anteayer y las de hoy tienen una explicación —respondió el doctor.
—¿Ah sí? ¿Cuál? —quiso saber el joven—, porque yo no soy capaz de adivinarla.
—El gas arsina se quedó atrapado porque la puerta de acceso estaba cerrada a cal y canto y el tiro obstruido. Se concentró en la capa baja, ya que la arsina es más densa que el aire y cuando los malhadados muchachos abrieron la roca de entrada lo inhalaron mortalmente. Al abrir la bocana, alguna de las toberas de arriba debió desatrancarse y

metió el gas en una corriente que provocó su fuga. Entonces se liberaron grandes cantidades de gas tóxico tanto por el acceso como por la ventilación, pero una pequeña parte pudo quedar obstruida en la capa alta de la cueva hasta que al desatorar otra tobera se produjo un nuevo impulso de flujo. Eso es lo que ha ocurrido hoy.

El auto devoraba los kilómetros hacia Ankara, tan rápido como le era posible.

—¿Quiere decir que el gas ha seguido ahí concentrado en la parte alta de la cueva, a pesar de haber ventilado hace más de dos días?

—Sí, la diferencia de densidad entre el aire y la arsina es tal que si no hay ninguna corriente, el aire puede mantener al gas como en una burbuja separada. Después, si por cualquier razón, se inicia el tiro, se rompe la burbuja y se expande.

—Luego el Istanu es ese gas, ¿no? —dijo Frank—, ¿Es eso lo que usaban los hititas para destruir a sus enemigos?

—No lo creo —terció el profesor—. El arma letal deben ser sus cenizas, aunque para producirlas haya que pasar por una peligrosa combustión. Una combustión que desprende arsina.

—Tenemos las cenizas —dijo el doctor señalando las bolsas que había recolectado—. Tal vez tengamos la respuesta a todas las incógnitas que buscamos.

—Dudo que esos residuos sean de Istanu. Es más probable que sean escorias de una metalurgia clásica del hierro.

—No entiendo nada —intervino Grauben—. ¿Cómo hacían entonces para fabricar el Istanu?

Hubo un momento de silencio mientras el profesor no paraba de mesarse la barba.

—Creo que ya lo tengo.

—Desembuche.

—En la fábrica que acabamos de visitar, los hititas calcinaban cotidianamente el hierro, pero llegó un día en que, al utilizar el mineral que habían traído de Nuhassé, que creían igual que el que empleaban normalmente, ocurrió una terrible desgracia: los gases de la combustión mataron a todos cuantos trabajaban en la forja y posiblemente a muchos de los que merodeaban en los alrededores.

—Porque calcinaron Istanu en lugar de pirita.

—Efectivamente. Los expertos hititas no podían comprender qué es lo que había pasado. Al ver que todo el que se aproximaba a la caverna caía enfermo mortalmente es posible que decidieran abandonar temporalmente la actividad. Más tarde, cuando los gases de la combustión se hubieron diluido completamente, se animaron a entrar en la fábrica y lo único que encontraron fue muchos cadáveres y unas cenizas.

—Las cenizas de Istanu.

—La cólera divina —repitió el profesor Köerting—. Esas cenizas no son el producto de una calcinación convencional, hay reacciones incontroladas que las hacen terroríficamente tóxicas o venenosas.
—¿Y qué hacían con esas cenizas? ¿Cómo las aplicaban contra sus enemigos?
—No lo sé, tal vez sean solubles en agua y pudiesen diluirlas en ríos o manantiales, tal vez al calentarlas expelan nuevos gases tóxicos. No podremos saberlo hasta que no las tengamos delante.
—Eso querría decir que los hititas descubrieron el poder del mineral de un modo accidental, al tratar de forjar el hierro para sus espadas.
—Sí, pero lo que parecía que iba a dar la superioridad absoluta en la batalla se volvió violentamente contra ellos y se convirtió en una bestia indómita y sin control. ¿De qué les valía tener semejante material si no sabían dominarlo, si cada vez que querían aplicarlo contra sus enemigos corrían el riesgo de perecer ellos mismos?
—¿Y cómo hacían para calcinar el mineral? —quiso saber Tarük—. ¿Cómo se protegían de la arsina que se desprendía antes de producirse las cenizas?
—Lo único que se me ocurre es que cuando lo que querían calcinar era el Istanu, preparaban la forja, la cargaban de leña y cuando la prendían se alejaban rápidamente hasta que se diluía por completo el gas tóxico.
El auto llegó a Ankara cuando la ciudad entraba en el letargo de la noche y sus luces se difuminaban y se apagaban. Grauben tenía los ojos hinchados y le lloraban continuamente; se había quitado las gafas y, presos de picor, no paraba de frotárselos.
—No se los toque, tiene conjuntivitis —le dijo el médico—. Es uno de los síntomas de la inhalación de polvo de arsénico.
—¿Estoy intoxicado?
—En principio no. Si no tiene ningún otro síntoma, como dolor de cabeza, vértigos o dolor al respirar, creo que sólo se trata de una pequeña afección. En todo caso, ya estamos llegando y en poco tiempo todo estará bajo control.
La camioneta aparcó en el hospital, el mismo que habían dejado un par de días antes, rotos por la tragedia. Estaban agotados y ligeramente mareados por la exposición al gas.
El sanatorio estaba vacío, era demasiado tarde, y hasta las urgencias parecían languidecer, vencidas por el manto de estrellas del cielo turco. Apenas un par de celadores atendían en la puerta la llegada del herido agónico o del paciente aquejado de un ataque agudo de apéndice o corazón. Pero Tarük se movía como pez en el agua. En pocos minutos ingresaron en una unidad de vigilancia y observación y poco a poco fueron apareciendo enfermeras y médicos.
El doctor les facilitó jabones y estropajos para que se lavaran mientras

preparaban el material de control. Los tres siguieron el protocolo del tratamiento de intoxicación y, tras pasar todas las pruebas, les acomodaron en una sala con máscaras de oxígeno a la espera de los resultados.
Cuando por fin se quedaron solos, les asaltó el deseo de comentar lo que habían vivido, de llegar hasta el final, de averiguar qué había pasado hacía miles de años en aquellos muros rocosos.
—¿Qué significado tiene el escrito sobre la roca que encontramos en la puerta de la cueva? —inquirió el doctor.
—Murshili II fue un emperador hitita y un notario de su tiempo. Escribió en tablas de barro los *Anales* que representan testimonios de la forma de vida de su época y algunas reseñas históricas. Por él conocemos que su abuelo, el rey Tutkhaliya III, murió en circunstancias muy extrañas. Su nieto lo describió como una conjura del oráculo, algo que ahora deberíamos interpretar como que fue envenenado por el Istanu.
—Lo que demuestra que el Istanu fue conocido al menos por tres generaciones —apostilló el anciano.
—Además —continuó Frank—, el mismo Murshili II habla en sus *Anales* de la cólera divina, al igual que lo que vimos en el petroglifo, como unas pestes que se prolongaron durante 20 años y redujo la población a un tercio en tiempos de su abuelo Tutkhaliya. Es más que probable que no se tratase de una peste, sino del efecto del mismísimo Istanu.
—¿Y quién era el padre, el que se quedó ciego?
Köerting negó con la cabeza.
—Yo creo que lo de la ceguera se dijo en sentido figurado. El padre de Murshili II fue precisamente Subbiluliuma y lo que pudo ocurrir es que el poder le cegó y le hizo perder la razón. Subbiluliuma fue un guerrero victorioso, tal vez increíblemente victorioso, lo que significa que usó y abusó del Istanu para sus conquistas hasta que de alguna manera el poder del mineral se reveló contra él.
Habían pasado varias horas cuando apareció un facultativo con unos papeles y una ostensible sonrisa.
—Ya lo ves, Tarük, eres duro como una mula, y tus amigos también.
Cuando el doctor analizó los resultados se contagió de la alegría de su colega.
—Bueno, todo está en orden, nuestros niveles de arsénico son insignificantes. Lo de esta tarde no ha sido más que un susto. Ni siquiera tendremos que quedarnos esta noche en observación.
Frank sonrió convencido de que, en su corta vida, nunca había estado tan cerca de la muerte, pero el profesor no quería perder tiempo.
—Mañana tenemos que ir a primera hora a una oficina de telégrafos —dijo con el rictus impertérrito—. Hay dos telegramas urgentes que

debemos enviar, no nos queda apenas tiempo y sólo hay dos personas en el mundo que pueden ayudarnos.
—Uno de ellos será Reeves, imagino —pronosticó su ayudante.
—Efectivamente, Steve Reeves nos debe aún los análisis químicos y bacteriológicos de los restos humanos y de las ofrendas divinas que encontramos en Nuhassé. Seguro que ya los tiene y puede enviárnoslos aquí. No tengo dudas de que lo que allí vimos está relacionado con las cenizas del Istanu.
—¿Es un forense? —quiso saber el doctor.
—Un químico forense, un verdadero especialista que ha realizado trabajos espectaculares con momias egipcias, algunos de carácter puramente biológico. Le enviamos un cajón con restos encontrados en Nuhassé, pero se perdió y no lo ha recibido hasta hace unas semanas. Quedé en que le daría nuestra dirección en Turquía para que nos enviara los resultados. —Yo llevaré las cenizas a analizar, aunque dudo que tengamos algún resultado en menos de una semana —añadió Tarük.
—¿Y el otro? ¿Quién es la otra persona que puede ayudarnos, profesor?
—Paul Stambrigde.
—¿Paul? Vamos profesor, Paul no ha pisado nunca un yacimiento hitita. Vale que es un hombre honesto, y que usted mismo le confió todos los tesoros que encontramos en Nuhassé, pero desde que murió John Gardstang lo único que ha hecho ha sido aprovecharse del prestigio que su predecesor había conseguido.
—Paul es aún joven. Es posible que tenga mucho que aprender, pero es un estudioso displicente y, además, es la única persona en el mundo que me habló en una ocasión de un tema muy particular.
—¿De un tema particular? ¿De cuál?
—Del mito hitita del Espíritu Malo, algo que él mismo había deducido de un modo indirecto y cuyo contenido no soy capaz de recordar. Cuando salieron del hospital, las sombras habían caído como una losa bajo el empedrado cielo de Anatolia. Allí mismo se despidieron hasta el día siguiente, les quedaba poco tiempo y mucho por hacer, les esperaba una noche corta, de desvelos, de luto por muertes injustas y de búsqueda de respuestas a preguntas escondidas decenas de siglos bajo la lápida del tiempo.

28

Madrid, 27 de febrero de 1994

Era un domingo de los que el cuerpo pide brasero y recogimiento, pero no estaba la cosa como para quedarse parado viendo la vida pasar.

De vuelta a Madrid, ya bien entrada la noche, habían hablado sin parar de Köerting, de Serafín y de José Segura, que había resultado ser el mejor testigo de cuanto pasó en aquellos años con el profesor y su amigo el doctor Caro. Conversaron de Frank Grauben, de sus pinturas y de sus peripecias durante la guerra y después de ella, cuando ya Köerting había desaparecido. A través de Segura supieron que Frank había estado yendo algunos años a la antigua casa del doctor, las primeras veces cuando aún vivía su maestro y después cuando ya no había nadie, ni el propio Serafín. Eso les hizo presumir que, por un tiempo, Frank tuvo una llave de la vivienda y quizás alguna amistad con el doctor Caro.

Rosa le llevó hasta el destartalado apartamento de la calle del Limonero y se marchó. Una vez allí no pudo evitar estudiar el libro de Paul Stambrigde que había cogido de la mansión de Toledo y compararlo con el que Heinrich le dejó en la estafeta de correos. Sentado en el suelo y bajo la triste luz de un raquítico flexo, se puso a hojear los dos libros, al mismo tiempo comparando todos sus detalles y anotando cualquier mínima diferencia. No fueron muchas pero había visto algunas, la más importante era un capítulo de ocho páginas que Stambrigde añadió a la versión original que se titulaba *La magia en el Imperio hitita.* Lo leyó con detenimiento sin que nada llamase su atención. Stambrigde se había limitado a describir algunos rituales mágicos o funerarios, el uso de todos los oráculos hititas, el significado de algunos mitos y algunas referencias escritas del sentido de las ensoñaciones. Nada del otro mundo. Por lo demás, se habían reemplazado algunos dibujos, tres o cuatro más en la segunda versión, y ciertos párrafos cambiados de orden. Una página despertó su curiosidad al ver en ella escrito el nombre de Rudolf Köerting. Hablaba de sus investigaciones en Anatolia y de su aportación al conocimiento de algunos mitos. Entre los dibujos nuevos aparecía uno hecho a plumilla que tenía por subtitulo *Representación del mito del Espíritu Malo*. Se trataba de una fosa en forma de hache mayúscula en la que en uno de los laterales se dibujaba una especie de hombrebestia, mientras que, en el otro, un individuo tumbado con aspecto de rey alargaba su brazo hasta tocarlo.



Representación del mito del Espíritu Malo

Estaba demasiado cansado, notó cómo los párpados le pesaban como plomos tras un día agotador. Miró el reloj y eran más de las tres de la madrugada.

«Por hoy ya está bien», dijo exangüe antes de caer rendido.

Se levantó antes del amanecer sin apenas haber dormido y se fue a desayunar a un cafetería cercana. En la barra encontró un diario, que miró desinteresadamente mientras le servían. La portada contenía una extraña noticia. Hablaba de Ali Agca, el turco que el 13 de mayo de 1981 había atentado contra el Papa en el Vaticano, disparándole tres tiros, ante más de veinte mil peregrinos.

Tal vez fue el origen turco del terrorista lo que llamó su atención. Últimamente, Turquía parecía haberse cruzado en su vida con los hititas, Köerting, Talú...

El titular era contundente:

El portavoz del gobierno búlgaro asegura que, revisados los archivos secretos de la policía durante el régimen socialista, «se demuestra que el gobierno de Bulgaria no estuvo implicado

en el atentado de 1981»

El asunto venía de lejos. El terrorista turco había atribuido la responsabilidad intelectual del atentado a un complot dirigido por servicios de inteligencia de los entonces países socialistas. Se le llamó «la Conexión Búlgara» debido a que, según la invención, habían

participado ciudadanos de esa nacionalidad.

Al principio nadie le creyó, pero la teoría se vio reforzada por la publicación en Estados Unidos de un libro llamado *The Time of the Assassins*.[62]

Sin embargo, la volatilidad en los testimonios del fanático, cuyos argumentos cambiaban cada poco tiempo, y el hecho de que el libro resultó contener hechos falsos y embustes, habían hecho creer a gran parte de la opinión pública que el gobierno socialista búlgaro nunca estuvo detrás del atentado. Tras trece años de idas y venidas, la noticia de aquel día trataba de zanjar el asunto con unas declaraciones oficiales del nuevo gobierno democrático de Bulgaria.

A las nueve y media de la mañana llevaba más de un cuarto de hora esperando a Rosa en el lugar convenido, la puerta de unos anticuados almacenes de Bravo Murillo. Estaba impaciente tamborileando una carpeta con los dedos cuando vio asomar su Volkswagen calle arriba.

—Mi hermano me mata, me encontré una nota ayer diciéndome que no se me ocurriera llevarme otra vez su coche.

—No será para tanto. Además, no tenemos otra forma de llegar hasta la casa de Julio en Cercedilla.

Rosa mascculló una protesta tan instantánea como una estrella fugaz.

—Todavía no entiendo cómo es que quieres ir a ver a ese tal Julio. Desde que te conozco no te he oído más que hablar mal de él.

—Julio es un profesor engreído y egocéntrico, pero es la única persona que puede ayudarnos. Además, hace años que me ha invitado a su casa y nunca he ido —ironizó.

[62] Escrito por Claire Sterling en 1983.

A pesar de lo plomizo del día, Pablo llevaba unas gafas de sol para disimular su magulladura.

—¿Estás mejor? A ver, quítate las gafas.

Cuando las retiró, asomó el moratón que aún bordeaba su ojo.

—Podría ser peor, por lo pronto veo perfectamente.

Salieron de la ciudad por el noroeste y rápidamente tomaron la carretera de Guadarrama a Navacerrada, una vía estrecha y empinada que se adentraba en la serranía. Un paisaje de moles graníticas y encinas se apoderó del campo en cuyas dehesas pastaban apaciblemente vacas y toros.

Al coronar un cerro dejaron el asfalto y se adentraron en un camino de tierra. Un cartel de «Propiedad Privada» trataba de disuadir a los extraños y, a lo lejos, el ladrido grave de unos perros invitaba a no molestar.

Se pararon junto a la verja de entrada y pulsaron el timbre y, como no lo oyeron, supusieron que sonaba dentro de la casa, que se adivinaba al fondo de la finca tras un campo de ciruelos. Los perros

intensificaron sus gruñidos, y uno de ellos, el que parecía más joven, se encaró ante los visitantes enseñando sus afilados colmillos.
Al poco apareció una señora de uniforme apartando a los canes.
—¿Qué desean?
—Venimos a ver al señor Vergara.
—¿Les espera el señor?
—No, pero dígale que Pablo Luna le necesita ver de inmediato.
La mujer se retiró arrastrando a alguno de los animales y, al instante, regresó con un manojo de llaves.
—El señor se acaba de levantar, pero me ha pedido que les haga pasar y les ofrezca un café mientras se prepara —dijo abriendo la tranquera.
Atravesaron un sendero con recelo porque alguno de los perros continuaba con su cantinela de amedrentamiento al visitante. Al entrar en la residencia, la luz del día se disipó, por lo que Pablo no tuvo más remedio que quitarse las gafas oscuras.
Había un ligero olor a incienso, como si acabase de celebrarse un oficio religioso. La señora les procuró café y asiento en un espléndido salón ovalado y con un muro enteramente de cristal orientado al jardín.
Pocos minutos más tarde, asomó el catedrático con batín, zapatillas y aspecto de estar recién levantado.
—Querido Pablo, ¡qué sorpresa verte por aquí! Debo suponer que tu visita no responde a mis continuas invitaciones porque en ese caso, supongo que me habrías avisado.
—Julio, te presento a Rosa. Disculpa esta intromisión pero es muy importante que hable contigo hoy.
Julio hizo un gesto despreciativo a la asistenta, que le había ofrecido un café.
—Me habrás traído al menos un ejemplar de tu libro, ¿no?
Pablo no respondió. En realidad no era una pregunta que esperase respuesta.
—¿Qué descubrió Köerting? —inquirió sin ambages.
—Creo que tomaré café —repuso en voz alta a la sirvienta cuando se marchaba a la cocina.
—¿Y bien?
—Francamente no lo sé, aunque puedo asegurarte que fue algo muy, muy importante.
—¿Podrías explicarte un poco mejor?
—Escucha, yo no soy periodista ni policía, soy investigador científico. No me interesan los chismes, ni tampoco jugarme la vida por meter las narices donde no debo. Éste es un asunto muy feo; si quieres un consejo, déjalo estar.
—¿Que lo deje? —protestó—. Por culpa de este maldito asunto han asesinado a un buen amigo y ahora están tratando de hacer lo mismo

conmigo.
Los gritos alertaron a los chuchos, que empezaron de nuevo a ladrar.
—Calma, yo también estoy afectado por lo de Heinrich Mayer, y eso que apenas le conocía, pero su muerte no viene sino a ratificar lo que acabo de decirte. Este asunto es peligroso.
Rosa dio un par de pasos para acercarse a Pablo y le señaló el ojo.
—Como ves, están dispuestos a todo. Si no llego a tiempo a su apartamento, hoy no estaría aquí.
Julio se atusó la perilla. El aspecto de Pablo le había pasado desapercibido, aunque su hematoma no dejaba lugar a dudas de que el peligro era real y estaba cerca.
—Hay una trama internacional tras la pista de algo que encontró Köerting —aseveró.
—Hasta ahí estoy al corriente y, si me apuras —dijo señalando su ojo morado— al doliente.
—No sé mucho más, los que secuestraron a Heinrich era verdaderos terroristas, posiblemente miembros de un movimiento fanático turco liderado por un exaltado que se hace llamar el Lobo Gris. Creo que pretenden reunificar todo el antiguo Imperio otomano o algo así. Buscan algo muy poderoso, algo que, según ellos, les permitirá cambiar el mundo.
—¿De qué se trata? —preguntó Rosa—. ¿Es un tesoro?
—No lo creo, más bien debe ser algo que hace poderoso a quien lo posee.
—¿Un arma? ¿De la época de los hititas? Vamos, hombre, no me hagas reír. —Pablo se mostró despreciativo.
—¿Conoces la teoría de Luis Bulgarini?
—¿Quién?
—Luis Bulgarini, un científico italiano que en 1949 aseguró encontrar la causa de las muertes misteriosas de aquellos que visitaban la cámara funeraria de Tutankhamón.
No hubo respuesta, sólo un silencio impaciente.
—Bulgarini —prosiguió — aseguró que los egipcios conocían el uranio y que utilizaban regularmente rocas que lo contenían para sus monumentos. Eso daría una explicación científica a la que se llamó la Maldición de Tutankhamón, ya que, según Bulgarini, los muros y los pavimentos de la tumba estaban cargados de este elemento radiactivo.
—Una cosa es conocer el elemento químico y otra es usarlo como arma.
—La tumba de Tutankhamón es la única que hemos podido destruir en los tiempos modernos. En realidad, es el sepulcro de un faraón de poca importancia y si no había sido expoliada como todas las demás fue, precisamente, porque su pequeño tamaño, y su situación junto a otras antiguas excavaciones la habían hecho pasar desapercibida. No

podemos saber qué había en el resto de enterramientos reales, pero no es descartable que todos hubiesen seguido los mismos patrones de seguridad.

—¿Seguridad? No te entiendo.

—Si hacemos caso a la teoría de Bulgarini, los constructores de la tumba habrían colocado la roca radiactiva aposta. Recuerda que en ésta en concreto se encontró un cartel que rezaba: «La Muerte rozará con sus alas a quien ose perturbar esta morada». Hoy sabemos que el uranio libera lentamente un gas tóxico que puede provocar la muerte.

—¿Los egipcios conocían la energía nuclear?

—¿Por qué no? No podían construir aceleradores de partículas, ni bombardear núcleos de protones, pero podían conocer las propiedades de los minerales radiactivos y aprovecharse de ellas. Además, Bulgarini ya no está solo. Hace unos años, otro investigador llamado Jamie Bigu, de la Universidad Laurentian de Sudbury, en Ontario, ha concluido un estudio, junto a científicos de la Autoridad de Energía Atómica de Egipto, sobre siete antiguos monumentos egipcios con resultados más que sorprendentes. —¿Qué resultados?

—Al menos tres de esos monumentos tenían concentraciones de gas radón extraordinariamente altas. El radón es un gas muy peligroso que se forma por descomposición del uranio. Pues bien, en la pirámide de Sakhm Khat en Saggara, al sur de El Cairo, encontraron más de cinco mil becquerel. Si te digo que por encima de doscientos becquerel se considera peligroso para la salud, puedes imaginar que estamos hablando de un arma completamente letal.

—Un momento —intervino Rosa—. Eso querría decir que los monumentos egipcios contienen concentraciones de minerales radiactivos y que, por tanto, podrían ser peligrosos para la salud, lo que sería espantoso para el turismo de ese país.

—¿Y por qué te crees que habría interés en ocultarlo si no es precisamente por eso? —inquirió Julio con despecho.

Rosa estaba estupefacta.

—¿Y dices que no era el único monumento en el que encontraron radón?

—Efectivamente. Si no recuerdo mal, en los túneles de Abbis y en la tumba de Serapeum, encontraron en torno a mil becquerel.

—Vamos, hombre, eso es una casualidad —dijo Pablo incrédulo—. Las rocas que usaban para sus monumentos tenían trazas de minerales radiactivos y ellos, seguramente, ni lo sabían.

—¿Por qué entonces se anuncia en la tumba del faraón que la Muerte tocaría a quien allí entrase? ¿Acaso no estaban anunciando que se encontraban en una zona altamente radiactiva y que tan sólo unos minutos allí serían suficientes para eliminar a cualquier intruso?

—Lord Carnarvon murió de una picadura de un insecto —apostilló

Pablo.
—Yo no estaría tan seguro. Los médicos que le atendieron eran reputados doctores, los mismos que dijeron durante su convalecencia que se trataba de una infección, y lo cierto es que no esperaban que eso le provocase la muerte. Luego tuvieron que buscar una causa de fallecimiento. —¿Quieres decir que ...?
—Por aquel entonces, no se conocían los efectos perversos de la energía nuclear.
—Energía nuclear; nunca he oído un disparate más grande. ¿Crees que es eso lo que persiguen los que han tratado de matarme? ¿Una piedra que desprende radón?
—Yo no digo nada, estoy tratando de buscar una causa racional a tanto interés por algo que lleva más de tres mil años enterrado y no se me ocurre otra.
—Claro, y ahora también me dirás que los egipcios tenían reactores nucleares.
Julio se levantó y se apostó junto al gran ventanal. La luz le hizo entornar los ojos, ya de por sí pequeños.
—Está constatado que hace años, mientras se realizaban unos trabajos de investigación en unas minas de uranio en África central, los ingenieros y geólogos a cargo de la misión encontraron valores altísimos de rayos gamma. Como la radiación de neutrones era anormalmente alta, llegaron a la conclusión de que se trataba de un reactor nuclear natural que, por desintegración espontánea, actuaba como una verdadera bomba nuclear.
—Bomba que no explosionaba, obviamente.
—En este caso no. Los productos de la fisión y los neutrones que se liberaban colisionaban con el mineral restante a una velocidad baja y, aunque generaban nuevas reacciones de fisión, lo hacían tan lentamente que la reacción completa duraría siglos. Pero no sabemos si esto mismo se ha podido producir a mayor velocidad en otros minerales ya extinguidos.
—Si el mineral estuviese extinguido no lo habría encontrado Köerting y tampoco estarían ahora tras él, ya que se habría desintegrado en los últimos cincuenta años.
—Sin embargo, estoy seguro de que algo descubrieron que les hizo invencibles durante un tiempo y que ese algo era un «fruto de la Tierra».
—¿Un fruto de la Tierra?
—Un mineral.
—¿Cómo puedes estar tan seguro?
—Como sabes yo no soy especialista en el Imperio hitita, lo mío es el Antiguo Egipto; sin embargo, conozco muy bien la única gran batalla que libraron egipcios e hititas.

—Sigue.
—La batalla de Kadesh fue la única contienda trascendente entre estos dos pueblos. Ocurrió en esa ciudad a orillas del Orontes en 1296 a. C. Según las crónicas de la época, fue un combate duro y sangriento en el que al final se impuso Ramsés II. Lo sorprendente es la importancia que el faraón dio a la defensa de Kadesh. A juzgar por el empeño que puso en ganarla y en lo orgulloso que estuvo de hacerlo se diría que no estaba simplemente defendiendo una plaza del extremo norte de su reinado. No hay más que ver las inscripciones de Karnak y las de Luxor contando su hazaña. Ningún epíteto para describir a su faraón les parecía suficiente: «El toro impetuoso y valiente hasta la eternidad», «El impávido cuya fama es grande en todos los países», «Él alcanza el fin del mundo y hace encoger las anchas bocas de los príncipes extranjeros», «Es como el león valiente, como el chacal que de un vistazo abarca toda la Tierra».
—No parecía muy modesto, estoy de acuerdo.
—No sólo se le alabó en vida, lo que por otro lado parece normal. Tras su muerte su pueblo continuó ensalzándolo. Las paredes de su templo funerario el Rameseum en Abidos están también repletas de alabanzas al soberano que regresaba victorioso de la guerra.
—¿Qué tiene eso de sospechoso? Los egipcios estaban agradecidos a un rey batallador que les libró de un enemigo, por más lejano que estuviese.
—Por ahí quería yo ir. —Los ojos de Julio se iluminaron—. Ramses II fue a Kadesh empujado por su pueblo, por las leyendas terroríficas que aún contaban los abuelos en Egipto y por el miedo a que «el Mal» destruyese el mundo.
—¿Leyendas? ¿Fin del mundo? Vamos Julio, esto es serio.
—Los egipcios creían que el abuelo del rey hitita Muwatallis[63] había tenido una potente arma con la que estuvo a punto de destruir toda la vida conocida. La nueva amenaza hitita, tras sesenta años de sosiego, les hizo revivir todas sus pesadillas: de nuevo los hombres de Anatolia volvían a ser invencibles. Cuando Ramsés II acudió a la batalla y les venció, hubo un júbilo tal que los egipcios explotaron en calificativos para su faraón.
—Bueno, los faraones eran casi divinos, de todos modos le hubiesen adorado.
—No de ese modo. La historia sólo conoce a dos personajes a los que su pueblo les llamó «El Salvador»: Jesucristo y Ramsés II. Lo que ocurrió en Kadesh fue algo más que una batalla. Estuve varios años tratando de averiguar qué hubo tras esa contienda y encontré la respuesta en una crónica de la época.
—¿Qué respuesta?
—Ramsés buscaba un mineral poderoso. Los hititas le llamaban Istanu

y los egipcios *El-Atón*. Así está representado en el jeroglífico.
—¿Un mineral? ¿Podría ser un veneno?
—La crónica egipcia dice que el Istanu hitita era una roca que quemaba a quien se acercaba a ella, por eso ellos la llamaron *El-Atón*, es decir, el sol. Yo sigo pensando que tendría algo que ver con el poder destructivo de la energía nuclear, pero no es descartable que se tratase de un veneno desconocido, si éste fuese tan potente que pudiese aniquilar todo cuanto se encontrase en su entorno.
Sonó a conclusiones de una clase magistral. El catedrático estaba acostumbrado a rematar la faena captando la atención de quien le escuchaba, y bien que lo consiguió.
—Así es que es eso lo que buscaban, el Istanu.
—Eso creo.
—Por cierto, ¿sabes cómo murió Güttec?
—Sí, fue envenenado con arsénico.
Pablo saltó como un resorte.
—¡Lo sabías! ¿Por qué no me lo dijiste cuando nos vimos en Colonia? —gritó—. Si no recuerdo mal me contaste que había fallecido de un infarto y plácidamente en su casa.
—Ya te he dicho que este asunto es muy feo.
La despedida fue fría y sobria en palabras, como si se hubiesen dinamitado los escasos puentes que les unían.
Cuando salieron de la casa, los perros seguían ladrando con fuerza, pero Pablo estaba tan concentrado en sus pensamientos que ya no se percataba del peligro.
De vuelta, el coche caracoleó por la carretera local en plena mañana. El domingo se había desperezado y un tibio sol se filtraba tras las nubes cargadas de agua.
—Estoy seguro de que andamos detrás de un veneno, el mismo que usaron para matar a Güttec y a Heinrich —dijo él, cuando estaban entrando en Madrid—. Debemos ir a mi apartamento para coger unos libros de metalurgia y mañana iré a la escuela a buscar en los fondos documentales la información que haya sobre los venenos más mortíferos que jamás se hayan conocido.
—No puedes ir a tu apartamento, te estarán esperando.
—No me queda más remedio. Entraremos cuando nos aseguremos de que no hay nadie merodeando alrededor.
Aparcaron en la recoleta calle de Daoiz y caminaron en silencio. La plaza del Dos de Mayo estaba calma como correspondía a una mañana de festivo a esa hora; unas madres charlaban mientras sus hijos jugaban en un columpio y un abuelo leía un periódico junto a su perro. Las estatuas de los héroes del levantamiento contra los franceses se erigían bajo el cielo gris surcado por una bandada de palomas.

Transcurrieron unos minutos de mutismo y espera en los que, apostados ambos tras un coche, observaron todos los movimientos en torno al inmueble donde vivía sin que hallaran nada extraño, ninguna sospecha de que alguien estuviese vigilando o pendiente de su llegada.
Un gesto les bastó para arrancar la marcha hacia el portal. Cruzaron la plaza a paso ligero y encarrilaron las escaleras sigilosamente.
La puerta estaba cerrada, nada parecía haberla forzado, pero aun así Pablo introdujo la llave con mucha precaución y la giró lentamente evitando molestar a quien pudiese haber dentro.
Dentro reinaba la calma; tampoco parecía que nadie hubiese entrado, porque todo estaba tal y como lo había dejado en su precipitada huida un par de días antes.
Dentro respiraron con tranquilidad; sin embargo, estaban tan atenazados por el miedo que apenas susurraban para comunicarse.
—No hay nadie —sonrió Rosa, y sus ojos color canela se escondieron tras las mejillas.
—Parece que no se han atrevido a venir, aunque no hay que fiarse.
Al pasar por el teléfono observaron que una luz roja parpadeaba marcando un dos intermitente.
—Hay dos mensajes —murmuró ella.
Pablo tragó saliva. Sabía que fuese lo que fuese, tendría que ver con todo lo que estaba pasando. Rosa le agarró la mano atemorizada, su rostro reflejaba una tensión indisimulable.
Pulsó la tecla de lectura y la cinta se rebobinó durante algunos segundos. El primer mensaje era del viernes a las seis y veinte de la tarde, según anunció una voz impersonal y metálica. Tras el pitido se oyó la voz de Bermudo que llamaba desde su despacho. Se le notaba inquieto, soliviantado.
—Esta tarde han venido dos hombres, dos sujetos extraños, eran extranjeros... con malos modos. Parece que buscaban algo en tu despacho...
No sirvió de nada la resistencia que trataron de plantar Bermudo y un estudiante que estaba con él, ya que los individuos pasaron de las buenas maneras a la violencia.
El contestador continuaba relatando que los intrusos habían forzado la puerta de su escritorio y que les retuvieron contra su voluntad en su interior mientras revolvían todo cuanto pillaban. Bermudo terminaba diciendo que le había llamado varias veces antes de dejarle el recado y que estaba preocupado por su ausencia.
—No vuelvas por el momento —concluyó con voz ahogada—, se llevaron muchos papeles pero creo que nada importante.
Cuando finalizó el mensaje, Pablo tenía un nudo en la garganta, no ya por miedo de sentirse perseguido, sino por Bermudo y su incorregible predisposición a protegerle. Se imaginó el trago que tuvo que pasar, la

angustia de sentirse secuestrado por dos esquizofrénicos, seguramente armados.
No tuvo mucho tiempo para pararse a pensar porque el segundo pitido anunció un nuevo aviso. Era del sábado por la mañana y quien hablaba era Robert Heintz. Su voz sonaba con eco, como si estuviera metido dentro de una cueva.
—Ya he averiguado el origen del mensaje encriptado —dijo con cierta parsimonia—. Aunque no deja de ser un juego de Rudolf Köerting que creó dos variantes artificiales, efectivamente tiene su origen en dos lenguas vecinas como sospeché, claro que no puedo entender por qué las eligió el viejo genio. Los textos de la primera, tercera y quinta línea —continuó— están escritos en íbero, la lengua que se hablaba en el centro y norte de España antes de la llegada de los romanos. Las líneas segunda y cuarta corresponden al tartesio, es decir, la lengua del sur de la península Ibérica en esa misma época. He estado pensando mucho en el motivo de la elección de Köerting y lo único que se me ocurre es que estas dos lenguas son coetáneas a la época de mayor esplendor del Imperio hitita que, como sabes, es la que estaba investigando el profesor.
La alocución terminaba con unos deseos fraternales para Pablo, que sabía que estaba en apuros, y un recuerdo emocionado a Heinrich Mayer, cuya sola mención le quebró la voz.
—Íbero, tartesio, está claro, Köerting vivía en Toledo cuando escribió esto.
—Vámonos, aquí estamos en peligro —apremió Rosa—, máxime después del registro que han hecho a tu despacho.
Pablo cogió el casete del contestador, no quería que pudiese caer en manos de otra persona si volvían a «visitar» su apartamento.
En unos segundos acopió algunos libros de metalurgia. Estaban a punto de salir cuando de pronto se le ocurrió algo.
—Espera —dijo volviendo a su dormitorio y salió con un libro enorme titulado *La prehistoria en España*—. Esto nos ayudará a traducir el texto de Köerting.
Salieron igual que entraron, de puntillas, conteniendo la respiración y en silencio. No pararon hasta llegar de nuevo al coche y desde allí marcharon a toda prisa hacia el nuevo refugio de Pablo, el apartamento abandonado de su tía.
Aquella fue una noche mágica. Rosa se inventó una excusa cuando telefoneó a su casa para no volver a dormir. Su madre se mostró comprensiva y hasta confidente, pero le advirtió que su hermano estaba furioso por lo del coche.
Cuando llegaron al apartamento no hubo traducciones, ni lecturas de metalurgia. El único colchón que poblaba el salón se convirtió por unas horas en un nido de amor y pasión. La rigidez del terror y el

miedo dio paso a la ternura y a las caricias. Las gargantas, atenazadas por unos corazones a punto de explotar, dejaron escapar gemidos de gozo y desenfreno. El cariño tendió un manto de pétalos de rosa y los cuerpos se fundieron en uno en perfecta comunión.

—Prométeme que te alejarás de todo esto cuanto antes —le susurró ella al oído cuando todo hubo acabado, mientras le abrazaba.

Pablo no le respondió, pero tampoco le hubiese oído, porque tan pronto como lo dijo cayó rendida en el más profundo sueño.

[63]Muwatallis fue hijo de Murshili y, por tanto, nieto de Subbiluliuma.

29

Boghazköy, 2 de septiembre de 1939
La noticia no podía haber llegado en peor momento. El profesor sostenía con rabia e incredulidad el diario *The Times* que el doctor Tarük le había traído de Ankara.

Alemania desafía al mundo e invade Polonia Las tropas alemanas entraron ayer en la frontera, en acción de guerra, y avanzan imparables hacia la capital

No por esperada, la información era menos decepcionante. Las puertas de entrada al país que le había acogido tras su salida de Alemania se cerraban violentamente ante sus narices; era como si la lacra nazi le persiguiese allá donde él fuera. Su vida se mecía al son de los fanáticos de su patria; una vez más se veía obligado a buscar un lugar donde refugiarse del Holocausto que ya nadie ponía en duda.

—¿Qué puedo hacer por usted? —le preguntó amablemente el doctor, que sabía que el profesor estaba igualmente obligado a abandonar Turquía en pocos días.

—Rezar —contestó el viejo.

Grauben tampoco estaba a salvo. Con Polonia ocupada podría regresar a Alemania (al fin y al cabo él era ario), pero en ese caso sería inmediatamente reclutado para los fines malévolos del régimen teutón y en poco tiempo se vería envuelto en una guerra por la que no sentía ninguna pasión patriótica, sino al contrario, una profunda repugnancia.

De repente, la largamente extendida guerra tomaba cuerpo y con ella revivían los planes inconclusos de cómo arreglárselas para sobrevivir. Durante meses habían temido en silencio que algún día se rompiera el cordón umbilical que aún les unía a Polonia; tal vez no habían llegado a pensar que el país iba a ser atacado por el ejército nazi tan pronto pero, en el fondo, ninguno de los dos contaba con volver. Nunca habían hablado a conciencia de qué harían el día que no tuviesen adónde regresar. A pesar del tiempo que llevaban juntos, para ellos seguía siendo un tema tabú, como si el mero hecho de mencionarlo fuera una especie de traición.

Aquella mañana tampoco fue una excepción. Igual que tantas otras veces, el viejo asimiló el golpe y se dispuso a trabajar como si nada estuviese pasando, mientras que Frank, que tenía más dificultades para fingir sus sentimientos, le siguió a la zaga cabizbajo.

Cuando llegaron a Ankara se dirigieron a la oficina de telégrafos.

—Encontrado petroglifo con referencia al mito del Espíritu Malo. Stop —leyó el funcionario sospechando que tenía ante sí a tres locos de remate—. Ruego respuesta urgente con información detallada sobre su

significado. Stop. Enviar al hotel Kirikkale de Kirikkale ¿es correcto?
—Lo es —aseveró Köerting—. Debe enviarlo a esta dirección a la atención del profesor Paul Stambrigde.
—Muy bien, señor.
—Tengo uno más —se adelantó de nuevo el viejo.
—No hay problema. Dícteme el texto por favor.
—Ruego me envíe con urgencia conclusiones de los análisis de Nuhassé... —dictó el profesor.
El funcionario volvió a lanzarles una mirada fugaz a mitad de camino entre desconfianza y perplejidad.
—Encontrada posible relación con gas arsina. Stop —continuó dictando—. Agradezco su opinión particular al respecto. Stop. Me alojo en el hotel Kirikkale de Kirikkale.
—Cómo no. ¿Me dice la dirección de este otro?
—Profesor Steven Reeves. Aquí la tiene.
Cuando acabaron, partieron hacia la zona contaminada con la esperanza de encontrar la fuente de Istanu que abastecía a los hornos metalúrgicos. Sabían que el tiempo se les agotaba y no tenían más que los viejos planos que les facilitó el capitán Nurko, donde figuraba la posición de algunas minas, todas ellas ya abandonadas.
Tarük ensayó su mejor papel de anfitrión en un intento de crear un buen ambiente. Le habían bastado unos pocos días para sentir afecto por los arqueólogos y cierta lástima por su situación de desamparo.
—Cuando acabemos hoy les llevaré al lugar donde preparan el mejor *doner kebap*[64] de todo el país. Les prometo que no olvidarán su sabor y menos aún si lo acompañamos de *börek*[65] y lo regamos con el mejor *rak*[66] del norte.
El profesor le devolvió una sonrisa triste a modo de agradecimiento.
Llegaron a una llanura desnuda donde el viento azotaba con fuerza. A lo lejos se divisaban calvas blancas que desde la distancia parecían bancos de arena o de caolín.
El profesor desplegó el mapa con puntos marcados y trató de orientarse.
Entonces oyeron el sonido de unos motores y vieron a lo lejos que se acercaban unos jeeps con soldados.
Era el capitán Nurko y, a juzgar por su rostro, no traía buenas noticias.
—Me temo que su tiempo se ha acabado —fue su fría tarjeta de presentación—. Nos acaban de informar en Ankara que han estado esta mañana enviando telégrafos al extranjero.
—¿Qué tiene eso de malo? —inquirió el profesor.
—Creo que no han entendido un carajo lo que se están jugando. Este asunto ha llegado demasiado lejos. Escuchen, yo no tengo nada contra ustedes pero han sobrepasado la raya y no me queda más remedio que

detenerles. Créanme, es mejor que se larguen antes de que este tema explote y les pille dentro.

—No hemos cometido ningún delito —replicó Grauben—. Estábamos explorando con un permiso en regla de sus autoridades y...

—Y nada, no ocurrió nada —gritó Nurko perdiendo la compostura—. Esto no ha existido, ¿entienden? Y en el caso de que no quede más remedio que revelarlo al exterior será bajo la forma de homicidio voluntario de dos extranjeros en nuestro país. Se están enfrentando a los estamentos más poderosos de Turquía, créanme, tendrán frente a ustedes a grandes abogados; aparecerán testigos dispuestos a declarar contra ustedes; habrá pruebas irrefutables que indiquen que prepararon a conciencia la muerte de esos chavales, todo antes de mostrar una nación peligrosa e insegura.

—Necesitamos un día más, sólo un día más.

—No es posible. Hay un barco de pasajeros que parte de Estambul con destino a Francia mañana al mediodía. Deben volver inmediatamente al

64 Plato de cordero que se prepara dando vueltas a un rollo de carne insertada en una estaca.

65 En la tradición culinaria turca, es el rival del arroz. Se hace con *yufka* (bases de pasta muy fina) rellena de carne y queso o espinacas.

66 Bebida nacional turca elaborada con uva destilada y aromatizada con anís.

hotel en el que se alojan y no salir de allí hasta que vayamos a recogerles. Entre tanto, no les está permitido telefonear al exterior ni enviar ningún telegrama.

Nurko se marchó sin despedirse, con la frialdad de un militar entrenado a bregar en situaciones comprometidas, pero les dejó seis soldados que les invitaron amablemente a tomar el coche e iniciar el camino de regreso.

Los milicianos tenían un gesto inanimado, exento de sentimientos. Blandían armas y, aunque no las apuntaban hacia ellos, se sobreentendía que estaban autorizados a utilizarlas.

Por un momento, Frank pensó que nadie les echaría de menos si en ese mismo instante aquellos hombres se encargaban de que desapareciesen del planeta, o que si alguien lo hacía, jamás nadie averiguaría que fueron aniquilados en aquellas sucias circunstancias.

En el camino de vuelta al hotel, los alemanes no hablaron. Tenían detrás a sus sicarios y tal vez temían que en cualquier momento les impusiesen un cambio de destino a algún lugar discreto y solitario para un ajuste de cuentas rápido.

Habían estado muy cerca, la Tierra se había abierto en carnes para mostrarles su malévolo secreto; tras años de intensa búsqueda casi pudieron tocarlo con los dedos, pero eso ahora poco importaba, el destino había torcido irremisiblemente su futuro y una amenaza real y

palpable les susurraba al oído un recado tenebroso. El principal objetivo era salir de allí cuanto antes y hacerlo sanos y salvos.

30

Madrid, 28 de febrero de 1994

Rosa dormía semidesnuda abrazada al hueco que había dejado Pablo, mientras éste la miraba de vez en cuando con un cariño infinito.

Era de noche, únicamente el flexo del salón proyectaba un cono de luz amarilla sobre el suelo, donde había desplegado sus libros.

En el tratado de prehistoria española había localizado unas tablas de conversión de los alfabetos prerrománicos de la península. Una a una iba apuntando las letras en un papel y, a cada paso que daba, aumentaba más su impaciencia. Las letras se iban desgranando y componiendo palabras con sentido.

—DOS. Ki, u da, de, l, a, s, te, r, s, ku, l, tu, r, a, s. Ciudad de las tres culturas —leyó—. ¡Está escrito en español! —agregó sobrecogido.

Rosa remoloneaba feliz bajo la manta que les sirvió de abrigo, mientras él no paraba de frotarse los ojos desconcertado.

—CUATRO. S, i, n, a, go, ga, ku, e, e, n, u, n, ti, e, m, po. Sinagoga fue en un tiempo.

Una fuerza interior le empujaba a seguir transcribiendo sílaba a sílaba, una voz de ultratumba le decía que estaba cerca del final.

—SEIS. Te, me, e, l, ka, s, ti, go, i, r, la, be, r, da, d. Teme el castigo, ir la verdad.

El corazón empezaba a acelerarse, tanto que podía sentir sus latigazos en todas sus terminaciones nerviosas.

—OCHO. E, l, r, a, bi, ka, m bi, o, s, u, n, o, m, be, r, e. El rabí cambió su nombre.

Estaba perplejo, las palabras parecían juguetear en su mente como cientos de artilugios mecánicos animados en un recinto cerrado.

—DIEZ. O, de, s, pe, r, ta, r, a, s, e, l mi, to, de, l, e, s, pi, ri, tu, m, a, l, o. O despertarás el mito del Espíritu Malo.

Necesitaba aire fresco, estaba tan excitado que hubiese corrido sin rumbo ni destino hasta agotar sus fuerzas, mas se conformó con salir, con ver la luz de un día que empezaba a insinuarse tímido y gélido.

Antes de partir miró a Rosa por última vez, observó sus dedos de violinista e imaginó sus ojos color canela ahora cerrados y comprendió que la vida tenía sentido, que había que vivirla intensamente apegado a un ser como ella.

Madrid era una helera, una estepa siberiana hiriente e inhóspita. Se adentró por callejuelas estrechas de minúsculas aceras y escaso tránsito. Por su boca se escapaban vómitos de vaho como columnas de humo que caracoleaban en su cara, efímeros, hasta desaparecer para siempre.

— Está en Toledo —musitó—. Sea lo que sea, Köerting lo guardó en

Toledo y allí lleva más de cincuenta años escondido.
Un par de hombres aparecieron al fondo de la calle caminando en sentido contrario. Lo hacían en silencio y enfundados en largos abrigos y bufandas, nada que le hubiese llamado la atención de no ser por todo lo ocurrido en los últimos días.
De repente, le vino una señal de alarma de un lugar remoto de su interior, una tétrica sirena de guerra anunciando un ataque mortal. Oteó en derredor y no encontró otra salida que el retroceso, volver sobre sus pasos, sin otra razón que el terror de un miedo desconocido e improbable, la lejana sospecha de cuanto se movía a su alrededor, la convicción, sin razones, de estar ante un peligro incalculable.
Corrió sin aliento por las sombras de la madrugada. Sus pies trémulos apenas soportaban su cuerpo, pero corrió sin volver la cara ni darle respiro a su pecho.
Cuando se detuvo percibió el olor de la adrenalina mezclado con una fina película de sudor helado sobre su rostro.
Estaba en Bravo Murillo, entre una muchedumbre que se apresuraba a ir al trabajo y con una claridad que vencía por momentos a las tinieblas.
—No es nada —se dijo—, simplemente estoy obsesionado. No tengo por qué temer.
Se confundió entre la gente y caminó con pasos cortos y veloces, receloso de cuanto le rodeaba.
Casi sin darse cuenta, apareció junto a la glorieta de Cuatro Caminos y recordó que era lunes y que, probablemente, ya podría recoger en el establecimiento de la calle Guipúzcoa la traducción de la carta que Köerting escribió a Rolf Schuemann.
Estaba de suerte, una infausta bombilla anunciaba que el local estaba abierto. Se adentró en el portal y encontró a la empleada que siempre atendía el negocio, aunque le sorprendió la animación que había a tan temprana hora, con grupos de jóvenes que aguardaban en el vestíbulo.
—Cuánta gente, tan temprano —dijo dirigiéndose a la señora, por decir algo.
—Es una academia de idiomas —le respondió—. La mayoría de la gente prefiere las clases antes de empezar el trabajo.
—Ah, bueno, le dejé un documento el viernes. Me dijo que podría recogerlo hoy.
La dependienta le miró contrariada, como si la premura de su cliente le crease algún problema adicional.
—No puedes esperar, por lo que veo —protestó.
—Ya le dije que era muy importante.
—Y yo te dije que el lunes, pero no a las ocho de la mañana. Pablo desplegó su mejor sonrisa, cosa que se estaba volviendo habitual ante aquella señora.

Con una desgana absoluta empezó a rebuscar entre unos papeles que había encima de su escritorio.
—No puedo asegurarte que Kraus los haya traducido. Le di el trabajo el viernes y me dijo que si tenía que pasar por aquí el domingo me lo dejaría, y que si no, vendría durante el día de hoy.
Los segundos se hicieron interminables. Pablo llegó a pensar por un momento que la mujer los alargaba voluntariamente para hacerse la importante.
—Tienes suerte —acabó diciendo—. Están aquí. Déjame que mire si está terminado el trabajo.
Se puso unas gafas que colgaban de su cuello y empezó a leer una nota manuscrita que estaba prendida con un clip a la traducción.
—Son cuatro mil pesetas —concluyó.
—No sabe cómo se lo agradezco.
La señora asintió con las gafas apontocadas en la punta de la nariz. En un sobre, junto al escrito en alemán por su puño y letra, le entregó el traducido. El papel se resbaló entre sus dedos como si estuviera recubierto de una fina capa de parafina, pero pronto comprendió que eran sus manos las que no atinaban a asirlo.
En un acto reflejo, apretó las yemas para proteger aquel tesoro y percibió que el tacto álgido de la celulosa penetraba en su piel congelándole el cuerpo.
Zarpó a toda máquina sin derrota, huyendo del miedo que tenía dentro, y cuando llegó de nuevo a Bravo Murillo se sintió como en mar abierto, protegido por el bullicio correoso de un día laborable en el barrio de Tetuán.
Entró en el primer bar que encontró, una pequeña cafetería atestada de gente que olía a café y a humo de tabaco y en un rincón de la barra desplegó el papel de la traducción y lo leyó:

Toledo, 13 de septiembre de 1943

Estimado Rolf:

Corren malos tiempos para los hombres de bien y créeme que más

lo siento por Serafín que por mí mismo. Al final he llegado a la conclusión de que soy yo quien atrae a los demonios, y que, esté donde esté, nunca estaré a salvo mientras dure esta guerra y yo sea judío.

Han pasado cosas extraordinarias desde mi última carta. Una vez más, tengo que agradecérselo todo a mi buen amigo Serafín, que me acogió en Toledo como se acoge a un hijo y con su cariño y su fortaleza de espíritu pude olvidar pronto el mal trago que pasé en Londres.

Una mañana de febrero apareció por esta casa Frank. Fue uno de los momentos más emotivos de mi vida. Tras casi cuatro años sin saber apenas nada de él, le encontré como un reflejo de mi propia

persona, como el hombre que siempre me había seguido y que tuvo que aprender a vivir en soledad por culpa de la maldad humana.

Le abracé y le besé como a un hermano y lloramos un largo rato en silencio. Después de contarme de qué modo había conseguido sobrevivir, que fue gracias a su talento natural con la pintura, me convenció para que fuésemos una última vez a Turquía para llevar a Istanu a un lugar donde nadie pudiese perturbarlo.

Hace unos meses, por fin, fuimos a Turquía en un viaje que nos sufragó Serafín, siempre tan entusiasta con cuanto yo pedía.

Allí buscamos a nuestro antiguo colaborador Mustafá. Él fue el que nos consiguió el permiso en Siria y el de nuestra última y funesta misión en Boghazköy, donde pudimos constatar el terrible poder de Istanu al segar la vida de unos inocentes chavales. Sabíamos que era profesor de Arqueología en Ankara y, aunque en este último viaje ni siquiera pudimos despedirnos de él, pensamos que nos sería útil para sacar el arca de su guarida sin riesgos y llevarlo a un sitio seguro.

Ése fue nuestro gran error.

Tras casi cuatro años sin saber de él, Mustafá nos recibió espléndidamente; le explicamos nuestro propósito, le hablé del arca y de la necesidad de ser discretos y en pocos días dispusimos no sólo de un nutrido grupo de colaboradores predispuestos a trabajar con el mayor sigilo, sino también de los medios necesarios para hacer el transporte.

Entonces supimos que había pasado un año en presidio tras el accidente de Boghazköy. Le pregunté por qué fue a la cárcel si él no fue culpable de aquella desgracia y me respondió con extrañas ideas de complots, fuerzas del mal e ideales de libertad de los pueblos. En ese instante me di cuenta de que el joven turco se había transformado en un ser desconocido; no únicamente su aspecto y su apellido habían cambiado, él se había convertido en un ser fanático, muy peligroso e intransigente. Frank lo vio desde el principio, y yo nunca le creí hasta que pude verlo con mis propios ojos.

Aunque nunca me lo dijo, supe también que su única obsesión era encontrar el Istanu y hacerse con él con oscuros propósitos. Él sabía que yo era la única persona en el mundo que conocía su paradero por lo que trató de sonsacármelo. Suerte que no estuvo con nosotros en los primeros días de septiembre del año 1939 porque confieso que en aquellos momentos le habría confiado el escondite del arca.

La principal conclusión que saqué de aquel viaje es que no podía cargar sobre nadie, más que mi persona, la responsabilidad de conocer el nuevo paradero de Istanu, que eso sería complicar la existencia de los que me rodeáis y arriesgar sin motivo vuestras vidas.

Con ese único propósito urdí un plan: pedí a Frank que me abandonase una vez más, que me dejase solo. Le dije otra vez que su

vida era más valiosa que la mía y le obligué a partir tres días antes que yo del puerto de Estambul con destino a Túnez. Frank refunfuñó, pero sabía que no podía discutir. Desde entonces no he vuelto a saber nada de él.

Prometí a Mustafá que le llevaría hasta el refugio pero le convencí de que era necesario que se hiciese con equipos de protección para las emanaciones tóxicas, al menos una docena, así como medidores de emisiones. Sabía que el único sitio donde los podía encontrar era en Ankara y que hacerlo le llevaría al menos dos días, el tiempo suficiente como para hacer el trabajo sin él.

Tan pronto como partió con destino a la capital, hablé con los porteadores y les propuse duplicarles el sueldo si en menos de veinticuatro horas cargaban el arca de Istanu sobre un camión con un remolque especial de madera y pizarra para conservarlo frío. Afortunadamente, y gracias a Serafín, lo que menos nos faltaban eran recursos económicos.

Aceptaron. Trabajamos toda la noche sin descanso y antes del amanecer partí con el camión rumbo a Estambul sin dar más pistas a nadie de hacia dónde dirigía mis pasos.

Desde entonces tampoco he sabido nada de Mustafá, aunque me temo que estará furioso conmigo.

Así han pasado los últimos meses, y sin embargo...

Noto cómo el tiempo se escurre entre mis dedos. Ahora tengo miedo de desaparecer sin que nadie en este mundo conozca el secreto. Tengo miedo, miedo a hablar y miedo a callar.

Después de mucho meditar he llegado a la conclusión de que debo hacer algo que permita encontrar a Istanu cuando yo no esté, pero sólo después de que acabe esta absurda guerra. Nada mejor que dos mitades, inservibles por separado, que al unirse señalen el camino, dos mitades que sólo podrán unirse cuando las personas que las poseen puedan juntarse y eso será cuando la guerra haya acabado.

Guarda tu clave encriptada. Frank guardará la otra.

Cuando esta locura haya finalizado, sólo entonces, Frank entrará en Alemania y te buscará, sólo entonces podréis recomponer las dos mitades y de ese modo hallar el arca.

Algún día lo desvelaréis, debéis hacerlo antes de que lo hagan otros. Ante vuestros ojos se abrirá en ese momento el vientre malévolo de la Madre Tierra, el mismísimo infierno de Satanás. En vuestras manos quedará el uso que de él pueda hacerse.

Mis fuerzas se agotan. Percibo que mi vida está en peligro y quiero afrontar la muerte sin causar daño. Ha llegado la hora de que os dé el relevo, del único modo que no pone en riesgo vuestra vida, porque por separado lo que os entrego no tiene valor.

No hay palabras que describan mi agradecimiento por cuanto has

hecho por mí en los últimos años. Sé que tampoco necesitas esas palabras porque la amistad es silenciosa y su magnetismo invisible.
Te deseo lo mejor para el futuro y no dejes de luchar por el mundo en el que crees.
Rudolf

Cuando el camarero le preguntó qué iba a tomar, una lágrima escurría por su mejilla. Tragó saliva sin poder articular palabra y otra lágrima brotó, empujada por una fuerza incontrolable.

—¿Se encuentra bien? ¿Puedo ayudarle? —le preguntó el empleado. Negó incapaz de responder y se marchó sin tomar nada. Regresó a casa con el corazón encogido. Conocer el trágico final del

judío expulsado de España apenas dos meses después de escribir esa carta daba a la historia de su existencia tintes de dramatismo y heroicidad. Rudolf Köerting entregó su vida sin revelar el secreto para salvar la de sus semejantes, evitando de ese modo una masacre.

El camino de vuelta parecía un túnel infinito, un principio sin final. «Tengo que encontrar la otra mitad —se dijo—, la que confió a Frank Grauben; tengo que encontrar su herencia o a sus herederos y averiguar qué hizo con las claves de Köerting.»
Llegó al apartamento sin aliento y halló a Rosa acostada pero despierta.

—Tenemos que volver a Toledo —le dijo mirándola a los ojos—. Sé dónde está la otra mitad.
Rosa le observó incrédula. Recién despierta, estaba bañada de un irresistible halo de ingenuidad.
—No fastidies —se limitó a murmurar acurrucándose.
—Escucha, no vas a creerte la historia de Köerting y su ayudante —le dijo al tiempo que le mostraba el papel traducido.
Se lo leyó mientras ella se frotaba los ojos tratando de tomar contacto con la realidad, se lo leyó parándose en cada párrafo y buscando su mirada cómplice en unos hechos empolvados por el tiempo, que ahora se escapaban del olvido por las rendijas de sus renglones temblorosos.
—La otra mitad se la dio a Frank Grauben, ¿lo entiendes? Tenemos que volver a Toledo, ahora tengo claro qué debemos hacer —sentenció.
—Pero yo tengo clases esta tarde.
Pablo torció la boca, podría haber conseguido un coche o la manera de ir a Toledo por cualquier otro medio, pero no quería separarse de ella, era como si su presencia le infundiera fuerzas, como las pilas de un juguete inanimado.
Rosa calculó las consecuencias de no acudir a sus clases por un día. No estaba acostumbrada a hacerlo, pero eso se debía a que nunca estaba enferma y tampoco tenía nunca nada mucho más importante que hacer.

Escrutando a su compañero, comprendió que se encontraban claramente en el segundo caso. Además, el «tenemos que volver» y el «qué debemos hacer» que le había dicho sonaron a halago y a sentimiento de equipo inquebrantable, a algo sobre lo que no cabía discusión alguna.
No hicieron falta más carantoñas, ni explicaciones. Lo bueno de estar tan unidos es que habían creado un lenguaje hermético sin palabras, una forma de entenderse que con un solo gesto podían transmitirse señales ininteligibles para cuantos estuvieran a su alrededor.
Antes de salir dejaron resuelto el tema de las clases. Rosa llamó a las madres de sus dos alumnos y se excusó secamente, sin querer poner pretextos o falsas excusas. Tampoco se las pidieron.
También habló con su hermano, que estaba más calmado tras el fin de semana sin coche. Le dijo que no lo necesitaría hasta el miércoles pero que entonces se tomaría una semana completa antes de volver a compartirlo.
No había coronado aún el sol las buhardillas de aquel barrio de calles estrechas y húmedas cuando estaban ya montados en el viejo Volkswagen de Rosa con Pablo al volante.
Apenas hablaron en el trayecto, el coche iba devorando los kilómetros sin más soniquete que el de su propio motor; tan sólo Rosa mencionó en una ocasión lo que los dos no dejaban de pensar.
—Pobre Köerting —suspiró.
La figura del viejo profesor había tomado cuerpo y estaba tan presente que casi podían palparla. Acababan de colocar la última pieza del rompecabezas de su vida, un puzle lleno de piezas angulosas y con aristas, un triste deambular empujado por las circunstancias y acosado por la guerra, una existencia de giros inesperados, de éxitos y fracasos. Aquella carta a su único amigo en Alemania, testamento de sus últimas voluntades, preludio de su muerte de la forma que él mismo había predicho, detallaba claramente el camino que se debía seguir, la senda que él mismo dejó marcada.
Cuando el vehículo asomó por la Ciudad Imperial estaba cargado de energía. Sus ocupantes se sentían pletóricos, deseosos de atisbar el chicote del cabo que les permitiese seguir la pista, el derrotero que les condujese al velo que tapaba el ansiado secreto. No sabían qué era lo que tenían entre manos, pero percibían su aroma, lo notaban tan cerca que creían escuchar un susurro reclamándoles su exhumación.
Pasaron junto a la imprenta Segura y vieron que la puerta de acceso al negocio, junto a la vivienda, estaba abierta. Aparcaron en la plaza cercana y se asomaron al mostrador de entrada. Olía a cuero curtido y a tinta. José Segura padre estaba en el centro de la nave revisando unas planchas y dando instrucciones a un operario. Cuando vio a Pablo, dejó lo que estaba haciendo y fue hacia él.

—No les esperaba por aquí, ¿qué se les ofrece?
—Tenemos que encontrar las pertenencias de Frank Grauben. Usted nos dijo que solía aparecer por la casa —sentenció Pablo.
Segura entornó sus ojos azules como queriendo enfocar mejor la realidad que tenía delante.
—¿Tienen que qué? No entiendo.
—Tal vez pueda decirnos cómo hacerlo, tal vez sepa quiénes fueron sus herederos o dónde estaba su última residencia. Si fue aquí, tal vez alguien pueda ayudarnos.
El impresor los miró de arriba abajo.
—Su aspecto ha mejorado, aunque no su atrevimiento —respondió con un tic de insolencia.
—Es un asunto importante.
—Ya me lo dijo ayer. Son arqueólogos que tratan de restituir la memoria de Rudolf Köerting, ¿no creen que están llegando demasiado lejos en un simple trabajo de investigación?
—Está bien, no es un simple trabajo de investigación, hay algo más. —No podía ser de otra manera. Ahora ya sé que no juegan limpio, ¿qué es lo que quieren de mí?
Hubo un momento de silencio. Pablo no encontraba el modo de reconducir la situación.
—¿Ha oído hablar de Heinrich Mayer? ¿O de Helmuth Güttec? El viejo negó.
—Son personas que han sido recientemente asesinadas —añadió tragando saliva—. El primero de los dos era un buen amigo mío. Las personas que los mataron iban tras algo que descubrió y ocultó Rudolf Köerting. No puedo saber de qué se trata, pero estoy seguro de que su uso sólo puede causar muerte y dolor.
José Segura respiraba acompasadamente con sus ojos clavados en los de Pablo.
—Debe creerme —concluyó el joven.
Una prensa arrancó con un monótono crujido tras de ellos. Segura alumbró una mueca de conformidad, una leve señal de confianza en quien tenía delante.
—No tengo ninguna llave. Ya le dije ayer que apenas llegué a conocer al último inquilino. Además, no creo que encuentre nada suyo aquí. Frank Grauben sólo utilizó la casa muy esporádica y fugazmente y siempre lo hacía ligero de equipaje.
—¿No puede saber dónde vivió?
—Vaya al Registro. Si Frank fue su propietario, allí podrán decirle a quién se la dejó en herencia. Tal vez esa persona pueda ayudarle.
El consejo parecía bueno. En todo caso no tenían ninguna otra forma de acercarse al legado del arqueólogo alemán, de modo que agradecieron los consejos a José Segura y partieron hacia la susodicha

oficina.
Caminaron deprisa por calles estrechas y empinadas, como si el demonio del pasado les fuese pisando los talones. Rosa, de paso más pequeño que su compañero, casi corría a su lado. El casco antiguo era una encrucijada de callejuelas retorcidas donde resultaba fácil perderse.
El Registro de la Propiedad estaba en una vivienda amplia y tenía un mostrador en la entrada donde no había ningún cliente esperando, tan sólo el señor que atendía al público. Nada más llegar fueron atendidos.
—Queremos saber quién es el propietario de la casa que hay en el número seis de Martín de Lara.
El funcionario les observó por encima de sus gafas de pasta gruesa como quien mira a un gusano.
—¿Con qué intención lo quieren?
—Queremos comprar —se adelantó Rosa.
A Pablo le pilló desprevenido, por lo que la miró con las cejas apuntando al cielo y ella le devolvió una sonrisa.
—Nos han dicho que está abandonada y nos encanta. Toledo es fantástico —concluyó.
—Lo que quieren es una certificación catastral, ¿no?
—Sí, eso, eso.
—Deben rellenar este formulario y dejarme un documento de identidad. El certificado vale tres mil pesetas.
Los dos asintieron, pero el empleado se quedó plantado como un pasmarote, sin mover un solo músculo hasta recibir el dinero.
Entonces Pablo le pagó y el individuo desapareció.
Pasaron varios minutos en los que supusieron que el hombre estaba buscando en alguno de los enormes archivadores que poblaban las grandes paredes. Cuando, al rato, volvió lo hizo con una pequeña cartulina entre las manos.
—El inmueble está libre de cargas, pero el propietario no vive aquí.
—¿Ah, no?
—No. Vive en Denia, Alicante, y no tiene ningún teléfono inscrito, sólo la dirección.
—Y, ¿cómo se llama?
—Grauben, Frank Grauben.
—No puede ser, tal vez tenga la dirección anticuada. ¿No es posible que haya una anotación posterior? Ese señor debe haber muerto hace mucho.
El empleado miró el revés de la cartulina buscando alguna información adicional.
—No, señor, el propietario es este caballero. El último recibo del impuesto de bienes inmuebles está abonado por él mismo hace menos

de tres meses, por transferencia bancaria desde Denia.

31

Ankara, 3 de septiembre de 1939

Los primeros rayos del día sobre los sobrios muros del hotel Kirikkale certificaban la expulsión irremisible de los arqueólogos alemanes de Turquía.

Desde la tarde anterior, una patrulla de militares custodiaba a cal y canto el hotel, controlando todos sus movimientos. Köerting, que apenas había dormido, estaba asomado a la ventana de su habitación, desde donde se veía un horizonte sangrante, degollado por un tibio sol naciente.

El viejo entornó los ojos para mirar de frente al débil astro que escasamente asomaba sus hilos amarillos en la lejanía y supo que aquéllos eran los últimos rayos que recibiría del sol turco. Percibió que el rey del cielo remontaba las montañas del oeste como si fuese el tren imparable e impertérrito en el que irremisiblemente debía montar.

Entonces sonó la puerta.

—Profesor —era Grauben—, creo que le interesa esto. Le mostró un telegrama arrugado que tenía en la palma de la mano,

mientras le miraba con la expresión del deber cumplido.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Lo importante es que lo he conseguido. Es de Paul Stambrige. El viejo lo miró con los ojos barnizados de lágrimas, incrédulo de cuanto estaba pasando.

El teletipo estaba sin abrir, una prueba más de la fidelidad de su ayudante. Köerting lo abrió y lo leyó:

El mito del Espíritu Malo es una tradición ancestral hitita. Sólo después de la muerte puede salvarse un espíritu maligno. Si no se hace, su perverso poder perdura durante siglos haciendo el mal a todo cuanto puede. La única salvación consiste en enterrarlo en fosa con brazo común, junto a un hombre bueno. Esta fosa tiene, normalmente, forma de H.

Paul Stambrigde

Frank lo leyó una vez más tratando de memorizarlo.

—Debo destruirlo, si lo encuentran nos matarán.

El viejo asintió sin mirar y Grauben lo rasgó tantas veces como pudo antes de tirarlo a la papelera.

—Murshili II mandó grabar en la piedra «Cúmplase el mito divino del Espíritu Malo» —masculló el viejo.

—¿Qué cree que quiso decir, profesor?

—No sé.

Pasaron segundos vacíos antes de que el viejo retomase la palabra.

—Un momento, antes de eso escribió «Yo no te usé, mi corazón está

limpio». ¡Está claro!
Para Frank no era tan evidente.
—Se enterraron juntos —concluyó Köerting—. El rey pidió ser enterrado junto a Istanu, de ese modo enterraba igualmente la maldición y con ello acababa con su maléfico poder. ¡Estamos tan cerca!
—Tal vez sea mejor así; dejemos dormir a la bestia, lleva miles de años tapada, no perturbemos su sueño ahora que tanta gente nos acecha. Si la localizan estos soldados no podremos asegurar que se haga un buen uso de ella.
—Si no la encontramos nosotros, lo harán ellos. Hemos de ganar un poco más de tiempo.
—No podemos, profesor, nuestra vida está en juego. Se han acabado nuestras oportunidades. Van en serio.
—Tú eres joven y tienes mucho camino por delante; sin embargo, mi vida no vale más que la de miles de seres humanos.
Frank le miró estupefacto.
—No hay más que hablar —remató el viejo—, iré yo solo. Cuando vengan a por ti trata de entretenerles lo máximo posible para que no vayan a buscarme de inmediato.
—Profesor, no permitiré que...
—Escúchame bien —ordenó Köerting agarrando a su ayudante por los hombros—, no podemos dejar que lo que quiera que sea ese maldito Istanu caiga en manos extrañas. Tampoco podemos ir juntos, ya que si yo no lo consigo será de tu entera responsabilidad preservarlo de las manos del mal. Además tienes una misión importantísima, tienes que darme tiempo, distraerlos, para que yo pueda hacer el resto del trabajo. —Pero, ¿cómo saldrá del país?, ¿qué será de usted si lo encuentran? —No lo harán. Saldré en cualquier barco tan pronto como pueda. Grauben respiraba agitadamente, sus puños estaban duros como piedras y sus músculos rígidos.
—No puedo.
—Sí puedes... y debes. Hazlo por mí.
Una lágrima recorrió como una perla la mejilla del joven Frank. Las manos del viejo tocaron las suyas en un gesto paternal que nunca antes había tenido y entonces estalló en llanto como un volcán en erupción. Sus brazos recorrieron el cuerpo del profesor y lo abrazó como quien espera no volver nunca más a ver a un ser querido.
—No temas —susurró el viejo—, pronto nos veremos aunque no sé dónde.
No hubo más palabras, tan sólo un arrumaco de amor furtivo, cargado de miedo y a la vez de esperanza.
El profesor sacó de un armario una larga sotana y un turbante con el que se había protegido en ocasiones del potente sol turco y se marchó.

Frank le vio salir por la puerta, confundido con unos proveedores que habrían traído alguna vitualla mientras pensaba cómo conseguiría entretener a los militares que acordonaban el hotel.

32

Alpedrete, 1 de marzo de 1994

Apenas hacía veinticuatro horas que pisaban el suelo español y ya se sentían como en casa. A ello había contribuido claramente el recibimiento que le había preparado su anfitrión.

Vasili Símonov trataba muy bien a sus invitados; no en vano pasaba gran parte de su tiempo agasajando a las numerosas visitas que recibía de su Rusia natal, personas importantes, de inmenso poder, que venían a pasar unos días de descanso a España, a dorarse bajo el intenso sol mediterráneo, a arreglar asuntos sucios o a comprar valiosos objetos de arte. Para que sus ilustres invitados se sintieran como en el mismísimo paraíso, Vasili tenía varias mansiones de un lujo exuberante y, dependiendo del negocio que estuviese cerrando, o mucho más, del gusto de sus huéspedes, les llevaba a su casa de la serranía de Madrid, o a la de Marbella, o a la de Ibiza o, aquella que tenía en el corazón de la vieja Castilla, cerca de Salamanca.

Conocedor de todos los vericuetos de las mafias rusas al sur de Europa, blanqueador de dinero, hacedor de favores, Vasili era un arribista, opaco a las pesquisas de las fuerzas de seguridad y de la Interpol; con sus manos siempre limpias de sospecha, lejos de la ciénaga de la corrupción, sus propiedades, sus actividades, su simple existencia eran un agujero negro para la policía.

El Lobo Gris ya conocía su eficacia; era el mejor rastreador, el de mejores contactos, se movía como nadie en las cloacas, sobornaba a políticos, compraba a confidentes; si había que matar, contrataba a los esbirros y ejecutaba el trabajo sin dejar rastro.

Tampoco podía hacerlo con su propia estructura, la Organización no tenía ni siquiera *Berlerbeg* en España; no era necesario en un país que nada tenía que aportarle ni en fondos del Estado ni en seguidores a su causa particular.

Así es que decidió encargarle el trabajo: tenía que encontrar a un hombre y torturarle hasta que soltase la información que necesitaban. El trato quedó cerrado por trescientos mil dólares.

Jaime Mata era mucho más mundano y mucho menos rico. La riqueza nunca le llamó la atención, el dinero que caía en su bolsillo se pulverizaba instantáneamente en furcias y juergas regadas de alcohol, tantas más furcias y tanto más alcohol cuanto más dinero hubiera para gastar. Jaime sí era conocido por la policía de todo el país; de hecho, sus continuos flirteos con la delincuencia le habían hecho pasar algunas temporadas en chirona. Conocía como nadie los bajos fondos y el mundo del hampa. Empezó de gorila de discoteca en Ibiza pero pronto aprendió el oficio de mafioso y chantajista con bandas de

indeseables, generalmente extranjeros, lo que le permitió aprender un inglés de supervivencia en medios hostiles. Era lo más parecido a un jugador de ruleta rusa, desdeñoso del riesgo, huérfano de sentimientos, amante del poder, un poder a su manera, el poder de doblegar a un enemigo empuñando un arma contra él. Nada le hacía segregar más adrenalina que mirar a sus víctimas a la cara segundos antes de segarles la vida para reafirmarse como el amo de su destino.

Por lo demás era un mercenario, nada interesado en saber más de lo necesario, indiferente a las causas últimas de las órdenes que debía cumplir. Vasili había encontrado en él a un colaborador necesario y por eso lo cuidaba como si de un hermano se tratase.

No era la primera vez que Simonov recibía un encargo del Lobo Gris, si bien nunca se habían encontrado en persona. Fue un asunto turbio en Turkmenistán. El *Berlerbeg* de aquel país estaba molesto porque una mafia local interfería en el traspaso de fondos a la Organización, procedentes de unas explotaciones petrolíferas. El *Berlerbeg* supo que Vasili Simonov, a pesar de que residía habitualmente en España, era la persona indicada para contactar con los insurgentes locales y hacerles deponer su actitud.

Se trató de un trabajo fácil y bien remunerado por el que Vasili demostró eficacia en su trabajo y dejó la puerta abierta a nuevas necesidades del sultán otomano.

El Lobo Gris, sin embargo, no sentía ningún aprecio personal por Simonov. Él representaba los valores que más le repugnaban, la opulencia y la prepotencia de Occidente. Además, aunque estaba acostumbrado a trabajar con rusos, la personalidad de Simonov le recordaba al pueblo odiado por los visires de Constantinopla, al pueblo causante de su decadencia, al pueblo que les robó las tierras bañadas por el mar Negro y contra el que lucharon en varias guerras.

—¿Cuál es el plan? —dijo Vasili alargando una copa de té al Lobo Gris en el gran salón de su casa de Alpedrete.

—Tenemos que atrapar a un joven que tiene algo que nos pertenece.

—Sigo sin entender para qué han venido hasta aquí. Podíamos haber arreglado este asunto con una simple llamada telefónica.

—Se trata de algo muy peligroso y a la vez muy valioso. Debo ocuparme personalmente —y mientras dijo esto encauzó la vista a los *Sipahîs* que flanqueaban la puerta de entrada al chalet, cuatro hombres corpulentos y armados que había seleccionado exquisitamente como escoltas personales.

—¿Significa eso que mi trabajo acaba cuando encuentre a ese desgraciado y le haga desembuchar?

—Probablemente sí; llegado el caso serán mis hombres quienes se ocupen del Istanu.

Resultaba evidente que el turco desconfiaba de su interlocutor. Un

hombre de la calaña de Simonov podía querer el Istanu para venderlo en el mercado negro.
—Usted sabrá, pero quiero insistir en que pueden confiar completamente en mí —dijo con despecho a sabiendas de que no lo hacían.
El Lobo Gris no contestó, pero le dirigió una mirada tan fulminante que podría haberle atravesado. El ruso se percató de la situación y cambió drásticamente su actitud.
—¿Qué quiere que hagamos? —preguntó, apoyando los codos en los muslos.
Talú ladeó la boca y dejó asomar un colmillo ennegrecido por los años.
—Debemos encontrar el Istanu.
—¿El Istanu? ¿Es una droga? —Vasili resultó ingenuo en su pregunta.
—¿Por quién me toma? —protestó el Lobo Gris—. Yo no hago negocios con esa sucia miseria.
—Disculpe. Bueno, imagino que es algo que tiene ese joven infortunado; dígame al menos de qué se trata para que sepamos identificarlo nada más verlo.
—Ahí está el problema —intervino Talú—. No sabemos exactamente qué perseguimos.
—Por eso he decidido venir personalmente —añadió el sultán otomano—. Por eso y porque quiero llevármelo yo mismo a mi patria.
Simonov se encogió de hombros.
—Escuchen, no quiero ser impertinente, pero no podemos buscar lo que no tiene forma, ni color, ni tamaño... ¿Es acaso una joya?
—No, es un arma poderosa y desconocida, algo que nos robaron a los turcos y que por tanto nos pertenece.
El sultán reprobó con el gesto el comentario de su compatriota. Toda información en manos del ruso se le antojaba innecesaria.
—¿Fue él quien les robó el arma?
—No, fue Rudolf Köerting hace más de cincuenta años. —Se indignó el Lobo Gris con un gesto de asco infinito—. Escuche, su trabajo no es preguntar, sino actuar; de momento averígüenos donde está este tipo. Sabemos que vive en Madrid, aunque ha abandonado su domicilio y tampoco acude a su puesto de trabajo.
—Si está asustado le cazaremos *ipso facto* —preconizó Simonov—. Habrá acudido a la policía y si es así, dispondremos de inmediato de su paradero.
Uno de los *Sipahîs* se acercó al Lobo Gris y le susurró algo al oído.
—Que pasen —ordenó.
Los asesinos de Heinrich, los mismos que trataron de secuestrar a Pablo, irrumpieron en el salón con sus impertérritas ropas negras.
Ambos se inclinaron ante su líder y permanecieron así mientras

hablaban.
—Lo sentimos, sultán —le dijo uno de ellos—. Casi lo teníamos, pero se nos escapó.
El Lobo Gris esbozó un gesto de repugnancia ante lo que estaba oyendo.
—Estaríamos muy honrados si nos dejara terminar el trabajo —continuó el otro—. Nosotros podemos localizarlo rápidamente y sacarle toda la información que sea necesaria.
—Ahora esto es cosa mía —les respondió—. Habéis hecho demasiado jaleo y es probable que la Interpol ya os tenga fichados. Debéis regresar a nuestra patria, sólo necesito saber si habéis averiguado cuál es el actual escondrijo de esa rata.
—No, sultán, por el momento no lo sabemos. Hemos estado en su trabajo, o en su tapadera porque no estamos seguros de que en realidad trabaje allí y no hemos encontrado ninguna pista de dónde puede esconderse ese maldito hereje.
—Escuche —dijo Vasili—, no sé con quién estamos tratando, pero le aseguro que salvo que tenga tras de él una estructura capaz de camuflarle, y eso significa una verdadera organización clandestina, no escapará a nuestras garras. No importa que aún no haya contactado con la policía, tenemos cómo investigar sus propiedades, las de sus familiares, las costumbres de sus allegados y amigos; podemos pinchar teléfonos, registrar viviendas, interrogar en nombre de la autoridad a personas clave. Sólo necesitamos un nombre.
Simonov lucía flamante, resultaba indudable que era un apasionado de su trabajo.
—¿Quién es el interfecto? —insistió.
—Se llama Pablo Luna —aseveró Mustafá Talú—. Trabaja en la universidad.
—Un profesor sabelotodo que va metiendo las narices donde no le importa —remató el ruso.
—Usted también está metiendo las narices donde no le importa.
Vasili reculó de nuevo, no estaba acostumbrado a meter la pata, pero tampoco a trabajar con gente tan impertinente.
—Aquí tiene su dirección y la de su trabajo, pero ya le he dicho que ha desaparecido. No lo encontrará en ninguna de las dos.
—¿Tienen alguna idea de dónde puede haber ido? —añadió Vasili, acostumbrado a enfrentarse a situaciones similares y decidido a no gastar ni una sola broma más.
—Es posible que ahora esté en Toledo, o que aparezca por allí en breve, puede que sea allí donde se esconda lo que buscamos, va siguiendo el rastro de Rudolf Köerting.
—Denme dos días y les traeré la presa.
El Lobo Gris respiró profundamente.

—Cúmplase el designio de Dios Todopoderoso.

33

Denia, 1 de marzo de 1994

Fue un viaje tortuoso. El depauperado Volkswagen de Rosa no estaba preparado para un trayecto tan largo; suerte que el tiempo ayudaba a que no se recalentase el motor.

No tardaron en encontrar la dirección que les habían dado en Toledo. Se trataba de una avenida ancha del extrarradio de la ciudad, una calle en la que apenas había algunas casas antiguas y un enorme caserón que se correspondía con el número que llevaban apuntado. Era un edificio grande y sobrio, encalado de un blanco relumbrante y al que seguía una tapia del mismo color, que corría paralelo a la calle hasta perderse en el infinito.

Por encima del muro, las ramas más altas de algunos naranjos insinuaban que detrás había un patio.

Desde el suelo se levantaban varias plantas y a lo largo de cada una de ellas ventanas iguales, ordenadas como en un tablero de ajedrez.

La puerta principal estaba junto a la esquina, un portalón abierto de par en par que daba paso a un zaguán y sobre el que aparecía un único cartel en letras grandes y rectas:

Residencia de las Hermanas Clarisas «Puerta del Mediterráneo»

El portal estaba orientado al norte, sus altos techos y sus suelos de mármol lo convertían en una fresquera. Al fondo, una cancela metálica impedía el paso al interior.

Accionaron la campana y en unos instantes apareció una monja. —¿Qué desean?

—Venimos a ver a Frank Grauben.

La religiosa no respondió, tan sólo permaneció unos segundos examinando a los visitantes.

—¿Son familiares? —concluyó—.

—No —Pablo ya estaba hastiado de su obligada mendacidad. La monja tardó en volver a hablar, era como si les estuviese prohibido conversar de más.

—¿Tal vez amigos?

—Tampoco, bueno, no exactamente, aunque le conocemos mucho más de lo que él pueda imaginarse.

La respuesta resultó confusa para la hermana, que no tenía ninguna intención de facilitar las cosas.

—No dejamos pasar a extraños, son las reglas y no podemos saltárnoslas.

—No somos extraños —se apresuró Rosa—. Si nos deja hablar con el señor Grauben se lo demostraremos.

Cada vez que se callaban los visitantes, el silencio pesaba como una

losa.
—Frank lleva con nosotras muchos años. Es posible que sea de los más veteranos de la casa. A él jamás le gustó hablar mucho de su vida, pero lo que sabemos todas aquí es que nunca, en muchos años, nunca ha recibido una sola visita ni de amigos, ni de familiares. Me atrevería a asegurar que él no tiene ningún interés en recibir a nadie.
—Él nos espera —dijo desesperado Pablo.
—Nunca nos dijo que aguardase a nadie.
—Ustedes saben que espera a alguien aunque él nunca se lo haya dicho —apostilló Rosa con una valentía desconocida.
La religiosa reaccionó con un ademán de sorpresa.
—Lo saben —continuó— ¿O es que acaso lo han visto algún día feliz en todo este tiempo? ¿O es que acaso no les parece que está sufriendo por algo que perdió hace muchos años y sueña con recuperar? Vamos, hermana, nosotros le traemos una noticia que lleva esperando la mitad de su vida. Tal vez sólo con nosotros se atreva a liberar de su alma una pesada lápida que soporta desde su juventud.
Rosa era un torbellino, un huracán de inmensa fuerza e irresistible. Hablaba afectada por la emoción, con un extraño brillo en su rostro y con una capacidad de convencimiento tal que la religiosa se acercó mecánicamente a la verja y la abrió ante ellos.
—Esperen aquí —les dijo haciéndoles pasar al rellano que daba al jardín—. Quiero anunciarle antes su presencia. Espero no arrepentirme de lo que estoy haciendo.
—No lo hará —dijo Pablo, aunque la prelada no le oyó porque tras acabar sus palabras se había internado en el plantío.
Pasaron varios minutos. Del jardín provenía un agradable trinar de pájaros y una luz aterciopelada que acariciaba dulcemente la piel. Pablo y Rosa esperaron inquietos y en silencio con la mente perdida en el lugar por donde se había esfumado la monja.
La hermana que apareció no fue la misma que les abrió la puerta.
—Buenos días, mi nombre es sor Teresa y soy la madre superiora de esta residencia. Me ha dicho la hermana Caridad que traen algo para el señor Grauben, ¿podría saber de qué se trata?
Pablo recompuso la figura tratando de darle solemnidad a lo que estaba a punto de decir.
—Es una historia muy larga, tiene que ver con algunos descubrimientos que Frank Grauben hizo en su juventud.
—¿Algunos descubrimientos? —La superiora quería saber algo más y también resultaba parca en palabras.
—Frank fue arqueólogo.
—Lo sabemos, y también profesor de la Universidad de Munich.
—Efectivamente. En su juventud siempre acompañó al profesor Rudolf Köerting, que fue su maestro. La guerra les separó y poco después

Köerting fue asesinado por los nazis. Frank nunca volvió a verle.
—¿Y?
—Hemos encontrado los papeles que Köerting siempre quiso darle, pero la guerra los extravió hasta ahora.
La monja los miró de reojo, sus ojos filtraban desconfianza.
—¿Llevan armas?
Los dos se quedaron perplejos.
—¿Cómo?
—Sí, que si llevan armas.
—Por supuesto que no.
—Les importaría mostrarme los bolsillos y el cinturón.
Hicieron lo que les pedía la religiosa, no sin un poco de pudor por la situación.
—Está bien —concluyó una vez hechas las comprobaciones—. Síganme por favor.
Recorrieron, bajo la sombra de unos enormes naranjos de ramas altas, un patio empedrado y repleto de pequeñas acequias. Al fondo había un pasillo, que atravesaron, y subieron unas escaleras hasta llegar a la primera planta.
Un nuevo pasillo soleado les permitió llegar hasta una habitación cuya puerta estaba cerrada.
La monja golpeó con los nudillos y esperó unos segundos para abrir ella misma.
En una esquina, en un sobrio sillón junto a la ventana, había sentado un anciano bajo el pálido sol del exterior.
—Frank —dijo la religiosa desde la puerta—. Me hablaron de ese tal Köerting y además parecen sinceros, por eso les dejé pasar.
El viejo giró lentamente la cabeza y les dirigió la mirada. Un escalofrío recorrió el cuerpo de los recién llegados. Su rostro, decrépito, estaba marcado por rancias quemaduras, aunque sus ojos pequeños, escondidos tras unas lentes redondas, alumbraban una extraña vitalidad.
—¿Quiénes sois? —preguntó con un acento indescriptible antes de dejarles pasar a la habitación.
—Ella es Rosa Torres y yo Pablo Luna. Un amigo nos encomendó un secreto, el profesor Heinrich Mayer de la Universidad de Munich. Se trata de algo que encontró el profesor Rudolf Köerting.
El anciano respiraba pausadamente, como si su corazón estuviera escaso de fuerzas.
—Déjenos solos, madre, que Dios se lo pague.
La superiora se marchó y los recién llegados pasaron a la habitación. Era un habitáculo modesto, propio de un soldado espartano, de un hombre abnegado. Tan sólo había una cama, una mesa, un armario y el sillón que ocupaba Grauben. Como adornos, únicamente un cuadro

en la pared del cabecero del lecho y un anaquel con libros.
—¿Y bien? —dijo cuando les tuvo delante.
Pablo estaba pasmado, se sentía incapaz de articular una sola palabra; con Frank Grauben en persona delante de él, la historia tomaba visos de una realidad hiriente y palpable.
—Estoy emocionado. No sé por dónde empezar.
—¿Qué es lo que han encontrado?
—Tenemos la otra mitad.
Frank acusó el golpe. A su edad le resultaba difícil fingir.
—¿Qué otra mitad?
—La que usted ha buscado toda su vida, la tenía Rolf Schuemann. Un silencio sepulcral invadió la sala.
—¿Rolf?
—¿Quién si no? El único amigo de Köerting en Alemania.
Pablo extendió la carta en alemán que encontró en el parque de Munich y se la mostró. Sus manos temblorosas la cogieron y empezó a leerla.
Lo hacía en alemán y en voz alta hasta que la emoción le fue comiendo el sonido, apagándoselo como a una vela yerta.
Los últimos renglones los leyó en silencio con el papel vibrando en sus trémulas manos y el rostro malherido.
—¿Dónde han conseguido esta carta?— dijo, a sabiendas que estaba escrita de puño y letra de su antiguo maestro.
—El profesor Heinrich Mayer la encontró, junto a las pistas pares, en un cajón olvidado del profesor Schuemann, pero nunca imaginó que usted estaba...
—¿Vivo? Tampoco hice ningún esfuerzo para que nadie imaginase lo contrario.
—Desapareció sin dejar rastro.
—Mi vida había perdido el sentido. Desde que ese loco desalmado tratase de matarme, decidí encerrarme en este lugar.
—Pero eso fue después de la guerra.
Frank le observó inexpresivo y permaneció en silencio.
—¿Porqué no reparó nunca en que Rolf Schuemann podía tener la otra parte? ¿Es que nunca hablaron de este asunto a su regreso a Alemania?
El anciano alargó la mano para devolver el escrito a quien se lo había entregado.
—Schuemann murió antes de que la guerra acabase, poco después del ajusticiamiento sumarísimo de Rudolf; yo nunca volví a verle.
Eso lo explicaba todo, el encuentro de las dos partes que con tanto esmero había planeado el profesor Köerting nunca se produjo, porque su único amigo en Alemania murió antes de que se pudiera realizar. Desde entonces, desde hacía cincuenta años, nadie había reparado en

aquel detalle y el plan del anciano judío quedó inacabado.
Rosa miró al viejo con una piedad extraordinaria; era el cuerpo de un hombre secuestrado durante una eternidad, privado de libertad, injustamente castigado. Las marcas de su cara no eran claramente distinguibles, las arrugas que los años habían ido marcando en su rostro se habían engullido buena parte de la terrible huella del fuego.
Junto al sillón había un camastro pequeño sobre el que se levantaba un estante con algunos libros y una única foto en blanco y negro. Pablo la observó desde el otro lado del catre, y la relacionó al instante con aquella que encontraron en el dormitorio de Köerting en Toledo. No era la misma, pero parecía estar tomada el mismo día y en el mismo lugar, con las mismas personas y la misma felicidad en sus rostros.
—Es mi última foto con Rudolf —aclaró Frank—. Estábamos en Toledo, a punto de partir para Turquía; el de la izquierda es el doctor Caro.
Los tres sonreían ajenos al drama al que estaban a punto de enfrentarse.
El cuadro atrajo una vez más la atención de Pablo; tenía un estilo inconfundible, el estilo de Frank Grauben, como cualquiera de los muchos que pudo ver en la casa de Robert Heintz o el que había en el propio dormitorio de Köerting en Toledo. En su interior, unas figuras extrañas y mágicas se retorcían como chicles junto a formas llenas de simbolismo.
—¿Ha visto alguna vez el *Cristo de San Juan*? —preguntó Pablo.
Frank le miró desconfiado.
—Lo pintó Dalí en 1950 —prosiguió—, justo diez años después de comprarle su cuadro en Nueva York.
El viejo mantuvo su respiración con la imaginación perdida en un pasado lejano y borroso.
—¿Qué sabe de mí joven?
—Mucho más de lo que se imagina, conozco a quien guarda todos los trabajos que dejó en su cátedra. Los conserva como un tesoro y debo confesarle que le admira.
—¿Ah sí?
—Sí, y yo también creo que es usted un artista.
Grauben se levantó trabajosamente. De pie, parecía más alto y esbelto que sentado, aunque su aspecto era descuidado, como el de alguien que no espera ya nada de la vida.
—Dígame, Pablo, ¿a qué se dedica? Si no le importa decírmelo.
—No se lo creería y tampoco tiene nada que ver con el motivo que nos trae hoy aquí.
—¿Son ustedes policías? —preguntó mirándoles fijamente a los ojos.
—Tan sólo estamos en esto para cumplir la voluntad de un amigo,

digamos que es un homenaje póstumo.
Frank asintió.
—Demos un paseo por el jardín. Necesito un poco de aire.
Salieron al exterior lentamente. Pablo y Rosa flanqueaban los costados del anciano, que aún conservaba al andar la agilidad forjada en sus largos años de campamentos arqueológicos.
—Hábleme de su amigo, del que le dio la carta que me enseñó.
—Era Heinrich Mayer, el profesor de Historia Antigua de la Facultad de Arqueología de Munich.
Ese puesto le resultaba muy familiar al viejo alemán. Era el mismo que Köerting había desempeñado hasta su expulsión de Alemania antes de la guerra y el que él mismo retomó una vez acabada hasta que intentaron asesinarle.
—¿Era?
—Heinrich ha sido asesinado hace ocho días.
—¿Han vuelto a matar? —preguntó el anciano algo angustiado.
Al menos a dos personas, y ahora me buscan a mí.
Frank se detuvo y se frotó los ojos.
—No hay duda de que sobre esa cátedra recae una condena: primero Rudolf, luego yo y ahora Mayer; ya han matado, o intentado hacerlo, al menos en tres ocasiones.
Cuando retomó la marcha se le notaba más apesadumbrado e introvertido.
—¿Sabe quiénes son? —terció finalmente.
—No lo sé. Heinrich sólo me dijo que no me fiase de nadie, pero por lo que nos han contado es posible que se trate de un turco descerebrado.
—¡Talú! —exclamó entonces malherido.
—¿Talú? ¿El profesor turco? ¿El que se opuso a la conmemoración del cincuentenario de la muerte de Köerting?
—Mustafa Talú, antes Mustafá Saygun, nuestro aprendiz de campo, el ayudante que nos acompañó en el levantamiento de Nuhassé y que, gracias a eso, consiguió más tarde una plaza en la Universidad de Ankara.
Las ideas se precipitaron en la mente de Pablo como en una catarata enloquecida.
Talú, la víbora venenosa que le había mencionado Ingrid, el cenutrio incorregible que había escrito contra la honestidad de Köerting provocando su descrédito, había sido ayudante de los arqueólogos alemanes cuando tan sólo era un muchacho, había estado junto a ellos cuando éstos desvelaron el misterio hitita, la bestia poderosa que podía cambiar el mundo.
Ahora lo veía con más nitidez, Köerting también lo mencionaba en su carta; hablaba del gran error de haber contado con su antiguo

colaborador, que se había transformado en un ser desconocido, que hasta había cambiado su apellido, que desapareció tras las muertes de los muchachos y que pasó algún tiempo en la cárcel. La silueta del profesor turco destapaba su tenue velo para mostrarse en su más cruda realidad. La carta acababa diciendo que la única obsesión de Mustafá era encontrar el Istanu y hacerse con él con oscuros propósitos.

Afortunadamente, Köerting consiguió sacarlo de Turquía a espaldas de su ayudante turco, aunque lo hizo con tanto celo que ni a su más estrecho colaborador le dejó participar en la operación.

—Tengo la impresión de que su relación con Mustafá Talú no fue buena.

—Talú siempre fue un hombre siniestro, con una infancia difícil y una marca imborrable de radicalismo en todo cuanto hacía. Yo lo supe desde el primer momento, pero nunca sospeché que llegaría hasta donde llegó.

—¿Hasta dónde llegó? —quiso saber Pablo.

—Por lo pronto, intentó matarme.

—¿Fue él? ¿Fue él el que quiso quemarle?

—¿Quién si no? —respondió utilizando la misma pregunta que había escuchado de Pablo—. Estaba obsesionado con encontrar el Istanu y como vio que no conseguía nada de mí, optó por utilizar su método de resolución de problemas más usual.

—Dios, qué salvaje —Rosa estaba indignada.

—¿Conoce al Lobo Gris? —Pablo recordó lo que le había dicho Julio.

—No, nunca he oído hablar de él.

—Creo que está relacionado con Talú. No sé muy bien quién hay detrás de ellos, pero juraría que son los responsables de todas estas muertes.

—¿Quién es la otra víctima?

—Helmuth Güttec, otro profesor de la Universidad de Munich.

Frank cerró los ojos y su rostro reflejó un dolor infinito. Parecía que en su conciencia se estuviesen despertando las pesadillas del pasado.

—¿Cómo murieron Heinrich y Güttec?

—Fueron envenenados.

Fue como una lanza acerada penetrando en el corazón de su presa. El anciano, malherido, apretó los puños y los ojos se le encogieron hasta casi desaparecer.

Encontraron un banco de piedra al sol y se sentaron.

—Envenenados —repitió con rabia.

—Parece ser que con arsénico —repuso Rosa que hasta entonces había permanecido casi muda.

—Maldito Istanu —escupió Grauben.

—¿Fue el Istanu? ¿Es eso lo que estamos buscando, el veneno que también buscaba Ramsés? —preguntó Pablo volviendo a recordar lo

que le había dicho Julio Vergara.
—No estoy seguro de qué se trata. Rudolf siempre quiso mantenerme apartado —se recriminó—. Hace miles de años se produjo un descubrimiento extraordinario. —Arrancó con la vista perdida en el horizonte—. Un hallazgo accidental que pudo cambiar el curso de la historia, pero fue tal el terror que causó que la persona que lo poseía, un rey hitita, decidió hacerlo desaparecer escondiéndolo en el más recóndito lugar de su reino.
—Y ustedes lo encontraron —atajó Pablo.
—Yo no, fue Rudolf quien lo halló y quien lo guardó sin compartir con nadie su paradero.
Entonces se encogió de hombros, sumido en una profunda reflexión.
—¿Ni siquiera le dijo de qué se trataba?
—Es posible que se trate de las cenizas de combustión de un extraño mineral que actúan como un potente veneno, como un mortífero virus que mata al simple contacto; de lo que estoy seguro es que es algo terrible. Yo mismo pude ver con mis propios ojos cómo ese horror mataba, tres mil años después de su preparación, a unos pobres muchachos turcos.
La descripción del anciano respecto a la naturaleza del Istanu guardaba sorprendentes parecidos con lo que escucharon en boca de Julio.
—Creo que ahora podremos encontrarlo —apuntó Pablo con los ojos brillantes.
Grauben le miró confundido.
—Yo tengo las pistas pares —arguyó—. Además, he conseguido transcribirlas.
—¿Ha averiguado la clave?
—Me ayudó Robert Heintz. Él fue quien me dijo los alfabetos que había usado Köerting para su mensaje en clave.
La respiración del anciano se entrecortó. Se diría que su mente no estaba acostumbrada a una sucesión de descubrimientos tan trepidante.
—¿De veras? —fue su única contestación.
—De veras —aseveró el joven—, aunque confieso que no he llegado a comprender por qué decidió hacerlo del modo en que lo hizo.
La respuesta no se hizo esperar.
—Fue una idea genial de Rudolf, como casi todas las que se le ocurrían. Dos culturas inconexas, sin ninguna relación en el pasado, pero coetáneas, testigos del mismo mundo. Un puente invisible entre los países que tuvieron a Istanu en su vientre, su origen y su destino: Turquía y España. Exquisito y suspicaz.
El arqueólogo se levantó, y tras él los dos jóvenes, y emprendieron el camino de vuelta. Había en su cara una extraña luz, un hilo de nueva

vida, como si aquel recuerdo, a la vez que doloroso, le inyectase un vigoroso néctar de energía.
—Y dígame, ¿qué ha podido averiguar con sus pistas?
—He podido leerlas, pero no entiendo su significado —respondió Pablo.
—¿En qué idioma están?
La pregunta le resultó extraña al joven.
—En íbero y en tartesio, alternativamente.
—No, me refiero a la traducción.
—Ah, en español, confieso que eso me sorprendió enormemente. Grauben asintió suavemente con la cabeza. Al mirarlo parecía tener treinta años menos que hacía unos minutos.
—¿Por qué en español? —preguntó Rosa, que se había dado cuenta de que eso encajaba perfectamente con lo que esperaba oír el alemán. —Por dos razones: la primera, para hacerlo aún un poco más difícil; ni Schuemann ni yo sabíamos una sola palabra de español, aunque a ninguno de los dos nos habría extrañado que el profesor lo hubiese elegido como lengua porque los dos sabíamos que aquí pasó sus últimos días de libertad...
Como en una espiral interminable, Grauben parecía envolverse en sus propios pensamientos, pero la frase había quedado inacabada, lo que impacientó a Rosa.
—¿Y la segunda?
Volvió de su viaje imaginario y la miró como quien mira el agujero más profundo de la Tierra.
—Porque es aquí donde escondió el Istanu.
Le salió una voz temblorosa y solemne, una voz escondida en algún rincón de su alma desde un tiempo inmemorial, agazapada a la espera del día en que pudiese por fin liberarse.
Los tres se quedaron en medio de aquel patio soleado, en silencio, escudriñándose sus propias entrañas, a sabiendas de que, aunque eran una minúscula parte del Universo, poseían un secreto que un día pudo cambiar el mundo y que nadie más conocía en todo el planeta.
—Profesor, ¿por dónde debemos empezar? —Pablo daba por hecho que tenían delante un camino que recorrerían juntos.
—No lo sé. Nunca lo he sabido. La primera pista dice que Istanu está en Tartessos, es decir, en España, pero no concreta dónde.
—Está en Toledo.
—¿En Toledo? —el viejo parecía temblar.
—Creí que siempre lo supo y que era por eso por lo que visitaba la antigua mansión del doctor Serafín Caro.
—¿Cómo lo sabe? ¿Cómo sabe que está en Toledo y qué es lo que sabe del doctor Caro?
—Está en Toledo —respondió tratando de evitar la segunda pregunta,

que le pondría en el compromiso de reconocer que allanaron su casona—. La segunda pista habla de la ciudad de las tres culturas.
—En Toledo —suspiró— Siempre lo sospeché. De hecho, de un modo inconsciente, siempre lo busqué sin saber muy bien qué hacía. He rastreado milímetro a milímetro la casa de Serafín, acechando un resquicio, una puerta falsa, un escondite oculto. He caminado por las calles imaginando qué podría habérsele ocurrido a Rudolf como escondrijo; he recorrido las veredas del río, las alamedas, las antiguas casas abandonadas de las afueras olfateando el rastro de lo que nunca supe su olor. Así es que en Toledo, ¿eh? La ciudad de las tres culturas.
Una sonrisa apreciable se dibujó en el rostro del anciano, un hilo de luz intensa encendió sus ojos arrugados dejando en un segundo plano la masacre grabada a fuego en su rostro.
—Supongo que habrá traído con usted sus claves.
—Por supuesto, —Pablo rebuscó en el bolsillo de su cazadora hasta encontrar un sobre—. Éste es el mensaje cifrado —añadió alargando el papel envejecido que encontró entre las paginas de su libro cuando Heinrich se lo cambió en la recepción del congreso.
Grauben no dudó ni un instante; se trataba de la otra mitad, de la pieza perdida y rastreada en balde durante decenas de años y con la que se podía completar el puzle que había marcado buena parte de su vida.
Aunque hacía más de cincuenta años que se había separado para siempre del profesor, los recuerdos acudían a su memoria en bandada y con una conmovedora nitidez. Miles de imágenes desfilaron por su mente, noches de luna llena bajo los toldos de sus tiendas en pleno desierto cara a cara con él, tardes de trabajo intenso, sus clases magistrales en la universidad...
—Vayamos a mi habitación, les enseñaré la otra parte.
De regreso a su alcoba, comprobaron una vez más que Grauben vivía en la más estricta sobriedad. Su armario, casi huérfano de ropa, guardaba algunas cajas de madera apolilladas por el tiempo.
A duras penas extrajo una de ellas, que Pablo se brindó a sostener ante las dificultades del viejo. La pusieron sobre el catre y Grauben se sentó frente a ella.
—Aquí tengo el martillo con el que excavé Nuhassé en 1938.
Pablo era incapaz de relacionar el hallazgo de la famosa ciudad Mitanni con Grauben; de hecho, estaba casi seguro de haber leído que Nuhassé fue descubierta en la década de 1960.
—¿Estuvieron en Nuhassé en 1938?
— Fuimos nosotros quienes la descubrimos, el profesor era tan genial como obstinado.
—¿Y por qué no lo anunciaron? ¿Por qué no se atribuyeron el descubrimiento?

Grauben tardó en responder, tal vez para deshacerse de la nostalgia que le embargaba.
—Con el profesor muerto y sin rastro de Istanu se pueden imaginar que no tenía ningún interés en que un montón de investigadores metiesen la nariz en Nuhassé. Para mí, la fama y el prestigio habían perdido todo su valor, me conformaba con poder impartir algunas clases en mi país y vivir una existencia serena y apacible. Venía de pasar unos años muy duros tratando de ganarme la vida con la pintura y lo único que buscaba era un poco de estabilidad y tranquilidad. Por otra parte, no sabía dónde había escondido Köerting el arca, ya que yo le había perdido la pista antes de su última salida de Turquía. Cabía la posibilidad de que estuviese en Nuhassé o incluso pudiese ser que el profesor dejase nuevas pistas en aquel paraje mitani. ¡Qué más da! El caso es que decidí no contar nada a nadie.
—¿Pero... Nuhassé...?
—Nuhassé fue redescubierta a principios de la década de 1960. Habían pasado más de veinte años desde que estuvimos allí. Apostaría que, después de vernos por última vez en Turquía, Mustafá Talú la saqueó entera buscando a Istanu, y de paso se llevaría las dos estatuas de oro que encontramos en la *cella* de los dioses, en el templo. Imagino que él o los atracadores y buscadores de tesoros que le siguieron la desvalijarían para vender sus reliquias en el mercado negro. El caso es que, cuando la expedición arqueológica que se adjudicó su descubrimiento la encontró, sólo pudo constatar su dimensión descomunal, pero no halló nada relevante de su pasado.
Continuó sacando cosas del baúl, lupas, mapas, cinceles y cepillos hasta que encontró una pequeña caja de madera. La acarició dulcemente como si se tratara de un ser querido y, sin mediar palabra, se dirigió hasta el sillón donde lo encontraron al llegar aquella misma mañana, frente a la luz del día.
Pablo y Rosa sabían qué estaba pasando por la mente de Grauben, comprendían el significado de aquel silencio y su importancia, de modo que permanecieron callados.
Finalmente, el viejo sacó una cadena que llevaba colgada al cuello de la que pendía una llavecilla con la que abrió la caja.
Dentro guardaba algunos papeles, todos tan amarillos que parecían sacados de la noche de los tiempos. Sus dedos tiritaban indecisos y temerosos.
Fue directo hacia uno que el joven identificó al instante. Era la réplica del que Heinrich le introdujo en el libro, la misma textura, el mismo color, incluso el sello indeleble de la imprenta Segura en su parte externa.
Grauben extendió la mano y se lo entregó aún doblado y él lo abrió con delicadeza. Lo que había en su interior, aunque incomprensible, le

resultó tremendamente familiar

MU ·

TRI ·

TRIDA ·

SIPTA ·

SIPTADA

R.K.

—La otra mitad —susurró Pablo—. Apuesto a que la descifró en poco tiempo.
—No se crea, de todas las lenguas antiguas ni el tartesio ni el íbero se encontraban entre las que relacionaba con Köerting; tampoco sabía español en aquella época y, para colmo, la dicción antigua no se corresponde con la actual, así es que algunas sílabas deforman el lenguaje actual hasta un límite difícil de comprender para un extranjero.
—Aun así lo consiguió.
—De Rudolf Köerting aprendí que la testarudez era la principal virtud del arqueólogo y perseveré hasta encontrar la solución al criptograma.
Entonces extrajo una cuartilla del baúl con un texto manuscrito.

UNO: Tartessos me dio su vientre... TRES: Ermita cristiana ahora... CINCO: La cábala le acompaña... SIETE: Para proteger su ultraje... NUEVE: Huye del fuego de la Muerte...
«Tartessos me dio su vientre», leyó Pablo.

Ya le dije que el Istanu está en un lugar de la península ibérica. Ahora, con la segunda pista, sabemos que concretamente en Toledo.
—Sí, pero, ¿dónde? —Un río de sangre inundaba el corazón de Rosa haciéndole repicar.
—En una ermita cristiana —respondió Grauben.
—No es posible, hay algo que anda mal.
Frank se giró para recibir una explicación del joven.
—¿Qué cosa?
—Está en una sinagoga, o, mejor dicho, en una antigua sinagoga.
—¿Qué dice la cuarta pista?
—Sinagoga fue en un tiempo.
—Lo cual no impide que ahora sea una ermita tal como dice aquí: Ermita cristiana ahora —Grauben tenía razón.

—Así es que está en una antigua sinagoga convertida en ermita —adivinó Pablo.

—Estamos cerca, muy cerca.

Por un instante, se miraron los tres como si delante de ellos el mundo hubiese abierto los brazos y les enseñase sus entrañas.

—Debemos ir a Toledo —dijo Pablo sin especificar a quién se refería.

—Iremos los tres —añadió Frank.

Una enorme sonrisa se dibujó en sus rostros, un gesto incontenible de alegría, de placer a raudales.

—Me muero de ganas por enseñaros la casa donde vivió Rudolf sus últimos días que paso en libertad y que ahora, por largas razones de explicar, me pertenece a mí. Seréis mis huéspedes —concluyó henchido de emoción.

Rosa y Pablo se miraron con connivencia. Volverían a la casa de Toledo, pero esta vez no sería necesario hacerlo trepando por la ventana.

34

Ankara, 3 de septiembre de 1939

Cuando los primeros rayos asomaron por el rasgado horizonte de Capadocia, el profesor estaba terminando de liquidar el trato que había hecho una hora antes con el camellero que le llevó hasta las proximidades de la mina abandonada. Tras despedirse de él, emprendió el camino a pie por la escarpada montaña que llevaba hasta el lugar donde los hititas fabricaron su artefacto mortal. No llevaba mascarilla, pero, tampoco le importó mucho. Algo le decía que sus días estaban contados, que su vida era el precio justo por preservar al mundo de la furia del Istanu, hasta el punto de que aceptaba esta idea como algo natural e irremisible.

Al coronar el cerro una suave brisa le recordó que el verano apuraba sus últimos días. Caminó sin descanso hasta la embocadura de la mina, donde todo estaba tal como lo habían dejado varios días antes.

Se detuvo ante el petroglifo y lo examinó detenidamente. Había algo que le había llamado la atención el primer día y que sospechaba que era parte del arcano, códigos desconocidos intercalados entre símbolos heteos.

Te maldigo Istanu por matar a mi abuelo

Por cegar a mi padre y por desatar la cólera divina durante treinta

añosτ y ocho soles desde que fui coronadoωρ.

Yo no te usé, mi corazón está limpio. Cúmplase el mito divino del Espíritu Malo.
Murshili II Señor de la Escalera

Tras leerlo varias veces, tuvo la sensación de que alguno de aquellos extraños signos ya los había visto en otro lugar pero no era capaz de recordar dónde. Husmeó en derredor como un sabueso en busca de presa, se sentía cerca de lo que andaba buscando, notaba que casi podía rozarlo con sus dedos, percibía su perfume secreto.

Entonces oteó hacia el otro pilar de entrada a la mina. La piedra parecía limpia pero tenía una confusa hendidura. A primera vista podría ser una simple erosión del tiempo; sin embargo, al acercarse pudo comprobar que era otro símbolo grabado, exactamente el mismo que seguía a las palabras «desde que fui coronado»:

ω ρ

No podía comprender por qué lo habían hecho grabar aislado en el otro lado de la bocana; no obstante, estaba seguro de que eso tenía algún significado, y que además no representaba ningún símbolo silábico heteo.

Los segundos pasaban rápidamente, el tiempo apremiaba, había que escudriñar cuanto antes cuál era el siguiente paso.

La lectura del mensaje le dio una nueva idea. La cólera divina se desató durante treinta años y ocho soles. Resultaba extraña tanta precisión aunque bien podía corresponder al período que reinó Murshili II.

—No es eso —recordó entonces—, Murshili II reinó durante algo menos de veinte años, luego si él mismo dice treinta años durante mi reinado, se está refiriendo a otra cosa.

Las ideas se apelotonaban en la mente del viejo arqueólogo.

—Un momento, no dice durante mi reinado, dice desde que fui coronado, es decir, desde el símbolo que se reproduce al otro lado de la entrada. Eso es, ¡este símbolo es el origen de un recorrido, por eso los números del mensaje son tan precisos!

Sacó un papel y un lápiz y anotó: «Treinta años y ocho soles». Estaba azorado, el texto le parecía insuficiente.

—Hay nuevos símbolos desconocidos tras cada una de las dos cifras, grafías que no me suenan a nada. Juraría que jamás las había visto antes.

El sol despuntaba por el este, tímido y distante. El profesor miró a otro lado y se percató de que el terreno era más escarpado, más inaccesible.

—¡Claro! En dirección al sol naciente —gritó.

Sacó su cuaderno y anotó 30.

—Treinta, treinta, ¿qué? —pensó—. ¿Iteru? No, sería demasiado.

Una vez más, se fijó en la extraña señal que seguía a cada número. De súbito una luz se encendió en su mente.

—¡Treinta Khet![67] ¿Cómo no lo he visto antes?

Estaba excitado. Anotó en su cuaderno 30 Khet, mientras miraba de reojo el otro símbolo.

—¡El Codo Real[68]! Eureka.

Rápidamente resolvió todas las multiplicaciones, 30 x 52,29 + 8 x 0,5229.

—1.572,9 metros en dirección este. Debe ser allí donde los hititas encontraron un lugar seguro para reproducir el mito del Espíritu Malo.

No tenía cómo medir la distancia, ni tampoco brújula. No sabía cómo acceder a la zona ya que, además de ser extremadamente escarpada,

estaba repleta de zarzas y maleza.
Tal vez rodeando el cerro hubiese un acceso mejor, de manera que trató de fijarse un punto de referencia que marcase la enfilación desde la bocana hacia el este, por donde salía el sol.
El tiempo corría en contra, era más que probable que Frank hubiese agotado todas las argucias posibles para distraer a los guardias que les vigilaban y que ya se hubiese iniciado su búsqueda. De ser así, tendría a los militares enfrente en algunos minutos porque a nadie se le escapaba que aquél era el lugar más probable para encontrarle.
Decidió intentar el camino más corto, el más empinado, por una especie de senda que se vislumbraba entre la vegetación. Había un árbol desvencijado en la corona del monte que le serviría de guía. Trazó una línea imaginaria entre el árbol y un pedregal que se veía al fondo para saber el rumbo correcto una vez estuviese sobre el terreno.
La trocha estaba envenenada de ramas enredadas como serpientes y afiladas espinas. A menudo se le quedaban los pies atrapados en las lianas sin poder sacarlos, de modo que a medida que avanzaba fue derrochando a raudales sus escasas energías. Para colmo, algunas espinas atravesaron sus botas hasta clavarse en la carne, produciéndole heridas dolorosas. Por momentos, pensó que jamás lo conseguiría, que no podría reunir las fuerzas necesarias para vencer aquel calvario.
Miró hacia arriba para medir la distancia y le pareció infinita.
—Un poco más —se dijo casi desvanecido.
Los siguientes pasos fueron lentos y tortuosos. Sólo la fuerza de estar al final de un largo camino, la seguridad de que el tiempo que le quedaba era escaso y su tozudez sempiterna le mantenían en pie. Cuando la pendiente aumentaba se agarraba a las zarzas sin importarle ya las heridas que le producían sus púas.
Ensangrentados los pies y las manos arribó a la cima, seguro de que era el primer hombre en miles de años que pisaba aquel trozo de tierra.
Anduvo zigzagueante hacia el árbol que le sirvió de referencia para trazar la línea del este desde la cueva donde se fabricaba el Istanu.
Bajo el arbusto enfiló el pedregal y husmeó en derredor sin ver nada que llamase su atención.
Cuando por fin paró, empezaron a brotar de su frente gruesas gotas de sudor que se escurrían hasta perderse por el cuello. Transpiraba por todo su cuerpo con un sudor salado que penetraba como agujas afiladas en las heridas y arañazos. Tenía la respiración entrecortada y tan ruidosa que le impidió percatarse de un lejano ruido de motor; sin embargo, instantes más tarde, el runruneo era ya evidente.
—Mierda —refunfuñó.
Media docena de jeeps se aproximaban rápidamente por el camino

levantando tras de sí una columna de polvo. En pocos minutos llegarían a la bocana de la gruta.
—Se me acabó el tiempo y posiblemente algo más —balbuceó pensando que si se topaban con él, su vida ya no tendría valor.
Hincó los codos en el suelo y comenzó a reptar en lo alto de aquella inexpugnable colina. Todavía no le habían visto e incluso cuando lo hicieran aún necesitarían un rato para llegar hasta donde él estaba. Sin embargo, era una cuestión de tiempo, porque no había tomado ninguna precaución respecto a sus huellas y seguro que los soldados estaban adiestrados en buscar presas en lugares como aquél. La poca esperanza que podía quedarle se desvaneció como el humo cuando vio que todos los vehículos venían cargados hasta las trancas de militares armados.
Había empezado a chispear, apenas unas gotas diminutas que caían y se clavaban en la piel.
Decidió avanzar en el sentido contrario al lugar donde se había parado el convoy y siempre tratando de seguir la enfilación este respecto a la entrada de la cueva, tomando como referencia el árbol y el pedregal.
No era capaz de calcular la distancia que le separaba de su punto de partida, no estaba acostumbrado a hacerlo, aunque hubiese apostado a que no estaba muy lejos del kilómetro y medio que había obtenido en su cálculo.
En la lejanía, oía las voces de sus perseguidores sin atreverse a asomar ni una pestaña. Entre gritos, que se le figuraron órdenes militares, y escuchó chasquidos metálicos que interpretó como movimientos de fusiles.
Con la nariz a un palmo del suelo y los codos destrozados por los matojos se adentró en una espesura que amenazaba con engullírselo. Bajo las zarzas, al menos, estaba a resguardo del molesto chubasco.
Había una especie de surco en la tierra, lo palpó y percibió que era una roca. Estaba fría, muy fría y parecía formar un canal abierto.
Las gotas que conseguían atravesar los matorrales resbalaban ligeras por aquella piedra como si de un tobogán se tratase.
—¡Esto no es natural, está tallado! —Fue su primera impresión.
Agachó aún más la cabeza y pudo ver que la rampa continuaba hasta donde le alcanzaba la vista. Los rumores del exterior habían desaparecido, o tal vez fuesen los latidos de su corazón los que no le permitían oír nada más que su propio pulso atropellado.
—Istanu, ¿estás ahí? —susurró como si alguien pudiese contestarle.
Dudó unos instantes; sabía que si trataba de ganar la posición sobre la canaleta pedregosa se escurriría hasta algún lugar que no tenía en su campo de visión, y el recuerdo reciente de aquellos muchachos intoxicados por entrar sin prudencia en la cueva le merodeaba en la cabeza.

De todas formas no tenía alternativa, si se acercaba para inspeccionar de forma que su cuerpo se apoyase en la piedra perdería todo el control y caería en picado.
Se detuvo a secar los cristales de sus gafas sin estar seguro de si eran gotas de lluvia o el sudor frío que había inundado su frente.
Tenía un brazo sobre la pétrea superficie fría y el otro agazapado, asido al último resquicio de cordura que le quedaba.
Sin embargo… la tentación era mayor que la cordura.
Una fuerza ignota le movió hasta el oscuro corredor, en el que se sentó tan despacio como pudo. Entonces todo sucedió muy rápido, el cuerpo se precipitó hacía adelante ayudado por la resbaladiza piedra desde la que no tenía ningún asidero. En unos segundos recorrió un trecho inconmesurable, que le pareció enorme, hasta el fondo de aquel recóndito tobogán prehistórico, y cayó de bruces en la tierra húmeda de un habitáculo horadado en la piedra.
Lo primero que notó fue un tremendo frío, un frío punzante y húmedo que perforaba la ropa adhiriéndose a la piel, algo que no resultaba natural.
—Este sitio está refrigerado —murmuró—, pero, ¿cómo? Apenas había luz, tan sólo un tenue haz azulado en medio de una tenebrosa oscuridad. Por sonido no había más que un lejano y monótono chapoteo de agua.
Tardó unos segundos en reponerse de la impresión por la caída libre. En el aterrizaje se había lastimado la rodilla y tenía una brecha de la que no paraba de salir sangre; y además, sentía un dolor agudo en el hombro.
No tenía ninguna duda de que todo lo que le rodeaba no era obra de la naturaleza, al igual que el peligroso acceso, como tampoco dudaba que era la primera persona en cientos, tal vez miles de años, que pisaba aquel pasadizo rocoso.
Se acercó a una pared y pudo comprobar su tacto suave y gélido, lo que le recordó a las que encontró en «la fábrica de la guerra». Ésta, sin embargo, estaba desnuda, sin ningún soporte de antorcha o nada parecido.
Avanzó cautelosamente hacia donde la oscuridad impedía ver nada, usando como guía el muro que palpaba con sus manos y, de repente, se topó con el manantial. Una lámina de agua helada caía por una de las paredes y se introducía por una rendija a la altura del suelo.
—¡Dios de Judá! —exclamó al percibir su temperatura.
Arrimó la cara a la grieta y comprobó que tampoco era natural.
—Han reconducido un río subterráneo —dedujo— y por la temperatura de esta agua, debe proceder del deshielo de las montañas del oeste. Pero, ¿para qué convertir esto en una helera?
Continuó lentamente hasta que encontró otro extraño artilugio, una

hendidura recta y vertical que rajaba la piedra como una rebanada de queso.
—¡Una puerta!
Recorrió con la yema de los dedos la grieta de arriba a abajo y luego en horizontal a lo largo de toda su altura. Tenía más de un metro y medio de alto y una anchura similar, tal vez dos metros, una mole demasiado pesada como para haber sido trasladada hasta allí con la única ayuda de brazos humanos. Sabía que ningún animal de carga habría podido entrar donde él estaba, luego lo que quiera que fuese aquella masa pétrea debería tener un modo de moverse distinto al de la fuerza bruta.
El frío amenazaba con atenazarle los músculos. Sin darse cuenta, sus dientes habían empezado a rechinar como castañuelas y sus gafas se empañaban a una velocidad que, apenas las secaba con la camisa, quedaban instantáneamente cubiertas de vaho.
A tientas encontró algo en el suelo, eran hilos de caña anudados y casi petrificados por el tiempo. Estaban bien apretados por lo que imaginó que alguien los había dejado allí aposta y que se trataba de viejas cuerdas como las utilizadas en el Antiguo Egipto para mover grandes masas rocosas.
—Esta losa puede moverse —musitó.
Al fin encontró un resquicio en la piedra. Era un hueco grande a la altura del suelo, por donde podía meter el brazo entero. Se tumbó, y con la cara hincada en la tierra, consiguió introducirse hasta la altura del hombro. Había algo, una palanca o algo así, que parecía ceder al agarrarla. La asió y tiró de ella con todas sus fuerzas y la leva comenzó a moverse lentamente. Pronto descubrió que lo que estaba moviendo era una tabla rocosa que hacía de pestillo al portalón ciclópeo, y cuanto más desplazaba la trampilla, tanto más holgada quedaba la enorme masa pétrea.
Se tomó un respiro para recuperar el aliento e imaginar qué tipo de mecanismo tenía ante sus narices. Pensó que, tan pronto como consiguiese destrabar la roca, ésta se movería pero no tenía ni idea de hacia dónde.
—Si es hacia delante me aplastará como a un gusano.
Pero no era posible, no había desnivel en el suelo que pisaba. Tampoco podía desplazarse hacia los lados, ya que la mole ocupaba todo el perímetro de la caverna.
—¿Hacia atrás? No es posible, aplastaría lo que quiera que haya detrás.
Aunque no podía imaginar qué movimiento haría aquel mazacote rocoso, estaba seguro de que no era posible que se le precipitase encima, así es que volvió a meter el brazo por la oquedad y a asir la leva del fondo.

Ahora parecía algo más blanda, como si el primer movimiento la hubiese despertado de un sueño secular y la hubiese hecho más ágil y ligera.
Apretó los dientes y tiró como si fuese su último aliento y la palanca cedió completamente. La tranca se desplazó hasta liberar el peñasco ciclópeo y éste empezó a tambalearse como un flan.
Lentamente empezó a desplazarse hacia el interior de la cueva como una enorme bola de nieve. En los primeros centímetros de ingravidez, el movimiento hubiese sido casi imperceptible de no ser por el estruendo que producía el duro deslizar de su superficie contra la roca del suelo.
Segundos más tarde, como animada por una fuerza invisible que llevara esperando una eternidad para ponerla en marcha, la mole se desplazó rápidamente hacia el fondo provocando un ruido ronco hasta chocar, apenas un par de metros más allá, con un parapeto también pétreo.
Köerting resolló aceleradamente, no tanto por el esfuerzo como por la emoción de lo que estaba viviendo. No obstante, había hecho mucho ruido, podían haberlo oído, debía ser sigiloso o en unos minutos tendría ante sus narices a los guardias que le perseguían.
Avanzó un par de pasos, atravesó la corona que soportaba la roca y entró en un habitáculo bañado de una tenue y fría luz azulada.
La luz procedía del hueco que acababa de horadar al desplazar la pesada puerta, de modo que imaginó que aquellos rayos venían a romper miles de años de oscuridad y penumbra.
Sintió frío, aún más que en la bocana de la caverna.
En el suelo había excavada una enorme hache mayúscula, sus dos brazos superarían los 2 metros de longitud y el que los unía algo más de medio. El primero de los dos tendría casi un metro de ancho, mientras que el segundo duplicaba al primero y era bastante más profundo.
Se acercó al primer brazo. Había algo dentro, pero entre la poca luz del lugar y la hondura del hueco no acertaba a ver de qué se trataba.
Fue al arrodillarse cuando advirtió lo que tenía ante sus ojos.
—Murshili —gimió.
Un cadáver embalsamado estaba posado a lo largo de la zanja. Su rostro aún conservaba jirones pétreos de tez. Vestía una larga túnica que le cubría hasta los pies con una cincha abrochada en la cintura en la que podía verse una hebilla redonda y dorada. Era el escudo real. Tenía un gorro alto, como de terciopelo rojo, y cortado en dos mitades.
Sus manos eran un amasijo de huesos cargados de anillos y sellos. Una de ellas reposaba sobre su pecho, mientras que la otra estaba extendida en una posición antinatural. Parecía apuntar hacia la zanja

perpendicular que se unía con el otro lateral.
Además, la muñeca estaba esposada, tenía una argolla dorada de la que salía una cadena de gruesos eslabones que se perdía en el otro lado de la H.
Se aproximó al otro ramal, que era más ancho que el primero, y encontró una enorme caja de madera de sicómoro carcomida que ocupaba todo el hueco existente, unos dos metros de largo y algo más de uno de ancho.
—La madera de los sarcófagos de los faraones.
En su superficie apolillada aún se podía leer una inscripción grabada sobre la madera.
—*Runda, hi, urar, shanha, ran, mi, si, gur* —leyó.
El profesor tragó saliva.
—Aquí yace el Espíritu Malo —tradujo.
El arca tenía un trinquete para poderse cerrar, pero carecía de pasador, por lo que podía abrirse sin dificultad
Aun así, la tapadera era tan pesada que no fue suficiente un primer intento para levantarla. Hizo acopio de todas sus fuerzas antes de la segunda tentativa y esta vez la gruesa cubierta empezó a moverse lentamente. Las bisagras metálicas chirriaban furiosas por haberlas sacado de una larga hibernación, pero poco a poco cedieron a la fuerza que las obligaba a hacer girar.
Cuando la tapa apenas superó la vertical, la propia gravedad la hizo desplomarse al otro lado, dejando su interior al descubierto.
—¡Dios santo!
Una masa rocosa se adivinaba en la penumbra.
Estaba extenuado. En cualquier otra situación habría tratado de salvarse huyendo de semejante nevera, pero no podía moverse; era tal el poder de atracción que ejercía sobre él aquella cosa que pensó incluso que caería de bruces en ella de un momento a otro.
Por instantes creyó que se movía, que tenía miles de tentáculos desperezándose que se colaban alrededor de su cuerpo en un abrazo mortal, pero pronto achacó aquella visión al agotamiento y al frío.
—La muerte dulce —susurró con la respiración entrecortada.
Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que la baja temperatura de la caverna no era casual; sea que lo que fuese lo que tenía delante el frío lo mantenía dormido, inerte, incapaz de ejercer su tremendo poder.
—¿Qué puedo hacer con esto? —dijo con voz trémula mientras acariciaba dulcemente la roca gélida en la penumbra.
Tenía un tenue brillo azul iridiscente y un tacto aterciopelado, sus finos granos parecían haber construido una alfombra helada que los recubría y los amansaba, una especie de trampa, de metamorfosis malévola con el fin de enmascarar su verdadero poder devastador.

Sabía que cualquier intento de sacarla era imposible y, además, inútil porque una vez fuera no tenía cómo ocultarla ni cómo transportarla hasta un sitio seguro.
Pensó en extraer una lasca, una muestra que le permitiese conocer su auténtica naturaleza, pero una voz interior le dijo que eso podría provocar una reacción incontrolada.
—No despertemos al monstruo —se autoconvenció.
Calculó el peso a partir de su volumen y llegó a la conclusión de que superaría fácilmente las 5 toneladas, eso si su densidad era normal.
—Cualquiera que quiera mover esto de aquí necesitará medios especiales.
Entonces supo que lo más apropiado era mantenerlo oculto, escondido del mundo, hasta no estar bien seguro de que con él no se volvería a crear el terror y la muerte.
El frío le tenía atenazado, tenía que actuar cuanto antes, mas su mente y sus músculos estaban paralizados. Observó por última vez el suave refulgir de la roca antes de cerrar de nuevo la tapa, y ante la rampa de salida reunió todas las fuerzas que le quedaban para trepar por su superficie escurridiza con la sola ayuda de sus manos y sus uñas.
Cuando consiguió salir, pasó un tiempo tumbado en la bocana de la cueva, extenuado. Continuaba lloviendo, lo que no le ayudaba nada a recuperar su calor corporal. Sabía que su tiempo se había acabado, que cualquier intento de sacar a Istanu de su refugio era imposible y que lo único que podía hacer era tratar de mantenerlo a salvo hasta un futuro impreciso, cuando las circunstancias fuesen más favorables.
—Tengo que romper la inscripción.
Agotado, se levantó y comprobó que los guardias se habían marchado dejando tras de sí las huellas de las ruedas de sus jeeps en el camino embarrado. Desde arriba no se veía ningún movimiento y por ruido sólo el chasquido de las gotas de agua al estrellarse contra los matojos y algún pájaro que se protegía del chapuzón.
Caminó monte abajo más tiempo arrastrándose que erguido, sin importarle las heridas y las magulladuras que las piedras y las zarzas le seguían abriendo en la piel.
Los soldados habían dejado su rastro en la puerta de la cueva: botellas de bebidas, restos de comida y una barra metálica que pudieron haber usado a modo de palanca para mover alguna de las rocas del lugar.
—Perfecto —murmuró al ver el barrote.
Lo cogió y empezó a destrozar el petroglifo de la pared. Golpeó la piedra como si de un enemigo se tratara, poniendo toda la energía que le quedaba en el empeño.
Por primera vez en su vida estaba despedazando un valioso vestigio del pasado, una de esas piezas a cuya búsqueda había dedicado su propia existencia, negándole de ese modo al resto de la humanidad el

derecho a estudiarlo, un lugar privilegiado en algún museo y el placer de su contemplación. Por primera vez en su vida no era el tiempo su enemigo, ni la climatología, ni la invasión de un pueblo, ni los ladrones furtivos, ni los buscadores de tesoros, sino él mismo, convertido en su propio adversario, en el dios de la entropía que todo lo destruye.

En unos minutos, las dos leyendas eran añicos esparcidos por el suelo.

Se sentó en el suelo sin resuello y observó sorprendido que no tenía remordimiento, ni el más mínimo resquicio de arrepentimiento. Fue como si una fuerza interior le hubiese empujado a hacerlo, una fuerza sublime y superior, incomprensible para la mente humana, hacedora del bien supremo.

El cielo estaba abigarrado, las nubes parecían haberse concentrado estáticas y apelotonadas frente al espectáculo de la destrucción como espectadoras únicas de lo que allí estaba pasando. Una suave brisa acarició su rostro, desde la bocana. Ahora el valle parecía más grande e inhóspito, un desolado trozo de tierra, testigo de grandes hechos del pasado, hechos que cambiaron para siempre el curso de la historia, convertido ahora en un puñado de piedras y matojos.

Miró al fondo de la llanura y encontró un diminuto punto resplandeciente, algo que parecía moverse y surcar el tortuoso camino de tierra que llevaba hasta donde él estaba.

—Mierda, vienen otra vez —se maldijo al comprobar que se trataba de un jeep.

Recogió todos los añicos de la lápida demolida y empezó a diseminarlos tan lejos y separados como pudo. No quería que de ningún modo nadie pudiese reconstruir las inscripciones. Ésa sería su última acción, su último deseo, su voluntad postrera antes de perder para siempre su libertad y su vida.

Ya tenía más que asumido que su suerte estaba echada, sabía que por haber transgredido las órdenes de los oficiales turcos sería castigado severamente con penas que ahora no quería ni imaginar, pero tampoco le importaba, la misma fuerza que le empujó a hacer cuanto hizo lo mantenía incólume e inmune al peligro.

El vehículo se acercaba a gran velocidad salpicando en todos los charcos del camino, seguro de estar cerca de la presa buscada, mientras el profesor, impávido, bajaba la ladera, sin ni siquiera mirarlo.

—Profesor—. La voz aunque lejana era conocida.

Miró y vio que quien venía en el jeep no era otro que Frank Grauben.

—Profesor —gritó otra vez—. Dése prisa, tenemos que irnos inmediatamente.

Frank estaba llorando y riendo al mismo tiempo. Tenía el rostro desencajado por la tensión, por los nervios incontenibles, por el

pánico a su propia muerte, por el temor de haber perdido a su maestro y por la alegría del reencuentro.

[67] Khet es una medida del antiguo Egipto que equivales a 52,29 metros.

[68] Codo real es otra medida del antiguo Egipto que equivale a 0,01 Khet o bien 0,5229 metros.

El profesor apuró el paso sin poder dar crédito a lo que estaba pasando; estaba magullado, herido, agotado y empapado pero ajeno a todo mal, revestido de un invisible halo protector.

Cuando por fin alcanzó el valle, Frank corrió hacia él y le abrazó.

—Vámonos al puerto, tenemos el tiempo justo para embarcar. Los centinelas no tardarán en volver.

—¿Has conseguido burlarlos?

—Qué va, les di todo el dinero que teníamos salvo algo para unos pasajes. Me temo que en los próximos días no tendremos ni para comer, pero al menos estamos vivos. Lo único que me prometieron es estar quietos hasta que algún superior les preguntase por nosotros pero entonces les obligarán a montar un dispositivo para que no escapemos. En cuatro horas sale un barco desde Samsun que atraviesa el mar Negro hasta Odessa. Una vez en Ucrania ya nos arreglaremos.

—Mi querido Frank, tanto denuedo por un pobre viejo.— Un hilo de ternura se escapó por los labios del viejo—. Gracias, gracias por venir y salvarme la vida, ahora seré yo quien proteja la tuya.

Frank le miró sin comprender nada, aunque tampoco tenía el cuerpo para acertijos ni discusiones; de hecho, tardó muchos años en saber el significado de esa frase y en ocasiones se había maldecido por no haberle preguntado al instante su significado al profesor. Tal vez en caliente su jefe se lo habría dicho y le habría evitado muchos años de inquietud e incertidumbre.

Ahora lo único importante era llegar al puerto cuanto antes.

35

Madrid, 1 de marzo de 1994

—Es más listo de lo que pensaba —repuso Vasili—. No ha tomado ningún contacto con la policía. Puede que sea un gran estúpido con madera de héroe o bien que sepa que si contacta con ellos lo tendremos localizado en muy pocas horas.

Jaime Mata les miraba mientras mascaba con fuerza un chicle; tenía el gesto impávido del asesino a sueldo, como si su piel fuese de acero. Observándolo, cualquiera podía adivinar su apellido. Delante tenía al Lobo Gris, que les contemplaba con los ojos entornados, y al profesor Talú, que saboreaba un vaso de *Ayran*.[69]

—Más me creo lo segundo —repuso el sultán.

—Sea como sea, es desconfiado y sigiloso. Ayer encontramos el apartamento donde estaba escondido.

—¿Habéis encontrado su madriguera? —Talú estaba gratamente sorprendido por la eficacia del ruso.

—Sí, pero allí no hay nada, salvo un colchón, una mesa y algunos libros de prehistoria. Ni rastro de él. Parece que lo ha abandonado.

El Lobo Gris frunció el ceño.

—Es un profesional —continuó Vasili—. Ni siquiera tenía puesto su nombre en el buzón.

—¿Ah, no? Así es que está jugando al gato y al ratón, ¿no?

—No lo sé, pero sabe lo que tiene entre manos.

Jaime no paraba de girar la cabeza para escuchar a quien hablaba sin entender nada. En su fuero interno estaba esperando que se dijese alguna de sus palabras favoritas, como aniquilar, eliminar o extirpar los intestinos, para engancharse a la conversación.

—Y dígame —continuó el Lobo Gris—, ¿cuál es el nombre que aparecía en el buzón?

—Era uno muy raro, algo que sonaba a extranjero, algo así como Sululuma.

—¿Subbiluliuma? —preguntó Talú.

—Sí, eso, eso.

—Maldito insolente —repuso el sultán—. ¿Quién se ha creído que es para tomar el nombre de uno de nuestros más honorables reyes?

Talú, sin embargo, reaccionó con más serenidad.

—Todo esto tiene sentido. Ya te dije que nos llevan ventaja, llevan años buscando a Istanu, conocen su origen y su poder, saben quién lo descubrió y quién lo ocultó, es posible que hasta a esta hora sepan cuál es su paradero.

—Mierda —gritó el Lobo Gris—. Tenemos que ir más deprisa. Debes preguntar a tus informadores, tenemos que cazar a ese insolente.

—Lo sé, y les prometo que lo haremos.
—¿Tenemos alguna foto suya? ¿Podemos identificarle?
—Allí no había nada —respondió Vasili—, pero sabemos que trabaja en la universidad. Es ingeniero o algo así.
Talú le observó contrariado.
—Eso ya lo sabíamos, le recuerdo que nuestros hombres han visitado su despacho hace unos días.
—Lo digo porque he pedido su expediente académico para verificar si es cierto. Mañana tendremos una copia y seguro que hay alguna foto.
El ruso hinchió el pecho de satisfacción. Comentarios como ése certificaban su valía en el oficio.
—Por cierto, ¿en qué se supone que está especializado? —quiso saber el Lobo Gris.
—En metalurgia, creo.
—Metalurgia —intervino Talú—. Eso explica muchas cosas. Este hombre es más peligroso de lo que pensamos, es un verdadero especialista ¿Quién le protege? ¿En qué grupo está metido?
—No lo sabemos. Es más, es posible que trabaje solo.
—¿Me toma el pelo? —gritó el Lobo Gris.
—Los cuerpos de seguridad del estado carecen de algún tipo de informe de él.
El turco lo examinó con recelo. Su falta de confianza era tan evidente como su nula paciencia.
—No debe temer, tenemos todo bajo control —aseveró con aplomo Simonov.
—Es evidente que tarde o temprano llegará a Toledo, si es que no está ya dentro.
—Tenemos acceso a los registros de entrada de todos los hoteles, hostales y pensiones de Toledo y sus alrededores y mis hombres tienen instrucciones de no limitarse a inquilinos llamados Pablo Luna por si ha decidido inscribirse con un nombre falso. Si está alojado en alguno de ellos lo encontraremos.
—¿Y si está en casa de algún amigo o de un familiar? ¿También rastrearán casa por casa? —La pregunta destilaba un desprecio infinito.
—Estamos revisando todos los datos del censo y del Registro de la Propiedad. Si quiere mandamos una patrulla a rastrear debajo del río.
La mirada del Lobo Gris hubiese matado a cualquier persona, pero Vasili Simonov había llegado al borde de la desesperación ante sus interlocutores y sabía que, por peligroso que pareciese, ya era hora de poner límite a sus desmanes.
Un teléfono sonó en ese instante.
—Diga —acudió Simonov—. Dime. ¿Ah no?... Vale... Sí, sí... estupendo. De acuerdo, buen trabajo.

Al colgar, se aclaró la voz igual que si fuera a hacer un discurso.
—Tenemos muy buenas noticias.
—¿Y bien? —sonrió Talú, seguro de que estaban en buenas manos.
—Tal como les decía, en la base de datos de la policía no hay nada que se relacione con ese tal Luna... —Hizo una pausa, seguro de que había captado el interés de sus interlocutores, que esperaban ahora la buena nueva.
—¿Y? —terminó preguntando Talú.
—Pero tenemos una buena pista de ese otro que me nombraron ayer, el que les robó la cosa esa.
—¿Köerting?
—Sí, sí, ése.
—¿Y qué tiene que ver eso con lo que andamos buscando?
—Escuchen, no sé si lo sabían, pero ese tal Köerting fue deportado a Alemania durante la segunda guerra mundial.
—¿Köerting? No estaría tan seguro —agregó Talú—. Es sabido que cayó en manos de los nazis a finales del año 1943, pero lo más probable es que fuese por una estúpida imprudencia. Él tenía que entrar en Alemania porque allí había algo que necesitaba y lo cazaron.
—Nada de eso. Es cierto que se hizo con todo el sigilo del mundo, se ve que el gobierno español no estaba interesado en hacer publicidad de aquello, pero fue expulsado desde aquí. Y, ¿saben dónde vivía Köerting cuando lo apresaron?
—No me lo diga, en Toledo —pronosticó el profesor.
—Bingo —respondió Vasili.
—Eso es genial —reconoció el Lobo Gris—. Puede que ni siquiera necesitemos al estúpido españolito. ¿Sabe dónde residía el judío? No tengo dudas de que es allí donde escondió el Istanu.
—Lo sabemos, tenía un amigo, un médico llamado Serafín Caro que lo acogía en su casa.
—¡Tenemos que ir a esa casa!
—¿Tenemos? ¿No me dirá que quiere intervenir personalmente en esto? Me permito recordarle que puede ser peligroso.
—He dicho que el trabajo lo haremos nosotros. Nadie más que mis hombres deben tocar el Istanu.
Con resignación, Vasili frunció el ceño.
—Primero habría que averiguar quién vive allí ahora y en función de quien sea decidiremos si es mejor una orden de registro o un cerrajero.
—Está bien, pero hágalo cuanto antes.
—Bueno, aún tenemos un pequeño problema —se apresuró a decir Vasili.
—¿Un problema?
—Sí, la dirección que nos consta no coincide con ninguna calle de

Toledo. Es posible que simplemente hayan cambiado su nombre en los últimos cincuenta años o, lo que es peor, que alguien malintencionado hubiese puesto una dirección falsa en la ficha policial para eliminar de esta forma su rastro.

El Lobo Gris entornó los ojos y notó cómo se le nublaba la vista. El hombre que tenía delante le producía verdaderas náuseas pero lo necesitaba a su lado. Sin él no conseguiría su fin o le resultaría extraordinariamente más lento y complicado. Midió sus palabras como quien está frente a un juez, como quien hace una declaración jurada de la que no pudiese luego arrepentirse. Hacía verdaderos esfuerzos por no espantar a su interlocutor, pero su paciencia se agotaba como el agua en el desierto.

—Trate de averiguarlo cuanto antes —dijo con un silbido de voz.

Entonces se levantó y encaró al ruso.Su expresión era tan aterradora que hubiese estremecido a una roca. Sus ojos parecían una fosa marina tan profunda como el mismísimo infierno.

—Debo confesarle que este asunto empieza a ponerme nervioso. Algo me dice que no lo estamos haciendo como es debido. Si no encontramos nuestro objetivo en veinticuatro horas, pensaré que nos hemos equivocado al adjudicarle la misión.

[69] Bebida tradicional turca a base de yogur, agua y sal.

36

Madrid, 1 de marzo de 1994

—Me dijeron que podía llamarle a este teléfono en el caso de que surgiera una necesidad —dijo una voz metálica para justificar que eran casi las once de la noche.

—¡No puede ser! —añadió Tomás Bueno con la respiración agitada.

—Se lo aseguro —respondió el interlocutor—. Acaban de confirmármelo fuentes de toda confianza.

Hubo un largo silencio, un tiempo de digestión para la bomba de relojería que acababa de caer en su estómago.

—¡No puede ser! —repetía incrédulo— y además en España. ¿Está seguro? ¿Completamente seguro?

—Lo estoy, el Lobo Gris ha salido al fin de su madriguera.

De repente se dio cuenta de la responsabilidad que tenía ante sus narices.

—Las cosas se han precipitado. A esta hora es posible que ya hayan asesinado al profesor Luna —susurró la voz—. Tiene que ser rápido. Es evidente que están a punto de encontrar el arma y eso sería una catástrofe.

—No sé por dónde empezar. Hace tres días que estoy en este caso y eso incluye el fin de semana.

—Trate de actuar solo y sea tremendamente cauto —le dijo la voz del otro lado—. Están por todas partes. Si yo estuviese en su lugar informaría únicamente al Secretario de Estado para la seguridad, para que el gobierno esté al tanto por si se tuercen las cosas.

—¿Y después qué? ¿Acaso cree que puedo hacerlo yo solo?

—Van tras la pista de Rudolf Köerting. Averigüe dónde vivió en España hasta noviembre de 1943, que fue deportado a Alemania. Seguro que aún queda algún informe policial del asunto.

La línea volvió a quedarse en silencio. Tan sólo el jadeo agitado del subcomisario Bueno denotaba que aún había alguien al aparato.

—No lo deje escapar, usted puede hacerlo —susurraba la voz metálica al otro lado del hilo telefónico—. Tal como les había anunciado, yo estaré el jueves en su despacho. Espero poder darle más datos, pero no pierda ni un segundo en buscar a ese terrorista.

—Gracias, Roeder.

37

Toledo, 2 de marzo de 1994

El trayecto hacia Toledo se hizo mucho más corto que el del día anterior. Tenían muchas cosas de qué hablar, conversaciones qué, en el caso de Grauben, habían permanecido guardadas durante años en lo más profundo de su espíritu.

Fue entonces cuando Frank supo que los jóvenes habían conocido al impresor Segura y que había sido él el que les había dicho que un señor mayor deambulaba de vez en cuando por la mansión y por sus alrededores.

—Nos dijo que era un tipo muy raro, y que nunca le saludaba —bromeó Rosa.

Grauben meneó la cabeza.

—Pero le aprecia —remató—. No en vano él fue amigo de Serafín y Köerting. Fue él quien nos dio la idea de ir al registro.

Cualquiera de los tres habría explicado lo sucedido como algo mágico, como una de esas cosas que la vida tiene guardadas para hacerla más placentera. Para Frank fue como el encuentro largamente esperado de un ser querido, el hijo pródigo que regresaba de nuevo a casa. Para los jóvenes tuvo la química de una unión hilvanada con vínculos invisibles, por seres que ya no existían y que ni siquiera habían conocido, por historias intensas de un pasado con un final inconcluso. Por razones que ninguno comprendía, ni tampoco querían indagar, se habían creado lazos que superaban la amistad o el respeto. A pesar de su efímera relación, se sentían como carne de una misma sangre y unidos por el destino para una misión común.

La tarde anterior pasó fugazmente entre cartas y reminiscencias, se sentaron junto a una mesa y hablaron y hablaron hasta exhibir el resplandor de sus almas. Cuando la noche había caído como una losa sobre el cielo mediterráneo sin que hubiesen probado un bocado en todo el día, vino sor Teresa y les ofreció sustento y cobijo. No era la primera vez que aparecía la madre superiora; de hecho, había pasado el día yendo y viniendo para asegurarse de que los visitantes no molestaban al anciano y lo que comprobó fue, justamente, que su llegada había sido como una bendición para él, cada día más encerrado en sí mismo. Fue por eso por lo que les ofreció su hospitalidad y los jóvenes aceptaron encantados.

Cenaron mucho más tarde del horario habitual de la residencia y después la madre superiora les invitó a irse a descansar para no perturbar mucho más las costumbres de aquel lugar.

Rosa y Pablo durmieron en habitaciones separadas. Era más que evidente que no eran un matrimonio convencional, pero aun

habiéndolo sido, no les hubiese estado permitido compartir lecho.
Abandonaron Denia en el Volkswagen de Rosa con el relente de la alborada. Las religiosas habían estado muy agitadas, revoloteando en torno a Grauben antes de dejarle salir, pero sor Teresa fue contundente, el brillo en los ojos del alemán y la seguridad de que aquello revitalizaría definitivamente su existencia eran motivos suficientes como para dejarlo partir. Durante el camino, Rosa quiso saber por qué el doctor Caro le había cedido la casa y Frank se lo contó.
—Fue en 1951 o 1952, no lo recuerdo bien —comenzó hablando lentamente—. La guerra mundial había terminado, Rudolf estaba muerto y yo me había recluido en el cenobio de monjas. Una mañana apareció Serafín por Denia, tenía el rostro desencajado, alguien lo había acusado de hereje por ser judío y no tuvo más remedio que escapar precipitadamente de Toledo. Traía consigo una declaración manuscrita de transmisión de la propiedad y las llaves de la vivienda.
—¿Le regaló la casa? —terció ella.
—Me dijo que si nunca volvía se la confiscarían y que jamás permitiría que eso pasase. Estaba asustado y al mismo tiempo exaltado. —¿Y no supo dónde fue?
El anciano sacudió la cabeza.
—Iba camino del puerto de Valencia, aunque creo que ni siquiera sabía adónde dirigiría sus pasos. El caso es que jamás volvió. —¿Nunca más se supo de él?
—Nunca.
Hablaron de la carta que Rudolf Köerting escribió a Rolf Schuemann, la que le enseñó Pablo en la residencia. En ella había detalles que Frank jamás había conocido, el modo de sacar el arca, la desconfianza de su maestro hacia Mustafá y, sobre todo, su plan para que nadie encontrase a Istanu hasta que la guerra hubiese acabado.
Cuando llegaron a Toledo, aparcaron en una callejuela cerca del número seis de la calle Martín de Lara.
Ante la puerta de la mansión, y mientras Frank intentaba meter la llave que amarraba la cadena en su cerradura, Rosa no pudo evitar sonreír secretamente a Pablo. Por sus mentes pasaron los momentos en los que la abordaron clandestinamente y la exploraron en la penumbra.
—Bienvenidos a la casa del doctor Caro —dijo, henchido el alemán al abrir, dejándoles paso cortésmente y las marcas de su rostro se disimularon bajo su sonrisa.
Todo estaba como entonces, dormido e intacto, como si las almas que algún día poblaron aquellas paredes no hubiesen tenido tiempo de recoger sus pertenencias más cotidianas o ni siquiera se hubiesen ido. Tan sólo el monótono golpeteo de la tabla desvencijada de un balcón

y las manchas de barro seco en el suelo, imperceptibles para los ojos de Frank Grauben, delataban la incursión secreta de hacía cinco días.
Frank hizo de cicerone, les enseñó la casa como si de un guía turístico se tratase o como si pretendiese venderla, deteniéndose en todos los pormenores, señalando con el dedo los adornos, las fotos y los libros y explicando de todos ellos su historia y su razón de ser. Tal era su conocimiento de aquella morada que daba la impresión de que había habitado allí toda su vida o que había pasado tanto tiempo estudiándola que ya no había detalle que se le escapase.
El periplo les llevó hasta la biblioteca.
—Serafín Caro decía que la casa tenía tres corazones, y que necesitaba los tres para sobrevivir.
—¿Tres corazones?
—Sí, era muy maniático —reconoció—. Para «preservarlos del mal» decidió poner en los tres rótulos en hebreo. Por eso éste reza *Bet Hamidras,* que significa «casa de estudio».
— ¿Y cuáles eran los otros dos «corazones»?
— Su despacho y el dormitorio de su invitado Rudolf.
En la biblioteca, Frank se volvió aún más cauto. Para él, aquél era un sitio especial, lleno de embrujo y sabiduría, de hermetismo sacro. En ella había pasado casi todo su tiempo en Toledo desde que heredó la casona, largas horas de soledad en busca de la madeja de hilo, del ovillo que le permitiese seguir el camino del Istanu, seguro de que entre sus arcanos toparía con la luz que buscaba.
Las numerosas bombillas pajizas de la lámpara de araña tiritaron escépticas al alumbrar aquel recinto esotérico.
—En este espacio pasé años buscando —dijo atribulado—; de hecho, creo conocer cada uno de estos volúmenes.
Una vez salieron, cuando tomaron la escalera de caracol que llevaba hasta la antigua habitación del profesor Köerting, Rosa y Pablo sabían que el anciano se enfrentaría de nuevo al amargo sabor de la pérdida de su maestro.
Así fue. Al abrir la puerta, Frank arrugó el entrecejo, sus ojos se tornaron brillantes y se movieron inquietos buscando en el vacío lo que sabían que ya no estaba, el halo de vida de quien pobló aquel rincón. —Aquí vivió Rudolf Köerting hasta el día que lo secuestraron y lo deportaron a Alemania, aquí durmió y fue seguramente aquí, en esta misma mesa, donde escribió los dos mensajes.
—¿Dónde estaba usted cuando pasó eso?
—En Túnez. Dos meses antes me obligó a dejarle en Boghazköy. Cuando se empeñó en llevar a cabo solo la misión de sacar el arca de Istanu me embarqué en un buque hasta Túnez. Aunque él me había pedido ir a Toledo, yo no quería ser una carga inútil ni para él ni para Serafín, de manera que decidí quedarme allí y buscar trabajo.

—¿Se quedó a vivir en Túnez?
—¿Qué iba a hacer? Europa estaba en llamas, ya no había sitio seguro para un alemán disidente en todo el planeta.
—¿Y ya no supo nada más de Rudolf?
—Nada. Le escribí en varias ocasiones, hasta que recibí una carta de Serafín explicándome que había sido deportado a Alemania y que no tenía noticias suyas desde entonces.
Grauben arrugó la frente.
—Y entonces se quedó en Túnez.
—Algo más de dos años, hasta que en septiembre de 1945, una vez finalizada la guerra, regresé a Munich.
Los jóvenes permanecieron en silencio, simulando de nuevo no haber estado nunca allí y respetando el dolor del alemán con su mutismo. Pero el tiempo apremiaba, y el vacío no hacía más que abrir la brecha de una vieja herida imposible de cicatrizar.
—¿Por dónde debemos empezar? —atajó Pablo.
La estratagema surtió efecto.
—Supongo que por unir las dos mitades del texto encriptado.
Sacó entonces de su chaqueta el manuscrito y se sentó en la mesa, pero algo le detuvo.
—No deja de ser paradójico —apuntó levantando la cabeza— que después de tanto tiempo las dos mitades se unan, justamente, en el lugar donde se separaron.
La frase sonó a elixir de vida, a felicidad sin límite.
Tomó un papel en blanco y empezó a anotar las pistas impares dejando un espacio entre ellas para que Pablo hiciese lo propio con las pares.
El joven extrajo de su bolsillo la transcripción y la escribió en las líneas vacías que le había dejado Frank. Poco a poco, el texto se fue construyendo como un mecano cuyas piezas se enlazaban mágicamente con hiedras transparentes.

UNO: Tartessos me dio su vientre... DOS: …Ciudad de las tres culturas TRES: Ermita cristiana ahora... CUATRO: …Sinagoga fue en un tiempo CINCO: La cábala le acompaña... SEIS: …Teme el castigo, ir la verdad SIETE: Para proteger su ultraje... OCHO: …El rabí cambió su nombre NUEVE: Huye del fuego de la Muerte... DIEZ: …O despertarás el mito del Espíritu Malo

—Están por parejas —advirtió Frank—, cada dos componen una frase con sentido. Son, en realidad, cinco pares, cinco frases quebradas que nos llevarán hasta el arca de Istanu.

Los tres se quedaron inspeccionando el pliego con los rostros radiantes y una expresión irreprimible de felicidad.
—La primera está clara, nos indica que está aquí, en Toledo. Ahora debemos continuar con las siguientes —apuntó Pablo.

Rosa se adelantó a decir lo que los otros estaban pensando.
—¡Ahora debemos buscar una antigua sinagoga convertida en ermita!
El alemán hizo un gesto de contrariedad.
—No será fácil, es muy probable que todas las ermitas e iglesias actuales hayan tenido un origen hebreo. Si no conseguimos algún dato más, tendríamos que buscar en todos y cada uno de los edificios religiosos de la ciudad.
—¿En todos? ¿Es que no se sabe dónde estaban ubicadas las antiguas sinagogas?
—Toledo fue una ciudad muy importante para los hebreos. Hubo un tiempo en que se la llamó la segunda Jerusalén, gran parte de los grandes sabios judíos vivían aquí Abraham Ibn Ezra, Iehudah Ha-Levi, el Rosh, el Tur... En aquel tiempo había dos juderías. La principal estaba en el sur, en la pendiente que baja hacia el Tajo, y la de la Alcaná en torno a la calle del Hombre de Palo. Por los escritos de la época, sabemos que en Toledo había al menos diez sinagogas, pero hoy es imposible saber su ubicación exacta.
—¿No quedó ningún vestigio, ninguna prueba de su existencia?
—Lo que ha llegado hasta nuestros días es impreciso y, a veces, incierto. Hubo un tiempo en que los judíos estuvieron protegidos por los propios reyes cristianos. No en vano eran ellos los que con sus préstamos sufragaban las costosas guerras, pero el estado estaba quebrado y los banqueros sefardíes lo sabían, de manera que poco a poco fueron inventando excusas para reducir sus empréstitos. Entonces, los reyes recelaron de ellos, empezaron a odiar a sus hacendistas y a verlos como una amenaza para mantener su poder. Cuando la situación era tan grave que los reyes no podían ni devolver los intereses, decidieron eliminarlos y, para ello, nada mejor que utilizar la excusa religiosa, la de la herejía y el pecado. Pronto comenzaron a aparecer algunas cosas destinadas a desprestigiarles, se les acusó de sacrílegos y peligrosos. En Toledo, agobiados por un pueblo fervoroso y envidioso, se destruyeron salvajemente casi todos sus vestigios, las sinagogas y todos sus símbolos. O al menos eso es lo que se intentó porque con el paso del tiempo nació la leyenda de la magia toledana, por la que se decía que la ciudad tenía sortilegios incrustados en todos sus rincones, en sus cavernas y en sus calles.
—En definitiva, todas sus calles pueden albergar antiguas sinagogas —dedujo Rosa afligida.
—Exacto, aunque afortunadamente sabemos que lo buscamos es ahora una ermita cristiana o al menos lo era hace cincuenta años, y eso reduce considerablemente la búsqueda.
—La reduce a algo más de una docena aproximadamente —intervino Pablo— que es el número de iglesias o ermitas de la ciudad.
—Miremos entonces en todas las ermitas e iglesias. —Rosa sólo

pensaba en empezar cuanto antes—. Hagámonos con una guía de monumentos y rastreemos en todos los que tengan la más mínima relación con la religión.
—Eso no nos llevará a ningún lado, ni siquiera sabemos qué tenemos que buscar —opinó Pablo más pragmático.
—Salvo que podamos adivinar qué hay detrás de la siguiente pareja de pistas —señaló Frank.
—Eso, ¿qué dice la siguiente?
—La cábala le acompaña, teme el castigo, ir la verdad —leyó Pablo.
—La cábala. Eso tenía que ver con la enseñanza religiosa judía, ¿no? —preguntó ella recordando lo que aprendió cuando abordaron la casa por primera vez.
—Efectivamente. Son las enseñanzas místicas del judaísmo. —Pero, ¿qué relación puede haber entre la cábala y una ermita cristiana de Toledo?
La pregunta de Rosa, cargada de ingenuidad, abrió un profundo abismo en sus pensamientos, incapaces de seguir el camino que el infortunado Köerting había marcado. La ermita toledana y la cábala parecían dos orillas de un enorme río sin puente que las uniese.
—La cábala se inició al mismo tiempo en Toledo, en Provenza y en el Languedoc —apuntó tímido Pablo.
—Es cierto —confirmó Frank—. Entre los siglos XI y XIII, Toledo fue al mismo tiempo sede cultural y centro esotérico. Por aquel entonces ya existía la Escuela de Traductores, pero también funcionaba una escuela de ocultistas hebreos que desarrollaban la ciencia hermética a partir de las enseñanzas de la cábala. Puede que todo empezase en alguna antigua sinagoga, precisamente en esa que más tarde se convirtió en ermita cristiana.
—En ese caso deberíamos investigar en el origen toledano de la cábala. Hubo unos segundos de silencio. Pablo sabía lo que estaba pensando el viejo, pero no podía decirlo para no desvelar su primera visita a la biblioteca.
—Un momento —dijo al fin Grauben—. En la librería tenemos todos los libros habidos y por haber de la cábala. Por estar, está hasta el Zohar. —¿*El Zoha*r? —disimuló el joven—. ¿*El libro de los Esplendores*?
—El mismo, el que escribió Moisés de León en el siglo XIII, ¿tú lo conoces?
—Bueno, no lo he visto nunca —mintió—, pero he oído hablar de él, dicen que es como la Biblia poética de la Torá.
—Sea lo que sea lo que queramos desvelar, estoy seguro de que estará escrito en alguno de los libros que poseía el doctor Caro.
Bajaron sin perder tiempo y rastrearon entre las pilas de ejemplares que colmaban la gran librería. Los ejemplares se almacenaban sin orden, al menos en apariencia, salvo aquellos protegidos, que se

concentraban en un lugar privilegiado, aquel cuyas estanterías estaban cubiertas con portezuelas de vidrio y visillos.

A primera vista, en *el Zohar* no se mencionaba Toledo, lo que les hizo mantenerlo apartado a la espera de nuevas pistas.

—Toledo y la cábala, ésos son los dos anagramas —auguró el arqueólogo—. Si conseguimos un libro que nos hable de los dos, tendremos lo que necesitamos.

Entre los rancios volúmenes, junto a la estantería donde estaban los más preciados, Rosa sacó uno con un título que le resultó sugestivo.

—*Ciencias toledanas* —leyó.

Pero la ilusión le duró unos segundos, su interés se fue desvaneciendo al comprobar que contenía muchas láminas con dibujos fantásticos de personajes de leyendas como hadas, brujas y duendes.

—¿Qué es un nigromante? —preguntó al leer un pie de foto con un ser repugnante rodeado de cadáveres.

—Un mago, un experto en adivinar el futuro utilizando a los muertos —respondió Pablo.

—Eso es nauseabundo, ¿quién puede confiar en alguien que se valga de los muertos para predecir lo que va a pasar?

La lámina no estaba exenta de macabros detalles. Una especie de banquete entre vivos y muertos se mezclaba con toda clase de ungüentos para la adivinación, como aceite, harina, huevos y sangre.

Pasó la hoja horrorizada y abrió el libro por el otro extremo, donde encontró otras láminas mucho más agradables.

—¿Y qué es un sortílego?

—Es un hechicero, otro tipo de mago.

—No creo que el doctor Caro creyese en estas cosas —dijo defraudada.

Sus acompañantes, enfrascados en sus lecturas, no le hacían caso.

—El saber prohibido quedó grabado en las piedras de la ciudad, en forma de símbolos —leyó—. ¿Os imagináis? Secretos de magia y sortilegios escritos en códigos herméticos en las rocas de Toledo.

—¿Petroglifos? —dijo Frank deteniendo su investigación—. Un momento, déjame ese libro.

Ella se lo dio sin comprender su interés. El alemán revisó el índice y encontró un capítulo que se llamaba «La cábala».

—Tal vez sea esto lo que buscamos.

Láminas y láminas con grabados que ocupaban la mayor parte del espacio y apenas nada de texto, un libro destinado más bien a atraer a los profanos que a profundizar mínimamente en cualquiera de las ciencias ocultas. Además, los dibujos eran fantásticos, a veces hechos a base de pura ficción, sin ninguna base documental, sin detalles interesantes de lugares concretos y sin mención de personas, fechas o hechos. Desvelar la supuesta ermita donde pudo haberse iniciado el estudio de la cábala toledana a partir de aquel tratado parecía una

misión imposible.
Abandonó el texto y siguió buscando, entre los rincones de aquel océano de autores y sabiduría, la luz que le revelase el camino.
Habían pasado las dos de la madrugada sin que ninguno de los tres diese la más mínima señal de cansancio, ni tampoco de hambre, más bien al contrario, bajo las bombillas temblorosas y amarillentas de aquella biblioteca había una fuente mágica de energía que les permitía mantenerse en vigilia y trabajar sin descanso. Sólo el tono azulado de las ojeras bajo sus ojos enrojecidos delataba que aquellos cuerpos no eran de acero.
De los tres, el más activo era Frank y también el más inquieto. Al mirarlo, se advertía que tenía prisa, como si hubiese una campana a punto de sonar que indicase el final del tiempo, un final de trayecto que había estado condenado al fracaso durante años y que ahora podía revertirse, un final al que ahora podía ganarle la partida y con ello dar sentido a su vida.
—Todo esto es extraño —dijo con el ceño fruncido, y las marcas del fuego en su rostro aparecieron como luces espectrales—. No veo ningún sentido en la segunda parte de la frase, nada que nos permita relacionarlo con lo que andamos buscando; de hecho, no entiendo lo que quiere decir.
—Teme el castigo, ir la verdad —leyó Rosa.
—Es verdad —repuso él—. Ni siquiera está bien construida. Es la única frase que tiene ese defecto, faltan palabras o tal vez…
—Teme el castigo… —susurró Frank.
—Teme el castigo, esto suena a Antiguo Testamento —apuntó Pablo.
—Exacto, el Yaveh enfurecido, el de las siete plagas y el diluvio universal.
La muchacha estaba perdida, incapaz de comprender lo que estaban diciendo.
—No entiendo, ¿qué tiene que ver el castigo con el Antiguo Testamento?
—Debe referirse al castigo divino, al que Yaveh imponía al pueblo desleal. En la tradición judía, y por tanto en la cábala, hay muchas referencias al Dios Castigador.
—¿Y entonces qué significa «ir la verdad»?
Sólo el chasquido de las bombillas rompía el silencio de la sala de lectura.
—Es raro, muy raro; de hecho, no tiene sentido —reconoció el viejo.
El aire olía a desesperación, a anticipo de derrota ante un enemigo imposible de batir, tan escurridizo como las pistas del profesor Rudolf Köerting y tan inescrutables como su mente.
—A no ser que… ¡claro! —gritó el viejo levantando los brazos igual que si hubiera vencido en algún juego de adivinación.

—¿Qué es lo que está tan claro?
—Que no se trata de la cábala que estamos buscando, que el maestro creó aquí otro acertijo endiablado.
—Confieso que ahora estoy perdido —añadió el joven.
—No es la cábala judía la que buscamos, no es la tradición oral o la búsqueda del Ser Divino, es la otra cábala.
—¿La otra cábala?
—Sí, la otra, la que no es tan evidente. ¿Qué es para ti la cábala? —infirió Frank tomando por los hombros a Pablo, que parecía desconcertado.
—Bueno, creo que hemos hablado bastante de eso. Ahora soy incapaz de contestarle.
—Cábala tiene más de una acepción. No estamos buscando un lugar relacionado con la cábala judía y con Toledo, el lugar donde se inició, porque seguramente nadie sabe dónde y cómo fueron sus primeros pasos.
Grauben respiró agitadamente.
—Cábala es también un cálculo supersticioso para adivinar una cosa e igualmente una suposición o una conjetura.
—Hacer cábalas —dijo eufórica Rosa.
—Hacer cábalas, eso es lo que nosotros tenemos que hacer, cábalas.
—¿Tenemos que hacer cábalas? —Pablo necesitaba alguna explicación a lo que pasaba por la cabeza del alemán.
—Suposiciones, posiblemente a partir de cálculos.
—Más vale que nos diga cómo —añadió Rosa.
—¿No os hace sospechar el hecho de que la frase no tenga sentido?
—Pues claro, ya se lo había dicho yo —apostilló.
—Porque se trata de un conjunto de letras unidas de un modo arbitrario, cuyo sentido es oculto, por eso no tiene significado.
—¿Esto tiene algo que ver con la gematría? —apuntó Rosa recordando el libro que vieron en la habitación de Köerting.
Frank esbozó una sonrisa luminosa.
—Exacto, una de las mayores aficiones del profesor Rudolf Köerting.
—O sea, que esto no tiene nada que ver con la cábala.
—No con la que hemos creído hasta ahora, sino con la otra.
—Y entonces, ¿qué podemos hacer ahora?
—Si recuerdo bien, hay dos formas de proceder, dos caminos que seguir. El primero consiste en darle valores numéricos a cada letra y buscar una relación entre las palabras. Es posible que la frase esconda alguna expresión secreta con un valor que la propia frase te va indicando.
Los jóvenes se quedaron impávidos, como si Frank les estuviese hablando en un idioma incomprensible.
—Eso me parece dificilísimo —apuntó ella—. Nos puede llevar una

eternidad, sobre todo a mí, que nunca me han gustado los crucigramas.
—¿Y la otra? ¿Tenemos otra vía?
—La otra consiste en reordenar la frase, moviendo todas sus letras y buscando un nuevo sentido.
—¿Todas? ¿Sin repetir ninguna?
—Exactamente, las mismas letras que haya en la frase original.
—Eso es más fácil —intervino Pablo—. Es como una sopa de letras, sólo que tenemos que crearla nosotros mismos.
Entonces tomó un papel y escribió en una columna todas las consonantes y en otra todas las vocales:

T E
M E
L E
C A
S I
T O
G I
R A
L E
V A
R
D
D

El joven se puso manos a la obra como si fuese un verdadero experto en la materia. A su lado se arremolinaron con expectación sus acompañantes, confiados en que el entuerto se encontraba en buenas manos y que no tardaría en ser resuelto.

—Ta, le, mi. Un momento, podemos formar tanto «iglesia» como «ermita»; si es un edificio religioso, más vale que imaginemos que se trata de alguno de los dos.

Pasaron unos segundos eternos con Pablo enfrascado en sus pesquisas. Frank y Rosa no pensaban en otra cosa que en lo que podría estar pasando por la cabeza de su compañero.
—Si se trata de una iglesia, podría ser «iglesia de la...»

Separó las letras y entonces observó que el camino no parecía el correcto. Con tan sólo cuatro vocales tenía que utilizar ocho consonantes.
—Tal vez ermita. Un momento, puedo obtener «Cristo». «Ermita del Cristo».
Quedaban apenas ocho letras, pero mejor equilibradas, cuatro vocales y cuatro consonantes. Podían hacerse múltiples combinaciones, cuatro sílabas que se repetían de todas las formas posibles hasta que…
—«Ermita del Cristo de la Vega» —gritó—. ¡Eso es!

La frase sonó a veredicto final, a destino de una larga y penosa peregrinación, a recompensa a la perseverancia y a la tenacidad.
—¿Existe esa ermita? —Rosa estaba a punto de explotar.
—Seguro que sí, pero no tardamos nada en averiguarlo.
Entre los libros había uno que se titulaba *Toledo y sus monumentos* que detallaba uno a uno todos los edificios singulares de la ciudad. Lo tomaron y rastrearon todas sus iglesias.
—Aquí, en las afueras —indicó Rosa.
—¡Claro! —exclamó Pablo—. ¡Ya lo tenemos!
La felicidad se contagió como una pandemia de grandes tentáculos. Frank se sentía plenamente dichoso, sus ojos despedían un destello tan luminoso que eliminaban todo rastro de sus marcas faciales.
—Ahí está, ahí lo guardó el terco de Köerting y tuvo las santas narices de no decirle nada a nadie —apuntó con una sonrisa nerviosa y escurridiza.
Rosa tomó el borrador que había utilizado su compañero y lo miró alucinada. Ella estaba acostumbrada a interpretar partituras, a sacar una melodía de un papel emborronado, pero de no haber presenciado lo que acababa de ver, hubiese pensado que aquél no se trataba más que de un amasijo de letras, vocales y consonantes sin sentido, en lugar de una adivinanza, de un sortilegio que escondía un gran secreto.
—Te hemos vencido —suspiró enrabietada con el papel en la mano.
Eran las cuatro de la madrugada, las horas habían pasado como una centella sin que ninguno se percatase de ello.
Pablo señaló su reloj indicando la intempestiva hora.
—¿Qué hacemos? —dijo.
—¿Qué vamos a hacer? —respondió Frank—. A esta hora podremos husmear en los alrededores de la ermita sin que nadie nos vea y, de paso, ver a qué hora la abren. Total, si no vemos nada nos venimos, dormimos un rato y luego volvemos cuando esté abierta.
No hizo falta más, los tres sabían que acostarse en aquel momento no habría servido de nada porque ninguno habría conseguido conciliar el sueño en tal estado de excitación. Nada mejor que un paseo, aunque fuese tan sólo para ubicar el santuario, les ayudaría a despejar las mentes y a estirar las piernas.
—Esperad, voy a buscar una linterna —dijo el viejo—. Tal vez nos haga falta.
Dejaron todo como estaba. Libros, manuscritos encriptados, la carta en alemán y los borradores se quedaron esparcidos por la mesa de la biblioteca. Ni tan siquiera deshicieron el equipaje, ya habría tiempo una vez comprobasen que la ermita existía y pudiesen verla con sus propios ojos.
Tomaron únicamente un mapa, un plano para llegar al lugar indicado,

la traducción de las diez claves en castellano y una linterna. No estaban lejos, apenas media hora a pie y en la calle les esperaba el frescor de la alborada.

Madrid, 2 de marzo de 1994

38

—¿No te das cuenta? Es la oportunidad de mi vida —dijo Vasili.

Jaime le miró inexpresivo. Él no sabía nada de urdir planes y mucho menos si incluían una traición. Además, era casi la una de la madrugada y recibir a su jefe en su propia casa le había desconcertado.

El ruso estaba excitado, un arma poderosa e indestructible, sin duda algo fabuloso para haber sacado al Lobo Gris de Turquía; en sus manos, era oro en polvo.

—Lo único que hay que conseguir es que nos dejen en paz, que se marchen y no metan más la nariz en esto.

—¿Y si los matamos a todos?

Vasili giró la cabeza.

—¿Estás loco? Si le pones la mano encima a cualquiera de ellos, y no te digo nada al loco otomano, su organización te sacará la piel a tiras antes de tirarte a un caldero de lava hirviendo. Lo que hay que hacer es convencerles de que no está, que no existe o que alguien se la llevó ya y después conseguirla y hacer un buen uso de ella.

—Si ni siquiera sabemos lo que es.

—Algo enorme, créeme.

—¿Escondido en la casona de Toledo donde vivía el judío?

—¿Y dónde si no?

—Digámosle que se marchen y que nosotros nos ocupamos.

—No se fían. Tiene que ser una señal externa, algo que les asuste y les haga huir del peligro. Cuando esté en nuestras manos les contamos que no hay nada y si quieren que vengan y busquen.

—Yo creo que a estos hay pocas cosas que les asusten.

Vasili se rascó la barbilla, sabía con quién se la estaba jugando, aunque él tenía sus propios recursos.

—Tenemos que simular que la policía está tras sus pasos.

—Eso es fácil.

—Pero sin que sea verdad —aclaró Vasili, acostumbrado a tener que explicar casi todo al mastodonde que tenía delante—, es decir, que en realidad no haya ningún policía merodeando.

Jaime se quedó pensando, la cosa estaba llegando a un grado de complejidad difícil para él.

—¿Un policía falso?

—Algo así o una marca evidente del paso de algún investigador; alguien husmeando por ahí debería bastar para espantarlos.

—¿Y cuándo piensan «visitar» esa casa?
—Ése es el problema, se han empeñado en hacerlo esta misma madrugada y, salvo que podamos evitarlo, irán todos, hasta el mismísimo sultán.
La aportación de ideas del grandullón era nula.
—Un momento, la mansión está abandonada desde hace bastantes años — alumbró el ruso.
—¿No vive nadie?
—Nadie, por lo que no será difícil que pongamos dentro un espantapájaros. Vete ahora mismo para allá, revienta la puerta y deja un inquilino dentro. Cuando lleguemos, tras haberles dicho que la casa está abandonada y oigan los ruidos, pensarán que algo anda mal y preferirán seguir los toros desde la barrera. En ese momento, los llevamos a Alpedrete y tomamos nosotros el mando.
—¿Quieres que vaya ahora mismo?
—No hay más remedio, en unas horas estaremos todos por allí.
—Y si veo que hay alguien viviendo en ese sitio, ¿qué hago?
—Si ya hay alguien tanto mejor, no se atreverán a entrar y menos aún a matarlos, ya que harían demasiado jaleo, pero no te preocupes que el nido estará vacío. Aunque nos han dicho que la propiedad está registrada a nombre de un alemán, sabemos que hace años que nadie pisa la casa.
—De acuerdo, busco un bicho y lo meto dentro del caparazón —concluyó Jaime guiñando un ojo—. Cuando nos oiga llegar mañana se pone a gritar como un loco y asunto concluido.
Vasili afirmó ahíto.
—No falles, vete cuanto antes y paga bien el trabajito.

39

Toledo, 3 de marzo de 1994

Los dos vehículos aparcaron en la plaza que había junto a la calle Martín de Lara cuando las manecillas del reloj, en línea recta, marcaban las seis de la mañana. El día aún no se había desperezado. Toledo a esa hora era una balsa de aceite y sus calles permanecían desiertas. La ciudad dormitaba apacible y ajena a quienes habían irrumpido en ella.

Vasili había insistido hasta la saciedad en que le dejasen hacer la operación en solitario, pero el Lobo Gris le repitió obstinadamente que no. Además, si tal como aseguraba el ruso, la casona estaba vacía, el peligro era mínimo.

—Nosotros nos quedamos aquí, avisadnos cuando el campo esté libre —ordenó el Lobo Gris a sus *Sipahîs*—. Quiero revisar personalmente ese escondrijo.

La luz de la luna llena dibujaba nítidamente la silueta de los seis hombres sobre el asfalto todavía húmedo del relente. Junto a Vasili y Jaime, los cuatro *Sipahîs* fuertemente armados se dirigieron hacia su objetivo. Eran algunos de sus mejores hombres, entrenados a conciencia en los campos de preparación de Anatolia, incapaces de comprender ni una sola palabra en español. Ni falta que les hacía para la misión que les estaba encomendada.

Jaime notó al caminar el peso de sus ojeras, no en vano había pasado la noche en vela y no estaba seguro de si había actuado correctamente. Lo que menos esperaba encontrar a su llegada de madrugada al palacete es que estaba habitado o, al menos, que unos inquilinos acababan de llegar. Horas antes, tras reventar la puerta, encontró maletas y paquetes en la planta baja, algunas luces encendidas y papeles y libros revueltos, por lo que decidió no dejar en la casa al sicario que había reclutado para tal misión.

Caminaron deprisa hasta el portalón. Jaime se encaramó frente a la cerradura con la seguridad de que no ofrecería ninguna resistencia, pues hacía apenas unas horas que la había desvencijado con la intención de meter dentro a su compinche. Fue un trabajo fácil para él, más acostumbrado a cajas fuertes y normalmente con guachimanes. Apenas una ganzúa y un par de pinzas maestras y el portalón de entrada cedió una vez más a su experiencia.

Un golpe de calor vaporoso les vino del fondo de la casa. —Hay alguien —susurró Vasili—. Será mejor que nos marchemos. Los *Sipahîs* hicieron caso omiso a su recomendación, probablemente
porque ni siquiera querían entenderle a pesar de sus ostentosos gestos.

Entraron de puntillas evitando cualquier ruido. Los cuatro matones

empuñaban sus armas y parecían dispuestos a usarlas en el caso de que hubiese la más mínima complicación.

Todo permanecía en penumbra y, aunque renunciaron a encender la luz, no había dudas de que la casa no estaba abandonada. En el salón varias bolsas de viaje a medio abrir y unas llaves encima de la mesa delataban la presencia de alguien.

Los mercenarios se deslizaron sigilosamente por toda la planta baja y, tras una señal, enfilaron la escalinata en busca de los inquilinos. Sus pasos eran silenciosos, daba la sensación de que caminaban sin pisar el suelo.

Subieron hasta la biblioteca, que encontraron desordenada, con la mesa llena de libros y papeles y la lámpara de lágrimas de cristal encendida.

Bastaron unos segundos para que bajaran negando con la cabeza y despotricando como si el hecho de no encontrar a nadie les hubiese privado del placer de ajusticiarlos en ese preciso instante.

Una vez seguros de que el palacete estaba vacío, un *Sipahî* se marchó a avisar al Lobo Gris y al profesor Talú, que continuaban agazapados a la espera de la señal y, en un instante, llegaron.

—Esta casa no está abandonada —aseveró el Lobo Gris al ver el equipaje.

—Ya se lo dije, permanecer aquí es peligroso. Puede incluso que esta propiedad esté confiscada.

—¿Confiscada por quién? ¿Quién podría estar detrás de este asunto?

—No sé, pero es mejor averiguarlo lejos de aquí.

Talú inspeccionó el salón de un vistazo. Unos candelabros de siete brazos y un púlpito donde había un libro de la Torá desvelaron la evidencia.

—Judíos, sucios judíos —protestó—. ¿Quién era el propietario de esta vivienda?

—No lo sé, ahora es de un alemán que la tenía abandonada, aunque por lo que se ve...

—¿Un alemán? —interrumpió Talú—. ¿Sabes su nombre?

—Grauben, Frank Grauben.

Talú dio un respingo.

—¿Cómo puede ser? —escupió—. No puedo creérmelo, el decrépito de Grauben debe llevar muchos años muerto.

—Así es como aparece en el registro —le contestó Vasili— y tiene sus impuestos al día.

El turco se quedó estupefacto.

—Abrid esas maletas —ordenó.

Los sicarios obedecieron sin demora desplumando todo el equipaje. En una de ellas apareció un martillo oxidado que poseía en su puño una inscripción hecha a mano que rezaba «Nuhassé».

—Es él, está aquí, ¿cómo es posible? —gritó Talú con el pulso acelerado.
—Tal vez sea de alguno de sus herederos.
—Más le vale que esté tieso, porque si no lo estará hoy. Me voy a dar el gustazo de ser yo quien le envíe al otro mundo.
—Espero que no falles, como la última vez — repuso el Lobo Gris con sarcasmo.
—Marchémonos —insistió Vasili—. Aquí no hacemos nada. Si quiere a ese viejo se lo llevaré en persona hoy mismo a mi casa de Alpedrete.
—¡Silencio! —ordenó el Lobo Gris—. Tenemos diez minutos —dijo dirigiéndose a sus hombres—, buscad tabiques falsos, puertas falsas, buscad cualquier trampilla o gatera, lo que buscamos no puede esconderse en un cajón y no tenemos tiempo.
Los *Sipahîs* se afanaron en rastrear la planta baja, incluso el jardín interior, plagado de matojos y malas hierbas. Lo hacían de un modo atroz, con martillos y bates y rompiendo cuanto se cruzaba en su camino.
El ruso se apartó resignado. Aunque se resistía a admitir que la extraña y poderosa arma no caería en sus manos, sus esperanzas de expulsar a los turcos del palacete eran casi nulas. Cabizbajo, se fue hasta la primera planta buscando un resquicio de esperanza, algo que le permitise revertir la situación, y al pasar frente a la biblioteca, la lámpara de lágrimas de cristal encendida llamó su atención. Se asomó y se percató del desorden. Entre un montón de libros abiertos y alborotados, encontró dos documentos extraños con un lenguaje incomprensible, una carta en alemán y unos manuscritos que parecían juegos de letras. Fuese lo que fuese, aquello tenía que ver con lo que perseguían. Miró de reojo alrededor y se percató de que estaba solo, así es que se guardó en su bolsillo todos los papeles y salió disimuladamente de la habitación.
Abajo, los turcos habían finalizado el rastreo; ninguna rendija, ninguna puerta falsa, al menos en apariencia, nada que les hiciese sospechar que el palacete tenía un sótano oculto.
—¡Arriba! —exhortó el Lobo Gris.
Subieron a la primera planta a sabiendas de que las probabilidades de encontrar el arca allí eran menores, ya que, por poco voluminosa que fuera, los espacios para subirla y guardarla entre esas paredes eran muy limitados.
—Tal vez aquí —dijo el profesor al entrar en la biblioteca—. Buscad alguna rendija tras las estanterías, alguna llave maestra que mueva una puerta falsa.
Entonces, un *Sipahî* se percató de que la mesa no estaba exactamente igual que como la habían visto en la primera inspección; los papeles que había junto a los libros habían desaparecido. Sin vacilar, se acercó

al profesor Talú y le susurró algo al oído.
Éste se giró bruscamente hacia el ruso.
—¿Serías tan amable de enseñarnos lo que llevas en los bolsillos? —dijo pronunciando lentamente y con los ojos afilados.
Vasili tardó un instante en reaccionar. En su delicada situación pensó que lo mejor era hacerse el valiente y escapar cuanto antes.
—Francamente, creo que esto está llegando demasiado lejos —repuso finalmente con aplomo. Ustedes no han parado de desconfiar de mí desde el primer momento, no es posible trabajar así. Más vale que me vaya y les deje solos.
—No tan rápido, antes deberías mostrarnos tus bolsillos.
El ruso hizo un ademán para marcharse pero el Lobo Gris ordenó algo en turco a un *Sipahî* y éste se precipitó como un rayo hacia él poniéndole su pistola en la sien con el dedo apoyado en el gatillo.
Simonov palideció instantáneamente, su rostro se tornó blanco como una sábana. Al tiempo, Jaime introdujo su mano en el interior de su chaqueta para sacar su arma, pero antes de que se diese cuenta tenía a los otros tres mercenarios apuntándole al mismo tiempo.
—Yo que tú no lo haría —le dijo Talú, que estaba a su lado. Ante la evidencia, renunció a defender a su jefe, que se había quedado petrificado y aterrorizado por la virulencia con la que aquel tipo le estrujaba el cráneo.
—Mira sus bolsillos —ordenó el Lobo Gris a uno de sus hombres.
El registro reveló la evidencia.
—Ahora te voy a pedir que seas muy claro conmigo —dijo sosegadamente—. Ya sabes que no soporto las mentiras. Escúchame atentamente y respóndeme. ¿Tú también vas detrás del Istanu?
Vasili Simonov negó aterrorizado, de sobra sabía cómo se ejecutaban los juicios sumarísimos de sus interlocutores y cuál era su situación.
El sultán otomano se encaramó frente a su prisionero.
—Sinceramente, nunca me has caído bien. Debo reconocer también que nunca me he fiado de ti, pero lo que menos podía imaginar es que te atreverías a traicionarnos en nuestras propias narices.
—Todo esto es un error, un inmenso error, yo no persigo nada, ni siquiera sé lo que buscan.
Jaime Mata le miraba de un modo que era lo más parecido a la compasión en su rudo rostro.
—De modo que ni siquiera sabes lo que buscamos.
—No, se lo juro.
—O sea, que tampoco puedes ayudarnos a encontrarlo.
—Eso no lo sé. Si me dicen de qué se trata seguro que puedo ayudarles.
El Lobo Gris se frotó los ojos y oprimió los labios disgustado.
—Cerdo —dijo—. Encima quieres aprovecharte de mí. Ya te he dicho

que no soporto el embuste. Acabemos de una vez con esta traición.

Una sola palabra fue suficiente, una palabra incomprensible pero tan ejecutiva como cruel.

El guardaespaldas apretó el gatillo y el percutor liberó la bala con un sonido seco y apagado por el silenciador del arma. El disparo hizo estallar el cráneo del ruso manchando de sangre su alrededor.

Vasili cayó exánime ante la mirada impertérrita de Talú y del Lobo Gris, algo molesto, porque unas gotas de sangre llegaron a salpicarle.

Las pistolas continuaban apuntando a Jaime, que esbozó un gesto de contrariedad, como el que acaba de perder una apuesta y tiene que pagar por ello.

—¿Qué hacemos con éste? —preguntó otro de los matones.

—Sólo yo les puedo ayudar si hay que traducir algo —improvisó el grandullón— o hablar con alguien.

El Lobo Gris pensó un instante. Su argumento parecía convincente y su peligrosidad, visto lo que había defendido a su malogrado jefe, muy escasa.

—Está bien, pero no le perdáis de vista, y si hace algo sospechoso lo mandáis con su jefe —ordenó.

Las armas dejaron de encañonarle.

El Lobo Gris pidió los documentos que el ruso había pretendido robar y los observó absorto.

—¿Qué diablos es esto? —dijo entregándoselos a Talú.

Cuando los tuvo en sus manos, el profesor torció el gesto. Dos papeles con símbolos extraños, una carta en alemán y un folio manuscrito con unas palabras en un idioma desconocido.

—¿Puedes leer esto? —preguntó a Jaime mostrándole el manuscrito.

—Ermita del Cristo de la Vega… sí, está escrito en español —respondió.

—Tú —dijo señalando a un *Sipahî*—, ven con el profesor y conmigo afuera. Esperaremos en el coche. Tenéis cinco minutos para aseguraros de que aquí no hay nada —añadió dirigiéndose a los otros tres.

Atravesó el charco de sangre que Vasili había dejado en el suelo y se marchó hacia el coche.

En el interior, los turcos iniciaron una búsqueda frenética. Jaime, tan acostumbrado a tener a alguien a quien obedecer, comenzó a colaborar con ellos y era él el que más rápidamente reventaba puertas u horadaba a martillazos muros sospechosos.

Minutos más tarde dejaron de oírse golpes. Entonces, salieron portando libros y papeles y llenos de polvo del escombro que habían provocado, sin preocuparse ni siquiera de cerrar la puerta.

—No está aquí —dijo uno de los esbirros cuando llegaron hasta donde les esperaba el Lobo Gris.

—¿Quién?
—El arca de Istanu.
—Está bien, no importa, sabemos dónde buscar —y le entregó el papel a Jaime—. Más vale que esto te permita llevarnos hasta su guarida.

40

Toledo, 3 de marzo de 1994

Los pasos resonaban en el asfalto como ecos de ultratumba. La ciudad dormitaba bajo un cielo iluminado por la luna.

Grauben y los dos jóvenes atravesaron la calle Real y la plaza de Santa Teresa de Jesús hasta alcanzar el camino de las Carmelitas. Una vez allí tomaron la plaza de San Juan de los Reyes y cruzaron la muralla por la puerta del Cambrón.

El arrabal parecía más desapacible y ventoso; era como si tras el farallón defensivo, la vida fuese más salvaje e inhóspita.

Desde el paseo de Recaredo avistaron, al fondo, la pequeña ermita tras la arboleda y, a su izquierda, el Tajo, que señoreaba en un remanso de paz. Antes de iniciar la pronunciada bajada, aún pudieron observar el horizonte clareado por el halo lunar.

El follaje del parque y la escasa luz de la alborada daban a la ermita contornos fantasmagóricos e irreales, contornos que se fueron definiendo a medida que se iban acercando. Lo hacían en silencio, seguros de que estaban en el lugar indicado, en el sitio donde todo ocurrió cincuenta años atrás.

Un muro vallado de mampostería rodeaba todo el recinto. Para acceder a la capilla había que traspasar una puerta metálica sobre la que había un pórtico donde se leía: «Basílica de Santa Leocadia».

Por un momento creyeron estar equivocados, haber llegado a un lugar distinto al que buscaban, pero otro cartel más pequeño y escrito a mano indicaba que aquélla era la ermita del Cristo de la Vega.

La puerta estaba cerrada pero no la trababa ningún cerrojo, un solo empujón hizo ceder sus herrumbrosos goznes, permitiéndoles el paso. Había una casucha junto a la puerta, un andurrial mal conservado que parecía la habitación de los guardeses de la ermita.

Pasaron de puntillas para no hacer ruido y se adentraron en un pasillo pedregoso bordeado de setos escuálidos a ambos lados que se perdían en la penumbra.

A la izquierda dejaron una torre alta plagada de arcos y columnas sobre la que se erigía una figura del Cristo Redentor. Abierto de brazos, y ante el fondo oscuro del cielo, el Salvador parecía que se disponía a volar sobre sus cabezas.

Llegaron hasta otra verja, una reja de grueso hierro con dos hojas acabadas en arco y sobre la que se distinguían figuras humanas y animales, un rostro de mujer con largos tirabuzones y una cabeza de león.

En la coronación había un escudo redondo, finamente labrado, en el que se podía leer:

SANCTA ECCLESIA TOLETANA HISPANIARUM ET INDIAR PRIMAS

El emblema tenía en el interior otra mujer sentada en una montaña y un ángel sobrevolando, al otro lado. Parecían sostener un palio bajo el que aparecía un monje arrodillado y con un libro en sus manos.

Desde la reja se veía un patio con muros a ambos lados que la oscuridad apenas permitía distinguir y, al fondo, la puerta principal de la ermita.

La capilla era pequeña, sencilla, de un estilo que Frank identificó rápidamente como mudéjar. Sus muros se alzaban apenas 7 metros en cuatro hiladas de arcos de diferentes formas y tamaños y, sobre ellos, un techo de tejas de arcilla exento de toda pomposidad.

Frank encendió la linterna y la enfocó hacia uno de los laterales amurallados. El cono de luz iluminó un trozo de pared sobre el que se ubicaba una tumba.

—Aquí yace don Simón Carreras, canónigo de esta ermita… —leyó Rosa.

La linterna rastreó los alrededores y con la luz fueron apareciendo otros mausoleos, alineados con el primero, formando filas y columnas hasta completar el muro.

—Es un cementerio —apostilló Pablo.

—Está abarrotado de sepulcros. Es posible que, durante un tiempo, este lugar se considerase sagrado —añadió el viejo.

—Apunte hacia el final del muro —sugirió el joven, tratando de avistar el frontispicio de la nave eclesiástica.

Pero el caño de luz se difuminaba, lo que hacía que la visibilidad disminuyese. Alumbrando de frente, donde se erigía la portada de la basílica, ni siquiera podían adivinarse sus detalles.

Frank agarró con las manos los barrotes de la puerta y la zarandeó tratando de abrirla; sin embargo, esta vez estaba cerrada con llave. Llave que posiblemente estaba en poder de los santeros de la ermita.

Calcularon la altura y la dificultad. Necesitaban flanquearla para acceder al atrio, algo que no parecía difícil para los dos jóvenes.

Nada les impediría detenerse en aquel punto, nada estando tan cerca de la meta tan largamente esperada.

No hubo palabras, sólo unas miradas y un gesto de Pablo tan persuasivo que no resistía ninguna negativa. Rosa resopló resignada y arrugó la frente, pero se encaramó al dintel junto a su compañero y traspasó sin dificultades el enrejado metálico.

Desde el otro lado, Frank les entregó la linterna en silencio y se quedó observándoles.

Caminaron hacia una de las galerías laterales del atrio y comprobaron que no sólo los muros estaban plagados de tumbas, también estaban repartidas por el suelo, en sepulturas cubiertas por viejas losas de mármol ennegrecido. Estaba todo lleno, no quedaba ningún hueco

libre, pero el estado de alguna lápida delataba que hacía mucho tiempo que se había dejado de enterrar en aquel Campo Santo.
Abades, priores, canónigos, monjes, nobles y hombres ricos habían elegido la sombra de aquellas bóvedas de cascarón para el reposo eterno de sus restos mortales.
Más adelante, por fin, se toparon con la puerta principal, un muro en cuya hornacina había una escultura femenina de alabastro, un ventanal vidriado y un minúsculo rosetón. Clavado en la puerta había un cartel que anunciaba el horario de misas, una sola a las ocho de la tarde los días laborables. La puerta estaba cerraba con un candado enorme que atrapaba a un pestillo de acero y, en esa ocasión, el obstáculo era infranqueable.
—Vámonos, este lugar me produce pánico —comentó Rosa ante las criptas.
—Está bien, aquí no hay nada más que ver.
Regresaron y volvieron a trepar la verja, donde les esperaba Frank Grauben.
—No hay nada más que tumbas y el cartel de horario de misas.
—Tal vez por detrás encontremos algo nuevo. No tenemos más que rodear el enrejado por este lado.
Efectivamente, la valla sólo tenía por objeto proteger de los intrusos las galerías laterales del atrio con sus enterramientos, pero podía rodearse la ermita y bordear el cementerio con tan sólo avanzar unos metros.
Junto al muro de la ermita tomaron una vereda estrecha y llegaron hasta el ábside. Los arcos mudéjares, lobulados y de herradura, alineados en comitiva, rodeaban el edificio de pared maciza salvo un par de pequeños huecos con tragaluces para iluminar el interior. Al llegar al final, se toparon con otro pequeño cementerio, apenas una docena de lápidas con un bosque de cruces, antiguas y descuidadas, arrinconadas junto a uno de los muros, esparcidas tétricamente por el suelo y mucho peor conservadas. El paso de los años y el desinterés de quienes se ocupaban de mantener aquel cobijo de proscritos y desheredados contrastaban con el boato con el que se habían inhumado quienes reposaban en el atrio.
No había nada más, el día devoraba a la noche y con la luz aumentaba el riesgo de tropezarse con el guarda o con quien fuera que pasase por ahí y les pillase husmeando. Además, el cansancio cayó de repente, como una pesada losa, como si una luz de alarma se acabase de encenderseñalando que el combustible se había agotado.
—Regresemos —dijo finalmente el viejo.
No hubo ninguna resistencia, todo cuanto podía saberse de aquel lugar a esa hora ya lo habían visto y, aunque no era mucho, no tenía sentido permanecer allí ni un minuto más.

Salieron igual que entraron, sigilosamente, evitando pisar la hojarasca o los charcos que había dejado en el suelo el último aguacero para no desvelar su presencia a quien pudiese haber en la caseta del guarda.
Frank Grauben caminaba cabizbajo, como si le hubiesen clavado un estoque.
—No puedo imaginarme dónde escondió el profesor el arca de Istanu. La ermita parece tan pequeña que guardar algo dentro es más un trabajo de prestidigitador que de científico.
—Köerting era un poco de los dos —repuso Pablo—. Ahora debemos descansar un poco y volver al atardecer, cuando vaya a celebrarse la misa. Tal vez podamos hablar con el párroco cuando acabe el oficio. Puede que él sepa algo de la historia de la ermita o de sus reformas, recovecos o escondrijos.
—¿Y si no? —apuntó ella escéptica—. ¿Y si el párroco tan sólo se limita a dar misas aquí y allá y no tiene ni idea de qué pudo haber pasado hace cincuenta años?
—Entonces tendremos que averiguarlo nosotros. No nos quedará más remedio que colarnos dentro e investigar.
Rosa le miró sobrecogida. Allanar casas era un delito, pero allanar iglesias le parecía el mayor pecado que jamás pudiera figurarse.
De vuelta, las angostas calles ya no estaban desiertas, los primeros viandantes las recorrían apresuradamente junto a un puñado de coches que avanzaban trabajosamente en aquel laberinto.
Al embocar la calle Marín de Lara vieron que varias personas se arremolinaban junto al portal del número seis. Algunos vecinos cuchicheaban pusilánimes, se decía que habían oído ruidos de martillos golpeando las paredes y después vieron a unos hombres que salían sucios de polvo como albañiles y cargados de objetos.
—Han robado en el palacete —oyeron.
La puerta estaba abierta, pero nadie se atrevía a entrar. Un rumor entre los que curioseaban decía que aún había alguien dentro.
—Yo he oído un disparo —dijo otro.
El terror se apoderó de los tres. Nadie más que los que habían perseguido a Pablo hasta su casa de Madrid, nadie más que los que habían asesinado a Heinrich y a Güttec podían estar detrás del allanamiento de aquella casona. Fuesen quienes fuesen aquellos tipos, eran rápidos y certeros en su trabajo, eran verdaderos profesionales capaces de rastrear y encontrar una aguja en un pajar y no pararían hasta que los capturasen, hasta que cayesen en sus redes y quedasen a su albedrío.
El miedo les paralizó, les secó el cerebro, estaban bloqueados aunque seguros de que por nada del mundo debían intentar entrar en la casa de la que minutos antes habían salido. Huir y dejar su búsqueda en aquel punto tampoco era la solución pero es que, además, no tenían

adónde hacerlo.
Entonces Pablo tuvo una idea. Agarró a sus dos acompañantes por el brazo y los metió en el portal de la imprenta.
Seguro que don José Segura les acogería hasta que pasase el peligro.

41

—Que nadie toque nada, que nadie se acerque al cadáver —gritó Tomás Bueno desesperado.

Había llegado tarde. Hasta esa misma mañana no había conseguido averiguar la dirección en la que residió Rudolf Köerting en la década de 1940, que no era otra que aquella misma, la que entonces poseía el doctor Serafín Caro.

Un agente de policía le había pedido la identificación justo antes de traspasar la puerta de la vivienda de la calle Martín de Lara, donde se acababa de producir un asesinato, a lo que él contestó mostrándole su placa de subinspector de la Brigada Antiterrorista y un visado de código rojo, el de más alto rango y que le permitía tomar las riendas del asunto para organizarlo a su manera, incluso prescindiendo de los que tenían jurisdicción allí.

En el centro del salón, Vasili Simonov yacía rígido junto a un charco de sangre aún caliente. Tenía una pistola en su cintura con el cargador lleno y los ojos desorbitados, como si no hubiesen sido capaces de asimilar su sombrío destino.

Tomás revisó con guantes las bolsas de viaje que estaban abiertas y alborotadas en medio del salón. Además de ropa, había un martillo viejo y una caja de madera cerrada con un candado minúsculo que extrañamente permanecía en el bolsillo lateral de una maleta. Salvo que allí dentro hubiese algo interesante, nada les permitía identificar a sus propietarios; tan sólo podían deducir que eran tres personas diferentes, una de ellas una mujer, y de los dos hombres, uno podría ser de edad avanzada. Ninguno de los tres era el interfecto, de eso estaba seguro.

Lo miró por última vez y sintió una extraña compasión. Aunque jamás le habían podido relacionar con ningún delito, no era la primera vez que lo veía; sabía perfectamente quién era y también que aquella propiedad no era suya, que había ido allí para hacer alguna de sus fechorías a cambio, a buen seguro, de una suculenta recompensa.

—Jodido Simonov, ya se acabaron los líos para ti. Si pudieras hablar, cabrón.

Un policía de paisano se acercó portando una libreta con anotaciones y mordiendo un bolígrafo.

—Frank Grauben, el propietario es un tal Frank Grauben, pero él nunca ha vivido aquí. Su residencia está fijada en Alicante, concretamente en Denia desde hace un porrón de años.

«Otra contrariedad más —pensó Tomás— ese nombre no le sonaba ni por lo más lejano y tampoco le gustaba ni un pelo.»

—¿Un alemán? ¿Que nunca ha vivido aquí y que además vive en

Alicante? ¿Está bromeando?
—No, señor, eso es lo que aparece en el registro. Además, tiene al día los impuestos municipales, el último hace apenas un par de meses. Tiene todo en regla.
Tuvo que apretar los labios para que no se le escapara ningún nuevo exabrupto y volvió a sentir ese dolor punzante que se le instalaba en la boca del estómago cuando las cosas no salían como él había previsto. Era como el mordisco de un perro enganchado en su tripa.
—Búsqueme el teléfono de ese alemán, tenemos que hablar con él cuanto antes, aunque sea para decirle que en su casa hay un fiambre.
El funcionario salió disparado como alma que lleva el diablo en busca de la información que le requerían.
—Y recuerde —gritó cuando aún podía oírle— que no quiero nada de prensa aquí. Absolutamente nada de nada.
Los policías habían cerrado la puerta y despejado la calle. Para ello tuvieron que decir a los curiosos que se trataba de un robo de delincuentes comunes y que era peligroso seguir merodeando por si aparecía alguno. En unos segundos los pocos que quedaban se esfumaron.
El contenido del cofrecito podría desvelar algo interesante.
—Que alguien me abra esta caja —Tomás era incapaz de dar una orden educadamente.
Un nuevo policía, esta vez vestido de uniforme, bajó las escaleras hasta el salón.
—Está todo destrozado, han usado mazas o martillos para reventar algunos muros, han reventado puertas y han removido armarios y alfombras y, sin embargo, no han abierto un solo cajón; lo que quiera que fuese lo que buscaban, no eran joyas ni dinero.
¿Qué podrían estar buscando? ¿El arma destructora que le había mencionado el Secretario de Estado? Un terrorista asesino, encerrado en un lugar intrincado e inhóspito de las montañas del este turco, junto a un ejército que llevaba mucho tiempo poniendo en jaque al gobierno de su país y al de buena parte de los estados de su entorno había decidido salir de su escondrijo tras varios años de reclusión para irse a aquel preciso lugar, a una casona deshabitada de Toledo, propiedad de un alemán que ni siquiera vivía en ella… ¡a destrozar las paredes, el suelo y las puertas! —Rastreen huellas o algún objeto personal que hayan dejado en la huida. Tiene que haber algo que nos indique hacia dónde se han dirigido y, sobre todo, si se han llevado lo que andaban buscando.
—Otra cosa no, pero huellas tenemos las que queramos, al menos de los pies —le contestó un funcionario de la policía científica—. El suelo está lleno de pisadas; creemos que eran cuatro personas y tres de ellas usaban el mismo calzado, un tipo de zapato especial reforzado, similar

a los que emplean determinados cuerpos de élite de nuestro ejército. El otro calza una bota corriente, más bien chusca.

«El Lobo Gris? —pensó Tomás—» ¿Con una bota chusca? Los otros tres serían mercenarios, profesionales del asesinato, guardaespaldas de alto nivel, pero el cuarto no podía ser más que Kenan Tahir, el Lobo Gris, y aunque jamás había visto una fotografía suya (desde hacía años, desde que se recluyó en la montaña tuvo un exquisito cuidado de no dejarse fotografiar en ninguna ocasión; como árabe no le gustaba que su figura fuera adorada, y como líder buscado por los servicios de inteligencia de medio mundo, sabía que no había nada mejor que no tener rostro conocido) no se lo imaginaba calzando una bota de tres al cuarto.»

Por momentos trató de recomponer la situación.

El Secretario de Estado le dijo que desde la oficina del CNI se había sabido que un ingenio extraordinario de origen mineral, una especie de arma asesina, estaba en suelo español y que la organización del Lobo Gris estaba tras ella.

Después todo pasó muy deprisa, demasiado deprisa. Kaspar Roeder le llamó y le informó de que el Lobo Gris se dirigía a España y que podía seguir sus pasos si descubría dónde vivió el arqueólogo aleman Rudolf Köerting. Sin embargo, había llegado tarde, o mejor dicho, sus adversarios se habían adelantado sin que él hubiese tenido el tiempo suficiente como para organizar su captura. De lo que estaba seguro es de que el asesino de Vasili Simonov no había podido ser más que Kenan Tahir.

Subió desconcertado las escaleras y se topó con el cartel *Bet Hamidras*.

—¿Qué coño significa esto? —preguntó al que le acompañaba.

—Es judío, por lo que acabamos de saber significa «casa de estudio» —le respondió.

¡Judío! En el informe que acababa de rescatar de las cloacas policiales, un expediente datado en noviembre de 1943, se hablaba de la expulsión de un grupo de judíos, entre ellos Rudolf Köerting, para entregarlos a las autoridades nazis, una expatriación forzosa y totalmente confidencial que nunca salió a la luz pública.

—¿El alemán que tiene esta casa es también judío? —escupió.

—No lo sabemos, pero es más que probable que sí, ya que la casa está llena de simbología semita.

Tomás lanzó un bufido y entró en la librería. La mayoría de los volúmenes estaban tirados por el suelo y las estanterías desnudas mostraban las paredes heridas por golpes de martillo.

—¿Qué les ha pasado a estos salvajes? —preguntó escudriñando el destrozo.

—Creo que buscaban falsos muros, huecos donde guardar cosas voluminosas, como cadáveres o cofres con fortunas.

Entonces tuvo el presentimiento de que, efectivamente, los atracadores iban detrás del misterioso artefacto que le mencionó el señor Acosta.

Destrozados por el suelo había algunos libros abiertos. Eran ejemplares de historia de Toledo y de asuntos religiosos relacionados con el judaísmo. El subinspector los miró sin verlos; tenía la cabeza en otro lado, o tal vez en ninguno en la inopia.

El agente de la policía científica se acercó de nuevo.

— Mire lo que había en la papelera.

Un papel completamente arrugado, parecido a los que se usan en los juegos de acertar letras hasta componer una palabra secreta, apareció antre sus ojos.

T E M E

L E C A

S I T O G I R A L E V A R

D

D

—¿Qué se supone que es esto? ¿Es que han estado jugando al ahorcado?

El policía se encogió de hombros.

—Métalo en una bolsa y démelo.

El funcionario de paisano apareció de nuevo con el pulso acelerado por la carrera que acababa de darse.

—El teléfono que figura en la dirección del alemán en Denia es un asilo de ancianos regentado por unas monjas.

Tomás le miró de reojo esperando algo más.

—Frank Grauben salió ayer con dos muchachos en dirección desconocida. Lo sorprendente es que la madre superiora nos asegura que los chicos no habían ido jamás a su hogar de acogida, la primera vez fue anteayer, y que en tan sólo unas horas consiguieron sacar al viejo de allí.

—¿Un secuestro? —inquirió incrédulo.

—Tampoco, por lo que nos cuenta la superiora. Al viejo se le veía feliz cuando se marchó y lo hizo voluntariamente.

Tomás se rascó la barbilla pensativo.

—Además, Frank Grauben llevaba mucho tiempo sin salir del asilo. La monja nos ha dicho que cree que la última vez que lo hizo vino a Toledo, aunque no sabe con qué motivo, si era para ver a algún amigo o familiar o simplemente por turismo.

—¿Qué se sabe de los dos muchachos?

—Poca cosa, que eran una pareja y…

—Luego los bolsos que hay a medio abrir en el salón son de ellos tres —interrumpió bruscamente el subcomisario.

—Uhm —titubeó su interlocutor—. Es posible, sí, muy posible.

—Averigüe si alguno de los jóvenes se llama Pablo Luna —ordenó al recordar lo que le había dicho el Secretario de Estado Acosta.

—Pablo Luna —anotó el policía—. ¿Alguna otra reseña? —Es profesor de Metalurgia de la Politécnica de Madrid. —Vale, vamos a tomar huellas dactilares y las enviamos al Departamento de Criminalística para que las comparen con las de los archivos policiales.

Un nuevo agente se acercó con la caja de madera hallada en el bolsillo de una maleta. Habían reventado el candado que la custodiaba y ahora todo su interior estaba al descubierto.

—La caja, tal como estaba —le dijo.

Se puso unos guantes y la revisó. Había fotografías en blanco y negro extraordinariamente antiguas. En una de ellas, un joven sudoroso aparecía junto a un señor mayor con perilla bajo un toldo polvoriento en medio de un pedregal; otras mostraban piedras o restos irreconocibles de vasijas o platos o al menos eso le parecía. Además, había unas cartas en papel amarillo emborronadas, escritas a plumilla con dibujos extraños y esperpénticos junto a otras en alemán con letra menuda y redonda.

—¿A qué se dedica el alemán?

—Fue arqueólogo, profesor de la Universidad de Munich, aunque parece ser que lo dejó hace mucho tiempo, siendo aún joven, y se recluyó en esa especie de hospicio de Alicante.

—¿Profesor de Arqueología? ¿En Munich?

Tomás recordó que el Secretario de Estado le habló de dos asesinatos recientes atribuidos a la organización del Lobo Gris, precisamente de dos profesores de la Universidad de Munich. Entonces supo que el pellejo de ese tal Grauben estaba también en peligro.

—Averigüe todo lo que pueda de ese hombre y de sus acompañantes: domicilios, propiedades, lugares de trabajo, aficiones... todo. Necesito un informe completo esta misma tarde.

—La ermita del Cristo de la Vega es uno de los lugares más emblemáticos y misteriosos de la ciudad —dijo José Segura sin parar de mirar el rostro abrasado de Frank, del que guardaba un vago recuerdo de su juventud junto al doctor Caro y a Rodolfo y del día que le abordó en la calle cuando el doctor ya había desaparecido.

—Cualquiera lo diría —repuso Pablo—. Aquello parece un lugar semiabandonado, oscuro y poco protegido.

Habían llegado sin previo aviso, como la primera vez, pero ahora eran tres y se les veía aterrorizados por una amenaza que desvelaron sin ningún tapujo nada más llegar, como si la figura del viejo impresor fuese el último asidero antes de caer a un profundo precipicio.

José Segura se mostró muy amable además de servicial. La sola presencia de Frank le producía cierto regusto a reconciliación con su pasado, a reencuentro con su propia juventud. Además, si tenía una sola afición tan grande como la floricultura, ésa era la historia de su propia ciudad que adoraba, y a cuyo conocimiento había dedicado casi tanto tiempo como al invernadero.

—No creas, es evidente que antes era mucho más importante que ahora. En aquel lugar se celebraron en el siglo VII algunos concilios de la Iglesia católica, allí mismo se congregaron en grandes sínodos todos los arzobispos del cristianismo.

El impresor levantó las cejas para subrayar la importancia de lo que estaba diciendo.

—Durante muchos siglos —continuó— fue uno de los lugares de mayor valor religioso de Toledo.

— ¿Como un lugar de peregrinación o algo así? —quiso saber Pablo.

—Como un lugar santo y milagroso. Es una historia tan antigua como el cristianismo en España. En aquel terruño fue enterrada en el siglo IV santa Leocadia, la patrona de Toledo. Santa Leocadia murió mártir en una mazmorra tras el calvario que le infligió el Gobernador Imperial Daciano y, desde entonces, los cristianos veneraron en secreto su tumba como una verdadera líder espiritual.

—¿En secreto? ¿Por qué en secreto? —se extrañó Rosa.

—Porque el cristianismo era entonces una religión prohibida. Hasta que Constantino no la reconoció como culto verdadero, los seguidores de Cristo eran unos proscritos a los que se perseguía y se torturaba.

—Entonces, ¿la santa está enterrada en esa ermita? —inquirió el joven.

—No, ahora no. Su sepulcro salió de Toledo a mediados del siglo VIII. Abderramán I luchaba muy cerca de las murallas de la ciudad y se temía que el enemigo árabe pudiese ultrajar sus reliquias, así es que

los mozárabes se la llevaron a Oviedo y le encomendaron su custodia al rey Alfonso el Casto. Pero las crónicas nos dicen que, para entonces, santa Leocadia ya había realizado extraordinarios milagros.
El hijo de José Segura entró en el salón, donde se habían sentado junto al calor de una chimenea, portando una bandeja con café, tazas y unas pastas toledanas. Desde que llegaron los visitantes, se había quedado pegado a su padre como una lapa, esperando oír historias del pasado de las que nunca fue partícipe.
—Después vinieron tiempos difíciles para el cristianismo —prosiguió el impresor—. La ciudad estuvo ocupada por los moros hasta que en el año 1085 el rey Alfonso VI la sometió. En todo ese tiempo, las reliquias de santa Leocadia estuvieron deambulando por tierras cristianas, de mano en mano de reyes y arzobispos, engrandeciendo su leyenda con nuevos y fabulosos milagros, hasta el punto de que sus restos se convirtieron en un afamado talismán de protección y ayuda de quien los poseyera.
Estaban demacrados, con los ojos hundidos en unos pozos negros y enrojecidos por un día que parecía no tener fin, pero la disertación del impresor les mantenía en vela, les reconstituía el cuerpo como el café caliente que les habían ofrecido.
—Toledo no pudo recuperar sus preciadas reliquias de inmediato. Por un lado, traerlas suponía una batalla legal contra su legítimo custodio, decidido a mantener el buen fario de la santa a su lado, y por otro, llevarlas a su lugar original supondría una segunda disputa, esta mucho menos recomendable por cuanto estaba en contra de los expresos deseos del soberano.
—¿El rey se oponía a que los restos de la santa volviesen a Toledo?
—No, se oponía a afrentar a los judíos, que habían tomado siglos antes el lugar y habían hecho de él una sinagoga para mercaderes y forasteros en el arrabal de la ciudad.
—Claro —repuso Rosa—. Sinagoga fue en un tiempo.
—Ermita cristiana ahora—. apuntilló Pablo, aunque José Segura no entendía de qué estaban hablando.
—Son las pistas de Köerting —aclaró Frank, que ya le había contado la historia mientras el impresor atisbaba de reojo a Pablo, esperando una disculpa por las mentiras que le contó en su primer encuentro.
—Así es que el rey no se atrevió a reconvertir la ermita en cristiana.
—Así es, tanto Alfonso VI como sus sucesores permitieron los judíos y a los musulmanes que mantuviesen sus ritos religiosos. Los reinos cristianos eran débiles, incapaces de luchar contra todos sus enemigos al mismo tiempo; necesitaban pactar con unos y otros y, a pesar de que los territorios conquistados estaban obligados a pagar los diezmos, la opresión nunca llegaba hasta el punto de obligarles a perder su propia identidad, es decir, sumisión en cuanto a lo económico, pero

sin tocarles la fibra sensible de la religión. Judíos, moros y cristianos habían aprendido a vivir en las mismas ciudades sin el más mínimo problema; para los cristianos no estaba permitido despojar a los moros de sus mezquitas, ni a los judíos de sus sinagogas. Si querían nuevas iglesias debían de construirlas allí donde no enojasen a sus vecinos.
—Eso lo explica todo —dedujo Pablo—. La sinagoga permaneció en ese lugar hasta que cambiaron los tiempos y los judíos comenzaron a ser unos proscritos. Entonces, los cristianos debieron tomar de nuevo el santo lugar para devoción de su santa.
—Efectivamente —confirmó José Segura — y refundaron la basílica bajo la advocación de santa Leocadia, y hasta un monasterio. Hay que tener en cuenta que para los cristianos aquel lugar era sagrado, y con las reliquias de la santa, que pronto llegaron al mismo sitio donde se supone que habían salido, el sitio se convirtió, además, en milagroso.
—¡Por eso hay un cementerio!
—Por eso mismo, porque durante siglos se consideraba un privilegio conseguir el reposo eterno junto a las reliquias de la santa. Era como tener la llave de las puertas del cielo.
Frank apenas había hablado, se había limitado a escuchar al viejo impresor, cuya existencia conocía remotamente desde su primera visita a Toledo, pero al que nunca había creído tan cerca de sus propias inquietudes y con el que acababa de descubrir un pasado común.
—Sin embargo, santa Leocadia ya no reposa en su ermita —apuntó finalmente el arqueólogo alemán.
—Así es, hace varios siglos que fue trasladada a la catedral para mayor honra y veneración de su ciudad.
—E imagino que fue entonces cuando se cambió el nombre de basílica de Santa Leocadia por el de ermita del Cristo de la Vega —apostilló Frank.
—Fue hace un par de siglos, justo después de la guerra de la Independencia, cuando se reedificó el templo que estaba en ruinas y se puso bajo la advocación del Cristo de la Vega. Lo curioso es que este Cristo, al igual que la patrona, se ganó pronto la fama de milagroso, lo que hizo pensar que el lugar en sí era propicio a las intervenciones divinas.
—¿Milagroso? ¿Es que acaso siguieron produciéndose milagros?
—Verdad o mentira, hay una famosa leyenda toledana que habla de esta ermita. Según se dice, un soldado se marchó a la guerra dejando aquí a su amada, pero antes de partir le prometió ante aquel Cristo que a su regreso se casaría con ella. La mujer lo esperó durante años, sin contraer matrimonio con nadie, segura de que algún día su amado volvería. Parece ser que éste volvió después de mucho tiempo tras haber disfrutado de la vida lejos de Toledo. A su regreso, la moza lo

vio y lo reconoció al instante, y le recordó su promesa, pero el soldado se retractó y dijo que sólo se casaría si recibía una señal clara del mismo Cristo, como, por ejemplo, que se soltase uno de los brazos de la Cruz. Entonces se produjo el milagro y al día siguiente, ante la presencia de todos, el *Ecce Homo* apareció con una mano descolgada de la Cruz, por lo que el hombre no tuvo más remedio que pedir la mano de la mujer que tanto le había esperado.

Rosa apretó los labios disimulando una sonrisa que se le escapaba a hurtadillas.

—Sigo sin comprender por qué Rudolf eligió ese lugar —apuntó Frank —. Para él, debería ser igualmente un recinto muy especial, lo que no concuerda ni con su condición de judío ni con la de arqueólogo.

Pablo negó con la cabeza.

—Tal vez no, tal vez aquello esté situado sobre algún yacimiento arqueológico o mantenga alguna conexión con el mundo hebraico.

—No me extrañaría —repuso el impresor—. Conociendo la historia de Toledo no es raro pensar que en un mismo sitio se hayan abrazado creencias distintas, incluso contrapuestas.

—Quizás las siguientes pistas nos indiquen hacia dónde debemos dirigir los pasos —apuntó Rosa, siempre tan práctica.

—Es verdad, ¿qué dicen las dos siguientes?

Frank desplegó el papel que guardaba en su bolsillo y leyó:

SIETE: Para proteger su ultraje... OCHO: …El rabí cambió su nombre

Los tres visitantes, e incluso su propio hijo, miraron al impresor como si sólo él fuese capaz de aportar nueva luz al asunto. José Segura ojeó a su alrededor y comprobó que todos esperaban que dijese algo.

—Está claro, muy claro —aseveró tajante con sus ojos azules clavados en el papel.

—¿Y? —respondieron al unísono los cuatro esperando algo más.

—La historia de Moysés Leyva.

—¿Ése era el rabí?

—Ése fue el último rabino de Toledo, un hombre poderoso e influyente que consiguió mantener el culto judío en esta ciudad hasta su propia muerte en 1496.

—¿En 1496? Pensaba que los judíos fueron expulsados por los Reyes Católicos en 1492 —apuntó Pablo.

—Así es, al menos la versión más conocida de los hechos, pero la leyenda dice que Moysés Leyva desafió la Ordenanza Real dictada por Isabel y Fernando mediante la cual todos los judíos debían convertirse al cristianismo o, en caso contrario, abandonar de inmediato el país. Los reyes, tan inflexibles en otras ciudades o villas, comprendieron que aquí sería mejor esperar a que el anciano rabí falleciese para aplicar con severidad su propia ley. Tal era la influencia y el poder de

aquel judío.
—¿Y se salió con la suya?
—Parece ser que sí. Fueron pocos años, pero el rabí ejerció hasta el mismo día de su muerte, en un reino que ya era completamente cristiano.
—Está bien, pero, ¿qué tiene eso que ver con nuestra historia?
—El rabí estaba dispuesto a llegar un poco más lejos. En vida había manifestado que ésta era su tierra y que en ella permanecería hasta el fin de los días, hasta la llegada del Día del Juicio Final.
—¿Lo enterraron en Toledo?
—Así es, pero no de un modo normal.
—No entiendo —contestó Pablo.
—El maestro hebreo sabía que su tumba sería ultrajada. Los cristianos habían tomado el poder de un modo excluyente; todo lo que no perteneciese a su religión corría el riesgo de ser destruido, de forma que Moysés Leyva decidió enterrarse con otro nombre.
—¡El rabí cambió su nombre!
—Por un nombre cristiano y fuera de toda sospecha, sólo así su cuerpo reposaría en paz por los siglos de los siglos.
—¿Y fue allí, precisamente en la ermita del Cristo de la Vega donde se hizo enterrar el rabino?
—No se sabe, al menos no se sabía hasta este preciso instante. De hecho, todo esto no es más que una leyenda; ni siquiera se sabe si pasó en realidad o no, pero de ser cierto, la comunidad hebrea habría mantenido en el más estricto secreto tanto la muerte como la inhumación de su último jefe espiritual.
—Seguro que esta vez la leyenda es verdad —apuntó Rosa— y seguro que fue allí donde finalmente lo sepultaron, entre todas aquellas tumbas de personas importantes de aquella época.
—Desde luego no en las galerías laterales que flanquean la entrada principal —aseveró Segura.
—¿Por qué no? ¿Cómo puede estar tan seguro?
—Porque ese cementerio es mucho más reciente. No sabría decir la fecha exacta en la que se empezó a enterrar a religiosos y hombres importantes en el atrio de la ermita, pero como muy pronto estaríamos hablando del siglo XVIII, doscientos años más tarde de la muerte de Moysés Leyva.
—Entonces, ¿dónde puede estar enterrado Moysés Leyva? —Frank estaba desconcertado.
—Hay otro pequeño cementerio…
—Justo —interrumpió Pablo—. Es el que vimos junto al muro del santuario.
—Sí, es un lugar descuidado y mucho más antiguo, tal vez de la época en que murió el último rabí de Toledo.

—El último rabí «oficial» —corrigió Frank, recordando que en tiempos de Serafín Caro había una verdadera organización secreta judía a la que pertenecía el doctor.
—Efectivamente —rectificó José Segura a sabiendas de que el alemán se refería precisamente a eso.
Los jóvenes, incluido el hijo del impresor, no entendieron el guiño de complicidad que intercambiaron los dos ancianos.
—Entonces debemos pensar que Köerting conocía esta historia —dijo a la postre Pablo—. Es muy probable que allí no sólo esté el cuerpo del rabino Moysés Leyva, sino que aún queden otros elementos de culto hermético, lo que hizo que Rudolf Köerting lo considerase como el lugar más apropiado y más invulnerable de los que conocía.
—¿Culto hermético? ¿A qué te refieres, a una sinagoga clandestina? —inquirió Rosa.
—¿Por qué no? No sabemos qué tamaño tiene el arca de Istanu, pero me temo que no cabría en un simple ataúd.
—Es verdad, ahí debe haber una caverna o algo parecido… —repuso Frank.
Pero algo le hizo interrumpir la frase, lo que no pasó desapercibido a nadie.
—Necesitaremos máscaras. —Por su mente pasaron las escenas de la cueva de Anatolia, la muerte de aquellos jóvenes inocentes y la intoxicación que tanto él como el profesor Köerting sufrieron junto al doctor Tarük días después.
—¿Máscaras?
—El Istanu toca con las alas de la muerte a quien se acerque a él. Es posible que al destapar la fosa se expelan gases terriblemente venenosos, el néctar mortal de la maldad del Istanu.
—Quizás os sirvan las que usamos nosotros para la litografía, desde luego la tinta no las traspasa.
—Os recuerdo que aún nos queda por desvelar la quinta clave. Tal vez sea la que nos indique cómo debemos acercarnos al Istanu —interrumpió Rosa.
—Tienes razón —dijo Pablo tomando de nuevo el manuscrito—. Quizá en las dos últimas instrucciones sea donde se diga qué hacer cuando lo tengamos delante.
El joven cogió el papel y leyó su última frase quebrada:
NUEVE: Huye del fuego de la Muerte... DIEZ: …O despertarás el mito del Espíritu Malo.

—Un momento, el mito del Espíritu Malo me suena a algo que he leído en algún libro —apuntó sin querer desvelar que fue exactamente en el que se llevó de la biblioteca del doctor Caro.
—Se trata de un modo de enterramiento para salvar a un espíritu

maligno, un rito que fue descubierto por un científico inglés llamado Paul Stambrigde. Köerting y yo encontramos referencias a este mito en la bocana de la mina donde se fabricaba el Istanu.

—¿Quiere eso decir que el profesor respetó ese ritual en el enterramiento del arca? —inquirió Rosa.

—No lo sé, ni siquiera estoy seguro de saber en qué consiste.

—Para no despertar al mito tenemos que huir del fuego de la muerte. ¿Qué será eso?

Frank recordó entonces lo que un día le dijo Köerting.

—«Huye del fuego» no es más que la necesidad de evitar la fundición de Istanu. La teoría del profesor era que el poder de la roca no estaba en ella misma en estado natural, sino en sus cenizas y en la combustión necesaria para generar cenizas, ya que entonces se desprendían terribles gases mortales.

—Pero nosotros no vamos a fundirla.

—Ni tan siquiera calentarla —respondió el alemán—. Es posible que sus reacciones incontroladas empiecen a una temperatura relativamente baja.

—¿Será entonces imprescindible que usemos las máscarillas de protección?

El arqueólogo encogió los hombros.

—No está de más que las llevéis —intervino el impresor—. José, ¿por qué no nos traes unas cuantas para que las vean? y, de paso, busca velas, cerillas y palas de cavar del invernadero, que seguro que les vendrán muy bien.

No había lugar para la desánimo, lo que hubiesen de averiguar lo harían sobre la marcha.

—Ahora sólo nos falta saber bajo qué nombre se escondió Moysés Leyva —añadió entonces Pablo—. No me gustaría exhumar restos de otros hombres.

—Eso sólo lo sabréis cuando vayáis —pronosticó Segura—. Algo os hará comprender que entre todas las tumbas hay una que es diferente. Seguro que es allí donde enterraron en secreto al último rabino oficial toledano.

43

Comisaría General de Información (Dirección General de la Policía), Madrid, 3 de marzo de 1994

La credencial de presentación no le resultó familiar al guardia de seguridad de la entrada, pero tenía un mensaje interno anunciándole que hacia las cinco de la tarde recibirían esa visita, al tiempo que le instruía sobre cómo actuar.

—Espere en esta sala, señor Roeder —le dijo en un inglés imperfecto—. En unos minutos vendrá a recogerle el subcomisario Bueno.

El hombre constriñó los labios y afirmó con la cabeza obedeciendo las indicaciones que le daban. Tenía el semblante serio pero eso no sorprendió al vigilante. Por aquel lugar no solían aparecer rostros risueños, ni tan siquiera divertidos. Sin embargo, había algo que llamaba la atención, tal vez su edad, ya que bien podía tratarse de un jubilado de pelo cano, o simplemente el hecho de que llevaba puesta una gabardina que parecía sacada de un invierno ya casi olvidado.

Segundos más tarde apareció Tomás Bueno y le estrechó la mano.

—Capitán —le dijo—. Es un placer conocerle. Debo agradecerle sinceramente que haya venido tan rápidamente.

—Dé por seguro que no lo habría hecho si no lo considerásemos absolutamente necesario —respondió en un tono que sonó agrio pero sincero.

Recorrieron un pasillo en cuyo final había una puerta acorazada y un par de policías custodiándola. En un lateral una pantalla táctil rezaba:

Brigada Antiterrorista

Paso restringido exclusivamente a personal autorizado

Tomás agarró la placa magnética que colgaba de su cuello y la introdujo en una ranura. Una luz roja parpadeó bajo un mensaje de código de acceso. Cuando lo marcó, la luz se tornó verde y la puerta se abrió.

El alemán le siguió por un pasillo de techo alto, donde los pasos retumbaban como mazazos roncos, hasta el ascensor que les llevó a la cuarta planta sin ninguna parada y sin cruzarse con nadie.

Llegaron a una sala de reuniones que disponía de una gran mesa rectangular con lujosos sillones de cuero negro y un retroproyector. Al fondo había una máquina automática de café.

—¿Un café? —sugirió Tomás.

—Cómo no, gracias.

—No sé por dónde quiere empezar.

Roeder se rascó la cabeza dubitativo. Un cigarrillo le habría ayudado a pensar más rápidamente, pero no quería resultar impertinente o

molesto pidiendo permiso para fumar.

—En primer lugar debo reiterarle que nos encontramos ante un peligro de dimensiones extraordinarias, algo que de haberse descubierto en su día podría haber cambiado el curso de la historia.

Tomás permaneció inmóvil, sabía que en esos momentos tocaba escuchar.

—Además, la Organización tiene ramificaciones insospechadas. Por no ir mas lejos, estoy seguro de que en el equipo de mi Brigada Antiterrorista hay algún infiltrado. Únicamente así puede explicarse que los turcos conozcan la conversación que grabamos entre Ingrid Mayer y Pablo Luna.

—Francamente, es increíble que puedan mantener una estructura tan pesada… y en secreto.

—Actúan como la mafia, poseen «capos» en cada región, llamados *Berlerbegs.* Allí donde necesitan algún otro «colaborador», el *Berlerbeg* se ocupa de sobornar al candidato. No les falta dinero, seguramente estén apoyados por regímenes hostiles o tengan montado un entramado de extorsión y soborno. Además son crueles, no tienen ni una pizca de humanidad.

—Eso ya lo he podido comprobar esta misma mañana con el asesinato de Vasili Simonov.

Roeder asintió.

—Cuando algo se les interpone en el camino —añadió— lo aniquilan sin misericordia.

—Debo reconocerle que conozco muy poco de las actividades terroristas de este grupo —confesó el español.

—No me extraña. En realidad, llevan mucho tiempo preparándose para la acción pero actuar, lo que se dice actuar, no lo han hecho más que en casos muy aislados.

—Debe ser por eso que no los tenemos registrados. Por cierto, ¿qué otros actos se les atribuye?

—Precisamente, el primer indicio que tuvimos en Alemania, y creo que en Europa, fue el asesinato de Tashin Balkan en 1991.

—¿Quién?

—Tashin Balkan, el *Berlerbeg* alemán que ajusticiaron en Colonia hace tres años.

—¿Un *Berlerbeg*? ¿En Colonia?

—La autoridad máxima de la Organización del Lobo Gris en Alemania, un verdadero general de campo que posiblemente les habría resultado sospechoso, o simplemente habría disentido respecto a las directrices recibidas por el sultán otomano quien, seguramente, ordenó su aniquilación.

—O sea que la Organización tiene presencia en Alemania.

—No olvide que en mi país viven varios millones de turcos, un

excelente caldo de cultivo para los fines de estos terroristas.
—Sin embargo, no me suena haber oído hablar de este caso.
—Fue un expediente secreto del BND,[70] un asunto extraño en el que un grupo de turcos murieron envenenados en un barrio residencial de Colonia. Aunque el asunto salió a la luz pública como un accidente causado por la emanación de anhídrido carbónico de una caldera en mal estado, en realidad, se trató de un envenenamiento masivo por ingestión de un veneno desconocido, de efectos similares a los del arsénico, pero extraordinariamente más devastadores.
—¿Un acto terrorista?
—Un hecho oscuro que nos llenó de asombro cuando detectamos que la verdadera identidad de uno de los fallecidos era el *Berlerbeg* del Lobo Gris en Alemania.
«Definitivamente Kenan Tahir es un hombre muy poderoso —pensó Tomás.»
—Sin embargo —continuó Roeder, —la Brigada antiterrorista no tuvo acceso a las conclusiones del expediente *Berlerbeg*. El BND consideró que no era evidente que se tratase de un acto terrorista y lo clasificó como Alto Secreto.
70 Bundesnachrichtendiest. Servicio de inteligencia alemán.
—Entonces, ¿cómo volvió a tener noticias del Lobo Gris? —Hace un par de meses recibimos un informe policial donde se nos informaba de la muerte por envenenamiento de un científico llamado Helmuth Güttec. Era un informe rutinario que nos enviaban por no estar claros los móviles del asesinato y por tratarse de un honorable señor perteneciente a la comunidad científica.
Hablaba lentamente tratando de no olvidar ningún detalle importante y clavando la vista en su interlocutor.
—En condiciones normales, hubiésemos archivado el expediente, pero en este caso en concreto hubo algo que me llamó la atención. Los expertos en toxicología analizaron la botella de brandy donde habían introducido el veneno y tuvieron extraordinarias dificultades para encontrar su principio activo. Se decía que había un potente «enmascarador» y lo justificaban diciendo que quien lo preparó tenía interés en eliminar el fuerte olor a ajo que desprende el veneno.
—O sea que el que aderezó la ponzoña quería que nada hiciese sospechar a la víctima que el brandy le llevaría al otro barrio.
—Efectivamente. Imagínese un brandy que huela a ajo.
—Entonces tuvo el presentimiento de que ambos atentados tenían relación. En realidad lo único que supe es que se trataba de un asesinato profesional y que, por tanto, había que descartar móviles pasionales o personales. Aunque lo que me encendió la luz definitivamente es que la toxina utilizada era hemolítica, es decir, similar al óxido de arsénico, obviamente enmascarado.

—No entiendo mucho de venenos, pero me parece que éste no tiene nada de especial.
—No mucho, pero en el informe encontré algo sorprendente. El profesor Güttec se había enfrentado a ciertos científicos al querer incluir en las ponencias de un congreso arqueológico las experiencias de un tal Rudolf Köerting, otro arqueólogo que hace cincuenta años estaba investigando el Imperio hitita en Turquía. Tenía indicios suficientes como para pensar que el asunto estaba relacionado con el caso *Berlerbeg*, de modo que pedí oficialmente al BND una copia del expediente archivado en 1991.
—E imagino que se lo desclasificaron.
—Efectivamente me lo dieron, aunque las cosas empezaron a complicarse. No había tenido tiempo de analizarlo cuando otro profesor, un tal Heinrich Mayer, apareció asesinado. Mayer había desaparecido semanas antes. Como Güttec ya había fallecido, tuve la intuición de que estaban metidos en el mismo lío. Cuando lo estábamos buscando apareció por sorpresa en un congreso en Colonia y allí mismo lo secuestraron unos individuos armados a plena luz del día. Días más tarde apareció muerto en un parque de Munich.
Hubo un silencio premeditado, el justo como para que Tomás fuese encadenando las ideas del mismo modo que lo había hecho el veterano capitán.
—Se dispararon todas las alarmas, la proximidad entre los dos asesinatos demostraba una actividad terrorista inusitada en los últimos años y las indagaciones apuntaban al movimiento fanático del Lobo Gris.
—Sin embargo —continuó el alemán—, nos quedaba lo más importante y sobre lo que no teníamos ni la más remota idea: qué es lo que andaba buscando el loco otomano.
El subinspector asintió dando por entendido que estaba de acuerdo.
—Sólo cuando desempolvé el dossier de lo ocurrido hace tres años en Colonia tuve las claves de lo que estaba pasando.
Sacó una llavecita que llevaba de pulsera y abrió su cartera. De ella extrajo una carpeta con el nombre «caso *Berlerbeg*», con los documentos clasificados de la matanza de miembros de la Organización turca.
—Como le he dicho, el asunto de la intoxicación en la residencia de Colonia no cayó en saco roto. El BND llegó a la conclusión de que alguien había contaminado el agua de la lujosa vivienda donde vivía el *Berlerbeg*, un tipo de ataque que era, además de mortífero, demasiado sencillo.
Las últimas palabras del capitán revelaban a las claras un punto de incertidumbre.
—El Servicio de Inteligencia contrató entonces a uno de los mejores

especialistas en toxicología de mi país. Sospecho que estaban obsesionados con los riesgos de un envenenamiento masivo a la población civil, no sé si me entiende, una masacre.
Kaspar Roeder se tomó un respiro para darle un sorbo al café y colocarse unas gafas de pasta marrón.
—Cuando el BND recibió el primer informe del experto se asustó, creo que nadie hasta aquel momento había sido consciente del peligro que suponía este tipo de intoxicación multitudinaria.
—¿Algo sobre lo que nadie se había percatado hasta entonces?
—Algo tan sencillo como que ya ocurría en ciertas partes del mundo, bien de un modo involuntario o bien de un modo genocida, sin que nadie lo hubiese denunciado.
Sin duda, el Servicio de Inteligencia alemán había realizado un valioso trabajo sobre este asunto. Al español, al menos, le llevaba gran ventaja.
—Lo que oye, el informe empezaba por la recopilación de todos los casos de envenenamientos masivos registrados en todo el mundo. La investigación desveló que en sitios como Bangla Desh se habían producido repetidamente muertes relacionadas con aguas contaminadas de arsénico. El BND mandó traer muestras de esas aguas y los especialistas constataron que contenían exactamente el mismo compuesto que había provocado la intoxicación del *Berlerbeg* de Colonia, una suerte de Acqua di Napoli o Acqua Toffana, similar a la que se ha usado desde la Edad Media.
—Dios santo —exclamó Tomás.
—Pero este nuevo compuesto parecía haber desarrollado monstruosas propiedades tóxicas. Aunque el antecesor medieval de este veneno ya había demostrado ser el responsable de centenares de fallecimientos, se cree que incluso Mozart o Napoleón pudieron ser pasto de sus llamas; el producto traído de Bangla Desh podía multiplicar por cientos el efecto del Acqua di Napoli. Además, las conclusiones preliminares apuntaban claramente a la intervención del hombre en la preparación de la pócima.
El alemán sacó de la carpeta un papel timbrado del BND escrito en alemán y, tras revisarlo, empezó a leer: «[…] podemos asegurar que este compuesto no existe en la naturaleza, por lo que inferimos que es un preparado ex profeso para cumplir su misión mortífera […]».
Se quitó las gafas y observó fijamente a su interlocutor.
—Cuando hace unos meses tuve acceso a los fondos documentales del caso, lo primero que hice fue visitar al toxicólogo que se encargó del estudio, uno de esos hombres metódicos y tozudos que no puede vivir si no acaba todo lo que empieza, aunque no se lo paguen.
—Que imagino que a esas alturas ya había conseguido desenmascarar el tóxico.

—El agua en ambos casos contenía una base encubierta de un compuesto similar a la claudetita, un óxido venenoso de arsénico, pero este preparado de laboratorio incorporaba ácido metil-arsónico y ácido-dimetilarsínico, dos formas solubles de este mineral con un poder tóxico mucho mayor que el de la roca en estado natural.

Roeder se levantó para ir a buscar una nueva taza de café sin que su anfitrión se la hubiese ofrecido. Casi sin darse cuenta asomó su cajetilla de tabaco del bolsillo de su chaqueta y se la mostró a modo de solicitud de permiso a su acompañante, quien le autorizó con un movimiento de cabeza. No pasó ni un segundo y el pitillo apareció encendido entre sus labios.

—Aun así —continuó—, el caso *Berlerbeg* se cerró oficialmente sin ninguna actuación. Es posible que llegasen a la conclusión de que el atentado de Colonia fue un caso aislado y que remover las aguas turbias, nunca mejor dicho, de lo que estaba sucediendo en países del tercer mundo no fuese muy recomendable.

Tomás se levantó para preparar su propio café al ver que el alemán regresaba únicamente con el suyo.

—Dos preguntas empezaron a rondar mi cabeza: ¿por qué estaba el Lobo Gris interesado en preparar venenos a partir del arsénico? y ¿hasta dónde podían llegar? Por extraño que pareciese no me resultaba descabellado pensar que Kenan Tahir o el Lobo Gris estuviese detrás de las masacres de Bangla Desh, no tanto para castigar a aquella gente, como para utilizarlo despiadadamente como plataforma de ensayos sin levantar sospechas. Al fin y al cabo a casi nadie le sorprende, ni a casi nadie le importa, que alguien muera en lugares paupérrimos.

No había ningún cenicero, lo que hizo levantarse a Tomás hasta uno de los cajones de un armario para sacar uno.

—Gracias. Pero lo más inquietante fue la respuesta que nuestro científico me dio a la segunda pregunta. En sus ensayos descubrió que las pócimas que tomaron tanto Güttec como Mayer tenían un poder destructivo cinco veces mayor que las que habían analizado de Bangla Desh o del caso *Berlerbeg*. El arsénico es un veneno hemolítico, es decir, que destruye las células sanguíneas, pero por decirlo de un modo que usted y yo lo entendamos, sólo una parte de sus moléculas son destructivas y el resto permanecen inertes. Si el nuevo veneno era más demoledor que el que habían estado usando hasta ahora, parecía evidente que esos chalados estaban investigando en este campo y que si conseguían despertar a la bestia, podrían matar cientos de miles de personas con unos gramos de ese compuesto, una auténtica bomba atómica.

—¿Y había forma de despertar a esa «bestia»?

—Eso fue exactamente lo que le pregunté al científico y me dijo que

sobre el papel sí era posible, pero en la realidad no.
—No entiendo.
—Pues como yo, se puede imaginar la cara que le puse, pero a estos profesores de laboratorio les encanta que les digas eso para luego explicártelo. Me dijo que con autorización del BND había mandado el expediente al Centro de Investigaciones Metalúrgicas de Berlín para saber si era posible obtener, mediante métodos metalúrgicos, un compuesto similar al encontrado en las muestras de agua o incluso de un poder destructivo mayor. En unas semanas le contestaron que la única manera de conseguirlo era debilitando los enlaces atómicos de esa especie de claudetita, de ese modo se liberaban todas las moléculas venenosas, pero esa debilitación de enlaces era prácticamente imposible de obtener.
—¿Imposible? ¿No podían reproducirlo en un laboratorio?
—En un laboratorio no, ya que deben alcanzarse temperaturas superiores a los 3.500 grados centígrados y no hay ningún material refractario que la soporte —Roeder cambió el gesto, lo que estaba a punto de decir le producía un extraño dolor que era incapaz de disimular—, lo cual no quiere decir que el material en cuestión no exista en la naturaleza.
—¿Puede existir? ¿Quiere decir que es posible que exista y nadie lo haya descubierto hasta ahora?
Efectivamente, la posibilidad de que el fenómeno se produzca en la naturaleza es extremadamente remota, si no recuerdo mal de una entre varios miles de millones, pero no imposible. Hay un tipo de yacimiento que puede producir este mineral, es algo que los científicos llaman un *skarn*. Parece ser que si un *skarn* con magnetita y arsenopirita se produce junto a algún metal resistente a la oxidación, como el platino o el rodio, el mineral arsenioso podría alterarse hasta convertirse en un verdadero monstruo.
—Y eso fue lo que encontró el profesor Köerting —sentenció Tomás.
—Ya le digo que no hay constancia de que este mineral exista. Los *skarn* son yacimientos relativamente comunes en zonas de afloramientos ígneos. Su montera puede estar compuesta por minerales metálicos entre los que abunda el hierro. Puede que los hititas explotasen uno de estos yacimientos, pero uno muy especial en el que en la zona superficial aflorase un derivado del arsénico, producto de una meteorización junto a un metal extraordinariamente escaso como el rodio. La metalogenia de esta roca puede dar lugar a un mineral cuyo poder destructor podría ser inmensamente mayor que el de toda arma conocida.
—¿Mayor que una bomba nuclear?
—Mayor y mucho más selectiva, ya que mataría a todo ser humano y animal de una gran zona de influencia sin perturbar lo más mínimo

las construcciones civiles, ni la agricultura, ni la vegetación.
El silencio se apoderó de la sala. Tomás sabía que algo así en manos del Lobo Gris era sencillamente un gran peligro para la paz en el mundo.
—Entonces, ¿era eso lo que buscaban los que estaban produciendo el compuesto devastador de Bangla Desh? —se atrevió por fin a preguntar.
—Posiblemente sí. Parece que aún no se han dado cuenta de que es imposible crear a «la bestia» en el laboratorio, pero yo creo que tratan de reproducir algo que ya habían visto con sus propios ojos hace cincuenta años. Turquía es un país rico en minerales y particularmente en hierro. No sabemos qué fue lo que descubrió Köerting, pero fuese lo que fuese es más que posible que ciertos individuos de su expedición lo viesen. En aquellos levantamientos había muchas personas, la mayoría de ellos nativos. Alguno de ellos habría terminado en la Organización del Lobo Gris, quizá el propio sultán o alguno de sus ayudantes, quién sabe.
Mientras rebuscaba en su maletín nuevos documentos que mostrar a su interlocutor, Roeder fumaba ya sin rubor, de un modo casi compulsivo.
—Pero, ¿qué hace ese mineral? ¿Desprende gases? ¿Se ingiere? ¿Qué sabemos de él?
—Eso era precisamente lo que quería mostrarle —respondió mientras revisaba otros papeles—. Como todo descubrimiento indirecto, no podemos estar seguros de la exactitud de sus propiedades; se trata más bien de hipótesis científicas, todas ellas bien sustentadas en principios conocidos, pero sin verificación empírica.
El capitán entregó un documento en inglés a Tomás cuya portada tenía una inscripción en rojo que rezaba «Top Secret» y que se titulaba «Propiedades mineralógicas de la Köertinita».
—No sabíamos cómo llamarla —dijo a modo de excusa— y, ya sabe, los científicos si no ponen un nombre no saben trabajar.
Tomás ojeó el dossier, tenía unas treinta páginas repletas de información técnica, propiedades cristalográficas, ópticas y físicas como tenacidad, densidad, dureza… Encontró algunos interrogantes en apartados como color u aspecto y ni una sola fotografía, tan sólo algunos gráficos, la mayoría de ellos complicados para él, donde se representaban disposiciones moleculares y atómicas.
La metalurgia teórica del mineral ocupaba un capítulo completo con un detallado análisis de las curvas de fusión y puntos eutécticos, de las reacciones existentes y de la composición de sus cenizas y de sus gases.
—Vaya, vaya al final —le recomendó Roeder.
En todo el documento encontró algunas frases y alguna de sus

fórmulas subrayadas con rotulador amarillo fosforescente, salvo al final, que estaba remarcado todo el texto sin excepción. Eran las conclusiones.

La descripción era tan detallada que resultaba muy difícil creer que quien la había escrito no había tenido en sus manos el mineral desconocido.

—Por todo lo dicho anteriormente —leyó en voz alta— deducimos que un gramo ceniza de köertinita podría desencadenar un efecto tóxico similar a varios cientos de toneladas del más potente veneno conocido. A temperatura ambiente parece probado que no es soluble en agua aunque sus cenizas sí podrían serlo. Queda igualmente probado que el mineral es inerte hasta los 60 o 70 grados de temperatura, a partir de los cuales podría iniciarse una extraña reacción de oxidación con emisiones de varios gases tremendamente venenosos, entre ellos la arsina, por lo que resulta extremadamente importante que se conserve a bajas temperaturas…

Tomás dejó el expediente en la mesa y se frotó fuertemente los ojos en silencio. Cuando los abrió, miró al veterano alemán, que se había desprendido de sus gafas de pasta y le contemplaba pensativo.

—De modo que es esto lo que busca el Lobo Gris.

—Eso creo; también creo que está en España, aunque no tengo ni la más remota idea de cuál es la información que maneja, hasta dónde conoce y quién le está ayudando.

—¿Qué me dice de ese tal Pablo Luna, del español que interrogó en Alemania?

—Es inocente, pero sabe más de lo que nos ha dicho. No puedo entender las razones por las que no quiere colaborar con la policía. Traté de atosigarle e incluso de amenazarle, pero fue imposible. Hay algo que le hace estar callado, pero no sabemos qué.

El capitán sacudió la cabeza.

—¿Han intentado ustedes hablar con él? —continuó.

—Lo hemos buscado pero está desaparecido.

—Eso confirma mi teoría; si aún está vivo, estará escondido.

—No lo creo. No sé si es un sospechoso o un intrépido, pero él también está buscando esa dichosa cosa.

—¿Qué le hace pensar eso? —preguntó Roeder intrigado.

—Fue él, junto a una chica, quien estuvo en la casa de Toledo antes de que llegara el Lobo Gris, e iban acompañados de su propietario, un tal Frank Grauben.

—¿Frank Grauben? —exclamó el alemán—. ¿El antiguo ayudante de Köerting?

—No sabía que Grauben era…

—¿Aún vive Grauben? ¿Cómo ha podido pasarnos desapercibido que aún estaba vivo el ayudante de Köerting?

—Seguramente por voluntad propia. Parece ser que hacía una vida monacal en una residencia de ancianos de Alicante.
—Escuche, esto va demasiado rápido. Estoy seguro, que están a punto de dar con el arma mortífera.
—Yo también lo creo, pero no sabemos por dónde seguir. Creo que no encontraron lo que buscaban en el registro que hicieron en el palacete de Toledo. La única pista que tenemos es este papel que dejaron arrugado en una de las papeleras.
Tomás Bueno sacó el escrito de la bolsa que lo protegía y se lo mostró al capitán.

T E M E
L E C A
S I
T O
G I
R A
L E
V A
R
D
D

—Es un acertijo, no tengo dudas. Köerting era un forofo de los jeroglíficos, no en vano era criptógrafo. Aunque no he podido verlos, creo que circulan por ahí mensajes que indican el camino que se debe seguir. Güttec y Mayer pudieron ser asesinados por no facilitárselos a los matones de la banda del Lobo Gris.
—¿Y cómo diablos voy a saber qué significa este amasijo de letras?
—Trate de conjugarlas, aglutínelas de todas las formas imaginables y puede que le indiquen un lugar o una instrucción de cómo seguir.
—Dios, esto parece un juego de niños.
—No pierda tiempo, es allí donde está la köertinita. Encuentre su escondrijo y vaya rápidamente y con la ayuda suficiente, pero hágalo dis

cretamente, no diga a nadie, más que a los rigurosamente necesarios, que va a su caza o el Lobo Gris recibirá el chivatazo. Se sorprendería de las conexiones que maneja. No quiero ni pensar que se nos adelante ese peligroso asesino, sería una tremenda catástrofe.

44

Toledo, 3 de marzo de 1994

Aquella noche no había más de una docena de personas en el oficio religioso, la mayoría de ellas señoras mayores vestidas de negro y gris, pero la ermita era tan pequeña que apenas quedaban bancos vacíos.

Desde la última fila, Pablo Rosa y Frank escudriñaban todos los recovecos del templo a la zaga de alguna pista, de algún indicio por extraño que pareciese. No habían podido evitar conocer el santuario por dentro, aunque los tres estaban convencidos de que el buen camino era el que les había indicado aquella misma mañana el viejo impresor y que todo lo que buscaban estaba afuera.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo —inició el oficio el párroco, y mientras se persignaba entornó los ojos para fijarse en los turistas que se habían apostado al fondo.

Un Cristo crucificado únicamente de un brazo y con el otro caído sobre el cuerpo presidía el altar.

—El Cristo de la Vega —musitó Rosa recordando la leyenda que aquel mismo día les había contado José Segura.

A sus pies, un busto de santa Leocadia parecía contemplar al Cristo con la compasión de un alma cristiana, y debajo un hermoso Sagrario guardaba celoso el Santo Cáliz.

La ermita no estaba muy descuidada, pero de sus paredes se desprendía cierto regusto a abandono. Apenas un par de cuadros, muy antiguos, uno de ellos con la escena donde un soldado, ante la mirada atónita de quienes le rodeaban, era obligado a cumplir la promesa de casarse con una doncella, tras el milagro en el que Cristo había soltado uno de sus brazos de la Cruz.

Tal como habían conjeturado, no había ninguna tumba en el interior de la capilla, ni en las paredes, ni en el suelo, lo que confirmaba lo que les había dicho Segura.

La solería estaba adornada únicamente con un escudo en el centro de la cruceta, similar al que habían encontrado en la coronación de la verja exterior durante su visita nocturna.

—*Sancta Ecclesia Toletana Hispaniarum et Indiar Primas* —leyó Pablo en el círculo que rodeaba a la mujer, el ángel y el monje arrodillado—. Debe ser el escudo de la Iglesia toledana —murmuró.

Fue una ceremonia corta; el cura parecía tener prisas, como si tuviese otra obligación que atender antes de que acabase el día. Tras un sermón, parco en palabras, alivió con la comunión y bendijo a los asistentes hasta la próxima homilía.

Al finalizar salieron todos, primero los feligreses y minutos más tarde el sacerdote, con el que ya no tenían ningún interés en hablar.

Frank y los dos jóvenes se habían apostado tras el muro de mampostería exterior y bajo un roble, seguros de que el lugar que buscaban estaba en el cementerio abandonado exterior que habían visitado al amanecer. Desde allí oyeron al párroco despedirse del guarda y tomar su coche por el camino pedregoso que llevaba a la ronda.

No pasaron ni diez minutos cuando oyeron unos pasos cansinos sobre la hojarasca. Retrocedieron un poco para no ser vistos, aunque llegaron a comprobar que era el hombre que estaba apontocado en la puerta de la caseta cuando entraron.

—El santero —susurró Rosa—. Se marcha.

—Mejor —respondió Pablo—. Así trabajaremos más tranquilos.

Aún permanecieron bajo el árbol unos instantes, hasta que el silencio y la penumbra se apoderaron de todo cuanto había alrededor. Era una noche negra y sin luna, de las que no se ve a un palmo de las narices.

—Adelante —dijo en voz baja Pablo.

Tomó la mano de violinista de Rosa y la apretujó con fuerza al ver su expresión trémula, tratando de infundirle confianza para proseguir.

Antes de dirigirse a la ermita, habían sacado del maletero del coche los aperos de jardinería que les había prestado José Segura.

La verja estaba como la última vez, cerrada pero sin traba alguna, y en la covacha del guardián no se veía ninguna luz. Entraron con sigilo, guiados por el caño de luz de la linterna de Frank y se encaminaron directamente a la necrópolis abandonada del arrabal.

—Moysés Leyva, ¿dónde diablos estás? —susurró Pablo frente a las lápidas deterioradas que se amontonaban junto a la pared del santuario.

El foco luminoso se fue moviendo lentamente de una a otra buscando alguna señal, pero el estado de los mármoles era tal que apenas podía leerse lo que había inscrito en ellos. Además, la mayoría estaban semienterrados y cubiertos de una capa de tierra y rastrojos.

—Hay que descubrirlos primero —propuso Frank—. Si no somos capaces de leer lo que hay escrito, difícilmente podremos saber qué hay debajo.

Rosa y Pablo se hicieron con unas ramas y empezaron a barrer una a una las lápidas. Poco a poco fueron apareciendo algunos epitafios.

—«Gonzalo Martos, lugarteniente del conde de Calatrava, murió el 25 de septiembre del año del Señor de 1508.» Es de esta época, no podemos estar lejos.

La mayoría de las sepulturas tenían inscripciones ilegibles, hendiduras cadavéricas castigadas por el paso de los años.

Al descobijar una de las más esquinadas comprobaron que su estado de conservación era mejor que las del resto, como si en un tiempo no muy lejano hubiese sido restaurada o simplemente hubiera recibido

cuidados especiales a lo largo de los siglos. Además, la lápida tenía casi dos metros de ancho, aunque la inscripción ocupaba un espacio reducido en el centro.
—«Modesto Ledesma, hombre de bien, feneció el 6 de agosto de 1496.»
El epitafio era el más corto de todos, también el único que no daba apenas referencias de su morador y el único en que no se había grabado una cruz sobre el mármol.
Algo les decía que estaban sobre la tumba buscada.
—¡M. L.! —exclamó Frank—. Es aquí, conservó únicamente las iniciales: Moysés Leyva.
—Algo más que eso —remató Pablo —. La primera sílaba de su nombre y apellido.
Todos estuvieron de acuerdo en que era la más singular y, además, en que guardaba coincidencias sospechosas con el nombre del rabí.
Pablo hincó la rodilla en tierra y rastreó a oscuras los bordes de la losa buscando una hendidura cuando en un lateral halló una argolla.
—Alumbre aquí —le dijo a Frank.
La luz desveló una abrazadera oxidada unida a una cadena enterrada de gruesos eslabones que se perdían bajo la tierra. Pablo pegó un tirón sin que nada se moviese, así que se incorporó para hacer más fuerza y, en cuclillas, apostó los dos pies sobre el borde de la losa y empujó con fuerza.
La cadena cedió ligeramente.
—Necesitaremos más brazos —apuntó jadeante.
—O una palanca —sugirió Frank con una sonrisa pillina.
Apoyando la hoja de la pala contra el canto de la lápida, usaron el mango como brazo de palanca, y tiraron para atrás entre los tres. La cadena se desplazó suave, pero continuamente, y, al tiempo, se oyó un ruido hosco y profundo en el interior. No habían terminado el recorrido de la paleta hacia el suelo cuando la losa empezó a moverse hacia un lateral chirriando por el roce de los dos mármoles. Cuando acabaron el movimiento, cayeron exhaustos al suelo. Habían desplazado la placa más de una cuarta, lo suficiente como para ver que el sonido del interior provenía de una rueda dentada en la que engranaba la cadena.
—Dios mío —dijo Rosa—. Lo que quiera que sea está aquí.
—Vamos —animó Pablo—. Hay que rearmar la palanca y mover otro poco más.
* * * * * * * * * * * * *

Dos vehículos aparcaron con todo sigilo en las afueras de la ermita bajo los robles y de ellos se bajaron siete personas.
—Aquí es —dijo en voz baja Jaime Mata—. La ermita del Cristo de la Vega .

Jaime estaba seguro de haber llegado al lugar indicado, una guía de la ciudad le había bastado para localizar el templo.
—Eso espero —le contestó Mustafá Talú—, porque aquí parece que no hay nadie.
—Les llevamos ventaja, eso es todo —afirmó el grandullón.
—¿Y de qué nos ha servido si hemos tenido que esperar hasta que anochezca para venir? —refunfuñó Talú.
—Es por seguridad. Cuando han esperado tanto, ¿qué les importa hacerlo unas horas más y evitar de ese modo a todos los fisgones?
Avanzaron y encontraron una reja entornada y a su lado una pequeña casucha con las luces apagadas. Sobre la reja había un cartel que decía: «Basílica de Santa Leocadia». El profesor Talú miró a Jaime y éste se encogió de hombros.
* * * * * * * * * * * * *
La pala estaba de nuevo en vertical con la última argolla enganchada a su mástil y lista para un nuevo desplazamiento.
—Ahora —dijo Pablo, y los tres empujaron al unísono tumbando la palanca por segunda vez.
La lápida inició de nuevo su lento movimiento, esta vez menos ronco y más silencioso. La rendija ya bastaba como para meter el cuerpo y en el interior se adivinaba el peldaño de una escalinata de piedra, que parecía indicar que aquello era algo más que un nicho, quizás una caverna.
La ayuda de Frank era casi testimonial; su capacidad de esfuerzo era más bien escasa, pero sus manos arrugadas asiendo el mástil eran el mayor acicate imaginable para quienes sí podían moverlo.
Rosa se arrodilló fatigada para tomar un respiro y observó que sus manos de violinista estaban rojas como amapolas. Entonces se fijó en Pablo, que era el que más fuerza estaba haciendo. De su frente brotaban minúsculas gotas de sudor, aunque se le veía dispuesto a continuar, a seguir incluso sólo si fuese necesario, a no parar hasta que la mole pétrea cediese por completo.
Un chasquido sonó entre los rastrojos y los tres miraron al unísono al lugar de donde provenía.
—Ratas —dijo Pablo—. Las incordiamos después de muchos años.
Rosa contuvo la respiración, lo que menos deseaba en ese momento era montar una escena de histerismo, pero de todos los bichos imaginables sólo había uno que detestaba hasta la repugnancia: las ratas. Sólo pensar que las tenía cerca le erizaba el vello.
«Debo quedarme, debo quedarme», se repitió en silencio y se limitó a arrugar la nariz y entornar los ojos mientras pensaba en otra cosa.
—Tenemos que mover más el mármol, una vez más será suficiente —propuso Pablo, al tiempo que él mismo colocaba de nuevo la pala como brazo de empuje.

* * * * * * * * * * * * *

—Esta verja está abierta. No tiene cerrojo, veamos qué hay en el interior —dijo el sultán otomano dejando paso a dos de sus escoltas—. Vosotros dos quedaos aquí cubriéndonos las espaldas.

Penetraron cautos por el pasillo que llevaba al frontispicio, justo por el lado opuesto al que ocupaba el cementerio abandonado, y se toparon con la segunda cancela, cerrada a cal y canto.

—¿Y ahora qué? —apuntó Talú.

—No se ve nada, pero yo juraría que lo que tenemos detrás son tumbas. El Lobo Gris reconoció a sus espaldas entre las sombras de la noche la

imagen del Cristo Redentor sobre la torre mudéjar y notó cómo se le revolvía el estómago ante una simbología que odiaba tanto como la judía.

—Aquí no hay nada —protestó—. Creo que has perdido la oportunidad que te hemos dado de salvar el pellejo. —Espetó a Jaime mientras hacía un gesto a uno de sus *Sipahîs* para que lo ajusticiara en aquel instante.

Un lejano rugido procedente del fondo oscuro del jardín les alertó.

—¿Qué ha sido ese ruido? —susurró Talú.

—Hay alguien —respondió Jaime—. Creo que están detrás del santuario. Vayamos por este lado.

El Lobo Gris dudó un segundo. Tal vez mereciera la pena darle una última oportunidad al grandullón.

* * * * * * * * * * * * *

La tercera vez que aplicaron la palanca, la lápida se abrió completamente, dejando al descubierto su interior. Estaba muy oscuro, pero la luz de la linterna iluminó una escalinata horadada en la piedra, de unos 2 metros de ancho, que se perdía en una oscuridad sin final.

—Entremos —susurró Frank con voz trémula y con la linterna aferrada a su mano.

Desde el primer escalón, el foco volvió a iluminar la hondura sin atisbar hasta dónde bajaba el pasadizo. Lentamente fueron recorriendo las escaleras en fila y, a cada paso que daban, el lugar les parecía más lúgubre y frío.

Avanzaron hasta encontrar una puerta escuálida de madera roída, amarrada por una cadena a una argolla de la pared.

—Hay treinta escalones —apuntó Pablo—. Debemos estar aproximadamente a unos 6 metros de profundidad.

—¿Qué hacemos?

—Hay que reventarla, yo me ocupo —dijo el joven.

—Un momento —repuso el alemán—, usemos las máscaras por si acaso.

Se las colocaron los tres y se compincharon ante el peligro ignoto.
La argolla aguantó los dos primeros empujones de Pablo pero al tercero se desprendió de la pared dejando el camino expedito.
La estancia desprendió un extraño aire frío y rancio que les acarició la cara.
—Una catacumba —murmuró Pablo bajo la mascarilla.
Un inmenso solar se abrió ante sus ojos, un aposento construido con ladrillos de arcilla roja de suelo a techo y soportado por enormes testeros de madera.
El haz de luz de la linterna se movía nervioso de un extremo al otro queriendo examinar todas las esquinas penumbrosas.
—Es algo más que eso —sentenció el viejo—, es una sinagoga, un lugar sagrado de culto prohibido.
—¿Por qué no venimos en otro momento? —arguyó Rosa ante lo que tenía delante y sin poder olvidar que las ratas merodeaban por allí.
—No hay por qué temer —respondió su compañero a sabiendas de que ella estaba al borde de un ataque de pánico—. Aquí no ha venido nadie en un millón de años.
Nada más entrar encontraron un grabado en el suelo. Una estrella de David de trazos blanquecinos y gruesos surcaba las losetas de arcilla roja.
Las paredes estaban repletas de candelabros con velas fosilizadas.
—¡Cirios! Intentemos prenderlos, eso nos permitirá ver lo que hay aquí dentro.
—Ni se os ocurra —atajó el viejo—, nos alumbraremos únicamente con esta linterna. Recordad que debemos alejarnos del fuego de la muerte.
Sin comprender qué efecto podría provocar unas simples velas encendidas, acataron las indicaciones del arqueólogo y se arremolinaron tras el cono de luz.
—Esto es impresionante —apuntó Pablo estupefacto.
Mientras avanzaban por la catacumba iban avistando aquello que refulgía.
—Un palio —exclamó Rosa señalando un tapiz que estaba apoyado en uno de los muros.
—Es una *kuppá* —indicó Grauben, al que la tradición israelita no le era extraña—, el dosel que utilizan los judíos para la celebración de sus bodas. Simboliza el techo nupcial. Sin duda, aquí se celebraron rituales hebreos.
—¡Eso parece un altar!
Dos tablas desnudas de mármol aguantaban una tercera.
—Claro, porque es la mesa de celebraciones, en la que seguramente los maestros del Talmud hacían sus salmos en el *Sabbat.* Francamente, creo que esto es algo más que una simple sinagoga; tengo la impresión

de que durante un tiempo fue lugar de morada y refugio de los sefardíes.
Cuando la luz enfocó a los muros se desvelaron unas inscripciones con salmos bíblicos escritos en ladino.
Un poco más adelante, unos artefactos de piedra alineados en la pared ocupaban un extremo. Frank los inspeccionó con asombro.
—Esto es un horno para cocer el pan ácimo y esto otro un baño probático.
Los descubrimientos se amontonaban sin tiempo de reacción. Entonces vieron un asta de animal encima del altar.
—Y esto —señaló Pablo— es un *safar*.
—¿Un qué? —Rosa estaba atónita.
—Un *safar*, un cuerno de carnero que, según la tradición, servía para llamar a los fieles al arrepentimiento.
El viejo asintió.
Junto al altar, dos pedestales soportaban un ejemplar de las Sagradas Escrituras judías.
—La Torá, el Menorá. No falta detalle para las ceremonias clandestinas hebreas.
—¿Cuánto tiempo llevará abandonado este lugar?
—Mucho, tal vez desde tiempos de Serafín Caro, pero aquí se ha rendido culto al Yaveh de los judíos.
—Estoy convencido de ello —refrendó el alemán—. Éste debió ser el lugar donde Serafín se reunía en secreto con la comunidad hebrea y al que, seguro que en alguna ocasión, le acompañó Rudolf.
—¿Köerting nunca le llegó a hablar de este sitio?
—Nunca. Recuerdo que cuando vine a visitar a Rudolf y pasé unos días en casa del doctor Caro había muchas cosas que no me querían contar. Supuse que tenían que ver con la religión que profesaban secretamente y tampoco quise entrar en más detalles. También me acuerdo que una noche se quedaron los dos despiertos cuando yo me retiré a dormir. Me dijeron que tenían que salir horas más tarde a hacer unos recados importantes.
Frank levantó las cejas y miró a sus interlocutores con una expresión burlona.
—Ahora ya sé que tipo de recados eran los que tenían que hacer —remató.
Avanzaron hacia la zona de penumbra y en una de las paredes hallaron un hueco donde el ladrillo había sido sustituido por mármol blanco. El contraste era tan evidente que los tres se acercaron a comprobar de qué se trataba.
—Aquí yace el Gran Rabí de Sefarad[71] Moysés Leyva, al que Dios acogió en su seno el día 12 de Tamuz del año 5256[72] —leyó Pablo. —Así que es aquí donde se enterró al último rabino español. —Así

parece —susurró Frank.
—Esto es sorprendente. Entonces no se trata de una leyenda, es verdad que el terco de Moisés Leyva desafió a los mismísimos Reyes Católicos y se mantuvo ejerciendo al menos cuatro años en un país ya completamente cristiano.
—Ejerciendo no lo creo, pero no se marchó.
Junto al sarcófago, una cancela de madera les llamó la atención. —Es una puerta, otra más —jadeó Frank tras la máscara. La tocó y la notó fría y suave.
—Está aquí, no hay duda.
—Esto parece el cuento de nunca acabar —protestó Pablo—. Personalmente, me gustaría que fuese lo que fuese lo que buscamos esté tras esta puerta y no dentro del sepulcro. No me hace especial gracia exhumar la lápida.
—Ya te digo yo que el arca está detrás de este portalón. —No sé en qué se basa para estar tan seguro.
—Recuerda que el Istanu debe permanecer fresco para mitigar a la bestia que esconde dentro, sólo así se mantiene inerte, dormido e incapaz de ejercer su poder. Es posible que este cobijo sea el lugar más frío de la caverna, que estemos justamente bajo los cimientos del templo o algo así y eso haga que este trozo preserve una temperatura menor.
La única forma de traspasar el tablón de madera era destrozándolo a hachazos con la pala, lo que no parecía difícil viendo su estado de descomposición, de modo que Pablo les pidió a sus acompañantes que se apartaran y se escupió en las manos antes de empuñar una vez más la herramienta.
* * * * * * * * * * * * *
—Es ahí, hay una lápida exhumada —murmuró Jaime—. Dentro debe haber alguien.

[71] España para los hebreos. [72] Corresponde al año 1496 d. C.

—Unos ladrones miserables —respondió Talú.
Uno de los esbirros se asomó a la escalera.
—Hay luces, están ahí.
El otomano levantó el dedo y le señaló el camino para que entrase. —Acaba con ellos. Nosotros esperamos acá con el grandullón. —¿Tres coches?
—Sí, dos de alta gama y un utilitario.
Tomás dio un respingo, algo no estaba yendo como lo había previsto. —Joder, los jóvenes y el alemán también están ahí. Hay que actuar rápido. Vamos.
* *
—Nos quedaremos aquí —dijo Tomás Bueno deteniendo la

furgoneta en la puerta del Cambrón—. Lo primero que hay que comprobar es si se nos han adelantado. Dame los prismáticos de infrarrojos.

Estaba enfadado, muy enfadado. Había empleado toda la tarde en descifrar el dichoso acertijo, para lo que había recurrido a un experto en criptografía del CNI, un verdadero especialista que había metido las letras en un programa de ordenador para que las combinase de todas las maneras posibles. De los varios miles de millones de combinaciones sólo había una que tenía sentido y que, además, correspondiese con un lugar real.

—Ermita del Cristo de la Vega —le dijo.

Luego conseguir un puñado de GEO[73] fue otra odisea. Roeder le había insistido una y otra vez en que, si no guardaba el más absoluto sigilo, el Lobo Gris podría recibir de inmediato el chivatazo y eso hacía peligrar el éxito de la operación, tanto la de su captura como la del mineral monstruoso, lo que significaba que estaba obligado a conseguir todos los permisos y autorizaciones sin dar ni la más mínima explicación a nadie, salvo al Secretario de Estado para la Seguridad, que estaba terriblemente ocupado, y eso le complicó enormemente la cosa.

Pero ya estaba allí, casi a las diez de la noche, con media docena de hombres de la unidad de élite del Cuerpo Nacional de Policía, adiestrados e ignorantes de la verdadera importancia de la operación y sin el guarda de la vivienda anexa, que había recibido una oportuna llamada de la comisaría de Toledo para que se personase urgentemente en ella.

—Si hay gresca, al menos que no anden por medio inocentes —decidió y mandó un requerimiento urgente para que le tomasen declaración de no importa qué y lo mantuviesen alejado de allí toda la noche.

—Hay dos hombres en la puerta y tres coches —dijo un francotirador cuando enfiló la entrada.

[73] Nombre de los miembros del Grupo Especial de Operaciones de la policía.

Ante ellos se abrió un pasillo oscuro del que ni se veía nada ni se podía alumbrar con velas siguiendo las instrucciones de Grauben.

—Es una galería, un pasadizo sin fondo —dijo Pablo con voz ronca tras los fieltros de la mascarilla.

Sin candil, el campo de visión no sobrepasaba unos centímetros.

—Encienda al menos la linterna, no podemos entrar en este pozo oscuro sin nada de luz.

Grauben accedió y se adentró en el túnel envuelto en una nube negra. Pablo le siguió acongojado, el foco aciago de la lámpara no conseguía mitigar el vacío de aquel agujero. Entonces recordó las palabras que Köerting escribió a Rolf Schuemann a propósito del Istanu.

—El vientre malévolo de la Madre Tierra, el mismísimo Satanás…
Rosa se quedó atenazada por los nervios, la ceguera del túnel y el terror de encontrar más ratas la tenían tan paralizada que fue incapaz de seguir a sus dos acompañantes cuando se adentraban en la galería. Instintivamente se hizo con la pala como única arma de defensa y se retiró hasta el último rincón oscuro de la caverna. Estaba impaciente por salir de allí, pero mientras tanto se conformaba con pasar desapercibida para los repugnantes roedores.
* * * * * * * * * * * * *

El sicario se adentró sigilosamente portando su pistola y vio que en el confín de la cueva había una nueva puerta reventada. Entonces se encaminó rápidamente hacia ella sin advertir que entre las sombras lo observaba petrificada Rosa.

Se asomó a la galería y no vio más que el tenue refulgir de una bombilla junto a unos pocos ruidos roncos. Entrar a por sus presas sin una linterna parecía bastante arriesgado, era mejor esperar a que saliesen a la sinagoga.

La operación parecía tan sencilla que no dudó en avisar al sultán y a sus acompañantes para que pudiesen dictaminar, antes incluso de ajusticiar a quienes husmeaban por allí, si en verdad los hacían fiambres o preferían hacerles antes desembuchar.
* * * * * * * * * * * * *

El túnel resultó ser más largo de lo que imaginaban. Al fondo se abría en una cámara de suelo terroso que parecía más fresco que el resto.
—El arca. —Pablo señaló un enorme cajón de madera que estaba incrustado en la tierra.
El alemán se arrodilló y lo tocó.
—Es madera de sicómoro, la misma que utilizaban los faraones para sus enterramientos. No hay duda, está aquí.
—¿Ahí dentro está el Istanu?
—Seguro.
El cajón era mucho más voluminoso que un ataud, y sin duda, mucho más pesado.
—¿Cómo diablos consiguió traer este arcón hasta aquí? —se preguntó su antiguo ayudante, incapaz de imaginarlo.
—En Turquía le ayudaron los porteadores que había contratado Mustafá —le respondió el joven recordando lo que había leído en la carta del profesor a su amigo—, pero aquí seguro que la secreta comunidad judía de Toledo y Serafín Caro tuvieron algo que ver en el asunto.
El cofre estaba semienterrado unos centímetros. De un lateral salía un surco estrecho y poco profundo con una cadena y de eslabones pequeños.

—¿Qué es esto? —inquirió Pablo.

Con la linterna siguieron el rastro del grillete hasta encontrarse con una nueva zanja en vertical.

—El mito del Espíritu Malo. Está enterrado en una hache mayúscula y amarrado a un amuleto del Bien. Veamos qué hay a este otro lado.

Un cofrecito de madera con un escudo grabado en su tapa refulgía a la luz de la linterna.

—El sello real de Murshili —identificó Grauben—, el emperador que quiso acabar con el perverso poder del Istanu.

Al abrirlo, apareció una gema de color rojo con un hermoso tallado.

—Una cornalina —exclamó el viejo, y a su mente acudieron los recuerdos de cuando la encontraron en Nuhassé.

—¿Sabe lo que significa?

—Para los hititas, esta piedra escondía fuerzas mágicas y poderosas. La usaban como amuleto protector. Creo que es la misma que encontramos en el levantamiento del palacio de Nuhassé. De lo que estoy seguro es de que Rudolf decidió traerla hasta aquí para preservar a Istanu del mal.

El arqueólogo prefirió no sacar el jaspe de su caja. Verdad o quimera, aquellas creencias le infundían un gran respeto. Entonces se dirigió al arcón y empezó a acariciarlo, como si se tratase de un ser necesitado de mimos.

—Dios mío, cuánto daño has hecho, cuánta sangre derramada, cuántas vidas truncadas, cuántas muertes hay tras de ti. Tanto te hemos buscado que ahora me parece mentira.

—¿Podemos abrirlo?

—No lo sé; de hecho, no sé que es lo que debemos hacer con él, salvo la prohibición de calentarlo o preservarlo de manos asesinas. Tal vez hallemos alguna nueva pista sobre cómo debemos actuar.

La linterna trató de recorrer todos los escondrijos en busca de nuevas señales y lo que resurgió fue una vieja inscripción sobre la madera.

—*Runda Hi Urar Shanha Ran Mi Si Gur* —leyó el viejo alemán—. Aquí yace el Espíritu Malo —tradujo.

—Está bien, ¿qué hacemos ahora?

—Si no hay ninguna otra instrucción, creo que deberíamos tratar de abrir el cofre y ver qué hay dentro.

—Estoy de acuerdo, usaremos una vez más la pala a modo de palanca. Por cierto, ¿dónde esta Rosa?

De repente, se percataron de que la joven no había entrado en el túnel con ellos, tampoco les había advertido que se quedaba rezagada o que prefería salir al exterior; de hecho, hacía minutos que no sabían nada de ella.

—Regresemos, algo no anda bien.

* * * * * * * * * * * * *

No hubo más remedio, lo más importante era que los que estaban flanqueando la entrada de la ermita no pudiesen dar la voz de alerta al Lobo Gris, que debía estar dentro del recinto buscando la diabólica cosa que le habían dicho tanto el Secretario de Estado como el capitán Roeder. Los objetivos estaban quietos y los francotiradores disponían de experiencia y precisión para tirarle a los brazos, de forma que se les disparó una cantidad generosa de somníferos y los *Sipahîs*cayeron fulminantemente.

Con el camino expedito, los GEO se apostaron en la caseta de entrada y volvieron a otear el horizonte.

—¿Sabe qué andamos buscando? —le dijo el oficial sin dejar de encañonar el subfusil hacia un objetivo incierto.

—No haga preguntas, únicamente vigilen todo lo que se mueva ahí dentro y traten de no disparar hasta que sea estrictamente necesario. Es posible que tengan rehenes.

Lamentablemente, en su campo de visión no había ningún movimiento. No encontraron nada que les llamase la atención, ni siquiera alguna verja forzada o puerta abierta.

Tomás decidió avanzar hasta el atrio. Los hombres que le acompañaban portaban armas sofisticadas con visión artificial y mira telescópica, pero ahora sabían que no podían disparar indiscriminadamente; junto a las personas que tenían que detener podían estar las que debían de proteger y la noche no ayudaba en absoluto a distinguirlos.

* * * * * * * * * * * *

—No puedo creérmelo —escupió Talú al ver a Frank Grauben salir del pasadizo con la máscara.

El anciano alemán tardó unos segundos en darse cuenta de la situación, igual que Pablo, que nunca pudo sospechar que sus perseguidores les cazarían en aquel agujero.

—De modo que no has palmado. Tu avaricia ha sido mayor que tus heridas —dijo con una sonrisa ladeada, al tiempo que observaba las marcas indelebles que él mismo le había provocado en su cara— y has sobrevivido exclusivamente para perpetuar el robo de nuestros tesoros del pasado.

Pablo buscó con la vista a Rosa sabiendo que debía estar por allí, tal vez escondida en las penumbras.

Frank flanqueó la puerta con los brazos abiertos en un intento de impedir lo que parecía irremediable.

—No os permitiré pasar, lo que aquí se esconde no os pertenece. No estoy dispuesto a tirar por la borda el esfuerzo de mi maestro y el de tantos otros por preservar a Istanu del mal.

—No tenemos tiempo —acució el Lobo Gris—. Acaba con él y averigüemos de una vez qué hay ahí dentro.

Mustafá Talú levantó la cabeza hasta el infinito con un gesto de rabia inmisericorde y pidió el arma a uno de los matones que le acompañaban.
—No lo hagas —repuso Frank tratando de ganar tiempo—. Piensa en lo que hizo por ti el profesor.
—¿Te refieres al judío Köerting? ¿Acaso tengo yo algo que agradecerle a ese miserable ladrón?
—Me necesitas, no sabes cómo manipularlo —improvisó—. Recuerda lo que ocurrió en la cueva de Huyuc.
Mustafá contrajo el rictus. Rememorar la tragedia de sus alumnos era, a pesar de los cincuenta años transcurridos, una de sus peores pesadillas.
—Llevo toda mi vida buscando a Istanu —añadió con tono insolente—, investigando su verdadera naturaleza, estudiando el porqué de su comportamiento, tratando de reproducirlo en un laboratorio. No hay nada de él que no conozca ya, entre otras cosas puedo asegurarte que aquí no hacen falta esas ridículas mascarillas. Istanu está dormido, en este momento es inofensivo, sólo los gases de su combustión y sobre todo sus cenizas tienen su verdadera furia. Ahora a quien le toca dormirse es a ti y para siempre.
Talú levantó el arma ante la expresión impertérrita de Frank.
—No —gritó Pablo.
Pero al tratar de interponerse, un *Sipahî* le encañonó la sien.
—Nunca creí que tendría el placer de matarte dos veces —dijo Mustafá mientras oprimía el gatillo.
El percutor al accionarse emitió un sonido hueco e impasible. El proyectil salió disparado y se incrustó en el cuello de Frank, que se desplomó inerte.
—No, no, no —repetía Pablo desesperado, pero un cañón de acero le rozaba la frente.
El Lobo Gris sonrió mientras miraba a Talú.
—A la segunda va la vencida. Dejadle que agonice lentamente.
El cuerpo del alemán yacía con el pescuezo ensangrentado.
El sultán tomó la linterna del suelo y se adentró en la galería. Talú miró por última vez el cuerpo yerto de Frank y le escupió antes de seguir a su compatriota.
—Mata al joven —se oyó retumbar desde el fondo del túnel—. Ha visto demasiado.
El *Sipahî*sonrió, dejando entrever un diente de oro cuando, de repente, oyó un chasquido a sus espaldas y, al volverse, apenas tuvo tiempo de observar la hoja metálica de una pala de jardinero dirigirse a su cabeza como un obús.
El impacto le abrió la cara y le hizo caer de bruces al suelo, mientras su acompañante, desprevenido, trató de desenfundar su pistola.

Jaime no lo dudó, sabía que en aquel momento había dejado de pertenecer al club de los turcos y que la única forma de salvar su pellejo era aliarse con quienes quiera que fueran aquellos jóvenes, de manera que se abalanzó sobre el guardaespaldas y lo derribó. Sin darle tiempo a reaccionar, empezó a darle puñetazos y patadas despiadadamente.
Pablo tomó el arma del suelo y encañonó a los turcos.
—Abrid la boca y os lleno el cuerpo de plomo —dijo con el pulso acelerado y las manos temblorosas.
Fue inútil, el que había sido vapuleado por Jaime se levantó bruscamente y se dirigió hacia él despreciando el peligro, al tiempo que empezó a vociferar para advertir a los que habían entrado en el corredor que algo no andaba bien allí afuera.
A Pablo se le engarrotó el dedo en el gatillo, nunca habría aventurado que aquel energúmeno reaccionase así, ni tampoco se le había pasado por la imaginación dispararle.
Desde la sombra apareció un nuevo paletazo que golpeó la cabeza del malhechor tumbándolo definitivamente y después Rosa salió de las tinieblas, satisfecha de su efectividad, esbozando una sonrisa.
Habían hecho tanto escándalo que a buen seguro habrían alertado al Lobo Gris y a Talú, que aún estaban al fondo de la galería.
—Vámonos —gritó Pablo agarrando la mano de Rosa.
Jaime los siguió sin pensárselo.
—Estoy con vosotros, ya lo habéis visto —les dijo al comprobar que le observaban con desconfianza—. Estos delincuentes me tenían secuestrado.
* * * * * * * * * * * * *
—Es ahí, se ha oído un disparo.
Los GEO se acercaron hasta la lápida abierta, de cuyo vientre emergieron unas sombras a toda velocidad.
—Alto, policía, deténganse o disparamos.
Rosa y Pablo alzaron los brazos sin dudarlo, pero Jaime, más acostumbrado a estas situaciones, inició una carrera en la oscuridad que le duró unos metros, porque los francotiradores no dudaron en dispararle a las piernas.
—En la fosa, en la fosa —gritó Rosa muy alterada— hay unos asesinos. Son cuatro y han disparado a un hombre que está malherido.
Tomás Bueno midió en unos segundos el riesgo; los chicos estaban a salvo y los matones, dentro, tenían la única salida bloqueada, era una cuestión de tiempo, los tenía en la ratonera.
—Salgan con los brazos en alto —les gritó desde fuera—. Están rodeados. No tienen escapatoria.
Los segundos transcurrían sin que se recibiese ninguna respuesta del interior, lo que hizo pensar al subcomisario que algo no andaba bien,

que los terroristas podían tener aún una carta escondida.
—¿Qué armas tienen? —inquirió.
—Pistolas, que nosotros sepamos. Bueno... también tienen a Istanu —aseveró Pablo.
—¿Cómo?
—A Istanu, algo terrorífico que puede causar una gran catástrofe.
El subcomisario Bueno sabía que Istanu, lo que le había dicho Acosta, y la köertinita de Roeder eran la misma cosa. Tenía que evitar a toda costa que los extremistas hicieran uso de él.
—¿Acaso pueden activar lo que quiera que sea eso?
—No lo sabemos, lo único que sabemos es que es peligroso calentarlo.
—¿Calentarlo? ¿Ni siquiera podríamos lanzar una bomba lacrimógena?
—Yo no lo haría si eso provoca un calentamiento de la atmósfera.
En el exterior sólo se oían las respiraciones entrecortadas de los jóvenes huidos y el amargo quejido de Jaime, derribado y con su pierna herida.
—¿Sabéis si tienen medios para calentarlo?
—¿Cómo podemos saberlo? Apenas nos hemos cruzado con ellos unos segundos.
Unos locos terroristas sin posibilidades de escape y junto a un arma de naturaleza desconocida, ¿qué podía hacer?
—Tienen que actuar rápido. Ahí dentro hay un hombre gravemente herido —sollozó Rosa.
No había más remedio, el tiempo jugaba en su contra. Observó a sus seis hombres, que permanecían con rostros hieráticos apuntando a la bocana y a la espera de una instrucción, y levantó la mano.
Entonces se oyeron gritos y ruidos huecos de movimientos provenientes del interior. Parecía que se estaba produciendo una fuerte discusión o una negociación entre los que aún quedaban dentro cuando, de repente, sonó un disparo. Lo siguiente fueron lamentos y quejidos, presagio de que algo importante acababa de suceder y, seguidamente, dos nuevos disparos casi al unísono restallaron en la oquedad.
Sucedieron segundos de desconcierto. Tomás estuvo a punto, una vez más, de ordenar el asalto, pero entonces salió Mustafá Talú, con los brazos en alto y el rostro descompuesto.
—No me maten —dijo en inglés—. No tengo armas y los que me acompañaban han muerto todos. Han tenido el valor que a mí me falta para suicidarse.

45

Toledo, 21 de septiembre de 2006

La campana marcaba un redoble lento y cansino, de tonos fúnebres como correspondía a esas ocasiones.

El verano daba sus últimos coletazos agonizantes, tras unos meses de sequía, cayucos e incendios demoledores, pero la tarde estaba vestida de otoño, de un otoño incipiente y nonato, de un declinar irremediable hacia tiempos peores.

Soplaba una suave brisa, un silbo susurrante que evocaba una voz de ultratumba. Por momentos, Pablo creyó oír la voz del viejo Frank diciéndole algo que no llegó a comprender.

Rosa había observado su gesto compungido y había tratado de consolarlo agarrándole la mano, pero Pablo estaba ausente, inmiscuido en un pasado que, aunque lejano, no había dejado de estar presente en su vida en los últimos doce años.

Era la primera vez que volvía a aquel lugar desde que estuvo junto a Frank y Rosa hacía más de una década, en el que fue el día más emotivo y triste de su vida. Nunca quiso volver, nunca quiso rememorar aquellos minutos fatales en los que su vida y la de sus compañeros estuvo en grave peligro, pero cuyo final resultó ser sólo dramático para el anciano arqueólogo alemán.

Tampoco había asimilado la negativa del viejo de volverle a ver. Aunque no había tenido tiempo para trabar con él una verdadera amistad, sabía perfectamente que el profesor Grauben lo hacía para no suponer una carga para nadie, tal como hizo durante la guerra o cuando fue agredido en su propia cátedra o el resto de su vida en el asilo.

Y aun así, las monjas habían sido tajantes al preguntarles. —Frank agradece su interés pero le ruega permanecer en soledad. Para él es también difícil no poder hablar, ni dibujar, ni apenas moverse. Es como si hubiese entregado su vida.

Únicamente pudo verle los días siguientes al accidente, los pocos días que estuvo convaleciente y semiinconsciente en aquel hospital de Toledo, con la bala incrustada en su garganta.

Apenas abrió los ojos, miró a Pablo y su expresión lo dijo todo. «Déjame morir, ya lo tengo todo», parecía susurrar.

Días más tarde, justo antes de abandonar la clínica, lo vio por última

vez. Los médicos le habían dicho que no podría hablar y que tendría muy limitados los movimientos, pero él había conseguido escribir una nota a su atención con trazos desiguales y confusos.

«Te mandaré mis cuadros —decía—. Trata de venderlos y haz lo posible para que puedan enterrarme junto al rabí. Así creeré estar

siempre junto a Rudolf.»

Cuando lo miró con los ojos llenos de lágrimas, adivinó una sonrisa oculta por las marcas del fuego y el semblante apagado de vida.

—Así lo haré, no te preocupes —le dijo aquel día—, pero no pienses en eso ahora, tienes que luchar para recuperarte. Yo estaré a tu lado.

Frank parpadeó y vislumbró una negativa cuyo significado Pablo no comprendería hasta días más tarde.

Ni siquiera quiso ver los cuadros que semanas más tarde trató de devolverle personalmente Robert Heintz. El profesor apareció con un enorme cajón llenó de lienzos dibujados por el anciano al enterarse de que Frank Grauben aún vivía. Se le veía aliviado por la muerte del Lobo Gris y tremendamente deseoso de conocer en persona a quien ocupó su cátedra durante los primeros años de la posguerra y, sobre todo, al genio que había plasmado en obras de arte aquellos maravillosos cuadros.

—Hermanos —dijo el sacerdote que oficiaba el entierro—, estamos aquí para dar cristiana sepultura a nuestro querido amigo Frank Grauben, que entregó ayer su alma al Señor.

Pablo frunció el ceño, su garganta estaba atenazada por un nudo que amenazaba con ahogarle. Rosa lo sabía, había estado a su lado más de media vida y lo conocía a la perfección.

—Aguanta o tus hijos te verán llorar —le dijo quedamente.

Atrás, dos chavales permanecían hieráticos, como hipnotizados por estar frente a lo que quedaba de un hombre del que habían oído hablar por boca de su padre desde que tenían uso de razón, pero que nunca habían visto. Frank, el mayor, tenía los ojos igualmente vidriosos como si la persona que estuviesen enterrando formase parte de su vida. Rodolfo, a sus nueve años, era más fuerte y menos sentimental, lo que le permitía soportar mejor el trago.

—Lo poco que sé de Frank y de lo que fue su vida es lo que me habéis contado vosotras, hermanas —dijo señalando a las tres monjas que habían acompañado a la comitiva fúnebre desde Denia, una de las cuales, la más anciana, era sor Teresa, la madre superiora que habían conocido años atrás en su primera y única visita al asilo— y francamente no me quedan dudas de que fue un hombre singular y extraordinario, un hombre entregado a un ideal por el que luchó hasta que sus fuerzas se extinguieron, un hombre campechano y fiel…

En segundo plano sólo había un hombre, José Segura hijo, que se enteró del fallecimiento de Frank por Pablo, al que había podido ver en algunas ocasiones en los últimos años, entre ellas en el entierro de su padre en Toledo hacía unos ocho años. Para el hijo del impresor, su presencia allí no era más que una forma de honrar a su padre representándolo por última vez.

Los dos enterradores permanecían junto a la fosa que habían cavado

en el antiguo cementerio de la ermita del Cristo de la Vega, algo para lo que debieron obtener un permiso especial, conseguido gracias a la perseverancia de Pablo y a las largas gestiones del capitán Tomás Bueno.
Tras el sacerdote, cabizbajo, estaba Robert Heintz. A sus setenta y dos años llevaba ya unos cuantos jubilado, pero no quiso dejar de estar al lado de Frank Grauben en su despedida postrera. Además, sabía que en ese momento era importante estar junto a Pablo Luna, con quien había trabado una buena amistad desde aquellos dramáticos días. Para Pablo, Robert Heintz vino a ocupar el hueco que en aquellos días dejó dramáticamente su amigo Heinrich Mayer.
Pegada a la sepultura preparada para Grauben, había una lápida que se veía mucho más nueva que las demás. Era, en realidad, una losa restaurada hacía doce años, después de que todo ocurriera precisamente allí.
Por el pensamiento de Pablo pasaron los últimos minutos, la encerrona, el pánico ante una muerte segura y la actitud de Frank cuando se blandieron las armas. Después balas, sangre, ruido, polvo y una nube de ceniza que enturbiaba todo.
—Señor, acoge a tu lado a nuestro hermano —dijo el sacerdote mientras ungía de agua bendita su ataúd—, perdónale sus pecados y hazle partícipe de la resurrección eterna. Amén.
Tenía la vista perdida, sumergida en aquella fosa. El recuerdo de los ojos del Lobo Gris le estremecieron, esa última mirada le hizo perder el sueño durante años. Pensó en Mustafá Talú, el único procesado, el único que no tuvo valor para quitarse la vida, por lo que tuvo que pudrirse en una cárcel donde murió en la más absoluta ignorancia hacía mucho tiempo.
Los enterradores posaron el féretro en la oquedad y esperaron la señal del sacerdote para cubrirlo de tierra. El cura afirmó con la cabeza y éstos empezaron su tarea.
—Esperen —dijo Rosa—. Entonces miró a su marido y esperó un gesto de aprobación a lo que estaba a punto de hacer. Pablo asintió y ella se descolgó lentamente el bolso y sacó de él una cajita de madera que tenía grabada un escudo, el sello real de Murshili. Cuidadosamente la abrió para comprobar que dentro de ella estaba la cornalina tallada, el amuleto del bien, aquel que protegió durante tantos años a Istanu.
—Te deseamos toda la suerte del mundo —susurró mientras besaba el cofrecito— y que te proteja del Espíritu Malo.
Después, lo arrojó sobre la fosa donde la arena empezaba a cubrir el ataúd. Los funcionarios se miraron y echaron un vistazo en derredor para asegurarse de que no había nada más que depositar antes de proseguir su tarea. En unos segundos la sepultura estaba cubierta.
Hubo un silencio molesto e hiriente hasta que un chirrido de piedra

anunció el final de la ceremonia. Con unas cuerdas, los sepultureros colocaron la lápida con una maestría formidable y la dejaron encajada en su marco antes de colocar una solitaria corona fúnebre.
El mármol níveo e inmaculado había sido grabado con toda urgencia a instancias de Pablo, quien no concebía una despedida del viejo alemán sin decirle lo que no había podido hacer en todos los años que se mantuvo voluntariamente separado.

Aquí yace Frank Grauben, arqueólogo, pintor y hombre de bien, a quien nunca agradeceremos suficientemente lo que hizo por todos nosotros. Descanse en paz
1910-2006.

EPÍLOGO

En marzo de 1994, el Servicio de Inteligencia español se hizo cargo de la roca encontrada en la catacumba de Toledo. La investigación que siguió a este hecho fue considerada Alto Secreto por el gobierno, siendo el BND alemán el único servicio secreto al corriente de la misma.

Del traslado de la roca y de su posterior ubicación apenas se sabe nada. Según algunas fuentes, el mineral podría estar en la cámara acorazada del Banco de España, junto a las reservas de oro, pero esto es poco probable por no ser éste un lugar lo suficientemente refrigerado. Es, pues, más factible que se encuentre bajo custodia del CNI en algún depósito de alta seguridad.

Por razones que no se conocen, al poco tiempo, la CIA también estaba al tanto de la situación, ya que la administración norteamericana hizo llegar por canal diplomático al más alto nivel una petición de expatriación del Istanu a Estados Unidos. El gobierno español desoyó esta petición argumentando su capacidad para realizar la correspondiente investigación y su compromiso necesario de custodia y no utilización de «la Roca» con fines bélicos.

Sin embargo, durante meses, la investigación no avanzó. El gobierno estaba demasiado ocupado con continuos escándalos, algunos de los cuales ponían en cuestión al mismísimo Centro Nacional de Inteligencia y su financiación.

Uno de los principales objetivos del equipo de investigadores fue comprobar la localización exacta del yacimiento de Istanu y sus posibles reservas. Para ello se barajó desde el primer momento la posibilidad de realizar una misión científica sobre el terreno.

Por fin, en 1995, las gestiones secretas del Gobierno dieron su fruto y un grupo de técnicos del IGME[74] obtuvieron permiso de las autoridades sirias para realizar un estudio en el norte de aquel país, en los yacimientos donde los antiguos habitantes de Nuhassé lo habían explotado.

[74] Instituto Geológico y Minero de España.

Oficialmente se trataba de una prospección petrolífera encargada por el gobierno sirio a una empresa privada española.

La misión duró cinco meses y consistió en un completo estudio de cartografía geológica y del subsuelo. La investigación se concentró en un *skarn* con magnetitas y arsenopiritas, situado encima del único plutón granítico de la zona. Se utilizaron medios geofísicos y sondeos para llegar a la conclusión de que no existía ni un solo rastro del mineral encontrado en Toledo.

En las conclusiones del estudio se decía que «las especiales condiciones de presión y temperatura de esta metalogénesis, junto con una extraña conjunción de minerales, hacen prácticamente imposible, la repetitividad de este yacimiento».

Había igualmente un comentario en las conclusiones que decía que la zona estaba plagada de catas y huellas de prospecciones recientes, lo que evidenciaba que alguien más había estado tras la pista del misterioso mineral.

No se ha filtrado nada de los informes técnicos que pretendían definir las características de la roca. Parece ser que ante lo escalofriante de sus conclusiones y las dudas sobre su comportamiento se decidió archivar el asunto hasta no disponer de una tecnología más favorable para su manipulación. Lo que sí parecía acreditado es que la naturaleza de la misma era tan sorprendente como desconocida para la ciencia.

La Organización del Lobo Gris sufrió un grave revés tras la muerte de su líder. Muchos de sus acólitos la abandonaron, lo que facilitó que las Fuerzas Armadas turcas ubicaran sus principales campamentos montañosos y los desmantelaran. Aun así, algunas facciones mucho más desorganizadas y débiles persisten en el complicado entramado turco.

Mustafá Talú fue juzgado en España por la muerte de Vasili Simonov en grado de colaborador y el intento de homicidio de Frank Grauben, por lo que cumplió pena de cinco años. Después, fue extraditado a Turquía, donde le esperaban numerosas causas penales. Unos años más tarde murió en una prisión turca sin que nadie reclamase su cadáver.

NOTA DEL AUTOR

A pesar de que buena parte de los hechos relatados en esta obra son verídicos, *La hora del Lobo Gris* es una novela de ficción escrita con el doble objetivo de hacer pasar un buen rato al lector y contribuir modestamente al conocimiento del pueblo hitita.

AGRADECIMIENTOS

Cuando inicié la extraordinaria aventura de escribir esta novela no podía sospechar que estaba a punto de emprender una experiencia tan gratificante.

Los primeros meses estuve solo, deliciosamente solo, arañando minutos a mis horas de sueño y enclaustrado en mi historia y en mis personajes. Pero a medida que la trama iba tomando cuerpo tuve la necesidad de compartir con otras personas el mundo que encerraba este libro. A ellos debo por lo tanto agradecer su ayuda.

En primer lugar a Carmen, mi esposa, que se leyó la novela varias veces proporcionando sugerencias muy pertinentes y corrigiendo permanentemente detalles de la misma. Las charlas con ella me ayudaron a perfilar la historia.

También a mis hermanos Maru, Alejandro y José Carlos, que la leyeron con entusiasmo y me hicieron recomendaciones valiosas con las que sin duda aumentaron la veracidad de la trama y su valor literario. A mis amigos Juanma Díaz del Castillo y Silvia Mera, cuyos comentarios me animaron a seguir perseverando en la publicación de esta obra. Los dibujos del libro son obra de Juan Guevara, estupendo dibujante, que tuvo que soportar mis charlas sobre los hechos que se relatan en la novela para plasmarlos en los gráficos que acompañan el texto.

En la parte científica y muy particularmente en la mineralógica conté con la inestimable ayuda de Ramón Jiménez del Instituto Geológico y Minero de España. Su contacto me vino a través de Ángel García Cortés, jefe del área de investigación del patrimonio geológico y minero del departamento de investigación en recursos geológicos de este instituto y además amigo, a quien también agradezco su ayuda.

Debo aclarar, no obstante, que la novela no tiene ninguna pretensión científica y que por lo tanto la mayoría de los datos mineralógicos son ficticios.

No quiero olvidarme de Rebeca García de MR Ediciones, por ser la única de entre muchos que desde el primer momento siempre estuvo dispuesta a ayudarme, animándome a seguir y proporcionándome información interesante del mundo de la edición.

Para profundizar en el conocimiento de la civilización hitita, además de devorar un sinfín de libros de esta enigmática cultura, me resultó muy útil la visita al Museo de Arte Anatolio de Ankara donde pude «palpar» sus obras de arte e imaginar lo que ellas escondían.

Aún así, la publicación de esta novela no habría sido posible sin la inestimable ayuda de mi buen amigo Juan Tapia, hacedor incansable del bien, quien buscó desde el primer momento el modo de sacar adelante este proyecto. Y por supuesto de Francisco Sáez, que fue quien encontró el camino de hacerlo y lo hizo con una determinación y ánimo que difícilmente podré recompensar.